



**Allan
Folsom**

**El día
de la
confesión**

Lectulandia

Harry Addison, un brillante abogado norteamericano, se ve inmerso en una trama criminal cuando llega a Roma para llevarse el cadáver de su hermano Danny, sacerdote muerto en un atentado. Perseguido por la policía italiana que le cree responsable de asesinato y por un casi infalible terrorista contratado por el secretario de Estado del Vaticano, Harry deberá huir si quiere conservar su vida.

Lectulandia

Allan Folsom

El día de la confesión

ePub r1.0

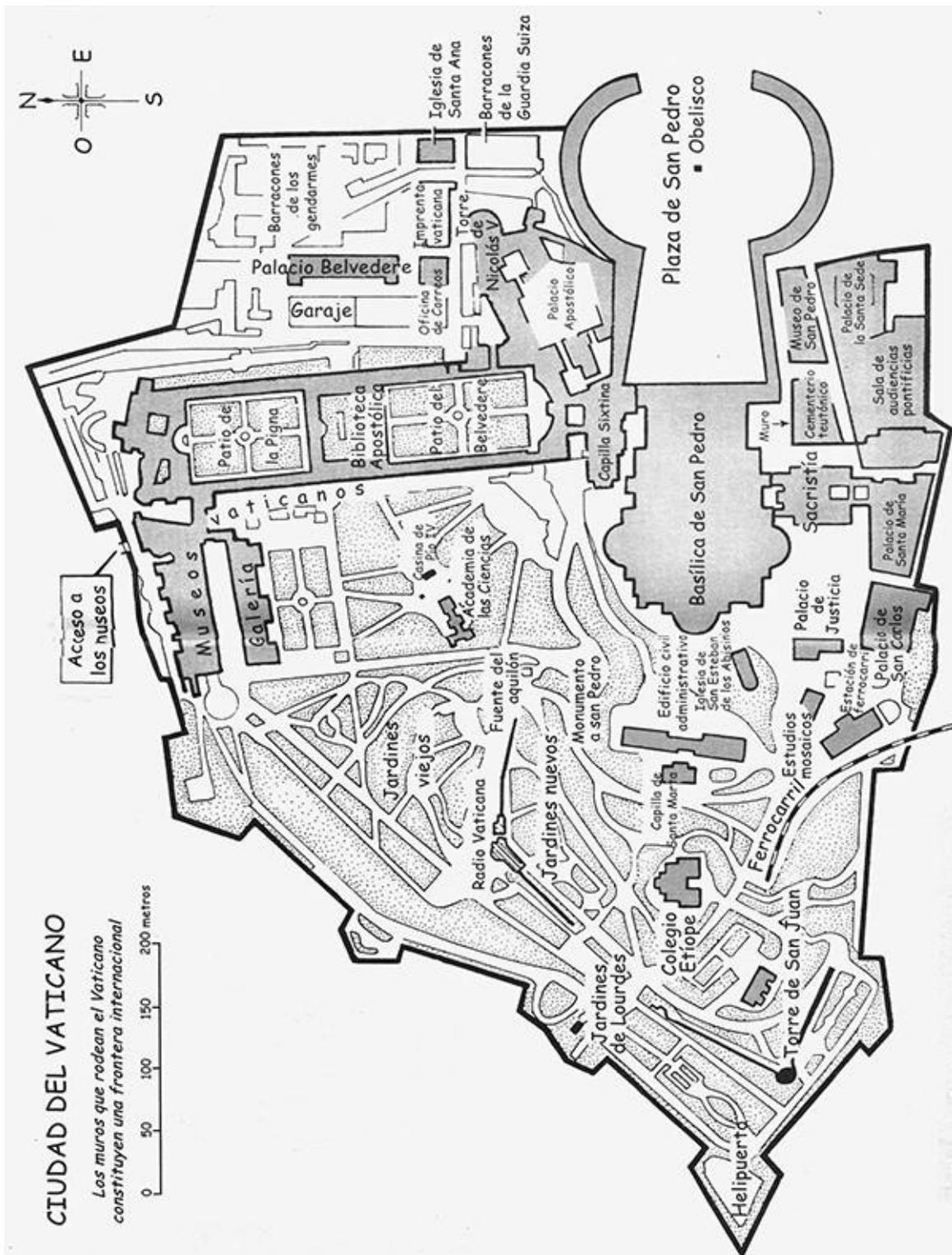
Titivillus 11.08.2018

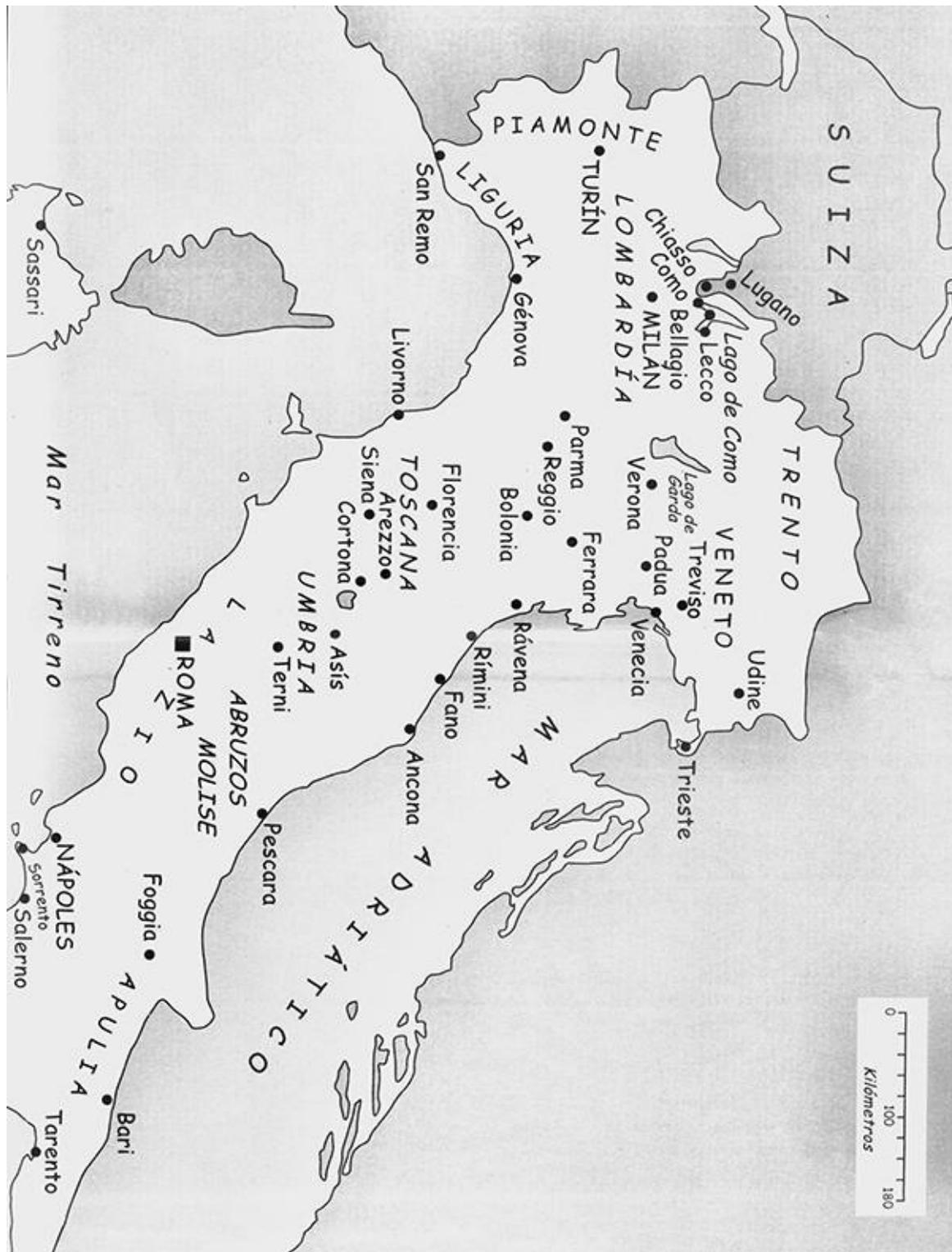
Título original: *Day of Confession*
Allan Folsom, 1998
Traducción: Daniel Laks & Melissa Arcos

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Karen y Riley,
y para Ellen...





LOS PERSONAJES

Harry Addison.

Padre Daniel Addison (Hermano menor de Harry; sacerdote del Vaticano y secretario personal del cardenal Marsciano).

Hermana enfermera Elena Voso.

Hércules, el enano.

VATICANO

Giacomo Pecci, papa León XIV.

Los *Uomini di fiducia* (hombres de confianza) del Papa:

Cardenal Umberto Palestrina.

Cardenal Nicola Marsciano.

Cardenal Joseph Matadi.

Monseñor Fabio Capizzi.

Cardenal Rosario Parma.

Padre Bardoni, asistente del cardenal Marsciano.

POLICÍA DEL VATICANO

Jacov Farel, jefe de la policía del Vaticano.

Detective de homicidios Otello Roscani.

Detective de homicidios Gianni Pio.

Detective de homicidios Scala.

Detective de homicidios Castelletti.

GRUPPO CARDINALE - Unidad especial creada por decreto del Ministerio de Interior Italiano para investigar el asesinato del cardenal vicario de Roma.

Marcello Taglia, fiscal jefe del Gruppo Cardinale.

LOS CHINOS

Li Wen, inspector estatal de plantas depuradoras.
Yan Yeh, presidente del Banco Popular de China.
Jiang Youmei, embajador de China en Italia.
Zhou Yi, ministro de Asuntos Exteriores chino.
Chen Yin, comerciante de flores.
Wu Xian, secretario general del Partido Comunista.

INDEPENDIENTES

Thomas José Álvarez-Ríos Kind, terrorista internacional.
Adrianna Hall, corresponsal de la World News Network.
James Eaton, primer secretario del consejero de Asuntos Políticos, de la
embajada de Estados Unidos en Roma.
Pierre Weggen, banquero inversor suizo.
Miguel Valera, comunista español.

PRÓLOGO

Roma, domingo 28 de junio

Aquel día se hacía llamar F y tenía un asombroso parecido con Miguel Valera, el español de treinta y siete años de edad que se revolvía en un sueño ligero y narcotizado en el otro extremo de la habitación. El apartamento donde se encontraban no era gran cosa: apenas dos habitaciones con una cocina diminuta y un baño en la quinta planta. Los muebles eran baratos y estaban gastados, típicos de un piso alquilado por semanas. Los que más saltaban a la vista eran el descolorido sofá de terciopelo en el que dormía el español y la pequeña mesa de alas abatibles situada bajo la ventana de la fachada, por la que miraba F.

En efecto, el apartamento no valía nada. Su encanto residía en la vista: el jardín de la plaza de Letrán y, más allá, la imponente basílica medieval de San Juan de Letrán, catedral de Roma y «madre de todas las iglesias», fundada por el emperador Constantino en el año 313. Aquel día la vista desde la ventana era aún mejor de lo que prometía. En el interior de la basílica, Giacomo Pecci, el papa León XIV, que cumplía setenta y cinco años, oficiaba misa, y una gran muchedumbre atestaba la plaza, como si toda Roma celebrara con él.

Pasándose los dedos por los cabellos teñidos de negro, F observó a Valera. Antes de diez minutos abriría los ojos. Antes de veinte estaría alerta y en condiciones. F se volvió con brusquedad y posó la mirada sobre un viejo televisor en blanco y negro que había en un rincón. Transmitían en directo la misa de la basílica.

El Papa, con vestimentas litúrgicas blancas, contemplaba los rostros de los fieles mientras hablaba, dirigiéndoles miradas cargadas de energía, de esperanza, de espiritualidad. Él los amaba, y ellos correspondían a su amor, lo que le confería un aire juvenil a pesar de su edad y del progresivo deterioro de su salud.

Las cámaras de televisión pasaron a mostrar caras conocidas de políticos, celebridades y empresarios entre la multitud que abarrotaba la basílica. Luego se detuvieron por unos instantes en cinco clérigos sentados detrás del pontífice. Eran sus viejos asesores, sus *uomini di fiducia*. Hombres de confianza que probablemente constituían la autoridad más influyente de la Iglesia católica romana.

- Cardenal Umberto Palestrina, sesenta y dos años. Golfillo huérfano de las calles de Nápoles convertido en secretario de Estado del Vaticano. Muy popular dentro de la Iglesia y sumamente respetado por la comunidad diplomática internacional.

De gran corpulencia: casi dos metros de estatura y ciento veinte kilos de peso.

- Rosario Parma, sesenta y siete años. Cardenal vicario de Roma. Alto, severo. Prelado conservador de Florencia, en cuyas diócesis e iglesia se celebraba la misa.
- Cardenal Joseph Matadi, cincuenta y siete años. Prefecto de la Congregación de Obispos. Natural del Congo. Jovial, políglota, de espaldas anchas. Hombre de mundo y astuto para los asuntos diplomáticos.
- Monseñor Fabio Capizzi, sesenta y dos años. Director general del Banco del Vaticano. Nacido en Milán. Diplomado en Oxford y Yale, había amasado una fortuna antes de ingresar en el seminario a la edad de treinta años.
- Cardenal Nicola Marsciano, sesenta años. Hijo mayor de un granjero toscano, se educó en Suiza y en Roma. Presidente de la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica; como tal, supervisor general de las inversiones del Vaticano.

¡Clic!

F apagó el televisor con la mano enguantada y regresó a la mesita situada frente a la ventana. A sus espaldas, Miguel Valera tosió y cambió de posición en el sofá. F lo miró y luego echó un vistazo por la ventana. La policía había montado barreras para evitar que la muchedumbre entrase en la zona adoquinada frente a la basílica y, en ese momento, agentes a caballo tomaban posiciones a ambos lados de la puerta central de bronce. Detrás de ellos, a la izquierda, fuera del campo visual del gentío, F distinguía una docena de furgonetas de color azul oscuro. Delante había un contingente de policías antidisturbios que, aunque tampoco resultaban visibles para la multitud, estaban listos para actuar en caso de necesidad. De improviso, cuatro automóviles Lancia de color oscuro, vehículos camuflados de la Polizia di Stato, la unidad policial que protegía al Papa y a sus cardenales fuera del Vaticano, se situaron al pie de los escalones de la basílica, a la espera del pontífice y sus cardenales para llevarlos de regreso a la Santa Sede.

De pronto, las puertas de bronce se abrieron de par en par y se oyó un gran clamor. Al mismo tiempo, todas las campanas de Roma empezaron a repicar al unísono. Por unos instantes, nada ocurrió. Después, por encima de los estruendosos tañidos, F oyó un segundo clamor y vio aparecer al Papa, cuya blanca sotana destacaba con claridad en el mar encarnado de sus hombres de confianza. El grupo iba escoltado muy de cerca por agentes de seguridad con trajes negros y gafas de sol.

Valera gimió, parpadeó e intentó darse la vuelta. F lo observó, pero sólo por un momento. Luego se volvió y levantó un objeto envuelto en una toalla de baño común y corriente. Lo colocó sobre la mesa, retiró la toalla y acercó el ojo a la mira telescópica de un rifle finlandés. De inmediato, su visión de la basílica se amplió cien veces. En el mismo instante, el cardenal Palestrina dio un paso adelante y entró de lleno en el campo visual del teleobjetivo, con el punto de mira situado justo sobre su amplia sonrisa. F aspiró profundamente y contuvo la respiración, dejando que su

dedo índice enguantado se acomodara al gatillo.

Con un movimiento brusco, Palestrina se echó a un lado, y el punto de mira del rifle quedó situado sobre el pecho del cardenal Marsciano. F oyó a Valera gruñir a sus espaldas. Haciendo caso omiso, desplazó el rifle hacia la izquierda a través de una mancha de rojo cardenalicio, hasta hallar el blanco de la sotana de León XIV. Unas milésimas de segundo más tarde, el punto de mira se detuvo entre sus ojos, ligeramente por encima del tabique nasal.

Detrás de él, Valera gritó algo. Una vez más, F no prestó atención. Su dedo se afianzó al gatillo en el momento en que el Papa dio un paso al frente, por delante de un agente de seguridad, sonriendo y saludando a la multitud. Luego, de golpe, F desplazó el rifle hacia la derecha, situando el punto de mira sobre la cruz de oro de Rosario Parma, cardenal vicario de Roma. Inexpresivo, F se limitó a apretar el gatillo tres veces en rápida sucesión, haciendo vibrar la habitación con los estampidos de los disparos y, doscientos metros más allá, salpicando al papa León XIV, Giacomo Pecci, y a quienes lo rodeaban con la sangre de un hombre de confianza.

UNO

Los Ángeles, jueves 2 de julio, 21 h

La voz del contestador automático parecía aterrorizada.

«Harry, soy yo, tu hermano, Danny... No... no quería llamarte en estas circunstancias..., después de tanto tiempo..., pero... no puedo hablar con nadie más... Estoy asustado, Harry... No sé qué hacer... ni... qué pasará. Que Dios me ayude. Si estás ahí, por favor, contesta... Harry, ¿estás ahí?... Supongo que no... Intentaré llamarte más tarde.»

—¡Mierda!

Harry Addison colgó el teléfono del coche, al cabo de unos instantes volvió a levantarlo y pulsó el botón de rellamada. Oyó los tonos del marcado automático. Luego hubo un silencio, y a continuación sonaron los timbrazos espaciados del sistema telefónico italiano.

—Vamos, Danny, responde...

Después de la duodécima llamada, Harry volvió a colocar el auricular en su soporte y apartó la vista. Las luces del tráfico bailaban de forma hipnótica sobre su rostro, haciéndole olvidar que se encontraba en una limusina, dirigiéndose a toda prisa al aeropuerto para no perder el vuelo de las diez de la noche a Nueva York.

En Los Ángeles eran las nueve, las seis de la mañana en Roma. ¿Dónde podía estar un sacerdote a las seis de la mañana? ¿Rezando maitines? Tal vez por eso no respondía.

«Harry, soy tu hermano, Danny... Estoy asustado... No sé qué hacer... Que Dios me ayude.»

—Santo Dios.

Harry sintió impotencia y pánico al mismo tiempo. Ni una palabra, ni una nota en años, y de pronto la voz de Danny en su contestador, en medio de un alboroto. Y su tono no era normal, sino el de alguien en apuros.

Harry Addison había oído un crujido, como si Danny se dispusiera a colgar y, sin embargo, se hubiese acercado al auricular para dejar su número de teléfono y pedirle que por favor lo llamara si llegaba pronto. Para Harry Addison, pronto significaba hacía unos instantes, cuando escuchó los mensajes grabados en el contestador de su casa. Sin embargo, la llamada de Danny había entrado dos horas antes, poco después de las siete de la tarde, hora de California, pasadas las cuatro de la madrugada en Roma... ¿Qué diablos quería decir pronto para él a esa hora del día?

Harry levantó de nuevo el teléfono y marcó el número de su bufete en Beverly Hills. Se había celebrado una importante reunión de socios, era posible que aún hubiera alguien.

—Joyce, soy Harry. ¿Byron está todavía...?

—Acaba de marchar, señor Addison. ¿Quiere que intente localizarlo en su coche?

—Sí, por favor.

Harry oyó interferencias mientras la secretaria de Byron Willis lo llamaba al teléfono de su coche.

—Lo siento, no responde. Dijo algo acerca de una cena. ¿Le dejo un mensaje en su casa?

Se produjo un destello de luces y Harry sintió que la limusina se inclinaba cuando el chófer tomó el cruce en trébol para salir de la autopista de Ventura y se introdujo a toda prisa en el tráfico de la de San Diego, en dirección al aeropuerto LAX de Los Ángeles. «Tranquilízate —pensó—. Quizá Danny esté en misa, en el trabajo o dando un paseo. No empieces a volverte loco o a volver locos a los demás cuando ni siquiera sabes qué está ocurriendo.»

—No, no se moleste. Me dirijo a Nueva York, hablaré con él por la mañana. Gracias.

Después de colgar, Harry vaciló y volvió a marcar el número de Roma. Oyó los mismos tonos, el mismo silencio y, a continuación, las ya familiares llamadas. No hubo respuesta.

DOS

Italia, viernes 3 de julio, 10.20 h

El padre Daniel Addison dormitaba en un asiento de ventana de la parte trasera del autocar, con los sentidos concentrados en el suave ronroneo del motor diésel y el zumbido de las ruedas mientras el vehículo avanzaba por la autopista hacia Asís.

Iba vestido de calle. Su atuendo de clérigo y artículos de tocador estaban en una pequeña bolsa en el portaequipajes, sobre su cabeza; sus gafas y documentación en el bolsillo interior de la cazadora de nailon que llevaba sobre unos tejanos y una camisa de manga corta. El padre Daniel tenía treinta y tres años y ofrecía el aspecto de un estudiante recién graduado, un turista más que viajaba solo, justo lo que pretendía parecer.

Sacerdote estadounidense destinado al Vaticano, llevaba nueve años viviendo en Roma y casi el mismo tiempo viajando a Asís, cuna del humilde clérigo que se convirtiera en santo. El antiguo pueblo situado en las colinas de Umbría le infundía una sensación de pureza y gracia que lo ponía más en contacto con su propio viaje espiritual que cualquier otro lugar que conociese. Sin embargo, en aquellas circunstancias el viaje era un desastre y su fe se hallaba prácticamente destruida. La confusión y el terror lo anulaban todo. Conservar una brizna de cordura suponía un esfuerzo psicológico considerable. Aun así, estaba en el autocar y en camino, pero sin la menor idea de qué haría o diría al llegar.

Delante, cerca de una veintena de pasajeros conversaban, leían o descansaban como él, disfrutando el frescor del aire acondicionado. En el exterior, el calor del sol veraniego reverberaba en el paisaje rural, madurando los frutos, endulzando las viñas y, poco a poco, deteriorando las escasas murallas y fortalezas diseminadas aquí y allá, visibles en la distancia al paso del autocar.

Dejándose llevar, los pensamientos del padre Daniel volvieron a Harry y a la llamada que había grabado en su contestador poco antes del amanecer. Se preguntaba si su hermano había tenido ocasión de escuchar el mensaje. Y, en caso de que lo hubiera hecho, si seguía resentido y había optado por no devolverle la llamada. Había asumido el riesgo. Él y Harry se habían distanciado en la adolescencia. Hacía ocho años que no se hablaban, diez que no se veían. La última vez había sido un encuentro breve, en Maine, en el funeral de su madre. En aquella ocasión, Harry tenía veintiséis años y Danny, veintitrés. No era del todo absurdo suponer que, a aquellas alturas, Harry habría excluido de su vida a su hermano menor y que, sencillamente, le

importaba un comino.

No obstante, en ese momento, lo que Harry pensara o lo que los había mantenido distanciados carecía de importancia. Lo único que quería Danny era oír la voz de su hermano, aproximarse a él de algún modo y pedirle ayuda. Había telefoneado impulsado tanto por el miedo como por el amor y porque no tenía a nadie más a quien acudir. Se había convertido en parte de una pesadilla sin retorno, una tragedia cada vez más oscura y escabrosa. Por ello, sabía que era muy posible que muriese sin volver a ver a su hermano.

Un movimiento en la parte delantera del pasillo lo arrancó de su meditación. Un hombre se encaminaba hacia él. Tenía cuarenta y pocos años, la tez recién afeitada y vestía una chaqueta deportiva ligera y pantalones caqui. Había subido al autocar justo antes de que saliese de la terminal en Roma. Por un instante, el padre Daniel creyó que pasaría de largo en dirección al lavabo. Pero se detuvo a su lado.

—Usted es norteamericano, ¿verdad? —preguntó con acento británico.

El padre Daniel no lo miró a la cara. Los demás pasajeros continuaban haciendo lo mismo: mirar por la ventanilla, hablar, descansar. El más cercano se encontraba seis filas más adelante.

—Sí...

—Lo suponía. —El hombre le dirigió una amplia sonrisa. Era agradable, incluso jovial—. Me llamo Livermore. Soy inglés, por si no lo ha adivinado ya. ¿Le importa que me siente?

Sin esperar respuesta, se acomodó en el asiento contiguo al del padre Daniel.

—Soy ingeniero civil. Estoy de vacaciones en Italia, dos semanas. El próximo año iré a Estados Unidos. Nunca he estado allí. Cada vez que me encuentro a un norteamericano, le pregunto qué lugares debería visitar. —Era hablador, incluso algo impertinente, pero simpático—. ¿Le importa si le pregunto de qué parte es usted?

—De Maine... —Algo olía mal, pero el padre Daniel no sabía qué.

—Eso está más o menos cerca de Nueva York, ¿verdad?

—Relativamente...

Una vez más, el padre Daniel echó un vistazo a la parte delantera del autocar. Los pasajeros seguían ocupados en lo suyo. Nadie miraba hacia atrás. Sus ojos volvieron a Livermore a tiempo para descubrirlo mirando de soslayo la salida de emergencia en el asiento delantero.

—¿Vive en Roma? —Livermore sonrió con amabilidad.

¿Por qué había mirado la salida de emergencia?

—Me ha preguntado si soy norteamericano. ¿Por qué habría de vivir en Roma?

—He estado allí unas cuantas veces. Usted me resulta familiar, eso es todo. —La mano derecha de Livermore descansaba sobre su regazo, la otra permanecía fuera del alcance de su vista—. ¿A qué se dedica?

La conversación parecía inocente, pero no lo era.

—Soy escritor...

—¿Qué escribe?

—Escribo para la televisión estadounidense...

—No, miente. —De pronto, el semblante de Livermore se transformó. Endureciendo la mirada se inclinó hacia el padre Daniel—. Usted es sacerdote.

—¿Cómo?

—He dicho que usted es sacerdote. Trabaja en el Vaticano. Para el cardenal Marsciano.

El padre Daniel clavó la mirada en su interlocutor.

—¿Quién es usted?

Livermore le mostró la mano izquierda. Sostenía una automática con un silenciador adaptado al cañón.

—Su verdugo.

En ese instante, un temporizador digital sujeto a la parte inferior del autocar marcó 00.00. Una milésima de segundo después se produjo una enorme explosión. Livermore se esfumó. Las ventanas estallaron. Los asientos y los cuerpos salieron despedidos. Un trozo de acero afilado decapitó al conductor, causando que el autocar se desviase hacia la derecha y aplastara un Ford blanco contra la barrera. Tras rebotar en éste, el vehículo siguió dando tumbos en medio del tráfico, convertido en una estrepitosa bola de fuego de veinte toneladas de acero y caucho ardiendo. Un motociclista desapareció bajo sus ruedas. Luego el autocar se enganchó a la parte trasera de un camión plataforma y dio una vuelta de campana. Chocó contra un Lancia plateado, empujándolo con violencia a través de la mediana, dejándolo justo en el camino de un camión cisterna cargado de gasolina.

Reaccionando de golpe, el conductor del camión cisterna pisó el freno y dio un volantazo hacia la derecha. Con las ruedas bloqueadas y un chirrido de neumáticos, el enorme camión se deslizó hacia delante y de costado, empujando el Lancia como si fuese una bola de billar contra el autocar en llamas, que se despeñó por una cuesta escarpada. Se levantó sobre dos ruedas, permaneció así por un segundo y luego volcó, escupiendo los cuerpos de sus pasajeros, muchos de ellos desmembrados y envueltos en llamas. Cincuenta metros más abajo se detuvo, prendiendo fuego a la hierba seca que lo rodeaba.

Unos segundos más tarde el depósito de combustible estalló, lanzando llamaradas y humo hacia el cielo en una tormenta de fuego que ardió hasta que no quedó más que un armazón reducido a cenizas y una insignificante columna de humo.

TRES

Vuelo 148 de Delta Airlines, de Nueva York a Roma, lunes 6 de julio, 7.30 h

Danny estaba muerto, y Harry se dirigía a Roma con objeto de recoger su cadáver y llevarlo a Estados Unidos para enterrarlo. Como la mayor parte del vuelo, la última hora había sido un sueño. Harry había visto el sol de la mañana tocar los Alpes. Lo había visto reverberar en el mar Tirreno cuando giró el avión, sobrevolando tierras de labranza italianas en su descenso sobre el aeropuerto internacional Leonardo da Vinci, en Fiumicino.

«Harry, soy tu hermano, Danny...»

Lo único que oía era la voz de Danny en el contestador automático. Sonaba una y otra vez en su cerebro, como un trozo de cinta que se repite sin cesar. Temerosa, turbada y, ahora, muda.

«Harry, soy tu hermano, Danny...»

Tras rechazar una taza de café ofrecida por una azafata sonriente y vivaracha, Harry se reclinó en el asiento aterciopelado de la sección de primera clase y cerró los ojos, recordando lo que había ocurrido hasta entonces.

Había intentado llamar a Danny otras dos veces desde el avión. Y una vez más después de registrarse en el hotel. Pero no había obtenido respuesta. Con creciente preocupación, había telefoneado directamente al Vaticano con la esperanza de encontrar a Danny en el trabajo, pero lo pasaron con distintos departamentos donde le hablaban en un inglés chapurreado, en italiano y en una combinación de ambos, y al final le habían comunicado que el padre Daniel «no vendrá hasta el lunes».

Para Harry esto significaba que Danny pasaría fuera el fin de semana y que, con independencia de su estado mental, era una razón legítima para no responder al teléfono. Harry, por su parte, había grabado un mensaje en el contestador automático de su casa con el número de teléfono de su hotel en Nueva York por si Danny llamaba de nuevo, tal como había anunciado.

Después, Harry había vuelto, con un cierto grado de alivio, a sus asuntos y al motivo que lo había llevado a Nueva York: una reunión de última hora con los jefes de promoción y distribución de la Warner Brothers acerca del lanzamiento, el 4 de julio, Día de la Independencia, de *Dog on the Moon*, principal estreno veraniego de la Warner, la historia de un perro enviado a la Luna en un experimento de la NASA y

abandonado allí por accidente. La película estaba escrita y dirigida por Jesús Arroyo, su cliente de veinticuatro años.

Soltero y lo bastante apuesto como para ser una estrella de cine, Harry Addison no era sólo uno de los mejores partidos del mundillo del espectáculo, sino también uno de sus abogados más destacados. Su empresa representaba a la flor y nata de las personalidades multimillonarias de Hollywood.

Sus propios clientes habían protagonizado o eran responsables de algunas de las películas y series televisivas más populares del último lustro. Sus amigos eran personas conocidísimas, gente que aparecía cada semana en las portadas de las revistas.

Su éxito —en palabras de *Variety*, publicación especializada en la industria de Hollywood— se debía «a una combinación de inteligencia, trabajo denodado y un temperamento marcadamente distinto del de los jóvenes guerreros y abogados de competitividad salvaje para quienes un “trato” lo es todo y cuyo único lema es “no hacer prisioneros”. Con su corte de pelo de las universidades del noroeste y sus trajes de Armani, la postura de Addison es que cuanto menos sangre se derrama, más se benefician todas las partes. Es por ello por lo que establece buenos acuerdos, sus clientes lo adoran, los estudios lo respetan y gana un millón de dólares al año».

Maldita sea, ¿de qué servía todo eso? La muerte de su hermano lo oscurecía todo. No pensaba sino en qué habría debido hacer por Danny que no hubiera hecho. ¿Llamar a la embajada estadounidense o a la policía de Roma y enviarlos a su piso? Ni siquiera sabía dónde vivía. Por eso había intentado ponerse en contacto con Byron Willis, su jefe, mentor y mejor amigo, desde la limusina, en cuanto oyó el mensaje de Danny. Pretendía preguntarle a quién conocían en Roma que pudiera ayudar, pero no había logrado comunicarse con él. Si lo hubiera hecho, y si hubiesen encontrado a alguien en Roma, ¿estaría aún vivo su hermano? La respuesta, con seguridad, era que no, porque no habrían dispuesto de tiempo.

Dios Santo.

A lo largo de los años, ¿cuántas veces había intentado ponerse en contacto con Danny? Intercambiaron por costumbre tarjetas de Navidad y felicitaciones de cumpleaños durante un par de años después de la muerte de su madre. Luego fueron dejando pasar las fechas señaladas, y por último, llegó el olvido. Ocupado con su vida y su carrera, Harry había dejado que las cosas siguieran su curso, convencido de que así debía ser. Hermanos en las antípodas. Enfadados, a veces hostiles, vivían en mundos aparte y siempre lo harían, preguntándose, quizás, en los raros momentos de serenidad, si debían tomar la iniciativa y buscar la manera de reconciliarse. Pero nunca lo hicieron.

Y después, el sábado por la noche, mientras celebraba en las oficinas de la Warner en Nueva York la fortuna que estaban ganando con *Dog on the Moon* —diecinueve millones de dólares a falta de la recaudación del sábado por la noche, el domingo y el lunes siguientes, con una previsión de beneficios brutos para el fin de semana de

entre treinta y ocho y cuarenta millones—, Byron Willis lo había llamado desde Los Ángeles.

La archidiócesis católica había estado intentando ponerse en contacto con Harry y se negaba a dejar un mensaje en su hotel. Habían localizado a Willis a través del despacho de Harry, y el propio Byron había decidido realizar la llamada. Danny había sido asesinado, había dicho en voz baja, en lo que parecía ser un atentado terrorista contra un autocar que se dirigía a Asís.

En el giro emocional que se produjo a continuación, Harry había cancelado sus planes para regresar a Los Ángeles y había reservado un vuelo a Italia para el domingo por la noche. Iría allí y él mismo llevaría a Danny a casa. Era lo único que podía hacer... y lo último.

Luego, el domingo por la mañana se había puesto en contacto con el Departamento de Estado y había pedido que la embajada de Estados Unidos en Roma organizara una reunión entre él y la gente que investigaba el atentado contra el autocar. Danny se había mostrado temeroso y turbado; quizá sus palabras arrojarían un poco de luz sobre lo ocurrido. Después, y por primera vez en muchísimo tiempo, Harry había ido a la iglesia. Y había rezado y sollozado.

Debajo de él, Harry oyó el ruido del tren de aterrizaje al bajar. Miró por la ventanilla y vio aparecer la pista, mientras dejaban atrás la campiña italiana con sus campos abiertos y sus acequias. Luego sintió una sacudida cuando tocaron tierra: redujeron la velocidad, giraron y rodaron hacia los largos y poco iluminados edificios del aeropuerto Leonardo da Vinci.

La mujer uniformada que atendía en el puesto de control de pasaportes le pidió que esperara y tomó el teléfono. Harry se vio reflejado en el cristal mientras aguardaba. Llevaba aún su traje de Armani azul oscuro y su camisa blanca, tal como lo describían en el artículo de *Variety*. En su maleta había otro traje y otra camisa, junto con un jersey ligero, un chándal, un polo, unos tejanos y zapatillas de deporte. Era la misma maleta que había hecho para Nueva York.

La mujer colgó el teléfono y lo miró. Al cabo de un momento, dos policías con metralletas colgadas del hombro se acercaron. Uno de ellos entró en el puesto y examinó su pasaporte, luego miró a Harry y le hizo una seña para que pasara.

—¿Nos acompaña, por favor?

—Por supuesto.

Cuando se pusieron en movimiento, Harry vio que el primer policía se acomodaba la metralleta para aferrarla con la mano derecha. De inmediato, otros dos policías uniformados se unieron al grupo mientras cruzaban la terminal. Los pasajeros se echaban a un lado con rapidez y luego se volvían, mirando por encima

del hombro en cuanto se hallaban fuera de su camino.

En el extremo de la terminal se detuvieron ante una puerta de seguridad. Uno de los policías introdujo un código en un teclado numérico. Sonó un timbre y el hombre abrió la puerta, luego subieron un tramo de escaleras y torcieron por un pasillo. Instantes después se detuvieron ante una segunda puerta.

El primer policía llamó y entraron en una habitación sin ventanas en la que aguardaban dos hombres trajeados. Los policías de uniforme entregaron el pasaporte de Harry a uno de ellos y se marcharon, cerrando la puerta al salir.

—Usted es Harry Addison...

—Sí.

—Hermano del sacerdote del Vaticano, el padre Daniel Addison.

Harry asintió.

—Gracias por venir a recibirme...

El hombre que sostenía su pasaporte debía de tener unos cuarenta y cinco años; era alto, y estaba bronceado y en forma. Llevaba un traje azul sobre una camisa de un azul más claro, con una corbata marrón cuidadosamente anudada. Hablaba un inglés con marcado acento italiano, pero comprensible. El otro era un poco mayor y casi tan alto, pero un poco más delgado y de cabello negro entrecano. Llevaba una camisa a cuadros. Su traje era de color marrón claro, como su corbata.

—Soy el inspector jefe Otello Roscani, de la Polizia di Stato. Éste es el inspector-jefe Pio.

—¿Cómo está...?

—¿Por qué ha venido a Italia, señor Addison?

Harry se quedó perplejo. Sabían por qué estaba allí: de lo contrario, no lo habrían esperado.

—Para llevar a casa el cuerpo de mi hermano... Y para hablar con ustedes.

—¿Cuándo planificó su viaje a Roma?

—No lo planifiqué en absoluto...

—Responda a la pregunta, por favor.

—El sábado por la noche.

—¿No lo hizo antes?

—¿Antes? No, claro que no.

—¿Hizo las reservas usted mismo?

Pio habló por primera vez. Su inglés casi no tenía acento, como si fuese estadounidense o hubiese pasado mucho tiempo allí.

—Sí.

—El sábado.

—El sábado por la noche. Ya se lo he dicho. —Harry miró a uno y luego al otro —. No entiendo sus preguntas. Sabían que vendría. Pedí a la embajada de Estados Unidos que organizase un encuentro con ustedes.

Roscani se introdujo el pasaporte de Harry en el bolsillo.

—Hemos de pedirle que nos acompañe a Roma, señor Addison.

—¿Por qué? Podemos hablar aquí mismo. No hay mucho que decir. —Harry sintió que le sudaban las manos. Había algo más, pero ¿qué?

—Tal vez debería dejar que nosotros lo decidamos, señor Addison.

Una vez más, Harry miró a ambos.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué es lo que me ocultan? —Sencillamente queremos hablar un poco más, señor Addison.

—¿Sobre qué?

—Sobre el asesinato del cardenal vicario de Roma.

CUATRO

Colocaron el equipaje de Harry en el maletero y luego condujeron en silencio durante cuarenta y cinco minutos, sin intercambiar una sola palabra ni mirada. Pio iba al volante del Alfa Romeo gris, y Roscani en el asiento trasero con Harry. Tomaron la autopista al salir del aeropuerto, atravesaron los suburbios de Magliana y Portuense, avanzaron en paralelo al Tíber y lo cruzaron en dirección al centro de Roma, pasando junto al Coliseo, o eso le pareció a Harry.

La Questura, la comisaría central, era un arcaico edificio de granito y piedra arenisca de cinco pisos situado en Via di San Víale, una estrecha calle adoquinada transversal a Via Genova, que arrancaba de la Via Nazionale, en el centro de la ciudad. Se accedía al interior a través de un portal en forma de arco, custodiado por policías de uniforme con armas y cámaras de vigilancia. Al pasar bajo el portal, recibieron el saludo de los hombres uniformados; a continuación, Pio estacionó el automóvil en el patio interior.

Pio se apeó primero, y seguido de los demás entró en el edificio, pasando junto a una caseta acristalada en la que otros dos hombres uniformados vigilaban, no sólo la puerta, sino un grupo de monitores de vídeo. Luego recorrieron un pasillo muy iluminado hasta un ascensor.

Harry observó a los hombres y luego el suelo mientras el ascensor se elevaba. El viaje desde el aeropuerto había sido confuso, agravado por el silencio de los policías. Sin embargo, le había dado tiempo para formarse cierta idea sobre lo que ocurría, sobre el motivo de todo aquello.

Sabía que el cardenal vicario de Roma había sido asesinado hacía ocho días por un francotirador desde la ventana de un apartamento, pero no sabía nada más; sus conocimientos se limitaban a lo que había visto por televisión o leído en los periódicos, como otros muchos millones de personas. Establecer una relación entre el asesinato del cardenal y el atentado terrorista contra el autocar en que Danny había muerto poco después era un paso lógico, incluso obvio, sobre todo si se tenía en cuenta el tono de su llamada a Harry. Era un sacerdote del Vaticano, y el cardenal asesinado una figura importante dentro de la Iglesia. Sin duda, la policía intentaba encontrar alguna conexión entre quienquiera que hubiese matado al cardenal y los responsables de la bomba que había estallado en el autocar. Quizá dicha conexión existía, pero ¿qué creían que sabía él?

Evidentemente, era un mal momento, y la policía debía de estar en entredicho después de que se cometiera un asesinato tan horrible ante sus ojos y las cámaras de

televisión. Esto implicaba que los medios de comunicación escudriñarían cada detalle de su investigación. Lo mejor, decidió Harry, era intentar dejar sus sentimientos a un lado y limitarse a responder lo mejor posible a las preguntas que le hicieran. Nada sabía excepto lo que les había dicho al principio, y no tardarían en comprobarlo.

CINCO

—¿Cuándo se afilió al Partido Comunista, señor Addison? —Roscani se inclinó hacia adelante, con una libreta de notas bajo la manga.

—¿Al Partido Comunista?

—Sí.

—No soy miembro de ningún partido comunista.

—¿Desde cuándo es miembro su hermano?

—No sabía que lo fuera.

—¿Niega que lo fuera?

—No niego nada. Pero, como sacerdote, lo habrían excomulgado...

Harry no daba crédito a lo que oía. ¿A qué venía aquello? Quería levantarse y preguntarles de dónde habían sacado esas ideas y de qué diablos estaban hablando. Pero no lo hizo; permaneció sentado en su silla, en medio de un gran despacho, procurando guardar la compostura y cooperar.

Delante de él había dos escritorios colocados en ángulo recto. Roscani estaba sentado ante uno de ellos. Una fotografía enmarcada de su esposa y tres muchachos adolescentes descansaba junto a un ordenador cuya pantalla estaba atiborrada de iconos de colores brillantes. Detrás del otro escritorio había una mujer atractiva de cabello rojo que transcribía todo cuanto decían, como la estenógrafa de un juzgado, en otro ordenador. El sonido del teclado era como un *staccato* apagado por el ruido que producía un viejo aparato de aire acondicionado situado bajo la ventana ante la que se hallaba Pio, apoyado en la pared, con los brazos cruzados, sin la menor expresión en el rostro.

Roscani se encendió un cigarrillo.

—Hábleme de Miguel Valera.

—No conozco a ningún Miguel Valera.

—Era muy amigo de su hermano.

—No conozco a los amigos de mi hermano.

—¿Nunca le habló de Miguel Valera? —Roscani hizo una anotación en su libreta.

—No.

—¿Está seguro?

—Detective, mi hermano y yo no manteníamos una relación estrecha... Hacía mucho que no hablábamos...

Roscani lo miró por unos instantes, luego se volvió hacia su ordenador y escribió algo. Esperó a que la información solicitada apareciera en la pantalla.

—¿Su número de teléfono es el 310-555-1719?

—Sí... —De pronto, Harry se puso a la defensiva. Su número de teléfono no aparecía en el listín. Sabía que era posible conseguirlo, pero ¿por qué?

—Su hermano lo llamó el viernes pasado a las 4.16 de la madrugada, hora de Roma.

Ésta era la explicación. Tenían un registro de las llamadas de Danny.

—Sí, lo hizo. Pero no me encontró en casa. Dejó un mensaje en el contestador.

—¿Qué dijo?

Harry cruzó las piernas, contó hasta cinco y dirigió la vista hacia Roscani.

—De eso quería hablarles desde un principio.

Roscani permaneció en silencio, esperando a que Harry continuara.

—Estaba asustado. Dijo que no sabía qué hacer, ni qué ocurriría.

—¿A qué se refería con eso de «qué ocurriría»?

—No lo sé. No lo especificó.

—¿Qué más dijo?

—Se disculpó por llamar de aquella manera, y dijo que intentaría llamar más tarde.

—¿Lo hizo?

—No.

—¿A qué le tenía miedo?

—No lo sé. Fuera lo que fuese, bastó para hacer que me llamara después de ocho años.

—¿No habían hablado en ocho años?

Harry asintió.

Roscani y Pio intercambiaron miradas.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—En el funeral de nuestra madre. Dos años antes de eso.

—No había hablado con su hermano en todo este tiempo. Y luego lo llama y poco después muere.

—Sí...

—¿Había alguna razón en particular por la que usted y su hermano no se llevaran bien?

—¿Un incidente concreto? No. Sólo problemas que se agravaron con el tiempo.

—¿Por qué decidió llamarlo precisamente a usted?

—Dijo que no tenía a nadie más a quien acudir...

Roscani y Pio se miraron de nuevo.

—Nos gustaría escuchar la grabación del mensaje.

—La borré.

—¿Por qué?

—Porque la cinta estaba llena. No habría recogido otros mensajes.

—Entonces no existen pruebas de que hubo un mensaje. O de que usted u otra

persona en su casa no hablaron con él.

Harry se incorporó de golpe.

—¿Qué insinúan?

—Que quizá no esté contándonos la verdad.

Harry tuvo que esforzarse por contener la rabia.

—En primer lugar, no había nadie en mi casa cuando mi hermano llamó. En segundo lugar, en ese momento yo estaba en los estudios de la Warner Brothers en Burbank, California, discutiendo el contrato de una película para un guionista y director al que represento. Para su información, se estrenó el pasado fin de semana.

—¿Cómo se llama la película?

—*Dog on the Moon* —respondió Harry categóricamente.

Roscani lo miró con fijeza por unos instantes, luego se rascó la cabeza y anotó algo en su libreta.

—¿Y el guionista y director? —preguntó, sin alzar la vista.

—Jesús Arroyo.

Roscani levantó los ojos.

—Un español.

—Hispano de origen mexicano. Nació y creció en East Los Ángeles.

Harry empezaba a perder la paciencia. Lo presionaban sin revelarles nada. Actuaban como si creyeran que tanto Danny como él eran culpables de algo.

Roscani apagó su cigarrillo en un cenicero que tenía delante.

—¿Por qué mató su hermano al cardenal Parma?

—¿Qué...? —Harry estaba perplejo; lo habían pillado desprevenido.

—¿Por qué mató su hermano a Rosario Parma, cardenal vicario de Roma?

—¡Eso es absurdo! —Harry miró a Pio. Su rostro era inexpresivo. Seguía como antes, con los brazos cruzados y apoyado en la pared junto a la ventana.

Roscani tomó otro cigarrillo y lo sostuvo entre los dedos.

—Antes de que el padre Daniel se incorporase a la Iglesia era un miembro del Cuerpo de Marines de Estados Unidos.

—Sí. —Harry, desconcertado, intentaba aprehender la magnitud de las acusaciones. Le resultaba imposible pensar con claridad.

—Se instruyó en una unidad de elite. Era un tirador muy condecorado.

—Hay miles de tiradores muy condecorados. ¡Por el amor de Dios, era un sacerdote!

—Un sacerdote con la habilidad suficiente para acertar tres tiros en el pecho de un hombre a una distancia de doscientos metros. —Roscani lo observó—. Su hermano era un excelente tirador. Ganó varias competiciones. Disponemos de su historial, señor Addison.

—Eso no lo convierte en asesino.

—Le preguntaré de nuevo acerca de Miguel Valera.

—Le he dicho que nunca había oído hablar de él.

—Yo creo que sí.

—No, nunca. Hasta que usted lo mencionó.

Los dedos de la estenógrafa pulsaban las teclas de forma ininterrumpida, registrando cada palabra; lo que decía Roscani, lo que decía él, todo.

—Entonces se lo diré yo: Miguel Valera era un comunista español, de Madrid. Alquiló un piso frente a la plaza de Letrán dos semanas antes del asesinato. Fue desde allí desde donde se dispararon las balas que acabaron con la vida del cardenal Parma. Valera continuaba allí cuando llegamos: colgado de una tubería en el baño, con un cinturón atado al cuello... —Roscani golpeó un par de veces el filtro del cigarrillo sobre la mesa para compactar el tabaco—. ¿Sabe qué es un Sako TRG 21, señor Addison?

—No.

—Es un rifle finlandés para francotiradores. El arma con la que mataron al cardenal Parma. Lo encontramos envuelto en una toalla detrás de un sofá, en el mismo apartamento. Presentaba las huellas dactilares de Valera.

—¿Sólo las suyas?

—Sí.

Harry se reclinó en el respaldo, con las manos entrelazadas delante de la barbilla y la mirada fija en Roscani.

—Entonces, ¿por qué acusan a mi hermano del crimen?

—Había otra persona en el piso, señor Addison. Alguien que llevaba guantes y que quería que creyéramos que Valera actuó por su cuenta. —Roscani se llevó despacio el cigarrillo a los labios, con la cerilla aún encendida entre los dedos—. ¿Cuánto cuesta un Sako TRG 21?

—No tengo la menor idea.

—Cerca de cuatro mil dólares, señor Addison. —Roscani apagó la cerilla retorciéndola entre el pulgar y el índice y la dejó caer sobre el cenicero.

—Alquilaron el apartamento por casi quinientos dólares a la semana. El propio Valera lo pagó en metálico... Miguel Valera era un comunista de toda la vida, un albañil que apenas trabajaba. Tenía una mujer y cinco hijos a quienes a duras penas podía mantener.

Harry lo miró, incrédulo.

—¿Está sugiriendo que mi hermano era la otra persona que se encontraba en la habitación? ¿Que compró el rifle y le dio el dinero a Valera para el alquiler?

—¿Cómo habría podido hacerlo, señor Addison? Su hermano era un sacerdote. Era pobre. Recibía un pequeño estipendio de la Iglesia. Tenía muy poco dinero. Ni siquiera tenía una cuenta bancaria... No disponía de cuatro mil dólares para un rifle, ni del equivalente de mil dólares en metálico para pagar el alquiler de un piso.

—No hace más que contradecirse, detective. Me asegura que las únicas huellas halladas en el arma del crimen pertenecían a Valera y, al mismo tiempo, quiere que crea que fue mi hermano quien apretó el gatillo. Y luego me explica con todo detalle

que no habría podido permitirse el lujo de comprar el rifle ni alquilar el piso. ¿A qué juega?

—El dinero lo aportó otra persona, señor Addison.

—¿Quién? —Harry dirigió una mirada airada a Pio y, luego, a Roscani.

El policía lo observó por un momento y luego alzó la mano derecha, entre cuyos dedos humeaba el cigarrillo.

—Usted, señor Addison.

A Harry se le secó la boca. Intentó tragar saliva, pero no pudo. Así que por eso habían ido a buscarlo al aeropuerto y lo habían llevado a la Questura. Al margen de lo que hubiese ocurrido, Danny se había convertido en el principal sospechoso e intentaban relacionarlo con el crimen. No lo permitiría. Se puso en pie de golpe, empujando la silla hacia atrás.

—Quiero llamar a la embajada de Estados Unidos. Ahora mismo.

—Díselo —indicó Roscani en italiano.

Pio abandonó su posición junto a la ventana y atravesó la habitación.

—Sabíamos que vendría a Roma, y en qué vuelo, pero no por la razón que usted cree. —La actitud de Pio resultaba más agradable que la de Roscani: su postura, el ritmo con el que hablaba..., o tal vez se debía sólo a que parecía norteamericano.

»La noche del domingo solicitamos ayuda al FBI. Para cuando lo localizaron, usted ya venía de camino hacia aquí. —Se sentó en el borde del escritorio de Roscani—. Si quiere hablar con su embajada, tiene todo el derecho. Pero sepa que si lo hace no tardará en hablar con los agregados legales.

—No sin un abogado.

Harry sabía qué eran los agregados legales, agentes especiales del FBI destinados a las embajadas estadounidenses que trabajan en coordinación con la policía local. Sin embargo, la amenaza no cambiaba nada. Pese a que se sentía abrumado y perplejo, no pensaba permitir que nadie, ni la policía romana ni el FBI, continuaran haciéndole interrogatorios como aquél sin el asesoramiento de alguien muy versado en legislación criminal italiana.

—Richieda un mandato di cattura. —Roscani se dirigió a Pio.

Harry reaccionó con ira.

—¿Les importaría hablar en mi idioma?

Roscani se puso de pie y rodeó su escritorio.

—Le he dicho que pida una orden de detención.

—¿De qué se me acusa?

—Un momento. —Pio miró a Roscani y señaló con un gesto la puerta. Roscani no hizo caso y siguió mirando a Harry, actuando como si éste hubiese matado al cardenal Parma.

Pio se lo llevó aparte, y le dijo algo en italiano. Roscani vaciló. Luego Pio añadió algo más. Roscani cedió y ambos salieron.

Harry los vio cerrar la puerta tras de sí y se volvió. La mujer de cabello largo

sentada ante el teclado lo observaba. Haciendo como si ella no existiera, se acercó a la ventana. Era un modo de distraerse. A través del pesado cristal vio la angosta calle adoquinada, y, enfrente, un edificio de ladrillos. En el otro extremo se alzaba lo que parecía una estación de bomberos. Se sentía como en una prisión.

¿En qué diablos se había metido? ¿Y si tenían razón y Danny se había visto involucrado en el asesinato? Pero eso era absurdo. ¿O no lo era? De adolescente, Danny había tenido problemas con la ley. No muchos, pero algunos, como muchos jóvenes descontentos. Robos de escasa cuantía, vandalismo, peleas..., en resumen, se metía en líos. Era una de las razones por las que se había unido a los marines, como una manera de disciplinarse. No obstante, ya habían transcurrido muchos años desde aquello; cuando murió ya era un hombre adulto y hacía mucho tiempo que se había ordenado sacerdote. Resultaba imposible imaginarlo como asesino. Sin embargo —y Harry no quería pensar en ello, pero era verdad—, habría aprendido a serlo en el Cuerpo de Marines. Además, estaba la llamada. ¿Y si lo había llamado por eso? ¿Y si en realidad lo había hecho y no tenía otra persona con quien hablar?

Percibió un sonido, la puerta se abrió, y Pio entró solo. Harry miró detrás de él, esperando ver a Roscani, pero éste no apareció.

—¿Ha reservado habitación en un hotel, señor Addison?

—Sí.

—¿En cuál?

—El Hassler.

—Me encargaré de que envíen su equipaje allí. —Extrajo el pasaporte de Harry de un bolsillo de su chaqueta y se lo entregó—. Lo necesitará para registrarse.

Harry lo miró fijamente.

—¿Puedo marcharme...?

—Sin duda estará cansado..., por su dolor y por el viaje. —Pio sonrió con amabilidad—. Y por un interrogatorio que no se esperaba. Necesario, desde nuestro punto de vista, pero no muy hospitalario. Me gustaría explicarle qué ha ocurrido y qué está ocurriendo... Sólo nosotros dos, señor Addison..., en un lugar tranquilo en la esquina. ¿Le gusta la comida china?

Harry no apartó la mirada. El poli bueno y el poli malo, justo como en Estados Unidos. Y en ese momento Pio era el bueno, el amigo que estaba de su lado. Ésta era la razón por la que Roscani había dirigido el interrogatorio. No obstante, resultaba evidente que todavía no habían terminado con él y que ésta era su manera de continuar investigándolo. En conclusión, no tenía alternativa.

—Sí —respondió al fin—. Me gusta la comida china.

SEIS

«FELIZ NAVIDAD DE PARTE DE LOS ADDISON»

Harry aún recordaba la tarjeta, el árbol decorado en el patio, las caras sonrientes, todos con gorros de Papá Noel. Guardaba una copia en algún lugar de casa, en un cajón; sus colores antes brillantes palidecían poco a poco adquiriendo tonos pastel. Fue la última vez que estuvieron todos juntos. Sus padres tenían treinta y tantos años de edad. Él contaba once, Danny, ocho y Madeline, casi seis. Los cumplió el primero de enero y murió dos semanas después.

Era una tarde de domingo, luminosa, despejada y muy fría. Danny, Madeline y él jugaban en un estanque congelado cerca de su casa. Unos chicos mayores jugaban a *hockey* a escasa distancia. Un grupo patinó en dirección a ellos, detrás del disco.

Harry aún oía el agudo crujido del hielo. Sonaba como el disparo de una pistola. Vio que los jugadores de *hockey* se detenían de golpe. Y, luego, el hielo se rompió bajo los pies de Madeline. No emitió sonido alguno; sencillamente se hundió. Harry gritó a Danny que corriera en busca de auxilio, se quitó el abrigo y se lanzó al agua detrás de ella, pero no vio más que una negrura helada.

Ya casi había oscurecido y el cielo detrás de los árboles desnudos era una veta roja cuando los buceadores del cuerpo de bomberos la sacaron a la superficie.

Harry, Danny y sus padres esperaron junto a un sacerdote en la nieve mientras los bomberos cruzaban la placa de hielo.

El jefe de la cuadrilla, un hombre alto con bigote, había recibido el cuerpo de manos de los buceadores, lo había envuelto en una manta, y en ese momento lo sostenía en sus brazos a la cabeza del grupo.

A lo largo de la orilla, a una distancia prudencial, los jugadores de *hockey*, sus padres y hermanos, los vecinos y los extraños observaban en silencio.

Harry empezó a avanzar, pero su padre lo sujetó con firmeza por los hombros y lo detuvo. Cuando llegó a la orilla, el jefe de los bomberos se paró y el cura dio la extremaunción sobre la manta, sin abrirla. Cuando hubo terminado, el jefe de los bomberos, seguido por los buceadores, que aún llevaban puestas las botellas de oxígeno y los trajes isotérmicos, se dirigieron hacia una ambulancia blanca que los aguardaba. Subieron a Madeline, y el vehículo se puso en marcha internándose en la oscuridad.

Harry siguió con la mirada los puntos rojos de las luces traseras hasta que desaparecieron. Después se volvió. Danny estaba allí, a sus ocho años de edad,

temblando de frío, con la vista clavada en él.

—Madeline está muerta —dijo, como si intentara entenderlo.

—Sí... —susurró Harry.

Era el domingo 15 de enero de 1973. Estaban en Bath, Maine.

Pio tenía razón: Yu Yuan, el restaurante chino de Via delle Quattro Fontane, al final de la calle, era un lugar tranquilo. Al menos lo era donde él y Harry se habían sentado, a una mesa lacada, apartada de la puerta de entrada de linternas rojas y de la aglomeración de clientes del mediodía, con una tetera y una botella grande de agua mineral entre ambos.

—¿Sabe qué es el Semtex, señor Addison?

—Un explosivo.

—Ciclotrimetileno, tetronitrato de pentaeritritol y plástico. Después de estallar deja un residuo de nitrato característico junto con partículas de plástico. También despedaza el metal en trocitos pequeños. Fue la sustancia con la que volaron el autocar de Asís. Los expertos lo han confirmado esta misma mañana, y se anunciará públicamente esta tarde.

La información que Pio estaba dándole era clasificada y Harry lo sabía. Era parte de lo que aquél le había prometido. Sin embargo, poco o nada le decía acerca de sus motivos para sospechar de Danny. Pio se limitaba a hacer lo mismo que Roscani; proporcionarle los datos estrictamente necesarios para continuar la conversación.

—Saben qué ocurrió. ¿Saben quién lo hizo?

—No.

—¿Era mi hermano el objetivo?

—No lo sabemos. Sólo estamos seguros de que ahora traemos entre manos dos investigaciones distintas: la del asesinato de un cardenal y el atentado contra un autobús.

Un anciano camarero oriental se acercó a la mesa mirando a Harry e intercambió un par de bromas en italiano con Pio. Éste pidió los platos de memoria y el camarero dio una palmada, hizo una rápida reverencia y se marchó. El policía se volvió hacia Harry.

—Hay, o más bien había, cinco cardenales del Vaticano que servían como asesores de confianza del Papa. El cardenal Parma era uno de ellos. El cardenal Marsciano es otro... —Pio llenó su vaso con agua mineral, esperando de Harry una reacción que no se produjo—. ¿Sabía que su hermano era el secretario personal del cardenal Marsciano?

—No...

—Este puesto le daba acceso directo a los asuntos internos de la Santa Sede, entre ellos, el itinerario del Papa; sus compromisos: dónde, cuándo, por cuánto tiempo; por qué puertas entraba y salía de los edificios; las medidas de seguridad: guardias suizos

o policía o ambos, cuántos agentes... ¿El padre Daniel nunca mencionó estas cosas...?

—Ya le he dicho que no estábamos muy unidos.

Pio lo estudió.

—¿Por qué?

Harry no respondió.

—Hacía ocho años que no hablaba con su hermano. ¿Por qué razón?

—No tiene sentido tocar el tema.

—Es una pregunta sencilla.

—Se lo he dicho: algunas cosas se complican a lo largo del tiempo. Viejos asuntos. Problemas de familia. Es un asunto aburrido y que nada tiene que ver con asesinatos.

Por unos momentos Pio permaneció inmóvil, luego tomó su vaso y bebió un sorbo de agua mineral.

—¿Es ésta su primera visita a Roma, señor Addison?

—Sí.

—¿Por qué ahora?

—He venido para llevarme su cuerpo a casa... No hay otro motivo. Ya se lo he dicho.

Harry sintió que Pio empezaba a presionar como Roscani lo había hecho con anterioridad, en busca de algo definitivo: una contradicción, un desvío de la mirada, un instante de vacilación; cualquier cosa que sugiriese que se guardaba algo o mentía de manera descarada.

—Ispettore capo!

El camarero llegó sonriendo, como antes, e hizo sitio en la mesa para cuatro bandejas humeantes, parloteando en italiano.

Harry esperó a que terminara y, cuando se hubo marchado, miró a Pio a los ojos.

—Estoy diciéndole la verdad. Desde el principio... ¿Por qué no cumple con su promesa y me cuenta lo que hasta ahora no me ha contado, las razones por las que piensa que mi hermano estaba involucrado en el asesinato del cardenal?

Pio indicó con un gesto a Harry que se sirviera. Éste sacudió la cabeza.

—Muy bien. —Pio extrajo una hoja doblada de su chaqueta y se la entregó a Harry—. La policía de Madrid la encontró cuando registraba el piso de Valera. Léala con atención.

Harry extendió la hoja. Era una fotocopia ampliada de lo que parecía ser una página arrancada de una agenda telefónica. Los nombres y las direcciones estaban escritos a mano en español, con los correspondientes números telefónicos a la derecha. Casi todos parecían ser de Madrid. En la parte inferior de la hoja había un número suelto, y a la derecha la letra R.

No tenía sentido. Nombres españoles, números telefónicos de Madrid. ¿Qué tenía que ver con todo lo demás? A menos que la R en la parte inferior de la hoja se

refiriera a Roma, pero a continuación había un número sin nombre alguno. Entonces cayó en la cuenta.

—Santo Dios —exclamó sin aliento y lo miró de nuevo. El número de teléfono que aparecía junto a la R era el mismo que Danny había dejado en su contestador automático. Alzó la vista de golpe. Pio lo observaba.

—No sólo se trata del número de teléfono, señor Addison. También hay registros de llamadas —dijo Pio—. Durante las tres semanas previas al asesinato, Valera telefoneó una docena de veces al piso de su hermano desde su teléfono móvil. Al principio desde Madrid, y luego desde Roma, cuando llegó aquí. Hacia el final se hicieron más frecuentes y breves, como si confirmara instrucciones. Por lo que sabemos, se trata de las únicas llamadas que efectuó mientras estuvo aquí.

—¡Unas llamadas telefónicas no convierten a nadie en un asesino! —A Harry le costaba creerlo. ¿Era eso todo lo que tenían?

Una pareja que acababa de sentarse a una mesa miró en su dirección. Pio esperó a que se volvieran y bajó la voz.

—Le hemos dicho que existen pruebas de la presencia de una segunda persona en la habitación. Y que creemos que fue esa segunda persona, y no Valera, quien asesinó al cardenal Parma. Valera era un agitador comunista, pero no nos consta que alguna vez haya disparado un arma. Le recuerdo que su hermano era un tirador de primera entrenado en el ejército.

—Es un hecho, no una conexión.

—No he terminado, señor Addison... El arma homicida, la Sako TRG 21, suele emplearse con cartuchos Winchester del 308. En este caso, estaba cargada con balas Hornady del 150 con punta de aguja. Se consiguen, sobre todo, en tiendas de armas especializadas... Del cuerpo del cardenal Parma se extrajeron tres... La recámara del rifle tiene capacidad para diez cartuchos. Los siete restantes seguían allí.

—¿Y qué?

—Lo que nos llevó al piso de su hermano fue la agenda personal de Valera. No estaba allí. Por supuesto, había marchado a Asís, pero entonces no lo sabíamos. Conseguimos una orden de registro gracias a la agenda de Valera...

Harry escuchaba en silencio.

—Una caja de cartuchos corriente contiene veinte balas. En un cajón cerrado con llave en el apartamento de su hermano encontramos una caja de cartuchos con diez balas Hornady del 150. Junto a ella había una segunda recámara para el mismo rifle.

Harry se quedó sin aliento. Quería responder, alegar algo en defensa de Danny, pero no era capaz.

—También había un recibo por 1 700 000 liras..., algo más de mil dólares, señor Addison. La cantidad que Valera pagó en metálico para alquilar el piso. El recibo llevaba la firma de Valera. La caligrafía era la misma que la de la página de la agenda que tiene usted.

»Pruebas circunstanciales. Sí, lo son. Y si su hermano viviese podríamos

interrogarlo al respecto y darle la oportunidad de refutarlas —Pio hablaba con rabia y apasionamiento—. También podríamos preguntarle por qué hizo lo que hizo, y quiénes más estaban involucrados. Y si su intención era matar al Papa... Desde luego, nada de esto es posible... —Pio se apoyó en el respaldo de su silla, toqueteando su vaso de agua mineral, y Harry percibió que la emoción se disipaba poco a poco—. Tal vez descubramos que íbamos descaminados, pero no lo creo... Hace mucho que me dedico a esto, señor Addison, y resulta difícil acercarse más a la verdad, sobre todo cuando el principal sospechoso está muerto.

Harry desvió la vista y la habitación se volvió borrosa. Hasta entonces, estaba convencido de que la policía se equivocaba, de que tenían al hombre equivocado, pero aquello lo cambiaba todo.

—¿Y qué me dice del autocar...? —preguntó con apenas un hilo de voz, mirando de nuevo al agente.

—¿Tal vez la facción comunista que estaba detrás de la muerte de Parma? ¿La Mafia, en un asunto completamente diferente? ¿Un empleado descontento de la compañía de transporte con conocimientos sobre explosivos? No lo sabemos, señor Addison. Como ya le he dicho, el atentado contra el autocar y el asesinato del cardenal constituyen investigaciones distintas.

—¿Cuándo se hará público todo esto...?

—Lo más probable es que no se haga público mientras dure la investigación. Después, acataremos los deseos del Vaticano.

Harry entrelazó las manos ante sí y bajó la mirada. La emoción lo embargaba. Era como si acabasen de comunicarle que padecía una enfermedad incurable. La incredulidad y la negación no cambiaban nada: las radiografías, los análisis y los escáneres estaban allí para corroborarlo.

Sin embargo, aunque todas las pruebas que poseía la policía parecían muy sólidas, ninguna de ellas era irrefutable, tal como había admitido Pio. Por otra parte, al margen de lo que les hubiera contado sobre el contenido del mensaje que Danny le había dejado en el contestador, sólo él había oído su voz: el miedo, la angustia y la desesperación. No era la voz de un asesino que imploraba piedad a gritos, sino la de un hombre atrapado en una situación terrible.

Por alguna razón que no acertaba a comprender, Harry se sentía más cerca de Danny de lo que lo había estado desde que eran niños. Tal vez se debía a que su hermano por fin se había acercado a él. Y quizás era más importante de lo que él creía, porque la toma de conciencia de aquello había llegado, no como un pensamiento, sino como un torrente de emociones, conmoviéndolo hasta el punto en que creyó que tendría que levantarse y abandonar la mesa. Pero no lo hizo, porque un instante después se percató de otro hecho: no iba a permitir que condenasen a Danny a que la historia lo conociese como el hombre que había asesinado al cardenal vicario de Roma hasta no haber dejado piedra sin mover y hasta que las pruebas no fuesen absolutas y definitivas.

—Señor Addison, falta al menos un día, o quizá más, para que se *completen los procedimientos de identificación y se le entregue* el cadáver de su hermano... ¿Se hospedará en el Hassler durante toda su estancia en Roma?

—Sí...

Pio extrajo una tarjeta de visita de su cartera y se la dio.

—Le agradeceré que me mantenga informado de sus movimientos. Notifíqueme si abandona la ciudad o si va a algún lugar en el que nos sea difícil localizarlo.

Harry tomó la tarjeta y la deslizó en el bolsillo de su chaqueta, luego se volvió hacia Pio.

—No tendrán problemas para encontrarme.

SIETE

Tren nocturno de Ginebra a Roma, martes 7 de julio, 1.20 h

El cardenal Nicola Marsciano permanecía sentado en la oscuridad escuchando el rítmico chasquido de las ruedas a medida que el tren aceleraba, alejándose de Milán en dirección sureste, hacia Florencia y Roma. En el exterior, una pálida luna acariciaba el campo italiano con luz tenue. Por un instante pensó en las legiones romanas que siglos atrás habían marchado bajo el mismo astro. A la sazón eran fantasmas, como un día lo sería él; su vida, como la de ellos, apenas una muesca en el transcurso del tiempo.

El tren 311 había salido de Ginebra a las ocho y veinticinco de la tarde, había cruzado la frontera suizo-italiana apenas pasada la medianoche y llegaría a Roma a las ocho de la mañana. Era un viaje largo considerando que el vuelo entre ambas ciudades duraba apenas dos horas, pero Marsciano había querido darse tiempo para pensar y para estar solo, sin interrupciones.

Como siervo de Dios, por lo general llevaba las vestimentas de su oficio, pero esta vez viajaba con un traje de empresario para pasar inadvertido. Por la misma razón, su compartimiento privado en el coche cama de primera clase se había reservado a nombre de N. Marsciano. De este modo conservaba el anonimato sin faltar a la verdad. El compartimiento en sí era pequeño, pero contaba con todo cuanto necesitaba: un lugar donde dormir, si lograba hacerlo, y, lo que era aún más importante, un equipo portátil que le permitía recibir llamadas en su teléfono móvil sin temor a que las intervinieran.

Solo en la oscuridad, procuró no pensar en el padre Daniel: las acusaciones de la policía, las pruebas descubiertas, la voladura del autocar... Todas esas circunstancias pertenecían al pasado, y no quería obsesionarse con ellas, si bien sabía que tarde o temprano tendría que afrontarlas en persona, pues estaban en juego su futuro y el de la Iglesia.

Echó un vistazo a su reloj, cuyos números digitales brillaban con un verde transparente en la oscuridad.

1.27 h

El teléfono portátil Motorola que descansaba sobre la mesita junto a él permanecía en

silencio. Marsciano tamborileó sobre el estrecho brazo de su asiento y luego se pasó los dedos por sus grises cabellos; por último, se inclinó hacia delante y escanció lo que quedaba de la botella de Sassicaia en su vaso. Muy seco, con mucho cuerpo, el magnífico vino tinto era poco conocido fuera de Italia. Poco conocido porque los propios italianos lo mantenían en secreto. Italia estaba llena de secretos. Y cuanto más viejo se hacía uno, mayor parecía el número de secretos y su peligrosidad, sobre todo si se ocupaba un puesto de poder e influencia, como él, a la edad de sesenta años.

1.33 h

El teléfono permanecía en silencio, y Marsciano empezó a temer que algo hubiese salido mal. Sin embargo, debía desechar estas ideas mientras no estuviese seguro.

Bebió un sorbo de vino y desplazó la mirada del teléfono al maletín que se hallaba al lado, sobre la cama. En su interior, guardada en un sobre bajo sus papeles y objetos personales, había una pesadilla: una cinta que le habían hecho llegar a Ginebra el domingo por la tarde, durante la comida. Venía en un paquete con el sello de URGENTE y lo habían enviado por mensajero sin señas del remitente. Sin embargo, en cuanto la escuchó supo de dónde procedía y por qué.

Como presidente de la Administración del Patrimonio de la Santa Sede, el cardenal Marsciano era el hombre a quien correspondían las decisiones financieras fundamentales sobre las millonarias inversiones del Vaticano. Y, como tal, era uno de los pocos que conocía el valor exacto de los bienes de la Santa Sede y cómo estaban invertidos. Era un puesto de gran responsabilidad y, por su propia naturaleza, se prestaba a esos vicios a los que se muestran tan proclives los hombres que ocupan un cargo importante: la corrupción de la mente y el espíritu. Los hombres que caían en semejantes tentaciones por lo general eran avariciosos o arrogantes o ambas cosas. Marsciano no era ni lo uno ni lo otro. La causa de sus sufrimientos era una cruel mezcla de lealtad profunda a la Iglesia, confianza ciega y amor al prójimo, agravada, si cabe, por su posición influyente en el Vaticano.

La cinta —a la luz del asesinato del cardenal Parma y del momento en que se la habían enviado— sólo lo hundiría aún más en la oscuridad. Más que amenazar su seguridad personal, la mera existencia de aquella grabación planteaba otros interrogantes de mayor alcance: ¿Qué más se sabía? ¿En quién podía confiar?

El único sonido que percibía era el de las ruedas en los raíles a medida que el tren se aproximaba a Roma. ¿Por qué no lo llamaban? ¿Qué había ocurrido? Algo había salido mal, ahora estaba seguro.

De pronto sonó el teléfono.

Sorprendido, Marsciano permaneció quieto. Sonó de nuevo. Una vez se hubo recuperado, tomó el móvil.

—Sí —su voz era queda, temerosa. Asintiendo con un leve movimiento de cabeza, escuchó lo que le decían—. *Grazie* —susurró al fin, y colgó.

OCHO

Roma, martes 7 de julio, 7.45 h

Jacov Farel era suizo.

También era el jefe del Ufficio Centrale di Vigilanza, el hombre que tenía a su cargo la policía del Vaticano desde hacía más de veinte años. Había llamado a Harry a las siete y cinco despertándolo de un sueño profundo, y le había dicho que debían hablar cuanto antes.

Harry había accedido a encontrarse con él y, cuarenta minutos más tarde, atravesaba Roma en un coche conducido por uno de los hombres de Farel. Cruzaron el Tíber y avanzaron en paralelo al río unas cuantas calles, luego torcieron por la Via della Conciliazione, con su columnata y la inconfundible cúpula de San Pedro en la distancia. Harry estaba convencido de que era allí adonde lo llevaban: al despacho de Farel, en algún lugar del interior del Vaticano. Luego, de pronto, el conductor dobló a la derecha, pasando por el arco de una muralla antigua, y se internó en un barrio de callejuelas y viejos edificios. Dos calles más allá, tomó una curva cerrada y se detuvo frente a una pequeña *trattoria*, en Borgo Vittorio. Tras salir del coche, el conductor abrió la puerta a Harry y lo escoltó al interior del restaurante.

Al entrar se encontraron con un hombre de traje negro de pie ante la barra. Les daba la espalda, y su mano derecha descansaba junto a una taza de café. Medía casi un metro ochenta, era de complexión fuerte, y se había afeitado al cero el poco pelo que debía de quedarle, de forma que la coronilla le brillaba como si la hubiesen pulido.

—Gracias por venir, señor Addison.

El inglés de Jacov Farel estaba teñido por un acento francés. Su voz era ronca, como si hubiera fumado un pitillo tras otro durante años. Con lentitud, separó la mano de la taza de café y se volvió. Hasta entonces, Harry no había advertido el poder que traslucía su aspecto: la cabeza afeitada, el rostro amplio con la nariz achatada, el cuello grueso como el muslo de un hombre, el ancho pecho ceñido por una camisa blanca. Sus manos, grandes y fuertes, daban la impresión de haber pasado la mayor parte de sus cincuenta y pico años manejando una taladradora. Y también estaban los ojos: hundidos, verdes grisáceos, implacables... De repente buscaron los del conductor. Sin decir una palabra, éste dio un paso atrás y se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Farel dirigió la mirada a Harry.

—Mis responsabilidades son distintas de las de la policía italiana. El Vaticano es

un Estado, un país dentro de Italia. Por consiguiente, soy responsable de la seguridad de una nación.

Harry miró en torno a sí de forma instintiva. Estaban solos. No había camareros, ni clientes. Sólo Farel y él.

—Cuando asesinaron al cardenal Parma, su sangre me salpicó la camisa y la cara. También salpicó al Papa, manchándole la vestimenta.

—Estoy aquí para ayudar en lo que pueda.

Farel lo estudió con atención.

—Sé que habló con la policía. Sé lo que les dijo, y las transcripciones. Leí el informe que redactó el inspector jefe Pio después de entrevistarse con usted en privado... Lo que me interesa es lo que usted no les dijo.

—¿Lo que no les dije?

—O lo que no le preguntaron. O lo que usted no mencionó cuando se lo preguntaron, a propósito o porque no lo recordaba o, tal vez, porque no le pareció importante.

La presencia de Farel parecía llenar la habitación. Harry tenía las manos húmedas y le sudaba la nuca. Volvió a echar un vistazo alrededor. Continuaban solos. Eran más de las ocho de la mañana. ¿A qué hora comenzaba a trabajar el personal? ¿A qué hora empezaba a entrar la gente a tomar el desayuno o un café? ¿Acaso habían abierto exclusivamente para Farel?

—Parece sentirse incómodo, señor Addison...

—Tal vez porque estoy cansado de hablar con la policía pese a no haber hecho nada, y ustedes siguen actuando como si fuera culpable de algo... He venido a verlo de buen grado porque creo que mi hermano es inocente, para mostrarle que estoy dispuesto a colaborar en lo que me sea posible.

—Esa no es la única razón, señor Addison...

—¿Qué quiere decir?

—Tiene que conservar sus clientes. Si hubiese llamado a la embajada de Estados Unidos tal como amenazó con hacer, o a un abogado italiano para que lo representase durante los interrogatorios en comisaría, sabe que casi con toda seguridad los medios de información se habrían enterado... No sólo se habrían hecho públicas nuestras sospechas sobre su hermano, sino que también se hablaría sobre usted: quién es, qué hace, para quién trabaja. Sus representados son gente que no querría verse relacionada, ni siquiera de manera remota o indirecta con el asesinato del cardenal vicario de Roma.

—¿A quién cree que represento que...?

Farel lo interrumpió con brusquedad, nombrando a media docena de grandes estrellas de Hollywood en rápida sucesión.

—¿Quiere que siga, señor Addison?

—¿Dónde ha obtenido esa información?

Harry estaba tan sorprendido como furioso. La identidad de los clientes de su

bufete se guardaba en secreto con mucho celo. Esto significaba que Farel no sólo había escarbado en su historial, sino que también disponía de contactos en Los Ángeles capaces de conseguirle lo que quisiera. Alcance y poder semejantes asustaban por sí mismos.

—Dejemos a un lado la culpabilidad o inocencia de su hermano. Todo tiene su lado práctico... Por eso está aquí hablando conmigo, señor Addison, solo y por su propia voluntad, y así continuará haciéndolo hasta que haya terminado con usted... Debe proteger su propio éxito. —Se acarició el cráneo por encima de la oreja izquierda— Hace un día espléndido. ¿Por qué no salimos a dar una vuelta...?

El sol de la mañana empezaba a iluminar los pisos más altos. Farel giró a la izquierda, por Via degli Ombrellari..., una estrecha calle adoquinada sin aceras, flanqueada por bloques interrumpidos aquí y allá por un bar, un restaurante o una farmacia. Se cruzaron con un sacerdote. Más abajo, dos hombres cargaban con gran estrépito botellas vacías de vino y agua mineral en una furgoneta, delante de un restaurante.

—Fue un tal Byron Willis, socio de su bufete, quien le informó de la muerte de su hermano.

—Sí.

De modo que también sabía eso. Estaba haciendo lo mismo que Roscani y Pio: intentar intimidarlo y pillarlo desprevenido, hacerle saber que, con independencia de lo que dijese nadie, seguía siendo sospechoso. El hecho de que Harry supiese que era inocente carecía de toda importancia. Los años en la Facultad de Derecho lo habían hecho más consciente de que la mayoría de los innumerables inocentes que habían pasado por prisiones, cárceles, e incluso horcas, habían sido acusados de crímenes mucho menos graves que el que se estaba investigando. Le resultaba inquietante, si no aterrador. Y Harry sabía que se le notaba, cosa que le disgustaba. Por añadidura, el fisgoneo de Farel en su actividad profesional hacía que todo tomase un giro calculado. Esto confería al policía del Vaticano poder adicional, pues le permitía entrometerse en la vida privada de Harry y demostrarle que no tenía adonde ir.

La preocupación de Harry por la publicidad era uno de los primeros asuntos de los que éste se había ocupado el día anterior: en cuanto dejó a Pio y se registró en el hotel, había llamado a Byron Willis a su casa de Bel Air. Durante la conversación se enumeraron, prácticamente palabra por palabra, las razones que Farel acababa de aducir para que Harry mantuviera la discreción. Habían acordado que, aunque se trataba de un hecho trágico, Danny estaba muerto, y puesto que, fuera cual fuese su participación en el asesinato del cardenal Parma, ésta se guardaba en secreto, lo mejor para todos era que las cosas siguieran como estaban. El riesgo de que los nombres de los clientes de Harry salieran a la luz y su situación fuese explotada, era algo que ni ellos, ni él, ni la compañía necesitaban, menos aún en un momento en que los medios de comunicación parecían controlarlo todo.

—¿Sabía el tal señor Willis que el padre Daniel se había puesto en contacto con

usted?

—Sí..., se lo dije cuando llamó para notificarme lo ocurrido...

—¿Le contó lo que le había dicho su hermano?

—Una parte... La mayor parte... Lo que dije está en las transcripciones de lo que ayer expliqué a la policía. —Harry sentía que la rabia empezaba a aumentar—. ¿Qué importancia tiene?

—¿Hace cuánto que conoce al señor Willis?

—Diez, once años. Me ayudó a introducirme en el negocio. ¿Por qué?

—Están muy unidos.

—Sí, supongo...

—¿Confía en él más que en ninguna otra persona?

—Supongo.

—Lo que significa que le contaría cosas que no le contaría a ninguna otra persona.

—¿Adónde quiere llegar?

Los ojos verdes grisáceos de Farel se clavaron en los de Harry. Al cabo de un rato desvió la mirada y siguieron andando despacio; Harry no tenía la menor idea de hacia dónde se dirigían ni por qué. Se preguntó si Farel lo sabía o si sólo se trataba de su manera de interrogar.

Detrás de ellos, un Ford azul dobló la esquina, recorrió despacio cincuenta metros, luego se acercó al bordillo y paró. Nadie bajó. Harry miró a Farel. Si era consciente de la presencia del coche, no lo puso de manifiesto.

—Nunca habló en persona con su hermano.

—No.

Más abajo, los hombres terminaron de cargar botellas y la furgoneta se puso en marcha. Aparcado detrás había un Fiat gris con dos hombres en los asientos delanteros. Harry miró hacia atrás; el otro coche continuaba allí. La manzana era corta. Si los hombres de los coches trabajaban para Farel, era como si hubiesen acordonado la calle.

—Y borró el mensaje que le dejó en el contestador...

—No lo habría hecho de haber sabido el curso que iban a tomar los acontecimientos.

Farel se detuvo de golpe. Se hallaban a corta distancia del Fiat gris, y Harry notó que sus ocupantes los observaban. El que se hallaba al volante era joven y se inclinó hacia delante con ansia, como si deseara que ocurriera algo.

—Actúa como si no supiera dónde estamos, señor Addison. —Farel sonrió, luego señaló el edificio de cuatro plantas, de pintura desconchada y manchas amarillas, que tenían ante sí.

—¿Debería saberlo?

—Número 127 de la Via degli Ombrellari. ¿No lo sabe?

Harry miró calle abajo. El Ford azul seguía allí. Luego miró de nuevo a Farel.

—No. No lo sé.

—Es el edificio donde vivía su hermano.

NUEVE

El apartamento de Danny estaba en la planta baja. Era pequeño y sumamente espartano. El cubículo que servía de sala daba a un diminuto patio trasero y estaba amueblado con un sillón de lectura, un escritorio pequeño, una lámpara de pie y una estantería, objetos todos que parecían salidos de un rastro. Incluso los libros eran de segunda mano, casi todos viejos y relacionados con la historia del catolicismo. Había títulos como *Los últimos días de la Roma papal, 1850-1870*; *Plenarii Concilii Baltimorensis Tertii*, o *La Iglesia en el Sacro Imperio Romano*.

El dormitorio era aún más austero: en él había una cama individual, cubierta por una manta, y una pequeña cómoda, con una lámpara y un teléfono encima, que hacía las veces de mesita de noche. El guardarropa era igual de precario. Consistía en un conjunto de las clásicas vestimentas sacerdotales: camisa negra, pantalones negros y americana negra, todo colgado de la misma percha; unos tejanos, una camisa a cuadros, una sudadera gris gastada y un par de zapatillas de deporte viejas. La cómoda reveló un alzacuello blanco, varios calzoncillos muy gastados, tres pares de calcetines, un jersey doblado y dos camisetas, una de ellas con el escudo del Providence College.

—Todo tal como lo dejó cuando partió hacia Asís —señaló Farel en voz baja.

—¿Dónde encontraron los cartuchos?

Farel lo guió hacia el lavabo y abrió la puerta de una cómoda antigua. En el interior había varios cajones, todos con cerraduras que habían sido forzadas, presumiblemente por la policía.

—En el cajón de abajo. Al fondo, detrás de un par de rollos de papel higiénico.

Harry se quedó mirando por unos instantes, luego dio media vuelta y se dirigió despacio hacia la sala, pasando por el dormitorio. En el estante superior de la librería había una placa eléctrica que no había visto antes y, junto a ella, una taza solitaria con una cuchara en su interior y, al lado, un frasco de café instantáneo. Eso era todo. Ni cocina, ni hornillos, ni nevera. Era un lugar como el que él mismo habría alquilado durante el primer año en Harvard, cuando no tenía dinero y estudiaba gracias a una beca.

—Su voz...

Harry se volvió. Farel estaba de pie en la puerta del dormitorio, observándolo. Su cabeza afeitada le pareció de pronto demasiado grande y desproporcionada.

—La voz de su hermano en el contestador... Dijo usted que parecía asustado.

—Sí.

—¿Como si temiera por su vida?

—Sí.

—¿Mencionó nombres? ¿Gente que ambos conocen? ¿Parientes? ¿Amigos?

—No, ningún nombre.

—Piénselo con calma, señor Addison. Hacía mucho que no sabía nada de su hermano. Estaba alterado. —Farel se acercó unos pasos—. La gente tiende a olvidar unas cosas cuando piensa en otras.

—Si hubiera mencionado nombres, yo se lo habría dicho a la policía italiana.

—¿Le explicó por qué iba a viajar a Asís?

—No me habló de Asís.

—¿Mencionó alguna otra ciudad o pueblo? —insistió Farel— ¿Algún lugar en el que hubiese estado o al que pensara ir?

—No.

—¿Fechas? ¿Un día en particular? ¿Una hora que quizá fuera importante?

—No —respondió Harry— Ninguna fecha, ninguna hora especial. Nada de eso.

Los ojos de Farel lo escrutaron de nuevo.

—¿Está totalmente seguro, señor Addison?

—Sí, estoy totalmente seguro.

Un golpe seco a la puerta principal llamó la atención de ambos. Se abrió, y entró el ansioso conductor del Fiat gris. Pilger, así lo llamó Farel, era aún más joven de lo que había supuesto Harry; de rostro aniñado, apenas parecía tener edad suficiente para afeitarse. Junto a él había un sacerdote. Como Pilger, era joven —con seguridad no había cumplido los treinta años— y alto, con cabello oscuro rizado y ojos negros detrás de unas gafas de montura negra.

Farel le habló en italiano. Tras un breve diálogo con él se volvió hacia Harry.

—Éste es el padre Bardoni, señor Addison. Trabaja para el cardenal Marsciano. Conocía a su hermano.

—Hablo su idioma, aunque no muy bien —dijo el padre Bardoni con suavidad y una sonrisa—. Permítame expresarle mis más sinceras condolencias.

—Gracias... —asintió Harry agradecido. Era la primera vez que alguien hablaba de Danny en un contexto distinto al del asesinato.

—El padre Bardoni viene de la funeraria a la que llevaron los restos de su hermano —le informó Farel— Están efectuándose los trámites necesarios. Los papeles estarán listos para que los firme mañana. El padre Bardoni lo acompañará a la funeraria y a la mañana siguiente, al aeropuerto. Se le ha reservado un asiento en primera clase. Los restos del padre Daniel irán en el mismo avión.

—Gracias... —repitió Harry. Lo único que deseaba era alejarse de la agobiante sombra de la policía y llevar a Danny a casa para que lo enterraran.

—Señor Addison —dijo Farel en tono de advertencia—. La investigación no ha terminado. El FBI realizará investigaciones complementarias en Estados Unidos. Querrán hablar con el señor Willis. Querrán los nombres y direcciones de parientes,

amigos, antiguos camaradas del ejército y de otras personas que mantuviesen alguna relación con su hermano.

—No nos quedan parientes, señor Farel. Danny y yo éramos los últimos de la familia. En cuanto a sus amigos o conocidos, de poco le serviría mi ayuda. No sé gran cosa sobre su vida... pero le diré algo: estoy tan interesado como usted en saber qué ocurrió, quizá más. Y pienso descubrirlo.

Harry y Farel se miraron por unos instantes. Luego, con un gesto de asentimiento al padre Bardoni, Harry echó un último vistazo al apartamento de su hermano y se dirigió hacia la puerta.

—Señor Addison.

La voz de Farel sonó áspera, y Harry se volvió.

—Le comenté al principio que lo que me interesa es lo que no ha dicho... Y sigue siendo así... Como abogado, sabe que, a veces, las piezas más insignificantes componen un todo..., cosas aparentemente tan nimias que solemos pasarlas por alto sin darnos cuenta.

—Le he relatado todo lo que dijo mi hermano...

—Es lo que usted asegura, señor Addison. —Farel entornó los ojos, sosteniendo la mirada de Harry—. Me salpicó con la sangre de un cardenal. No permitiré que me bañe la de un papa.

DIEZ

Hotel Hassler, todavía martes 7 de julio, 22 h

—¡Fantástico! ¡Me encanta! ¿Ha llamado? No, no pensé que lo hiciera. ¿Dónde está...? ¿Oculto?

De pie en su habitación, Harry rió a carcajadas. Teléfono en mano, con el cuello de la camisa desabrochado y las mangas recogidas, descalzo, se volvió para apoyarse en el escritorio antiguo que había junto a la ventana.

—¡Eh!, que tiene veinticuatro años, es una estrella, deja que haga lo que quiera.

Harry se despidió, colgó y colocó el teléfono sobre el escritorio, junto a la pila de documentos legales, faxes, lápices, un bocadillo a medio comer y notas sueltas. ¿Cuándo se había reído por última vez, o incluso había sentido ganas de reír? Acababa de hacerlo, y la sensación resultaba agradable.

Dog on the Moon estaba arrasando: había recaudado cincuenta y ocho millones de dólares durante el fin de semana de tres días, dieciséis millones más que las previsiones más optimistas de la Warner Brothers. El departamento comercial de los estudios calculaba una recaudación a escala nacional de más de doscientos cincuenta millones. Y en cuanto a Jesús Arroyo, el guionista y director, el muchacho de veinticuatro años de East Los Ángeles que Harry había descubierto seis años antes en un programa especial para adolescentes problemáticos y a quien había protegido desde entonces, su carrera estaba disparándose hacia las nubes. En poco menos de tres días se había convertido en el nuevo *enfant terrible*, y su futuro prometía ser brillante. Le ofrecían contratos por millones de dólares y apariciones en los principales programas de televisión. ¿Y dónde estaba el joven Jesús? ¿De fiesta en Vail o Aspen, o en la costa, buscando una casa? No. ¡Estaba escondido!

La idea hizo reír de nuevo a Harry. Por muy inteligente, maduro y vigoroso que fuera Jesús como cineasta, en el fondo no era más que un jovencito tímido a quien, tras el mejor fin de semana de su carrera, nadie lograba localizar; ni los medios de comunicación, ni sus amigos, ni su última novia, ni siquiera su agente, con quien Harry acababa de hablar. Nadie.

Excepto Harry.

Harry sabía dónde se encontraba. Su nombre completo era Jesús Arroyo Rodríguez y se hallaba en casa de sus padres, en la calle Escuela de East Los Ángeles. Estaba con su madre y con su padre, guardia de seguridad de un hospital, y con sus hermanos, primos y tíos.

Sí, Harry sabía dónde se encontraba y podía llamarlo, pero prefería no hacerlo. Más valía dejarlo tranquilo con su familia. Sin duda ya sabía qué ocurría. Cuando quisiera dar señales de vida, lo haría. Lo mejor era permitirle festejar el éxito a su manera y dejar que todo lo demás, incluida la llamada de felicitación de su abogado, aguardara. Los negocios aún no regían su vida como la de Harry y la de casi todos los triunfadores del mundo del espectáculo.

La noche anterior, al registrarse en el hotel, se había encontrado dieciocho llamadas. No había respondido a ninguna; sencillamente se había ido a dormir quince horas seguidas, abrumado por el agotamiento emocional y físico. Sin embargo, aquella noche, después de su entrevista con Farel, el trabajo había supuesto un grato alivio. Todas las personas con las que había hablado lo habían felicitado por el enorme éxito de Jesús Arroyo y se habían mostrado amables y comprensivas con su tragedia personal, disculpándose por hablar de negocios en semejantes circunstancias y —dicho esto— habían hablado de negocios.

Durante un rato había resultado estimulante, incluso reconfortante, porque le había permitido olvidarse del presente. Y luego, al terminar la última llamada, se percató de que ninguna de las personas con quienes había hablado sospechaba siquiera que la policía lo investigaba o que su hermano era el principal sospechoso en el asesinato del cardenal vicario de Roma. Y nada podía contarles; eran amigos, pero sólo amigos del trabajo.

Por primera vez se planteó la singularidad de su propia vida. Con la excepción de Byron Willis —que estaba casado, tenía dos hijos y, aun así, trabajaba tanto o más que él—, no tenía verdaderos amigos, compañeros del alma. Llevaba una vida demasiado acelerada como para cultivar relaciones de esta clase. Las mujeres no constituían un caso distinto. Formaba parte del círculo más elitista de Hollywood y había mujeres hermosas por todas partes. Él las usaba, y ellas a él; todo formaba parte del juego. Una proyección en privado, cena después, sexo y vuelta al trabajo; reuniones, negociaciones, llamadas... En ocasiones pasaba varias semanas sin hacer vida social. La relación más larga la había mantenido con una actriz y no había durado más de seis meses. Y, hasta ese día, le había parecido normal.

Harry abandonó el escritorio, y se dirigió a la ventana para echar un vistazo a la calle. La última vez que había mirado, la ciudad era un espectáculo deslumbrante bañado por el sol de primeras horas de la tarde. Ahora era de noche y Roma centelleaba. Abajo, la gente pululaba por la Escalinata Española y, más allá, por la Piazza di Spagna, una marea humana entre la cual pequeños grupos de policías situados aquí y allá para garantizar el orden.

Más lejos vislumbró un sinfín de calles estrechas y callejones; los tejados de color naranja y crema de los edificios, las tiendas y los pequeños hoteles se extendían en antiguas manzanas ordenadas hasta la negra franja del Tíber. Al otro lado del río se encontraba la cúpula iluminada de San Pedro, en aquel barrio de Roma en el que había estado unas horas antes. Debajo de ella se hallaban los dominios de Jacov

Farel, el Vaticano mismo, residencia del Papa, sede de la autoridad respetada por los novecientos cincuenta millones de católicos que había en el mundo y el lugar en el que Danny había pasado los últimos años de su vida.

¿Cómo habrían sido esos años? ¿Enriquecedores o limitados al campo de lo teórico? ¿Por qué había pasado Danny de marine a sacerdote? Era algo que Harry nunca había llegado a comprender. No era de extrañar, porque por aquel entonces apenas se hablaban. ¿Cómo habría podido tocar el tema sin que pareciese que lo juzgaba? Sin embargo, mientras contemplaba la cúpula iluminada de San Pedro, se preguntó si algo en el interior de los muros del Vaticano había impulsado a Danny a llamarlo, y más tarde lo había conducido a la muerte.

¿Quién o qué lo había aterrado tanto? ¿Cuál era el origen de todo? Por el momento, la clave parecía ser el atentado contra el autocar. Si la policía conseguía determinar quién lo había perpetrado y por qué, sabría si el propio Danny había sido el objetivo. En este caso, y si la policía identificaba a los sospechosos, entonces estarían un paso más cerca de confirmar lo que Harry aún creía en el fondo de su corazón: que Danny no era culpable y que le habían tendido una trampa, por alguna razón que aún no alcanzaba a columbrar.

Una vez más, oyó la voz y el miedo.

«Estoy asustado, Harry... No sé qué hacer... ni... qué pasará. Que Dios me ayude.»

ONCE

23.30 h

Harry caminó Via Condotti abajo hasta Via Corso, incapaz de dormir, mirando los escaparates, vagando sin rumbo con los transeúntes de la noche. Antes de salir había llamado a Byron Willis para contarle su entrevista con Jacov Farel y prevenirlo sobre una posible visita del FBI, y para discutir con él algo muy personal: dónde había que enterrar a Danny.

Esta cuestión —que, en medio de la avalancha de acontecimientos, Harry no había considerado— había surgido cuando lo llamó el padre Bardoni. El joven sacerdote que le habían presentado en el piso de Danny le explicó que, por lo que sabía, el padre Daniel no había dejado testamento, y que el director de la funeraria necesitaba asesorar al responsable del funeral, en el pueblo en el que se enterrase a Danny, acerca de la llegada de sus restos.

«¿Dónde habría querido que lo enterraran?, —había preguntado con tacto Byron Willis, a lo que Harry había respondido—: No lo sé...».

«¿Tenéis un terreno familiar?», había preguntado Willis.

«Sí», había dicho Harry. En Bath, Maine, su pueblo natal. Un pequeño cementerio con vista al río Kennebec.

«¿Crees que le habría gustado que lo enterraran allí?»

«Byron... No lo sé...»

«Harry, te quiero y sé que estás pasándolo mal, pero esto es algo que tendrás que decidir tú mismo.»

Harry le había dado la razón, le había agradecido su interés y, luego, había salido. Había estado caminando, pensando, preocupado y avergonzado. Byron Willis era su amigo más cercano y, sin embargo, nunca le había hablado de su familia más que de pasada. Lo único que sabía Byron era que él y Danny habían crecido en un pequeño pueblo costero de Maine, que su padre había trabajado en un puerto y que a los diecisiete años Harry había recibido una beca para estudiar en Harvard.

Lo cierto era que Harry nunca hablaba de los detalles de su familia, ni a Byron, ni a sus compañeros de universidad, ni a las mujeres: a nadie. Nadie sabía nada acerca de la trágica muerte de Madeline, su hermana, ni que su padre había muerto en un accidente en el astillero apenas un año después. Ni que su madre, desorientada y confundida, se había casado de nuevo menos de diez meses después y se había mudado con sus hijos a una oscura casa victoriana con un vendedor de congelados

viudo que tenía otros cinco hijos, que nunca estaba en casa, y que sólo se había casado con ella para disponer de una ama de casa y una niñera. O que, más tarde, de adolescente, Danny se había metido en un lío tras otro con la policía.

O que ambos hermanos habían hecho un pacto para salir de allí lo antes posible, marcharse para nunca volver, y que se habían prometido ayudarse mutuamente para conseguirlo. Y que, de diversas maneras, ambos lo habían hecho.

Con ello en mente, ¿cómo diablos iba Harry a aceptar la sugerencia de Byron Willis y enterrar a Danny en el terreno familiar? ¡Si no estuviera muerto lo mataría! ¡O bien se levantaría de su tumba, agarraría a Harry del cuello y lo lanzaría a la fosa en su lugar! De modo que, ¿qué debía decirle Harry al director de la funeraria cuando le preguntase adonde había que enviar los restos después de que ambos llegasen a Nueva York? En otras circunstancias habría resultado divertido. Sin embargo, no lo era. Debía pensar en una respuesta antes del día siguiente y, por el momento, no tenía la menor idea.

Media hora más tarde Harry regresó al Hassler. Acalorado y sudado por la caminata, se detuvo ante la recepción para recoger la llave de su habitación. Aún no tenía una solución. Lo único que quería era subir, meterse en la cama y sumirse en un sueño profundo y despreocupado.

—Lo espera una señora, señor Addison.

¿Señora? Las únicas personas que Harry conocía en Roma eran policías.

—¿Está seguro?

El conserje sonrió.

—Sí, señor. Muy atractiva, con un vestido de noche verde. Lo espera en el bar del jardín.

—Gracias...

Harry se alejó. Alguien del despacho con una cliente actriz de visita en Roma debió de haberle dicho que se pusiera en contacto con él, tal vez para ayudarlo a distraerse. Era lo último que quería al final de un día como aquél. No le importaba quién fuese ni qué aspecto tuviera.

Cuando entró, ella estaba sentada sola en el bar. Por un instante la larga cabellera castaño-rojiza y el vestido de noche verde esmeralda lo desorientaron. Sin embargo, conocía su rostro, la había visto cientos de veces en la televisión con su característica gorra de béisbol y su chaqueta de campaña, informando bajo el fuego de artillería de Bosnia, tras un atentado terrorista en París o desde un campo de refugiados en África. No se trataba de una actriz; era Adrianna Hall, una de las principales corresponsales en Europa de la WNN, World News Network.

En otras circunstancias Harry habría hecho cualquier cosa por conocerla. Era de

su edad o un poco más joven, audaz, aventurera y, tal como había dicho el conserje, atractiva. Pero Adrianna Hall también era periodista, y lo que menos le apetecía a Harry en aquel momento era tratar con periodistas. No tenía la menor idea de cómo lo había localizado, pero debía pensar qué hacer al respecto. O tal vez no. Bastaba con dar media vuelta y desaparecer, que fue lo que hizo, echando un vistazo a su alrededor, actuando como si buscara a alguien que no se encontraba allí.

Casi había llegado al vestíbulo cuando ella le dio alcance.

—¿Harry Addison?

Se detuvo y se volvió.

—¿Sí...?

—Soy Adrianna Hall, de la WNN.

—Lo sé...

Ella sonrió.

—No quiere hablar conmigo...

—Eso es.

Ella volvió a sonreír. El vestido parecía demasiado formal para ella.

—Había cenado con una amiga y estaba a punto de salir del hotel cuando vi que le dejaba su llave al conserje... Me explicó que usted le dijo que iba a dar un paseo... Decidí esperarlo, con la esperanza de que no tardara mucho...

—Señora Hall, lo siento mucho pero no quiero hablar con los medios de comunicación.

—¿No confía en nosotros? —Esta vez sonrió con los ojos, con una especie de parpadeo natural y divertido.

—Es sólo que no quiero hablar... Si no le importa, ya es tarde.

Harry empezó a volverse pero ella lo tomó del brazo.

—¿Confiaría en mí, al menos más de lo que lo hace ahora mismo —se hallaba muy cerca y respiraba relajada—, si le dijera que sé lo de su hermano, que sé que la policía lo esperaba en el aeropuerto y que hoy se entrevistó con Jacov Farel...?

Harry se la quedó mirando.

—No se quede boquiabierto. Mi trabajo consiste en enterarme de lo que ocurre... Pero no le he dicho nada a nadie excepto a usted, y no lo haré hasta que cuente con autorización.

—Pero de todos modos quiere saber qué es lo que estoy haciendo aquí.

—Tal vez...

Harry vaciló, luego sonrió.

—Gracias, pero, como ya le he dicho, es tarde...

—¿Y si le confesara que lo encuentro muy atractivo y por eso decidí esperarlo?

Harry procuró no sonreír. Estaba acostumbrado a esta clase de situaciones: una invitación sexual directa y convencida realizada por un hombre o una mujer, tomada en serio o en broma por la otra parte, según su estado de ánimo. En esencia, era un anzuelo lanzado con ánimo juguetón para ver qué ocurría después.

—Por un lado, diría que me siento halagado. Por otro, que es una forma algo turbia y políticamente incorrecta de obtener un reportaje. —Harry dejó la pelota en su tejado y se mantuvo firme.

—¿Eso diría?

—Así es.

Tres ancianos salieron del bar y se detuvieron a hablar junto a ellos. Adrianna Hall los miró, luego a Harry, agachó un poco la cabeza y bajó la voz.

—Veamos si puedo explicárselo mejor, señor Harry Addison... Hay ocasiones en que, sencillamente, me gusta tirarme a extraños —dijo sin quitarle los ojos de encima.

Su piso era pequeño y acogedor. Se trataba de una de esas situaciones inesperadas, de sexo salido de la nada; un ardor repentino. Alguien enciende un fósforo y el lugar entero vuela por los aires.

Harry dejó claro desde el principio —cuando le respondió «A mí también»— que no se hablaría del tema de Danny ni de la muerte del cardenal vicario de Roma, y ella aceptó.

Tomaron un taxi, luego caminaron media manzana hablando sobre Estados Unidos, principalmente sobre política y deportes. Adrianna Hall se había criado en Chicago y se había trasladado a Suiza a los trece años; su padre había sido defensa de los Blackhawks de Chicago y, más tarde, entrenador del equipo nacional suizo.

Al final, llegaron. Se oyó un clic cuando ella cerró la puerta. Luego se volvió y se acercó a él en la oscuridad. Abrió la boca y lo besó con violencia, su lengua explorando la de él. El dorso de las manos de Harry acarició con suavidad y pericia el escote de su vestido de noche, jugueteando con sus pechos. Sintió que los pezones se endurecían al mismo tiempo que el sexo de él. La periodista le abrió los pantalones y le bajó los calzoncillos. Tomó su erección en la mano, la acarició y, luego, se subió el vestido y la frotó contra la seda de sus bragas. Lo besaba y jadeaba como si aquello fuera a durar toda la vida. Harry le bajó las bragas y le quitó el vestido por encima de su cabeza. Le abrió el sujetador y lo lanzó a la oscuridad mientras ella lo llevaba hacia el sofá, terminaba de quitarle los calzoncillos, se inclinaba hacia delante y se metía su miembro en la boca. Él echó la cabeza hacia atrás, dejándola hacer, y luego se apoyó en los codos para observarla. Pensó que nunca en su vida se había sentido tan enorme. Al fin, después de unos minutos, la tomó en brazos y recorrió la sala —se oyeron risitas en la oscuridad mientras ella le indicaba el camino— y un pequeño pasillo hasta su dormitorio. Ella lo hizo esperar, coqueteando, mientras extraía un preservativo de un cajón cercano. Maldijo, luchando con el envoltorio y, luego, se lo colocó.

—Date la vuelta —susurró él.

Ella lo dejó extasiado con una sonrisa antes de volverse hacia la cabecera. Él la

montó por detrás, sintió el calor del contacto de su miembro dentro de ella, y empezó a moverse, a entrar y salir, casi sin parar.

Los gemidos de ella resonaron en la mente de Harry durante largo tiempo. Se había corrido cinco veces en dos horas. No estaba mal para un hombre de treinta y seis años. No tenía la menor idea de si ella había contado sus orgasmos. Lo que recordaba era que Adrianna no había querido que se durmiera allí. Lo había besado una vez más y le había pedido que regresara a su hotel, porque al cabo de dos horas tendría que levantarse para ir a trabajar.

DOCE

Miércoles 8 de julio, 4.32 h

Harry echó el último vistazo al reloj. El tiempo transcurría muy despacio. No sabía si había dormido algo. Aún olía el perfume de Adrianna, casi masculino: mitad cítrico, mitad humo. Tenía que levantarse, tenía que ir a trabajar dos horas después, dijo. No a una oficina con mucha gente, sino al aeropuerto. Tenía que tomar un avión a Zagreb y dirigirse al interior de Croacia para cubrir una noticia sobre crímenes cometidos por croatas contra serbocroatas a quienes habían echado de sus casas para asesinarlos salvajemente. Es lo que ella era, y lo que ella hacía.

Recordó que en algún punto había roto su propia regla y le había preguntado qué sabía acerca de la investigación sobre el atentado del autocar.

Y ella le había respondido sin rodeos, sin acusarlo, ni una sola vez, de intentar utilizarla.

—No saben quién lo hizo...

Él la había observado en la oscuridad —sus ojos claros miraban los suyos, los pechos subían y bajaban al compás de la respiración—, intentando averiguar si le decía la verdad. Pero no lo logró, de modo que lo dejó correr. Dos días después él se habría marchado y sólo volvería a verla por televisión, con su gorra de béisbol y chaqueta de campaña, informando sobre algún conflicto desde algún lugar remoto. Lo único que importaba entonces, mientras la observaba, mientras se inclinaba para acariciarle el pecho y trazar un círculo con la lengua alrededor de su pezón, era que quería hacerla suya una vez más, y otra vez, hasta que no quedase nada, nada en su mente que no fuese Adrianna. Egoísta, sí. Pero, después de todo, la idea se le había ocurrido a ella.

Recorriendo con lentitud la parte interior de su muslo con los dedos, la había oído gemir al acercarse a la pegajosa humedad de su pubis. Excitado por completo, se disponía a montarla cuando, de pronto, ella se movió a un lado, subió encima de él y se introdujo su miembro.

Echándose hacia atrás, hundió los pies en el borde del colchón y luego se inclinó hacia delante, las manos a ambos lados de la cabeza de él y los ojos muy abiertos mirándolo. Empezó a moverse despacio, deslizándose con destreza arriba y abajo a lo largo de su miembro, poniendo todo su peso en cada arremetida calculada. Y luego, como un remero que atiende a la cadencia marcada por el timonel, aceleró el ritmo. Como un jinete, ponía a prueba el corazón de la criatura que tenía debajo, cabalgando

con fuerza y sin piedad, hasta que ella misma se convirtió en el pura sangre, golpeando la valla interior y avanzando como un trueno hacia la meta. En un abrir y cerrar de ojos lo había convertido en un juego nuevo. Lo que antes había sido deseo se había transformado en un duelo de titanes.

No se había equivocado al elegir a Harry. Habiéndose propuesto hacía mucho dominar el refinado arte de la «esgrima», él observaba cada uno de sus movimientos y actuaba en consecuencia. Estocada por estocada. Bestia contra bestia. Una carrera vertiginosa, hasta el fin. Una apuesta de mil a uno sobre quién estallaría primero.

Cruzaron la meta juntos. Un final clamoroso y sudoroso de pirotecnia orgásmica que los dejó tumbados uno junto al otro y sin aliento, estremeciéndose en la oscuridad.

Harry no sabía por qué, pero en ese preciso momento una parte remota de él se echó atrás y se preguntó si Adrianna lo habría elegido, no porque él fuese el personaje principal de una historia importante y ésa fuera su forma de iniciar una relación personal, ni siquiera porque sencillamente le gustara acostarse con extraños, sino por una razón de todo punto distinta..., porque tenía miedo de ir a Zagreb, porque tal vez ya había tentado demasiado a la suerte y ocurriría algo y moriría en algún lugar de las montañas croatas. Tal vez quería respirar toda la vida posible antes de partir. Y Harry no era más que el hombre que había elegido para hacerlo.

4.36 h

La muerte.

En la oscura habitación 403 del hotel Hassler, las contraventanas estaban cerradas y las cortinas corridas en prevención del inminente amanecer, y, sin embargo, Harry aún no lograba conciliar el sueño. El mundo daba vueltas, los rostros pasaban bailando ante él.

Adrianna.

Los detectives Pio y Roscani.

Jacov Farel.

El padre Bardoni, el joven sacerdote que debía escoltarle a él y a los restos de Danny hasta el aeropuerto.

Danny.

La muerte.

¡Basta! Harry encendió las luces, se puso en pie y se dirigió a la mesita que había junto al teléfono. Empezó a repasar unos documentos en los que había estado trabajando antes de salir. El contrato de renovación para un cuarto año de la estrella de una serie de televisión, con un incremento de cincuenta mil dólares por episodio, un acuerdo para que un guionista de renombre corrigiese un guión que ya se había escrito cuatro veces; el guionista exigía quinientos mil dólares. Un acuerdo para que

un director de primera línea rodase una película de acción en Malta y Bangkok, por seis millones de dólares y el diez por ciento de la primera recaudación, finalmente cerrado. Media hora más tarde el pacto se había roto porque la estrella masculina había abandonado por razones desconocidas. Dos horas y media docena de llamadas más tarde, el protagonista volvía a estar disponible, pero para entonces el director contemplaba otras opciones. Una llamada a la estrella al mediodía a un restaurante de moda del oeste de Los Ángeles, otra al jefe de los estudios en el valle de San Fernando, y una más al agente del director acabaron por convertirse en una conferencia de cuatro personas, incluido el director desde su casa en Malibú. Cuarenta minutos más tarde el director se había reincorporado al proyecto y se preparaba para viajar, a la mañana siguiente, a Malta.

Para cuando todo hubo terminado, Harry había negociado acuerdos por valor de siete millones y medio de dólares. El cinco por ciento de los mismos —unos trescientos setenta y cinco mil— eran para su bufete: Willis, Rosenfeld and Barry. No estaba mal para alguien que había estado trabajando con tanta ansiedad, con el piloto automático y casi sin haber dormido, desde la habitación de un hotel que se encontraba al otro lado del mundo. Por eso era quien era y hacía lo que hacía... y por eso ganaba lo que ganaba, más bonificaciones, más reparto de beneficios, más... Harry Addison había salido de su pueblo natal a lo grande..., pero de pronto todo le parecía hueco e insustancial.

De golpe apagó la luz y cerró los ojos en la oscuridad. Se sintió invadido por sombras. Intentó deshacerse de ellas, pensar en otra cosa, pero no se marcharon: sombras que se movían despacio a lo largo de un muro lejano e iridiscente, y que luego regresaban a él. Fantasmas. Uno, dos, tres, y luego cuatro.

Madeline.

Su padre.

Su madre, y luego Danny...

TRECE

Miércoles 8 de julio, 22.00 h

Harry Addison, el padre Bardoni y el director de la funeraria, el *signore* Gasparri, descendieron por la escalera con pasos silenciosos. Al llegar al pie de la misma, Gasparri giró a la izquierda y avanzó por un largo pasillo de color mostaza decorado con bucólicos cuadros de la campiña italiana.

Harry se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta para palpar el sobre que Gasparri le había entregado al llegar y en cuyo interior se encontraban los escasos efectos personales de Danny que se recuperaron en el lugar del siniestro: un documento de identidad del Vaticano chamuscado, un pasaporte casi intacto, unas gafas sin el cristal derecho y con el izquierdo resquebrajado, y el reloj. De los cuatro objetos, este último era el que mejor reflejaba el horror de lo ocurrido: tenía la correa quemada, el acero ennegrecido y el cristal roto. Se había parado el día 3 de julio a las 10.51 de la mañana, escasos segundos después de que explotara el Semtex y el autocar volase por los aires.

Esa mañana, Harry había tomado una decisión acerca del funeral: enterraría a Danny en un pequeño cementerio en el oeste de Los Ángeles pues allí residía y tenía su vida, y a pesar del turbulento estado emocional en el que se encontraba entonces, no pensaba mudarse a otro lugar.

Además, la idea de tener a Danny cerca lo reconfortaba, pues le permitiría visitar su tumba, cuidarla e, incluso, hablar con él. De este modo, ninguno de los dos se sentiría solo ni abandonado, e irónicamente, la proximidad física quizá los ayudaría a salvar esa distancia que había existido entre ellos durante tanto tiempo.

—Señor Addison, se lo ruego —insistió el padre Bardoni con voz suave y compasiva—, por su propio bien, deje que perdure el recuerdo del pasado.

—Ojalá pudiera, padre, pero no puedo...

Abrir el féretro y ver a su hermano había sido una idea que se le había ocurrido de improviso durante el corto viaje en coche desde el hotel hasta la funeraria. En realidad era lo último que deseaba hacer, pero sabía que se arrepentiría el resto de su vida si no lo hacía, sobre todo al hacerse mayor y pensar en el pasado.

Gasparri se detuvo ante una puerta y les indicó que entraran en una pequeña estancia poco iluminada en la que había varias hileras de sillas dispuestas frente a un sencillo altar de madera. El director de la funeraria articuló unas palabras en italiano y abandonó la estancia.

—Dice que le esperemos aquí.

Los ojos del padre Bardoni de nuevo se mostraron suplicantes detrás de las gafas de montura negra, y Harry supo que volvería a pedirle que cambiara de opinión.

—Sé que lo hace con buena intención, padre, pero no me lo pida más, por favor.
—Harry lo observó hasta comprobar que le había entendido y miró en torno a sí.

Al igual que el resto del edificio, el lugar estaba viejo y deteriorado: las paredes de yeso, irregulares y agrietadas, se habían enmasillado una y otra vez y presentaban el mismo tono amarillento que el corredor. En contraste con la oscura madera del altar y de las sillas, el suelo de barro parecía casi blanco, el color se había desvanecido después de años, quizá siglos, de miríadas de personas que entraban, se sentaban y salían una detrás de otra con un mismo propósito: ver a los muertos en privado.

Harry se acomodó en una de las sillas.

Por expresa petición del Gobierno italiano, conmocionado por el asesinato del cardenal Parma, el horripilante proceso de identificar y examinar los cuerpos de las víctimas del autocar de Asís había sido realizado de manera rápida y eficaz por un equipo de profesionales más numeroso que el habitual. Una vez finalizado el trabajo, los restos se habían enviado al depósito de cadáveres —el Istituto di Medicina Legale de la Universidad de Roma— y a diferentes funerarias donde los colocaban en ataúdes para el entierro. A pesar de la investigación que lo rodeaba, Danny no había recibido un trato diferente y allí yacía, en algún lugar del edificio de Gasparri, en un féretro, con el cuerpo mutilado, preparado para ser transportado a casa y enterrado.

Harry habría podido dejar las cosas como estaban, quizá no debió insistir en abrir el ataúd sino limitarse a llevar a su hermano de vuelta a California, pero no fue capaz, y menos después de lo ocurrido. No le importaba el aspecto que ofreciera Danny, sólo quería verlo por última vez y decirle: «Siento no haber estado allí cuando me necesitabas, siento que nos dejáramos llevar por la amargura y los malentendidos. Siento que jamás lo habláramos, que ni siquiera intentáramos comprendernos el uno al otro.... —Sólo deseaba decirle—: Adiós, te quiero, siempre te he querido, a pesar de todo».

—Señor Addison —el padre Bardoni se hallaba a su lado—, por su propio bien... he visto a personas fuertes y decididas como usted derrumbarse al afrontar esta horrible situación... Acepte los designios del Señor, su hermano querría que lo recordara tal como era.

En ese momento una puerta se abrió a sus espaldas, y entró en la estancia un hombre de cabello grisáceo, muy corto, de casi dos metros de estatura, bien parecido y con un aire al mismo tiempo aristocrático y compasivo. Llevaba la sotana negra y faja de cardenal, la cabeza cubierta por un solideo púrpura y una cruz de oro colgada del cuello.

—Eminencia... —el padre Bardoni hizo una pequeña reverencia.

El hombre asintió con la cabeza y miró a Harry.

—Señor Addison, soy el cardenal Marsciano y quisiera ofrecerle mi más sincero pésame.

Marsciano hablaba inglés con fluidez y seguridad. De hecho, su comportamiento, sus ojos, sus gestos: todo en él transmitía seguridad y consuelo.

—Gracias, Eminencia...

Amigo de hombres poderosos y famosos, Harry jamás se había encontrado en presencia de un cardenal, y mucho menos de alguien tan influyente. De educación católica, a pesar de lo poco religioso y devoto que se había vuelto, Harry se sintió insignificante, como si se hallara ante un jefe de Estado.

—El padre Daniel era mi secretario personal desde hacía muchos años...

—Lo sé...

—Tengo entendido que desea verlo...

—Sí.

—El padre Bardoni me llamó mientras usted se encontraba con el *signore* Gasparri. Pensó que quizá yo tendría mejor suerte al intentar disuadirlo. —Esbozó una breve sonrisa—. Yo lo he visto, señor Addison, la policía me pidió que identificara el cuerpo; he visto el horror de su muerte y lo que llegan a hacer algunos artefactos inventados por el hombre.

—No importa... —A pesar de la presencia imponente de Marsciano, Harry estaba decidido, se trataba de algo muy profundo y personal, algo entre Danny y él—. Espero que lo entienda.

Marsciano guardó silencio.

—Sí, lo comprendo —respondió al fin.

El padre Bardoni vaciló por unos instantes y salió de la estancia.

—Usted se le parece mucho —murmuró Marsciano—. Se lo digo como un cumplido.

—Gracias, Eminencia.

Se abrió entonces una puerta junto al altar y el padre Bardoni entró seguido de Gasparri y de un hombre corpulento con batín blanco que empujaba una camilla con un ataúd encima, tan pequeño como el de un niño. El corazón de Harry dio un vuelco: en su interior se encontraba Danny, o lo que quedaba de él. Respiró profundamente y esperó. ¿Quién podía estar preparado para algo así? Miró al padre Bardoni.

—Pídale que lo abra.

—¿Está seguro?

—Sí.

Marsciano asintió con la cabeza. Gasparri titubeó por un segundo pero acto seguido, con un solo movimiento, se inclinó hacia delante y retiró la tapa del ataúd.

Harry permaneció inmóvil por unos instantes. A continuación, dio un paso al frente, bajó la mirada y, al ver el contenido del ataúd, dio un respingo. Los restos estaban boca arriba, faltaba casi toda la parte derecha del torso y, donde antaño estaba el rostro, ahora había un amasijo de cráneo y cabello y, en vez del ojo derecho, una

cuenca dentada. El cadáver tenía ambas piernas cercenadas a la altura de la rodilla. Harry buscó los brazos, no los encontró. El hecho de que esa cosa llevara calzoncillos le confería un aspecto todavía más obscuro, como si alguien hubiera decidido proteger los genitales, existieran o no, de miradas curiosas.

—¡Dios mío! —exclamó Harry. Sintió que el horror y la repulsión se apoderaban de él, su rostro se tornó pálido y apoyó la mano en el ataúd para no perder el equilibrio. Así permaneció unos segundos antes de caer en la cuenta de que el ruido de fondo que oía no era más que la voz de Gasparri, que hablaba en italiano.

—El *signore* Gasparri se disculpa por el aspecto de su hermano. Ahora quisiera tapar el ataúd y llevárselo —explicó el padre Bardoni.

Harry miró a Gasparri.

—Dígale que no, todavía no...

Luchando con la repugnancia que lo embargaba, Harry contempló de nuevo el torso mutilado. Debía intentar controlar sus emociones, necesitaba pensar y decirle en silencio a Danny todo aquello que quería decirle. En ese instante, observó que el cardenal Marsciano hacía un gesto a Gasparri y que éste se acercaba a la tapa del ataúd, y fue entonces cuando se percató de algo.

—¡No! —Gritó. Gasparri se detuvo en el acto. Harry alargó la mano y recorrió con los dedos el torso frío hasta la tetilla izquierda y, de pronto, sintió que le flojeaban las piernas.

—¿Se encuentra usted bien, señor Addison? —le preguntó el padre Bardoni acercándose a él.

Harry dio un paso atrás y levantó la cabeza.

—No es él, no es mi hermano.

CATORCE

Harry no sabía qué pensar. Jamás se le había ocurrido que los restos del ataúd pertenecieran a otra persona, que después del trabajo de investigación realizado por la policía, del proceso de recuperación de los efectos personales, de la identificación del cuerpo por el cardenal Marsciano y del certificado de defunción, que después de todo esto, hubieran cometido un error. Resultaba incomprensible.

El cardenal Marsciano le posó la mano en el brazo.

—Está usted cansado y afligido, señor Addison. En circunstancias como ésta el corazón y los sentimientos no nos permiten pensar con claridad.

—Eminencia —lo interrumpió Harry. Todos tenían la mirada fija en él: Marsciano, el padre Bardoni, Gasparri y el hombre del batín blanco. Era cierto, estaba cansado y afligido, pero jamás había pensado con tanta claridad—, mi hermano tenía un lunar grande bajo la tetilla izquierda. Lo llaman el tercer pecho, en medicina se denomina pezón supernumerario. Cuando era niño, Danny sacaba a mi madre de sus casillas enseñándoselo a todo el mundo. Sea quien sea la persona que se encuentra en este ataúd, no tiene un lunar bajo el pezón izquierdo y, por tanto, no es mi hermano. Es así de sencillo.

El cardenal Marsciano cerró la puerta del despacho de Gasparri y señaló un par de sillas situadas frente a la mesa del director de la funeraria.

—Prefiero estar de pie —repuso Harry.

Marsciano asintió con la cabeza y tomó asiento.

—¿Cuántos años tiene, señor Addison?

—Treinta y seis.

—¿Y cuántos años hace que no ve a su hermano, con camisa o sin ella? El padre Daniel no sólo era mi empleado, era un amigo, y los amigos hablan, señor Addison... Hacía años que no se veían, ¿verdad?

—Eminencia, esa persona no es mi hermano.

—Es posible extirpar un lunar, incluso el de un sacerdote. Todo el mundo lo hace; usted debería saberlo mejor que yo, dada su profesión.

—Danny no, Eminencia, Danny seguro que no. Como todos los adolescentes, Danny se sentía muy inseguro en esa época de su vida, pero una de las cosas que lo animaba era poseer algo que los demás no tenían o hacer las cosas de manera diferente al resto de las personas. A mi madre le enfurecía que se desabrochara la camisa y enseñase el lunar a todo el mundo. A Danny le gustaba creer que se trataba de una marca aristocrática, que descendía de la realeza. A menos que mi hermano haya cambiado mucho desde entonces, jamás se lo habría quitado, era una insignia de honor que lo distinguía de los demás.

—Las personas cambian, señor Addison —replicó el cardenal Marsciano con

tono suave y afable—, y el padre Daniel cambió mucho desde que lo conocí.

Harry lo miró en silencio durante largo rato y, cuando por fin respondió, se mostró más tranquilo pero igual de contundente.

—¿No es posible que se hayan equivocado en el depósito de cadáveres y que otra familia tenga el cuerpo de Danny? No resultaría tan descabellado.

—Señor Addison, éstos son los restos que yo identifiqué. Son los restos que me mostraron las autoridades italianas.

Abandonando por completo su actitud compasiva, Marsciano se mostró enérgico y autoritario.

»Veinticuatro personas viajaban en ese autocar señor Addison, y sólo ocho sobrevivieron. De los fallecidos, quince fueron identificados por sus propias familias. Sólo quedaba uno... —El lado humano de Marsciano afloró de nuevo por un instante—. Yo también albergaba la esperanza de que hubieran cometido un error, de que se tratara de otra persona y de que el padre Daniel se encontrara fuera de peligro, ajeno a todo lo ocurrido. Pero al final no tuve más remedio que enfrentarme a los hechos y a la evidencia. Su hermano viajaba con frecuencia a Asís, y más de una persona que lo conocía lo vio subir al autocar. La compañía de transportes mantuvo contacto por radio con el conductor durante todo el trayecto, y éste sólo se paró una vez en un peaje. No se detuvo en ninguna otra parte, en ningún lugar donde hubiera podido bajar un pasajero antes de que explotara la bomba. Además, encontraron sus efectos personales entre los restos del autocar, sus gafas (que yo tan bien conocía por las innumerables veces que las había olvidado en mi mesa) y su identificación del Vaticano se hallaban en el bolsillo de la chaqueta que llevaba este cadáver... No podemos cambiar la realidad, señor Addison, y, con lunar o sin él, lo crea usted o no, la verdad es que su hermano está muerto y que lo que queda de su cuerpo son los restos que usted ha visto. —Marsciano guardó silencio por un instante, y Harry observó que se le ensombrecía el rostro—. Usted —prosiguió— ya se ha entrevistado con la policía y con Jacov Farel... ¿Participó su hermano en una conspiración para matar al cardenal Parma, o incluso al Santo Padre? ¿Fue él quien efectuó los disparos? ¿Era en el fondo de su corazón un comunista que nos despreciaba a todos? Lo ignoro. Lo único que sé es que durante los años que lo conocí fue un hombre honrado y bondadoso que hacía muy bien su trabajo: controlarme a mí. —Una pequeña sonrisa asomó a sus labios y desapareció.

—Eminencia —protestó Harry—. ¿Sabe que Danny me dejó un mensaje en el contestador pocas horas antes de morir?

—Sí, me lo dijeron...

—Estaba asustado, tenía miedo de algo... ¿No sabe usted de qué?

Marsciano tardó en responder y cuando por fin habló, lo hizo sin elevar la voz:

—Señor Addison, llévese a su hermano de Italia, dele sepultura en su tierra y quíéralo durante el resto de su vida. Piense, como pienso yo, que la acusación es falsa y que algún día se demostrará su inocencia.

El padre Bardoni aminoró la velocidad del pequeño Fiat blanco, que avanzaba tras un autocar, y giró hacia Ponte Palatino, en dirección al hotel de Harry, al otro lado del Tíber. El sol del mediodía iluminaba la ciudad bulliciosa de Roma, pero Harry estaba abstraído en sus pensamientos.

«Llévese a su hermano de Italia y dele sepultura en su tierra», le había repetido Marsciano antes de subir al Mercedes gris oscuro que conducía uno de los hombres de Farel vestido con traje negro.

No era casual que Marsciano hubiese mencionado a la policía y a Jacov Farel y hubiera eludido contestar la pregunta de Harry. La caridad del cardenal quedaba patente en el modo indirecto en que respondió a Harry, dejando que éste completara por sí mismo el resto de la información: un cardenal había sido asesinado, el presunto culpable había muerto, al igual que su cómplice y dieciséis personas que viajaban con él en el autocar a Asís. Lo creyera o no, los restos del sospechoso, del sacerdote, eran oficialmente, y sin duda alguna, los de su hermano.

Con el fin de asegurarse de que había comprendido bien sus palabras, el cardenal Marsciano hizo algo más: mientras Harry descendía por la escalinata hacia el coche, se volvió hacia él y lo miró con dureza, expresándole así mucho más de lo que había dicho o dado a entender hasta el momento: la situación era peligrosa y había ciertas puertas que no debían abrirse. Lo que más convenía a Harry era aceptar lo que le ofrecían y marcharse del país del modo más rápido y discreto posible, mientras pudiese.

QUINCE

Ispettore capo, Gianni Pio

Questura di Roma

Sezione omicidi

Sentado en la habitación del hotel, Harry jugueteaba con la tarjeta de Pio entre los dedos. El padre Bardoni lo había dejado en el Hassler poco antes de las doce, tras informarle que lo recogería a las seis y media de la mañana siguiente para llevarlo al aeropuerto; él se encargaría de que cargaran el ataúd de Danny. Todo lo que Harry tenía que hacer era subir al avión.

Sin embargo, a pesar de la advertencia de Marsciano, Harry no era capaz de marcharse. No podía llevarse un cuerpo a casa y enterrarlo como si fuera el de Danny cuando en el fondo de su corazón sabía que no era así. Tampoco quería facilitar la labor a la policía y permitir que cerraran el caso del asesinato del cardenal vicario de Roma, hecho que condenaría a Danny para siempre. Después de su cita con Marsciano, Harry estaba más seguro que nunca de que su hermano era inocente.

El problema radicaba en que Harry no sabía qué hacer al respecto ni cómo actuar con rapidez.

Eran las doce y media del mediodía en Roma, las tres y media de la mañana en Los Ángeles. ¿A quién podía llamar que hiciera algo más que mostrarse compasivo? Aunque Byron Willis o cualquier persona del despacho lograra contratar a un prestigioso abogado italiano que lo representara en Roma, necesitarían más que unas horas. En todo caso, si contrataban a un abogado, Harry se reuniría con él y después de explicarle la situación, volvería a encontrarse en el punto de partida. No estaban hablando de un simple error de identificación de un cadáver, sino de la investigación de un asesinato en las altas esferas del Vaticano. Además, los medios de comunicación no tardarían en acosarlo, y tanto su despacho como sus clientes aparecerían en la primera página de los periódicos de todo el mundo. Debía encontrar otro modo, necesitaba ayuda desde dentro, de alguien que estuviera al corriente de la situación.

De nuevo Harry echó un vistazo a la tarjeta de Pio. ¿Y por qué no el detective de homicidios italiano? Ya se conocían, y Pio lo había exhortado a llamarlo. Harry necesitaba confiar en alguien y quería creer que Pio era digno de confianza.

12.35 h

Una persona de la oficina de Pio que hablaba inglés le comunicó que el *ispettore capo* se hallaba ausente, pero tomó nota del nombre y número de teléfono de Harry y le aseguró que ya lo llamaría. Eso era todo. Que lo llamaría. No sabía cuándo.

12.55 h

¿Qué haría si Pio no llamaba? No lo sabía, pero decidió que lo mejor era confiar en el policía y en su profesionalidad y esperar que lo llamara antes de las seis y media de la mañana siguiente.

13.20 h

Harry estaba afeitándose después de una ducha cuando sonó el teléfono, al que contestó en el cuarto de baño ensuciándolo con espuma Ralph Lauren.

—Señor Addison.

Era Jacov Farel. Jamás olvidaría esa voz.

—Ha sucedido algo relacionado con su hermano, pensé que le interesaría.

—¿De qué se trata?

—Preferiría que lo viera usted mismo, señor Addison. Mi chófer lo recogerá y lo llevará a un lugar cercano al de la explosión del autocar. Nos veremos allí.

—¿Cuándo?

—En diez minutos.

—Bien, en diez minutos.

El nombre del conductor era Lestingi o Lestini, Harry no entendió muy bien la pronunciación, pero no preguntó de nuevo porque, al parecer, el hombre no hablaba inglés. Equipado con gafas oscuras de aviador, un polo *beige*, vaqueros y zapatillas de deporte, Harry se acomodó en el asiento trasero del Opel rojo y no apartó los ojos de las calles de la ciudad.

La idea de otro encuentro con Farel lo inquietaba, pero aún más inquietante resultaba imaginar qué habría encontrado, porque era evidente que, fuera lo que fuese, no beneficiaría a Danny.

En el asiento delantero, Lestingi o Lestini, vestido con el traje negro de rigor de los soldados de Farel, redujo la marcha al llegar al peaje, tomó el recibo y aceleró hasta la *autostrada*. En un instante, la ciudad desapareció de su vista y ante ellos se

abrió un horizonte de viñedos.

En dirección norte, con el ruido de los neumáticos y del motor como única melodía de fondo, pasaron delante de letreros que indicaban el camino a las ciudades de Ferronia, Fiano y Civitella San Paolo. Harry pensó en Pio y deseó que, en lugar de Farel, lo hubiese llamado él. A pesar de que tanto Pio como Roscani eran policías duros, al menos eran humanos, pero Farel, con su cuerpo voluminoso, voz ronca y mirada penetrante, parecía una especie de bestia despiadada.

Como responsable de la seguridad de una nación —y de un papa—, quizás era ésa la imagen que debía dar. También era posible que una responsabilidad de semejante calibre, con el paso del tiempo y de manera inadvertida, lo transformase a uno en alguien que no era en realidad.

DIECISÉIS

Veinte minutos más tarde, el chófer de Farel abandonó la *autostrada*, pagó el peaje y se adentró en una carretera rural. Al principio pasaron por delante de una gasolinera y de un enorme almacén de maquinaria agrícola pero, con excepción de estos dos edificios, durante el resto del camino sólo había maizales a ambos lados de la autopista. Aunque el autocar había explotado en la *autostrada*, cada vez se alejaban más de ella.

—¿Adónde vamos? —preguntó Harry inquieto.

El conductor lo miró por el espejo retrovisor y sacudió la cabeza:

—*Non capisco inglese.*

En los últimos minutos no se habían cruzado con un solo coche. Harry miró por la ventana y contempló los exuberantes tallos de maíz, más altos que el coche, y los pequeños senderos que cruzaban los campos. De pronto, el conductor comenzó a aminorar la velocidad y, sin previo aviso, viró a la derecha, abandonó la carretera y se adentró por un largo camino de tierra. De modo instintivo, Harry se fijó en el cierre de las puertas, pero lo único que encontró fue agujeros en la tapicería.

De pronto recordó que se trataba de un coche de la policía y que las puertas sólo se abrían desde el exterior.

—¿Adónde vamos? —repitió Harry, alzando la voz y con el corazón latiéndole con fuerza y las manos empapadas de sudor.

—*Non capisco inglese.*

El conductor miró a través del espejo retrovisor y apretó el acelerador. El vehículo retomó velocidad y avanzó entre botes y sacudidas por el camino levantando una nube de polvo a su paso. Harry se agarró para conservar el equilibrio mientras sentía que el sudor le recorría los brazos. Por primera vez en su vida, experimentó auténtico miedo.

Tomaron una curva cerrada, y de pronto apareció ante ellos un edificio moderno de dos plantas con un Alfa Romeo gris aparcado delante junto a un tractor. El Opel frenó y se detuvo. El conductor se apeó, abrió la puerta de Harry y le indicó que bajara.

—¡Joder! —masculló Harry.

Salió del coche despacio, atento a las manos del chófer y pensando en cómo reaccionar si hacía un gesto extraño. En ese momento se abrió la puerta de la casa y salieron dos hombres: el primero era Farel y el segundo, para gran alivio de Harry, era Pio, seguidos de un hombre y dos chicos jóvenes. Harry exhaló un suspiro y

observó que detrás de la casa, tras una hilera de árboles, el tráfico circulaba por la *autostrada*. No habían hecho más que dar un rodeo desde la autopista y acercarse a la casa por detrás.

DIECISIETE

—El *ispettore capo* se lo explicará todo.

Farel miró a Harry con fijeza por unos segundos antes de dar media vuelta y acompañar a Pio hasta el maletero del Alfa Romeo. En ese momento Harry se percató de que los policías llevaban guantes quirúrgicos y de que Pio sostenía un objeto en una bolsa de plástico.

Pio lo depositó en el maletero y, tras quitarse los guantes, tomó una libreta y arrancó una especie de formulario que firmó y entregó a Farel. El policía del Vaticano firmó a su vez el impreso y arrancó la primera hoja, que dobló e introdujo en el bolsillo de la chaqueta.

Antes de subir al Opel, Farel se despidió del hombre de la granja con un ademán y lanzó una nueva mirada a Harry. El motor rugió y, con un chirrido de los neumáticos sobre la grava, Farel y el conductor desaparecieron levantando una nube de polvo tras de sí.

—*Grazie* —dijo Pio al hombre.

—*Prego* —respondió éste y entró en la casa con los chicos. Pio miró a Harry.

—Son sus hijos. Ellos la encontraron.

—¿Qué encontraron?

—La pistola.

Pio guió a Harry a la parte posterior del coche y le enseñó lo que había guardado: eran los restos de una pistola dentro de una bolsa transparente. A través del plástico, Harry distinguió la forma de un silenciador pegado a un cañón con el metal chamuscado y la culata derretida.

—Todavía está cargada, señor Addison. Es probable que al volcar el vehículo, saliera volando por la ventana, de lo contrario la munición habría estallado y el arma habría quedado destruida —le explicó Pio.

—¿Intenta decirme que el arma pertenecía a mi hermano?

—No intento decir nada, señor Addison, excepto que la mayoría de los peregrinos a Asís no llevan pistolas automáticas con silenciador... Para su información, se trata de una Llama quince, automática de cañón pequeño, fabricada en España —Pio cerró el maletero de un golpe.

Pasaron por los maizales en silencio mientras el coche dejaba una estela de polvo en el camino pedregoso. Al llegar a la carretera rural, Pio giró a la izquierda hacia la

autostrada.

—¿Dónde está su socio? —preguntó Harry para romper el silencio.

—En la confirmación de su hijo, se ha tomado el día libre.

—Lo he llamado antes...

—Lo sé. ¿Para qué?

—Para comentarle lo que ocurrió en la funeraria...

Pio siguió conduciendo en silencio esperando a que Harry acabara la frase.

—¿Es que no lo sabe? —Harry preguntó sorprendido. Estaba seguro de que el incidente había llegado a oídos de Farel y de que éste habría informado a Pio.

—¿Qué es lo que no sé?

—Estuve en la funeraria y vi los restos de mi hermano. No es él.

Pio volvió la cabeza.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Habrán cometido un error... —dijo encogiéndose de hombros—. Estas cosas ocurren y, dadas las circunstancias, no es de extrañar.

—Los restos son los mismos que identificó el cardenal Marsciano —lo interrumpió Harry.

—¿Cómo lo sabe?

—Estaba allí. Me lo aseguró él mismo.

—¿Marsciano estaba en la funeraria?

—Sí.

Pio parecía sorprendido de verdad. Su reacción bastó para que Harry se decidiera a contarle el resto. En treinta segundos le explicó la historia sobre el lunar de Danny y por qué creía que jamás se lo habría extirpado. También le relató su reunión privada con Marsciano en el despacho de Gasparri y le describió cómo el cardenal había intentado convencerlo de que los restos del ataúd eran los de su hermano y de que más valía que abandonara el país lo antes posible.

Pio frenó en el peaje, guardó el recibo y se adentró en la *autostrada* en dirección a Roma.

—¿Está seguro de que no se trata de un error por su parte...?

—No, no es un error —contestó Harry con vehemencia.

—Sus efectos personales se encontraron en el lugar del siniestro...

—Los tengo aquí —Harry palpó el bolsillo de la chaqueta donde guardaba el sobre que le había entregado Gasparri—. El pasaporte, el reloj, las gafas, el documento de identidad del Vaticano...; es posible que todo esto fuera suyo, pero el cuerpo no lo es.

—Y usted cree que el cardenal Marsciano está al corriente de todo.

—Sí.

—Supongo que es consciente de que el cardenal es uno de los hombres más poderosos e influyentes del Vaticano.

—También lo era el cardenal Parma.

Pio estudió a Harry con detenimiento y luego echó un vistazo al espejo retrovisor. A unos trescientos metros detrás de ellos un Renault verde oscuro los seguía desde hacía rato.

—¿Sabe lo que pensaría yo si estuviera en su lugar? —Pio no apartó los ojos de la carretera—. Me preguntaría si mi hermano sigue con vida, y si es así, dónde está.

Que Danny viviese era una idea que había cruzado la mente de Harry cuando descubrió que los restos del ataúd no eran los de su hermano, pero prefería no pensar en ello. Danny viajaba en el autocar cuando explotó y todos los supervivientes habían sido identificados, por tanto, era imposible que estuviera vivo, del mismo modo que era imposible que Madeline hubiera sobrevivido tantas horas bajo el hielo. Aun así, Harry, con once años y temblando de frío, se había negado a marcharse a casa a cambiarse de ropa mientras la brigada de bomberos no finalizara su labor. A pesar de que Madeline debía de tener más frío que él en esa agua negra y helada, Harry estaba convencido de que continuaba con vida, pero se equivocó; Danny tampoco podía estar vivo. El mero hecho de contemplar dicha posibilidad no sólo resultaba poco realista, sino demasiado doloroso.

—Cualquiera pensaría lo mismo, señor Addison. Cuando cambian las pruebas es natural concebir esperanzas. ¿Y si está vivo? A mí también me gustaría saberlo. ¿Por qué no intentamos averiguarlo? —Pio sonrió, no sin cierta satisfacción, y miró de nuevo por el espejo retrovisor.

Habían llegado a la cima de una colina y detrás de ellos, casi a medio kilómetro de distancia, circulaba un camión cargado de madera. Justo en ese momento un coche adelantó al camión.

El Renault verde.

DIECIOCHO

Eran más de las cuatro de la tarde cuando abandonaron la *autostrada* y se incorporaron al tráfico que circulaba por Via Salaria hacia el centro de la ciudad. Pio no había apartado la vista del Renault verde. Estaba convencido de que el coche los seguiría después de la caseta de peaje y se preparó para pedir ayuda por radio. Sin embargo, para su sorpresa, el coche verde prosiguió su camino por la *autostrada*.

A pesar de ello, le inquietaba su presencia y el hecho de que los siguiera durante tanto rato. Mientras explicaba su idea a Harry, no apartó la vista de la carretera ni por un segundo.

Se trataba, le comentó, de utilizar la pistola encontrada en el lugar de la explosión como excusa para mantener a Harry durante más tiempo en Roma para el interrogatorio y visitar de nuevo a las víctimas del autocar de Asís. La policía preguntaría a los supervivientes si habían visto a un hombre con una pistola en el autocar, cuestión que no se había planteado antes porque no había razones para sospechar de la presencia de un pistolero. Si disparó, pero empleó el silenciador, era posible que el resto de los pasajeros no lo hubiera oído. Habría supuesto una acción muy arriesgada, propia de un profesional. Bien ejecutada podría haber dado resultado, pues lo más probable era que los ocupantes del autocar pensaran que la víctima dormía y que el crimen no se descubriera hasta la llegada a la estación terminal cuando todos se hubiesen apeado.

Esta nueva hipótesis justificaba volver a interrogar a los supervivientes y examinar de nuevo los cadáveres. Algunos de los ocho supervivientes permanecían hospitalizados. Si el padre Daniel no figuraba entre ellos —y Pio estaba seguro de que así era—, comenzarían a investigar a los muertos con el pretexto de buscar heridas de bala, algo que se habría pasado por alto con facilidad en la autopsia, considerando el estado en que se encontraban los cuerpos y el pequeño calibre de la pistola.

De este modo, examinarían los cuerpos desde un punto de vista diferente, ya que esta vez buscarían a una persona en particular, al padre Daniel y, si después de todo, no daban con sus restos, contarían con pruebas suficientes para sospechar que el presunto asesino del cardenal vicario de Roma seguía vivo.

Sólo Roscani conocería el verdadero objetivo de la investigación, nadie más, ni siquiera Farel.

—Debo advertirle, señor Addison —dijo Pio al detenerse frente a un semáforo en rojo—, que Farel no tardará en descubrirnos y, cuando esto ocurra, es posible que

detenga la investigación.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que le advirtió el cardenal Marsciano: si lo que ha sucedido está relacionado con la política del Vaticano, Farel cerrará el caso. El Vaticano es un estado soberano que no pertenece a Italia. Nuestro trabajo consiste en cooperar con la Santa Sede y ayudarles en lo posible, pero si no nos invitan a pasar, no podemos entrar.

—¿Y entonces qué?

El semáforo se puso verde, y Pio aceleró al tiempo que cambiaba de marcha.

—Entonces nada, a no ser que usted solicite ayuda a Farel, pero le aseguro que no se la prestará.

Harry observó que Pio miraba de nuevo por el espejo retrovisor como había hecho en repetidas ocasiones en la *autostrada*, pero entonces pensó que el policía estaba actuando con prudencia; sin embargo, ésta era la tercera vez que miraba en los últimos minutos, y ya no estaban en la autopista, sino en medio de la ciudad.

—¿Sucede algo?

—No lo sé.

Desde que se adentraron en Via Salaria, Pio permaneció atento a un pequeño Peugeot blanco que circulaba detrás de ellos. El policía giró por Via Chiana y después a la derecha, por Corso Trieste. El Peugeot sorteó el tráfico sin despegarse del Alfa.

En un cruce situado junto a un pequeño parque, Pio redujo de marcha y viró a la derecha sin previo aviso. El coche se ladeó, chirriaron los neumáticos y el policía frenó de súbito sin apartar la vista del Peugeot, que siguió adelante sin girar.

—Disculpe.

Pio aceleró de nuevo por un barrio tranquilo separado por un parque en el que había intercalados edificios nuevos y antiguos, rodeados de árboles de gran tamaño, arbustos frondosos y adelfas en flor. Giró de nuevo al llegar a la esquina y miró por el espejo.

El Peugeot.

El coche se dirigía a ellos desde una bocacalle. De un modo instintivo, Pio extrajo una Beretta de 9 mm del salpicadero y la colocó sobre el asiento a la vez que encendía la radio.

—¿Qué ocurre? —Harry sintió miedo.

—No lo sé.

Pio miró de nuevo por el espejo. El Peugeot estaba justo detrás de ellos pero tenía el parabrisas ahumado y resultaba imposible distinguir al conductor. Pio redujo de marcha y pisó el acelerador.

—*Ispettore capo* Pio... —dijo por la radio.

—¡Cuidado! —gritó Harry.

Era demasiado tarde. Un camión procedente de una calle lateral les obstruyó el paso. Los neumáticos del coche rechinaron antes del choque, Pio golpeó el volante

con la cabeza, Harry se vio impulsado hacia delante y el cinturón de seguridad tiró de él hacia el asiento.

En ese instante, se abrió la puerta y, por una milésima de segundo, Harry vio el rostro de una persona y sintió que algo lo golpeaba con fuerza y todo se volvía negro.

Pio contempló su propia arma en la mano enguantada de un extraño. Intentó moverse, pero el cinturón de seguridad se lo impidió. El extraño amartilló la pistola, y el policía creyó oír una explosión, pero estaba equivocado: en torno a él no había más que silencio.

DIECINUEVE

*Hospital Santa Cecilia, Pescara, Italia, todavía miércoles
8 de julio, 18.20 h*

La hermana enfermera Elena Voso pasó por delante del vigilante de la puerta y entró en la habitación donde su paciente dormía de lado tal como lo había dejado. Aunque ella denominaba sueño a ese estado, el hombre a veces abría los ojos y parpadeaba a modo de respuesta cuando ella le apretaba un dedo de la mano o del pie y le preguntaba si lo sentía. Los cerraba de inmediato y permanecía en la misma posición en la que se encontraba en ese momento.

Eran casi las seis y media de la tarde, hora de dar la vuelta a su paciente para evitar que se le atrofiara el tejido muscular e impedir, por un lado, que le salieran llagas por estar tanto tiempo en cama y, por otro, que padeciera una insuficiencia renal. Para darle vuelta necesitaba la ayuda del vigilante de guardia. Éste sujetaría al paciente por los hombros mientras ella lo hacía por los pies, y juntos, lo depositarían encima de la cama, primero de espaldas y luego de lado, teniendo especial cuidado con el gota a gota, las piernas rotas —enyesadas en fibra de vidrio azul— y los vendajes que cubrían las quemaduras.

«Michael Roark, 34 años. Ciudadano irlandés. Domicilio, Dublín. Soltero. Sin hijos. Sin familia. Religión: católica. Herido en un accidente de automóvil cerca de esta ciudad de la costa del Adriático el lunes 6 de julio, tres días después de la terrible explosión del autocar de Asís.»

Elena Voso pertenecía a la Congregación de las Hermanas Franciscanas del Sagrado Corazón. A sus veintisiete años, había estado cinco trabajando de enfermera en la unidad de cuidados intensivos del Hospital de Santa Bernardina, en la ciudad toscana de Siena, y era su segundo día en ese pequeño hospital católico situado en la cima de una colina con vistas al Adriático. Le habían asignado a ese paciente como parte de un nuevo programa de la orden que consistía en exponer a las hermanas más jóvenes a situaciones ajenas a sus conventos a fin de que se preparasen para futuras emergencias o para destinarlas, en un breve espacio de tiempo, a cualquier lugar del mundo. Elena también creía, aunque nadie se lo había dicho, que la habían destinado a ese hospital porque hablaba inglés y sería capaz de comunicarse con el paciente cuando mejorara.

—Me llamo Elena Voso, soy hermana enfermera. Usted se llama Michael Roark.

Está ingresado en un hospital de Italia, ha tenido un accidente de coche.

Elena repetía sin cesar estas palabras a su paciente con el objeto de reconfortarlo, pues albergaba la esperanza de que la oyera y comprendiera lo que le decía. No era mucho, pero ella sabía que le gustaría que le dijeran algo parecido si alguna vez se encontraba en una situación similar, sobre todo considerando que el paciente no tenía familia y, por tanto, no reconocería ningún rostro.

El hombre de la puerta se llamaba Marco, y su turno duraba de las tres de la tarde a las once de la noche; era un año o dos mayor que Elena, guapo, fuerte y de tez oscura. Aseguraba ser pescador y trabajar en el hospital cuando la pesca iba mal, pero también explicó a la enfermera que había sido *carabiniere* y policía nacional, el día que lo vio hablando con varios *carabinieri* mientras vagaba durante un descanso por el *lungomare*, el paseo marítimo. Además, Elena se había fijado en que llevaba un arma debajo del batín del hospital.

Una vez completada la operación, Elena revisó el gota a gota del accidentado y tras agradecerle su ayuda a Marco, entró en la habitación contigua, donde pasaba el tiempo durmiendo, leyendo o escribiendo cartas, y siempre estaba disponible para el paciente.

La habitación, como la de Roark, contaba con su propio aseo y ducha, un pequeño armario y una cama. Elena agradecía en especial el hecho de disponer de un aseo y una ducha propios que, a diferencia de los cuartos de baño comunes del convento, le permitía estar totalmente sola. Allí, su ser, su cuerpo y sus pensamientos eran privados excepto para Dios.

Elena cerró la puerta tras de sí y se sentó en la cama con la intención de escribir una carta a casa, pero entonces se fijó en la luz roja del monitor situado sobre la mesita de noche a través del cual oía la respiración regular de su paciente como si se hallase a su lado.

Elena se recostó en la almohada, cerró los ojos y escuchó la respiración fuerte, incluso vital, de aquel hombre. Lo imaginó tumbado junto a ella, musculoso y atractivo, como debía de ser antes del accidente. Cuanto más escuchaba, más sensual le parecía aquel sonido. Poco a poco, comenzó a sentir la presión de su cuerpo y a respirar con él, siguiendo el mismo ritmo. La respiración de Elena se tornó más fuerte, se llevó primero la mano al pecho y después la alargó para tocarle a él, para explorar su cuerpo de un modo más provocativo y apasionado del que jamás había empleado al curarle las heridas.

«¡Detente!», murmuró para sí.

Se levantó de la cama de un salto y entró en el cuarto de baño para lavarse la cara y las manos. Dios la había puesto a prueba de nuevo, como venía haciendo en los dos últimos años, cada vez con mayor frecuencia.

Elena no estaba segura de cuándo ni por qué comenzaron a acecharla esos sentimientos profundos, sensuales y eróticos, ese deseo físico que jamás había experimentado antes. No podía explicarle a nadie lo que le sucedía, mucho menos a

su familia, que era de tradición católica, muy estricta y convencional; tampoco podía hablar con sus compañeras ni con la madre superiora. Lejos de desaparecer, estos sentimientos la acosaban sin cesar, ardía en deseos de ver su cuerpo desnudo envuelto por los brazos de un hombre y de sentirse mujer en el sentido más completo, una mujer salvaje y libidinosa, como las actrices italianas que había visto en el cine.

En el pasado había considerado estas situaciones parte de su espíritu aventurero y, a veces, peligrosamente impulsivo. En una ocasión, durante una visita a Florencia con sus padres cuando todavía era una adolescente, Elena corrió hacia un coche que acababa de colisionar contra un taxi y sacó al conductor inconsciente del vehículo pocos segundos antes de que se prendiera y explotase; otra vez, en una excursión con las hermanas de Santa Bernardina, escaló una torre de telecomunicaciones de treinta metros de altura para rescatar a un niño que había subido por una apuesta pero que, una vez arriba, había quedado paralizado por el miedo, incapaz de bajar.

Pero, al final, Elena se percató de que el coraje físico y el deseo sexual no constituían la misma cosa. Entonces comprendió por fin de qué se trataba.

¡Todo era obra de Dios!

Dios ponía a prueba su fuerza interior, sus votos de castidad y los de obediencia. Cada día le exigía un poco más y, cuanto más exigía, más difícil le resultaba a Elena salir airosa del lance. Sin embargo, de un modo u otro, siempre lo lograba, pues su subconsciente la alertaba del peligro antes de que cayese en el precipicio, tal como la había alertado en ese momento. Siempre que superaba la prueba, Elena se sentía dueña de la fuerza y determinación necesarias para resistir cualquier tentación.

Para comprobarlo, comenzó a pensar en Marco, en su cuerpo musculoso, en sus ojos grandes, en su amplia sonrisa. Elena ignoraba si estaba casado, aunque no llevaba alianza; se preguntaba si pasaría las horas libres seduciendo a mujeres; era lo bastante atractivo para ello. Sin embargo, Elena no sería una de esas mujeres, Marco no representaba más que un compañero de trabajo para ella.

Si pensaba en él desde este punto de vista, estaría a salvo. Marco le había explicado que tanto él como los otros vigilantes eran auxiliares de enfermería, pero entonces, ¿para qué llevaba una pistola? Elena pensó en los otros dos, en el fornido Luca que llegaba a las once de la noche a relevar a Marco, y en Pietro, que sustituía a Luca a las siete de la mañana, y se preguntó si también irían armados y, en tal caso, por qué. ¿Qué peligro los acechaba en esa tranquila ciudad de la costa?

VEINTE

Roma, 18,45

Roscani revisó el coche mientras una multitud de curiosos lo observaba desde detrás del cordón policial, preguntándose si se trataba de alguien importante.

A unos cinco metros del Alfa Romeo había aparecido, oculto entre los arbustos, el cadáver indocumentado de un hombre mayor con dos heridas de bala, una en el corazón y otra sobre el ojo izquierdo.

Roscani había delegado el caso a Castelletti y Scala, los otros *ispettori capi* de homicidios, y había centrado su interés en el Alfa Romeo que tenía el parabrisas resquebrajado y la parte delantera empotrada en el camión, a pocos centímetros del depósito de gasolina.

El cuerpo de Pio seguía en el coche cuando Roscani llegó al lugar del accidente. El *ispettore* lo examinó sin tocarlo y ordenó que lo fotografiaran y grabaran en vídeo antes de que lo trasladasen al depósito junto con el cadáver encontrado entre los arbustos.

En principio, debían haber encontrado un tercer cuerpo, el del norteamericano, Harry Addison, pues iba con Pio en el coche al regresar de la granja donde habían hallado la pistola. Sin embargo Harry, al igual que la pistola, se había esfumado. Las llaves del coche estaban en la cerradura del maletero, como si la persona que se llevó el arma hubiera sabido dónde encontrarla.

En el asiento trasero del coche, a la izquierda, habían hallado la supuesta arma homicida, la Beretta nueve milímetros de Pio, como si alguien la hubiera arrojado allí. El asiento del acompañante estaba manchado de sangre junto a la puerta, justo debajo del reposacabezas. En la alfombra aparecían unas marcas de zapato difuminadas, y todo el coche estaba cubierto de huellas dactilares.

Los equipos técnicos de laboratorio tomaron muestras y las colocaron en bolsas de plástico numeradas mientras dos fotógrafos se encargaban de tomar fotografías con una Leica y de grabar el escenario del crimen en vídeo.

El robo del camión, un Mercedes de gran tamaño, se había denunciado a primera hora de la tarde y el conductor había desaparecido.

El *ispettore capo* Otello Roscani se sentó al volante de su Fiat azul oscuro y bordeó el cordón policial, alejándose de las miradas curiosas. Los faros de los coches policiales iluminaban la escena como si de un plató se tratara, restando oscuridad a los rostros y proporcionando luz adicional a las frenéticas cámaras.

—*Ispettore capo!*

—*Ispettore capo!*

Distintas voces gritaban: «¿Quién es el culpable? ¿Está relacionado con el asesinato del cardenal Parma? ¿Quiénes son las víctimas? ¿Hay algún sospechoso? ¿Por qué?»

Roscani no se detuvo. Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Pio y en lo que había sucedido momentos antes de su muerte. Gianni Pio no solía cometer errores, y sin embargo aquella tarde lo habían pillado por sorpresa.

En esos momentos —sin la autopsia ni el informe del laboratorio—, lo único que tenía Roscani eran preguntas y una profunda sensación de tristeza. Además del padrino de sus hijos, Gianni Pio había sido su amigo y compañero durante más de veinte años. En eso pensaba Roscani cuando conducía en dirección al barrio de Garbatella, donde residía Pio, para dar el pésame a su esposa e hijos. Otello Roscani intentó reprimir sus emociones, pues era su deber como policía, y por respeto a Pio, ya que sólo así lograría su objetivo prioritario: encontrar a Harry Addison.

VEINTIUNO

Todavía miércoles 8 de julio, a la misma hora

De pie en la oscuridad, Thomas Kind contemplaba al hombre sentado en la silla. En la habitación había además dos hombres vestidos con monos que debían ayudar a Kind si surgía la ocasión, cosa que no ocurriría, y encargarse de terminar el trabajo, lo que en principio no habría de resultar muy difícil.

Thomas Kind tenía treinta y nueve años, medía metro sesenta, era de compleción delgada y gozaba de una excelente forma física. Su cabello, muy corto, era negro, al igual que los pantalones, los zapatos y el jersey, lo que hacía muy difícil, si no imposible, distinguirlo en la oscuridad. El único color que resaltaba en su pálida tez era el azul de sus ojos.

El hombre de la silla, atado de pies y manos y con una cinta adhesiva en la boca, se movió.

Thomas Kind se acercó, lo observó por un breve instante y comenzó a caminar alrededor de él.

—Relájate, camarada —le aconsejó con voz queda.

La paciencia y la tranquilidad constituían la clave de su éxito. Así vivía la vida Thomas Kind, día a día, siempre impasible, aguardando el momento idóneo. La paciencia era un dato más que añadir al extenso currículum de Thomas José Álvarez-Ríos Kind, nacido en Ecuador de madre inglesa. Además de ser paciente, era concienzudo, culto y políglota, amén de un actor consumado y uno de los terroristas más buscados del mundo.

—Relájate, camarada. —Harry oyó la frase de nuevo. Era una voz masculina, la misma de antes: calmada, impasible, con acento británico. Creyó notar que alguien pasaba junto a él, pero no estaba seguro. El martilleo que sentía en la cabeza le impedía pensar. Sólo sabía que estaba sentado, atado de pies y manos y con una cinta adhesiva en la boca, rodeado por la más absoluta oscuridad. Nada le cubría la cabeza, ni una capucha, ni una venda, nada. Sin embargo, por mucho que girara y moviera la cabeza, la oscuridad lo envolvía, no había sombras, ni siquiera era capaz de distinguir un tenue haz de luz detrás de una puerta cerrada, sólo había oscuridad.

Harry parpadeó una y otra vez, se volvió de un lado a otro para convencerse de lo contrario, pero de súbito tomó conciencia de que, al margen de dónde se encontrara y de qué día era, ¡se había quedado ciego!

—¡No! ¡No! ¡No! —chilló con la voz amortiguada por la cinta que le cubría la

boca.

Thomas Kind se acercó más a él.

—Camarada —dijo con la misma tranquilidad—. ¿Cómo está tu hermano? He oído que está vivo.

Kind arrancó la cinta de la boca de Harry, quien gritó, más sobresaltado que dolorido.

—¿Dónde está? —oyó que preguntaba la voz, más cerca que antes.

—No sé... si... está... vivo. —Harry notaba la boca y la garganta secas como papel de lija. Intentó tragar saliva, pero no pudo.

—Te he preguntado por tu hermano..., dónde está...

—¿Puede darme..., un poco de... agua?

Kind tomó un pequeño mando a distancia, encontró el botón que buscaba con el pulgar y lo pulsó.

Acto seguido, Harry divisó un punto de luz en la distancia y dio un respingo. ¿Era cierto que lo había visto, o se trataba sólo de un espejismo?

—¿Dónde está tu hermano, camarada? —Esta vez la voz le hablaba por el oído izquierdo.

La luz comenzó a avanzar hacia él.

—No... —Harry intentó tragar de nuevo—, no lo... sé.

—¿Ve la luz?

—Sí.

El punto de luz se acercó.

—Bien.

Kind deslizó el pulgar sobre otro botón.

Harry observó que la luz variaba ligeramente su rumbo y se acercaba a su ojo izquierdo.

—Dígame dónde está su hermano. —La voz había cambiado de lado y ahora le susurraba en el oído derecho—. Es muy importante que lo encontremos.

—No lo sé.

La luz, cada vez más brillante, se aproximaba al ojo izquierdo. El pánico a quedarse ciego le había hecho olvidar por un momento el martilleo de la cabeza, pero lo sintió de nuevo al acercarse la luz: un golpeteo lento y regular que se incrementaba con la intensidad de la luz.

Harry se movió hacia un lado pero, al intentar apartar la cabeza, algo duro se lo impidió. Giró hacia el otro lado. Lo mismo. Se reclinó hacia atrás, pero hiciera lo que hiciera no conseguía apartar la vista del punto de luz.

—Ahora sabrás qué es el dolor.

—Por favor... —Harry volvió la cabeza tanto como pudo y cerró los ojos con fuerza.

—No te servirá de nada. —El timbre de voz cambió de repente, al principio había hablado un hombre, pero ahora sonaba como una mujer.

—Ni... siquiera... sé... si... mi... hermano... está... vivo. ¿Cómo... quiere... que... sepa dónde... está?

El punto de luz se estrechó, ascendió y recorrió el ojo izquierdo de Harry hasta encontrar la pupila.

—No..., por favor...

—¿Dónde está tu hermano?

—¡Muerto!

—No, camarada, está vivo y tú sabes dónde está.

La luz se encontraba a sólo unos centímetros del ojo, la intensidad iba en aumento. Se estrechó todavía más, aumentó el martilleo que sentía en su interior. La luz era como una aguja que penetraba hasta el fondo de su cerebro.

—¡Pare! —gritó Harry— ¡Dios mío! ¡Pare! ¡Por favor!

—¿Dónde está? —dijo una voz masculina.

—¿Dónde está? —repitió una voz femenina.

Thomas Kind alternaba entre una y otra.

—Dínoslo y la luz se apagará —dijo con voz femenina.

Las voces eran tranquilas, quedas.

El martilleo se transformó en un estruendo, en el sonido más potente que jamás había oído, era como tener un tambor gigante en la cabeza. Al mismo tiempo, la luz penetraba en su cerebro en dirección al ruido, como una aguja blanca y ardiente que intentara encontrarse con éste, más brillante e intensa que el sol. Harry sentía tanto dolor que pensó que ni la muerte acabaría con él, que lo acompañaría durante toda la eternidad.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡Dios! ¡Dios! ¡Paren! ¡Paren! ¡Por favor! ¡Por favor!

¡Clic!

La luz se apagó.

VEINTIDÓS

*Roma, habitación de Harry Addison, hotel Hassler,
jueves 9 julio, 6.00 h*

Nadie había tocado nada. El maletín y los papeles de Harry permanecían sobre la mesa junto al teléfono tal como los había dejado, al igual que la ropa en el armario y los objetos de higiene personal en el cuarto de baño. La única diferencia residía en los micrófonos colocados en los dos teléfonos, el que se encontraba junto a la cama y el del cuarto de baño, además de la minúscula cámara de vigilancia montada detrás del aplique situado frente a la puerta. Todo ello formaba parte del plan puesto en marcha por el Gruppo Cardinale, la unidad especial creada por decreto del Ministerio del Interior italiano a instancias de los legisladores, el Vaticano, los Carabinieri y la policía para investigar el asesinato del cardenal vicario de Roma.

La muerte del cardenal Parma y la explosión del autocar de Asís ya no se consideraban casos independientes, sino partes integrantes de un mismo crimen. Los detectives de los Carabinieri, la Squadra Mobile de la policía italiana y los miembros de DIGOS —unidad especial encargada de investigar acciones criminales con posibles móviles políticos—, debían rendir cuentas al director del Gruppo Cardinale, el fiscal jefe Marcello Taglia. Sin embargo, aunque el venerado Taglia coordinaba las actividades de los distintos cuerpos policiales, nadie ponía en duda quién era el verdadero *responsabile* de la investigación: el *ispettore capo* Otello Roscani.

8:30 h

Roscani observó la operación por unos instantes y luego dio media vuelta: conocía demasiado bien la función de la sierra circular en una autopsia; cortar la parte superior del cráneo para permitir la extracción del cerebro. En esos momentos desmenuzaban el cuerpo de Pio con el fin de encontrar algún dato que ayudara a resolver el caso. Roscani ignoraba qué más información podía obtenerse, pues él disponía de pruebas suficientes para determinar la identidad del asesino de Pio fuera de toda duda razonable.

Habían identificado la Beretta nueve milímetros de su compañero como el arma del crimen. En la pistola se habían encontrado varias huellas dactilares, que

pertenecían en su mayor parte a Pio, excepto dos: una encima de la culata y otra en el lado derecho del seguro del gatillo.

Después de hablar con la oficina del FBI de Los Ángeles, el Gruppo Cardinale había obtenido acceso a los archivos del Departamento de Vehículos de California en Sacramento, y solicitado una copia de la huella dactilar del permiso de conducir de Harry Addison, con domicilio en el número 2175 de Benedict Canyon Drive, en Los Ángeles, California. En menos de treinta minutos, se envió por fax una copia ampliada de la huella dactilar de Addison a la oficina central del Gruppo Cardinale en Roma. El dibujo del bucle y los surcos interpapilares coincidían con las huellas encontradas en el arma que había matado a Gianni Pio.

Por primera vez en su vida, Roscani sintió un escalofrío al oír chirriar la sierra al tiempo que cerraba la puerta tras de sí y echaba a andar a caminar por el pasillo del depósito de cadáveres hasta la escalera. Había recorrido ese camino en miles de ocasiones, había visto a policías muertos, a jueces, mujeres y niños, pero, a pesar de la tragedia, siempre había mantenido una distancia profesional. Sin embargo, esta vez era diferente.

En la academia de policía le inculcaban a uno, día tras día, que siempre moría algún agente. Era un hecho triste, pero cierto. Llegado el momento, uno debía estar preparado para enfrentarse a él con profesionalidad, rendir homenaje a la víctima y seguir adelante, sin sentir rabia ni odio hacia el asesino.

Lo cierto es que uno creía estar preparado para ello hasta el día que veía el cuerpo sin vida de su compañero cubierto de sangre y destrozado por las balas y, después, lo contemplaba de nuevo en el depósito de cadáveres mientras el equipo médico realizaba la autopsia. Era en ese momento cuando uno descubría que no estaba preparado para ello, que nadie podía estarlo, por mucho entrenamiento que hubiera recibido. Cuando esto ocurría, la desesperación y la rabia se apoderaban de uno y anulaban la razón por completo. Por eso, cuando moría un policía, al funeral siempre asistía el máximo número posible de integrantes del cuerpo procedentes de todo el país, incluso de otros continentes; por eso, no era raro encontrar en la calle a una multitud de hombres y mujeres uniformados caminando en procesión solemne en honor a un compañero que, tal vez, no había sido más que un simple novato que sólo llevaba un año patrullando las calles.

Roscani empujó la puerta lateral con furia y salió. El sol de la mañana debió aliviar el frío que sentía en su interior, pero no fue así. El policía decidió tomar el camino más largo hasta el aparcamiento para tranquilizarse, pero cuando dobló la esquina y descendió por la rampa, sólo experimentaba rabia y tristeza.

Decidió dejar el coche estacionado. Lo que necesitaba en esos momentos era *assoluta tranquillità*, silencio para pensar. Roscani esperó un hueco en el tráfico, cruzó la calle y comenzó a caminar. El detective necesitaba tiempo para controlar sus

emociones y afrontar el caso tal como lo haría un investigador del Gruppo Cardinale y no como el afligido compañero de Gianni Pio.

Tiempo para el silencio y para pensar.

Tiempo para caminar, caminar y caminar.

VEINTITRÉS

Thomas Kind descorrió la cortina y observó a los dos hombres que se llevaban a Harry Addison al otro lado del patio. Había obtenido lo que quería del norteamericano y sólo restaba deshacerse de él.

Harry apenas distinguía algunas sombras con el ojo derecho, mientras que con el izquierdo no veía ni sentía nada en absoluto. Los otros sentidos le indicaron que se encontraba en el exterior y que dos hombres lo obligaban a caminar por una superficie dura. Recordaba vagamente haber estado sentado en un taburete o lugar similar, haber obedecido instrucciones y repetido en voz alta palabras dictadas a través de un auricular; de hecho, sólo recordaba el incidente por el altercado que se produjo sobre el dispositivo que le colocaron en el oído: aunque la mayor parte del diálogo se había desarrollado en italiano, por las partes en inglés supo que discutían sobre si el auricular resultaba visible o no desde fuera.

De pronto una voz masculina habló en italiano; era el mismo hombre que había protestado sobre el auricular mientras intentaba ajustárselo al oído. Acto seguido una mano lo empujó por detrás, casi lo hizo caer de bruces. Al recuperar el equilibrio se percató de que, a pesar de que seguía con las manos atadas, tenía los pies sueltos y andaba sin ayuda. Creyó oír el ruido del tráfico y, sintiéndose más alerta, dedujo que si caminaba, sería capaz de correr pero, por otro lado, no veía y estaba maniatado. La mano lo empujó de nuevo con fuerza, Harry se precipitó al suelo y gritó al golpearse el rostro contra el pavimento. Intentó aprovechar la situación para escapar rodando, pero un pie se le estampó contra el pecho y lo inmovilizó en el suelo. En ese momento, oyó un golpe metálico y el sonido de un objeto pesado, como de hierro, que era arrastrado por el suelo junto a su oreja. Instantes después lo sujetaron por los hombros y lo obligaron a bajar por unos peldaños de hierro. La escasa luz que vislumbraba desapareció en el acto, y un hedor pestilente invadió todo.

A lo lejos, una segunda voz soltó una maldición que resonó con el eco. Al oír el murmullo del agua en movimiento, Harry adivinó que lo habían llevado a la alcantarilla.

Acto seguido, se produjo un intercambio de palabras en italiano.

—*Prepararsi?*

—*Si.* —Respondió la voz del auricular.

Harry sintió un pellizco en las muñecas, oyó un chasquido y se encontró con las

manos libres.

¡Clic! El inconfundible sonido metálico de un arma al amartillarse.

—*Sparagli*. —Pégale un tiro.

En un acto reflejo, Harry dio un paso atrás y se cubrió la cara con las manos.

—*Sparagli*!

Se oyó una fuerte explosión. Harry sintió primero un golpe en la mano, luego en la cabeza, y la fuerza del impacto lo hizo caer de espaldas al agua.

Harry no vio el rostro del tirador ni el de su acompañante con la linterna, ni tampoco lo que ellos vieron en ese momento: la gran cantidad de sangre que le cubría el lado izquierdo de la cara y que se diluía en el agua.

—*Morto* —susurró una voz.

—*Si*.

El pistolero se arrodilló junto a él, lo empujó hasta el borde de la plataforma y lo observó caer y alejarse arrastrado por la corriente.

—*I topi faranno il resto*.

Los ratones se encargarán del resto.

VEINTICUATRO

La Questura, comisaría central de policía

Harry Addison aparecía sentado en un taburete con una venda sobre la sien izquierda, vestido con el polo *beige*, vaqueros y gafas de sol que llevaba cuando abandonó el hotel Hassler poco después de la una y media de la tarde del día anterior, hacía casi treinta horas.

El vídeo de quince segundos del fugitivo Harry Addison había llegado de forma anónima a la Sala Stampa della Santa Sede —la oficina de prensa del Vaticano— a las cuatro menos cuarto de esa tarde con la orden de que fuera enviado directamente al Papa en persona pero, en cambio, lo habían guardado en una estantería hasta las cinco menos diez de la tarde, hora en que lo había abierto uno de los hombres de Farel que, al ver su contenido, lo remitió al jefe. A las seis de la tarde, Farel, el fiscal jefe del Gruppo Cardinale —Marcello Taglia—, Roscani, Castelletti y Scala, los detectives de homicidios encargados del asesinato de Pio y varias personas más estaban sentados en la oscura sala de vídeo.

«Danny..., por... favor, ven..., entrégate.» Harry decía en inglés mientras un intérprete del departamento de Roscani traducía sus palabras al italiano.

A la vista, se trataba de Harry a solas en medio de una habitación oscura sentado en un taburete. La pared que tenía detrás parecía cubierta con un papel rugoso y estampado. Esto y Harry, con sus gafas oscuras y la venda en la cabeza, era lo único que resultaba visible.

«Lo saben todo... Por favor, hazlo por mí... Ven, por favor..., por favor.» Se produjo una pausa tras la que parecía que Harry añadiría algo más pero, acto seguido, la cinta llegaba a su fin.

—¿Por qué nadie me informó de que el cura seguía vivo? —preguntó Roscani cuando se encendieron las luces, mirando primero a Taglia y luego a Farel.

—Yo me enteré pocos minutos antes de recibir el vídeo —respondió Farel—. Todo ocurrió ayer, cuando el norteamericano pidió que abrieran el ataúd donde descansaban los restos de su hermano y al verlos juró que no eran los de él... Quién sabe, quizá sea verdad, quizá sea mentira... El cardenal Marsciano se hallaba presente y pensó que todo era fruto de los nervios, pero al enterarse de la muerte de Pio, esta tarde mandó al padre Bardoni para explicármelo todo.

Roscani se puso en pie y cruzó la habitación. Sentía que la rabia se apoderaba de él, pues debían haberle comunicado la noticia de inmediato.

—Supongo que usted y su gente no tienen ni idea de la procedencia de este vídeo. Farel miró a Roscani con fijeza.

—Si lo supiéramos, *ispettore capo*, habríamos hecho algo al respecto, ¿no cree?

Taglia, con porte aristocrático, ataviado con un traje oscuro a rayas, intervino por primera vez.

—¿Por qué lo haría?

—¿Pedir que abrieran el ataúd? —Farel miró a Taglia.

—Sí.

—Por lo que me han contado, estaba muy afectado y quería despedirse de su hermano, darle el último adiós, ya sabe, los lazos de sangre son muy fuertes, incluso entre asesinos, pero cuando vio que los restos no eran los del padre Daniel reaccionó con sorpresa.

Roscani cruzó la habitación e intentó pasar por alto el tono cáustico de Farel.

—Supongamos que se equivocara, ¿por qué al día siguiente iba a dar por hecho que su hermano sigue vivo y pedirle que se entregue? Sobre todo si se tiene en cuenta que a él también se le busca por asesinato.

—Es una trampa —respondió Taglia—. Están preocupados por lo que pueda revelar si lo capturan con vida, así que utilizan a su hermano para que se entregue y después matarlo.

—¿Ese mismo hermano que quiso despedirse de él ahora quiere matarlo?

—Quizá por eso quería ver los restos. —Farel se reclinó en la silla—. Quería asegurarse de que estuviera muerto, tal vez estaba todo calculado.

—Entonces ¿por qué lo hizo público? El padre Daniel estaba oficialmente muerto. ¿Por qué no dejó las cosas como estaban? La policía no buscaría a un hombre muerto y, en caso de estar vivo, Addison podía buscarlo por su cuenta sin levantar sospechas.

—Pero ¿por dónde habría empezado? —replicó Taglia—. ¿Por qué no dejar que la policía le ayudara a encontrarlo?

Roscani extrajo un cigarrillo y lo prendió.

—No obstante mandaron el vídeo al Papa y no aquí. ¿Por qué? Todo el mundo sabe quiénes somos.

—Porque desean que aparezca en los medios de comunicación —contestó Farel—. El Gruppo Cardinale quizá decida no entregarlo a los medios, pero al enviar el vídeo al Santo Padre esperaban que interviniese en persona y me presionara para obligarnos a hacerlo público. El país entero sabe lo consternado que está por la muerte del cardenal vicario y lo mucho que significa para él llevar al asesino ante la justicia.

—¿Y él se lo ha pedido? —preguntó Roscani.

—Sí.

Roscani clavó los ojos en Farel por un instante y dio media vuelta.

—Debemos suponer que han calculado todas las posibilidades: si decidimos no entregar el vídeo a los medios, perderemos la oportunidad de contar con la ayuda de

los ciudadanos para encontrarlo. Si lo hacemos público y el padre Daniel ve la historia en la televisión o los periódicos y decide hacer lo que le pide su hermano, intentaremos ser los primeros en localizarlo para que nos lo cuente todo.

—Resulta evidente que están dispuestos a correr ese riesgo —comentó Taglia.

—Sí... —Roscani apagó el cigarrillo.

—Existe otro problema. —Farel se puso en pie y se abotonó la chaqueta—. Si el vídeo llega a manos de los medios de comunicación, debemos entregar una foto del cura y, lo que es más importante, proporcionarles información que hasta el momento era confidencial: que un clérigo del Vaticano asesinó al cardenal vicario de Roma. He comentado el asunto con el secretario de Estado, el cardenal Palestrina, y está de acuerdo en que, con independencia de los sentimientos personales del Papa, si el vídeo se hace público, la Santa Sede se verá inmersa en un escándalo justo ahora que la Iglesia no atraviesa por un buen momento.

—*Dottore* Farel, estamos hablando de un asesinato —repuso Roscani sin apartar la vista del policía del Vaticano.

—No se deje llevar por sus sentimientos personales, *ispettore capo*, recuerde que ésa es una de las razones por las que no se le ha encomendado la dirección de la investigación. —Farel se volvió hacia Taglia.

»Confío en que tomará la decisión adecuada... —dijo antes de abandonar la sala.

VEINTICINCO

Una vez más Roscani se esforzó por hacer caso omiso de Farel. El policía del Vaticano era brusco, directo y agresivo. Siempre anteponía la Santa Sede a cualquier otra cosa, como si sólo ella tuviera interés en el caso y trataba a la gente en consecuencia, en especial en el caso de alguien como Roscani, que pertenecía a un cuerpo de policía que escapaba de su control y era una persona más reflexiva y mucho menos política. Roscani consagraba la vida al trabajo y a realizarlo lo mejor posible, sin importar de qué se tratara. Era una virtud que había aprendido de su padre —fabricante y vendedor de artículos de piel que murió de un paro cardíaco en su tienda a los ochenta años mientras intentaba mover un yunque de cincuenta kilos—, y era la misma virtud que intentaba inculcar a sus hijos. De modo que, si uno era así y tomaba conciencia de ello, hacía todo lo posible por hacer caso omiso de personas como Farel y dedicar las energías a cosas más positivas y útiles, a lo que uno estaba haciendo, a cosas como el comentario que hizo Scala, cuando se hubo marchado Farel, sobre la venta de Harry Addison y la deducción de que se había herido cuando colisionó el coche de Pio con el camión. Si era así, y lo había tratado un médico, debían encontrarlo y preguntarle por el paradero de aquel hombre.

Por su parte, Castelletti había anotado el nombre del fabricante del vídeo, el lote y el número de código impreso detrás. Nadie sabía hasta dónde podía llevarlos una pista como ésa; del fabricante al mayorista, pasando por una cadena de tiendas hasta llegar a un punto de venta concreto, a un dependiente que recordara haberlo vendido a una persona determinada...

La reunión finalizó, y en la habitación sólo permanecieron Taglia y Roscani; uno para tomar una decisión y el otro para escucharla.

—Quieres que entregue el vídeo a los medios de comunicación y que los ciudadanos nos ayuden a encontrarlos —dijo Taglia.

—A veces funciona.

—A veces ahuyenta más a los fugitivos... Pero hay que contemplar otros factores como, por ejemplo, todo lo que ha dicho Farel, el carácter tan delicado del tema, los conflictos diplomáticos que quizá surjan entre Italia y el Vaticano... Es posible que el Papa desee algo en particular, pero Farel no omitió el nombre del cardenal Palestrina sin motivo... Él es el verdadero guardián de la llama del Vaticano y el responsable de la visión que el mundo tiene de la Santa Sede.

—En otras palabras, desde el punto de vista de la diplomacia, el escándalo resulta peor que el asesinato y no vas a hacerlo público.

—Así es. El Gruppo Cardinale continuará con la búsqueda de manera confidencial, y los archivos permanecerán bajo protección. —Taglia se puso en pie —. Lo siento, Otello... *Buona sera*.

—Buona sera...

La puerta se cerró detrás de Taglia, y Roscani se quedó solo y frustrado. Tal vez su mujer tenía razón después de todo y, a pesar de su total dedicación, el mundo no era ni más justo ni mejor, y poco podía hacer para cambiarlo. Sin embargo, lo que sí estaba a su alcance era dejar de luchar contra él con tanta fuerza, y quizás así su vida y la de su familia sería un poco más fácil. Su mujer tenía razón, por supuesto, pero, como bien sabían los dos, tan difícil le resultaría cambiar su manera de ser como cambiar el mundo. Se había hecho policía porque no deseaba trabajar en el negocio de su padre, porque se había casado y quería estabilidad antes de fundar una familia, y porque la profesión le había parecido noble y emocionante. Pero después ocurrió algo: las vidas de las víctimas empezaron a afectar a la suya propia, vidas destrozadas, a menudo por una violencia sin sentido. Cuando lo ascendieron y destinaron al departamento de homicidios las cosas empeoraron porque, por alguna razón, comenzó a ver a las víctimas de cualquier edad como a los hijos de alguien, como a los suyos, todos merecían vivir la vida hasta el fin sin que se viera interrumpida por la violencia. En este sentido, el cardenal Parma era para él el hijo de una madre, al igual que Pio, y por eso sentía la imperiosa necesidad de encontrar a los culpables, atraparlos antes de que cometiesen otro crimen. Pero ¿cuántas veces los había detenido para que después los jueces, por una razón u otra, los dejaran en libertad? Todo ello lo había llevado a luchar contra la justicia, dentro de los límites de la ley o fuera de ellos. Era una guerra perdida, pero continuaba luchando, tal vez porque era hijo de su padre.

Roscani extendió la mano y apuntó el mando de la televisión a la gran pantalla. Se oyó un clic y se encendió. Rebobinó la cinta y comenzó a reproducirla; vio a Harry de nuevo sentado en el taburete hablando detrás de las gafas oscuras.

«Danny, te pido que vengas..., que te entregues... Lo saben todo... Por favor, hazlo por mí... Ven..., por favor..., por favor...»

Roscani observó que hacía una pausa al final, parecía que iba a hablar de nuevo cuando de repente la cinta llegaba a su fin. La rebobinó y la vio de nuevo, una y otra vez. Cuanto más la miraba, más rabia sentía en su interior. Quería levantar la vista y ver a Pio entrar por la puerta sonriendo como siempre, para hablarle de su familia y preguntarle por la suya. Pero en cambio veía a Harry, al señor Hollywood con gafas de sol, sentado en un taburete y rogando a su hermano que se entregara para que lo mataran también.

¡Clic!

Roscani apagó el televisor y, en la penumbra, aquellos pensamientos volvieron a asaltarlo. Era incapaz de desterrarlos: mataría a Harry Addison cuando lo atrapara, sabía que lo encontraría.

¡Clic!

Volvió a encender la televisión y, tras prender un cigarrillo, apagó la cerilla de un fuerte soplo. No debía pensar así. Se preguntaba como habría reaccionado su padre en su lugar.

Necesitaba distancia, y la consiguió viendo la cinta de nuevo, una y otra vez. Se esforzó por analizarla con frialdad, como un policía experimentado en busca de la pista más insignificante.

Cuanto más la veía, más empezaron a intrigarle ciertos detalles, como el estampado del papel de la pared y lo que ocurría justo antes del final, cuando se veía a Harry con la boca abierta, como si fuera a decir algo más, pero sin que llegara a hacerlo porque se acababa la cinta. Extrajo una pequeña libreta del bolsillo y apuntó:

- Ampliar con el ordenador imagen del papel de la pared.
- Encargar a un especialista en leer los labios que analice la(s) palabra(s) no pronunciadas.

Roscani rebobinó la cinta, quitó el sonido al televisor y observó las imágenes mudas. Al acabar, lo hizo de nuevo.

VEINTISÉIS

Roma, embajada del Vaticano en Italia, Via Po, a la misma hora

En su primera aparición pública desde el asesinato del cardenal vicario de Roma, el resto de los hombres de confianza del Papa —el cardenal Umberto Palestrina, el cardenal Joseph Matadi, monseñor Fabio Capizzi y el cardenal Nicola Marsciano— departieron sin reservas con los miembros del Consejo de Ministros de la Unión Europea que se encontraban en Roma para participar en una conferencia sobre las relaciones económicas con los países en vías de desarrollo. Todos habían sido invitados a un cóctel informal organizado por el arzobispo Giovanni Bellini, nuncio apostólico en Italia.

Palestrina, secretario de Estado del Vaticano, de sesenta y dos años de edad, era quien parecía sentirse más cómodo y, a diferencia de los demás, no llevaba hábito eclesiástico sino un traje sencillo negro con cuello blanco y, sin prestar atención alguna a los miembros de la Guardia Suiza vestidos de paisano que vigilaban la estancia, pasaba de un invitado a otro, hablando vehementemente con cada uno de ellos.

La mera complexión de Palestrina, de ciento veinte kilos de peso y casi dos metros de estatura, llamaba la atención de los invitados. Sin embargo, eran otras características de su persona las que más desconcertaban: los movimientos gráciles, la sonrisa amplia, los intensos ojos grises bajo una alborotada mata de pelo blanco y la fuerza con la que estrechaba la mano y se dirigía a las personas de manera directa, casi siempre en su propio idioma.

Renovando viejos lazos de amistad, entablando nuevas relaciones y pasando de un invitado a otro, Palestrina ofrecía todo el aspecto de un político y no el del segundo hombre más poderoso de la Iglesia católica. No obstante, era en representación de dicha Iglesia y del Papa que él y los demás se encontraban allí. Su presencia, efectiva a pesar de la reciente tragedia, hablaba por sí misma, pues recordaba a todos los presentes que la Santa Sede estaba comprometida de manera total e inequívoca con el futuro de la Unión Europea.

En el otro extremo del salón, el cardenal Marsciano se alejó del representante de Dinamarca y miró el reloj.

19.50 h

Al levantar la vista, Marsciano vio llegar al banquero inversor suizo Pierre Weggen acompañado de Jiang Youmei, embajador de China en Italia, su secretario de exteriores, Zhou Yi, y Yan Yeh, presidente del Banco Popular de China. La presencia de estos hombres causó un notable revuelo entre los invitados, pues China y el Vaticano no mantenían relaciones diplomáticas oficiales desde la llegada al poder de los comunistas en 1949. Sin embargo, acababan de hacer su entrada en el salón, en compañía de Weggen, dos de los diplomáticos más destacados de China en Italia y uno de los empresarios más importantes del país.

Casi de inmediato, Palestrina cruzó la sala para recibirlos con una reverencia formal. Estrechó la mano de todos ellos, les dirigió una amplia sonrisa y trabó con ellos una charla animada como si fueran viejos amigos, hablándoles en chino, como Marsciano bien sabía.

Las cada vez más estrechas relaciones entre China y Occidente y el resurgimiento del país asiático como potencia económica apenas habían afectado a las relaciones entre Pekín y Roma. Sin embargo, a pesar de la inexistencia de relaciones diplomáticas entre ambos países, la Santa Sede, bajo la atenta dirección de Palestrina, intentaba abrir una puerta, con el objetivo inmediato de organizar una visita del Papa a la República Popular.

Se trataba de una meta con importantes repercusiones, porque si China aceptaba este gesto de apertura, se interpretaría como una señal de que Pekín no sólo estaba dispuesta a abrir sus puertas a la Iglesia, sino también a ser acogida en su seno. Palestrina sabía con certeza que China no albergaba tales propósitos para el presente, ni para el futuro próximo o lejano, así que su objetivo era ambicioso en extremo. De todos modos, los chinos habían asistido de forma oficial al cóctel.

Su presencia en la reunión se debía en gran medida a Pierre Weggen, con quien colaboraban desde hacía años y en quien tenían plena confianza, al menos toda la confianza que un oriental era capaz de depositar en un occidental. Weggen, de setenta años, alto y elegante, era un banquero inversor reconocido y respetado en todo el mundo que actuaba de intermediario entre las grandes compañías multinacionales con el objetivo de crear sociedades globales. Combinaba esta labor con la asesoría a clientes y amigos: las personas, empresas y organizaciones que, a lo largo de los años, lo habían ayudado a forjar su reputación.

La lista de clientes siempre había sido, y seguía siendo, confidencial. Entre ellos estaban el Vaticano y Nicola Marsciano, responsable de inversiones de la Santa Sede, que había pasado toda la tarde recluido en un apartamento de la Via Pinciana con Weggen y su ejército de abogados y contables que había llevado consigo desde Ginebra.

Desde hacía más de un año, Marsciano y Weggen intentaban reducir la amplia

gama de inversiones del Vaticano a los sectores de la energía, el transporte, el acero, las navieras y la maquinaria pesada; sobre todo en sociedades y empresas especializadas en el desarrollo de infraestructuras básicas: la construcción y reconstrucción de carreteras, canales, plantas eléctricas y similares en los países en vías de desarrollo.

La estrategia de inversión del Vaticano constituía el punto central de la política de Palestrina para el futuro de la Santa Sede, y éste era el motivo por el que los chinos habían respondido a la invitación, para relacionarse con otros países y demostrar que China era una nación moderna que compartía la preocupación de Europa por la economía de los países en vías de desarrollo. La invitación había supuesto un acto de buena voluntad, una oportunidad para que los chinos se relacionaran de manera discreta con el resto de los países y, al mismo tiempo, para que Palestrina los mimara.

Sin embargo, el concepto de «países en vías de desarrollo», en plural, no figuraba en la agenda de Palestrina; el único país que le interesaba era China y, a excepción de unos pocos escogidos —Peter Weggen y los cuatro hombres de confianza del Papa—, nadie más conocía, ni siquiera el Santo Padre, su verdadero propósito: que el Vaticano se convirtiera en un socio anónimo, pero mayoritario e influyente, de la República Popular China.

Esa noche había dado el primer paso al estrechar la mano de los chinos. El segundo se produciría el día siguiente, cuando Marsciano presentara la nueva versión revisada del documento «Estrategias de inversión en los países en vías de desarrollo» a una comisión de cuatro cardenales encargados de ratificar las inversiones de la Iglesia.

La sesión se preveía conflictiva porque los cardenales eran de espíritu conservador, renuentes a cualquier cambio. La misión de Marsciano consistiría en convencerlos, en mostrarles las regiones en las que centraba el plan: Latinoamérica, Europa del Este y Rusia. También China aparecería en la lista, pero oculta tras el término, más general, de Asia: Japón, Singapur, Tailandia, Filipinas, China, Corea del Sur, Taiwan, India, etcétera.

No obstante, se trataba de una falacia, de una estrategia inmoral y poco ética, de una mentira ideada por Palestrina para cumplir su objetivo sin divulgar sus intenciones.

Esto era sólo el principio. Palestrina era consciente de que China, a pesar de su nueva mentalidad abierta, seguía siendo una sociedad cerrada controlada por la vieja guardia comunista de marcado talante autoritario. Aun así, el país estaba modernizándose con rapidez y, una China moderna, habitada por la cuarta parte de la población mundial y con el consiguiente poder económico, se convertiría, sin duda alguna y en poco tiempo, en la mayor potencia del mundo. La conclusión de ese razonamiento era obvia: controlar China significaba controlar el mundo. Ésta era la meta del plan de Palestrina, dominar China en el siglo venidero y restablecer la influencia de la Iglesia católica en todo el país, en cada ciudad, en cada pueblo para

que cien años después naciera un nuevo Sacro Imperio Romano. El pueblo de China ya no dependería de Pekín sino de Roma, y la Santa Sede pasaría a ser la mayor superpotencia del mundo.

Era una locura, por supuesto, y para Marsciano, una prueba de la creciente demencia de Palestrina, pero nada podía hacer al respecto. El Santo Padre sentía devoción por su secretario de Estado y desconocía por completo sus intenciones. Por otro lado, debido a su precario estado de salud y a su agotadora agenda diaria, el pontífice prácticamente había delegado en Palestrina la dirección general de la Santa Sede. Por tanto, acudir al Papa equivalía a dirigirse a Palestrina, que lo negaría todo si llegara a interrogarlo el Santo Padre y enviaría a su acusador a una parroquia remota, y jamás volvería a saberse de él.

En ello residía el horror de la situación porque, con la excepción de Pierre Weggen, quien tenía plena confianza en Palestrina, el resto —Marsciano, el cardenal Matadi y monseñor Capizzi—, los otros tres hombres más influyentes de la Iglesia católica sentían pavor del secretario de Estado del Vaticano, de su corpulencia, de su ambición, de su habilidad excepcional para encontrar la debilidad de todo hombre y explotarla hasta lograr sus propósitos. Tal vez, el aspecto más temible de todos era el poder que ejercía sobre las personas cuando éstas se encontraban en su punto de mira.

Asimismo, los aterraban los hombres que trabajaban para el secretario de Estado: por un lado, Jacov Farel, jefe de la policía del Vaticano y esbirro de Palestrina, por otro, el terrorista Thomas Kind, autor del asesinato del gran enemigo de Palestrina, el cardenal Parma, en presencia de todos, del Santo Padre y de Palestrina, quien había ordenado su asesinato y permaneció impasible a su lado cuando recibió el tiro mortal.

Marsciano ignoraba cómo se sentían los demás, pero estaba convencido de que nadie despreciaba más su propia debilidad y miedo que él mismo.

Echó un nuevo vistazo al reloj.

20.10 h

—Eminencia, ¿recuerda a Yan Yeh? —preguntó Pierre Weggen al acercarse en compañía del presidente del Banco Popular de China, de estatura baja, delgado y con el cabello negro entrecano.

—Claro. —Marsciano sonrió y saludó al banquero con un apretón de manos—. Bienvenido a Roma.

Habían coincidido antes, en Bangkok, donde, excepto en el momento tenso en que Palestrina planteó el futuro de la Iglesia católica en la nueva China y el banquero respondió de manera tajante que no había llegado el día para un acercamiento entre Pekín y Roma, Yan Yeh le pareció a Marsciano una persona afable, abierta e incluso ingeniosa, preocupada de verdad por el bienestar de todas las personas.

—Creo que deberíamos aprender de los italianos algo de viticultura —comentó

Yan Yeh con una sonrisa mientras levantaba la copa para brindar con Marsciano.

En ese instante Marsciano observó que el nuncio papal entraba en la sala, se dirigía a Palestrina y se lo llevaba aparte, lejos del embajador y el ministro de Asuntos Exteriores chinos. Mantuvieron una breve conversación durante la cual Palestrina posó la vista en Marsciano desde el otro lado de la estancia. Fue un gesto suave; imperceptible para cualquier otro, pero no para Marsciano, que sabía que significaba que lo habían elegido.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo —respondió Marsciano a Yan Yeh con una sonrisa.

—Eminencia. —El nuncio tocó la manga del cardenal.

Marsciano se volvió.

—Sí, ya lo sé... ¿Adónde quiere que vaya?

VEINTISIETE

Marsciano se detuvo por un instante al pie de la escalera antes de comenzar a subir los peldaños. Una vez arriba, torció por un pasillo estrecho hasta llegar a una puerta de madera con paneles labrados. Hizo girar el pomo y entró.

El sol de la tarde entraba por la ventana que dividía en dos la sala de reuniones. Palestrina se encontraba en un lado, parte de él en la sombra. La persona que había junto a él no era más que una mera silueta, pero Marsciano no necesitaba verlo para saber que se trataba de Jacov Farel.

—Eminencia... Jacov. —Marsciano cerró la puerta tras de sí.

—Siéntate, Nicola. —Palestrina señaló un grupo de sillas situadas delante de la chimenea de mármol.

Marsciano atravesó el haz de luz para obedecer.

Al mismo tiempo Farel se acomodó frente a él, cruzó los pies, se desabrochó el abrigo y le clavó la mirada.

—Quiero hacerte una pregunta, Nicola, y quiero que me digas la verdad. —Palestrina acarició el respaldo de la silla y le dio la vuelta para quedar sentado enfrente de Marsciano—. ¿Sigue vivo el cura?

Marsciano sabía, desde el momento en que Harry Addison declaró que los restos no eran los de su hermano, que Palestrina no tardaría en acosarlo con preguntas. De hecho, lo sorprendía que hubiera tardado tanto, pero había aprovechado el intervalo para prepararse lo mejor posible.

—No —respondió sin titubear.

—La policía cree que sí.

—Están equivocados.

—Su hermano no está de acuerdo —terció Farel.

—Sólo dijo que el cuerpo no era el de su hermano, pero se equivocaba —Marsciano intentó mostrarse frío e impassible.

—El Gruppo Cardinale tiene en su poder una cinta de vídeo en la que Harry Addison le pide a su hermano que se entregue. ¿Te parece propio de alguien que se ha equivocado?

Por un momento Marsciano guardó silencio y, cuando habló de nuevo, se dirigió a Palestrina en el mismo tono de antes.

—Jacov estaba conmigo en el depósito cuando se realizó la identificación. —Marsciano se volvió hacia Farel—. ¿No es cierto, Jacov?

Farel permaneció en silencio.

Palestrina estudió a Marsciano, se levantó de la silla y caminó hasta la ventana, donde su enorme cuerpo obstruyó el paso del sol. Al darse la vuelta, quedó a contraluz de manera que sólo resultaba visible su descomunal silueta.

—Alguien abre la tapa de una caja y sale volando una polilla que desaparece con el viento... ¿Cómo había logrado sobrevivir? ¿Adónde se fue cuando salió volando?

—Palestrina se aproximó a Marsciano.

»Me crié como un *scugnizzo*, un golfillo de las calles de Nápoles. Mi única maestra fue la experiencia. Allí era fácil acabar tirado en la cuneta con la cabeza abierta por creer las mentiras que te decían... De eso aprendes y procuras que no ocurra de nuevo... —Palestrina se detuvo ante Marsciano y lo miró a los ojos.

»Te lo preguntaré una vez más, Nicola, ¿está vivo?

—No, Eminencia, está muerto.

—Entonces, ya no hay más de qué hablar. —Palestrina lanzó una rápida mirada a Farel y abandonó la estancia.

Marsciano lo observó marchar. Consciente de que Palestrina preguntaría al policía acerca de su actitud al quedarse solos, Marsciano miró a Farel a los ojos:

—Está muerto, Jacov, muerto —le aseguró.

Al llegar al pie de las escaleras, Marsciano topó con uno de los policías de Farel vestido de paisano, pero pasó por su lado sin mirarlo.

El cardenal había consagrado toda su vida a Dios y a la Iglesia, era un hombre fuerte y a la vez sencillo, como su región, la Toscana. Hombres como Palestrina y Farel vivían en un mundo diferente al suyo, un mundo en el que él no tenía cabida y por el que sentía gran temor, pero las circunstancias y su valía lo habían llevado hasta allí.

«Por el bien de la Iglesia», le había dicho Palestrina, porque sabía que la Iglesia y Su Santidad constituían el punto débil de Marsciano y que las veneraba tanto como a Dios, pues para él formaban una unidad. «Entrégame al padre Daniel —era lo que en realidad le decía Palestrina— y ahorraremos a la Iglesia el escándalo del juicio y la humillación pública que sufriría si resultara estar vivo y la policía lo localizara.» Palestrina tenía razón: si entregaba al padre Daniel, considerado muerto, éste desaparecería sin más; Farel o Thomas se encargarían de ello. Después lo declararían culpable en el seno de la Iglesia, y el asesinato del cardenal vicario Parma pasaría a la historia.

Sin embargo, Marsciano no estaba dispuesto a entregar al padre Daniel para que lo asesinaran. En las narices de Palestrina, de Farel, de Capizzi y de Matadi había aprovechado todos los recursos de los que disponía para lograr lo imposible, que declarasen muerto al padre Daniel pese a que él sabía que no lo estaba. De no haber intervenido su hermano, era posible que hubiera funcionado. Pero no había sido así, y por tanto no le quedaba otro remedio que continuar con aquella farsa para ganar tiempo, aunque no cabía duda de que había fracasado.

Su intento de convencer a Farel de que decía la verdad, cuando hubo marchado Palestrina, no había dado resultado. Su destino, lo sabía, había quedado escrito con la mirada de Palestrina al policía cuando abandonó la sala. Con ella, había robado a Marsciano su libertad. Desde ese preciso instante lo vigilarían en todas partes,

hablara con quien hablara, bien por teléfono, bien en los pasillos e, incluso, en casa; observarían todos sus movimientos e informarían de ellos primero a Farel y después a Palestrina. Sería como un arresto domiciliario.

Echó un nuevo vistazo al reloj.

20.50 h

El cardenal rogó a Dios que no hubiesen surgido problemas y que hubiera escapado sano y salvo, tal como se había planeado.

VEINTIOCHO

Pescara, todavía jueves 9 de julio, 22.35 h

La enfermera Elena Voso estaba sentada en el asiento plegable de una furgoneta *beige*. En la oscuridad distinguía el cuerpo de Michael Roark tumbado de espaldas en una camilla con la vista fija en el gota a gota que oscilaba sobre su cabeza. Frente a ella se encontraba el atractivo Marco y, delante, Luca conducía el vehículo a través de callejuelas, como si supiese con exactitud hacia dónde se dirigían, aunque nadie había hablado de ello.

Elena no estaba preparada cuando, hacía menos de una hora, la madre superiora de su convento la había llamado de Siena para comunicarle que esa noche había que trasladar al paciente que tenía a su cargo en una ambulancia privada y que ella debía continuar cuidando de él. Cuando Elena preguntó adonde lo trasladarían la respuesta fue «a otro hospital». Poco después, Luca llegó con la ambulancia. Abandonaron el hospital Santa Cecilia aprisa y en silencio, casi sin hablar, como si fueran fugitivos. Tras cruzar el río Pescara, Luca atravesó una serie de callejuelas antes de acabar en un pequeño atasco en la *Viale della Riviera*, una avenida paralela a la playa. La noche era calurosa, y cientos de personas paseaban por el lugar vestidos con pantalones cortos y camisetas, o estaban sentados en las *pizzerías*, frente al Adriático. En vista de la ruta, Elena se preguntó si se dirigían a otro hospital de la ciudad, pero Luca se alejó de la costa y atravesó la ciudad en zigzag, pasando por la estación de ferrocarriles antes de virar hacia el nordeste por la autopista de salida.

Michael Roark estuvo inquieto durante todo el trayecto: desplazaba la vista del gota a gota a Elena y a los hombres de la furgoneta para después posarla de nuevo en Elena, que infirió de todo ello que la mente de su paciente funcionaba, que desde algún lugar de su cerebro intentaba comprender que ocurría. Su estado físico era el mejor que cabía esperar; la tensión y el pulso permanecían estables y respiraba con normalidad. Las pruebas que le habían realizado antes de su llegada revelaban un corazón fuerte y un cerebro activo. Le diagnosticaron un trauma agudo y, aparte de las quemaduras y las piernas rotas, la lesión más grave que requería una vigilancia intensiva era una conmoción de la cual podía recuperarse de manera parcial o total, o no mejorar en absoluto. La labor de Elena consistía en mantener el cuerpo operativo mientras el cerebro intentaba recuperarse.

Elena sonrió a Michael Roark, que todavía la miraba y, al levantar la vista, descubrió que Marco también la observaba. Le gustaba la idea de que dos hombres la

contemplasen al mismo tiempo y se le ensanchó la sonrisa, pero acto seguido desvió la mirada avergonzada de haber reaccionado de un modo tan abierto. En ese momento advirtió que las ventanas traseras estaban tapadas con cortinas oscuras:

—¿Por qué están tapadas las ventanas? —le preguntó a Marco.

—La furgoneta es alquilada, ya venía así.

Elena titubeó.

—¿Adónde vamos?

—Nadie me lo ha dicho.

—Luca lo sabe.

—Pues pregúnteselo a él.

Elena miró a Luca, sentado al volante, y de nuevo a Marco.

—¿Estamos en peligro?

Marco sonrió.

—Cuántas preguntas.

—Nos han ordenado que abandonemos el hospital de improviso, en medio de la noche. Circulamos de manera que resulte imposible seguirnos, las ventanas están tapadas y... usted lleva una pistola.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Ya le dije que era *carabiniere*...

—Ya no lo es.

—Pero estoy en la reserva... —Marco se dirigió a Luca—: La enfermera Elena quiere saber adonde vamos.

—Al norte.

Marco cruzó los brazos, se reclinó hacia atrás y cerró los ojos.

—Voy a dormir —le comunicó a Elena—. Será mejor que usted haga lo mismo, nos espera un largo camino.

Elena lo observó y después a Luca, cuyos rasgos se iluminaron por un instante al encender un cigarrillo. Cuando el hombre la ayudó a cargar al paciente en la ambulancia, había notado un bulto debajo de su chaqueta, con lo que confirmó lo que ya sospechaba, que él también llevaba un arma y, a pesar de que nadie lo había mencionado, también sabía que Pietro, el vigilante de las mañanas, los seguía en coche.

A su lado, Michael Roark había cerrado los ojos. Elena se preguntó si estaría soñando y, en tal caso, cómo serían sus sueños. Tal vez, al igual que ella, sólo se dejaba llevar por una carretera oscura hacia un destino desconocido en compañía de extraños armados.

Elena se preguntó una vez más por qué custodiaban al paciente esos hombres, quién era en realidad.

VEINTINUEVE

Roma, a la misma hora

De pronto sintió que cientos de piecitos, ligeros y menudos, caminaban sobre él, pies pequeños, como los de los roedores. Con un esfuerzo sobrehumano, Harry abrió un ojo y entonces las vio. No eran ratones, sino ratas.

Correteaban por encima de su pecho, del estómago, de sus piernas. Alerta, Harry comenzó a gritar, intentando espantarlas. Algunas desaparecieron pero otras permanecieron allí, con las orejas erguidas, observándolo con sus diminutos ojos rojos.

Entonces percibió el olor pestilente y recordó las alcantarillas.

En torno a sí oía el rumor del agua en movimiento y estaba mojado. Se incorporó, volvió la cabeza y con el ojo bueno vio a cientos de ellas en tierra firme, mirando, esperando. Por eso no se habían acercado más: tenían miedo al agua. Sólo las más valientes se habían aventurado a cruzar las aguas poco profundas donde yacía.

Sobre su cabeza se alzaba el semicírculo de piedra antigua del techo, y la misma piedra combinada con cemento componía las paredes a ambos lados de la alcantarilla. Algunas bombillas dispersas de poca potencia iluminaban el entorno.

Lo vio. ¡Veía! Por lo menos un poco.

Harry se tumbó, cerró el ojo derecho y todo desapareció. Permaneció inmóvil por un instante, hizo acopio de valor y abrió el ojo izquierdo.

Oscuridad. Nada en absoluto.

Abrió el ojo derecho de inmediato y el mundo cobró forma de nuevo: luz tenue, piedra, cemento, agua.

Ratas.

Vio que las dos más próximas al ojo derecho avanzaban un poco, moviendo el hocico, enseñando los dientes. Las más valientes entre las valientes, era como si supieran que si le quitaban el ojo ya no vería nada y sería suyo.

—¡Fuera! —gritó mientras intentaba ponerse en pie, pero sintió que le clavaban las garras.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Joder! ¡Fuera!

Se agitó de un lado a otro, y su voz reverberaba contra la piedra. Al intentar librarse de ellas, tropezó y cayó en aguas más profundas, que lo cubrían y arrastraban. Estaba seguro de que se habían soltado, de que las había oído chillar aterrorizadas al intentar llegar a tierra sin ahogarse. Harry abrió la boca para respirar pero sólo le

entró agua y sintió que se ahogaba arrastrado por la corriente. Lo único que distinguía era el sabor del agua, podrida, llena de su sangre.

TREINTA

Viernes, 10 de julio, 1.00 h

Una mano rozó el rostro de Harry, que gimió, temblando. La mano se apartó y regresó con un paño húmedo para limpiarle la cara y la herida de la frente y eliminar con suavidad la sangre coagulada que le enmarañaba el pelo.

A lo lejos se oía un eco retumbante al tiempo que temblaba la tierra, pero tanto la vibración como el ruido se detuvieron un momento después. Sintió que alguien le sacudía los hombros y abrió los ojos o, más bien, el ojo con el que veía. Al hacerlo se sobresaltó, pues una cabeza desproporcionada lo miraba con atención, los ojos brillantes bajo la luz tenue.

—*Parla Italiano?*

En el suelo, había un hombre sentado junto a Harry. Su tono de voz era alto y su acento, extraño.

Harry se volvió para mirarlo.

—*Inglese?*

—Sí... —susurró Harry.

—*¿Americano?*

—Sí... —susurró de nuevo.

—Yo también, hace tiempo, de Pittsburgh. Vine a Roma para participar en una película de Fellini. No lo conseguí y nunca regresé.

Harry oía el sonido de su propia respiración.

—*¿Dónde estoy...?*

El rostro sonrió.

—Con Hércules.

De repente, una segunda cara apareció ante él y lo miró fijamente. Era una mujer de tez oscura. Tendría unos cuarenta años y llevaba el pelo recogido con un llamativo pañuelo. Se arrodilló a su lado, le tocó la cabeza y le levantó la mano izquierda, que llevaba vendada. La mujer miró al hombre de cabeza desproporcionada y le comentó algo en un idioma que Harry jamás había oído. El hombre asintió, y la mujer miró a Harry de nuevo antes de irse. A continuación, se oyó el sonido de una puerta pesada que se abría y se cerraba.

—Ha perdido la vista de un ojo, pero pronto la recobraré. Me lo ha dicho ella. —Hércules sonrió otra vez—. Debo limpiarle las heridas dos veces al día y cambiar el vendaje de la mano mañana. El de la cabeza hay que dejarlo un tiempo..., también

me lo ha dicho ella.

La tierra tembló de nuevo.

—Ésta es mi casa, mi hogar. Es un antiguo túnel del metro. Llevo aquí cinco años, pero nadie lo sabe, bueno, excepto unos pocos como ella... No está mal, ¿eh? —Se rió mientras se incorporaba con la ayuda de una muleta—. Aunque mis piernas son inútiles, tengo hombros enormes y soy muy fuerte.

Hércules era un enano, medía poco más de un metro, tenía una cabeza enorme en forma de huevo, y sus hombros, en efecto eran descomunales, como sus brazos. El resto del cuerpo era minúsculo y las piernas como palillos.

Hércules cojeó hasta una pared detrás de él y regresó con una segunda muleta.

—Le han pegado un tiro...

Harry lo miró desorientado, pues no recordaba nada.

—Ha tenido mucha suerte, la pistola era de pequeño calibre, la bala le alcanzó la mano y rebotó en su cabeza... Lo encontré en la cloaca.

Harry lo miró con el ojo bueno, sin comprender, esforzándose por recordar por salir del oscuro túnel en el que se encontraba su mente y regresar a la realidad. Por alguna razón, pensó en Madeline, la vio allí, con los brazos y piernas extendidos, el cabello flotando debajo del hielo y se preguntó si ella había sentido lo mismo, como si pasara de la horrible realidad a un sueño, alternando uno y otro hasta quedarse dormida para siempre.

—¿Le duele?

—No...

Hércules sonrió.

—Es por su medicina. Es gitana y sabe curar a la gente. Yo no soy gitano pero me llevo bien con ellos, me dan cosas, y yo a ellos, nos hacemos favores. De este modo nos respetamos y no nos robamos... —Soltó una risita y se puso serio de nuevo—. Ni tampoco le robaré a usted, padre.

—¿Padre?

—Llevaba sus papeles en la chaqueta, padre Addison... —Hércules se apoyó en las muletas y señaló a un lado.

La ropa de Harry estaba colgada de una percha improvisada y, junto a ella, extendido con cuidado para que se secase bien, se hallaba el sobre que Gasparri le había entregado junto con los efectos personales de Danny: el reloj chamuscado, las gafas rotas, la identificación del Vaticano y su pasaporte.

En un ejercicio de acróbata, Hércules se dejó caer con las muletas para sentarse junto a Harry como antes, cara a cara, como si de pronto hubiese arrojado una silla.

—Tenemos un problema, padre. Supongo que usted querrá hablar con alguien, con la policía seguramente, pero no está en condiciones de andar todavía, y yo no puedo contarle a nadie que está aquí porque descubrirían mi guarida. ¿Lo entiende?

—Sí...

—De todos modos, más vale que descanse. Con un poco de suerte, mañana será

capaz de ponerse en pie e ir adonde quiera.

De repente, Hércules ejecutó la acrobacia inversa y se levantó apoyándose en las muletas.

—Ahora debo marcharme. Duerma sin miedo, aquí está a salvo.

Acto seguido, el enano dio media vuelta y desapareció en la oscuridad. Harry oyó el eco de sus pasos y luego el chirrido de la misma puerta de antes al abrirse y cerrarse.

Harry se recostó y se percató de que tenía una almohada debajo de la cabeza y el cuerpo tapado con una manta.

—Gracias —susurró.

Escuchó de nuevo el temblor y sintió que la tierra se estremecía al pasar el metro. Unos segundos más tarde le venció el cansancio, cerró los ojos y su mente se vació de todo pensamiento.

TREINTA Y UNO

Beverly Hills, California, jueves 9 de julio, al atardecer

Byron Willis exhaló un suspiro y colgó el teléfono mientras abandonaba Sunset y giraba en dirección a Stone Canyon Road al tiempo que encendía los faros del Lexus, proyectando luz sobre las paredes cubiertas de hiedra que rodeaban las enormes y elegantes mansiones por las que pasaba. Lo que había ocurrido parecía imposible: Harry Addison, su Harry Addison, el hombre a quien él había introducido en la empresa, al que quería como a un hermano, el que tenía el despacho al otro extremo del pasillo, era de la noche a la mañana un fugitivo buscado en Italia por el asesinato de un detective, y su hermano había sido acusado del asesinato del cardenal vicario de Roma. Todo había ocurrido así, en un abrir y cerrar de ojos, como un accidente de coche. Los medios de comunicación ya saturaban la centralita del bufete, intentando obtener una declaración suya o de cualquier miembro del despacho.

—¡Mierda! —espetó enfadado.

Ignoraba qué demonios había sucedido, pero sin duda Harry iba a necesitar mucha ayuda, y la empresa también. Byron pasaría la noche intentando mantener a la prensa a raya y explicando a sus clientes lo ocurrido, aconsejándoles que no respondieran a las preguntas de los periodistas. Al mismo tiempo, trataría de localizar a Harry y buscarle la mejor representación legal en Italia.

Byron Willis aminoró la marcha mientras contemplaba los vehículos de las televisiones aparcados delante de su casa y a los periodistas agolpados frente a la verja de seguridad del número 1500 de Canyon Road. Abrió la puerta con el control remoto y esperó a que los periodistas le franquearan el paso mientras saludaba amable e intentaba no prestarles atención. Byron se detuvo al final del sendero para asegurarse de que nadie se había colado en la propiedad y prosiguió su camino iluminando con los faros el largo y conocido sendero hacia su casa.

—¡Mierda! —resolló.

En un instante el mundo de un amigo se había vuelto del revés. De pronto Byron tomó conciencia de su estilo de vida: otra reunión tardía, otro regreso a casa de noche. Su mujer y sus dos hijos se habían ido a esquiar a la residencia de Sun Valley, una mujer y unos hijos a quienes apenas veía, incluso cuando se encontraban en casa los fines de semana. Sólo Dios sabía qué le esperaba a la vuelta de la esquina, debía disfrutar de la vida y no permitir que el trabajo le consumiera tanto tiempo. En ese momento Byron decidió que, una vez solucionado el problema de Harry —y estaba

seguro de que se solucionaría—, reduciría su jornada en el despacho y disfrutaría de los pequeños placeres de la vida.

Pulsó de nuevo el botón del mando a distancia y se abrió la puerta del garaje. Por lo general, las luces se encendían automáticamente, pero, por alguna razón, esta vez no ocurrió así. Willis bajó del coche.

—Byron... —dijo una voz en la oscuridad.

Byron Willis se sobresaltó. Al volverse se encontró con una silueta que se aproximaba a él.

—¿Quién es usted?

—Un amigo de Harry Addison.

¿Harry? ¿Qué significaba aquello? De repente, sintió que el miedo lo invadía.

—¿Cómo ha entrado aquí? ¿Qué quiere?

—No gran cosa.

Byron percibió un pequeño fognazo y un sonido muy leve, como si alguien hubiera escupido. Después sintió un impacto en el pecho y, por instinto, bajó la vista al tiempo que comenzaban a temblarle las piernas. Se repitió el mismo sonido, dos veces. Tenía al hombre delante.

Byron lo miró.

—No entiendo...

Fueron sus últimas palabras.

TREINTA Y DOS

Roma, viernes 10 de julio, 7 h

Thomas Kind andaba por el camino sobre el Tíber, aguardando impaciente a que sonase el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo. Vestía un traje de lino *beige*, una camisa azul a rayas, y un sombrero panamá inclinado sobre el rostro para protegerlo tanto de los primeros rayos del sol como de posibles miradas inquisitivas que lo reconocieran y avisasen a las autoridades.

Bajo un paraguas de árboles frondosos, avanzó otra docena de pasos hasta un lugar que había visto al acercarse, un punto en el que las aguas del Tíber lamían los muros de granito, justo debajo de él. Echó un vistazo en torno a sí y no vio más que el movimiento del tráfico matutino que circulaba por la calzada, detrás de los árboles; se abrió la chaqueta, se llevó la mano al cinturón y extrajo un objeto envuelto en un pañuelo blanco de seda. Se inclinó hacia delante como un turista que se hubiese detenido a contemplar el paisaje, apoyó los codos en la barandilla y dejó que el objeto cayera al agua. Un instante después oyó el ruido del objeto al tomar contacto con el agua y se enderezó, frotándose con aire distraído la nuca con el pañuelo. Luego reanudó la marcha. Los restos chamuscados de la pistola Llama, de fabricación española, descansaban en el fondo del río.

Diez minutos más tarde entró en una pequeña *trattoria*, a unos pasos de la Piazza Farnese, pidió un *espresso* frío en la barra y se sentó a una mesa situada en la parte trasera, impaciente por recibir la llamada y la información que aún no llegaban. Sacó el móvil de la chaqueta y marcó un número, dejó que sonara dos veces, luego introdujo un código de tres dígitos y colgó. Se reclinó en la silla y aguardó la llamada de respuesta.

Thomas José Álvarez-Ríos Kind había saltado a la fama en 1984 al matar a cuatro policías antiterroristas franceses durante una infortunada batida en las afueras de París, y desde entonces era el niño mimado de los medios de información y del mundillo terrorista. Se había convertido, como a la prensa le gustaba decir, en el nuevo Carlos «el Chacal», un mercenario dispuesto a trabajar para el mejor postor. Y desde finales de los años ochenta hasta comienzos de los noventa había trabajado para todos: desde los restos de las Brigadas Rojas italianas hasta la francesa Acción Directa, desde Muammar el-Gaddafi hasta Abu Nidal, así mismo los servicios de espionaje iraquíes en Bélgica, Francia, Gran Bretaña e Italia habían utilizado sus servicios. Después había trabajado en Miami y Nueva York como cobrador de deudas

para el cártel de Medellín. Y, más tarde, como si necesitaran ayuda, se había puesto a las órdenes de la Cosa Nostra, asesinando a fiscales antimafia en Palermo y Calabria.

Todo esto le permitía citar en público las palabras de Bonnot, líder de una sanguinaria banda del París de 1912, más tarde pronunciadas por el propio Chacal: «Soy un hombre famoso». Y lo era. A lo largo de los años, su rostro había ocupado no sólo las primeras páginas de los periódicos más importantes del mundo, sino también las portadas de *Time*, *Newsweek* e, incluso, *Vanity Fair*. *60 Minutes* le había dedicado dos reportajes. Todo lo dicho lo elevaba a una categoría de todo punto distinta a la de la larga serie de sicarios que habían trabajado entusiasmados para él.

El problema residía en que cada vez estaba más convencido de que padecía una enfermedad mental. Al principio creyó que, sencillamente, había perdido el contacto con la realidad. Había empezado como revolucionario en su sentido más estricto, cuando viajó en 1976 de Ecuador a Chile siendo un adolescente idealista y salió con un fusil a las calles para vengar la muerte de estudiantes marxistas a manos de soldados del general fascista Augusto Pinochet. Luego llevó una vida ideológica en Londres, con la familia de su madre, asistiendo a colegios selectos antes de estudiar Política e Historia en Oxford. Justo después se había producido un encuentro clandestino con un agente del KGB en Londres, seguido de un ofrecimiento para entrenarlo como agente soviético en Moscú. De camino a la capital rusa había hecho una escala en París. Allí se había producido el famoso enfrentamiento con la policía francesa que lo había catapultado a la fama.

No obstante, en los últimos meses había empezado a comprender que lo que lo impulsaba no era una ideología ni la revolución, sino la hazaña del terror en sí o, para concretar, del acto de matar. No sólo le resultaba grato, lo excitaba sexualmente hasta tal punto que había llegado a sustituir al sexo por completo. Y —aunque él se empeñaba en negarlo— la sensación resultaba cada vez más intensa y gratificante. Buscaba a una amante, la acechaba y, luego, la masacraba de la manera más ingeniosa que se le ocurría.

Era algo horrible. La idea lo aterrorizaba. Sin embargo, al mismo tiempo anhelaba hacerlo. Había intentado con desesperación descartar la posibilidad de que estuviese enfermo. Quería creer que sólo estaba cansado o, para ser más realista, que lo asaltaban los pensamientos propios de alguien que se acerca a la edad madura. Pero sabía que no era verdad, y que algo andaba mal, porque cada vez se sentía más desequilibrado, como si una parte de él pesase más que el resto. La situación se veía agravada aún más por el hecho de que no había nadie en absoluto con quien hablar sin el temor a que lo apresaran, lo entregaran o lo pusiesen en peligro de alguna otra manera.

El repentino timbre del teléfono sonó junto a su codo y lo devolvió al presente. Contestó de inmediato.

—*Oui* —dijo en francés y asintió varias veces en señal de respuesta. Era la noticia que aguardaba y llegó en dos partes: La primera era la confirmación de que un

problema potencial en Estados Unidos había sido resuelto: aunque de un modo intencionado o involuntario Harry Addison hubiese transmitido información comprometedor a Byron Willis, el hecho carecía ya de importancia. El sujeto había sido eliminado.

La segunda resultaba más difícil porque había supuesto una larga investigación telefónica. De todas formas, los resultados habían llegado mucho más tarde de lo que esperaba.

—Sí —dijo por último—. Me marcho ahora a Pescara.

TREINTA Y TRES

7.50 h

—Té caliente —señaló Hércules—. ¿Puede tragar?

—Sí... —asintió Harry.

—Sosténgala con ambas manos.

Hércules le acercó la taza y le ayudó a asirla. El vendaje que Harry llevaba en la mano izquierda no le facilitaba las cosas.

Harry bebió y se atragantó.

—Asqueroso, ¿verdad? Té gitano. Fuerte y amargo. Bébalo de todos modos. Le ayudará a sanar y a recuperar la vista.

Harry vaciló, luego apuró el té de varios tragos largos, intentando no percibir el sabor. Moviéndose de un lado a otro, Hércules lo observó con detenimiento, como un artista que estudia un objeto. Cuando Harry hubo terminado de beber, el enano le arrancó la taza de las manos.

—Usted no es usted.

—¿Cómo?

—Usted no es el padre Daniel, sino su hermano.

Harry se apoyó en un codo y se incorporó.

—¿Cómo lo sabe?

—En primer lugar, por la foto del pasaporte. En segundo lugar, porque la policía lo busca.

Harry se sobresaltó.

—¿La policía?

—Lo dijeron por la radio. Le buscan por asesinato..., y no por el mismo por el que buscan a su hermano. El del cardenal vicario; ése sí que es uno grande. Pero el suyo tampoco es pequeño.

—¿De qué está hablando?

—El policía, señor Addison. El detective Pio.

—¿Pio está muerto?

—Hizo usted un buen trabajo.

—¿Que yo qué...?

Empezaba a recobrar la memoria. Pio miraba por el retrovisor del Alfa Romeo. Luego tomó el arma y la colocó a su lado, en el asiento. En ese instante, Harry vio el camión delante de ellos. Oyó su propia voz gritándole a Pio «¡Cuidado!».

Y en ese momento recuperó otro fragmento. Algo que no había recordado hasta entonces. Era un sonido. Un sonido atronador. Un estruendo que se repitió con rapidez. Los disparos de una pistola.

Y a continuación recordó el rostro, por un instante. Luego desapareció, como la luz de una bombilla que iluminara algo por una fracción de segundo. Era pálido y cruel, con una ligera sonrisa. Y luego, por alguna razón, aunque no sabía por qué, recordó los ojos más azules que había visto jamás.

—No... —dijo Harry, con un hilo de voz. Aturdido, buscó la mirada de Hércules—. No lo hice yo.

—El que lo haya hecho usted o no poco importa... Lo que cuenta es que las autoridades creen que usted lo hizo. En Italia no existe la pena capital, pero la policía encontrará el modo de matarlo.

De pronto, Hércules se puso de pie. Apoyado en una muleta, miró a Harry.

—Dicen que es abogado. De California. Y que trabaja con estrellas de cine y es muy rico.

Harry se recostó. Así que era eso. Hércules quería dinero y pretendía sacárselo amenazándolo con entregarlo a la policía. Y, ¿por qué no? Hércules era un delincuente común que vivía entre la mugre bajo el metro, y Harry se hallaba a su merced.

Y al margen del motivo por el que lo había salvado, acababa de descubrir que había salvado a la gallina de los huevos de oro.

—Tengo algo de dinero, sí. Pero no puedo conseguirlo sin que la policía se entere de dónde estoy. De modo que, aun si quisiera dárselo, me resultaría imposible.

—No tiene importancia. —Hércules se inclinó hacia él y le sonrió con sarcasmo—. Usted tiene un precio.

—¿Un precio?

—La policía ha ofrecido una recompensa por usted. Cien millones de liras. Unos sesenta mil dólares. Es un montón de pasta, señor Harry..., sobre todo para quien no tiene nada.

Después de encontrar la segunda muleta, Hércules le dio la espalda de golpe y se alejó como lo había hecho antes, balanceándose hacia la oscuridad.

—¡Yo no lo maté! —gritó Harry.

—¡La policía lo matará de todos modos!

La voz de Hércules resonó hasta confundirse con el traqueteo distante de un metro que pasaba por el extremo de su túnel privado. Después se oyó el sonido de la gran puerta al abrirse y cerrarse.

Luego sólo quedó el silencio.

TREINTA Y CUATRO

Cortona, Italia

El lugar al que trasladaron a Michael Roark no era un hospital sino una casa particular: una granja de piedra de tres plantas restaurada, bautizada como Casa Alberti por la familia florentina que la había habitado en el pasado. La hermana Elena la vio a través de la niebla matinal cuando cruzaron la verja de hierro y se internaron por el largo camino de grava.

Al salir de Pescara, habían tomado la autopista A24, y luego la A14 en dirección norte. Después de transitar por la costa adriática hasta San Benedetto y Civitanova Marche, poco después de la medianoche habían girado hacia el oeste, y habían atravesado Foligno, Asís y Perugia antes de subir, al amanecer, por una colina hasta Casa Alberti, que se hallaba al este del antiguo pueblo toscano de Cortona.

Marco había abierto la puerta de la verja y había subido andando por el camino, delante de la furgoneta. Pietro, que los seguía en su coche, había cerrado la puerta tras de sí y había inspeccionado la casa antes de encender las luces y dejarlos pasar.

Elena había observado en silencio a Marco y a Luca mientras subían la camilla hasta la amplia estancia de la primera planta, que se convertiría en la habitación de hospital de Michael Roark. Tras abrir las contraventanas, había visto que la esfera roja del sol empezaba a elevarse sobre las distantes tierras de cultivo.

Pietro salió de la casa y arrancó el coche para aparcarlo delante de la furgoneta, de modo que obstruyera el camino de entrada. Luego oyó que el motor se apagaba y vio a Pietro dirigirse al maletero y extraer una escopeta. Un momento más tarde bostezó y subió de nuevo al coche dejando abierta la puerta, cruzó los brazos y se puso a dormir.

—¿Necesita algo?

Marco estaba en la entrada, detrás de ella.

—No —sonrió.

—Luca dormirá en la habitación de arriba. Estaré en la cocina si me necesita.

—Gracias...

Marco la miró y luego se marchó, cerrando la puerta al salir. Casi de inmediato, Elena percibió su propio cansancio. Había dormitado a ratos durante la mayor parte del viaje, pero sus pensamientos y sentidos la habían mantenido tensa. Una vez llegados a Casa Alberti, la idea de dormir le resultaba abrumadoramente seductora.

A su derecha había un gran baño con una bañera y una ducha separada. A su

izquierda, un pequeño rincón con una cama, un armario y una mampara para preservar su intimidad.

Delante de ella, Michael Roark dormía profundamente. El viaje, lo sabía, le había dejado exhausto. Había permanecido despierto casi todo el tiempo; desplazando la mirada de ella a los hombres de la furgoneta y de nuevo a ella, como si intentara comprender dónde se hallaba y qué ocurría. Si estaba asustado, ella no lo había notado, pero tal vez se debía a sus permanentes intentos de tranquilizarlo, recordándole una y otra vez su nombre y el de ella, y los de los hombres que los acompañaban, amigos que lo llevaban a un lugar donde descansar y se recuperaría. Luego, una o dos horas antes de llegar a la granja, se había sumido en el sueño profundo del que aún no había despertado.

Elena abrió el botiquín que Marco había subido, extrajo el brazal hinchable con su válvula y su tensiómetro y le tomó la tensión mientras lo observaba. Debajo de los vendajes que le cubrían la cabeza, su rostro aparecía demacrado, y había perdido peso; Elena lo sabía. Se preguntó qué aspecto había tenido antes, qué aspecto tendría cuando empezase a sanar y a recuperar las fuerzas.

Al terminar se puso de pie y retiró el tensiómetro. La tensión permanecía igual que la tarde anterior y que el día que ella había llegado a Pescara. Ni mejor ni peor: igual. Lo anotó en la hoja de registro, luego se quitó el hábito, se puso el camisón de algodón y se metió en la cama, esperando poder dormir durante cuarenta y cinco minutos o, como máximo, una hora. Echó un vistazo a su reloj.

Eran las ocho y veinte de la mañana del viernes 10 de julio.

TREINTA Y CINCO

Roma, a la misma hora

El cardenal Marsciano siguió la conferencia de prensa en un pequeño televisor que había en su biblioteca. Era en directo, improvisada, y la cólera era palpable. Marcello Taglia, hombre responsable del Gruppo Cardinale, se había visto arrinconado mientras su coche entraba en el cuartel de la policía y se había apeado para enfrentarse a la masa de periodistas y responder a sus preguntas.

Aseguró que no sabía de dónde procedía la cinta de vídeo del abogado estadounidense Harry Addison. Tampoco tenía idea de quién la había filtrado a la prensa, ni de quién había divulgado la fotografía o las especulaciones sobre el padre Daniel Addison, uno de los principales sospechosos del asesinato del cardenal vicario de Roma, a quien se había dado por muerto en el atentado contra el autocar de Asís, pero que posiblemente estaba vivo y oculto en algún lugar de Italia. Y sí, era verdad, se había ofrecido una recompensa de diez millones de liras por cualquier información que facilitase la detención y la condena de cualquiera de los dos hermanos Addison.

De golpe, aparecieron en pantalla los estudios de televisión, donde una atractiva presentadora sentada detrás de una mesa de cristal presentó el vídeo de Harry. Cuando terminó, en la pantalla aparecieron fotografías de ambos hermanos y un número de teléfono al que podía llamar cualquier persona que viese a alguno de los dos.

¡Clic!

Marsciano apagó el televisor y permaneció mirando la pantalla negra. Su mundo era aún más negro, y era posible que en las siguientes horas empeorase e incluso se volviera insoportable.

Poco después se sentaría ante los otros cuatro cardenales que componían la comisión de control de las inversiones de la Santa Sede y presentaría la nueva y engañosa cartera de inversiones para su ratificación.

La reunión acabaría a la una y media, y Marsciano daría el paseo de diez minutos desde la Ciudad del Vaticano hasta Armari, pequeña *trattoria* familiar en Víale Angelico. Allí, en una sala privada, se reuniría con Palestrina para informarle sobre el resultado, del que dependía no sólo el Protocolo Chino de Palestrina, sino también la propia vida de Marsciano y, con ella, la del padre Daniel.

Se había esforzado por desterrar el pensamiento de su mente por miedo a que lo debilitara y revelase su desesperación en el momento de presentarse ante los

cardenales. Sin embargo, a medida que transcurrían los minutos, y por mucho que intentara mantenerlo a raya, el recuerdo se abría paso, escalofriante, como impulsado por Palestrina.

Y, luego, de golpe, lo asaltaba, y se veía a sí mismo en el despacho de Pierre Weggen en Ginebra la noche del atentado del autocar de Asís. Había sonado el teléfono, y la llamada era para él. Se trataba de Palestrina, quien le comunicó que el padre Daniel viajaba en ese autocar y que con seguridad estaba muerto, y que — ¡Dios Santo!, Marsciano aún sentía la horrible cuchillada de las palabras de Palestrina pronunciadas en una voz tan suave como una caricia de seda— «la policía ha encontrado pruebas suficientes para demostrar que el padre Daniel es culpable del asesinato del cardenal vicario Parma».

Marsciano recordó su propio grito de cólera y la sonrisa de Weggen, como si el banquero conociese a la perfección el contenido de la llamada de Palestrina, y luego las palabras de Palestrina, que prosiguió imperturbable.

«Por otro lado, Nicola, si tu presentación ante el Consejo de Cardenales se torciese y no aprobasen la propuesta de inversión, la policía no tardará en descubrir que el rastro del asesinato de Parma no termina en el padre Daniel, sino que conduce directamente a ti. Y te garantizo que la primera pregunta que te harán los investigadores es si tú y el cardenal vicario erais amantes. Por supuesto, negarlo resultaría inútil, porque habría pruebas suficientes, notas, cartas de contenido muy personal y escabroso que se hallarían en los archivos informáticos privados de ambos para abonar la tesis contraria. Piensa, pues, Nicola, en lo que sentirías al ver tu rostro y el de él en las portadas de todos los periódicos y revistas, y en las pantallas de todos los televisores del mundo... Piensa en cómo repercutiría en la Santa Sede y en la desgracia que acarrearía a la Iglesia.»

Temblando horrorizado, y sin albergar la menor duda respecto a quién había sido el responsable del atentado contra el autocar, Marsciano había colgado. Palestrina estaba en todas partes. Apretando las tuercas, estrechando el cerco. Eficaz, frío, despiadado. Mucho, mucho más aterrador de lo que Marsciano habría imaginado.

Marsciano se volvió en su silla y echó un vistazo por la ventana. En la calle estaba el Mercedes gris que aguardaba para llevarlo al Vaticano. Su chófer era nuevo y estaba recomendado por Farel. Se trataba de Anton Pilger, un policía de paisano del Vaticano con cara de niño. También era nueva su ama de llaves, la hermana María Luisa, al igual que sus secretarios y el jefe de su oficina. Del antiguo personal sólo quedaba el padre Bardoni, por la sencilla razón de que sabía acceder a los archivos informáticos y manejar la base de datos compartida con la oficina de Weggen en Ginebra. Marsciano estaba convencido de que el padre Bardoni también sería sustituido en cuanto se aprobase la nueva cartera de inversiones. Era el último de sus colaboradores leales, y su marcha dejaría a Marsciano completamente solo en el nido

de víboras de Palestrina.

TREINTA Y SEIS

Harry se tambaleaba en la oscuridad. Aún le dolía la cabeza. Avanzaba apoyando la espalda en el áspero muro del túnel, con el brazo bueno extendido intentando encontrar la gran puerta de Hércules. Debía escapar antes de que llegase el enano. Quién sabe a quién llevaría consigo al volver. ¿Amigos? ¿La policía? ¿Qué significaban 60 000 dólares para una criatura como él?

¿Dónde estaba la puerta? Era imposible que se hallara tan lejos. ¿La habría pasado de largo en la oscuridad?

Se detuvo. Aguzó el oído, esperando que el traqueteo lejano de un metro le proporcionase un indicio de dónde se encontraba.

Silencio.

Vestirse, recoger las cosas de Danny y salir de la guarida de Hércules había consumido casi todas sus fuerzas. No sabía qué haría cuando lograrse evadirse del todo, pero cualquier cosa era mejor que permanecer allí, sujeto a los planes del enano.

La oscuridad lo envolvía. Entonces lo vio: un diminuto punto de luz a lo lejos. El final del túnel. El alivio que sintió lo hizo estremecer. Se apoyó de nuevo en la pared y empezó a avanzar hacia aquel punto. La luz se hizo más intensa y él aceleró el paso. Tocó algo duro con el pie. Se detuvo, y se agachó para tocarlo. Acero. Era un raíl. Miró hacia atrás. La luz estaba más cerca. Le recordó la máquina de tortura que habían empleado sus captores. No podía ser la misma. ¿Dónde estaba? ¿Acaso nunca había salido de allí?

Luego sintió un temblor de tierra bajo los pies. La luz avanzaba a toda velocidad hacia él. ¡Entonces lo supo! Se hallaba en el túnel del metro. La luz cada vez más cercana era la de un tren. Dio media vuelta y echó a correr hacia el punto de partida. La intensidad de la luz aumentaba. Su pie izquierdo resbaló en el raíl y a punto estuvo de caer. Oyó el sonido agudo del pitido del tren, y luego el chirrido del acero cuando el conductor pisó a fondo el freno.

De pronto, unas manos ásperas lo agarraron y lanzaron contra la pared del túnel. Vio las luces del interior de los vagones pasar a escasos centímetros de distancia, y las caras estupefactas de los pasajeros. El tren se detuvo por completo cincuenta metros más allá.

—¿Está loco?

Hércules lo sujetaba con fuerza.

Oyeron unos gritos. Los conductores del metro se habían apeado del vagón y avanzaban hacia ellos linterna en mano.

—Por aquí.

Hércules lo empujó hacia un túnel lateral estrecho. Unos instantes después le señaló una escalerilla y trepó por ella, con las muletas colgando de un brazo, como un artista circense.

Detrás de ellos se oían los gritos y llamadas de los hombres del tren. Hércules le lanzó una mirada de ira y lo empujó hacia otro túnel estrecho lleno de cables y equipos de ventilación.

Avanzaron por ese camino, Harry delante y Hércules pisándole los talones, durante casi un kilómetro. Al final se detuvieron bajo la luz de una boca de ventilación. Durante un rato largo Hércules guardó silencio, escuchando con atención; luego, satisfecho al comprobar que no los habían seguido, se dirigió a Harry.

—Informarán de esto a la policía. Vendrán y buscarán en los túneles. Si encuentran mi guarida, sabrán que usted ha estado allí. Y no tendré dónde vivir.

—Lo siento...

—Al menos sabemos dos cosas: que está lo bastante bien como para caminar, incluso para correr, y que ya no está ciego.

En efecto, Harry veía. No había tenido tiempo para pensar en ello. Había estado a oscuras. Luego había visto la luz del tren y los pasajeros de su interior. Y no con un ojo, sino con los dos.

—De modo —dijo Hércules— que ya es libre. —Tomó un pequeño paquete que llevaba al hombro y se lo entregó a Harry—. Ábralo.

Harry lo miró, luego lo desenvolvió: pantalones negros, camisa negra, chaqueta negra y el alzacuello de un sacerdote, todo gastado pero utilizable.

—Se convertirá en su hermano, ¿eh?

Harry lo miró con incredulidad.

—Bueno, tal vez no en su hermano, pero sí en un sacerdote. ¿Por qué no? Está empezando a crecerle la barba, su apariencia cambia... En una ciudad llena de curas, ¿qué mejor manera de ocultarse que...? En los bolsillos de los pantalones hay unos cuantos cientos de miles de liras. No demasiado, pero lo suficiente para apañárselas hasta que se le ocurra qué hacer.

—¿Por qué? —preguntó Harry—. Podría haberme entregado a la policía y cobrado la recompensa.

—¿Está vivo su hermano?

—No lo sé.

—¿Mató él al cardenal vicario?

—No lo sé.

—¿Ya ve? Si lo hubiese entregado a las autoridades, usted no habría sabido responder a estas preguntas. ¿Vive su hermano? ¿Es un asesino? ¿Cómo va a saberlo si no lo averigua? Por no mencionar que a usted mismo lo buscan por el asesinato de un policía. La situación es el doble de interesante, ¿eh?

—Usted habría conseguido suficiente dinero para vivir durante una buena temporada.

—Pero tendría que haberlo recibido de la policía, y yo no puedo acudir a la policía, señor Harry, porque también soy un asesino... Y si encargase a alguien que lo hiciese por mí, ofreciéndole parte de la pasta, se largaría con ella y nunca volvería a verlo... Usted estaría en prisión, y mi situación sería la misma... ¿De qué serviría?

—Entonces... ¿por qué?

—¿Por qué lo ayudo?

—Sí.

—Para dejarlo libre, señor Harry, y ver qué hace, hasta dónde lo llevan su ingenio y su valentía; si es lo bastante bueno para sobrevivir, para encontrar respuestas a sus preguntas, para probar su inocencia.

Harry lo estudió con cuidado.

—No es la única razón, ¿verdad?

Hércules se apoyó en sus muletas y, por primera vez, Harry vio tristeza en sus ojos.

—El hombre al que maté era rico y estaba borracho. Intentó aplastarme la cabeza con un ladrillo por mi aspecto. Tuve que hacer algo y lo hice. Usted es un hombre bien parecido e inteligente. Si aprovecha sus cualidades, quizá tenga una oportunidad... Yo no tengo ninguna. Soy un enano horrible y un asesino, condenado de por vida a vivir bajo las calles... Si gana su partida, señor Harry, tal vez se acuerde de mí y regrese..., tal vez utilice su dinero y lo que sabe para ayudarme... Si para entonces sigo con vida, cualquier gitano sabrá dónde encontrarme.

A Harry lo invadió un sentimiento de compasión y afecto verdadero, como si se hallase ante un ser humano extraordinario. Ladeó la cabeza, sonriendo por lo irónico de la situación. Una semana antes estaba en Nueva York en viaje de negocios, era uno de los abogados del mundo del espectáculo más jóvenes y prósperos. Su vida parecía de ensueño. Estaba en la cima del mundo, y todo indicaba que ascendería aun más. Siete días más tarde, tras un golpe de fortuna inimaginable, se encontraba vendado y sucio en un estrecho pozo de ventilación bajo el metro de Roma..., buscado por el asesinato de un policía italiano.

Era una pesadilla difícil de creer y, sin embargo, del todo real. Y, en medio de todo ello, un hombre maltratado por la vida, con escasas o nulas esperanzas de volver a ser libre, un enano tullido que lo había salvado y cuidado, apoyado en sus muletas a unos centímetros de distancia, en un profundo claroscuro de luz, le pedía que lo ayudara. Un día en el futuro, si se acordaba.

Con esta sencilla petición, Hércules le había mostrado una bondad que Harry ni siquiera sabía que existía, asegurándole con suavidad que creía que una persona, si quería, era capaz de servirse de lo que había aprendido en la vida para apoyar a otra. Era una petición pura y sincera y la había formulado sin la expectativa de que algún día se hiciese realidad.

—Haré todo lo que pueda —dijo Harry—. Se lo prometo.

TREINTA Y SIETE

Un café en la Stazione Termini, principal estación ferroviaria de Roma, a las 9.30 h

Roscani lo observó alejarse hacia los trenes y desaparecer entre la muchedumbre. Terminaría su café y se tomaría su tiempo antes de ponerse en movimiento, a fin de asegurarse de que nadie tuviese la impresión de que se conocían o se habían marchado juntos.

Enrico Cirelli no había sido más que una cara más que pidió un café. Lo había llevado de la barra a la mesa en la que Roscani bebía el suyo y leía el periódico de la mañana. No habían intercambiado más de una docena de palabras, pero era todo lo que necesitaba Roscani.

Electricista de profesión, Cirelli había estado en el norte por trabajo y acababa de llegar el día anterior. Sin embargo, para Roscani, la espera había valido la pena. Como miembro de la alta jerarquía del Partido Democrático de la Izquierda, el nuevo nombre del Partido Comunista Italiano, Cirelli sabía tan bien como su nombre todo cuanto ocurría en la extrema izquierda de Roma. Y la extrema izquierda, le aseguró sin rodeos a Roscani, no había tenido nada que ver con el asesinato del cardenal Parma, el atentado contra el autocar de Asís, ni la muerte del inspector jefe Gianni Pio. No sabía si existía alguna facción disidente mezclada en todo aquello, pero, de ser así, lo averiguaría.

—*Grazie* —había dicho Roscani, y Cirelli se había puesto de pie y se había marchado. No hacía falta que el líder del partido respondiese al agradecimiento. Roscani haría algo a cambio más adelante. Cuando resultara necesario.

Al final, el agente de policía se levantó y se alejó. Para entonces, el vídeo de Harry Addison habría aparecido en todos los canales de televisión italianos. El noventa por ciento del país habría visto su foto y la de su hermano.

Roscani, a propósito, se había mantenido deliberadamente alejado de la comisaría y de las cámaras. Era una decisión que se había tomado cuando llamó a Taglia a su casa, a las tres de la madrugada, para informarle de que la televisión italiana se había hecho con el vídeo, así como con una foto del padre Daniel y con los detalles relacionados con el Gruppo Cardinale. En respuesta, Taglia había asignado a Roscani para que averiguara quién había filtrado el material. La investigación debía realizarse con mucho celo, pues era necesaria para preservar la integridad del Gruppo Cardinale

y, por supuesto, la jurisprudencia italiana. Sin embargo, ambos convinieron en que la pesquisa resultaría por lo menos difícil y, con seguridad, inútil. Los dos sabían que el material había sido filtrado por el propio Roscani.

Mientras atravesaba la estación, abriéndose paso entre la multitud, Roscani vio el cuantioso número de policías uniformados que vigilaba. Sabía que había muchos más vigilando en otros lugares públicos —aeropuertos, estaciones de tren y puertos marítimos— desde Roma hasta Sicilia, y por el norte hasta las fronteras con Francia, Suiza y Austria. Y sabía que, gracias a los medios de comunicación, la gente también estaría buscándolos.

Al salir a la calle y a la luz del sol, caminando en dirección a su coche, el enorme alcance de la caza de un hombre por parte del Gruppo Cardinale empezó a hacer mella en él. Sintió que sus ojos empezaban a entornarse y se percató de que él también escrutaba los rostros. Así supo que los sentimientos y las emociones que creía haber dejado a un lado o enterrado bajo una capa de distanciamiento y profesionalidad no habían quedado atrás en absoluto. Sentía que su calor le recorría el cuerpo.

Que el padre Daniel estuviera vivo no era más que una conjetura. Pero Harry Addison estaba en algún lugar y alguien no tardaría en reconocerlo. Cuando esto ocurriera, lo localizarían y vigilarían. Evacuarían con rapidez a la gente en peligro. Luego, llegado el momento, probablemente al caer el día, se enviaría a un solo hombre tras él. Llevaría un chaleco antibalas e iría armado..., armado con una pistola y con los recuerdos del compañero muerto.

Aquel hombre sería el propio Roscani.

TREINTA Y OCHO

Viernes, 10 de julio, 9.50 h

Harry Addison salió del metro al radiante sol de julio en la estación de Manzoni. Llevaba puesto el disfraz que le había dado Hércules y ofrecía el aspecto, supuso, de un sacerdote que había pasado una mala noche: una barba de tres días, un vendaje en la sien izquierda y otro alrededor de los dedos pulgar, índice y medio de la mano izquierda.

Regresó a la cruda realidad cuando vio su foto, al lado de la de Danny, en las portadas de *Il Messaggero* y *La Repubblica*, periódicos en italiano alineados a ambos lados de un quiosco cerca de la estación. Dio media vuelta y se alejó.

Lo primero que debía hacer era limpiarse para no llamar la atención de la gente. Delante de él, dos calles convergían en un pequeño café en la esquina. Entró en él, esperando encontrar un servicio donde lavarse la cara y las manos, y humedecerse el pelo para, al menos, estar presentable.

En el interior había una docena de personas, y ni una sola levantó la vista cuando entró. El único camarero se hallaba ante la máquina de café, de espaldas a la sala. Harry pasó junto a él, suponiendo que el lavabo, si lo había, estaría al fondo. Así era, pero había alguien dentro y tuvo que esperar. Se apoyó en la pared junto a una ventana, intentando pensar qué haría a continuación. Mientras meditaba, dos sacerdotes pasaron por la calle. Uno de ellos era calvo, y el otro llevaba una boina negra inclinada hacia delante y hacia un lado como un artista parisino de los años veinte. Tal vez era la costumbre, tal vez no, pero, si un cura la llevaba así, ¿por qué no dos?

La puerta del lavabo se abrió de golpe y del interior salió un hombre. Observó por un instante a Harry como si lo reconociera y luego continuó andando hacia el café.

—*Buon giorno*, padre —saludó al pasar.

—*Buon giorno* —respondió Harry y entró en el baño, cerrando la puerta tras de sí. Después de echar un frágil pestillo, se volvió hacia el espejo.

Lo que vio lo dejó estupefacto. Tenía el rostro demacrado, la piel pálida y la barba mucho más crecida de lo que había supuesto. Había salido de Los Ángeles en buena forma: pesaba ochenta y seis kilogramos y medía casi un metro noventa. Estaba seguro de que había perdido una cantidad considerable de peso. No sabía cuánto, pero bajo el negro atuendo de sacerdote se veía delgado en extremo. La pérdida de peso y la barba habían cambiado mucho su aspecto.

Se lavó la cara y las manos tan bien como lo permitieron los vendajes, se mojó el pelo y se lo alisó hacia atrás con las palmas. Luego oyó un sonido a sus espaldas y vio moverse el pomo de la puerta.

—*Momento* —dijo de un modo instintivo y luego se preguntó si ésa era la palabra correcta.

Desde el exterior, a unos golpes impacientes en la puerta siguió una sacudida violenta del pomo. Descorrió el pestillo y la abrió. Se encontró con la mirada enfurecida de una mujer. El hecho de que fuera un sacerdote no causó el menor efecto en ella. Resultaba obvio que lo suyo era urgente. Con un gesto cortés, Harry pasó junto a ella, atravesó el café y salió a la calle.

Dos personas lo habían visto frente a frente; ninguna había dicho nada. Sin embargo, lo habían visto en un local concreto, y más tarde —minutos u horas— quizá verían su imagen en los periódicos y, al recordarlo, darían parte a la policía. Le convenía alejarse cuanto antes del café.

TREINTA Y NUEVE

Roscani avanzó por la vía, seguido de cerca por Scala y Castelletti. La luz de unos focos inundaba el túnel. Por todas partes había policías uniformados con chalecos antibalas y metralletas. También había funcionarios del metro y el conductor del tren que había estado a punto de atropellar al fugitivo.

—Eran dos. El norteamericano y un hombrecillo con muletas, tal vez enano.

Roscani había atendido la llamada mientras salía de la estación de tren con rumbo a la comisaría. Había llegado tarde, casi una hora después de que los dos hombres hubieran sido vistos. Era la hora punta, se quejó el conductor.

Como temía haber atropellado a los hombres, había detenido el tren y había regresado, pero no había visto nada. Había informado de ello y seguido su camino. No fue sino hasta que se tomó un descanso y vio el rostro de Harry en *Il Messaggero* que lo asoció con el hombre del túnel.

—¿Está seguro de que era él? —insistió Roscani.

—El faro del tren sólo lo iluminó por un instante, pero sí, yo diría que era él. Llevaba la cabeza vendada.

—¿Adónde podrían haber ido? —preguntó Roscani a un funcionario del metro alto y con bigote.

—A cualquier lugar. En esta sección hay muchos túneles viejos que, por una u otra razón, ya no se utilizan.

Roscani vaciló. Habían cerrado las estaciones a ambos extremos de aquel túnel y habían alojado a los pasajeros en autobuses bajo la mirada atenta de un grupo de policías. No obstante, las consecuencias no tardarían en afectar a todo el sistema del metro.

—¿Hay mapas de estos túneles?

—Sí.

—Consígalos —dijo y luego se dirigió a Scala—. Vaya a la habitación de hotel del señor Addison. Encuentre algo que se haya puesto recientemente, alguna prenda sin lavar. Tráigala cuanto antes.

Scala lo miró a los ojos. Lo había entendido.

—Quiere perros.

—Sí.

Harry avanzaba a paso ligero por la acera. Ya había empezado a sudar debido al calor

de julio. Debía alejarse de la zona del café. Distinguía su retrato en los periódicos de todos los quioscos por los que pasaba. No sólo resultaba aterrador sino extraño: como si se hubiese visto transportado a un planeta en el que todos lo buscaban. De pronto se detuvo, sobrecogido por el sonido de su propia voz. Se hallaba delante de una tienda de electrodomésticos. En el escaparate había varias hileras de televisores de diversos tamaños. Y él aparecía en todas las pantallas, sentado en un taburete, con gafas oscuras y la chaqueta deportiva que había dejado en el escondrijo de Hércules. Su voz procedía de un pequeño altavoz situado encima de la puerta de entrada.

«Danny, te pido que vengas... que te entregues... Lo saben todo... Por favor..., hazlo por mí... Ven... por favor..., por favor...»

Luego las pantallas mostraron el interior de un estudio de televisión. Un presentador transmitía las noticias en italiano, sentado a un escritorio. Harry oyó su nombre y el de Danny. A continuación pasaron una grabación de vídeo del asesinato del cardenal vicario de Roma. Policías por todas partes, ambulancias, una toma brevísima de Farel, otra del Mercedes del Santo Padre al alejarse del lugar.

De pronto, Harry cayó en la cuenta de que había otras personas en la acera, mirando las imágenes junto a él. Se volvió y reanudó la marcha, aturdido. ¿De dónde había salido el vídeo? Recordó con vaguedad que le habían puesto un auricular, que alguien le hablaba a través de él. Había repetido lo que le decían, se había percatado de que algo estaba mal y había intentado hacer algo al respecto. Recordó que lo habían golpeado y que todo se había oscurecido. Entonces comprendió qué había sucedido. Lo habían torturado para que revelase el paradero de Danny y, al descubrir que no lo sabía, lo habían obligado a grabar el vídeo y luego lo habían llevado a otro lugar para matarlo.

Bajó del bordillo, esperó a que pasara un coche y cruzó la calle. Por si ver su foto en los periódicos no resultaba bastante duro, su rostro aparecía en todas las pantallas de televisión del país, tal vez incluso del mundo. Dio gracias a Dios por las gafas oscuras: lo más probable era que dificultasen su identificación, al menos un poco.

Delante de él había un pórtico abovedado en una muralla antigua. Le recordó una construcción similar cercana al Vaticano por la que había pasado el chófer de Farel camino de su encuentro con los policías del Vaticano. Se preguntó si se trataba de la misma muralla, y si se hallaba cerca del Vaticano. No conocía Roma; sencillamente había salido de una estación de metro y había echado a andar. Aquello era inútil; ni siquiera sabía si estaba o no caminando en círculos.

Avanzó hacia la larga sombra proyectada por el portal. Por un instante, la sombra y el aire fresco le supusieron un alivio del agobiante calor. Luego alcanzó el otro lado y salió de nuevo a la luz del sol. Entonces, por segunda vez en un lapso breve, se paró en seco.

A poco más de cincuenta metros de distancia había un enjambre de coches patrulla. Policías montados mantenían a raya a una multitud. A un lado había varias ambulancias y vehículos de los medios de comunicación, incluidas dos furgonetas

con antenas de satélite.

La gente empezaba a correr hacia el lugar para enterarse de qué sucedía. Él retrocedió, intentando orientarse. No lo logró. Lo único que vio fue una serie de calles que convergían: Via La Spezia, Via Sannio, Via Magna Grecia y Via Appia Nuova, donde se hallaba.

—¿Qué ocurre, padre? —El acento era el de un muchacho joven de Nueva York.

Harry se sobresaltó. Un adolescente con una camiseta que decía END OF THE DEAD sobre un personaje parecido a Jerry García se había acercado a él junto con su novia de cara redonda. Ambos observaban con curiosidad la agitación al final de la calle.

—No lo sé, lo siento —respondió. Luego se volvió y empezó a desandar el camino. Sabía muy bien qué ocurría. La policía estaba buscándolo.

Con el corazón latiéndole con fuerza, aceleró el paso. Al otro lado de la calle, a su izquierda, había una amplia zona ajardinada y, detrás, una iglesia grande y al parecer muy vieja.

Cruzó la calle aprisa y atravesó la plaza en dirección al edificio. Mientras, pasaron junto a él dos coches patrulla a toda velocidad, haciendo sonar sus sirenas.

Delante estaba la iglesia. Enorme, antigua, tentadora: un lugar donde refugiarse del tumulto que tenía detrás. En las escalinatas había decenas de personas con apariencia de turistas. Algunos estaban vueltos hacia donde él se encontraba, interesados en lo que ocurría. Otros se sentían más atraídos por la propia iglesia. Aquello era una ciudad, ¿qué otra cosa cabía esperar? Había gente por todas partes. Debía arriesgarse, al menos por unos momentos, y perderse entre el gentío con la esperanza de que no lo reconocieran.

Atravesó el patio adoquinado, subió los escalones y se confundió entre la multitud. La gente apenas le prestó atención mientras se abría paso y entraba por una gran puerta de bronce.

En el interior, y a pesar de la gente, reinaba el silencio. Harry se detuvo junto a otros visitantes, fingiéndose un sacerdote turista maravillado por el espectáculo. La nave central medía unos quince metros de ancho y noventa de largo. Encima de él, el techo dorado y ornamentado se alzaba veinticinco metros o más sobre el pulido suelo de mármol. Unos ventanales muy altos dejaban pasar espectaculares rayos de sol. A lo largo de las paredes, unas estatuillas y frescos rodeaban doce enormes esculturas de los apóstoles. Al parecer, el refugio de Harry no era una iglesia cualquiera, sino una gran catedral.

A su izquierda, un grupo de turistas australianos avanzaba pegado a la pared hacia el enorme altar del fondo. Se unió a ellos con discreción, caminando despacio, admirando las obras de arte, actuando con curiosidad, como todos los demás. Hasta entonces sólo había notado que una persona lo miraba, una anciana que parecía más interesada en el vendaje de su frente que en él.

Por lo pronto estaba a salvo. Asustado, confundido, exhausto, se dejó llevar, sintiendo el aliento de los siglos y preguntándose quiénes habían pasado por allí y

bajo qué circunstancias.

Se detuvo y vio que ya habían llegado al altar. Varios australianos se separaron del grupo para santiguarse y arrodillarse en los bancos, agachando la cabeza para rezar.

Harry los imitó. Mientras lo hacía, lo embargó un torrente de emoción. Los ojos se le empañaron en lágrimas, y tuvo que contener el impulso para no romper a llorar. Nunca antes se había sentido tan perdido, asustado y solo como entonces. No sabía adonde ir ni qué hacer a continuación.

De manera irracional, deseó con toda el alma haberse quedado con Hércules.

Aún arrodillado, Harry echó un vistazo por encima del hombro. Su grupo australiano se marchaba, pero llegaban otras personas. Y, con ellos, dos guardias de seguridad que vigilaban a la gente. Llevaban camisas blancas con charreteras y pantalones oscuros. Resultaba difícil distinguirlo a lo lejos, pero al parecer llevaban transmisores en el cinturón.

Harry se volvió. «Quédate donde estás —se dijo—. No se acercarán a menos que les des motivos para ello. Tómate tu tiempo. Piensa con calma. Adónde ir a continuación. Qué hacer. ¡Piensa!»

CUARENTA

Mediodía

Los perros olfateaban y tiraban de sus correas, guiando a sus amos —y a Roscani, Scala y Castelletti— a través de una serie de túneles sucios y mal iluminados, para detenerse al final de un conducto de ventilación sobre la estación de Manzoni.

Castelletti, el más menudo de los tres detectives, se quitó la chaqueta y entró a gatas en el conducto de ventilación. En el otro extremo encontró la cubierta suelta. Abrió la tapa, asomó la cabeza y vio un pasillo que conducía al exterior de la estación.

—Ha salido por aquí. —La voz de Castelletti resonó entre las paredes mientras desandaba el camino a cuatro patas.

—¿Es posible que entrara por allí? —gritó Roscani.

—Sin una escalera, no.

Roscani se dirigió al amo de uno de los perros.

—Busquemos por dónde entró.

Diez minutos más tarde habían regresado al túnel principal, tras las huellas que había dejado Harry al abandonar la guarida de Hércules. Los perros habían seguido el rastro a partir del olor de un jersey encontrado en su habitación del hotel Hassler.

—Apenas lleva cuatro días en Roma... ¿Cómo diablos sabe moverse por aquí? —La voz de Scala reverberó contra las paredes, mientras el intenso haz de luz de la linterna rasgaba la oscuridad detrás de los perros y sus amos, cuyas propias linternas alumbraban el camino para los animales.

De pronto, el primer perro se detuvo, hocico en alto, olfateando. Los demás se detuvieron detrás de él. Al momento, Roscani se acercó.

—¿Qué ocurre?

—Han perdido el rastro.

—¿Cómo es posible? Han llegado hasta aquí, y estamos en medio de un túnel.

El hombre que llevaba al primer perro se adelantó al animal, husmeando el aire.

—¿Qué ocurre? —Roscani se situó a su lado.

—Huela.

Roscani aspiró una vez, luego otra.

—Té. Té amargo.

Retrocedió unos pasos e iluminó el suelo del túnel con su linterna. Allí estaban: esparcidas en el suelo a lo largo de quince o veinte metros. Hojas de té. Cientos,

miles de hojas de té. Como si las hubiesen diseminado allí con la intención de confundir a los perros.

Roscani tomó unas cuantas y se las llevó a la nariz. Luego las dejó caer asqueado.
—Gitanos.

CUARENTA Y UNO

El Vaticano, a la misma hora

Marsciano escuchaba con atención a Jean Tremblay, cardenal de Montreal, que leía un grueso expediente que había sobre la mesa.

—Energía, acero, navieras, ingeniería y construcciones, equipos de excavación, construcción y minería, equipos de ingeniería, transporte, grúas pesadas, excavadoras. —Tremblay pasaba las páginas del expediente con lentitud, omitiendo los nombres de las empresas y recalcando, en cambio, los sectores a los que pertenecían—. Maquinaria pesada, construcción, construcción, construcción. —Por último cerró el expediente y levantó la vista—. La Santa Sede se dedica ahora al negocio de la construcción.

—En cierto modo, sí —respondió sin rodeos Marsciano al cardenal Tremblay, luchando contra la sequedad de su boca, intentando no escuchar el eco de las palabras en el interior de su cabeza. Sabía que cualquier muestra de debilidad acabaría con él y con el padre Daniel.

El cardenal Mazetti de Italia, el cardenal Rosales de Argentina, el cardenal Boothe de Australia..., como miembros de un alto tribunal, todos estaban sentados con los brazos cruzados encima de los expedientes cerrados, observando al cardenal Marsciano.

MAZETTI: ¿Por qué hemos pasado de una cartera equilibrada a esto?

BOOTHE: Está demasiado descompensado. Una recesión mundial nos hundiría en el fango. Fábricas paralizadas, maquinaria inmóvil como tantas esculturas que pesan toneladas: inútiles, excepto para mirarlas y *maravillarse del gasto*.

MARSCIANO: Es verdad.

El cardenal Rosales sonrió y levantó los codos para apoyarse en la barbilla.

—Economías y políticas en desarrollo.

Marsciano alzó un vaso de agua y bebió de él, luego lo bajó.

—Correcto —dijo.

ROSALES: —Y la mano rectora de Palestrina.

MARSCIANO: Su Santidad opina que, tanto en espíritu como en la práctica, la Iglesia debe fomentar el desarrollo de los países menos afortunados. Ayudarlos a encontrar su lugar en el mercado mundial.

ROSALES: ¿Su Santidad o Palestrina?

MARSCIANO: Ambos.

TREMBLAY: ¿Debemos alentar a las naciones en desarrollo a no perder el tren del nuevo siglo y al mismo tiempo beneficiarnos de ellas?

MARSCIANO: Otra manera de verlo, Eminencia, es que actuamos conforme a nuestras propias creencias y, al hacerlo, las enriquecemos.

La reunión estaba prolongándose demasiado. Ya casi era la una y media y, por tanto, hora de ponerle fin. Marsciano no quería informar a Palestrina de que aún no se había tomado una decisión. Más aún: sabía que si los dejaba marchar en ese momento, sin haber alcanzado un acuerdo favorable, hablarían entre ellos sobre el asunto en la comida. Si esto ocurría, empezarían sin duda a recelar de todo el plan. Quizás incluso presentirían que había algún defecto oculto, tal vez sospecharían que se les pedía que aprobaran algo cuyos fines no eran los que parecían.

Palestrina había querido mantenerse al margen para que nadie percibiese su influencia. Y por mucho que Marsciano lo despreciara, conocía el respeto y el miedo que infundía su nombre.

Marsciano se puso de pie.

—Es hora de hacer un alto. Para ser justo, debo comunicarles que comeré con el cardenal Palestrina. Me preguntará sobre vuestra reacción a lo que se ha discutido aquí esta mañana. Me gustaría decirle que, en términos generales, vuestra respuesta ha sido positiva. Que os gusta lo que hemos hecho y que, con algunas leves modificaciones, lo aprobaréis al final del día.

Los cardenales se miraron en silencio. Marsciano los había pillado por sorpresa y lo sabía. En pocas palabras, había dicho: «Dadme lo que quiero ahora o arriesgaos a tratar con Palestrina vosotros mismos».

—¿Y bien...?

El cardenal Boothe alzó las manos como si se dispusiera a rezar y se quedó mirando la mesa.

—Sí —murmuró.

CARDENAL TREMBLAY: Sí.

CARDENAL MAZETTI: Sí.

Rosales era el último. Al final, alzó la vista hacia Marsciano.

—Sí —espetó y salió de la habitación.

Marsciano miró a los demás y asintió.

—Gracias —dijo—. Gracias.

CUARENTA Y DOS

Todavía viernes, 10 de julio, 16.15 h

Adrianna Hall, sentada en su pequeño despacho de la sucursal de la World News Network en Roma, veía por décima vez el vídeo de Harry Addison e intentaba encontrar sentido a todo aquello.

No había pasado más de tres horas con aquel hombre, tres horas muy apasionadas, cierto, pero en ese breve espacio de tiempo, y después de todos los hombres que había conocido, sobre Harry Addison sólo sabía con certeza que era incapaz de matar a un policía. Sin embargo, las autoridades estaban convencidas de lo contrario y, como prueba de ello, tenían sus huellas en el arma homicida. Adrianna también sabía que la pistola Llama de fabricación española recuperada del lugar de la explosión había desaparecido del coche de Pio y que la policía creía que se la había llevado Harry tras asesinar a Pio.

La periodista dejó caer las manos sobre la mesa y se reclinó en la silla. No sabía qué pensar. De súbito, oyó el timbre del teléfono pero dejó que sonara varias veces antes de contestar.

—El señor Vasko —le comunicó su secretaria.

Era la tercera vez que Vasko la llamaba en las últimas dos horas. Como se encontraba de viaje, no había dejado número de contacto, pero sí el recado de que volvería a llamar, y en ese momento se encontraba al otro lado de la línea.

Elmer Vasko era un ex jugador de *hockey* profesional y compañero de equipo de su padre, con quien trabajó de nuevo cuando éste entrenaba al equipo suizo. En sus días de gloria lo llamaban Alce, pero ya no era más que un gigante tranquilo, un amigo de la familia a quien no veía desde hacía años, pero que estaba en Roma, llamándola en el peor de los momentos, justo cuando la situación estaba al rojo vivo.

Adrianna había regresado esa mañana temprano de Croacia. Tan pronto como se enteró de la noticia de Harry Addison solicitó que la enviaran a Roma de inmediato. Al llegar, se dirigió a la Questura donde presencié la última parte de la entrevista improvisada a Marcello Taglia, a quien intentó abordar, sin éxito, al final de la misma. Tampoco tuvo suerte cuando probó a hablar con Roscani.

Después se marchó a casa para darse una ducha y cambiarse de ropa, pero mientras se secaba el cabello se enteró de la noticia del metro y, montada en la moto del cámara, se dirigió al lugar de los hechos con el pelo todavía mojado. La policía impedía a los medios de comunicación la entrada a los túneles y, una hora más tarde,

Adrianna decidió regresar al estudio para escribir el reportaje y ver el vídeo de Harry por primera vez.

Horas más tarde salió de nuevo y, cuando volvió al despacho, se encontró con los mensajes de Elmer Vasko, de modo que cuando llamó de nuevo no tuvo más remedio que responder.

—Elmer, señor Vasko, ¿cómo le va? —Intentó sonar amable aunque no se sintiera así— ¿Señor Vasko...?

Silencio. Adrianna estaba a punto de colgar cuando oyó una voz.

—Necesito tu ayuda.

—¡Mierda! —Adrianna sintió que se le cortaba la respiración.

Era Harry Addison.

Harry se encontraba en una cabina telefónica junto a un pequeño café de la Piazza della Rotonda al otro lado del Panteón. Había comprado una boina negra en una tienda de la esquina, y la llevaba bien encasquetada a fin de ocultar la venda de su frente. Mantenía la mano izquierda oculta en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Dónde estás? —Adrianna se había recuperado ya de la sorpresa.

—Pues...

Harry no sabía si Adrianna habría regresado de Croacia, pero había decidido probar suerte y llamarla, porque al repasar la lista de conocidos se percató de que sólo podía acudir a ella. Era la única persona que sabía qué estaba sucediendo y en quien se atrevía a confiar. A pesar de todo, cuando por fin la tuvo al otro lado del teléfono ya no estaba tan seguro, pues sabía que ella tenía contactos en la policía que le facilitaban información. ¿Y si quedaba con él y se presentaba con la policía?

—Harry, ¿dónde estás? —volvió a oír su voz con más fuerza que antes.

Titubeó de nuevo, se sentía inseguro, y la jaqueca que aún sentía le impedía estar alerta.

—No podré ayudarte si no hablas conmigo.

Un grupo de colegialas pasó en ese instante junto a la cabina riendo y bromeando entre sí. Harry les dio la espalda para oír mejor y entonces divisó a dos *carabinieri* a caballo que cruzaban la plaza hacia él. Aunque avanzaban sin prisa, de patrulla, todos los policías del país andaban en su busca, por lo que debía intentar eludirlos a toda costa. En ese momento, esto significaba no moverse del lugar en el que se hallaba hasta que hubieran desaparecido. Se volvió levemente y habló por el auricular.

—Yo no maté a Pio.

—Dime dónde estás.

—Tengo mucho miedo de que la policía me mate.

—Harry, ¿dónde estás?

Silencio.

—Harry, me has llamado tú y si lo has hecho es porque confías en mí. No

conoces Roma, no hablas italiano y si te pidiera que nos encontrásemos en algún lugar, tendrías que preguntarle a alguien y quizá te meterías en un lío, ¿verdad? Por lo tanto, es más fácil que me digas dónde estás y que yo vaya a tu encuentro, ¿no crees?

Los *carabinieri* estaban cada vez más cerca. Eran muchachos jóvenes sobre caballos blancos y llevaban un arma colgada del costado. No sólo estaban de patrulla, sino que observaban con detenimiento a todos los transeúntes.

—Dos policías a caballo vienen hacia aquí.

—Harry, por el amor de Dios, ¿dónde estás?

—No... lo... —Dio media vuelta y echó un vistazo en torno a sí, procurando no mirar a la policía y descubrir algún letrero, el nombre de un edificio, un café, cualquier cosa que le sirviera de referencia. Por fin vio una placa en la fachada de un edificio a unos cinco metros de distancia.

—Algo de rotunda.

—Piazza della Rotonda. ¿En el Panteón?

—Supongo.

—¿Un edificio circular con columnas?

—Sí.

Casi tenía a los *carabinieri* encima, los caballos avanzaban con lentitud y los policías observaban a la multitud de la plaza y a las personas sentadas en las terrazas de los cafés. Uno de ellos tiró de las riendas de su caballo y los animales se detuvieron a pocos metros de donde se hallaba Harry.

—¡Mierda! —masculló Harry.

—¿Qué sucede?

—Están aquí al lado. Casi puedo tocar los caballos.

—Harry, ¿te están mirando?

—No.

—Entonces no te preocupes; se irán en un minuto. Cuando se hayan marchado, cruza la plaza hacia el lado derecho del Panteón, enfila cualquier callejuela lateral y camina dos manzanas hasta llegar a la Piazza Navona. Allí verás una fuente rodeada de bancos. La plaza estará atestada. Siéntate en un banco y ya te encontraré.

—¿Cuándo?

—Dentro de veinte minutos.

Harry miró el reloj.

16:32

—¿Harry?

—¿Qué?

—Confía en mí.

Adrianna colgó y Harry permaneció inmóvil con el auricular en la mano. La

policía seguía allí y, si colgaba y reparaban en su presencia, tendría que marcharse. Por otro lado, si no colgaba, quizá la compañía telefónica informaría sobre la repentina avería de una de sus cabinas y, considerando el estado de alerta en el que se encontraba la policía, era posible que decidieran investigar el incidente. Miró hacia atrás y se le cayó el alma a los pies.

Los dos *carabinieri* estaban hablando con dos compañeros. Ya eran cuatro, y se encontraban a pocos metros de la cabina. Harry decidió colgar. No podía permanecer allí sin hacer otra llamada y no tenía a quién llamar. Debía hacer algo antes de que uno de los policías lo viera allí de pie, sin hacer nada. Salió de la cabina, pasó por su lado y cruzó la plaza en dirección al Panteón.

Uno de los *carabinieri* lo observó mientras se marchaba y siguió sus pasos con la mirada, pero en ese instante, su caballo mordió el bocado y tuvo que tirar de las riendas. Cuando miró de nuevo, Harry había desaparecido.

CUARENTA Y TRES

Roscani, ausente, aplastó el cigarrillo en el cenicero que tenía delante mientras leía la traducción italiana del fax que le habían entregado en el despacho de Taglia. Se trataba de un comunicado del agente especial David Harris del FBI en el que informaba del asesinato en su domicilio de Byron Willis, uno de los socios del bufete de abogados de Harry Addison. El móvil, al parecer, era el robo, pues había desaparecido la cartera, la alianza y el Rolex de la víctima. La policía de homicidios de Los Ángeles estaba trabajando en el caso en espera de la autopsia. No tardarían en remitirles más información.

Roscani se pasó la mano por los ojos. ¿Qué diablos significaba eso? Sin más detalles, no le quedaba otra opción que considerar el asesinato como una coincidencia, pero no podía. Tenía demasiada relación con lo que estaba sucediendo pero, de todos modos, ¿con qué propósito asesinaron al socio de Harry Addison? ¿Quizá sabía algo sobre él, o sobre el padre Daniel? Roscani escribió un fax de respuesta en el ordenador y lo entregó a su secretaria para que lo tradujera y enviara a Harris a Los Ángeles. En la carta agradecía al FBI su colaboración y solicitaba que se le mantuviera informado de cualquier novedad. También sugería, aunque estaba seguro de que el FBI ya estaba haciéndolo, que interrogara a los amigos cercanos y socios de Harry Addison a fin de descubrir si existía un nexo común que hiciera temer por su seguridad.

Cuando concluyó la carta sonó el teléfono. Era Valentina Gori, la logopeda y especialista en leer los labios que estaba analizando el vídeo de Harry Addison. Lo había visto varias veces y deseaba saber si Roscani disponía de tiempo para reunirse con ella.

Cuando Roscani entró y besó la mejilla de Valentina, vio el rostro de Harry congelado en la gran pantalla de vídeo. Valentina Gori tenía cincuenta y dos años, era pelirroja y, a pesar de haberse convertido en abuela recientemente, seguía siendo una mujer muy atractiva. Licenciada en logopedia por la universidad belga de Lovaina, había estudiado mimo en el teatro francés durante los años setenta. Después comenzó a trabajar como actriz de doblaje al tiempo que asesoraba a la policía italiana y a los *carabinieri* sobre las pautas del habla. Valentina se había criado en el mismo barrio de Roma que Roscani y conocía a toda su familia. Además, cuando tenía veintidós años y él quince, le había robado a Roscani la virginidad para demostrarle que él no siempre dominaba la situación. Habían mantenido su relación hasta el presente y, aparte de su mujer, Valentina era la única persona del mundo capaz de mirar a

Roscani a los ojos y lograr que se riera de sí mismo.

—Creo que tienes razón, parece que está a punto de decir algo antes de acabarse la cinta, pero tampoco estoy convencida de ello.

Valentina apuntó la pantalla con el mando a distancia y pulsó el botón de pausa. La boca de Harry comenzó a abrirse y Roscani escuchó su voz a cámara lenta hasta llegar a sus últimas palabras, momento en el que Harry parecía comenzar a relajarse cuando, de súbito, hacía con la cabeza un movimiento brusco hacia arriba con la boca abierta. Allí finalizaba la cinta.

—Parece como si dijera «yo»...

—Yo ¿qué? —Roscani permanecía con la vista fija en la pantalla y en la imagen congelada de Harry.

—Quizá sólo termina de hablar, cansado, y exhala un suspiro.

—No, intenta decir algo. Pásala otra vez —pidió Roscani. Valentina puso en marcha el vídeo primero a cámara lenta y luego a velocidad normal, y siempre que llegaban al punto final, se oía un ruido sordo y finalizaba la grabación.

Roscani se volvió a Valentina.

—¿Se te ocurre algo más? Debes de haber visto cientos de miles de películas. Seguro que tienes alguna idea acerca de lo que sucede en la pantalla.

—Miles de ideas, Otello —sonrió Valentina—, cientos de guiones, pero sólo me baso en lo que veo y en lo que oigo, y lo que vemos es a un hombre cansado con una herida en la cabeza que ha hecho lo que le han pedido y que sólo desea descansar, incluso dormir.

—¿Qué quieres decir con eso de «lo que le han pedido»? —preguntó Roscani, perplejo.

—No sé, es la sensación que tengo —Valentina le guiñó el ojo—. Todos hacemos en ocasiones cosas que en el fondo no nos apetecen.

—No estamos hablando de sexo, Valentina —replicó Roscani.

—No... —Valentina comprendió que no era el momento de romper el hielo—. Otello, no soy psicóloga, soy sólo una tía mayor que ha vivido bastante. Cuando observo la pantalla veo a un hombre fatigado que, aunque al parecer expresa lo que piensa, creo que más bien está haciendo lo que alguien le manda, como un niño que retira los platos de la mesa a regañadientes para que lo dejen salir a jugar.

—¿Crees que grabó la cinta en contra de su voluntad?

—No me pidas que saque una conclusión de la nada, Otello: es demasiado difícil —Valentina sonrió y posó la mano sobre la suya—. De todos modos, ése no es mi trabajo, sino el tuyo.

CUARENTA Y CUATRO

Harry la observó llegar y cruzar la Piazza Navona hacia la fuente mientras bebía con una caña de un vaso de plástico de Coca-Cola. Llevaba una falda azul claro y una blusa blanca, el pelo recogido, gafas oscuras y caminaba tranquila. Podía pasar por una secretaria o quizá por una turista que se preguntaba si debía o no acudir a la cita con un amante; parecía cualquier cosa excepto una periodista a punto de encontrarse con el hombre más buscado en Italia. Harry no vio que la acompañase la policía.

Adrianna rodeó la fuente, sin mirar a ningún lugar en particular, echó un vistazo al reloj y se sentó en un banco a unos cinco metros de un hombre que pintaba una acuarela de la *piazza*. Harry esperó, todavía inseguro. Al final, se puso en pie, miró al pintor, y caminó describiendo un amplio círculo hasta sentarse en el banco a pocos metros de ella, pero de cara hacia el otro lado. Para gran sorpresa suya, Adrianna lo contempló por un segundo y desvió la mirada, lo que significaba que, o bien ella actuaba con mucha cautela o la barba y el disfraz daban mejor resultado de lo que pensaba. A pesar de la gravedad de su situación, le divertía la idea de que no lo reconociera e inclinó la cabeza ligeramente hacia ella.

—¿Le apetecería a la señora follar con un cura?

Adrianna se sobresaltó y, por un breve instante, Harry pensó que le propinaría una bofetada pero, en cambio, lo miró y lo reprendió en voz alta.

—Si un cura quiere hacerle proposiciones deshonestas a una señorita, debería hacerlo donde nadie pueda verlo ni oírlo.

El apartamento número 12, tal como indicaba la etiqueta del llavero, se hallaba en la última planta de un bloque de apartamentos del número 47 de la Via di Montoro, a unos diez minutos de la Piazza Navona. Pertenecía a un amigo que se encontraba fuera de la ciudad y que comprendería la situación, le explicó Adrianna antes de ponerse en pie y marcharse dejando atrás el vaso de Coca-Cola en cuyo interior se encontraba la llave.

Harry entró en el vestíbulo, tomó el ascensor hasta el último piso y encontró el número 12 al final del pasillo.

Una vez dentro, cerró la puerta con llave y miró en torno a sí. El apartamento era pequeño pero cómodo, constaba de un dormitorio, un salón, una cocina minúscula y un cuarto de baño. En el armario había ropa de hombre: varias chaquetas deportivas, pantalones y dos trajes. En una cómoda, al otro lado de la cama, encontró media docena de camisas, varios jerséis, calcetines y ropa interior. En el salón había un teléfono y un televisor, mientras que cerca de la ventana, sobre un escritorio,

descansaba un ordenador con una impresora.

Harry se acercó a la ventana y oteó la calle. Todo seguía igual que cuando llegó: pasaban algunos coches, motocicletas y algún peatón.

Se quitó la chaqueta, la colgó de una silla y entró en la cocina. En un armario junto al fregadero encontró un vaso y empezó a llenarlo pero tuvo que volver a dejarlo sobre la mesa porque la cabeza comenzó a darle vueltas y le costaba respirar. El cansancio y las emociones habían hecho mella en él. Era un milagro que siguiera vivo. Hallarse a salvo, y no en la calle, constituía un regalo de los dioses.

Por fin se tranquilizó lo suficiente como para echarse agua en el rostro y empezar a respirar con normalidad. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que abandonó a Hércules? ¿Tres horas, cuatro? No lo sabía. Había perdido la noción del tiempo. Miró el reloj, era viernes, 10 de julio, las cinco y diez de la tarde, las ocho y diez de la mañana en Los Ángeles. Respiró hondo y sus ojos se posaron sobre el teléfono. «No. Imposible. Ni se te ocurra.» El FBI debía de haber pinchado el teléfono de su casa y el de su oficina, y si llamaba lo localizarían en una milésima de segundo. De todos modos, aunque lograra ponerse en contacto con alguien sin que lo descubrieran, ¿cómo iban a ayudarlo? De hecho, ¿qué podía hacer la propia Adrianna? Se encontraba atrapado en una pesadilla que no era un sueño, sino la cruda y salvaje realidad.

Con excepción de ese pequeño apartamento, no tenía adonde ir sin arriesgarse a que lo capturasen y entregaran a la policía, pero tampoco sabía cuánto tiempo estaría seguro allí; tarde o temprano tendría que marcharse.

De pronto oyó el ruido de la llave en la cerradura. Con el corazón en un puño, se apoyó contra la pared de la cocina. Entonces oyó que la puerta se abría.

—¿Señor Addison? —gritó una voz masculina.

Desde la cocina, Harry divisó la chaqueta que había dejado sobre la silla del salón y estaba seguro de que quien había entrado también la vería. Asustado, miró alrededor. La cocina era muy pequeña y la única vía de salida era la misma de entrada.

—¿Señor Addison?

¡Mierda! Adrianna le había tendido una trampa, y él había caído de lleno. Detrás de él había una tabla con cuchillos de cocina, pero si salía con uno en la mano lo matarían en el acto.

—¿Señor Addison? ¿Está usted ahí? —preguntó el intruso en un inglés sin acento.

¿Qué debía hacer? No tenía respuesta porque no la había. La mejor opción era salir con las manos en alto y esperar que Adrianna o algún medio de comunicación se encontrase allí e impidiera que lo mataran de inmediato.

—¡Estoy aquí! —gritó— ¡Voy a salir! ¡No estoy armado! ¡No disparen! —Harry respiró profundamente, levantó las manos y salió de la cocina.

Pero al salir lo que vio no fue la policía sino un hombre de cabellos rubios.

—Me llamo James Eaton, señor Addison, soy amigo de Adrianna Hall. Sabía que usted necesitaba un lugar para quedarse y...

—¡Dios mío!

Eaton debía de tener entre cuarenta y cincuenta años, era de estatura y complexión medianas y llevaba un traje gris con camisa a rayas y corbata gris. Lo que más destacaba de él era precisamente su apariencia anodina, lo poco que llamaba la atención. Presentaba el aspecto de un padre de familia cualquiera que lleva a sus hijos a Disneylandia y corta el césped todos los domingos.

—Perdone, no pretendía asustarlo.

—¿Es suyo este apartamento? —Atónito, Harry Addison bajó las manos.

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir con «más o menos»?

—No está a mi nombre y mi mujer no conoce su existencia.

—Usted y Adrianna...

—Ya no...

Eaton titubeó y, después de mirar a Harry, se dirigió al mueble bar situado sobre el televisor.

—¿Quiere beber algo?

Harry miró hacia la puerta. ¿Quién era ese tío? ¿Del FBI? ¿Estaba vigilándolo, comprobando que se hallaba solo y desarmado?

—Si le hubiera revelado a la policía dónde se encuentra, no estaría aquí ofreciéndole una copa... ¿Vodka o *whisky*?

—¿Dónde está Adrianna?

Eaton sacó una botella de vodka y escanció líquido en dos vasos.

—Trabajo en la embajada de Estados Unidos, soy el secretario del consejero de Asuntos Políticos... No hay hielo, lo siento —ofreció un vaso a Harry y se sentó en el sofá—. Se ha metido usted en un buen lío, señor Addison. Adrianna pensó que quizá le serviría hablar conmigo.

Harry jugueteó con el vaso. Se sentía agotado, rendido. Tenía los nervios a flor de piel, pero debía tranquilizarse e intentar comprender lo que estaba ocurriendo. Aunque siendo Eaton quien decía ser, era posible que sólo le preocupara la vertiente diplomática del asunto y quisiera asegurarse, antes de entregarlo a la policía, de que no se perjudicaran las relaciones entre Estados Unidos e Italia.

—Yo no maté al policía.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Qué hay de la cinta de vídeo?

—Me torturaron, me forzaron a grabarlo las personas que supongo que mataron a Pio... Después me pegaron un tiro y me dieron por muerto... —Harry levantó la

mano vendada—, pero no lo estaba.

—¿Quiénes son esas personas? —preguntó Eaton.

—No lo sé, no les vi la cara.

—¿Hablaban en inglés?

—A veces..., pero casi siempre en italiano.

—Mataron a un policía y, en principio, a usted lo secuestraron y torturaron.

—Sí.

Eaton bebió un trago de su copa.

—¿Por qué? ¿Qué querían?

—Información acerca de mi hermano.

—El cura.

Harry asintió.

—¿Qué querían saber?

—Dónde se encuentra...

—¿Y qué les dijo?

—Que no lo sabía, que ni siquiera sabía si estaba vivo.

—¿Es eso cierto?

—Sí.

Harry tomó el vaso, bebió la mitad del vodka de un trago y lo posó de nuevo sobre la mesa delante de Eaton.

—Señor Eaton, soy inocente y creo que mi hermano también lo es..., pero tengo miedo de la policía italiana. ¿Qué puede hacer la embajada? Tiene que haber algo...

Eaton miró a Harry a los ojos durante largo rato, como si reflexionase. Al final se puso en pie, recogió el vaso de Harry y lo llenó junto con el suyo.

—De hecho, señor Addison, mi deber habría sido informar al cónsul general tan pronto como me llamó Adrianna, pero éste se habría visto obligado a su vez a informar a las autoridades italianas, con lo cual yo habría traicionado la confianza depositada en mí y usted estaría en la cárcel, o peor..., y ninguno de los dos habría resultado beneficiado.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Harry atónito.

—Estamos en el negocio de la información, señor Addison, no nos dedicamos a hacer cumplir la ley... El trabajo del consejero de Asuntos Políticos consiste en conocer el clima político del país al que ha sido destinado y, en nuestro caso, no sólo me refiero a Italia sino también al Vaticano... El asesinato del cardenal vicario de Roma y el sabotaje del autocar de Asís, casos que la policía considera conectados, están relacionados con ambos países.

»Como secretario personal del cardenal Marsciano, su hermano ocupaba una posición privilegiada en el seno de la Iglesia. Si fue él quien asesinó al cardenal vicario, lo más probable es que no actuara solo y, en este caso, hay razones para pensar que el asesinato no supuso un incidente aislado sino parte de una intriga a gran escala en las altas esferas de la Santa Sede... —Eaton entregó el segundo vaso a

Harry—. Allí centramos nuestro interés, señor Addison, en el Vaticano.

—¿Y si mi hermano no lo hizo? ¿Y si no tiene nada que ver con todo este asunto?

—Yo he de creer lo mismo que cree la policía: que si alguien colocó una bomba en el autocar de Asís fue con el propósito de matar a su hermano. Los responsables pensaron que su hermano estaría muerto pero ahora, al no estar tan seguros, temen que cante todo lo que sabe. Por lo tanto, harán cualquier cosa con tal de encontrarlo.

—Todo lo que sabe... —De súbito Harry lo comprendió todo—. Usted también quiere encontrarlo.

—Así es —respondió Eaton.

—Me refiero a usted, no a la embajada, ni a su jefe, sino a usted, por eso está aquí.

—Tengo cincuenta y un años y sigo desempeñando el cargo de secretario. No lo aburriré explicándole las veces que han pasado por alto mi nombre a la hora de conceder ascensos... No quiero jubilarme siendo un secretario, así que debo hacer algo que los obligue la próxima vez a promocionarme. Destapar una intriga en el Vaticano sería perfecto.

—Quiere que lo ayude... —dijo Harry incrédulo.

—No sólo a mí, sino a usted mismo. Sólo su hermano puede sacarle de este embrollo, y usted lo sabe.

Harry lo miró sin pronunciar palabra.

—Si no ha muerto y teme por su vida, ¿cómo se enterará de que el vídeo es falso? Lo único que sabe es que usted quiere que se entregue y, cuando esté muy desesperado y no le quede más remedio que confiar en alguien, ¿quién mejor que usted?

—Quizá..., pero de todos modos no importa, porque ni él sabe dónde estoy yo, ni yo dónde está él. Nadie lo sabe.

—¿No cree que la policía estará investigando ya a conciencia a todos los ocupantes del autocar, tanto a los vivos como a los muertos, para descubrir qué ocurrió en realidad, dónde y quién dio el cambiazo?

—Y eso ¿en qué me beneficia?

—Adrianna...

—¿Adrianna?

—Es la mejor en su profesión. Antes de que usted pusiera un pie en esta ciudad, ella ya conocía el motivo de su visita.

Harry comprendió por qué Adrianna se lo había ligado, y aunque la había acusado de ello al principio, la mujer supo engañarlo y tenderle una trampa para conseguir su reportaje. Sí, era la mejor en su profesión, igual que él, y por eso debió haberlo sabido, porque ambos vivían sólo para el trabajo.

—¿Por qué cree que me llamó justo después de hablar con usted? Sabía lo que quería ella, lo que yo necesitaba y lo que estaba dispuesto a hacer por usted y, si jugaba bien sus cartas, todos saldríamos beneficiados.

—¡Joder! —masculló Harry mesándose el cabello. Se puso en pie y comenzó a ir y venir por la sala—. Veo que lo tienen todo pensado hasta el último detalle excepto por una cosa: incluso si descubrimos el paradero de Danny, ni él puede acercarse a mí ni yo a él.

Eaton bebió un sorbo.

—Si usted fuera otra persona, sí..., con un nuevo nombre, pasaporte y permiso de conducir. Con prudencia, llegará a cualquier parte.

—Usted puede hacer eso...

—Sí.

Harry lo miró furioso y perplejo. Se sentía manipulado.

—Si yo fuera usted, señor Addison, estaría muy contento. Después de todo, hay dos personas que quieren y pueden ayudarlo.

Harry seguía mirándolo sin dar crédito a lo que estaba sucediendo.

—Eaton, es usted un maldito hijo de puta.

—No, señor Addison, soy un maldito funcionario.

CUARENTA Y CINCO

23 h

Recostado en la cama del apartamento de Eaton, Harry no lograba conciliar el sueño. Había cerrado la puerta con llave y había colocado una silla debajo del pomo. Intentaba convencerse de que todo saldría bien y de que Eaton estaba en lo cierto. Hasta ese momento había estado solo ante el peligro pero, de pronto, tenía un lugar donde alojarse y dos personas dispuestas a ayudarle.

Esa tarde, Eaton había ido a buscar comida y había sugerido a Harry que se duchara y curara las heridas lo mejor posible, aunque no debía afeitarse la barba porque le confería un aspecto diferente.

Eaton le había aconsejado que pensara en la nueva identidad que deseaba adoptar, una profesión sobre la que fuese capaz de hablar en caso de que lo interrogasen, un profesor de derecho, por ejemplo, o un periodista de vacaciones en Italia que escribiera sobre la industria del ocio o, incluso, un guionista o novelista que estuviera realizando un trabajo de investigación sobre la antigua Roma.

—Continuaré siendo lo que era hasta ahora, un cura —respondió Harry al regresar Eaton al apartamento con una *pizza* y una botella de vino y pan y café para la mañana.

—Un cura norteamericano es justo lo que buscan.

—Hay curas por todas partes, y supongo que más de uno es norteamericano.

Eaton dudó por un instante y después asintió. Fue al dormitorio y regresó con un par de camisas y un jersey. A continuación, extrajo una cámara de treinta y cinco milímetros de un cajón, le puso la película y colocó a Harry contra una pared blanca. Tomó dieciocho fotos, seis con una camisa, seis con la otra y el resto con el jersey.

Después se marchó, no sin antes advertir a Harry que no saliese a la calle y comunicarle que o bien Adrianna o él regresarían al día siguiente por la tarde.

¿Por qué?

¿Por qué había decidido continuar siendo un cura? ¿Lo había pensado bien? Sí. Un cura podía convertirse en un civil con un simple cambio de ropa y, además, había muchos curas estadounidenses. Tal como había dicho Hércules, debía ocultarse permaneciendo a la vista y, hasta el momento, había funcionado varias veces, una de ellas, incluso en las propias narices de los *carabinieri*.

Por otro lado, Eaton tenía razón al afirmar que lo que buscaba la policía era a un cura norteamericano: Danny. Por tanto, cualquier cura que hablase inglés con acento

americano resultaría sospechoso. La gente lo miraría a la cara y pensaría que, a pesar de la barba, el rostro les resultaba familiar. Tampoco debía olvidar la recompensa: cien millones de liras, alrededor de sesenta mil dólares. ¿Quién no correría el riesgo de hacer el ridículo llamando a la policía aunque se tratara del hombre equivocado?

Además, ¿qué sabía él de los curas? ¿Qué ocurriría si otro clérigo entablaba conversación con él? En fin, ya había tomado la decisión: Eaton estaba preparando su nueva identidad, las fotos estaban hechas. Un cura.

En la calle se oían los ruidos propios de Roma al caer la noche. Via di Montoro era una calle mucho más tranquila que la de su hotel, en lo alto de la Escalinata Española, pero a pesar de ello Harry oía el tráfico, las motocicletas y los transeúntes.

Poco a poco, los diferentes sonidos comenzaron a confundirse entre sí hasta convertirse en una monótona melodía de fondo. Comenzó a notar los efectos de la ducha, la cama limpia y la odisea de su huida y se sumió lentamente en el sueño. Quizás había decidido seguir siendo un cura porque era lo más fácil, no tenía que pensar y, por el momento, el disfraz había dado resultado. No era cierto que su decisión se debiera a que deseaba comprender mejor a su hermano, y ser o hacer lo que Hércules había sugerido sin pensar: convertirse, aunque por poco tiempo, en su hermano.

Mientras cerraba los ojos Harry sintió que perdía el contacto con la realidad y de pronto vio de nuevo la postal de Navidad: el árbol adornado detrás de los rostros sonrientes con gorros de Papá Noel de su madre, su padre, Madeline, Danny y él.

FELIZ NAVIDAD DE PARTE DE LOS ADDISON

La imagen se desvaneció de su mente y en su lugar escuchó la voz de Pio que repetía lo que le había dicho en el coche: «¿Sabe lo que pensaría yo si estuviera en su lugar? Me preguntaría si mi hermano sigue con vida, y si es así, dónde está».

Marsciano se hallaba solo en su biblioteca, la pantalla de su ordenador estaba oscura y los libros que ocupaban todo el espacio del suelo al techo le parecían, por su estado de ánimo, meros objetos decorativos. La única luz procedía de una lámpara halógena situada junto al escritorio de madera sobre el que se encontraba el sobre con la palabra URGENTE que le habían entregado en Ginebra. Era el mismo sobre que había llevado consigo en el tren y en cuyo interior se encontraba la cinta que había escuchado una sola vez. No sabía por qué deseaba oírla de nuevo, pero sentía el impulso de hacerlo.

Abrió un cajón y extrajo una grabadora que cabía en la palma de la mano, sacó la cinta del sobre y la colocó en el aparato. Titubeó un instante antes de reproducirla. El aparato emitió un leve zumbido al ponerse en marcha, y de pronto Marsciano oyó su voz susurrante pero muy clara.

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Que Dios te ayude a reconocer tus pecados y a confiar en su gracia.»

A continuación respondió una segunda voz: «Amén —y prosiguió—: Bendígame, padre, porque he pecado; han transcurrido muchos días desde mi última confesión. Mis pecados son...».

Con un movimiento brusco, Marsciano apagó la grabadora y permaneció sentado, incapaz de seguir escuchando.

Se había grabado una confesión sin el conocimiento del penitente ni del cura. El penitente, quien se confesaba, era él mismo, y el cura, el padre Daniel.

Lleno de odio y repulsión, empujado por Palestrina hasta los más oscuros confines de su alma, Marsciano había acudido a la única persona en quien confiaba. El padre Daniel no sólo era un colaborador de valía inestimable y uno de los mejores amigos que había tenido jamás, sino también un sacerdote consagrado al Señor. Cualquier cosa que le contara quedaría protegida por el secreto de confesión y jamás saldría del confesionario.

Pero no había sido así.

Palestrina había grabado la confesión y Marsciano estaba convencido de que también había ordenado a Farel que ocultase micrófonos en todos los lugares, públicos y privados, que frecuentaban Marsciano y el resto del grupo.

Cada día más paranoico, el secretario de Estado del Vaticano se protegía de todos los frentes desempeñando el papel de jefe militar que, según había confesado a Marsciano años antes, estaba convencido que era. Aunque estaba ebrio, con gran seriedad y orgullo proclamó que, desde que tenía edad para saber de esas cosas, estaba convencido de que era la reencarnación de Alejandro Magno, antiguo conquistador del Imperio persa, y desde ese momento había vivido como él, y gracias a ello había llegado a ser quien era y, poco a poco, Marsciano fue testigo de cómo asumía el manto de un general en guerra. Prueba de ello era la manera tan rápida y brutal con la que había actuado desde el momento en que escuchó la grabación. Marsciano se había confesado el jueves por la noche, y el viernes temprano el padre Daniel tomó el autocar a Asís, sin duda sintiéndose tan horrorizado como Marsciano y buscando refugio en la soledad. Marsciano nunca había dudado sobre la identidad del asesino que hizo explotar el autocar para detener a Danny matando de paso a personas inocentes. El acto dejaba traslucir la misma falta de humanidad que la estrategia de China, la misma paranoia que lo llevaba a desconfiar no sólo de quienes lo rodeaban sino del secreto de confesión y, por tanto, de los propios cánones de la Iglesia.

Era algo que Marsciano debió haber previsto pues ya había desvelado el verdadero y terrorífico carácter de Palestrina. La imagen permanecía imborrable en su memoria, como grabada a fuego.

La mañana después del funeral multitudinario por el cardenal vicario de Roma, el secretario de Estado había convocado al resto de los miembros del grupo —a Marsciano; al prefecto de la Congregación de Obispos, Joseph Matadi, y al director general del Banco del Vaticano, Fabio Capizzi— a una reunión en una residencia privada en Grottaferrata, en las afueras de Roma, lugar de retiro al que a menudo acudía Palestrina para sus reuniones «introspectivas» y donde había presentado por primera vez el Protocolo Chino.

Al llegar, los habían guiado a un patio pequeño, rodeado de cuidada vegetación, alejado del edificio principal donde Palestrina esperaba sentado a una mesa de hierro forjado sorbiendo café e introduciendo datos en el ordenador portátil. Farel permanecía de pie detrás de Palestrina como un guardaespaldas de puño de hierro. En la estancia había una tercera persona, un hombre atractivo que no había cumplido todavía los cuarenta, delgado y de estatura mediana, cabello negro y penetrantes ojos azules; Marsciano también recordaba que llevaba una americana de color azul marino, una camisa blanca y pantalones grises.

—Creo que no conocen a Thomas Kind —comentó Palestrina mientras se sentaba, abarcándolo con un gesto como si estuviera presentando a un nuevo miembro de un club privado.

—Está ayudándonos a coordinar la «situación» en China.

Marsciano se estremeció. Con espanto e incredulidad observó que los demás también: Capizzi torció los labios de un modo involuntario y los ojos por lo general alegres de Joseph Matadi adoptaron una expresión preocupada en el momento en que Thomas Kind se puso en pie y saludó cortés a cada uno de ellos por su nombre:

—*Buon giorno*, monseñor Capizzi. Cardenal Matadi. Cardenal Marsciano.

Marsciano recordaba haber visto de lejos a Kind un año antes, en compañía de un chino de mediana edad, cuando él y el padre Daniel acudieron a una reunión con Pierre Weggen. Entonces no sabía quién era, pero al verlo tan de cerca después de descubrir de quién se trataba y oír que lo saludaba por su nombre, resultaba una experiencia aterradora.

La sonrisa de Palestrina al contemplar las mal disimuladas reacciones de desagrado de sus colegas fue como anunciar quién había asesinado al cardenal vicario y por orden de quién. La reunión no era más que una advertencia de que, si alguno de ellos compartía la opinión del fallecido cardenal y tenía la intención de acudir al Santo Padre o al Colegio de Cardenales para informar sobre el asunto de China, se las verían con Thomas Kind. Todo formaba parte del teatro del horror de Palestrina, quien con ello daba a entender que estaba a punto de comenzar la guerra para controlar China.

Hechas las presentaciones, Palestrina se acarició el cabello blanco y dio por concluida la reunión.

Marsciano se concentró de nuevo en la tenue luz del estudio y la pequeña grabadora que descansaba sobre la mesa. En su confesión había explicado al padre Daniel el asesinato del cardenal vicario Parma y su complicidad en el plan maestro de Palestrina para expandir la Iglesia católica en China, cosa que no sólo implicaba la desviación de fondos del Vaticano, sino la muerte de un número indeterminado de ciudadanos chinos inocentes.

Con su confesión, y de modo totalmente inconsciente, había condenado a muerte al padre Daniel. La primera vez Dios o el destino habían intervenido, pero cuando supiesen con certeza que seguía vivo, Thomas Kind iría a por él y escapar de las manos de Thomas Kind era poco menos que imposible. Marsciano sabía que Palestrina no fallaría una segunda vez.

CUARENTA Y SEIS

Pescara, Via Arapietra. Sábado 11 de julio, 7.10 h

Thomas Kind esperaba sentado detrás del volante de un Lancia blanco a que alguien abriera la puerta del número 1217, la compañía privada de ambulancias situada al otro lado de la calle.

Kind observó su reflejo en el espejo, se atusó el cabello y siguió vigilando la puerta del negocio que abría a las siete y media. No por haber llegado temprano debía esperar que el resto de las personas también lo hiciera, sobre todo un sábado por la mañana. Aguardaría; la paciencia era esencial.

7.15 h

Un hombre pasó haciendo *footing* por delante del número 1217, y, diecisiete segundos más tarde, un niño pasó en bicicleta en la dirección opuesta. Después, nada.

Paciencia.

7.20 h

De pronto, dos policías en motocicleta aparecieron en el espejo retrovisor. Kind no se inmutó. Los agentes se acercaron despacio al coche y pasaron de largo. La puerta al otro lado de la calle permanecía cerrada.

Thomas Kind se reclinó en el sillón de cuero y comenzó a pensar en la información que había obtenido hasta el momento: una furgoneta Iveco de color *beige*, con número de matrícula italiana PE 343552, había abandonado el hospital de Santa Cecilia a las diez y dieciocho de la noche del jueves. En el vehículo iba un paciente y una monja enfermera, y dos hombres, que al parecer, también eran enfermeros.

La información que Farel por fin le había facilitado revelaba que el hospital de Santa Cecilia era uno de los ocho centros sanitarios de Italia en los que habían ingresado aquella semana pacientes anónimos. De hecho, era el único hospital donde el paciente era varón y contaba poco más de treinta años. Habían dado de alta a ese

mismo paciente la noche anterior, poco después de las diez.

Kind, que había llegado la tarde de la víspera, se había dirigido al hospital, y en poco tiempo confirmó sus sospechas de que el centro disponía de un sistema de cámaras de seguridad que abarcaba no sólo los pasillos y espacios comunes, sino también las entradas y salidas del edificio. Esperaba que fuese tan complejo como parecía.

Preguntó por las oficinas de administración, y una vez allí mostró una tarjeta que lo acreditaba como representante comercial de una empresa de sistemas de vigilancia con sede en Milán. Solicitó una entrevista con el jefe de seguridad, pero le comunicaron que éste estaba ausente y que no volvería hasta las ocho de la tarde. Kind asintió y dijo que regresaría entonces.

A las ocho y cuarto, los dos mantenían una charla amistosa en el despacho del jefe de seguridad. Volviendo a los negocios, Kind preguntó si, en vista de lo que parecía una nueva oleada terrorista iniciada con la explosión del autocar de Asís, el hospital tenía previsto aumentar las medidas de vigilancia.

El joven y confiado responsable de seguridad respondió que estaban preparados para todo y lo llevó al centro de operaciones de seguridad del hospital, donde se sentó delante de dieciséis pantallas de televisión que mostraban en directo diferentes zonas del edificio. Kind pronto encontró lo que buscaba: la cámara que enfocaba la salida de las ambulancias.

—¿Las cámaras funcionan las veinticuatro horas del día? —preguntó.

—Sí.

—¿También guardan cintas de todo?

—Ahí las tiene —respondió el jefe de seguridad señalando el estrecho pasillo donde brillaban las lucecitas rojas de los aparatos de vídeo en medio de la oscuridad—. Guardamos las cintas durante seis meses antes de borrarlas para usarlas de nuevo. Yo mismo concebí el sistema.

Thomas Kind notó el orgullo con el que el hombre hablaba de un invento que él primero alabaría y del que se aprovecharía después. Kind expresó su admiración por el sistema de seguridad y solicitó una demostración del funcionamiento del vídeo, preguntándole si era posible, por ejemplo, ver las entradas y salidas de las ambulancias del día anterior, hacia las diez de la noche.

El responsable de seguridad accedió con gusto e introdujo un número en el panel de control. Ante ellos apareció una imagen con la fecha y la hora impresas en la esquina superior derecha de la pantalla, y acto seguido vieron la puerta de entrada de las ambulancias. El jefe de seguridad adelantó la cinta hasta la llegada de una ambulancia que se detuvo ante la puerta. De ella salieron dos enfermeros con la camilla de un paciente y desaparecieron en el interior del hospital. Los rostros de los enfermeros y el paciente se distinguían con nitidez. Momentos después, los asistentes regresaron y la ambulancia se marchó.

—Veo que también puede congelar la imagen —comentó Kind—, de modo que si

la policía necesitara tomar la matrícula de un vehículo...

—Mire —respondió el jefe de seguridad y pulsó el botón de rebobinado. La ambulancia reapareció en pantalla. A continuación, adelantó la cinta y paró la imagen, en la que se veía con claridad el número de la matrícula.

—Perfecto —sonrió Kind—. ¿Podría enseñarme un poco más?

La cinta siguió avanzando y Kind, pendiente de la hora en la esquina superior de la pantalla, entabló conversación con su interlocutor mientras entraban y salían ambulancias hasta que, a las 21.59 h, apareció en el monitor una furgoneta Iveco sin identificación.

—¿Qué es eso? ¿Una furgoneta de mercancías? —inquirió Kind mientras observaba a un hombre de constitución fuerte que se apeó del vehículo y entró en el hospital.

—Es una ambulancia privada.

—¿Dónde está el paciente?

—Lo están recogiendo ahora, observe.

Adelantó la cinta y la detuvo justo cuando el conductor volvía a la ambulancia acompañado por una mujer con aspecto de monja y por un hombre que parecía enfermero. Llevaban en una camilla a un paciente vendado de pies a cabeza sobre cuyo rostro colgaban dos dispositivos de gota a gota. El conductor abrió la puerta, introdujeron al paciente en el vehículo y tanto la monja como el enfermero subieron tras él. El chófer cerró la puerta, y la ambulancia arrancó.

—Seguro que también puede sacar la matrícula de este coche —dijo Kind engatusando de nuevo al jefe de seguridad.

—Claro. —El hombre detuvo la cinta, la rebobinó, la adelantó y congeló la imagen. El número de la matrícula aparecía bien definido: PE 343552, y la fecha y la hora de la esquina superior de la pantalla indicaban que eran las 22.18 h del día 9 de julio.

—PE es el prefijo de Pescara, así que se trata de una compañía local —observó Kind.

—Servizio Ambulanza Pescara —respondió orgulloso el jefe de seguridad—. Como ve, lo tenemos todo bajo control.

Con una sonrisa de admiración, Thomas Kind aprovechó la buena disposición del jefe de seguridad para obtener el nombre del paciente anónimo: Michael Roark.

El anuncio en la guía telefónica proporcionó a Kind el resto de la información: la central del Servizio Ambulanza Pescara se hallaba en el número 1217 de la Via Arapietra, al otro lado de la calle. En la guía figuraba el nombre del propietario, Ettore Caputo, junto a su fotografía y el horario de oficina, de lunes a sábado, de 7.30 a 19.30 h.

Kind echó un vistazo al reloj.

7.25 h

De pronto vio que un hombre doblaba la esquina al otro lado de la calle y se dirigía al edificio. Thomas Kind lo observó con atención y sonrió: Ettore Caputo había llegado con cuatro minutos y medio de antelación.

CUARENTA Y SIETE

En la fotografía del pasaporte, Harry aparecía con la barba que todavía llevaba. El documento, con las tapas de cartón gastadas como si hubiera viajado con él durante años, había sido emitido en Nueva York. En las páginas interiores había estampados los sellos de entrada al Reino Unido, Francia y Estados Unidos, pero puesto que muchos países europeos ya no sellaban los pasaportes no había más información que revelara el curso de los viajes de su propietario.

El nombre que constaba junto a la fotografía era Jonathan Arthur Roe, nacido el 18 de septiembre de 1965 en Nueva York, Estados Unidos.

Al lado del pasaporte, había sobre la mesa un permiso de conducir del distrito de Columbia y un carné de la Universidad de Georgetown. Ambos documentos llevaban su fotografía, y el domicilio registrado en ellos era Edificio Muledy, Universidad de Georgetown, Washington DC.

Las tres fotografías eran diferentes; Harry aparecía con una u otra camisa de Eaton o su jersey, y no se notaba que se hubieran tomado en el mismo lugar —el apartamento— y a la misma hora, el día anterior por la tarde.

—Esto es lo que queda. —Adrianna le alargó un sobre desde el otro lado de la mesa—. Aquí hay dinero, dos millones de libras, unos mil doscientos dólares. Podemos conseguir más si lo necesitas, pero Eaton me ha pedido que te recuerde que los curas no tienen dinero, así que no lo gastes como sueles hacerlo.

Harry la miró antes de abrir el sobre y extraer el contenido del mismo: los dos millones de libras en billetes de cincuenta mil y una hoja de papel con tres párrafos escritos a máquina.

—Ahí te explica quién eres, dónde trabajas, qué haces, todo. Es suficiente para salir del apuro si alguien te pregunta. Memoriza las instrucciones y destrúyelas después.

Harry se había transformado en el padre Jonathan Arthur Roe, jesuita, profesor de Derecho en la Universidad de Georgetown desde 1994, con domicilio en una residencia de jesuitas en el campus de la universidad. Era hijo único y se había criado en Ithaca, Nueva York. Sus padres habían fallecido. El resto de la hoja completaba su historial: escuelas donde había estudiado, lugar y fecha de ingreso en el seminario, una descripción de la Universidad de Georgetown y sus alrededores, la zona de Georgetown en Washington, incluso la vista que ofrecía su dormitorio, desde donde divisaba el río Potomac, pero sólo en otoño e invierno, cuando los árboles estaban desnudos.

En el sobre no había nada más.

—Parece que, como jesuita, he hecho voto de pobreza.

—Quizá por eso no ha incluido una tarjeta de crédito.

—Quizá.

Harry se puso en pie. Eaton había cumplido con su parte del trato, el resto estaba en sus manos.

—Es como una fiesta de disfraces, de repente eres una persona totalmente diferente...

—No tienes otra opción.

Harry estudió a la mujer sentada delante de él con quien, como en el caso de otras muchas mujeres, se había acostado pero a quien apenas conocía. Con excepción de aquel momento en la oscuridad en el que creyó percibir el miedo de Adrianna ante su propia mortalidad —no tanto por el hecho de morir sino por el de dejar de vivir—, Harry se percató de que la conocía mejor de verla en televisión que de hablar con ella.

—¿Cuántos años tienes, Adrianna? ¿Treinta y cuatro?

—Treinta y siete.

—Bueno, treinta y siete. Dime, si pudieras ser otra persona, ¿quién te gustaría ser? —preguntó muy serio.

—Nunca lo había pensado.

—Vamos, inténtalo. ¿Quién?

Adrianna cruzó los brazos:

—No querría ser nadie más, me gusta ser quien soy y lo que hago, y he trabajado mucho para conseguirlo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿No te gustaría ser madre, esposa?

—¿Estás loco? —Soltó una carcajada divertida pero defensiva al mismo tiempo, como si Harry hubiera tocado una fibra que ella no deseaba que tocara.

Harry la presionó, tal vez demasiado, pero por algún motivo quería saber más acerca de ella.

—Muchas mujeres compaginan su carrera profesional con una vida familiar...

—Yo no —respondió Adrianna con firmeza, poniéndose más seria—. Ya te lo dije la primera vez, me gusta follar con extraños, y ¿sabes por qué? No sólo por la emoción sino por la independencia, y para mí, esto es lo más importante, porque me permite realizar mi trabajo lo mejor que sé y llegar al meollo de la noticia... ¿Crees que si fuera madre me dedicaría a cubrir una guerra civil en medio del fuego de la artillería? ¿O que me arriesgaría a pasar el resto de mi vida en prisión por proporcionar documentos falsos a uno de los hombres más buscados del país? No, yo no sería capaz de hacerle esto a mis hijos... Soy un alma solitaria, y me gusta... Gano dinero y me acuesto con quien quiero, viajo a lugares con los que tú ni sueñas y trato

a personas que resultan inaccesibles incluso para los grandes dirigentes... Es como una droga, y la adrenalina me da las agallas para cubrir la historia como solía hacerse, aunque ahora sólo yo lo hago así... ¿Es una actitud egoísta? Tal vez..., pero soy así, y si sucede algo y pierdo la partida, la única perjudicada seré yo...

—¿Qué ocurrirá cuando tengas setenta años?

—Pregúntamelo entonces.

Harry entendía por qué tenía la impresión de conocerla mejor en la televisión que en la vida real. Su vida y su intimidad estaban en la pantalla; ésa era ella, todo lo que quería ser, y se le daba muy bien. Una semana antes habría dicho lo mismo que Adrianna, que lo más importante para él era la libertad, porque le permitía a uno correr riesgos, confiar en su habilidad y jugarse el todo por el todo. Si uno perdía, perdía. Pero ya no estaba tan seguro, quizá porque ya no disfrutaba de libertad. Quizá la libertad tenía un precio, y él jamás lo había sabido. Quizás había algo más, algo que le quedaba por aprender y comprender, algo que descubriría al final del viaje.

—¿Adónde tengo que ir ahora? —preguntó sin más—. ¿Con quién me comunicaré, contigo o con Eaton?

—Conmigo. —Adrianna abrió el bolso y extrajo un pequeño teléfono móvil—. Estoy siempre al corriente de los avances de la policía y hago más de cien llamadas al día, así que una más no levantará las sospechas de nadie.

—¿Qué hay de Eaton?

—Cuando llegue el momento me pondré en contacto con él... —Adrianna titubeó por un segundo y ladeó un poco la cabeza, como hacía en televisión cuando estaba a punto de explicar algo— Harry, nunca has oído hablar de James Eaton ni él de ti, excepto por lo que ha leído en los periódicos o visto en televisión; tampoco me conoces a mí, aparte de aquella vez que nos vieron juntos en el hotel cuando intentaba obtener una declaración tuya.

—¿Y qué sucede con todo esto? —inquirió Harry extendiendo sobre la mesa el pasaporte falso, el carné de la universidad y el permiso de conducir— ¿Qué pasa si meto la pata y caigo en manos del Gruppo Cardinale? ¿Qué se supone que debo decirle a Roscani, que acostumbro a llevar un segundo juego de documentos? Querrá saber de dónde los he sacado.

—Harry, ya eres mayorcito. Intenta no meter la pata. —Adrianna sonrió y le dio un beso en los labios.

Acto seguido se dirigió a la puerta y se volvió para advertirle que no se moviese de allí y que lo llamaría cuando tuviera más noticias.

Harry permaneció de pie, inmóvil, cuando Adrianna cerró la puerta tras de sí. Después posó la vista en los documentos esparcidos sobre la mesa y, por primera vez en su vida, deseó haber tomado clases de teatro.

CUARENTA Y OCHO

Cortona, Italia, todavía sábado, 11 de julio, 9.30 h

La hermana Elena Voso salió de la tienda de la Piazza Signorelli cargada con una bolsa de verdura para preparar una sopa sabrosa y nutritiva no sólo para sus tres acompañantes sino también para Michael Roark. Había llegado el momento de darle alimentos sólidos. Hasta entonces él no había hecho más que tragar de forma automática cuando ella le humedecía los labios, pero cuando intentaba hacerle tomar un sorbo de agua, la miraba como si supusiese un esfuerzo demasiado grande para él; aun así, si le ofrecía un puré de verduras, quizás el aroma le abriría el apetito, y se esforzaría por comerlo. Incluso una cucharada era mejor que nada, pues cuanto antes comenzara a tomar alimentos sólidos, antes podría quitarle ella el gota a gota y ayudarlo a recuperar las fuerzas.

Marco la observó salir de la tienda y enfilarse por la calle que conducía al aparcamiento. En circunstancias normales, la habría acompañado hasta el coche y le habría llevado la bolsa de la compra, pero no allí ni entonces a plena luz del día. Aunque se marcharían en el mismo vehículo no convenía que los vieran comprar o caminar juntos, ya que alguien quizá lo recordaría más tarde. Aunque ambos eran italianos, en Cortona eran forasteros: un hombre y una monja que compraban comida y después se iban juntos... Bastaría para que alguien asegurase: «sí, yo estaba ahí, y los vi».

De repente Marco notó que Elena se detenía y entraba en una tienda pequeña. Se preguntó qué estaría haciendo. A la izquierda había una calle muy empinada. Abajo se vislumbraba el distante llano y los caminos que conducían a la antigua ciudad amurallada de umbros y etruscos. Aunque en el pasado Cortona había sido una fortaleza, Marco esperaba no tener que emular a los resistentes.

Por fin vio a Elena salir de la tienda, volverse hacia él y dirigirse al pequeño Fiat plateado en el que Pietro los había seguido desde Pescara. Marco se acercó, tomó el bulto que llevaba Elena y abrió la puerta.

—¿Por qué ha entrado en esa tienda? —le preguntó.

—¿No me está permitido?

—Claro que sí, pero no me lo esperaba.

—Yo tampoco; por eso entré —respondió ella mientras extraía algo de la bolsa. Era un paquete de compresas.

A las once la sopa y el puré hervían a fuego lento en la cocina mientras Elena se encontraba en una habitación de la segunda planta con su paciente, que permanecía sentado en un sillón con una almohada debajo de los brazos. Era la primera vez que se sentaba. Marco había ayudado a sacarlo de la cama y depositarlo en el sillón antes de salir a fumar un cigarrillo. Luca dormía en un cuarto del tercer piso: se ocupaba de la guardia de noche, al igual que en Pescara, y se quedaba fuera en la furgoneta hasta las siete de la mañana, haciendo una pausa cada dos horas para ayudar a Elena a dar la vuelta al paciente y regresar a su puesto.

Una vez más, Elena se preguntó qué vigilaban, o a quién esperaban.

Desde la ventana de la habitación vio que Marco caminaba sobre un muro de piedra que bordeaba la zona sur de la casa fumando un cigarrillo. Debajo del muro se hallaba el camino de entrada. Al otro lado de la carretera había una granja en la que un tractor levantaba polvo mientras araba una parcela de tierra detrás de la casa.

De repente apareció Pietro y se dirigió a Marco con la camisa arremangada y la pistola visible en la cintura. Los dos hombres trabaron conversación y Marco miró hacia la casa, como si supiera que los observaban.

Elena se volvió hacia Michael Roark:

—¿Está cómodo sentado?

El enfermo sólo hizo un leve gesto con la cabeza, pero esto ya constituía una respuesta más dinámica que el parpadeo que solía emplear para comunicarse con ella.

—He preparado algo para comer, ¿le gustaría probarlo?

Esta vez no obtuvo respuesta alguna. Su paciente la miró y acto seguido posó la vista en la ventana. Al observarlo a contraluz Elena descubrió en él un nuevo perfil que no había visto antes. Titubeó escrutándole el rostro por un instante más, y se dirigió a su rincón de la habitación.

Aunque era cierto que había comprado compresas en la tienda, no se trataba más que de un pretexto. Le había llamado la atención un ejemplar del diario *La Reppública* en cuya primera página aparecía el titular «SIGUEN LIBRES LOS FUGITIVOS DEL ASESINATO DEL CARDENAL PARMA» y debajo, en tono más comedido, «La policía interroga a las víctimas de la explosión del autocar de Asís».

Elena no conocía los detalles de la historia. Aunque el asesinato del cardenal había sido tema de conversación en el convento al igual que la explosión del autocar, poco después la habían destinado a Pescara y, desde entonces, no había leído los periódicos ni visto la televisión. Aun así, en cuanto leyó los titulares, relacionó la historia con Marco y los otros hombres que vigilaban a su paciente las veinticuatro horas del día y que parecían saber mucho mejor que ella qué ocurría.

En el interior de la tienda vio en las páginas centrales del periódico las fotografías de los hombres buscados por la policía. Su mente se puso en marcha: la explosión del autocar se había producido el viernes, y el accidente de Michael Roark, el lunes, mientras que ella había recibido la orden de dirigirse a Pescara el martes. ¿Acaso no

era posible que uno de los supervivientes de la explosión presentase quemaduras graves, se hallase en coma y, además, tuviera las piernas rotas? ¿Era posible que lo hubieran trasladado en secreto a otro hospital, o incluso a un domicilio privado, mientras se realizaban los preparativos para llevarlo a Pescara?

Elena decidió comprar el periódico, después pensó en las compresas para ocultarlo y justificarse ante Marco y colocó ambas cosas en la misma bolsa.

De vuelta en la casa, dejó las compresas en un lugar visible y ocultó el periódico en la maleta debajo de la ropa.

«Dios mío —pensó—, ¿es posible que Michael Roark y el padre Daniel Addison sean la misma persona?»

Después de lavarse las manos y cambiarse de hábito, se disponía a extraer el periódico de la maleta para comprobar de cerca si existía algún parecido entre su paciente y el hombre de la foto, pero Marco la llamó desde el pie de la escalera, y ella tuvo que guardar de nuevo el diario antes de acudir.

Ahora, con Marco y Pietro hablando fuera y Luca durmiendo, era el momento adecuado.

Michael Roark seguía mirando por la ventana, de espaldas a ella. La hermana se acercó por detrás con el periódico doblado en la página de la foto del padre Daniel y lo situó a la misma altura que el rostro de su paciente. Debido a los vendajes resultaba difícil comparar; además Michael Roark llevaba barba, mientras que el padre Daniel tenía la cara afeitada, pero la frente, los pómulos, la nariz, la forma en que...

De súbito Michael Roark volvió la cabeza y clavó los ojos en Elena. La enfermera se sobresaltó y ocultó el periódico detrás de la espalda, pero por su mirada supo que la había descubierto. De pronto, abrió la boca poco a poco.

—A... g... ua, ag... ua —pronunció con voz cascada.

CUARENTA Y NUEVE

Roma, a la misma hora

¿Por qué se le había ocurrido a Roscani dejar de fumar justo ese día? A las siete de esa mañana había apagado a medias el cigarrillo en el cenicero y se había anunciado a sí mismo que no fumaría más. Desde entonces cualquier cosa servía para sustituir el tabaco: café, chicles, galletas, o, como en ese momento, un cucurucho de chocolate que se derretía bajo el intenso calor del sol de julio obligándolo a lamerse la mano mientras caminaba en dirección a la Questura. Sin embargo, ni el helado ni la falta de nicotina conseguirían desviar su atención del asunto que le preocupaba: la desaparición del arma automática Llama.

La idea lo había asaltado en medio de la noche y no le había permitido conciliar el sueño de nuevo. Lo primero que había hecho esa mañana era revisar la solicitud de traspaso de pruebas que habían firmado Pio y Jacov Farel en la granja cuando el segundo entregó la pistola al detective. Todo era correcto y legal e implicaba que Pio había tenido la pistola en su poder y que ésta había desaparecido después junto con Harry Addison; pero no era éste el pensamiento que lo había mantenido despierto toda la noche. Roscani siempre había pensado que el padre Daniel llevaba consigo la Llama y que había un vínculo directo entre él y el comunista español Miguel Valera, el hombre a quien habían tendido una trampa para atribuirle el asesinato del cardenal vicario de Roma.

No obstante, y esto era lo que había desvelado a Roscani, ¿era posible que la pistola no hubiera pertenecido al padre Daniel, sino a otra persona del autocar, a alguien que se encontrase allí para matarle? Si éste fuera el caso, estarían investigando un crimen doble: el intento de asesinato del cura y el atentado contra el autocar.

23.30 h

El calor que había empezado a apretar la semana anterior seguía aumentando, la noche era tórrida y húmeda, pues incluso a esas horas la temperatura no descendía de los veintiocho grados.

El cardenal Marsciano decidió ponerse unos pantalones caquis y una camisa de manga corta para salir al patio interior de su apartamento e intentar aliviar la

sensación de bochorno.

El haz de luz procedente de la biblioteca iluminaba los tomates y pimientos que había plantado a finales de abril, pero que habían madurado antes de tiempo a causa del calor y estaban casi listos para recoger. En realidad, no resultaba tan raro que las temperaturas fuesen altas, pues estaban en julio. Marsciano esbozó una sonrisa al evocar la pequeña granja de la Toscana donde vivió con sus padres, cuatro hermanos y tres hermanas. El verano significaba dos cosas: por un lado, días muy largos en los que toda la familia se levantaba antes del alba para trabajar hasta el anochecer y, por otro, los escorpiones, miles de ellos. Había que barrer dos o tres veces al día para deshacerse de esos bichos, y uno jamás debía meterse en la cama ni ponerse ropa o zapatos sin revisarlos antes, pues la picadura del escorpión era dolorosa y sus efectos duraban largo tiempo. El alacrán era la única criatura de Dios que Marsciano detestaba antes de conocer a Palestrina.

Marsciano llenó la regadera de agua y humedeció la tierra de las plantas. Una vez completada la labor, se secó el sudor de la frente. La brisa no soplaba, y el calor seguía siendo agobiante. El calor.

El cardenal intentó olvidar el calor, pero no fue capaz; sabía que con el calor se pondría en marcha el plan de Palestrina para China. Marsciano leía cada día los periódicos, miraba el pronóstico del tiempo en la televisión y seguía el estado del tiempo en Asia en Internet, al igual que debía de estar haciendo Palestrina. La única diferencia residía en que el secretario de Estado contaba con mejores fuentes de información, sobre todo si se tenía en cuenta que, a raíz del Protocolo Chino, Palestrina había comenzado a estudiar meteorología. En menos de un año se había convertido en un experto en la interpretación de modelos computarizados de pronóstico del tiempo y, además, había entablado relación con media docena de profesionales con quienes se comunicaba a través del correo electrónico. Si Palestrina no hubiese tenido que ocuparse de asuntos más apremiantes, podría haberse labrado una segunda carrera profesional como el máximo experto en Italia en el pronóstico del tiempo.

Palestrina esperaba que una temporada húmeda y calurosa sobreviniese en el este de China, pues entonces las algas, que se alimentaban del sol, y sus toxinas se reproducirían con rapidez en la superficie de los lagos, contaminando el suministro de agua de las ciudades y los pueblos cercanos. Cuando las condiciones fueran propicias y la masa de algas alcanzase el volumen adecuado, Palestrina daría la orden de ejecutar el Protocolo, envenenando los lagos de un modo imposible de detectar, a fin de que las algas y la ineficacia de las depuradoras pareciesen la causa.

Miles de personas morirían, la población se alzaría en protesta y al gobierno central le asaltaría el temor de que las provincias amenazaran con independizarse ante la incompetencia de Pekín a la hora de manejar el sistema de aguas. Si esto ocurría, China se encontraría al borde de la desintegración, como le había ocurrido a la Unión Soviética. En semejante situación, el Gobierno estaría dispuesto a escuchar los

consejos de un viejo aliado que le recomendaría reunir un consorcio de empresas internacionales, muchas de las cuales ya trabajaban en China en diversos proyectos, para reconstruir la anticuada infraestructura de suministro de aguas del país, desde los canales hasta las depuradoras, pasando por las presas y las centrales hidroeléctricas.

Dicho viejo aliado sería, claro está, Pierre Weggen, mientras que el Vaticano dirigiría desde la sombra las empresas encargadas de las labores de reconstrucción. Éste era el plan de Palestrina: controlar el agua de China para controlar el país.

Para empezar a controlar el agua necesitaba calor, y ése era un día caluroso, tanto en Italia como en el este de China. Marsciano sabía que si el tiempo en Asia no cambiaba, Palestrina no tardaría en dar la orden que pondría en marcha la pesadilla.

Marsciano se disponía a entrar en el apartamento cuando de pronto vislumbró un rostro en una ventana del piso superior. Fue sólo un instante, pero lo había reconocido: se trataba de la hermana María Luisa, su nueva ama de llaves o, mejor dicho, la nueva ama de llaves de Palestrina, quien de este modo le indicaba que vigilaba todos sus movimientos.

Una vez en el interior, el cardenal se sentó ante el escritorio para repasar el acta de la reunión del día anterior, el nuevo plan de inversiones aprobado por el consejo de cardenales. El lunes debía presentarlo a Palestrina para que lo firmase y, en ese momento, ya no habría nada que hacer.

Mientras trabajaba, se agolparon en su cabeza múltiples interrogantes, sobre todo uno que lo acechaba y atormentaba siempre en los momentos de tranquilidad: ¿por qué habían permitido que Palestrina llegara a ser quien era; por qué él había sido incapaz de hacer algo al respecto?

¿Por qué no había solicitado una reunión privada con el Santo Padre o enviado una carta confidencial al Colegio de Cardenales explicando lo sucedido, y lo que estaba a punto de ocurrir, para que lo ayudaran a impedirlo?

Por desgracia ya conocía las respuestas a estas preguntas, pues se las había planteado muchas veces. Por un lado, el Santo Padre era anciano y sentía devoción por su secretario de Estado, por lo que jamás permitiría que se dijera algo en contra de él. ¿Y quién presidía el Colegio de Cardenales sino el propio Palestrina? El secretario de Estado era una persona muy respetada que contaba con aliados en todas partes. Si lo acusasen de un delito semejante, sus seguidores tacharían la historia de disparate o la recibirían con enojo, como si se tratara de una herejía.

La amenaza de Palestrina de atribuir a Marsciano el asesinato del cardenal Parma a causa de un sórdido asunto amoroso todavía complicaba más la situación. ¿Cómo se defendería Marsciano de semejante mentira ante el Papa y los cardenales? Era imposible, Palestrina tenía todas las cartas en la mano y podía manipularlas a su antojo.

La cuestión adquiriría mayor complejidad si se tenía en cuenta que lo sucedido se

había fraguado en la intimidad del círculo más cercano al Papa como respuesta a la petición del Pontífice de encontrar un medio de expandir la influencia de la Iglesia en el siglo XXI. Se habían realizado numerosos estudios y propuestas hasta que Palestrina presentó la suya, con todo lujo de detalles. En ese momento, tanto Marsciano como el resto de los hombres de confianza del Santo Padre lo habían tomado a broma, pero no lo era.

Sólo el cardenal Parma se opuso abiertamente a la idea, los demás —monseñor Capizzi y el cardenal Matadi— habían guardado silencio. A Marsciano no debió haberle sorprendido la reacción de los consejeros. Resultaba evidente que Palestrina los había estudiado a todos. Parma, de la vieja escuela, conservador e inflexible, jamás habría aprobado la idea, pero Capizzi, graduado en Oxford y Yale y responsable del Banco del Vaticano y, Matadi, prefecto de la Congregación de Obispos, cuya familia figuraba entre las más influyentes del Congo, eran muy diferentes. Ambos dominaban la política y no habían llegado tan lejos por casualidad. Ambiciosos y astutos, los dos contaban con un considerable número de seguidores en el seno de la Iglesia y tanto uno como otro tenían la vista puesta en el papado. Sabían que a Palestrina no le interesaba este cargo, pero que en su mano estaba que uno de ellos lo ocupara.

Marsciano era una persona de todo punto diferente que había llegado hasta la cima no sólo gracias a su inteligencia y apoliticismo, sino porque en el fondo era un simple sacerdote que creía en la Iglesia y en Dios; un inocente incapaz de concebir que existiera un hombre como Palestrina en el seno de la Iglesia moderna, de modo que resultaba fácil convertir su fe en un instrumento para manipularlo.

De súbito Marsciano golpeó la mesa con el puño; estaba furioso por haber sido tan débil e ingenuo, incluso piadoso. Si su furia se hubiera despertado antes, tal vez habría logrado hacer algo, pero ya era demasiado tarde. El Santo Padre había delegado en Palestrina el control del Vaticano y la única voz que se opuso a él, la del cardenal Parma, se había visto silenciada. Capizzi y Matadi habían jurado fidelidad a su líder, y Marsciano se encontraba atrapado por la esencia de su propio carácter. Como resultado, Palestrina había tomado las riendas y había puesto en marcha una pesadilla imparables. Sólo les quedaba aguardar que llegara el calor del verano chino.

CINCUENTA

*Pekín, China, hotel Gloria Plaza, domingo 12 de julio,
10.30 h*

Li Wen, de cuarenta y seis años de edad, salió del ascensor en el octavo piso y enfiló el pasillo, buscando la habitación 886, donde lo esperaba James Hawley, ingeniero hidrobiológico de Walnut Creek, California. Vio por las ventanas que la lluvia había cesado y el sol empezaba a brillar. El resto del día sería caluroso y de una humedad agobiante, tal como anunciaban las predicciones. La habitación 886 estaba a mitad del pasillo, y Li Wen encontró la puerta entreabierta.

—¿Señor Hawley? —dijo.

No hubo respuesta. Li Wen alzó la voz.

—¿Señor Hawley? —Pero tampoco obtuvo respuesta. Abrió la puerta y entró en la habitación.

En el interior, el televisor en color mostraba un programa informativo, y sobre la cama había un traje gris claro que debía de pertenecer a un hombre muy alto. Junto a él había una camisa blanca de manga corta, una corbata a rayas y un calzoncillo *boxer*. A su izquierda, la puerta del baño estaba abierta, y se oía el ruido de la ducha.

—¿Señor Hawley?

—Señor Li —la voz de James Hawley se elevó por encima del agua—. He de pedirle perdón otra vez. Me han convocado a una reunión urgente en el Ministerio de Agricultura y Pesca. ¿Sobre qué? No lo sé. Pero da igual. Todo lo que necesita está en un sobre en el cajón superior de la cómoda. Sé que tiene que tomar un tren. Ya beberemos un té o una copa la próxima vez.

Li Wen vaciló, luego se dirigió a la cómoda y abrió el cajón superior. Dentro había un sobre del hotel con sus iniciales escritas a mano. Lo abrió, echó un breve vistazo a su interior, lo introdujo en el bolsillo de su chaqueta y cerró el cajón.

—Gracias, señor Hawley —dijo hacia el vapor que salía del baño y se marchó, cerrando la puerta tras de sí. El sobre contenía justo lo prometido, y no había necesidad de agregar nada más. Le quedaban poco más de siete minutos para abandonar el hotel, sortear el tráfico de la avenida Jianguolu, y subir a su tren.

De haber olvidado algo y regresado para buscarlo, Li Wen habría visto salir del baño

de James Hawley a un chino bajo y regordete enfundado en un traje. Éste se acercó a la ventana, echó un vistazo al exterior y vio a Li Wen cruzar la calle frente al hotel y caminar a toda prisa hacia la estación de tren.

Volviéndose, sacó con rapidez una maleta de debajo de la cama, colocó las prendas cuidadosamente extendidas de James Hawley en su interior y salió, dejando la llave de la habitación sobre la cama.

Cinco minutos más tarde se encontraba ante el volante de su Opel plateado, tomando su móvil y torciendo por la calle Donghuan. Chen Yin sonrió. De cara al público, era un exitoso comerciante de flores, pero en un ámbito muy distinto era un maestro de las lenguas y los dialectos. Le proporcionaba un placer especial emplear el inglés americano..., hablar como lo haría James Hawley, ingeniero californiano cortés aunque sobrecargado de trabajo, si existiera.

CINCUENTA Y UNO

*Cortona, Italia, domingo 12 de julio, 5.10 h,
11.10 h en Pekín*

—Gracias, amigo —dijo en inglés Thomas Kind.

Después colgó y dejó el teléfono móvil sobre el asiento contiguo. Chen Yin había llamado dentro del margen de tiempo previsto, y las noticias eran las esperadas. Li Wen tenía los documentos y se dirigía a casa. No se había establecido contacto visual. Chen Yin era bueno, serio. Además había encontrado a Li Wen, cosa nada fácil: descubrir al peón perfecto, con todas las habilidades y razones para hacer lo que se le pidiera, y a quien, sin embargo, si las circunstancias lo exigían, era posible descartar o, sencillamente, liquidar en cualquier momento.

A Chen Yin se le había pagado una parte en concepto de adelanto y, en cuanto terminara su trabajo, se le abonaría el resto de lo que se le debía. Luego, ambos desaparecerían: Li Wen, porque dejaría de ser útil y no querían dejar rastros que condujesen a ellos; Chen Yin, porque le convendría abandonar el país durante un tiempo y porque, de todos modos, su dinero estaba depositado fuera de China, en la sucursal de la Union Square del banco Wells Fargo, en el centro de San Francisco.

En algún lugar cantó un gallo, y el sonido devolvió de inmediato a Thomas Kind a la tarea que tenía entre manos. Ante él, a la luz del alba, veía la casa. Se hallaba detrás de la carretera y de una muralla de piedra. Una capa de niebla flotaba sobre los campos arados de enfrente.

Podía haber entrado al llegar, unos minutos después de la medianoche. Podía haber cortado la electricidad, y las gafas de visión nocturna le habrían dado ventaja. Pero, aun así, habría tenido que matar en la oscuridad, y enfrentarse a tres hombres en una casa que no conocía.

De modo que había decidido aguardar, y había aparcado el Mercedes de alquiler en un callejón sin salida a un kilómetro y medio de distancia. Allí se había cambiado de ropa, había revisado sus armas a oscuras —dos pistolas automáticas Walther de nueve milímetros, con recámaras de treinta balas—, y luego se había recostado a descansar, pensando en el desafortunado incidente de Pescara, cuando Ettore Caputo, dueño del Servizio Ambulanza Pescara, y su mujer, se habían negado a hablar con él

acerca de la ambulancia Iveco que la noche del sábado había salido del hospital de Santa Cecilia con destino desconocido. Ambos eran demasiado tercos. La pareja no quería hablar. Thomas Kind estaba decidido a obtener respuestas y no se marcharía sin ellas. Sus preguntas eran muy sencillas: ¿quiénes iban en la ambulancia? y, ¿adonde habían ido?

Ettore sólo se mostró dispuesto a hablar cuando Kind apuntó con una Magnum Derringer 44 a la frente de la señora Caputo. No tenía idea de quién o quiénes eran los pacientes. El conductor era un hombre llamado Luca Fanari, ex *carabiniere* y conductor de ambulancia que trabajaba para él de vez en cuando. Luca había alquilado el vehículo unos días antes y por un tiempo indefinido. No sabía adonde había ido con ella.

Thomas Kind apretó la Derringer con un poco más de firmeza contra la cabeza de la señora Caputo y preguntó de nuevo.

—¡Por Dios Santo, llama a la mujer de Fanari! —había gritado la señora.

Noventa segundos más tarde, Caputo colgaba el auricular. La esposa de Luca Fanari le había proporcionado el número de teléfono y una dirección donde localizar a su marido, advirtiéndole que no debía dárselos a nadie, bajo ninguna circunstancia.

Luca Fanari, aseguró Caputo, había llevado a su paciente al norte, a una casa en las afueras de Cortona.

Los primeros rayos de sol atravesaban el cielo cuando Thomas Kind saltó sobre el muro y se aproximó a la casa por detrás. Llevaba guantes ajustados, tejanos de color gris metálico, un jersey oscuro y zapatillas deportivas negras. Sostenía una de las automáticas en la mano, la otra colgaba de una correa ceñida al hombro. Ambas tenían acoplados sendos silenciadores.

Frente a él vio la ambulancia Iveco de color crema, estacionada cerca de la puerta lateral. Cinco minutos más tarde había revisado toda la casa. Estaba vacía.

CINCUENTA Y DOS

Roma, 7.00 h

Una hora antes, Harry se enteró de la noticia en un canal de habla inglesa: una fotografía de Byron Willis, tomas exteriores del edificio del gabinete, en Beverly Hills, y de la casa de Byron Willis, en Bel Air. Su amigo, jefe y mentor había sido asesinado el jueves por la noche, cuando regresaba a su casa. Debido a su relación con Harry y a los sucesos que estaban produciéndose en Italia, la policía había retenido la información a la espera de informes adicionales. El FBI se había hecho cargo del caso y se esperaba la llegada a Los Ángeles de investigadores del Gruppo Cardinale, unas horas más tarde.

Estupefacto, horrorizado, Harry había decidido correr el riesgo y llamar a la oficina de Adrianna, donde dejó recado de que llamara a Elmer Vasko lo antes posible. Y lo había hecho, desde Atenas, una hora más tarde. Acababa de regresar de la isla de Chipre, donde había estado cubriendo un enfrentamiento entre políticos griegos y turcos. Acababa de enterarse de la noticia sobre Willis y había intentado averiguar más antes de llamar.

—¿Ha tenido que ver conmigo, con el jodido embrollo que hay aquí en Italia? — Harry estaba furioso y resentido, y se esforzaba por contener las lágrimas.

—Nadie lo sabe aún. Pero...

—¿Pero qué, por Dios Santo?

—Tengo entendido que fue obra de un profesional.

—Dios, ¿por qué? —susurró Harry—. Él no sabía nada.

Serenándose, manteniendo a raya el torbellino de las emociones, le preguntó a Adrianna por la situación de la búsqueda de su hermano. Su respuesta fue que la policía no tenía pistas, que nada había cambiado. Por eso no lo había llamado antes.

El mundo de Harry se desmoronaba con gran violencia. Habría querido llamar a Barbara Willis, la viuda de Byron. Habría querido hablarle, tocarla, intentar consolarla y compartir su profundo dolor. Habría querido llamar a Bill Rosenfeld y Penn Barry, los socios de Byron, para preguntarles qué diablos había ocurrido. Pero no podía. No podía comunicarse con ellos por teléfono, ni por fax, ni siquiera por correo electrónico, sin temor a que lo localizaran. Pero tampoco podía cruzarse de brazos; si Danny estaba vivo, no tardarían en dar con él como habían dado con Byron Willis. De pronto, pensó en el cardenal Marsciano y en la actitud que éste había adoptado en la funeraria, cuando le aconsejó que enterrara los restos carbonizados

como si se tratasen de los de su hermano, y le advirtió que no escarbara más. Sin duda, el cardenal sabía mucho más de lo que decía. Si alguien conocía el paradero de Danny, ése era él.

—Adrianna —dijo con decisión—, quiero el número de teléfono del domicilio del cardenal Marsciano. No el número principal, sino el privado, el que, con suerte, sólo él contesta.

—No sé si podré conseguirlo.

—Inténtalo.

CINCUENTA Y TRES

Todavía domingo, 12 de julio

Via Carissimi era una calle de apartamentos y casas de lujo flanqueada por los extensos jardines de Villa Borghese, por un lado, y por la elegante y arbolada Via Pinciana, por el otro.

Desde las nueve y media, Harry había estado vigilando el edificio de cuatro plantas cubierto de hiedras del número 46. Había llamado dos veces al número privado del cardenal Marsciano. En las dos ocasiones había topado con su contestador automático. Y ambas veces había colgado antes de que sonara la señal. O Marsciano no se encontraba en casa o seleccionaba las llamadas. A Harry no le convenía ninguna de las dos posibilidades. No podía dejar un mensaje ni dar la oportunidad a Marsciano de que lo hiciera esperar mientras alguien rastreaba la llamada. Lo mejor era armarse de paciencia, al menos durante un tiempo. Intentarlo más tarde con la esperanza de que contestara el cardenal.

A mediodía llamó de nuevo con idéntico resultado. Frustrado, decidió dar un paseo por Villa Borghese. A la una se sentó en un banco al borde del parque, desde donde veía con claridad la residencia del cardenal.

Por fin, a las dos y cuarto, un Mercedes gris se detuvo delante del edificio. El conductor se apeó y abrió la puerta trasera. Unos instantes después apareció Marsciano, seguido por el padre Bardoni. Juntos, los clérigos subieron las escaleras y entraron en el edificio de Marsciano. Unos instantes después, el conductor subió al coche y se marchó.

Consultando su reloj, Harry extrajo el móvil del bolsillo, aguardó a que pasara una pareja joven, pulsó el botón de rellamada y esperó.

—*Pronto* —respondió el cardenal.

—Soy el padre Roe, cardenal Marsciano. Vengo de la Universidad de Georgetown, en...

—¿Cómo consiguió este número?

—Me gustaría hablar con usted acerca de un problema médico...

—¿Cómo?

—Un tercer pecho. Se le conoce como pezón supernumerario.

Se produjo una pausa. Luego oyó otra voz.

—Habla el padre Bardoni. Trabajo para el cardenal. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Monseñor Grayson, de la Universidad de Georgetown, tuvo la amabilidad de

darme el teléfono del cardenal. Me dijo que si necesitaba algo, Su Eminencia estaría encantado de ayudarme.

Harry esperó en el banco hasta que vio al padre Bardoni bajar los escalones del edificio y subir por la calle hacia él. Poniéndose de pie, caminó despacio hacia una gran fuente alrededor de la cual había mucha gente que intentaba aliviarse del agobiante calor y la humedad de aquella tarde de domingo. Harry era uno más entre la multitud: un joven cura con barba que hacía lo mismo que los demás.

Miró atrás y vio que el sacerdote joven y alto, con cabellos negros rizados, empezaba a cruzar el parque. Andaba con naturalidad, como si hubiese salido a dar un paseo. Harry notó que miraba en dirección a él, intentando encontrarlo en medio de la muchedumbre de la fuente. Era la actitud de un hombre que no quería llamar la atención, de alguien que se sentía vigilado e incómodo. Aun así, había acudido, y esto bastaba para que Harry comprendiese que no se había equivocado. Danny seguía con vida. Y Marsciano sabía dónde estaba.

CINCUENTA Y CUATRO

Harry permaneció atento, oculto en parte tras unos niños que jugaban con el agua de la fuente, dejando que el padre Bardoni lo encontrara en medio de la gente.

Al fin lo hizo.

—Ha cambiado mucho...

El padre Bardoni se detuvo junto a él, mirando, no a Harry, sino a los niños que jugaban en la fuente.

En efecto: Harry estaba más delgado, y la barba, el atuendo de cura y la boina negra inclinada ayudaban.

—Quiero entrevistarme con Su Eminencia.

Los dos hombres hablaban en voz baja, observando a los niños, sonriendo cuando convenía, disfrutando con sus travesuras.

—Me temo que no será posible.

—¿Por qué?

—Sencillamente no es posible. Está muy ocupado...

Harry se volvió hacia él.

—¡Déjese de bobadas!

El padre Bardoni dirigió la vista hacia un punto situado detrás de Harry.

—En la colina, a su espalda, hay varios *carabinieri* montados a caballo. Un poco más cerca, a su derecha, hay dos más en motocicleta. —Miró de nuevo a Harry—. Usted es uno de los dos hombres más buscados en Italia... Me basta con acercarme a la policía y agitar los brazos... ¿Me comprende?

—Mi hermano está vivo, padre. Y Su Eminencia sabe dónde está. O me lleva hasta él, o llamamos a la policía para que lo convenza.

El padre Bardoni estudió con atención a Harry, luego sus ojos se posaron en un hombre de camisa azul que los observaba desde el otro extremo de la fuente.

—Tal vez deberíamos dar un paseo...

Echaron a andar, y Harry advirtió que el hombre se apartaba de la multitud y los seguía a una prudente distancia mientras cruzaban una zona ajardinada y tomaban un sendero adoquinado en medio del parque.

—¿Quién es? —quiso saber Harry—. El hombre de la camisa azul.

El padre Bardoni se quitó las gafas, las limpió con la manga y se las puso de nuevo.

Sin ellas, parecía más fuerte y duro, y a Harry se le ocurrió la idea de que no las necesitaba, de que las empleaba para dulcificar su apariencia, de que tal vez fuera más un guardaespaldas que un secretario. O, en cualquier caso, de que estaba mucho más involucrado en lo que sucedía de lo que aparentaba.

—Señor Addison. —El padre Bardoni echó un vistazo por encima del hombro. El hombre de la camisa azul aún los seguía. Se detuvo de golpe, permitiendo, de modo deliberado, que se aproximase a ellos—. Trabaja para Farel —musitó.

Al final, el hombre les dio alcance e inclinó la cabeza al pasar.

—Buon giorno.

—*Buon giorno* —respondió el padre Bardoni.

El sacerdote lo vio alejarse y luego se dirigió a Harry.

—No tiene la menor idea de qué está ocurriendo, ni de dónde se está metiendo.

—¿Por qué no me lo cuenta?

El padre Bardoni volvió a mirar al hombre de la camisa azul. Subía por el sendero, cada vez más lejos de ellos. Una vez más, el sacerdote se quitó las gafas y se volvió hacia Harry.

—Hablaré con el cardenal, señor Addison —accedió, por lo pronto, el padre Bardoni—. Le diré que desea entrevistarse con él.

—Es más que un deseo, padre.

El sacerdote vaciló, como si evaluase la determinación de su interlocutor, y se puso de nuevo las gafas.

—¿Dónde se aloja? —preguntó— ¿Cómo podemos ponernos en contacto con usted?

—No estoy seguro, padre. Lo mejor será que yo me ponga en contacto con ustedes.

Al final del sendero, el hombre de la camisa azul se detuvo y volvió la mirada. Al hacerlo, vio a dos curas que se estrechaban la mano. El padre Bardoni dio media vuelta y se alejó por donde había venido. El otro sacerdote, el de sotana negra, lo observó partir y se marchó en la dirección contraria.

CINCUENTA Y CINCO

Castelletti tomó un cigarrillo de un paquete que había sobre la mesa, delante de él, y lo encendió. Luego vio que Roscani lo observaba.

—¿Quiere que salga?

—No.

Roscani dio un mordisco a una zanahoria.

—Termine lo que estaba diciendo —le pidió, y, mirando a Scala, se volvió para echar un vistazo al tablón de anuncios que había en la pared, junto a la ventana.

Se hallaban en el despacho de Roscani, sin chaqueta y con la camisa remangada, hablando por encima del zumbido del aire acondicionado. Los detectives ponían a Roscani al corriente de sus respectivas investigaciones.

Castelletti había seguido la pista de los números de la cinta de vídeo de Harry Addison, que había sido comprada en una tienda de Via Frattina, a poco más de cinco minutos a pie del hotel Hassler.

Buscando el origen del vendaje que presentaba Addison en la frente, Scala había investigado todas las calles dentro de un radio de un kilómetro desde donde Pio había sido asesinado. En esa zona había veintisiete médicos y tres clínicas. La tarde o la noche del asesinato, ninguno había tratado a nadie que respondiese a la descripción de Harry Addison. Por otro lado, Roscani había ordenado que la grabación fuera sometida a un tratamiento informático para obtener una visión más detallada del papel pintado que había detrás de Addison. No habían obtenido ningún resultado. Sencillamente no había suficientes detalles del dibujo para determinar dónde se había fabricado.

Mordisqueando su zanahoria, tratando de pasar por alto el fuerte olor a nicotina que despedía el cigarrillo de Castelletti, Roscani escuchó con atención todo el relato. Habían realizado su trabajo y nada habían sacado en claro; era parte del juego. Mucho menor interés le suscitaban el tablero y las tarjetas de ocho por doce con los nombres de las veintitrés o veinticuatro víctimas del atentado contra el autocar de Asís. Junto a ellas había fotografías, algunas recientes, otras viejas, recogidas de archivos familiares, casi todas de los cadáveres mutilados.

Al igual que Scala y Castelletti, Roscani las había examinado mil veces. Las había estudiado al dormirse, al afeitarse, al conducir. Si el padre Daniel seguía con vida, ¿a quién había sustituido? ¿A cuál de los otros veintitrés?

De los ocho supervivientes y los dieciséis muertos, todos menos uno —los restos que en un principio creyeron que pertenecían al padre Daniel Addison— habían sido

identificados por encima de toda duda; incluso se había confirmado la identidad de los cinco cadáveres desfigurados por el fuego mediante fichas médicas y dentales.

El único que faltaba, la víctima número veinticuatro —para quien no había tarjeta, nombre ni fotografía—, era el cuerpo carbonizado del ataúd, que inicialmente se había identificado como el del padre Daniel Addison. Hasta la fecha seguía sin identidad. Las pruebas no habían desvelado cicatrices ni otros medios visibles de identificación. Se había realizado un cuadro dental a partir de lo poco que quedaba de la boca, pero aún no habían hallado con qué compararlo. Los archivos de desaparecidos no habían arrojado luz alguna. Y, sin embargo, resultaba obvio que faltaba alguien. Un varón de raza blanca presumiblemente de treinta y tantos a cuarenta y pocos años de edad, entre 1,80 y 1,82 metros de estatura y con un peso aproximado de...

De pronto, Roscani se volvió y miró a sus detectives.

—¿Y si hubiesen sido veinticinco pasajeros, en lugar de veinticuatro? En la confusión que se produjo, ¿quién sabría cuántos había con exactitud? Llevaron a vivos y muertos a dos hospitales distintos. Hicieron venir a médicos y enfermeras adicionales. Las ambulancias iban y venían. Había cuerpos con quemaduras terribles, sin brazos o piernas. Había camillas amontonadas en los pasillos. Gente corriendo de un lado a otro, gritando, intentando establecer el orden y ocuparse de las víctimas al mismo tiempo. Añadan eso a lo que ocurría en las salas de urgencias. ¿Quién diablos iba a sentarse allí a llevar la cuenta? Para empezar, no había suficiente personal.

»Y, ¿qué pasó después? Casi un día entero hablando con los equipos de salvamento, revisando fichas de hospitales, interrogando a los empleados de la empresa de transporte para averiguar cuántos billetes se vendieron. Y el día siguiente tratando de descubrir la identidad de la gente que teníamos. Y al final, todos —incluidos nosotros— dimos por buena la suma total de veinticuatro.

»No es descabellado pensar que se haya pasado por alto una persona en medio del caos. Alguien que no hubiera sido ingresado formalmente. Alguien que, sin más, podría haberse marchado en medio de todo. O que, incluso, podría haber obtenido ayuda para salir pitando. ¡Maldita sea!

Roscani descargó un golpe seco sobre la mesa. Durante todo aquel tiempo habían estado pendientes de lo que tenían, no de lo que no tenían. Debían regresar a los hospitales, revisar los registros de todas las admisiones de aquel día, hablar con todas las personas que habían estado de guardia; averiguar qué había sucedido con aquella víctima, adonde podía haber ido, o adonde la habían llevado.

Cuarenta minutos más tarde Roscani se hallaba en la *autostrada*, conduciendo hacia el norte en dirección al hospital de Fiano Romano. Se sentía como un malabarista con demasiadas bolas en el aire, como un niño ante un mecano al que le sobran piezas. Intentó hacerlas a un lado y poner la mente en blanco, dejar que su subconsciente

realizase el trabajo, utilizar el suave zumbido de los neumáticos como sonido de fondo para su espléndido silencio, su *assoluta tranquillità*.

Extendió el brazo y cambió la posición del retrovisor para protegerse de la deslumbrante luz del atardecer. Sintió el súbito deseo de fumar un cigarrillo; aún había un paquete en la guantera. Se disponía a sacarlo, pero se arrepintió. En cambio, abrió una bolsa marrón que había en el asiento contiguo y, en lugar de uno de los palitos de zanahoria que su mujer le había cortado, extrajo un gran *biscotto* de la media docena que se había comprado. Estaba a punto de darle un mordisco cuando todo regresó al punto de partida.

No había contado a nadie su hipótesis de que la pistola Llama española encontrada en el lugar de la explosión del autocar quizá no pertenecía al padre Daniel, sino a otro pasajero que estuviese allí para matarlo. ¿Por qué? Porque no disponía de datos que la respaldasen. Y sin algún tipo de prueba, pensar en aquella dirección constituía un desperdicio de tiempo y energías. No obstante, si unía esa hipótesis a la del vigesimoquinto hombre, tenía al pasajero sin contar, tal vez a alguien que hubiese comprado un billete en el último minuto, al subir, un billete que el conductor no hubiese tenido tiempo de registrar antes de que volara el autocar. Si éste era el caso, y si este hombre era quien yacía en la caja, resultaba comprensible por qué nadie se había acercado a identificarlo.

Aun así, se dijo, no era más que una conjetura. Por otro lado, la idea lo asaltaba cada vez con más fuerza. Era una corazonada, un presentimiento que le dictaban sus años de experiencia: sin duda había habido un vigesimoquinto pasajero, y éste había subido al autocar para matar al padre Daniel. Y si éste era el asesino —Roscani miró hacia el horizonte—, entonces, ¿quién voló el autobús? ¿Y por qué?

CINCUENTA Y SEIS

Xi'an, China, lunes 13 de julio, 14.30 h

Li Wen encendió un cigarrillo y se reclinó, apartándose lo más posible del hombre obeso que dormía en el asiento contiguo. En quince minutos el tren llegaría a Xi'an. Una vez allí, se bajaría y el gordo podría quedarse con los dos asientos. Li Wen había recorrido el mismo trayecto en mayo y en junio, con la diferencia de que antes había viajado con todo lujo en el expreso *Marco Polo*, el tren de color verde y crema que sigue la antigua Ruta de la Seda, 3200 kilómetros desde Pekín hasta Urumtsi, la capital de la provincia de Xinjiang, el primer gran enlace de Este a Oeste. Los chinos esperaban que dicho tren atrajera al mismo pasajero acaudalado que frecuentaba el legendario *Orient Express* de París a Estambul.

Sin embargo aquella noche Li viajaba en el asiento incómodo de segunda clase de un tren atestado que ya llevaba cuatro horas de retraso. Odiaba los trenes atestados. Odiaba la música estridente, los pronósticos del tiempo y las noticias sin contenido que emitían sin cesar los altavoces del tren. Junto a él, el gordo cambió de posición, clavándole el codo en el tórax. Al mismo tiempo, la mujer de mediana edad sentada frente a él carraspeó y escupió al suelo, entre el zapato del hombre que iba de pie en el pasillo, junto a ella, y el joven que iba apretujado al lado.

Li empujó el codo del gordo y dio una profunda calada a su cigarrillo. En Xi'an cambiaría de tren, con suerte a uno menos lleno, y se encontraría camino de Hefei y de su habitación en el hotel Chino de Ultramar, donde, tal vez, dormiría unas horas, como había hecho en mayo y en junio. Y como haría de nuevo en agosto. Éstos eran los meses en que el calor favorecía el crecimiento de algas en los lagos y ríos que abastecían de agua potable a los sistemas de suministro de agua de su zona de China Central. Ex profesor adjunto del departamento de investigación del Instituto Hidrobiológico de Wuhan, Li Wen era un funcionario de grado medio, un ingeniero de control de calidad de aguas en la nómina del gobierno central. Su trabajo consistía en controlar el contenido de bacterias de las aguas procedentes de las plantas depuradoras de la región para uso público. Aquel día lo esperaban las mismas tareas de siempre: llegar a las cinco de la mañana, pasar el día y, tal vez, el siguiente, inspeccionando la planta y analizando el agua, luego registrar los datos y consignar sus recomendaciones para el Comité Central; y pasar a la siguiente. Era una vida gris, aburrida y tediosa. Al menos lo había sido hasta la fecha.

CINCUENTA Y SIETE

Lago de Como, Italia, domingo 12 de julio, 20.40 h

El sonido de los motores pasó de un silbido a un zumbido apagado, y la hermana Elena Voso sintió que el hidrodslizador aminoraba la marcha y el casco de la embarcación se hundía en el agua. Se dirigían a una gran casa de piedra que se alzaba sobre la orilla. A la luz del atardecer vio a un hombre que los esperaba en el muelle, con una larga cuerda en la mano.

Marco bajó del puente y se dirigió a la cubierta. Detrás de ella, Luca y Pietro se pusieron de pie para desenganchar las correas de seguridad que habían sujetado la camilla durante los veinte minutos de viaje desde la costa. El hidrodslizador era grande, con capacidad, pensó ella, para sesenta personas sentadas, y se empleaba como medio de transporte público entre los pueblos del lago, de cincuenta kilómetros de longitud. Pero en este viaje eran los únicos pasajeros: ella, Marco, Luca y Pietro. Y Michael Roark.

Habían abandonado la casa de Cortona el día anterior, poco después del mediodía. Habían salido a toda prisa, dejando atrás casi todo excepto las medicinas del paciente. Alguien había telefoneado a Luca y Elena había contestado. Luca dormía, había dicho ella, pero la voz la apremió para que lo despertara y le advirtiera que se trataba de algo urgente, y Luca había contestado en el teléfono supletorio de la primera planta.

«¡Sal de ahí, ahora mismo!», ella había oído decir a la voz cuando regresó a la cocina para colgar. Había empezado a escuchar, pero Luca le había pedido que colgara. Y ella había obedecido.

Unos instantes después, Pietro se había marchado en su coche, para volver al cabo de cuarenta y cinco minutos al volante de otra furgoneta. Menos de quince minutos más tarde ya iban en ella, dejando atrás el vehículo en el que habían llegado.

Circulando hacia el norte habían tomado la *autostrada* A1 en dirección a Florencia y luego se habían dirigido a un piso de Milán, donde habían pasado la noche y la mayor parte del día. Allí, Michael Roark había probado su primera comida de verdad: un arroz con leche que Marco había comprado en una tienda de ultramarinos local. La había comido despacio, entre sorbos de agua, y su cuerpo la había aceptado. Pero no había sido suficiente, de modo que ella no había retirado el gota a gota.

El periódico que había comprado, con la fotografía del padre Daniel Addison, se

había quedado atrás con las prisas por partir. No sabía si Roark la había visto ocultarlo a su espalda al volverse hacia ella de repente. Lo único que sabía era que la comparación no había sido concluyente. Quizás era el sacerdote norteamericano, quizá no. Todo su esfuerzo había sido en vano.

Las hélices produjeron un estruendo repentino, y luego Elena sintió una sacudida suave, cuando el hidrodreslizador tocó el muelle. Observó a Marco, que lanzaba las amarras al hombre que los aguardaba en tierra y despertó de sus cavilaciones para ver a Luca y Pietro sacar la camilla de la embarcación. Michael Roark alzó la cabeza y la miró, más que nada para asegurarse de que iría con ellos, supuso Elena. Por mucho que hubiera mejorado, hablaba con sonidos roncós y guturales, y seguía sumamente débil. Ella cayó en la cuenta de que, además de su enfermera, se había convertido en su soporte emocional. Era una dependencia cariñosa y, a pesar de toda su experiencia profesional, la conmovía de un modo que nunca antes había sentido.

Se preguntó qué debía de significar, y si estaba cambiando de alguna manera. No pudo por menos de plantearse si cambiaría algo el hecho de que se tratara del sacerdote fugitivo.

Unos minutos más tarde se hallaba fuera de la embarcación y Marco los conducía por la pasarela hacia tierra firme. Elena fue la última en desembarcar. Desde el muelle, escuchó que se aceleraban los motores del hidrodreslizador y se volvió para verlo partir hacia la envolvente oscuridad, con el débil brillo de las luces de popa y la bandera italiana sobre el puente, ondeando al viento. Poco después la nave aceleró y su casco se elevó sobre el agua como un enorme pájaro desgarbado. Al cabo de unos instantes había desaparecido y las aguas negras se tragaban la estela como si la embarcación nunca hubiese existido.

—Hermana Elena —la llamó Marco.

Ella se volvió para seguirlos por los escalones de piedra hacia las luces de la enorme mansión que se alzaba ante ellos.

CINCUENTA Y OCHO

Roma, a la misma hora

Harry se hallaba en la diminuta cocina de Eaton, mirando el teléfono móvil que descansaba sobre el mármol. Junto a él había una barra de pan sin terminar y, al lado, unas lonchas de queso que había adquirido en una de las pocas tiendas que abrían en domingo. Para entonces, Marsciano ya estaría al tanto del contenido de la entrevista entre él y el padre Bardoni y habría tomado una decisión respecto a qué hacer cuando Harry lo llamara.

Si es que llamaba.

«No tiene la menor idea de qué está ocurriendo ni de dónde se está metiendo.»

Las palabras del padre Bardoni regresaban una y otra vez, escalofrantes, a su mente.

El hombre de camisa azul era uno de los policías de Farel, y había estado vigilando al padre Bardoni, no a Harry. Eaton se había mostrado convencido de que algo oscuro se tejía en las altas esferas de la Santa Sede. Y tal vez a esto se refería el padre Bardoni cuando le advirtió que cualquier intromisión era inoportuna y peligrosa; tal vez quiso hacerle entender que estaba a punto de ahogar a todos con sus propias olas.

Harry apartó la vista del teléfono. No sabía qué hacer. Al presionar a Marsciano tal vez empeoraría aún más las cosas. Pero ¿para quién? ¿Para Marsciano? ¿Para la gente de Farel? ¿Para alguna otra persona involucrada?

Sin motivo aparente, tomó el cuchillo que había empleado para cortar el pan y el queso. Era un cuchillo de cocina corriente, con el filo ligeramente romo. Como cuchillo, no resultaba impresionante, pero sí eficaz. Sosteniéndolo en alto, lo hizo girar en la mano y vio un destello de la luz en la hoja. Luego, con un movimiento natural, se volvió y lo hundió en lo que quedaba de pan. Lo único que importaba era la seguridad y el bienestar de su hermano. Todo lo demás —el Vaticano y sus intrigas— podía irse al diablo.

CINCUENTA Y NUEVE

Hospital de San Juan, Via dell'Amba Aradam, 21.50 h

Harry se encontraba solo en la pequeña capilla, sentado en un banco a tres filas del altar, con la boina negra en el bolsillo de la chaqueta y la cabeza agachada, en actitud de oración. Llevaba allí quince minutos cuando se abrió la puerta y un hombre con camisa de manga corta y lo que parecían ser unos pantalones Dockers Levi de color marrón entró y se sentó cerca.

Harry consultó su reloj y se volvió hacia la puerta. Marsciano había quedado en presentarse veinte minutos antes. Sólo cuando decidió concederle cinco minutos más descubrió, asombrado, que el recién llegado era Marsciano.

Durante un rato largo el cardenal permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada, en silencio. Al fin alzó la vista, miró a Harry y señaló con un gesto una puerta que había a la izquierda. Luego se puso de pie, se santiguó delante del altar y desapareció por aquella puerta. Al mismo tiempo, una pareja de jóvenes entró, se arrodillaron delante del altar, se santiguaron y se sentaron juntos en la primera fila.

Harry contó despacio hasta veinte, luego se irguió, se santiguó y salió por la misma puerta que Marsciano.

El cardenal aguardaba en el otro extremo, en un corredor estrecho.

—Venga conmigo —indicó Marsciano.

Sus pisadas resonaban sobre las gastadas baldosas blancas y negras. El cardenal condujo a Harry por el pasillo vacío hacia una parte antigua del edificio. Tras torcer por otro corredor, Marsciano abrió una puerta y entraron en un pequeño recinto privado destinado para la oración. Poco iluminado, más íntimo que el primero, tenía un suelo de piedra y unos cuantos bancos de madera pulida frente a una sencilla cruz de bronce. Arriba, a izquierda y derecha, altas ventanas, oscuras contra el cielo nocturno, llegaban hasta el techo.

—Quería verme. Aquí estoy, señor Addison.

Marsciano cerró la puerta y se situó de tal manera que sus ojos y la frente quedaron en sombras. De un modo deliberado o no, destacaba su autoridad, recordando a Harry que, fuera lo que fuese, Marsciano seguía ocupando un lugar importante dentro de la jerarquía de la Iglesia.

Aun así, Harry Addison no podía permitirse el lujo de dejarse intimidar.

—Mi hermano vive, Eminencia, y usted sabe dónde está.

Marsciano guardó silencio.

—¿De quién lo protege? ¿De la policía? ¿De Farel?

Harry sabía que Marsciano lo miraba a los ojos, aunque él no alcanzaba a ver los suyos.

—¿Quiere usted a su hermano, señor Addison?

—Sí...

—¿Quiere a su hermano? —repitió Marsciano, esta vez más decidido, exigente, implacable—. Ustedes se habían distanciado. Llevaban años sin hablarse.

—Pero es mi hermano.

—Muchos hombres tienen hermanos.

—No le entiendo.

—Han estado separados todo este tiempo. ¿Por qué es tan importante para usted ahora?

—Pues porque lo es.

—Entonces, ¿por qué pone en peligro su vida?

Los ojos de Harry centellearon de cólera.

—Sólo dígame dónde está.

—¿Ha pensado en lo que hará cuando lo sepa? —Marsciano no hizo caso a Harry y siguió hablando—. ¿Quedarse con él donde está? ¿Permanecer oculto toda la vida? Tarde o temprano comprenderá que debe enfrentarse a una cuestión apremiante: la policía. Y cuando lo haga, señor Addison, los asesinarán a ambos. A su hermano, por lo que sabe. A usted, porque creerán que se lo habrá dicho.

—Pero ¿qué es lo que sabe?

Marsciano permaneció en silencio durante largo rato, luego dio un paso adelante y la luz le iluminó el rostro por primera vez. Harry vio no a un aristócrata papal, sino a un hombre destrozado y sobrecogido, más de lo que Harry habría creído posible. Esto lo pilló completamente por sorpresa.

—Intentaron matarlo una vez. Están intentándolo otra vez. Han enviado a un asesino para darle caza. —Marsciano lo miró a los ojos—. Via di Montoro 47. No se crea que nadie lo ha visto entrar en aquel piso. No se crea que su disfraz de cura le servirá de mucho. Se lo advierto por última vez: ¡manténgase al margen! Porque de lo contrario...

—¿Dónde está? ¿Qué diablos es lo que sabe?

—... de lo contrario, yo mismo les diré dónde está. Y si lo hago, ninguno de los dos volverá a saber de él. —La voz de Marsciano languideció hasta convertirse en un susurro—. Esto es lo que se juega...

—La Iglesia. —Harry sintió un escalofrío al decirlo.

El cardenal lo miró fijamente durante unos instantes, luego se volvió de golpe, abrió la puerta de un tirón y desapareció en el pasillo, mientras sus pasos se desvanecían en el silencio.

SESENTA

Tres horas más tarde, lunes 13 de julio, 1.20 h

Roscani contestó la llamada desnudo, como dormía en verano. Miró a su mujer, pidió que no colgaran y se puso un batín ligero. Unos instantes después levantó el auricular en su estudio, al tiempo que encendía la lámpara del escritorio.

Habían encontrado muertos a un hombre de mediana edad y a su mujer en un contenedor situado junto a la empresa de ambulancias de la que eran propietarios, en Pescara. Llevaban muertos casi treinta y seis horas cuando los descubrieron unos familiares. Al principio, la policía local lo había atribuido a un asesinato seguido de un suicidio, pero después de interrogar a amigos y parientes, había descartado la hipótesis. Y, por si guardaba alguna conexión con la investigación en curso, había decidido informar al Gruppo Cardinale en Roma.

Pescara, 4.30 h

Roscani dio una vuelta por el escenario del crimen, el almacén que se hallaba detrás del Servizio Ambulanza Pescara. Ettore Caputo y su mujer tenían seis hijos y llevaban treinta y dos años casados. Discutían sin cesar, aseguró la policía de Pescara, y sobre cualquier cosa. Sus peleas eran a gritos, violentas y apasionadas. Pero nadie había visto nunca que uno le pusiera la mano encima al otro. Y Ettore Caputo nunca había tenido una pistola.

La señora Caputo había recibido un disparo primero. A quemarropa. Y, al parecer, su esposo se había pegado un tiro a continuación, porque el arma presentaba sus huellas dactilares. Era una Magnum Derringer 44 de dos disparos. Poderosa, pero pequeña. Una clase de pistola que nadie conoce, salvo que sea aficionado a las armas de fuego.

Roscani sacudió la cabeza. ¿Por qué una Derringer? Dos disparos no permiten fallar más de una vez. Lo único bueno que tenía era su tamaño, ya que era fácil de ocultar. Roscani retrocedió un paso e hizo una señal a un miembro del equipo técnico, y la mujer se acercó con una bolsa de pruebas para recoger el arma. Luego él se volvió, salió del almacén y se dirigió a la oficina de la empresa de ambulancias. Vio a un montón de curiosos en la calle, observando desde detrás de una barrera policial. Roscani pensó en la última tarde y en lo que él y sus agentes habían averiguado tras

visitar los hospitales de las afueras de Roma. No habían hallado un solo indicio que reforzara la hipótesis del vigesimoquinto pasajero del autocar, alguien que se hubiese alejado en medio de la confusión, o a quien hubiese recogido un coche o —al entrar en la oficina de la empresa, Roscani se fijó en un calendario de publicidad colgado de una pared— una ambulancia privada.

Castelletti y Scala lo esperaban en el interior. Estaban fumando y apagaron sus cigarrillos en cuanto vieron entrar a Roscani.

—Huellas dactilares, otra vez —dijo Roscani, despejando con una mano el humo de tabaco que permanecía suspendido en el aire—. Las huellas del español en el rifle homicida, las huellas de Harry Addison en la pistola que mató a Pio, ahora las huellas claras de un hombre que, supuestamente, nunca poseyó un arma y que, sin embargo, cometió un asesinato y se suicidó. Siempre huellas que apuntan de manera evidente a alguien. Bien, pues sabemos que éste no fue el caso del cardenal vicario. Así pues, ¿qué hay de los demás? ¿Y si hubiera una tercera persona que aprieta el gatillo y luego se asegura de estampar las huellas convenientes en el arma? La misma tercera persona cada vez. El mismo o la misma, tal vez incluso los mismos, mataron al cardenal vicario, a Pio, o hasta a los propietarios de la empresa de ambulancias.

—¿El cura? —preguntó Castelletti.

—O quizá nuestra tercera persona, alguien completamente distinto. —Con aire distraído, Roscani sacó un chicle, lo desenvolvió y se lo metió en la boca—. También cabe la posibilidad de que el cura se encontrase malherido y lo trasladasen en ambulancia desde uno de los hospitales de las afueras de Roma hasta Pescara...

—Y esa tercera persona se enteró y vino hasta aquí en su busca —murmuró Scala.

Roscani lo miró, luego dobló con cuidado el papel y se lo introdujo en el bolsillo.

—¿Por qué no?

—Si sigue este razonamiento acabará por deducir que Harry Addison no mató a Pio...

Roscani se alejó unos pasos, mascando despacio su chicle. Miró el suelo, luego el techo. A través de la ventana vio una gran bola roja que se elevaba sobre el Adriático. Luego se volvió.

—Tal vez no lo hizo.

—*Ispettore capo*...

Los detectives alzaron la mirada cuando entró un policía de Pescara, el rostro empapado en sudor.

—Es posible que tengamos algo más. El forense acaba de examinar el cuerpo de una mujer que murió anoche, en el incendio de un piso...

Roscani lo supo antes de que se lo dijeran.

—No murió en el incendio.

—No, señor. La asesinaron.

SESENTA Y UNO

Roma, 6.30 h

Harry se dirigió al Coliseo con la cabeza gacha, sin reparar en el tráfico matinal de la Via dei Fiori Imperiali, que circulaba junto a él. En ese momento, lo fundamental era mantenerse en movimiento. Era la única manera de no perder la escasa cordura que aún le quedaba. Coches. Autobuses. Motos. Rugiendo, yendo de un lado a otro. Toda una sociedad abismada en sus propios asuntos centraba sus pensamientos y emociones de un modo total e inocente en el día que empezaba, como solía hacer él cada día de su vida profesional antes de su viaje a Roma. Era algo tan cómodo y cotidiano como unos viejos zapatos.

Levantarse a las seis, ejercitarse durante una hora en el gimnasio contiguo a su dormitorio, ducharse, desayunar con clientes efectivos o potenciales, y encaminarse al despacho, con el móvil siempre a mano, incluso en la ducha. Como ahora: llevaba el móvil allí mismo, en el bolsillo. Sólo que no era lo mismo. El teléfono móvil estaba allí, pero no se atrevía a usarlo. Podían seguir el rastro de la llamada, y toda la zona se encontraría cercada por la policía en un santiamén.

De pronto pasó del sol más ardiente a la sombra más profunda. Levantó la vista y advirtió que se hallaba bajo la sombra del Coliseo. Casi con la misma rapidez, sus ojos captaron un movimiento en la oscuridad, y se detuvo. Una mujer con un vestido harapiento miraba desde la base de los antiguos arcos. Junto a ella apareció una mujer de similar aspecto. Y luego una tercera, ésta con un bebé. Gitanos.

Dio la vuelta y vio que había más. Ocho o diez al menos, y empezaban a rodearlo. Estrechaban el círculo poco a poco. Algunas iban solas, y otras en parejas o en grupos de tres. Todas eran mujeres, y la mayoría llevaba niños con ellas. Aprisa, Harry se volvió hacia la calle. No había nadie. Ni un guardia. Ni un turista. Nadie.

De pronto sintió un tirón y miró hacia abajo. Una vieja le levantaba las perneras para examinar sus zapatos. Harry se echó atrás, pero de nada le sirvió. Había otra mujer, más joven, allí mismo, con una mano extendida, para que le dieran dinero, mientras con la otra acariciaba la tela de sus pantalones. El hecho de que fuera un sacerdote parecía no importarles. Luego sintió que algo le rozaba la espalda y que una mano buscaba su cartera.

Giró de golpe, extendiendo el brazo; se encontró con un trozo de tela en la mano y arrastró con él a una joven que gritaba histérica. Las demás retrocedieron, asustadas, sin saber qué hacer. La mujer a quien sujetaba chillaba como si estuviesen

asesinándola. Harry tiró de ella hasta tenerla cara a cara.

—Hércules —musitó—, quiero ver a Hércules.

Sentado con una mano en la cadera y sosteniendo la barbilla con la otra, el enano miraba atentamente a Harry. Acababan de dar las doce y se hallaban en un banco en una pequeña plaza polvorienta al otro lado del Tíber, en el barrio Gianicolo de Roma. En el bulevar que conformaba el límite más lejano de la plaza había mucho tráfico. Salvo por dos ancianos sentados en otro banco, estaban solos. Pero Harry sabía que los gitanos estaban allí, en algún lugar, fuera del alcance de la vista, acechando.

—Por su culpa, la policía encontró mi túnel. Por su culpa, ahora vivo en la calle. Muchas gracias. —Hércules se mostraba enojado.

—Lo siento...

—Y sin embargo, está aquí otra vez. Para buscar ayuda en lugar de ofrecerla.

—Sí.

Hércules apartó la vista a propósito.

—¿Qué quiere?

—Que sigan a alguien. A dos personas, en realidad. Usted y los gitanos.

Hércules se volvió hacia Harry.

—¿A quiénes?

—A un cardenal y a un cura. Saben dónde está mi hermano... y me llevarán hasta él.

—¿Un cardenal?

—Sí.

De pronto, Hércules recogió una muleta que había dejado debajo del banco y se puso de pie.

—No.

—Le pagaré.

—¿Con qué?

—Con dinero.

—¿Cómo piensa conseguirlo?

—Lo tengo... —Harry vaciló, luego extrajo del bolsillo el dinero que le había dado Eaton—. ¿Cuánto quiere? ¿Cuánto para usted y los gitanos?

Hércules dirigió la vista primero hacia el dinero, y luego hacia Harry.

—Es más de lo que le di. ¿De dónde lo ha sacado?

—Lo tengo..., y es lo único que importa. ¿Cuánto quiere?

—Más que eso.

—¿Cuánto más?

—¿Puede conseguirlo? —Hércules parecía sorprendido.

—Eso creo...

—Si puede conseguir tanto dinero, ¿por qué no le pide a la gente que se lo da que

siga al cardenal?

—No resulta tan sencillo.

—¿Por qué? ¿No confía en ellos?

—Hércules, le estoy pidiendo ayuda. Estoy dispuesto a pagar por ella. Y sé que lo necesita...

El enano guardó silencio.

—Antes me dijo que no podía reclamar la recompensa porque para ello debía acudir a la policía... Quizás el dinero lo ayude a abandonar las calles.

—A decir verdad, señor Harry, lo mejor que puede pasarme es que no me vean con usted. La policía lo busca. Y también a mí. Somos malas compañías. El doble de malas cuando estamos juntos... Necesito que me ayude como abogado, no como banquero. Cuando se encuentre en situación de hacerlo, regrese. Hasta entonces, *arrivederci*.

Con aire indignado, Hércules se dispuso a alcanzar la otra muleta. Sin embargo, Harry se le adelantó y se la arrancó de las manos.

Hércules lo miró furioso.

—Ésa no es una buena idea.

Aun así, Harry la mantuvo apartada.

—Antes me dijo que quería ver qué era capaz de hacer. Hasta dónde me llevarían el ingenio y el valor. Hasta aquí he llegado, Hércules. Lo intenté, pero sencillamente no funcionó... —La voz de Harry se había suavizado, y miró a Hércules durante varios segundos, y, despacio, le devolvió la muleta—. No soy capaz de hacerlo solo, Hércules... Necesito su ayuda.

No bien terminó de hablar, el teléfono móvil de Harry empezó a sonar, sobresaltándolos a ambos.

—Sí... —Harry respondió con cautela, recorriendo el parque con la vista como si se tratase de una trampa de la policía—. ¡Adrianna! —Aprisa, se volvió hacia un lado, cubriéndose el oído para amortiguar el ruido del tráfico del bulevar.

Hércules se irguió sobre las muletas, observando con atención.

—¿Dónde? —Harry asintió una vez, luego otra—. De acuerdo. ¡Sí! Entiendo. ¿De qué color? Bien, lo encontraré.

Harry apagó el teléfono, se lo guardó en el bolsillo y se volvió hacia Hércules.

—¿Cómo se llega a la estación central?

—Su hermano...

—Lo han visto.

—¿Dónde? —A Hércules lo invadió la emoción.

—En el norte. En un pueblo junto al lago de Como.

—Eso está a cinco horas en tren pasando por Milán. Demasiado lejos. Se arriesgaría a que lo vieran...

—No iré en tren. En la estación central me espera alguien con un coche.

—Un coche...

—Sí.

Hércules lo miró furioso.

—Así que, de pronto, tiene otros amigos y ya no me necesita. —Lo necesito para que me diga cómo se llega a la estación central.

—Encuéntrela usted mismo.

Harry lo miró incrédulo.

—Primero no quiere saber nada de mí, ahora está enfadado porque no lo necesito.

Hércules guardó silencio.

—La encontraré yo mismo. —Harry dio media vuelta de golpe y empezó a alejarse.

—¡No es en esa dirección, señor Harry!

Harry se detuvo y miró atrás.

—¿Lo ve?, sí me necesita.

El viento levantó los cabellos de Harry y formó un pequeño remolino de polvo a sus pies.

—Está bien. ¡Lo necesito!

—¡Hasta el lago de Como!

Harry lo miró enfadado.

—¡De acuerdo!

Al momento, Hércules se puso de pie y se le acercó bamboleándose. Luego se adelantó, llamándolo por encima del hombro:

—Por aquí, señor Harry. ¡Por aquí!

SESENTA Y DOS

Lago de Como, Italia, lunes 13 de julio, 16.30 h

Roscani se volvió hacia Scala y Castelletti, que iban sentados detrás de él, luego contempló al piloto del helicóptero y una vez más miró por la ventanilla. Volaban desde hacía casi tres horas, hacia el norte, a lo largo de la Costa Adriática, sobre las ciudades de Ancona, Rimini y Ravena, y luego tierra adentro hacia Milán y, por último, hacia el norte otra vez, sobre las altas montañas y el lago de Como, hasta el pueblo de Bellagio.

Abajo vislumbraba las diminutas estelas blancas de embarcaciones de recreo que salpicaban el azul profundo de la superficie del lago como la decoración de un pastel. A la izquierda, una docena de lujosas villas rodeadas de jardines bien arreglados punteaba la costa, y, a su derecha, las escarpadas colinas descendían hasta el lago.

Aún estaba en el apartamento incendiado de Pescara, cuando había recibido una llamada urgente de Taglia. Según el jefe del Gruppo Cardinale, la noche anterior un hombre que podía ser el padre Daniel Addison había sido transportado a una mansión del lago de Como en un hidrodreslizador de alquiler. El capitán de la embarcación había visto los mensajes públicos transmitidos por la televisión y estaba casi seguro de quién había sido su pasajero. Sin embargo, se había resistido a decir algo porque la villa era muy exclusiva y temía perder su trabajo si se equivocaba y, de un modo accidental, ponía al descubierto a alguna celebridad. Pero, luego, su mujer lo convenció de que diera aviso a las autoridades y dejara que ellas tomaran la decisión.

Una celebridad, pensó Roscani mientras el piloto giraba hacia la izquierda y descendía sobre el agua; ¿a quién diablos le importaba quién quedase al descubierto si la pista que seguían era la correcta? Cada minuto resultaba crucial.

El cuerpo encontrado entre los escombros pertenecía a Giulia Fanari, la mujer de Luca Fanari, el hombre que, según los registros, había alquilado la ambulancia a los difuntos propietarios de la empresa de ambulancias de Pescara. La señora Fanari ya estaba muerta cuando se declaró el incendio. La habían matado con un instrumento afilado, probablemente con un punzón para el hielo, clavándoselo en el cráneo en la base del cerebro. En resumidas cuentas, le habían cortado la médula del mismo modo que lo hubiera hecho un biólogo con una rana que se dispusiera a disecar. Sin embargo, no había sido a sangre fría. Por el modo en que se había realizado, Roscani dedujo que se trataba de un acto casi pasional, como si el asesino hubiese disfrutado con cada espasmo de la víctima mientras le destrozaba el cráneo de manera lenta y

deliberada. Tal vez incluso había experimentado placer sexual. Como mínimo, la mera inventiva que requiere el acto indicaba que el asesino era una persona sin el menor reparo moral; un auténtico psicópata que sentía la indiferencia más absoluta hacia los sentimientos, el dolor y el bienestar de los demás, un ser auténticamente malvado desde su nacimiento. Y si este psicópata era su hipotética tercera persona, Roscani debía descartar un «ellos», porque todo apuntaba a que el asesinato había sido perpetrado por una sola persona, y que también podía olvidarse de una «ella», porque todo le decía que, quienquiera que hubiera matado a Giulia Fanari de aquel modo, había necesitado mucha fuerza, lo que significaba, casi sin ninguna duda, que se trataba de un hombre. Y si había estado en Pescara siguiendo la pista del padre Daniel y allí había descubierto adonde lo habían trasladado, se hallaba mucho más próximo que ellos de encontrarlo.

Por ello, al ver acercarse el suelo, oscurecido de pronto por una nube de polvo mientras el helicóptero se posaba al borde de un bosque espeso cercano al lago, Roscani rezó para que el hombre que había sido trasladado a la villa fuera, en efecto, el cura, y para que ellos llegaran antes que el hombre del punzón.

SESENTA Y TRES

A través de una mira telescópica, Thomas Kind vio que el Alfa Romeo azul oscuro bajaba por la colina hacia Bellagio. Fijó el punto de mira entre las cejas de Castelletti, y luego hizo lo propio con Roscani. Luego, después de vislumbrar a un *carabiniere* al volante, vio pasar el vehículo y permaneció en su sitio. No sabía si aquel día se llamaría de nuevo F, porque no estaba seguro de que la logística o las circunstancias lo condujesen a su objetivo.

F de francotirador. Era un nombre que se ponía a sí mismo cuando preparaba cuerpo y mente para matar a distancia. Había empezado como una autopromoción a un cuerpo de elite después de su primer asesinato, tras disparar contra un soldado fascista desde la ventana de un despacho en Santiago de Chile, en 1976, cuando las tropas abrieron fuego contra una concentración de estudiantes marxistas.

Movió el arma hacia abajo y hacia la derecha y vio el puesto de mando de los *carabinieri* junto al largo camino que conducía a la suntuosa finca situada al borde del lago, conocida como Villa Lorenzi. Desplazó de nuevo la mira telescópica hacia la derecha y vio tres lanchas patrulleras quietas en el agua, a cuatrocientos metros hacia un lado y a noventa metros de la orilla.

Por Farel, Kind se había enterado de que Villa Lorenzi era propiedad del renombrado novelista italiano Eros Barbu, quien se hallaba de viaje por Canadá y no había estado en Villa Lorenzi desde la última Nochevieja, cuando había celebrado su fiesta anual, uno de los acontecimientos sociales más importantes de Europa. En ausencia de Barbu, un poeta negro sudafricano llamado Edward Mooi administraba Villa Lorenzi. Vivía allí sin pagar, cuidaba los edificios y dirigía a los veinte miembros del personal. Y por orden de Barbu, Mooi había dado permiso a la policía para que registrara la propiedad.

Una declaración formal de los abogados de Barbu sostenía que ni Barbu ni Edward Mooi conocían ni habían oído hablar del padre Daniel Addison, y que ni ellos ni el personal de la propiedad habían visto llegar a nadie a Villa Lorenzi en barco. Y, menos aún, a alguien con un equipo médico de cuatro personas.

Relajándose en su escarpada atalaya situada en una colina boscosa sobre la villa, Thomas Kind alzó de nuevo la mira telescópica y vio el Alfa Romeo de Roscani subir hasta el puesto de mando en el mismo instante en que Edward Mooi salía de la casa principal al volante de un maltrecho vehículo de mantenimiento de tres ruedas que parecía una vieja motocicleta Harley Davidson que remolcaba un volquete.

Kind sonrió. El poeta llevaba una camisa caqui, vaqueros y sandalias de cuero.

Sus largos cabellos, recogidos en una coleta que le llegaba hasta los hombros, eran entrecanos a la altura de la sien y le conferían la apariencia de un *hippy* distinguido o la de un motero envejecido.

Por unos instantes, Mooi y Roscani intercambiaron unas palabras, luego el poeta subió de nuevo a su vehículo y guió al coche de Roscani y a dos grandes camiones llenos de *carabinieri* hacia el terreno de la villa propiamente dicha. Thomas Kind estaba convencido de que la policía no encontraría nada. Pero estaba igual de convencido de que su objetivo se encontraba allí o muy cerca. Así que aguardaría y vigilaría. Era cuestión de armarse de paciencia.

Hefei, China, hotel Chino de Ultramar, martes 14 de julio

Li Wen se revolvió en la cama, inquieto. Hacía mucho calor y le costaba dormirse. Se revolvió de nuevo y echó un vistazo al reloj. Eran las 11.30 de la noche. Faltaban tres horas para que se levantase, cuatro para que se pusiera a trabajar. Se recostó. Esa noche, más que ninguna otra, necesitaba dormir. Pero no lo conseguía. Intentó despejar su mente, no pensar en lo que estaba a punto de hacer o en el aspecto que ofrecería Hefei veinticuatro horas después de que hubiese introducido la fórmula mortal del hidrobiólogo norteamericano James Hawley en los pozos de salida de agua potable de la planta. El alcohol no saturado policíclico no era un componente controlado por los sistemas de suministro de agua, ni resultaba posible detectarlo a simple vista o mediante el sabor o el olor. Introducido en forma de bolas congeladas que se derretirían en las aguas previamente tratadas, el efecto consistiría en fuertes calambres del sistema digestivo, seguidos de intensa diarrea y, por último, de hemorragia intestinal y muerte en un plazo de seis a veinticuatro horas. La cantidad añadida, calculada en una concentración de diez partes por millón, bastaría para envenenar a cien mil individuos.

Diez partes por millón.

Cien mil muertes.

Li Wen intentó dejar de pensar en ello, pero le resultaba imposible. Luego, en la distancia, oyó retumbar un trueno. Casi al mismo tiempo sintió la caricia fría de una brisa y vio que las cortinas se agitaban ligeramente ante la ventana abierta. Se aproximaba un frente, y con él el viento y las lluvias. El temporal habría pasado cuando se levantara, y el día siguiente sería bochornoso y aún más cálido. Vio el destello de un rayo no muy distante que iluminó, por un instante, su habitación de hotel. Ocho segundos más tarde estalló un trueno.

Li Wen se incorporó sobre un codo, alerta, mirando su habitación. En el rincón cercano a su maleta había una pequeña nevera. Pocos hoteles en China disponían de neveras en las habitaciones, y menos aún en ciudades pequeñas como Hefei. Ésta era la razón por la que había elegido este hotel y esta habitación. No sólo había una

nevera, sino también un congelador, cosa incluso más importante porque era allí donde había guardado las bolas después de preparar la fórmula. Y allí permanecerían hasta el momento de partir hacia la planta depuradora, al cabo de poco más de tres horas.

Brilló otro relámpago. Por unos instantes se apagaron las luces que iluminaban el rótulo del hotel, cerca de su ventana, y luego se encendieron de nuevo. Li Wen ya estaba despierto y alerta contemplando la oscuridad. Lo peor que podía ocurrirle era un corte de luz.

SESENTA Y CUATRO

Como, Italia, todavía lunes 13 de julio, 19.00 h

Un Roscani preocupado y ansioso se abrió paso hasta una sala de comunicaciones atestada, montada a toda prisa en el interior del cuartel central de la policía de Como. Una docena de agentes uniformados manejaban aparatos de telefonía colocados sobre escritorios en medio de la sala, mientras que un número similar de policías trabajaba ante ordenadores instalados de cualquier modo, donde cabían. Otros agentes — ansiosos, fumando, bebiendo café— iban y venían. Era una sala montada en pocas horas para coordinar una búsqueda a fondo después del fallido registro de Villa Lorenzi.

El punto de atención de Roscani era un enorme mapa de la zona del lago de Como que cubría una pared entera. En él, señalados con pequeñas banderas italianas, destacaban los puntos de control de carreteras en los que hombres fuertemente armados del Gruppo Cardinale detenían y registraban todos los vehículos en circulación: sería una empresa de gran envergadura, a la luz de la irregularidad del terreno y el número de carreteras que ofrecían posibles vías de escape.

Bellagio se hallaba en el vértice de un triángulo de tierra que sobresalía por el norte del lago. Éste se extendía más hacia el norte, y se estrechaba, en forma de largos dedos, a ambos lados del triángulo, hacia Lecco, por el sureste, y hacia Como, por el suroeste, con Chiasso y la frontera suiza tierra adentro, hacia el noroeste.

Debido a su ubicación, Chiasso constituía el punto de huida más probable, y la guarnecían muchos hombres, pero quedaban otros lugares del país donde los fugitivos podían ocultarse y aguardar a que terminase la búsqueda. Los pueblos de Menaggio, Tremezzo y Lenno, al otro lado del lago, en el oeste; Bellano, Gittana y Varenna al este, y aquellos, como Vassena y Malsano, que se encontraban dentro del triángulo, e incluso otros más al oeste.

Era una operación a gran escala que alteraba la vida de casi todos los hogares y negocios de la región; la situación se veía agravada por una invasión total de los medios de comunicación. Apostaban a que el presunto asesino del cardenal vicario de Roma estaba a punto de ser detenido, y lo transmitían en directo al mundo entero.

Para Roscani participar en grandes operativos no representaba una novedad, y sabía que la enojosa atmósfera circense formaba parte de ellos. Por muy bien organizadas que estuvieran las cosas, sus mismas dimensiones las hacían engorrosas. Surgía algo de pronto y distintas personas debían tomar decisiones en cuestión de

segundos. Los errores eran inevitables. Bajo el fuego uno no disfrutaba de *assoluta tranquillità* para serenarse, sopesar las cosas de manera adecuada e intentar encontrar la salida lógica que quizá marcaría la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Un ruido inesperado en la parte posterior de la sala lo obligó a levantar la vista. Por un instante vio que unos periodistas se arremolinaban en el pasillo, fuera, gritando preguntas mientras Scala y Castelletti entraban con el capitán y dos miembros de la tripulación del hidrodreslizador que, supuestamente, había transportado al padre Daniel y a sus acompañantes a Villa Lorenzi.

Roscani los siguió hasta una habitación pequeña. Un *carabiniere* corrió una cortina para dejarlos a solas.

—Soy el inspector jefe Otello Roscani. Les pido disculpas por el desorden.

El capitán del hidrodreslizador sonrió e hizo un gesto de asentimiento. Tenía unos cuarenta y cinco años de edad y parecía estar en forma. Llevaba una chaqueta azul marino y pantalones del mismo color. Los miembros de su tripulación llevaban camisas de manga corta azul claro con charreteras y los mismos pantalones de color azul marino.

—¿Café? —les preguntó Roscani al percibir su nerviosismo—. ¿Ciga...? —Roscani cayó en la cuenta y sonrió—. Estaba a punto de ofrecerles cigarrillos, pero acabo de dejar el tabaco. Con todo este jaleo, temo mucho que si les dejo fumar acabaré por hacerlo yo también.

Roscani sonrió de nuevo y advirtió que los hombres empezaban a relajarse. Había sido un gesto calculado de su parte, concebido para producir este efecto y, sin embargo, no estaba seguro de que no fuera sincero. Sea como fuere, el comentario había tranquilizado a los hombres, y durante los siguientes veinte minutos conoció los pormenores del viaje de Como a Bellagio, y recibió descripciones detalladas de los tres hombres y la mujer que acompañaban a la persona de la camilla. También obtuvo una información valiosa. El hidrodreslizador había sido alquilado el día anterior a la travesía por medio de una agencia de viajes de Milán, a nombre de un tal Giovanni Scarso, que afirmó que representaba a la familia de un hombre malherido en un accidente de circulación que necesitaba que lo transportasen a Bellagio. Scarso había pagado en metálico y se había marchado. Fue al aproximarse a Bellagio cuando uno de los acompañantes del paciente les había ordenado que se desviarán del muelle principal y se dirigieran más al sur, al muelle de Villa Lorenzi.

Terminado el interrogatorio, Roscani no abrigaba la menor duda de que le habían dicho la verdad y de que el paciente que la tripulación del hidrodreslizador había llevado a Villa Lorenzi era, en efecto, el padre Daniel Addison.

Se volvió hacia Castelletti para pedirle que repasara los detalles una vez más, dio las gracias al capitán y a sus hombres y luego salió, descorriendo la cortina para regresar al bullicio de la sala. Luego, con la misma rapidez, se marchó.

Recorrió un pasillo estrecho y entró en el lavabo, utilizó el urinario, se lavó las manos y se refrescó la cara. Después, convencido de que en semejante situación

resultaba imposible pensar sin un cigarrillo, se llevó dos dedos a los labios e inhaló profundamente. Chupando el humo fantasmagórico, sintiendo el golpe imaginario de nicotina en los pulmones, apoyó la espalda en la pared y aprovechó la *assoluta tranquillità* del lavabo para pensar.

Esa tarde, él, Scala, Castelletti y una veintena de *carabinieri* habían registrado Villa Lorenzi palmo a palmo. Y no habían encontrado nada. Ni el menor rastro del padre Daniel o de sus acompañantes. No era posible que una ambulancia hubiese estado esperando en algún lugar de la propiedad y hubiese escapado con el paciente, ya que Villa Lorenzi sólo contaba con dos vías de acceso; la entrada principal y una secundaria, y ambas estaban cerradas y se manejaban desde dentro. Un vehículo no podía entrar ni salir sin el conocimiento y la ayuda de alguien del interior. Y, según Mooi, esto no había ocurrido.

Por supuesto, por muy cooperativo que se hubiese mostrado, Mooi quizá mentía. Por otro lado, era posible que alguien hubiese ayudado a huir al padre Daniel sin que Mooi se enterase. Y por último quedaba la posibilidad de que el cura siguiese oculto allí dentro, y que no lo hubiesen encontrado.

Roscani aspiró de nuevo el humo imaginario entre los dedos. Al amanecer, él, Scala, Castelletti y una fuerza selecta de *carabinieri* regresarían sin avisar a Villa Lorenzi y volverían a registrarla. Esta vez llevarían perros, y no dejarían una sola piedra sin mover, aunque tuviesen que dismantelar toda la propiedad para hacerlo.

SESENTA Y CINCO

—Chiasso... —dijo Hércules mientras se alejaban de Milán y se incorporaban al intenso tráfico de verano de la *autostrada* A9; Harry iba al volante del Fiat gris oscuro que Adrianna había dejado aparcado frente a la estación central de Roma, con las llaves escondidas bajo la rueda izquierda trasera tal como había prometido.

Harry no respondió.

Tenía la mirada fija en la autopista y los pensamientos en Como, donde debía encontrarse con Adrianna, y en Bellagio, donde se suponía que se hallaba Danny.

—Chiasso —oyó que repetía a Hércules, y se volvió de golpe para encontrarse con la mirada del enano.

—¿De qué diablos habla?

—¿No le he ayudado a llegar hasta aquí, señor Harry? ¿A encontrar la salida de Roma, a tomar la autopista? Lo he guiado hacia el norte cuando usted quería ir hacia el sur... Sin Hércules estaría camino de Sicilia, no de Como.

—Ha estado magnífico. Le debo todo lo que soy hoy. Pero sigo sin saber de qué diablos está hablando.

De golpe, Harry adelantó un coche y se situó detrás de un Mercedes que avanzaba a gran velocidad.

El viaje estaba durando demasiado.

—Chiasso está en la frontera suiza... Quiero que me lleve hasta allí. Por eso he venido.

—¿Para que lo lleve a Suiza? —preguntó Harry, incrédulo.

—Me buscan por asesinato, señor Harry...

—Y a mí.

—Pero yo no puedo disfrazarme de cura ni hacerme pasar por otro. Un enano no puede viajar en autobús o en tren sin llamar la atención.

—Pero en un automóvil sí.

Hércules sonrió en un gesto de complicidad.

—Nunca antes había contado con uno...

Harry lo miró enfurecido.

—Hércules, éste no es precisamente un viaje de placer. No estoy de vacaciones.

—No, está intentando dar con su hermano. Igual que la policía. Por otra parte, Chiasso no está mucho más lejos que Como. Yo me bajo, usted da la vuelta y regresa. ¿Qué problema hay?

—¿Y si me negara a hacerlo?

Hércules se incorporó indignado.

—Entonces no sería hombre de palabra. Cuando le di esa ropa, le pedí que me ayudara. Me dijo: «Haré todo lo posible. Se lo prometo».

—Me refería al tema legal, y en Roma.

—Dadas las circunstancias, preferiría aceptar la ayuda ahora, señor Harry. Sólo veinte minutos más de su vida.

—Veinte minutos...

—Entonces estaremos en paz.

—Bien, estaremos en paz.

Poco después pasaron la salida de Como y su acuerdo se volvió discutible. Cinco kilómetros al sur de Chiasso el tráfico se ralentizó y se estrechó delante de ellos hasta circular por un solo carril. Luego se detuvo. Harry y Hércules vieron una interminable fila de luces de freno. Luego, a lo lejos, los divisaron: policías con chalecos antibalas y metralletas Uzi que caminaban despacio hacia ellos, echando un vistazo al interior de cada coche junto al que pasaban.

—Dé la vuelta, señor Harry. ¡Deprisa!

Harry retrocedió unos metros, luego puso primera y, con un agudo chirrido de los neumáticos, dio media vuelta y aceleró por donde habían venido.

—¿Qué diablos era eso? —Harry miró por el retrovisor. Hércules no dijo nada y encendió la radio. Sintió una emisora que transmitía noticias en italiano.

En la frontera con Chiasso se había establecido un control de la policía, tradujo Hércules. Registraban cada vehículo en busca del cura fugitivo, el padre Daniel Addison, que de algún modo se las había ingeniado para eludir a la policía en Bellagio y que con seguridad intentaría cruzar la frontera con Suiza.

—¿Los ha eludido? —Harry se volvió para mirar a Hércules— ¿Quiere eso decir que alguien lo vio?

—No lo han dicho, señor Harry...

SESENTA Y SEIS

Como, 19.40 h

El Fiat estaba parado a un lado de la *autostrada*, en la ruta principal a Como. Hércules había pedido a Harry que se detuviera, y Harry lo había hecho. Y allí estaban sentados juntos por última vez mientras el suave amarillo del cielo de la tarde bañaba el coche con una luz delicada muy distinta del desfile de faros deslumbrantes que discurría en el exterior.

—Con o sin policía, Chiasso está demasiado cerca para no intentarlo... ¿Lo entiende, señor Harry?

—Lo entiendo, Hércules... Siento no haber podido hacer más...

—Entonces, buena suerte, señor Harry. —Hércules sonrió y le tendió la mano. Harry se la estrechó.

—Lo mismo digo.

Y sin más, Hércules se apeó del coche y se marchó. Harry lo observó por unos instantes mientras cruzaba la autopista en medio del tráfico. Una vez en el otro bordillo, se volvió y sonrió, luego giró sobre sus muletas y se alejó hacia el crepúsculo, caminando, si ésta era la palabra correcta, hacia Suiza.

Diez minutos más tarde, Harry aparcó el Fiat en una calle lateral cercana a la estación de tren y pasó un paño al volante y a la palanca de cambios para limpiar sus huellas dactilares. Bajó con cuidado, cerró la puerta y se encaminó a Via Borsieri y al Viale Varese, siguiendo las señales que indicaban el camino al lago y a Piazza Cavour. Avanzaba al mismo paso que la gente que lo rodeaba, intentando confundirse entre ellos, no parecer más que un sacerdote que había salido a disfrutar de la cálida tarde estival.

De vez en cuando alguien inclinaba la cabeza o le sonreía al pasar. Él devolvía el gesto, se volvía con naturalidad y miraba atrás para asegurarse de que no lo hubiesen reconocido.

Al cruzar una plaza, advirtió de pronto que la gente caminaba más despacio, la multitud se espesaba. Delante de él los viandantes se arremolinaban frente a un quiosco. Al acercarse, vio la cara de Danny en las ediciones de la tarde. Todos los periódicos llevaban prácticamente el mismo titular: «*Sacerdote fuggitivo a Bellagio?*».

Se volvió con rapidez y se alejó.

Torciendo por una calle y luego por otra, Harry intentaba seguir las confusas señales hacia el paseo del lago y Piazza Cavour. Tras esquivar a una pareja tomada de la mano, giró en una esquina y se detuvo. La calle que tenía delante estaba acordonada. Detrás había coches patrulla, furgonetas de los medios de comunicación y vehículos con antenas de satélite. Más lejos vislumbró la comisaría de policía.

«Dios Santo.» Harry esperó medio segundo, luego siguió andando, intentando recuperar la compostura. Llegó a un cruce de calles y enfiló la de la izquierda sin pensárselo, convencido de que toparía de nuevo con las barreras de la policía, con el quiosco o con la estación de tren. En lugar de ello, vio el lago, y el tráfico que fluía a lo largo del bulevar que lo bordeaba. Ante él había una señal que le informó de que se hallaba en la Piazza Cavour.

Recorrió media calle y llegó al bulevar. A su derecha estaba el hotel Palace, un enorme edificio de piedra caliza con un concurrido café delante. Tocaban música festiva. La gente comía y bebía, y unos camareros con delantales blancos iban y venían entre las mesas. Se trataba de gente normal, que hacía cosas cotidianas, sin saber qué cerca se hallarían de un acontecimiento de primera magnitud si uno solo de ellos reconocía al cura barbado y daba la voz de alarma. En segundos, la calle se llenaría de policías, como en una película de Hollywood. Un ajuste de cuentas del Gruppo Cardinale con el asesino de un policía, el hermano del homicida del cardenal vicario de Roma. Destellos de luces. Helicópteros.

Extras corriendo de un lado a otro con metralletas y chalecos antibalas. Un paseo con Lee Harvey Oswald en un parque de atracciones. Mirad, mirad, el chico malo recibe balas de todos lados. Reservad vuestras entradas, no os lo perdáis.

Pero nadie lo hizo. Y Harry desapareció: una persona más que paseaba por la calle. Unos momentos más tarde dobló una esquina y entró en Piazza Cavour. Frente a él se alzaba el hotel Barchetta Excelsior.

SESENTA Y SIETE

Harry llamó al timbre de la habitación 525 y esperó, boina en mano; estaba empapado en sudor, tanto por los nervios como por el calor de julio. Veintiocho grados y ya anocheecía.

Se disponía a pulsar el timbre otra vez cuando la puerta se abrió de pronto y vio a Adrianna, con el pelo mojado, un albornoz blanco de hotel como única prenda y un teléfono móvil pegado a la oreja. Harry entró aprisa y echó el pestillo.

—Acaba de llegar ahora mismo.

Adrianna se acercó a la ventana y corrió las cortinas. El televisor instalado junto a la ventana estaba encendido, en el canal de noticias, con el sonido apagado. Alguien hablaba delante de la Casa Blanca. De pronto, empezaron a mostrar imágenes del parlamento británico.

Adrianna se dirigió a un tocador y se inclinó delante del espejo para garabatear algo en un bloc de notas.

—Esta noche, de acuerdo... Lo tengo...

Colgó el teléfono y alzó la vista. Harry observaba su reflejo.

—Era Eaton...

—Sí. —Adrianna se volvió para situarse delante de él.

—¿Dónde diablos está Danny?

—Nadie lo sabe... —Se volvió hacia el televisor... Nunca le quitaba los ojos de encima por si ocurría algo; era un hábito de toda la vida, la deformación profesional de una reportera. Luego miró de nuevo a Harry—. Roscani y sus hombres registraron la villa de Bellagio donde se suponía que estaba hace sólo unas horas... No encontraron nada.

—¿La policía está segura de que era Danny?

—Todo lo segura que puede estar sin haber estado allí. Roscani sigue aquí, en Como. Esto ya indica bastante... —Adrianna se colocó un mechón de pelo aún mojado detrás de la oreja—. Pareces a punto de derretirte. Puedes quitarte la chaqueta, ¿sabes? ¿Quieres beber algo?

—No.

—Voy a...

Adrianna abrió una vitrina y extrajo una pequeña botella de coñac. La vació en un vaso y se volvió.

Harry la observaba.

—¿Qué he de hacer ahora? ¿Cómo voy a llegar a Bellagio?

—Estás enfadado conmigo, ¿verdad? Por lo que pasó en Roma, por implicar a Eaton en esto.

—No, te equivocas. Te estoy agradecido. Jamás habría llegado tan lejos sin tu ayuda ni la de Eaton. Ambos os jugasteis el tipo, por vuestras propias razones, pero lo hicisteis... El sexo sólo hizo que me sintiera más cómodo.

—Lo hice porque quería. Y porque tú también querías. Y porque a los dos nos gustó... No me digas que nunca antes te había ocurrido... Es así como vives tu vida, o si no ya te habrías casado y formado una familia.

—¿Por qué no te limitas a decirme qué se supone que debo hacer?

—Muy bien... —Adrianna lo miró por unos instantes, y luego, con el vaso en la mano, se reclinó sobre el tocador—. Tomarás el último hidrodreslizador a Bellagio. Te registrarás en el hotel Du Lac, junto al muelle. Ya están hechas las reservas, a nombre del padre Jonathan Roe, de la Universidad de Georgetown. Tendrás el número de teléfono del hombre que administra Villa Lorenzi. Su nombre es Edward Mooi.

—¿Se supone que debo llamarlo?

—Sí...

—¿Qué te hace pensar que conoce el paradero de Danny?

—Porque la policía cree que él lo sabe.

—Entonces habrán intervenido su teléfono.

—Y, ¿qué es lo que van a oír? —Adrianna bebió un sorbo de su vaso—. A un cura norteamericano que ofrece su colaboración sencillamente porque ha visto las noticias y quiere ayudar en lo que pueda...

—En su lugar, yo pensaría que la llamada es una trampa, un anzuelo de la policía.

—Yo también lo pensaría, pero entre ahora y el momento de tu llamada, recibirá un fax de una librería religiosa de Milán. En ese momento no lo entenderá (tampoco lo sabrá la policía, si lo intercepta, porque parecerá un anuncio), pero Edward Mooi es un hombre culto, y, después de tu llamada, buscará el fax y lo releerá, incluso si lo ha tirado al cubo de basura. Cuando lo haga, entenderá.

—¿Qué fax?

Tras dejar el vaso sobre la mesa, Adrianna sacó un papel de una bolsa de viaje que descansaba sobre la cama y se lo dio. Luego, con una mano en la cadera, se apoyó de nuevo en la mesa. Con el movimiento se le abrió el albornoz. No mucho, pero lo suficiente como para que Harry alcanzase a ver parte de un pecho y una insinuación de la oscuridad de su entrepierna.

—Léelo...

Harry vaciló, luego dirigió la vista al papel.

¡LEA!

GÉNESIS 4:9

El nuevo libro del
padre Jonathan Roe

Eso era todo. Con letras mecanografiadas. Nada más.

—¿Recuerdas la Biblia, Harry?

—¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano? —Harry soltó la hoja sobre la cama.

—Es un hombre culto. Lo entenderá.

—Y después, ¿qué?

—Esperaremos... Yo estaré en Bellagio, Harry. Tal vez incluso antes de que tú llegues. —La voz de Adrianna se volvió suave, seductora. Sus ojos buscaron los de Harry—. Y sabré cómo encontrarte... El teléfono que tienes en tu bolsillo, ya sabes.

—Hizo una pausa—. Tal como... lo hicimos en Roma...

Durante largo rato Harry guardó silencio y se limitó a permanecer de pie, mirándola. Al fin, dejó que sus ojos recorrieran su cuerpo.

—Tu albornoz está abierto...

—Lo sé...

Él la tomó por detrás, como a ella le gustaba, como lo había hecho la primera vez en su piso de Roma. La diferencia, en esta ocasión, era que las luces estaban encendidas y estaban de pie en el baño. Adrianna estaba ligeramente inclinada, con las manos apoyadas en el borde del mármol, ambos de cara al espejo, mirando.

Percibió el placer de ella cuando la penetró. Notó que se intensificaba con cada embestida deliberada. Se veía a sí mismo detrás de ella; con la mandíbula tensa. Firme. Más tensa cuanto más fuerza imprimía al movimiento. En cierto modo resultaba indecente ver su propio rostro. Era casi como si lo hiciese consigo mismo, pero no era así.

—Sí —resolló ella—. Sí...

Con este sonido, el propio ser de Harry se desvaneció, y sólo la vio a ella echando la cabeza atrás, con los ojos cerrados, atenazándole con sus músculos secretos, aumentando la fuerza de cada embestida para ambos.

—Más —susurró—. Más. Más fuerte. Sí. Rómpeme, Harry. Rómpeme...

Sintió que se le aceleraba el pulso y que el calor del cuerpo de Adrianna se incrementaba contra el de él. Ambos empapados en sudor, como antes en su cama en Roma. Unas luces bailaban ante sus ojos. Su corazón latía con fuerza. El sonido de los gemidos de ella se superponía al restallido de sus carnes cuando chocaban. Una y otra vez. Luego, de pronto, ella gritó y él la vio agachar la cabeza entre los hombros. Él eyaculó al mismo tiempo. Lo sintió como un cañonazo. Un cañón que no dejaba de disparar, un proyectil tras otro, fuera de control. Y luego sus rodillas cedieron y tuvo que aferrarse al borde del lavabo para no caer. Y supo que ya no quedaba nada más.

Para ninguno de los dos.

SESENTA Y OCHO

Planta depuradora de agua A, Hefei, provincia de Anhui, China, martes 14 de julio, 16.30 h

Li Wen entró en el edificio por la puerta principal, como de costumbre. Llevaba un maletín de piel en la mano y la tarjeta de identificación colgada de la solapa. Saludó con un ademán al adormilado oficial del ejército apostado en la entrada y a continuación abrió una segunda puerta que conducía a la sala de control, donde una operaria echaba de vez en cuando un vistazo a la pared cubierta de válvulas e indicadores de la presión, del grado de turbiedad, de la velocidad de flujo y del nivel de sustancias químicas de las aguas, mientras leía una revista.

—Buenos días —saludó Li Wen con voz autoritaria.

La revista desapareció al instante.

—¿Todo en orden?

—Sí, señor.

Li Wen la miró con una dureza que hacía patente su descontento por la revista. Después asintió con la cabeza, abandonó la sala de control y descendió por las escaleras que conducían al área de filtración situada en el piso inferior. En esta sala de hormigón armado se producía la fase final del proceso de filtración del agua antes de que la bombeasen a la red de suministro municipal. Se trataba de una zona subterránea en la que la temperatura era muy inferior a la del exterior o la del piso superior.

A pesar de que hacía tres años se había cerrado la planta por reformas durante seis meses, todavía no había aire acondicionado, aunque se rumoreaba que lo instalarían en la depuradora nueva, que se construiría el siglo siguiente. La situación era similar en el resto de las plantas de tratamiento y filtración de agua del país, donde las instalaciones estaban anticuadas e incluso deterioradas. Aunque algunas depuradoras, como aquella, habían sido reformadas cuando el Comité Central autorizó los fondos para ello, los fondos eran escasos y en su mayor parte se basaban en promesas de futuro.

Cierto era que en algunos lugares el futuro ya había llegado y que estaban construyéndose nuevas instalaciones gracias a proyectos conjuntos con empresas de Occidente, como era el caso de la central de agua potable chinofrancesa en la ciudad de Cantón, de ciento setenta millones de dólares, o el proyecto de la presa de las Tres

Gargantas en el Yangzi Jiang, el río Azul, de treinta y seis mil millones de dólares. Pero en general, las plantas de suministro y filtración de aguas de China estaban anticuadas, algunas incluso empleaban como tuberías troncos de árboles huecos.

En ciertas épocas del año, los días largos y calurosos ofrecían un caldo de cultivo ideal para las algas alimentadas por el sol y, por tanto, para sus toxinas biológicas. Cuando esto ocurría la utilidad de las depuradoras resultaba casi nula y el agua de los ríos y los lagos que bombeaban la ciudad era putrefacta.

Ésa era la razón por la cual Li Wen se encontraba allí, su labor consistía en controlar la calidad del agua procedente del lago Chao, la principal fuente de suministro de agua para el millón de habitantes de la ciudad de Hefei. El ingeniero hidrobiológico llevaba casi dieciocho años realizando el mismo trabajo y jamás había pensado que fuera posible ganar dinero suficiente para huir del país tras haber desencadenado una crisis en el seno de ese gobierno que tanto despreciaba; un gobierno que en 1957 acusó a su padre de «contrarrevolucionario» por oponerse a la corrupción y los abusos de poder del Partido Comunista, y que por ello lo internó en un campo de trabajo donde murió tres años más tarde, cuando Li Wen tenía cinco. Li creció venerando la memoria de su padre mientras cuidaba con devoción de su madre, quien jamás se recuperó de la muerte de su marido ni de la censura pública que sufrió a causa de su encarcelamiento. Li Wen se convirtió en ingeniero hidrobiológico sólo porque tenía aptitudes para la ciencia y decidió seguir el camino más fácil. A simple vista parecía un hombre afable y tranquilo que jamás mostraba pasión ni emoción algunas. Sin embargo, en su interior sentía una intensa aversión por el Gobierno del país y formaba parte de un grupo clandestino de simpatizantes de Taiwan cuyo propósito era derrocar el régimen de Pekín y restaurar el Gobierno nacionalista.

Li Wen era soltero y pasaba la mayor parte de su tiempo viajando. Su amiga más íntima era Ton Quin, una programadora informática de veinticinco años que había conocido hacía dos en una reunión clandestina de Nanjing. Fue ella quien le presentó a Chen Yin, comerciante de flores con quien entabló amistad de inmediato y que, gracias a sus contactos familiares en el Gobierno, le brindó la oportunidad de viajar por Europa y Estados Unidos con el pretexto de visitar diferentes plantas de tratamiento de agua y estudiar las técnicas allí empleadas. Chen Yin también le presentó a Thomas Kind, quien un día lo acompañó a un chalé de las afueras de Roma, donde conoció al hombre para quien trabajaba entonces, un individuo de gran estatura vestido de clérigo. Li Wen desconocía su nombre pero sabía que era muy poderoso y que tenía designios muy especiales para el futuro de la República Popular China.

A partir de ese encuentro, la vida de Li Wen cambió por completo: en el año anterior había experimentado más emociones que en toda su vida. Por fin había llegado el momento de vengar la muerte de su padre y de cobrar además una buena suma de dinero por ello. Una vez cumplida la misión abandonaría el país en dirección

a Canadá, provisto de una identidad diferente y con una nueva vida por delante. Desde allí contemplaría complaciente la caída —en manos del revolucionario de Roma— de aquel Gobierno que le había robado su niñez y al que aborrecía desde lo más profundo de su ser.

Tras depositar el pesado maletín sobre un banco de madera, Li Wen echó un vistazo a la puerta de entrada para asegurarse de que estaba solo. Después, se acercó a una de las cuatro aberturas que permitían ver el agua tratada que se bombeaba a la red municipal. Ésta fluía con rapidez, pero la transparencia que presentaba en invierno había dejado paso a la turbiedad y a un penetrante hedor como consecuencia del calor y de la proliferación de las algas en el lago Chao, un problema que el Gobierno no había solucionado y del que pensaba aprovecharse Li Wen.

El ingeniero abrió el maletín y extrajo un par de guantes quirúrgicos que se puso antes de abrir el aislado compartimiento interior en el que se encontraban seis «bolitas» en lo que parecía una huevera de espuma de poliestireno.

Li Wen miró de nuevo la puerta antes de tomar el envase y acercarse a una de las aberturas. Entonces, echó al agua una «bolita» con una sonrisa triunfante. Hizo lo mismo con las demás, echándolas una a una y observándolas desaparecer en la corriente de agua turbia.

Una vez que hubo guardado el envase y los guantes en el maletín, Li Wen regresó al trabajo y tomó una muestra de agua con el fin de determinar si cumplía o no con el grado de «pureza» exigido por el Gobierno.

SESENTA Y NUEVE

Bellagio, lago de Como, Italia, lunes 13 de julio, 22.40 h

Harry recogió la bolsa que le había entregado Adrianna antes de que saliese del hotel de Como y desembarcó del hidrodreslizador junto al resto de los pasajeros nocturnos. Desde el muelle divisó la taquilla cerrada y una calle iluminada, al otro lado de la cual se encontraba el hotel Du Lac. En dos o tres minutos se plantaría allí.

El viaje desde Como —con escalas en las ciudades de Argegno, Lezzeno, Lenno y Tremezzo— había resultado enervante. Harry temía que en cualquier momento subiera a bordo un policía armado y pidiera la documentación a los pasajeros. Sin embargo, el viaje discurrió sin incidentes, y en cuanto abandonaron la ciudad de Tremezzo, Harry logró relajarse como el resto de los pasajeros. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que no se sentía en peligro ni perseguido.

La sensación de tranquilidad todavía lo embargaba cuando salió de la embarcación como un turista más dispuesto a adentrarse en las calles iluminadas de la ciudad. Harry se sentía exhausto, tanto emocional como físicamente, y lo único que deseaba era acostarse, desconectar del mundo y dormir durante una semana entera. Pero ése no era el lugar más apropiado para ello, pues se encontraba en Bellagio, centro de operaciones del Gruppo Cardinale, y por tanto debía permanecer más alerta que nunca.

—*Mi scusi, Padre.*

De la oscuridad surgieron dos jóvenes policías que llevaban unas metralletas Uzi colgadas del hombro.

Uno de los agentes le cortó el paso, y el resto de los pasajeros se abrió camino por su lado.

—*Come si chiama?* —preguntó.

Harry miró primero a uno y luego al otro. Había llegado el momento de decidir si interpretaba o no el papel que Eaton había preparado para él.

—*Come si chiama?*

Seguía estando más delgado que el Harry Addison del vídeo y lucía la misma barba que en la fotografía del pasaporte. Quizá con eso bastaría.

—Lo siento, no hablo italiano —les sonrió.

—*Americano?*

—Sí —respondió sonriendo de nuevo.

—Acérquese, por favor —le ordenó el segundo policía en inglés.

Harry los siguió hasta la taquilla iluminada.

—¿Tiene pasaporte?

—Sí, claro.

Harry introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y titubeó un momento al tocar el pasaporte de Eaton.

—*Passaporto* —repitió el primer policía.

Despacio, sacó el pasaporte y lo entregó al agente que hablaba inglés. Harry los contempló mientras examinaban el documento. Al otro lado de la calle, casi al alcance de la mano, veía el hotel y la concurrida terraza del café.

—*Sacco*.

El primer policía señaló la bolsa con la cabeza y Harry se la entregó sin dudar. En ese mismo instante se detuvo ante el hotel un coche de policía y el conductor miró hacia él.

—Padre Jonathan Roe —dijo el segundo agente cerrando el pasaporte.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo lleva en Italia?

Harry titubeó. Si decía que había estado en Roma, Milán, Florencia o cualquier otra ciudad italiana, le preguntarían dónde se había alojado y no tardarían en verificarlo.

—He llegado esta tarde en tren desde Suiza.

Los policías lo escrutaron con detenimiento, sin decir palabra. Harry rezó por que no le pidieran el billete de tren o le preguntaran qué lugares de Suiza había visitado.

Al fin el segundo policía rompió el silencio:

—¿Para qué ha venido a Bellagio?

—De viaje turístico. Hacía años que quería venir y por fin se me ha brindado la oportunidad... —respondió con una sonrisa.

—¿Dónde se aloja?

—En el hotel Du Lac.

—Es tarde, ¿tiene habitación reservada?

—Espero que sí... Encargué que me la reservaran.

Los policías no parecían del todo convencidos, y el conductor del coche no les quitaba ojo de encima. La espera resultaba insoportable, pero a Harry no le quedaba otro remedio que aguardar a que hicieran algo.

Por fin, el segundo policía le devolvió el pasaporte.

—Disculpe la molestia, padre.

El primero le devolvió la bolsa y le franquearon el paso indicándole con un gesto que circulase.

—Gracias. —Harry se guardó el pasaporte en el bolsillo, se colgó la bolsa del hombro y se encaminó al hotel. Dejó pasar una motocicleta antes de cruzar la calle, consciente en todo momento de que los policías y el conductor del coche lo observaban con atención.

Ya en el hotel, mientras esperaba que el recepcionista lo registrara, Harry se atrevió a mirar atrás, a tiempo para ver alejarse el coche de policía.

SETENTA

Sentado a una de las mesas de la terraza del hotel Du Lac había un hombre atractivo de ojos de color azul muy claro que debía de tener cerca de cuarenta años, vestido con vaqueros holgados y una camisa tejana. Llevaba casi toda la tarde observando a la gente que pasaba por delante del café.

Un camarero con camisa blanca y pantalones negros se detuvo junto a su mesa y señaló el vaso vacío.

—*Ja* —respondió Thomas José Álvarez-Ríos Kind. El camarero asintió con la cabeza y se alejó.

Thomas Kind había cambiado su aspecto, se había teñido el cabello de negro y las cejas de color rubio y ahora parecía un turista de origen escandinavo o un surfista californiano de mediana edad. Sin embargo, el nombre que figuraba en su pasaporte era Frederick Voor, un comercial de informática de nacionalidad holandesa con domicilio en Bloemstraat 95, Amsterdam, que esa misma mañana se había registrado en el hotel Florence.

A pesar de que el Gruppo Cardinale había anunciado hacía unas tres horas que se había abandonado la búsqueda del padre Daniel Addison en Bellagio, las carreteras de acceso a la ciudad permanecían fuertemente vigiladas, lo que significaba que la policía no se había dado por vencida del todo. Tampoco lo había hecho Thomas Kind, que había escogido esa terraza para observar las idas y venidas de los pasajeros del hidrodslizador, aplicando una táctica aprendida en sus tiempos de revolucionario y asesino en Suramérica. La clave consistía en saber a quién buscaba, escoger un lugar de paso y esperar con paciencia. Esa noche, como en muchas otras ocasiones, la táctica había surtido efecto.

De todas las personas que había visto pasar en las últimas horas, el cura barbudo con la boina negra era sin duda el más interesante.

El botones abrió la puerta de la habitación 327, encendió la lámpara de la mesita de noche, dejó la bolsa de Harry y le entregó la llave.

—Gracias —dijo Harry al tiempo que buscaba unas monedas de propina.

—No, padre, *grazie*.

El botones rechazó el dinero con una sonrisa y abandonó la habitación cerrando la puerta tras de sí. Harry, ya por costumbre, echó el pestillo y miró en torno a sí. El cuarto era pequeño pero tenía vistas al lago, y los muebles estaban viejos pero

cuidados. En la habitación había una cama doble, una silla, una cómoda, un escritorio, un teléfono y un aparato de televisión.

Harry se quitó la chaqueta y entró en el cuarto de baño para mojarse la nuca con agua fría, y cuando levantó la vista y contempló su rostro reflejado en el espejo, se percató de que los ojos ya no eran los mismos que había visto, hacía una eternidad, reflejados en aquel otro espejo mientras le hacía el amor a Adrianna. Eran diferentes y parecían asustados, pero al mismo tiempo más fuertes y decididos.

Dio media vuelta, regresó a la habitación y consultó la hora.

23.10 h

Abrió la bolsa y sacó un papel que la policía había pasado por alto al registrarla: una página arrancada de una libreta con el número de teléfono de Edward Mooi.

Titubeó por un instante antes de tomar el teléfono de la mesita de noche y marcar el número. Oyó dos llamadas y, a la tercera, alguien contestó al otro lado.

—*Pronto.* —Era una voz masculina.

—Con Edward Mooi por favor; discúlpeme por llamar tan tarde.

Se produjo un silencio.

—Soy yo —respondió la voz al fin.

—Buenas noches, soy el padre Jonathan Roe de la Universidad de Georgetown, soy norteamericano y acabo de llegar a Bellagio.

—No entiendo... —Mooi respondió con cautela.

—Quería hablarle del padre Daniel Addison... He visto las noticias en televisión.

—No sé de qué me habla.

—Como sacerdote estadounidense, pensé que podría ayudarle...

—Lo siento, padre, yo no sé nada... Se equivoca... Si me perdona...

—Para su información, me alojo en el hotel Du Lac, habitación 327.

—Buenas noches, padre.

¡Clic!

Antes de colgar el teléfono, Harry oyó una leve crepitación al otro lado de la línea que confirmó sus sospechas: la policía había escuchado toda la conversación.

SETENTA Y UNO

Bellagio, martes 14 de julio, 4.15 h

La hermana Elena Voso se encontraba en el túnel principal de la cueva, esperando que regresaran Luca y sus compañeros.

El techo de la gruta se alzaba unos seis metros por encima de su cabeza, y el túnel se extendía unos veinticinco hasta el canal y el embarcadero situados al otro extremo. Había bancos rudimentarios excavados a lo largo de los muros de piedra, con capacidad para unas doscientas personas, a ambos lados del túnel. Elena se preguntó si alguien habría labrado los asientos para refugiarse en la gruta, pero ¿quiénes? ¿Los romanos? ¿Una civilización anterior o posterior? Fuera cual fuese su origen, la cueva o, más bien, el conjunto de cuevas comunicadas, habían sido modernizadas por completo y disponían de electricidad, ventilación, cañerías, teléfono, una pequeña cocina y un salón central que conducía a tres *suites* privadas de lujosa decoración con baños completos, salas de masaje y dormitorios. También allí se encontraba, aunque no la había visto, una de las mejores bodegas de Europa.

Edward Mooi los había llevado a la gruta con una lancha motora el domingo, poco después de que llegasen a Villa Lorenzi. Primero navegó durante unos diez minutos a lo largo de la costa hacia el sur y después pasó por un hueco en la pared de un acantilado, atravesó un grupo de rocas y llegó a la boca de la gruta, oculta tras la exuberante vegetación.

En su interior, encendió el potente reflector de la barca y navegó por un laberinto hasta el embarcadero labrado en la piedra, donde descargaron las provisiones y llevaron a Michael Roark a una *suite* compuesta por dos estancias —el dormitorio y una pequeña sala de estar—, separadas por un lujoso cuarto de baño tallado en la roca con accesorios de oro y mármol.

Mooi les contó que la gruta se encontraba en la propiedad de Villa Lorenzi y había sido descubierta años antes por su célebre propietario, Eros Barbu, quien primero decidió transformarla en una bodega y después agregó los apartamentos que mandó construir a trabajadores de la casa que poseía en el sur de México y que después fueron devueltos a su país con el fin de mantener en secreto la existencia de la gruta, sobre todo para los lugareños. A los sesenta y cuatro años, Eros Barbu no sólo era un escritor célebre, sino también un hombre legendario que hacía honor a su mítico nombre: en aquella gruta había conquistado a algunas de las mujeres más bellas del mundo.

Fuera cual fuese la historia de la cueva, en esos momentos sólo representaba miedo y soledad para Elena, pues tenía grabada en la mente la expresión de horror y rabia reflejadas en los ojos de Luca Fanari al comunicarle por teléfono que su mujer había muerto torturada y que su cuerpo se había carbonizado en un incendio que había arrasado el apartamento que habían compartido durante toda su vida de casados. Luca había regresado de inmediato a Pescara con Marco y Pietro para asistir al funeral y estar con sus tres hijos.

—Que Dios os bendiga —les dijo Elena antes de que subieran al fueraborda para tomar el primer hidrodreslizador a Como.

A solas con Michael Roark, que dormía en la otra habitación, anhelaba angustiada oír el motor de la lancha, pero no percibía más sonido que el suave romper de las olas contra la roca.

Decidida a llamar a su madre superiora en el convento de Siena para explicarle lo sucedido y pedirle consejo, Elena estaba a punto de descolgar el teléfono cuando oyó el eco del fueraborda.

Convencida de que se trataría de Luca y los demás, caminó con paso acelerado hacia el embarcadero, pero al llegar, lo que vio fue el reflector de la lancha de Edward Mooi.

SETENTA Y DOS

El poeta iba acompañado de un hombre y una mujer que Elena jamás había visto antes.

—Los otros se han ido —fue lo primero que dijo a Mooi.

—Lo sé.

Edward le presentó a sus acompañantes como antiguos empleados de confianza de la casa que se ocuparían de Roark mientras ella iba a Bellagio.

—¿A Bellagio?

—Quiero que se encuentre con alguien, un cura de Estados Unidos, y que lo traiga aquí.

—¿Aquí? ¿A la gruta?

—Sí.

Elena miró a la pareja mayor y después a Edward Mooi.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no va usted, o ellos?

—Porque en la ciudad nos conocen y a usted no...

Elena volvió a posar la vista sobre el hombre y la mujer —Salvatore y Marta, había dicho Mooi que se llamaban—, que guardaban silencio y se limitaron a devolverle la mirada. Debían de tener unos cincuenta y pico años. Salvatore presentaba la tez curtida por el sol pero la mujer no, lo cual con seguridad significaba que él se dedicaba a las labores al aire libre mientras ella se ocupaba de las tareas domésticas. Aunque ambos llevaban alianzas, no había modo de saber si eran un matrimonio, pero esto no importaba; su mirada, a un tiempo asustada y decidida, lo decía todo: harían cualquier cosa que les pidiera Edward Mooi.

—¿Quién es ese cura?

—Un familiar de Michael Roark.

—No es verdad. —Elena ya no tenía miedo, sólo sentía rabia porque ni su madre superiora ni sus tres escoltas le habían explicado la verdad—. Michael Roark no existe, o por lo menos, no es ese hombre de ahí —dijo señalando la habitación donde dormía su paciente—. Ese es el padre Daniel Addison, buscado por el asesinato del cardenal Parma.

—Él corre peligro, hermana Elena, por eso lo trajeron aquí y le dieron una nueva identidad...

—¿Por qué lo protege?

—Me lo ha pedido alguien.

—¿Quién?

—Eros Barbu.

—¿Un escritor famoso en el mundo entero está protegiendo a un asesino?

Edward Mooi guardó silencio.

—¿Luca y los otros lo sabían? ¿Y la madre superiora? —preguntó Elena incrédula.

—No lo sé... Lo único que sé es que la policía está pendiente de todos nuestros movimientos, por eso le pido que vaya a Bellagio. Si cualquiera de nosotros fuese a encontrarse con ese sacerdote, lo detendrían o lo seguirían hasta aquí.

—Ese cura es el hermano del padre Addison, ¿verdad?

—Creo que sí...

—Usted desea que lo traiga aquí...

Edward Mooi asintió con la cabeza.

—Le enseñaré otro camino por tierra firme...

—¿Qué ocurrirá si voy a la policía?

—Usted no sabe con certeza si el padre Daniel es un asesino... He visto cómo cuida de él; es su responsabilidad, y usted no lo delatará a la policía.

Los ojos de Mooi eran los de un poeta, resueltos pero sinceros y confiados a la vez.

SETENTA Y TRES

Villa Lorenzi, 6.00 h

Despeinado, descalzo y vestido con un albornoz, Edward Mooi se encogió de hombros al franquear el paso al inspector Roscani y a su ejército —los agentes especiales del Gruppo Cardinale, *carabinieri* armados y una brigada de perros rastreadores del ejército— que deseaban registrar por segunda vez Villa Lorenzi.

Batieron la mansión de arriba abajo: el ala de invitados con sus dieciséis dormitorios, el ala privada de Eros Barbu, el sótano y el subsótano.

Los perros husmearon por todas partes en busca del rastro extraído de algunas prendas enviadas desde Roma tomadas del apartamento del padre Daniel y de la habitación de hotel de Harry Addison.

A continuación registraron el edificio abovedado que albergaba la piscina interior, las pistas de tenis y, en la segunda planta, el enorme salón de baile. Continuaron después con el garaje de ocho plazas, los aposentos de los sirvientes, el edificio de mantenimiento y el invernadero.

Roscani recorrió cada una de las estancias, con la corbata aflojada y la camisa abierta para combatir el calor. Dirigía todos los movimientos y estaba siempre pendiente de las reacciones de los perros, abría las puertas de los armarios y buscaba puertas secretas en las paredes o en el suelo. Sin embargo, no dejaba de pensar en los asesinatos de Pescara ni en la identidad del hombre del punzón para el hielo, por ello había enviado un comunicado urgente a la central de la Interpol en Lyon, Francia, solicitando una lista de terroristas y asesinos a sueldo supuestamente localizados en Europa acompañada, si era posible, del perfil psicológico de los mismos.

—¿Ha terminado de registrar, *ispettore capo*? —preguntó Mooi todavía vestido con el albornoz.

Roscani alzó la vista y tomó conciencia de dónde estaba y de los dos hombres que se hallaban de pie en la escalera del cobertizo de las embarcaciones. En el exterior, el sol matinal reverberaba en la lisa superficie del lago, mientras abajo, en penumbra, dos perros rastreadores husmeaban, bajo la atenta mirada de sus cuidadores y cuatro *carabinieri*, la cubierta de una lancha motora amarrada en el embarcadero. Roscani se volvió para observarlos mejor y miró de soslayo a Edward Mooi, que hizo lo mismo.

Por último, los perros abandonaron el rastreo, y uno de los criadores sacudió la

cabeza mirando al inspector.

—*Grazie, signore* —agradeció Roscani a Edward Mooi.

—*Prego* —respondió éste y dio media vuelta hacia la casa.

—Eso es todo. —Roscani llamó a los cuidadores, que se dirigieron junto con los cuatro *carabinieri* al lugar donde estaba estacionado el convoy de vehículos policiales.

Roscani echó a andar tras ellos. Habían estado más de dos horas en la casa y no habían encontrado nada, dos horas perdidas. Si estaba equivocado, no tendría más remedio que admitirlo y dejar las cosas como estaban, pero...

Roscani se volvió para mirar de nuevo el cobertizo y el lago. A su derecha, los hombres con los perros casi habían llegado a la villa, mientras que Edward Mooi ya había desaparecido de su vista.

¿Qué es lo que había pasado por alto?

A la izquierda, entre la casa y el cobertizo, se encontraba el embarcadero de piedra donde el capitán del hidrodreslizador aseguraba haber dejado al cura fugitivo y a sus amigos.

Roscani posó de nuevo la vista sobre el cobertizo mientras se llevaba los dedos a la boca y aspiraba el humo de un cigarrillo imaginario. Sin apartar la vista de su objetivo, tiró al suelo la colilla fantasma y la aplastó con el pie antes de entrar.

Desde lo alto de las escaleras, lo único que divisó fue la lancha motora amarrada al embarcadero junto a los utensilios necesarios para su funcionamiento y, al fondo, la salida rectangular hacia el lago, lo mismo que antes.

Descendió los peldaños y recorrió desde el muelle la longitud del barco, de proa a popa y de popa a proa; buscaba algo pero no sabía el qué. Subió a bordo y estudió el casco, la cubierta y la cabina. Aunque los perros habían gañido, no habían encontrado nada. Estaba perdiendo el tiempo. Cuando se disponía a saltar fuera, se le ocurrió una idea. Cruzó la popa y se detuvo ante los dos motores Yamaha y, arrodillándose, alargó la mano para tocarlos. Estaban calientes.

SETENTA Y CUATRO

8.00 h

Elena Voso cruzó la plaza y bajó por la escalera que conducía al lago. Las tiendas para turistas bordeaban ambos lados de la calle; la mayoría ya estaban abiertas y en su interior, tanto vendedores como clientes sonreían al inicio del nuevo día.

Ante ella, varias embarcaciones recorrían la superficie del lago, y al final de la escalera se encontraba el embarcadero del hidrodreslizador. La hermana Elena se preguntó si ya habría llegado el primer barco o si Luca y los otros estarían en Como o en la estación, esperando el tren a Milán. Al pie de la escalera también se encontraba el hotel Du Lac, pero todavía no había decidido qué iba a hacer cuando llegase allí.

Después de que Edward Mooi saliese de la gruta, Elena había acompañado a Salvatore y a Marta hasta el lugar donde les esperaba despierto Michael Roark o, mejor dicho, el padre Daniel. Elena le presentó a la pareja mayor y le dijo que cuidarían de él hasta que ella regresara. A pesar de que el enfermo había recobrado en parte el uso de las cuerdas vocales y era capaz de hablar durante cortos períodos, guardó silencio mientras su mirada inquieta escrutaba los ojos de ella, como si supiera que Elena había descubierto su verdadera identidad.

—No le pasará nada —lo tranquilizó la enfermera antes de dejarlo en compañía de Marta, quien se ocuparía de cambiarle las vendas, pues tenía algunos conocimientos médicos.

A continuación Salvatore guió a Elena hasta una entrada de la gruta que ella no había visto antes. Tuvieron que recorrer un intrincado camino por pasadizos labrados en la roca hasta que llegaron a un montacargas, que los llevó al exterior a través de una abertura natural de la roca.

Una vez arriba, caminaron por un sendero en el bosque hasta llegar a una carretera secundaria donde había una camioneta aparcada. Salvatore le explicó cómo llegar a Bellagio y qué debía hacer una vez allí.

Elena se encontraba enfrente del hotel Du Lac cuando de pronto divisó a la policía. Delante del embarcadero había una ambulancia y tres coches patrulla rodeados de curiosos, mientras que a la izquierda estaba la cabina telefónica en medio del parque desde donde debía llamar al hermano del padre Daniel.

—Se ha ahogado alguien. —Oyó que decía una mujer mientras varias personas corrían a la orilla para averiguar qué había ocurrido.

Elena miró primero a la policía y luego a la cabina. Según Edward Mooi, ella era

responsable del padre Daniel. Quizá fuera cierto, pero su cabeza le indicaba que lo correcto era alertar a las autoridades. No importaba que la madre superiora estuviera al corriente de lo sucedido, ni tampoco era asunto suyo si el padre Daniel era o no culpable, para eso estaba la ley. Sólo sabía que a él y a su hermano los buscaban por asesinato. Tenía la policía al alcance de la mano, sólo tenía que acercarse.

Y eso fue lo que hizo. Dio unos pasos al frente alejándose de la cabina telefónica y cruzó la calle en dirección a los agentes. Cuando llegó a la acera opuesta escuchó un murmullo entre la multitud agolpada en la orilla y aparecieron más curiosos, impacientes por saber qué sucedía.

—Allí —gritó alguien.

Elena divisó entonces a unos submarinistas de la policía que extraían del lago el cadáver de una persona. Unos agentes levantaron el cuerpo y lo depositaron en el embarcadero. Otro lo cubrió al momento con una manta.

Ese breve instante, ese segundo en el que Elena entrevió el cuerpo sin vida que yacía en el suelo, la dejó del todo paralizada. Era el cadáver de un hombre.

Luca Fanari.

SETENTA Y CINCO

De pie junto a la ventana, Harry observó a la policía y la muchedumbre concentrada al otro lado de la calle antes de volver la vista al televisor, donde Adrianna, vestida con su chaqueta y gorra de béisbol, informaba sobre la última noticia de China bajo una lluvia torrencial ante la central de la Organización Mundial de la Salud en Ginebra. Según un informe no oficial de la ciudad de Hefei, en el este de China, un incidente de gran magnitud había afectado al suministro de agua potable de la zona. De acuerdo con los rumores, miles de personas habían resultado envenenadas y el número de fallecidos ascendía ya a más de seis mil. Tanto Xinhua, la nueva agencia de noticias china, como la Agencia Central de Noticias de China aseguraban que los rumores eran infundados.

Harry apagó la voz de Adrianna con el mando a distancia. ¿Qué diablos hacía en Ginebra informando sobre un incidente «infundado»?

Inquieto, miró primero por la ventana y después consultó la hora en el reloj de la mesita de noche.

8.20 h

Ninguna llamada, nada. ¿Qué había sucedido con Edward Mooi? ¿No había releído el fax? Además, Adrianna se hallaba en Ginebra cuando debía estar en Bellagio. Harry se sentía abandonado en una pequeña habitación de hotel mientras el mundo exterior seguía su curso.

Regresó a la ventana y observó a un coche de policía que se detenía al otro lado de la calle. Se abrieron las puertas y tres agentes vestidos de paisano salieron del vehículo en dirección al embarcadero. A Harry le dio un vuelco el corazón: el hombre que iba en cabeza del pequeño grupo era Roscani.

—Dios mío —se retiró de la ventana de manera instintiva. En ese preciso instante alguien llamó a la puerta. Harry, con los nervios de punta, oyó una segunda llamada.

A toda prisa, abrió la maleta encima de la cama, extrajo el papel con el número de Edward Mooi, lo rompió en mil pedazos y los tiró por el retrete.

Llamaron de nuevo a la puerta, pero con más suavidad, no con la fuerza autoritaria empleada por la policía. Debía de ser Eaton; Harry se relajó y abrió la puerta.

Una monja joven.

—¿Es usted el padre Roe?

—Sí... —respondió titubeante.

—Soy la hermana Elena Voso... —se presentó en un inglés muy claro, aunque con acento italiano.

Harry la miró sin saber si fiarse.

—¿Puedo pasar?

Harry echó un vistazo al pasillo, no había nadie.

—Sí, claro...

Harry se apartó y Elena entró cerrando la puerta tras de sí.

—Usted llamó a Edward Mooi —tanteó Elena.

Harry asintió.

—He venido para llevarlo hasta su hermano...

—No entiendo...

—No pasa nada... —lo tranquilizó Elena, consciente de sus dudas—. No soy policía...

—Lo siento, no sé de qué me habla.

—Si no está seguro... sígame; lo esperaré al pie de la escalera que lleva al pueblo. Su hermano está enfermo, por favor..., señor Addison.

SETENTA Y SEIS

Harry la guió por la escalera trasera del hotel y al llegar a la planta baja abrió una puerta que daba al vestíbulo posterior.

Uscita. Salida.

Harry titubeó, quería salir por una puerta trasera o lateral y no por la principal, que daba a la calle donde estaba Roscani, pero sólo había un cartel. Siguieron la flecha y momentos después cruzaron otra puerta que se abría al vestíbulo de entrada del hotel: la puerta principal era la única salida.

—¡Mierda! —masculló Harry.

En torno a él, la gente entraba y salía y un hombre conversaba animadamente con el portero. Harry miró atrás. Aunque existiese otra salida no tenía idea de cómo encontrarla. En ese instante se abrieron las puertas del ascensor y dos parejas acompañadas de un botones que empujaba un carro con el equipaje avanzaron hacia él. Si iban a salir, ése era el momento.

Harry asió a Elena del brazo y caminaron junto al botones. Al llegar a la puerta, Harry le cedió el paso. El hombre asintió con un gesto de la cabeza y empujó el carro al tiempo que Harry y Elena salían detrás. Una vez en la calle, Harry giró a la izquierda.

—*Buon giorno* —los saludó un hombre llevándose la mano al sombrero. Una joven pareja les sonrió.

—Por las escaleras de la izquierda —le indicó Elena.

Entonces Harry divisó a Roscani que ascendía por el mismo camino del embarcadero que él había recorrido la noche anterior. El inspector caminaba deprisa y los dos agentes de paisano le pisaban los talones. Harry se acercó más a Elena, que avanzaba entre él y la policía.

Casi habían llegado a la esquina, y Harry vio la escalera que había mencionado Elena. De pronto, Roscani levantó la vista y lo miró a los ojos. En ese momento Elena comenzó a hablarle en italiano. Harry no tenía idea de lo que estaba diciendo, pero ella continuó barboteando y gesticulando, como si se tratara de algo muy importante. Al llegar al pie de la escalera lo obligó a torcer a la izquierda sin dejar de hablar. Parecía que estuviera riñéndolo, pero no por ello dejó de sonreír a un anciano con quien se cruzaron.

De pronto se encontraron en medio de una multitud. Se abrieron paso entre la gente por delante de tiendas y restaurantes. Al llegar arriba Harry se atrevió a mirar atrás. Nadie. La policía ya no estaba. Roscani tampoco. Sólo había turistas.

—Esos hombres que subían del embarcadero eran policías —le informó Elena.

—Lo sé.

Harry la miró de soslayo mientras seguían caminando y se preguntó preocupado quién debía de ser esa mujer y por qué lo ayudaba.

SETENTA Y SIETE

9.10 h

Harry dobló la esquina y, apretando los dientes, volvió a cambiar de marcha y aceleró por una calle estrecha. La camioneta era vieja, el embrague y el cambio de marcha estaban gastados y apenas funcionaban. Redujo de marcha y viró al llegar a un parque. Por fin habían salido de la ciudad.

—Hábleme de mi hermano —pidió a Elena, mirándola para determinar si en realidad sabía algo.

—Tiene las piernas rotas, quemaduras en la cabeza y parte superior del cuerpo y ha sufrido una grave conmoción, pero ahora se encuentra mejor, ha comenzado a tomar alimentos sólidos y habla un poco. Tiene lagunas en la memoria, pero esto es normal. Creo que se recuperará.

¡Danny estaba vivo!

A Harry lo invadió la emoción, pero al posar los ojos sobre la carretera vio los coches parados.

—*Carabinieri* —dijo Elena.

Harry accionó el cambio de marchas y con un chirrido ensordecedor detuvo la camioneta a pocos metros del Lancia blanco que tenía delante.

Dos policías uniformados y armados con metralletas Uzi registraban los coches uno a uno a medida que se detenían en el puesto de control, mientras que otros dos agentes vigilaban desde el arcén.

Los agentes hicieron una señal al coche de delante para que prosiguiera su camino, y Harry metió primera. La camioneta se precipitó hacia delante y se detuvo de un frenazo después de casi atropellar a uno de los *carabinieri*, que se apartó de un salto gritándole que se parara.

—Dios mío.

Los *carabinieri* se aproximaron al vehículo, uno a cada lado.

Harry miró a Elena.

—Hábleles, diga lo que sea.

—*Buon giorno*. —Los *carabinieri* lanzaron una mirada furiosa a Harry.

—*Buon giorno*.

Harry sonrió y Elena comenzó a escupir palabras como una metralleta, señalando la camioneta y a Harry, dirigiéndose a los dos policías a la vez. Unos segundos después, los *carabinieri* se apartaron del vehículo e indicaron a Harry con la mano

que siguiera adelante. Con un chirrido del cambio de marchas y una explosión del tubo de escape, Harry arrancó la camioneta envolviendo a los policías en una nube de humo negro.

Harry los miró por el espejo retrovisor y después se volvió a Elena.

—¿Qué les ha contado?

—Que el camión era prestado, que íbamos a un funeral y que era la única manera de no llegar tarde... Espero haberme equivocado.

—Yo también.

Harry contempló la carretera del acantilado antes de echar un vistazo por el espejo retrovisor. En el puesto de control todo seguía igual, y los coches pasaban uno a uno.

Harry apartó la vista del retrovisor y miró a Elena, que tenía los ojos fijos en la carretera. De pronto se volvió, como si supiera lo que estaba pensando y lo que se disponía a preguntarle.

—Fue el convento quien me asignó el cuidado de su hermano.

—¿Quiere decir que usted ya sabía quién era?

—No.

—¿Pero las personas del convento sí?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No.

Harry miró de nuevo la carretera. La monja sin duda conocía la identidad de Danny, pero aun así lo había ayudado a escapar de la policía poniéndose en peligro.

—¿Le importa si le hago una pregunta tonta? ¿Por qué está haciendo esto?

—Yo también me lo pregunto, señor Addison.

Elena apartó la vista de la carretera y clavó en Harry sus ojos intensos y penetrantes.

—Creo que debería saber que en Bellagio estuve a punto de acudir a la policía y delatarles a usted y a su hermano..., pero el cuerpo que sacaron del lago era el de un hombre que ayudó a llevar a su hermano adonde se encuentra ahora... Hacía sólo unas horas que le habían comunicado el asesinato de su esposa y se dirigía a casa...

—Elena se detuvo por un segundo, como si el recuerdo atroz de lo que había visto no le permitiera hablar, pero al fin reunió energías suficientes para continuar—. Dicen que se ha ahogado, pero no sé si es verdad... Lo acompañaban otros dos hombres y no sé qué les ha sucedido... Así que al final tomé una decisión.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi futuro... Dios me ha encomendado el cuidado de su hermano, señor Addison... Al margen de lo que haya ocurrido, Él todavía no me ha liberado de mi deber... —Elena sostuvo la mirada de Harry por un instante y después se volvió a la carretera—. Cuando llegue a esos árboles gire a la derecha por el camino de tierra.

SETENTA Y OCHO

10.15 h

Edward Mooi estaba de pie desnudo en el cuarto de baño con una toalla en la mano.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

No había oído abrirse la puerta. No sabía cómo aquel hombre rubio vestido con vaqueros y chaqueta ligera había llegado hasta la segunda planta, ni cómo había burlado la vigilancia de los agentes del Gruppo Cardinale que continuaban frente a la casa, ni siquiera cómo había entrado en la finca de Villa Lorenzi.

—Quiero que me lleve hasta el cura —musitó el hombre rubio.

—¡Salga de aquí o llamaré a la policía! —gritó Mooi al tiempo que se tapaba con la toalla.

—No creo que lo haga —replicó el hombre mientras extraía algo del bolsillo y lo depositaba en el lavabo.

—¿Qué pretende que haga con eso? —Mooi miró el objeto en el lavabo. Fuera lo que fuese, estaba envuelto en lo que parecía ser una servilleta de restaurante de color verde oscuro.

—Ábralo.

Edward Mooi lo miró, tomó la servilleta y la desenvolvió.

—¡Dios santo!

Azul, inflamada, y con trocitos de servilleta pegada a la piel, se trataba de una lengua limpiamente cortada. Mooi sintió náuseas, la tiró al lavabo y, aterrorizado, dio un paso atrás.

—¿Quién es usted?

—El conductor de la ambulancia no quería contarme nada del cura, prefirió pelear. Pero usted no es un luchador. En la televisión dicen que es poeta, de modo que debe de ser un hombre inteligente. Por eso sé que me llevará hasta el cura —explicó el hombre rubio sin apartar la vista de Mooi.

El poeta lo miró incrédulo. Acababa de descubrir de quién intentaban proteger al padre Daniel.

—Hay demasiados policías, es imposible pasar.

—Veremos qué se puede hacer, Edward Mooi.

Roscani contempló el objeto, u objetos, mezclados en el amasijo de carne, sangre y

ropa que sacaron del lago, descubiertos por el propietario de la casa en cuyas tierras se encontraban. El equipo técnico de laboratorio hacía fotografías, tomaba notas y entrevistaba al hombre que había descubierto aquellos cuerpos.

¿De quiénes se trataba? Sólo Roscani, Scala y Castelletti lo sabían: eran los otros dos hombres que habían viajado a bordo del hidrodslizador que transportó al padre Daniel hasta Villa Lorenzi.

Roscani necesitaba un cigarrillo y pensó en birlarle uno a sus detectives, pero en cambio extrajo una galleta de chocolate del bolsillo y le dio un mordisco. No sabía cómo se había perpetrado la carnicería, pero habría apostado la reserva de galletas de chocolate de todo un año a que el autor era el asesino del punzón para el hielo.

El inspector se acercó a la orilla. Tenía la impresión de que había pasado algo por alto y de que debía sacar alguna conclusión de lo ocurrido.

—¡Virgen santa! —De pronto Roscani dio media vuelta y se dirigió al coche—. ¡Vámonos! ¡Ya!

Scala y Castelletti lo siguieron de inmediato.

Roscani casi corría cuando entró en el coche y sacó la radio del salpicadero.

—Al habla Roscani. ¡Quiero que pongan a Edward Mooi bajo protección policial ahora mismo! ¡Vamos en camino!

Scala trazó una curva con el coche y atravesó el césped recién cortado. Roscani estaba en el asiento del acompañante, mientras que Castelletti iba detrás. Nadie dijo palabra.

SETENTA Y NUEVE

10.50 h

Harry aguzó la vista y el oído. La luz del sol se desvanecía en la oscuridad del interior de la gruta al descender el ascensor entre las paredes de roca. Arriba se encontraba el camino de tierra y árboles que habían cruzado hasta llegar a la entrada de la cueva.

Transcurrieron varios minutos y el único sonido que percibían era el zumbido distante del motor eléctrico mientras el ascensor bajaba. De vez en cuando pasaban junto a una lámpara de seguridad. Bajo la luz que iba y venía, Harry se fijó en el contorno del cuerpo de Elena debajo del hábito, el cuello fuerte, la suave curva de sus mejillas que destacaban el ángulo recto de la nariz y el brillo de los ojos.

De pronto percibió el olor húmedo del musgo, un hedor muy familiar que no olía desde hacía años.

Al instante se sintió transportado al día que cumplió trece años, cuando al salir de la escuela comenzó a caminar por un bosque que despedía ese mismo olor a musgo. La vida había dado muchas vueltas; en dos años él y Danny habían perdido a su hermana y a su padre en trágicos accidentes, su madre se había casado de nuevo poco después y los había llevado a un hogar caótico con un marido distante y cinco niños más. Los cumpleaños, como otros asuntos personales, habían desaparecido en una ola de confusión, incertidumbre y readaptación.

A pesar de que intentaba ocultarlo, Harry se sentía desorientado. Era el hijo mayor y el hermano mayor, pero en su familia adoptada ya había dos hijos mayores que controlaban la situación.

Harry temía dar un paso en cualquier dirección por miedo a empeorar las cosas, cada vez se retraía más; en el colegio nuevo tenía pocos amigos y solía pasar el tiempo solo, leyendo, viendo la televisión cuando nadie más lo hacía o, casi siempre, paseando.

Era un día especialmente difícil, pues se había convertido de manera oficial en un adolescente que había dejado atrás su niñez. Sabía que en casa no lo celebrarían; de hecho, dudaba que alguien se acordara de su cumpleaños. Como máximo, recibiría un regalo o dos de su madre antes de ir a dormir. Comprendía que su madre también se hallase desorientada y temiese demostrar más afecto a sus hijos delante de su marido, pero Harry se sentía como un ser insignificante que no merecía que lo festejaran por su cumpleaños. La mejor opción era pasear por el bosque y dejar que transcurriera el

día sin pensar en nada.

Pero de pronto divisó la roca.

Apartada del camino y medio oculta entre los arbustos, le llamó la atención porque tenía algo escrito. Se acercó con curiosidad y apartó las ramas de los matorrales para leer las palabras escritas con tiza.

SOY QUIEN SOY

De modo instintivo miró en torno a sí en busca de la persona que lo había escrito, esperando encontrarla cerca observando sus movimientos, pero no había nadie. Harry estudió de nuevo las palabras en la roca. Cuanto más las miraba, más se convencía de que habían sido escritas sólo para él. Pensó en su significado el resto del día y antes de ir a dormir, las anotó en la libreta del colegio, momento en el que pasaron a pertenecerle por completo.

Esas palabras representaban su «Declaración de Independencia», y en ese instante tomó conciencia de su libertad.

SOY QUIEN SOY

Lo que él fuera y lo que llegara a ser estaba sólo en sus manos. Decidió que siempre sería así y se prometió que jamás dependería de nadie. Casi lo había conseguido.

De súbito una luz fluorescente lo devolvió a la realidad. El ascensor golpeó el suelo y se detuvo.

Al levantar la vista, Harry se encontró con la mirada de Elena.

—¿Qué sucede?

—Debe saber que su hermano está muy delgado. No quiero que se asuste cuando lo vea...

—De acuerdo... —Harry asintió y abrió la puerta del ascensor.

Siguió a Elena por los pasillos. El camino estaba indicado por una línea de mármol verde en el suelo. Por encima de su cabeza el techo subía y bajaba sin previo aviso y, más de una vez, Harry tuvo que agacharse para pasar.

Por último, tras varias curvas cerradas, llegaron a lo que parecía ser el túnel central, más largo y más ancho, con bancos tallados en la piedra a cada lado. Elena viró a la izquierda y caminó unos seis metros hasta detenerse ante una puerta cerrada. Dio unos golpes suaves y tras decir unas palabras en italiano, entró. Salvatore y Marta se pusieron en pie. Entonces Harry lo vio. Dormía en la cama al otro lado de la habitación. El gota a gota colgaba de una varilla sobre él. Tenía parte de la cabeza y

del cuerpo cubierto de vendas y lucía una barba como la de Harry y, tal como le había advertido la hermana Elena, estaba delgado en extremo.

Danny.

OCHENTA

Despacio, Harry se aproximó a la cama y contempló a su hermano de cerca. Era él, sin duda. No importaban los años que habían pasado sin verse ni cuánto había cambiado su aspecto. Se trataba de un sentimiento, de una familiaridad que se remontaba a su niñez. Tocó la mano de Danny, pero aunque estaba caliente éste no reaccionó.

—*Signore* —Marta se acercó a Harry mientras miraba a Elena—, hemos tenido que sedarlo.

Elena la miró con gesto de preocupación.

—Cuando usted se marchó se asustó mucho —aseveró Salvatore en italiano mirando primero a Harry y luego a Elena—. Lo encontramos en el suelo, había bajado de la cama y se había arrastrado por el suelo hasta el agua. Intenté sujetarlo pero no me dejó. Temí que se hiciera daño..., que cayera al agua y se ahogara..., y como teníamos medicinas aquí y mi mujer sabía qué hacer...

—No se preocupe. —Elena contó a Harry lo ocurrido.

Harry miró a su hermano y sonrió.

—Sigues siendo el mismo tío duro de siempre, ¿verdad? —Harry se volvió a Elena—. ¿Cuánto tiempo permanecerá inconsciente?

—¿Cuánto le administraron? —preguntó Elena a Marta en italiano y ésta le respondió. Elena miró a Harry—. Una hora, quizás un poco más.

—Debemos sacarlo de aquí.

—¿Adónde quiere llevarlo? —Elena explicó a la pareja que uno de los hombres que la habían acompañado hasta allí había aparecido muerto en el lago—. No creo que Luca se ahogara, pienso que lo mató la misma persona que asesinó a su mujer y que está buscando a su hermano, así que por ahora más vale que nos quedemos aquí. No conozco un lugar más seguro.

Edward Mooi navegó entre las rocas hacia la entrada de la gruta y encendió el reflector.

—¡Apague eso!

El poeta pulsó un interruptor de inmediato y en ese instante sintió un pellizco en la oreja, profirió un grito y se la tocó con la mano. Sangre.

—Es una cuchilla, Edward Mooi..., la misma que utilicé para la lengua que tienes en el bolsillo de la camisa.

Mooi, con la mano en el volante, percibió las rocas que pasaban junto a la lancha. Iba a morir de todos modos, ¿por qué había llevado a ese loco hasta allí? Podía haber llamado a gritos a la policía e intentado huir, pero no lo había hecho por miedo.

Había entregado su vida entera a las palabras y a la creación poética. Después de leer su obra, Eros Barbu lo había rescatado de una vida insignificante como funcionario en Suráfrica y le había ofrecido un lugar para vivir y los medios para seguir escribiendo a cambio de que administrase Villa Lorenzi. Así lo había hecho, y poco a poco, había dado a conocer su obra.

Entonces, cuando Mooi llevaba casi siete años en la casa, Barbu le pidió algo más: que protegiera al hombre que llegaría en un hidrodeshlizador. Podía haberse negado, pero no lo hizo y tanto él como ese hombre estaban a punto de perder la vida.

El poeta sorteó unos escollos en la oscuridad. Ya sólo faltaban unos cien metros y dos curvas más para llegar al embarcadero. El agua era profunda y silenciosa; con lentitud, Mooi acercó el pulgar al interruptor de parada de emergencia, y los motores se detuvieron.

El último acto de su vida fue extraordinariamente breve: con la mano derecha pulsó la sirena de aviso mientras con la izquierda se agarraba al borde de la lancha para saltar, pero la cuchilla le hendió la piel del cuello como si de seda se tratara. No importaba. Había rezado sus plegarias.

OCHENTA Y UNO

Salvatore corrió al embarcadero al oír la sirena, pero lo único que vio fue la oscuridad del canal. No oyó nada más y regresó.

—Debemos marcharnos enseguida —dijo en italiano.

Con excepción de Eros Barbu, la única persona que conocía los canales era Edward Mooi, pero el barco no había llegado; la sirena había sonado como señal de aviso.

Si Mooi hubiera querido advertirles de la presencia de la policía, ya estarían allí Roscani y una legión del Gruppo Cardinale seguidos de los periodistas. Sin embargo, desde que se oyó la sirena, no había habido más que silencio.

—Salvatore tiene razón, tenemos que irnos de inmediato —dijo Harry.

—¿Cómo? No es posible subir a su hermano en el ascensor, es demasiado pequeño.

—Pregunte a Salvatore si hay otro barco.

—No hace falta; Luca y los otros hombres se llevaron el único que había.

—Pregúnteselo de todos modos. Lo que sea, una balsa, un bote, cualquier cosa en la que podamos transportar a Danny.

Elena tradujo las palabras de Harry al italiano.

—*Forse* —respondió Salvatore—. *Forse*.

Quizá.

OCHENTA Y DOS

Más que un bote era un esquife de aluminio de unos cuatro metros de longitud y metro y medio de ancho, ideado para ser remolcado por un barco a fin de transportar provisiones o basura. Salvatore lo había encontrado en un muelle cercano de menor tamaño, a unos cien metros del primero, apoyado sobre la puerta que conducía a la famosa bodega de Eros Barbu. También había dos remos. Harry y Salvatore lo echaron en el agua y lo amarraron al embarcadero.

Harry subió a bordo. La embarcación flotaba y aguantaba bien su peso. Colocó los remos en los toletes.

—Vamos allá.

Salvatore empujó la camilla y con la ayuda de Harry la depositó en la embarcación. A continuación el italiano le entregó una bolsa con medicamentos. Harry ayudó a Elena a subir y esperó a que Salvatore y su mujer hicieran lo mismo, pero dieron un paso atrás.

El esquife era demasiado pequeño, dijeron. Para salir del canal debían seguir las marcas de la pared.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Harry preocupado.

Salvatore y Marta huirían en el ascensor, subirían a la camioneta y se encontrarían con ellos en una cueva al sur del lago. Salvatore explicó a Elena cómo llegar hasta allí y, después, se dirigió a Harry.

—*Arrivederci* —se despidió casi con tono de disculpa, como si los abandonase. Acto seguido tomó la mano de Marta y desaparecieron en el interior de la gruta.

OCHENTA Y TRES

Las marcas estaban grabadas en la pared por encima de la línea del agua, tal como les había dicho Salvatore. Elena iba sentada en la proa y las iluminaba con la linterna a medida que Harry impulsaba la embarcación por el canal. Remaba desde el centro, de espaldas a Elena, intentando no hacer ruido.

—Escuche. —Elena apagó la linterna.

Harry se detuvo con los remos en alto dejando el esquife a la deriva, pero no se oía nada más que el batir del agua contra la roca.

—¿Qué ocurre? —susurró.

—Ahora...

Esta vez sí lo oyó, un ruido sordo que reverberó contra las paredes de la cueva y se detuvo de repente.

—¿Qué es?

—Motores fueraborda. Los pone en marcha por unos segundos y luego los apaga.

—¿Quién?

—La persona o personas sobre cuya presencia quería alertarnos Mooi. Están aquí... buscándonos.

Planta depuradora de agua A, Hefei, todavía martes 14 de julio, 18.30 h

Li Wen observaba tranquilo a las personas que bullían ante la pared cubierta de mandos e indicadores de la presión, la turbiedad, la velocidad de flujo y la concentración de las sustancias químicas. No entendía por qué continuaban allí: los controles estaban apagados y la planta había sido cerrada.

Zhu Yubing, gobernador de la provincia de Anhui, era incapaz de apartar la vista de los indicadores, al igual que Mou Qiyang, subdirector del Departamento de Electricidad y Conservación del Agua de la provincia de Anhui. El intercambio de reproches y acusaciones surgió en cuanto se realizó el anuncio oficial: el envenenamiento del lago Chao no se debía a un accidente ni a un acto deliberado de unos terroristas o cualquier otra persona; tampoco habían causado la catástrofe las aguas residuales incontroladas vertidas por granjas y fábricas de la zona, sino las algas que se alimentaban del sol y sus toxinas biológicas. Ambos hombres llevaban años quejándose del problema, de la bomba de relojería que debía desactivarse, del

problema que debía solucionarse. No obstante, se resolvió, y allí estaban, aturridos en medio del horror: de los grifos de la ciudad había salido un agua putrefacta y letal que había causado una plaga. El número de víctimas superaba cualquier cifra imaginable.

El lago Chao suministraba agua a casi un millón de habitantes. En las últimas diez horas se había confirmado la muerte de veintisiete mil quinientas ocho personas, cincuenta y cinco mil más se encontraban en estado grave, y todavía no se había calculado el número de personas que consumían el agua a diario. La cifra de víctimas aumentaba cada minuto, y poco cabía hacer al respecto. Ni siquiera los equipos de urgencia del ejército chino podían ayudar, excepto para enterrar a los muertos. Sólo les restaba esperar y contar, y eso hacían bajo la atenta mirada de Li Wen.

Sólo se oía el chapoteo del agua contra la roca, y la respiración regular de Danny. Elena permanecía de pie en la proa mientras Harry sujetaba con las manos la barca arrastrada por la corriente para evitar que rozase la roca y rompiera el silencio.

La oscuridad era infinita, impenetrable. Harry era consciente de que Elena pensaba en lo mismo que él.

—Ponga la mano sobre la linterna —le susurró— e intente que ilumine lo menos posible, manténgala alta en dirección a la pared. Si oye algo, apáguela.

Harry esperó hasta que un haz de luz atravesó la oscuridad y se posó sobre la pared de granito situada encima de ellos. La luz recorrió la antigua roca en busca de alguna señal, pero no la encontró.

—Señor Addison... —Era la primera vez que Harry notaba el miedo en la voz de Elena.

—Siga moviendo la luz.

Acto seguido, empujando con las manos, Harry alejó el esqui de la pared, introdujo los remos en el agua y bogó con suavidad contra la corriente, apenas perceptible.

Elena sentía que el sudor le empapaba las manos mientras el haz de luz recorría la roca en vano.

Harry observaba, atento, sin atreverse a pensar que se habían desviado en la oscuridad y que cada vez se adentraban más en el laberinto. De repente, la luz de la linterna pasó por encima de tres marcas grabadas en la piedra y Elena contuvo una exclamación.

—Bien, vamos por buen camino —susurró.

Avanzaron seis metros, luego diez, y pronto divisaron tres marcas más.

—Enfoque el canal.

Al iluminarlo, vieron que la gruta se extendía más allá de donde alcanzaba la mirada.

—Apáguela.

Elena obedeció y se inclinó hacia delante escudriñando la oscuridad, rezando por vislumbrar un punto de luz que indicara el final del canal y la salida del lago, pero sólo había la misma oscuridad y frío húmedo, y el único sonido perceptible era el que emitían los remos.

En un gesto inconsciente, Elena se santiguó. Sabía que Dios estaba poniéndola a prueba de nuevo, pero esta vez nada tenía que ver con los hombres ni la lujuria, sino con su valor y capacidad de resistir las condiciones más duras sin abandonar al paciente que tenía a su cargo.

—Aunque pase por el valle tenebroso, ningún mal temeré... —comenzó a recitar.

—Hermana Elena... —la voz de Salvatore surgió de la nada.

Elena se sobresaltó mientras Harry permaneció inmóvil con los remos fuera del agua dejando que la corriente arrastrase el esquife.

—Salvatore —susurró Elena.

—Hermana Elena... —volvió a resonar la voz de Salvatore—. Todo va bien —dijo en italiano—; tengo el barco, quienquiera que estuviese aquí, ya se ha marchado.

De repente se oyó el sonido de los motores al arrancar. Los ojos de Elena brillaron en la oscuridad cuando se volvió a Harry para traducirle las palabras de Salvatore.

—Hermana Elena, ¿dónde está?

Harry recogió los remos y se agarró a la pared de piedra para frenar el esquife. El ruido de los motores sonaba cada vez más cercano. El barco se aproximaba por el canal.

OCHENTA Y CUATRO

Thomas Kind mantenía el filo de la cuchilla sobre el cuello de Salvatore mientras el barco avanzaba con lentitud y el eco de los motores fueraborda resonaba en las paredes de la caverna. A sus espaldas, el cuerpo de Marta yacía en cubierta, entre la cabina y los motores. Presentaba una pequeña herida entre los ojos de la cual todavía manaba la sangre.

Salvatore ladeó ligeramente la cabeza para observar a Thomas Kind: tenía el lado derecho de la cara cubierto de sangre y la piel desgarrada por los arañazos de Marta. El terrorista les había dado alcance poco antes de llegar al ascensor, la pelea había sido muy breve y rápida, pero la mujer había conseguido hacerle daño y, sólo por esto, Salvatore Belsito se sentía muy orgulloso de ella.

Sin embargo Salvatore no era como su mujer, carecía de su valentía y su decisión. Bastante difícil le había resultado ya mentir a la policía cuando entró en Villa Lorenzi o encargarse del enfermo mientras la hermana Elena salía en busca de su hermano. Salvatore Belsito era el jardinero jefe de Villa Lorenzi, un hombre afable que amaba a su mujer y cuya única preocupación era que las plantas crecieran. Eros Barbu les había ofrecido un hogar y trabajo indefinido y, por ello, le debía mucho, pero no la vida.

—Otra vez —ordenó Thomas Kind.

Salvatore titubeó por un segundo y después gritó el nombre de Elena.

La voz de Salvatore rebotó en las paredes de granito como en una cámara de resonancia. El grito se oyó más cerca y alto que antes, pero se vio acallado por el repentino rugido de los motores.

—A la derecha —le indicó Elena, que se encontraba detrás de él, mientras con la linterna seguía las marcas de la roca que llegaban hasta una curva que casi se doblaba sobre sí misma.

Harry empujó el remo derecho con fuerza, pero tomó la curva demasiado cerrada y el remo izquierdo quedó atrapado contra la pared y por poco le saltó de la mano. Masculló una maldición mientras recuperaba el equilibrio e introdujo de nuevo el remo izquierdo en el agua.

Remó con todas sus fuerzas. Tenía las manos despellejadas, y los ojos le escocían del sudor que le recorría la frente. Deseaba detenerse siquiera un segundo para arrancarse el alzacuello y respirar.

—¡Hermana Elena!

El eco de la llamada de Salvatore los persiguió por el canal como una ola.

De repente una luz cegadora iluminó el canal por el que habían venido. Harry distinguió la sombra de la pared por la que acababan de pasar y pensó que el barco no tardaría más de diez segundos en adentrarse en el cauce donde se encontraban.

Angustiado, miró en torno a sí y descubrió un canal que se extendía recto por unos quince metros antes de llegar a una curva cerrada a la izquierda. Resultaba casi imposible llegar allí antes de que el barco virara, pero no existía escondrijo alguno en la escarpada pared.

—¡Señor Addison! ¡Mire! —Elena señalaba al frente.

Harry siguió la dirección de su mano y, a la izquierda, a unos diez metros de distancia, vislumbró una sombra oscura que bien podía ser la boca de una cueva o un entrante en la roca de un metro o metro y medio de altura, como mucho, apenas lo bastante grande como para albergar el esquife.

A sus espaldas, el rugido de los motores se oía cada vez más fuerte y la intensidad de la luz aumentaba por momentos. La embarcación estaba acelerando.

Harry remó con toda su energía para llegar a la cueva.

—¡Vamos a entrar! —gritó a Elena—. Pase por encima de mí, no deje que Danny se golpee la cabeza.

Harry se detuvo por una milésima de segundo y notó el roce del hábito de Elena mientras pasaba a gatas sobre él. Acto seguido hincó los remos con fuerza, pero al hacerlo, el derecho salió del agua, el esquife dio un giro brusco a la izquierda y rozó la pared, pero Harry recuperó las fuerzas y rectificó el rumbo hacia la abertura de la cueva.

En ese instante Elena levantó la vista y divisó la proa del fueraborda al pasar junto al saliente de la roca, recorriendo con el potente haz de luz la vía de agua. Harry lanzó una mirada por encima del hombro. Se hallaban en la entrada de la cueva.

—¡Agáchese! —ordenó.

Agazapado, Harry sacó los remos del agua y dejó que el esquife se deslizara hacia el interior con un espacio de pocos centímetros a cada lado. Elena inclinó la cabeza a la vez que protegía la de Danny con la mano. La popa se escurrió a través de la abertura: estaban dentro.

Harry se tendió de espaldas, se agarró al techo rocoso y, tirando del esquife con una mano encima de la otra, se introdujo en la profundidad de la cueva. Un segundo más tarde, el potente reflector barrió las paredes del canal.

Los motores desaceleraron de golpe; Harry contuvo la respiración. Medio segundo más tarde, la embarcación pasó por delante de la abertura de la cueva y Harry distinguió el perfil duro de un hombre rubio, con una mano en el volante y la otra sobre el cuello de Salvatore Belsito. Segundos después, desaparecieron de su vista, llevándose consigo la luz del reflector y dejando una estela tras de sí.

Harry se sujetó a las paredes de la caverna para que el esquife no las golpeará. Con el corazón en un puño, se incorporó y escuchó con atención. Transcurrieron varios segundos hasta que por fin se apagaron los motores y el silencio dominó la

oscuridad.

OCHENTA Y CINCO

Thomas Kind trazó con suavidad un semicírculo hasta quedar frente al canal que acababa de recorrer. Estudió con atención la gruta, las paredes mojadas con salientes escarpados y el agua verde oscuro que reflejaba la luz en miles de direcciones.

—Siéntese. —Kind apartó despacio la cuchilla del cuello de Salvatore y señaló con la cabeza el banco situado en la parte posterior del barco. Bajo la mirada amenazadora del terrorista, Salvatore acató la orden y se sentó, cruzó los brazos y miró hacia arriba, con los ojos clavados en el techo irregular de la cueva, en cualquier lugar menos en el cuerpo de su mujer, que yacía a sus pies después de que Kind lo obligara a arrastrarla hasta allí desde la entrada del ascensor.

Thomas Kind miró de soslayo a Salvatore, introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo una bolsa negra de nailon que contenía una pequeña radio. Después de ajustar los auriculares, se prendió un micrófono al cuello de la chaqueta y enchufó el cable a una cajita que llevaba ceñida a la cintura. Se oyó un leve clic y se encendió un piloto rojo. Kind reguló el volumen con el pulgar y de inmediato los sonidos le llegaron amplificados: el eco del túnel y el batir del agua contra las paredes. Concentrado, orientó el micrófono de uno a otro lado del canal, despacio, de la pared izquierda a la pared derecha. Nada. Repitió el proceso sin resultado, de la pared derecha a la pared izquierda. Nada. Inclinado hacia delante, apagó el reflector y la gruta se sumió en la oscuridad. Esperó. Transcurrieron veinte segundos, treinta. Un minuto.

De nuevo, movió el micrófono de un lado a otro, de izquierda a derecha, una vez, otra.

—... espere...

Kind se detuvo en seco al oír la voz susurrante de Harry Addison. Esperó a oír más.

Nada.

Lentamente, se dio la vuelta.

—... sin el gota a gota... —dijo Elena Voso, musitando como el norteamericano.

Se hallaban allí, ocultos en la oscuridad que se extendía ante él.

Villa Lorenzi, a la misma hora

La intensa luz del sol obligó a Roscani a entrecerrar los ojos cuando entró en el

dormitorio de Edward Mooi. El equipo técnico seguía trabajando en el cuarto de baño, donde se habían encontrado restos de sangre en el lavabo y el rastro difuminado de una huella en el suelo.

Nadie había visto al poeta desde que regresó a su habitación después del registro matutino de Roscani. Nadie, ni uno solo de los miembros del servicio ni de los doce *carabinieri* que montaban guardia. Mooi, al igual que la embarcación de Eros Barbu, se había esfumado. A través de la ventana Roscani divisó dos patrulleras en el lago. Desde una de ellas Castelletti coordinaba las tareas de búsqueda. Scala, que había servido en un comando del ejército, batía con la ayuda de diez *carabinieri* de montaña, la línea de la costa al sur de la casa. Roscani daba por sentado que Mooi no se habría dirigido al norte, porque entonces habría acabado en Bellagio, donde era muy conocido y, además, centenares de policías uniformados vigilaban la zona. Por tanto Scala decidió encaminarse al sur porque en esa dirección abundaban las cuevas y la vegetación exuberante donde un barco podría ocultarse a la vigilancia desde el lago y desde el aire.

Roscani se alejó de la ventana y salió del dormitorio. Al llegar al vestíbulo, un ayudante lo saludó y le entregó un sobre de gran tamaño. Roscani lo abrió con rapidez y examinó el contenido: en la primera hoja figuraba el nombre y el escudo de la Interpol y el sello de *Urgentissimo* estampado en cada página.

Se trataba de la respuesta de la organización internacional de policía a su solicitud de información sobre el paradero de terroristas conocidos, presuntamente activos en Europa, junto con un perfil psicológico de los mismos.

Con las hojas en la mano, Roscani miró atrás y observó el alboroz de Edward Mooi arrebujado en la cama y al equipo de expertos que trabajaban en el cuarto de baño. De pronto tuvo la sensación de que habían llegado demasiado tarde y de que el asesino del punzón ya había estado allí.

OCHENTA Y SEIS

En la oscuridad, Harry oyó el casco del barco rozar la pared y adivinó que el hombre rubio estaba impulsándolo a mano en dirección a ellos. ¿Cómo sabía dónde se encontraban? ¿Cómo era posible que estuviese tan cerca habiendo tantos kilómetros de vías subterráneas? Al vislumbrar a los ocupantes del barco por un instante, a Harry le pareció que Salvatore iba prisionero, pero aunque no fuera así y acompañara al hombre por voluntad propia, resultaba casi imposible que los localizara. Sin embargo, de algún modo lo había hecho, y se hallaban a sólo unos metros de su escondrijo.

La única ventaja con la que contaban, si es que tenían alguna, era que los salientes de la roca dificultaban la visión de la entrada de la cueva. De hecho, Elena la había descubierto gracias al ángulo del reflector al virar la lancha. Sin ello, no habría parecido más que una simple sombra por encima de la superficie del agua.

Oyeron el mismo sonido de nuevo, esta vez más cerca, el de la madera o la fibra de vidrio al rozar la roca. A continuación se detuvo. Harry estaba seguro de que el barco se encontraba ante la boca de la cueva, tan cerca, que si Elena extendiese la mano lo tocaría.

Harry contuvo el aliento, con los sentidos alerta, los nervios en tensión, y el corazón latiendo como un tambor. Sabía que Elena se sentía igual, desesperada, rezando por que desaparecieran el barco y sus tripulantes.

Thomas Kind permaneció inmóvil, manteniendo el barco pegado a la pared de granito con una mano y apretándose el auricular contra la oreja con la otra. Hacía girar el torso despacio, de derecha a izquierda y en dirección inversa, siempre escuchando, pero sin resultado.

Quizá no estuvieran allí después de todo, quizá se había equivocado al quedarse en aquel canal. Tanto el micrófono como el dispositivo de escucha eran muy sensibles, y las paredes de roca y la superficie plana del agua eran superficies duras que actuaban como enormes altavoces multidireccionales que hacían rebotar el sonido. Las voces podían proceder de cualquier otro sitio, del canal de la izquierda o del que se encontraba detrás de él y que todavía no había recorrido.

Elena oyó un crujido suave en la oscuridad a su espalda y sintió una ráfaga de aire fresco. La lancha se alejaba, el hombre rubio había abandonado la búsqueda.

Suspirando aliviada, se santiguó y susurró:

—Se ha marchado...

—Dele unos min...

De repente, un lamento desgarrador surgió de la oscuridad a unos centímetros de ellos.

Elena se llevó la mano a la boca horrorizada.

El lamento se oyó de nuevo, más fuerte que antes.

—¡Dios Santo! —susurró Harry.

Danny se estaba despertando.

OCHENTA Y SIETE

Un gemido agudo resonó en la cueva en el momento en que Thomas Kind puso la mano sobre el contacto. Los dos motores Yamaha de cincuenta caballos rugieron al unísono y el reflector iluminó con toda su potencia, trazando un amplio arco por el canal mientras Kind daba media vuelta. Acto seguido, apagó los motores y dejó que el barco avanzara arrastrado por la corriente mientras recorría las paredes con la luz.

Harry se agarró a las paredes de la cueva y empujó el esquife hacia el interior. Detrás divisaba la luz del reflector que se acercaba a la boca de la gruta y a Elena, acurrucada sobre el cuerpo de Danny, que yacía en la camilla y había dejado de lamentarse. Respiraba con normalidad y en silencio.

La luz pasó de largo por la abertura de la cueva. En ese breve instante Harry vio con más claridad. A unos diez metros la gruta se estrechaba y perdía altura. Resultaba imposible determinar lo que había más lejos, pero no tenían ninguna alternativa, y eso si el esquife lograba pasar.

Thomas Kind barrió de nuevo los salientes de la roca con el reflector, pero no veía más que sombras. Sin embargo, había oído un grito o algo similar y, esta vez, no abrigaba la menor duda sobre su procedencia; había salido de allí, de aquella parte del canal.

Con la mirada atenta, movió la luz de un lado a otro. El reflejo hacía brillar los arañazos de Marta.

Detrás de él, Salvatore permanecía sentado, presa del terror y de la fascinación al mismo tiempo, como un espectador. No podía hacer más.

¡Allí!

Thomas Kind lo vio, el saliente y la abertura inferior. Su satisfacción se tradujo en la sonrisa cruel que esbozó al acercarse al lugar.

Se oyó un golpe sordo y el esquife se detuvo de repente.

—La linterna, deprisa —musitó Harry.

El sonido de los motores era cada vez más fuerte y la luz más intensa a medida que el barco se acercaba.

—Tenga. —Elena se inclinó hacia él, y sus miradas se cruzaron por un instante. Harry tomó la linterna e iluminó la cueva.

El esquife se había atascado en la entrada del pasadizo. Con unas cuantas maniobras conseguirían llevarlo adentro pero ¿qué se encontrarían después? El hombre rubio sabía dónde estaban y se quedaría allí esperando a que salieran. Si hallaban una salida al fondo sería fantástico pero, si no, ¿qué harían?

En ese instante el haz de luz les dio de lleno.

—¡A un lado! ¡Ahora!

Harry se echó adelante y a un lado y arrastró a Elena del hábito al agua en medio de la ráfaga de disparos.

La empujó bajo el agua hacia el pasaje al otro lado del esquife y vio que éste estaba rodeado por una lluvia de balas que impactaban en las paredes de la caverna y silbaban por encima de la proa. Era cuestión de segundos que atravesaran el grueso material de aluminio y alcanzaran a Danny.

Harry se sumergió y empujó la embarcación con fuerza desde abajo, intentando volcarla para sacar a Danny de la línea de fuego.

Con los pulmones a punto de estallar y apoyándose en la pared sumergida, hizo girar el esquife y lo empujó hacia atrás al interior del pasaje, pero quedó atascado y lanzó a Harry hacia atrás; éste regresó a nado e intentó desencallar la embarcación.

No lo logró. Le ardían los pulmones; necesitaba aire. Salió a la superficie en medio del haz de luz del reflector y por un instante divisó los fogonazos de los disparos y creyó distinguir el rostro de su autor: frío, tranquilo y desprovisto de toda emoción.

Las balas silbaron por encima de su cabeza y atravesaron la gruesa proa de aluminio. Harry tomó aire y volvió a zambullirse.

De nuevo se apoyó en la roca para empujar el casco, esta vez con el hombro, pero fue en vano. Volvió a intentarlo una y otra vez; necesitaba aire. Notó que el barco empezaba a ceder. Con los pulmones a punto de estallar, golpeó una vez más. El esquife se soltó y avanzó unos centímetros. Harry lo siguió y lo mantuvo en movimiento. Necesitaba tomar aire.

Salió a la superficie y respiró aire fresco. En ese mismo instante dejaron de sonar los disparos, desapareció la luz y la oscuridad se apoderó del lugar.

—... Elena... —la voz de Harry resonó en la oscuridad—. ¡Elena! —llamó una segunda vez con más fuerza y apremio. Temió que la hubieran alcanzado las balas y la imaginó en el fondo con los pulmones llenos de agua.

—Estoy agarrada al barco..., estoy bien. —Su voz sonó cerca, jadeante.

—¿Cómo está Danny...?

—¡Nos movemos! —gritó Elena asustada.

Harry sintió que el agua se enfriaba y que el esquife se alejaba. Habían entrado en una corriente subterránea que los arrastraba.

Persiguió el esquife en la oscuridad, nadando e impulsándose con las paredes. No tardó en darle alcance y asirse a la embarcación, que se deslizaba cada vez más deprisa. Atrapado entre la embarcación y las paredes de granito, se agarró al borde y

se impelió con los brazos hasta la popa.

—¡Elena! —gritó por encima del rugido del agua y el golpeteo del esquife contra la roca.

No hubo respuesta.

—¡Elena! ¿Dónde está? ¡Elena!

OCHENTA Y OCHO

Thomas Kind se llevó las manos al cuello. Salvatore era más fuerte de lo que aparentaba.

Con el pañuelo de su mujer retorcido en las manos y alrededor del cuello del hombre rubio, el italiano apretó con fuerza y apoyó la rodilla en la espalda de Kind.

—¡Hijo de puta!

Kind no había contado con ello, ni siquiera había contemplado la posibilidad de que un hombre tan insignificante como Salvatore Belsito lo atacase, pero no moriría por ello. En ese instante aflojó el cuerpo y se inclinó hacia delante, pillando al italiano por sorpresa. Los dos hombres golpearon la cubierta al mismo tiempo. Con un solo movimiento Thomas Kind se liberó, rodó a un lado y lo atacó por la espalda. La cuchilla destelló en su mano cuando sujetó al italiano por el cabello, tirándole de la cabeza hacia atrás y dejando el cuello del todo descubierto.

—Esa cueva..., donde estaban... ¿adonde conduce? —Thomas Kind tomó aliento y sintió que se le normalizaba el pulso.

El italiano fijó la mirada en el hombre rubio. Cosa rara, no sentía miedo en absoluto.

—A ningún sitio.

Kind deslizó la cuchilla por debajo de la nariz del italiano y éste profirió un grito de dolor al sentir el chorro de sangre que le resbalaba hasta la boca.

—¿Adónde conduce?

Salvatore intentó escupir. Estaba ahogándose en su propia sangre.

—Como... los otros túneles..., a una corriente subterránea..., y después al lago.

—¿Adónde? ¿Al norte, al sur...? ¿Adónde?

Despacio, Salvatore esbozó una sonrisa amplia, una sonrisa que, en verdad, era el reflejo de su alma.

—No... se lo diré...

OCHENTA Y NUEVE

Harry sujetó a Elena entre el esquife y su propio cuerpo, mientras las aguas turbulentas los arrastraban por el canal cada vez más empinado. En medio de la oscuridad y la fuerza de la corriente, intentaba agarrarse a las paredes de granito con las manos ensangrentadas y frenar la embarcación. Sentía a Elena apretada contra él, luchando también por mantener la cabeza fuera del agua. Ni siquiera sabía si Danny seguía en la camilla.

De repente, no había más que aire bajo sus pies. Oyó gritar a Elena, el esquife chocó contra su cuerpo y cayeron en un agua profunda, más oscura que antes, sentía la fuerza que lo empujaba hacia abajo, empezó a girar en medio de la turbulencia. Tocó fondo y se impulsó hacia arriba para alcanzar la superficie.

Ya estaba fuera, intentando respirar cuando vislumbró una luz que hendía la oscuridad.

—¡Elena! —gritó— ¡Elena!

—Estoy aquí.

La voz procedía de detrás de él. Sobresaltado, volvió la cabeza y observó a Elena acercarse de una brazada.

Harry sintió que tocaba tierra con los pies y, con paso vacilante, llegó al saliente de la plataforma de una roca y se tumbó exhausto, intentando recuperar el aliento. Más lejos, divisó el lago resplandeciente bajo la luz del sol, se acordó de Elena y la vio acercarse con la mirada fija en un punto situado detrás de él. Él se volvió, y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Danny parecía un fantasma. Pálido, casi transparente, era como un cadáver viviente. Tenía barba y estaba casi desnudo, con las vendas colgando. Yacía a unos metros de distancia y tenía los ojos clavados en él.

—Harry —exclamó—. Dios mío.

La voz de Danny resonó en el aire de la cueva mientras los hermanos se miraban con expresión de alegría e incredulidad por estar vivos y encontrarse cara a cara después de tantos años.

Al fin, Harry se puso en pie y se deslizó por la roca hasta el lugar donde se hallaba Danny y extendió el brazo.

—Dame la mano —dijo.

Danny alargó la mano, y Harry lo ayudó a subir a la roca, prestando especial

atención a las piernas rotas que, como por milagro, conservaban la escayola.

—¿Estás bien? —le preguntó Harry al acercarse.

—Sí... —Danny asintió con voz trémula e intentó sonreír. Mientras Harry observaba a su hermano exhausto oyó un fuerte sollozo detrás de sí.

Elena, sentada en la roca, con los ojos cerrados y los brazos cruzados. Lloraba de alivio y le temblaba el cuerpo, a pesar de todos sus esfuerzos por contener el llanto.

Harry escaló la roca hasta llegar a ella.

—Tranquila... —la reconfortó, arrodillándose—. Todo está bien. —Luego la abrazó con delicadeza y la estrechó contra sí.

—Lo... lo siento —balbució ella, apoyándole la cabeza en el hombro.

—Tranquila —repitió Harry—. Estamos bien. Todos estamos bien.

Miró atrás y vio que Danny lo observaba desde la roca. Era cierto; se encontraban a salvo, pero ¿hasta cuándo? ¿Cuál debía ser el siguiente paso?

NOVENTA

Roma, Ambasciata della Reppública Popolare Cinese in Italia (embajada de la República Popular China), todavía martes 14 de julio, 14.30 h

La limusina negra enfiló Via Bruxelles y pasó por delante del muro del siglo XIX que rodeaba el viejo Parco di Villa Grazioli, que estaba fraccionado en edificios de apartamentos y grandes residencias privadas.

La limusina aminoró la marcha al aproximarse a un coche blindado de *carabinieri* apostado al otro lado de la calle. Unos metros más adelante había un segundo vehículo y, en medio, se encontraba el número 56. La limusina entró y se detuvo ante una verja verde. Después de unos segundos, ésta se abrió y volvió a cerrarse detrás del vehículo.

Un instante después, el embajador de Estados Unidos en Italia, Leighton Merriweather Fox, ascendió por la escalera del edificio de mármol y ladrillo *beige* de cuatro pisos de la embajada de la República Popular China. Junto a él se encontraban Nicholas Reid, viceembajador, Harmon Alley, consejero de Asuntos Políticos y el primer secretario de Alley, James Eaton.

En el interior se respiraba un ambiente sombrío. Eaton vio que Fox hacía una reverencia al embajador chino en Italia, Jiang Youmei, y le estrechaba la mano. Nicholas Reid hizo lo propio con el ministro de Asuntos Exteriores Zhou Yi, mientras Harmon Alley esperaba a que lo presentaran al viceministro de Asuntos Exteriores Dai Rui.

El tema de discusión en todos los rincones de la gran sala verde y dorada era el mismo, la catástrofe de Hefei, donde la cifra de muertos a causa del agua contaminada ascendía a sesenta y dos mil e iba en aumento.

Las autoridades sanitarias no sabían predecir cuándo acabaría la pesadilla ni cuál sería el recuento final de víctimas. ¿Setenta mil, ochenta mil? Nadie lo sabía. Se había ordenado el cierre de las plantas depuradoras, y el agua potable se transportaba en camiones, trenes y aviones, pero el daño ya estaba hecho. El ejército chino había entrado en escena pero era incapaz de hacerse cargo de tantas víctimas y, a pesar de los esfuerzos por parte de Pekín de controlar a la prensa, el mundo entero sabía qué estaba ocurriendo.

Leighton Merriweather Fox y Nicholas Reid deseaban ofrecer tanto sus

condolencias como su ayuda, mientras que Harmon Alley y James Eaton estaban allí para evaluar las consecuencias políticas de la situación. La escena se repetía en el mundo entero: altos cargos diplomáticos visitaban las embajadas chinas en sus respectivos países para ofrecer ayuda y calcular las implicaciones políticas del desastre. Se especulaba sobre los efectos de la tragedia: ¿podría Pekín proteger a su pueblo, o las provincias decidirían prescindir de la ayuda de la capital ante la amenaza de un agua capaz de envenenar a miles de personas de un plumazo? Los Gobiernos extranjeros eran conscientes de que Pekín se hallaba al borde del precipicio, pues aunque el Gobierno controlara la situación de Hefei, si se repitiese un caso similar en el futuro, la tragedia cobraría tales dimensiones que la República Popular se enfrentaría a la desintegración total. Todos los países sabían que éste era el gran temor de China, y de repente el agua se había convertido en su gran debilidad.

Más allá de la tragedia humana, la preocupación política era el verdadero motivo por el cual los diplomáticos se habían reunido en el número 56 de la Via Bruxelles y en las embajadas de China en todo el mundo. Con una reverencia, Eaton tomó la taza de té que le ofrecía en una bandeja una joven china vestida con chaqueta gris y cruzó la sala, deteniéndose de vez en cuando para estrechar la mano de alguien conocido. Como primer secretario de Asuntos Políticos, su presencia allí no se debía tanto a su deseo de ofrecer el pésame a los chinos como al de averiguar quién más se encontraba en la embajada con el mismo propósito que él. Mientras Eaton charlaba amigablemente con el consejero de Asuntos Exteriores de la embajada francesa, se oyó un murmullo en la entrada principal y ambos se volvieron.

A Eaton no le sorprendió lo que vio: el secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Umberto Palestrina, vestido con un sencillo hábito negro y alzacuello blanco, llegó acompañado de los otros tres miembros de la aristocracia de la Santa Sede —el cardenal Joseph Matadi, monseñor Fabio Capizzi y el cardenal Nicola Marsciano—, quienes llevaban la vestimenta propia de sus cargos.

Las conversaciones cesaron casi de inmediato y los diplomáticos cedieron el paso a Palestrina mientras éste se acercaba al embajador de China, le hacía una reverencia y le tomaba la mano como si se tratara del más viejo y querido de sus amigos. No importaba que las relaciones entre Pekín y el Vaticano fueran casi inexistentes; estaban en Roma, y la ciudad representaba a novecientos cincuenta millones de católicos del mundo representados a su vez, en nombre del Santo Padre, por Palestrina y los demás. Se encontraban allí para mostrarle su compasión al pueblo chino.

Eaton se excusó ante el diplomático francés y cruzó la estancia despacio mientras observaba con interés a Palestrina y a los sacerdotes, que conversaban con los chinos. Los siete salieron juntos del salón.

Era la segunda vez que el Vaticano trataba con los diplomáticos más influyentes de China desde el asesinato del cardenal Parma, y James Eaton deseó más que nunca que el padre Addison estuviera allí para explicarle el significado de todo aquello.

NOVENTA Y UNO

Intentando no perder la cordura y rogando a Dios que le iluminase el camino para detener esa pesadilla, Marsciano entró en el pequeño salón verde y *beige* y se sentó junto a los otros: Palestrina, el cardenal Matadi, monseñor Capizzi, el embajador Jiang Youmei, Zhou Yi y Dai Rui.

Palestrina, sentado delante de él, en un sillón dorado, hablaba en mandarín con los chinos. Cada parte de su cuerpo, desde la planta de los pies y la mirada de sus ojos hasta sus ademanes grandilocuentes, expresaba una gran compasión y preocupación por la tragedia que estremecía a medio mundo. Palestrina se mostraba sincero y directo, como asegurándoles que él mismo viajaría a Hefei a cuidar de los enfermos si esto fuera posible.

Los chinos agradecieron su interés, pero tanto Marsciano como Palestrina sabían que se trataba de puro formulismo, pues a pesar de su consternación por lo sucedido en Hefei, ante todo eran políticos cuya principal preocupación era el Gobierno y su continuidad, ya que Pekín se encontraba bajo la atenta mirada del mundo entero.

Pero ¿cómo iban a saber o siquiera sospechar que el principal causante de la catástrofe no eran ni la naturaleza ni el anticuado sistema de depuración, sino el gigante de pelo blanco sentado a apenas unos centímetros de distancia y que conversaba con ellos en su propia lengua? ¿O que dos de los tres prelados de alto rango que se encontraban en esa misma sala se habían transformado en las últimas horas en fieles discípulos de Palestrina?

Si Marsciano había albergado alguna esperanza de que, una vez que la pesadilla había comenzado y que el Protocolo de Palestrina había visto la luz, de que monseñor Capizzi o el cardenal Matadi recuperaran el juicio y se opusieran al secretario de Estado, ésta se desvaneció de golpe cuando esa mañana ambos hombres entregaron en persona a Palestrina una carta (que Marsciano se había negado a firmar) en la que respaldaban las acciones del secretario de Estado. Se argumentaba que Roma llevaba años buscando el acercamiento a Pekín, pero el Gobierno chino lo había rechazado y continuaría haciéndolo mientras conservase el poder.

Para Palestrina la postura de Pekín sólo significaba una cosa: los chinos carecían de libertad religiosa y jamás disfrutarían de ella y, por tanto, él se encargaría de otorgársela. El precio carecía de importancia: quienes muriesen se convertirían en mártires.

Era evidente que Capizzi y Matadi compartían su punto de vista. Conseguir el papado era lo único que les importaba y habría sido insensato por su parte rebelarse

contra el hombre que podía auparlos a ese puesto. En resumidas cuentas, las vidas humanas constituían un simple medio para alcanzar un fin, y por muy terrible que fuera la situación, ésta empeoraría en el futuro porque todavía quedaban dos lagos por envenenar.

—Les ruego que me disculpen. —Consciente de lo que iba a ocurrir y asqueado por la hipocresía e inmoralidad desplegadas en la sala, Marsciano, incapaz de participar en ellas un minuto más, se puso en pie.

Desconcertado, Palestrina levantó la vista y le dirigió una mirada de sorpresa:

—¿Se encuentra mal, Eminencia?

Al ver la reacción de Palestrina, Marsciano se percató de cuánto había enloquecido el secretario; interpretaba tan bien su papel que llegaba a creerse sus propias palabras. Era un genio del autoengaño.

—¿Se encuentra usted mal? —repitió Palestrina.

—Sí... —respondió Marsciano con un hilo de voz mientras sostenía la mirada de Palestrina, dejando claro el desprecio que sentía por él sin que el resto de los presentes lo advirtiera. A continuación, el cardenal dio media vuelta e hizo una reverencia a los chinos.

—Toda Roma reza por China —dijo, y cruzó la puerta consciente de la mirada vigilante de Palestrina.

NOVENTA Y DOS

Marsciano salió solo de la estancia, pero hasta allí llegaba su libertad. El protocolo lo obligaba a esperar a los demás. En el interior de la limusina reinaba el silencio. Marsciano no apartó la mirada de la ventanilla mientras la verja verde se cerraba a sus espaldas y se dirigían a Via Bruxelles. Sabía que con su actitud había decidido su suerte, pues las inversiones ya estaban en marcha.

Pensó de nuevo en los tres lagos que había prometido Palestrina. ¿Cuáles serían los próximos? ¿Cuándo ocurriría? Sólo el secretario de Estado lo sabía. La locura y crueldad de Palestrina eran incomprensibles, su capacidad de engañarse a sí mismo, increíble. ¿Cuándo y cómo había errado el camino un hombre tan inteligente y respetable? ¿O es que el monstruo siempre había estado allí aletargado?

Una vez en Via Salaria, el chófer aminoró la marcha al incorporarse al intenso tráfico de la tarde. Marsciano sentía la presencia de Palestrina junto a él y los ojos de Capizzi y Matadi, que lo observaban atentos, pero decidió no prestarles atención y pensar en Yan Yeh, el director de operaciones bancarias. No lo recordaba como el astuto hombre de negocios y consejero destacado del Partido Comunista Chino que era, sino como un amigo y una persona compasiva capaz, por un lado, de lanzar una agresiva diatriba política en un momento y de hablar de su preocupación por la sanidad, la educación y el bienestar de los pobres, por el otro. Lo había visto reír y bromear sobre la posibilidad de que los fabricantes de vino italiano fueran a China para enseñar su arte.

—¿Telefoneas a menudo a Norteamérica? —la voz de Palestrina resonó junto a él.

Marsciano apartó la vista de la ventana y vio que el secretario de Estado lo miraba fijamente. Su corpachón ocupaba gran parte del asiento.

—No te entiendo.

—Sobre todo a Canadá. —Palestrina no apartó los ojos de Marsciano—. A la provincia de Alberta.

—Sigo sin entenderte...

—1011 403 555 2211 —recitó Palestrina de memoria—. ¿No reconoces el número?

—¿Debería reconocerlo?

Marsciano sintió que el coche se inclinaba al torcer por Via Princina. Ante él apareció la imagen familiar de Villa Borghese. De repente, el Mercedes aceleró en dirección al Tíber; pronto estarían en Lungotevere Mellini, cerca del Vaticano. A

poca distancia de allí, en Via Carissimi, se encontraba el apartamento de Marsciano, pero él sabía que nunca volvería a verlo.

—Es el número del hotel Banff Springs. El sábado doce por la mañana recibieron dos llamadas, y una tercera, esa misma tarde, desde el teléfono móvil del padre Bardoni, su secretario, el hombre que ha sustituido al cura.

Marsciano se encogió de hombros.

—Se hacen muchas llamadas desde mi despacho, incluso los sábados. El padre Bardoni trabaja hasta tarde, al igual que yo y que otras personas..., no llevo un control de todas las llamadas.

—Me aseguraste ante Jacob Farel que el cura había muerto.

—Y es verdad. —Marsciano levantó la vista y miró a Palestrina a los ojos.

—Entonces, ¿a quién llevaron a Bellagio, a Villa Lorenzi, hace dos días, el domingo 12?

Marsciano sonrió.

—Veo que has estado atento a la televisión.

—Las llamadas al Banff se realizaron el sábado, y el cura fue trasladado a Villa Lorenzi el domingo —precisó Palestrina inclinándose hacia Nicola Marsciano—. Villa Lorenzi es propiedad del escritor Eros Barbu, que está de vacaciones en el Banff Springs.

—Si lo que me pregunta Su Eminencia es si conozco a Eros Barbu, es cierto, somos amigos de la Toscana.

Palestrina observó por un instante más a Marsciano y, después, se reclinó en su asiento:

—Entonces te entristecerá saber que Eros Barbu se ha suicidado.

NOVENTA Y TRES

Lago de Como, 16.30 h

Dando tumbos y derrapando, Harry condujo la camioneta hasta el lugar donde esperaba encontrar a Elena y a Danny. Habían pasado dos horas desde que saliera del lago en busca de la camioneta, y la luz del atardecer confería un aspecto distinto al terreno.

El trayecto no sólo era lento y difícil, sino también peligroso: los frenos y neumáticos estaban gastados y dificultaban la conducción; la camioneta patinaba y daba botes por un camino impracticable. Casi todas las curvas eran cerradas y, al tomarlas, temía volcar y despeñarse por el precipicio que había a un lado, o caer en el lago, varios metros más abajo, por el otro.

En un punto del camino divisó al norte la flotilla: unos treinta o cuarenta barcos anclados o navegando despacio de un lado a otro y tres patrulleras que no les permitían acercarse a la costa. Harry comprendió que la policía había descubierto la gruta. Entonces, cuando empezó a descender por una de las curvas, vislumbró un helicóptero que empezó a sobrevolar el acantilado en el que había estado hacía menos de veinte minutos.

De pronto, Harry perdió el control de la camioneta, que empezó a derrapar por la grava; pisó el freno a fondo e hizo girar el volante hacia la carretera, pero el automóvil siguió patinando y acercándose al borde del precipicio; detrás de éste no había más que aire y, abajo, agua. En ese preciso instante, una de las ruedas delanteras se atascó en un bache, y Harry perdió el control.

Como si el vehículo se hubiera montado sobre un raíl, dio media vuelta y avanzó hacia el camino.

Durante los cinco minutos siguientes Harry intentó dominar la camioneta mientras se acercaba al lago por un camino que finalizaba de súbito en unos matorrales delante de la orilla.

Aparcó en una colina, detrás de una hilera de árboles y, tras comprobar que la camioneta no era visible desde el lago, abandonó el vehículo. Caminó a lo largo de la orilla y apartó los arbustos que se encontraban a la entrada de la cueva. A lo lejos oía el zumbido del helicóptero y rezó por que permaneciera lejos.

NOVENTA Y CUATRO

La gruta a la misma hora

Roscani miraba la lancha desde el embarcadero. En el interior yacían los cuerpos sin vida de un hombre y una mujer. Ésta había tenido la suerte de que el asesino no utilizara la cuchilla con ella como hizo con su acompañante o con Edward Mooi, cuyo cuerpo habían encontrado casi decapitado flotando en el lago.

Edward Mooi.

—¡Mierda! —dijo en voz alta— ¡Mierda!

Debió haber adivinado que Mooi ocultaba al cura, debió haber regresado a la casa a presionarlo en el momento en que encontró los motores calientes de la lancha, pero no lo hizo porque lo habían llamado para informarle del hallazgo de los cadáveres del lago.

Roscani dio media vuelta y caminó por el pasillo central de la gruta, pasando por delante de los bancos de piedra hasta llegar a la habitación del fondo, en la que el cura había permanecido oculto, y donde en ese momento Scala y Castelletti contemplaban el cadáver de un *carabiniere*, una víctima más del hombre del punzón para hielo, de quien sólo sabían que era rubio y presentaba unos arañazos en la mejilla.

«*Biondo*», rubio, había logrado decir el *carabiniere* con los ojos vidriosos, sujetando a Scala con una mano y arañándose la cara con la otra.

«*Graffiato*, —había tosido, con los dedos todavía sobre la mejilla—. *Graffiato*», arañado.

«*Biondo. Graffiato.*»

Rubio, fuerte, rápido y, a juzgar por las uñas de la mujer muerta, con el rostro arañado.

Los restos extraídos de debajo de las uñas se mandarían al laboratorio para realizar el análisis de ADN. La nueva tecnología, pensó Roscani, era útil sólo cuando se disponía de un sospechoso y de una muestra de sangre que cotejar en un banco de datos.

Roscani entró en la habitación por delante de Scala. Castelletti fue de nuevo al cuarto donde se habían encontrado los efectos personales de la monja.

Elena Voso, hermana enfermera, de veintisiete años, miembro de la Congregación de Hermanas Franciscanas del Sagrado Corazón, convento del Hospital de Santa Bernardina de la ciudad toscana de Siena.

Roscani regresó al túnel principal y, pasándose los dedos por el cabello, intentó encontrar un sentido a todo aquello. Eros Barbu era un hombre de gran fortuna, pero ni las personas que se habían ocultado allí ni sus escoltas lo eran. ¿Por qué había permitido Barbu que se refugiaran en su propiedad?

Ésta era una pregunta que el propio Barbu no contestaría. La Policía Montada de Canadá estaba investigando su supuesto suicidio en un sendero montañoso en Banff. Decían que se había pegado un tiro por la boca con una escopeta, pero Roscani sabía que no se trataba de un suicidio; estaba convencido de que había sido víctima de alguien vinculado al asesino del punzón para el hielo, por su relación con el padre Daniel, o bien con el fin de averiguar el paradero de éste. Quizá se trataba de la misma persona que le había quitado la vida al socio de Harry Addison en California. En este caso, la conspiración revestía un alcance todavía mayor del que había imaginado.

El inspector oyó el eco distante de los ladridos de los perros rastreadores que guiaban por el laberinto de túneles a sus cuidadores y a los *carabinieri* en busca del rastro de la hermana Elena Voso, del cura y... de su hermano. Roscani no tenía pruebas de ello, no era más que un presentimiento, pero algo le decía que el norteamericano había estado allí y había ayudado a su hermano a huir.

Roscani sacó media galleta de chocolate del bolsillo y le dio un mordisco.

En el exterior, un helicóptero coordinaba las batidas. Habían encontrado unas huellas a la salida del ascensor y el rastro de un vehículo; alguien lo había conducido hasta allí, lo había aparcado y se había marchado de nuevo. Todavía era muy pronto para juzgar si las huellas los llevarían hasta el hombre rubio o hasta los fugitivos.

Al margen de lo que había ocurrido o iba a ocurrir, una cosa estaba clara: Roscani ya no estaba lidiando simplemente con un cura fugitivo y su hermano, sino también con personas muy bien relacionadas a escala internacional, muy preparadas y sin escrúpulos para el asesinato. Cualquiera que tuviese la menor idea sobre el paradero del sacerdote se había convertido en un objetivo potencial.

NOVENTA Y CINCO

Cuando Harry entró en la gruta, se encontró a Danny solo, sentado de espaldas a la entrada, con las piernas enyesadas torcidas de manera grotesca delante de él. Llevaba la chaqueta negra de Harry encima de la bata del hospital. Harry miró a su alrededor. ¿Dónde estaba Elena? Danny no apartaba los ojos de su hermano, como si no lo reconociera. Harry era consciente de que el accidentado viaje a través de los canales lo había afectado y le asustaba la idea de que Danny hubiera empeorado y ya nunca recuperase las fuerzas.

—Danny, ¿sabes quién soy?

Danny no respondió; se limitó a mirarlo a los ojos, inseguro.

—Soy tu hermano, Harry.

Titubeante, Danny asintió.

—Estamos en una gruta en el norte de Italia.

Danny asintió de nuevo con un gesto vago, como si comprendiera las palabras pero no su significado.

—¿Sabes dónde está la hermana, la enfermera que te cuida? ¿Dónde está?

Durante unos segundos Danny no reaccionó; luego dirigió la vista hacia la izquierda.

Harry siguió la dirección de su mirada y descubrió una abertura en la parte posterior de la cueva por donde penetraba la luz del sol. Se acercó a la entrada, pero cuando se disponía a cruzarla se detuvo. Elena estaba medio desnuda, con el hábito bajado a la altura de la cintura y los pechos descubiertos. Sobresaltada, se cubrió.

—Disculpe. —Harry regresó al interior de la cueva.

Segundos después, ya vestida, Elena siguió sus pasos y, turbada, intentó explicarse.

—Disculpe, señor Addison, mi hábito estaba mojado y lo había puesto a secar fuera, tal como había hecho con su chaqueta y la bata de su hermano. Él dormía mientras yo estaba... desvestida.

—Lo comprendo... —Harry sonrió, y Elena se sintió mejor.

—¿Ha traído la camioneta?

—Sí.

—¿Harry? —Danny ladeó la cabeza cuando vio entrar a su hermano y a Elena.

Se trataba de Harry, estaba seguro. Elena estaba con él y esto lo reconfortaba; llevaba mucho tiempo a su lado y le servía de vínculo con la realidad. Aun así, se sentía débil, e intentar comprender dónde estaban y cómo había llegado Harry allí

suponía un esfuerzo supremo. De repente acudió a su mente la imagen de Harry cuando le tendió la mano y lo ayudó a salir del agua; también recordó el momento en que se miraron a los ojos y se dieron cuenta de que se habían reencontrado después de tanto tiempo.

—No... puedo pensar con claridad... —Danny se llevó la mano a la cabeza.

—Todo está bien, Danny... Todo marchará bien.

—Es natural, señor Addison... —intervino Elena. A continuación miró a Danny—. No me importa hablar delante del padre Daniel porque considero que necesita comprenderlo. Ha sufrido un accidente muy grave..., estaba haciendo grandes progresos, pero todo esto lo ha hecho empeorar... Creo que se recuperará físicamente, pero es posible que tenga problemas con el habla, el conocimiento o ambas cosas... El tiempo lo dirá. —Acto seguido se dirigió a Harry—: ¿Está muy lejos la camioneta, señor Addison? ¿Hay que andar mucho?

Harry titubeó y miró a Danny. Temeroso de asustarlo, asió a Elena del brazo y le dijo que le enseñaría el camino desde la entrada.

Una vez que llegaron a la abertura y escalaron las rocas que ocultaban la entrada desde el lago, Harry se volvió a Elena.

—La policía ha encontrado la gruta, hay un helicóptero sobrevolando la zona del ascensor. Quizás el hombre rubio salió por ahí, ¿quién sabe? Pero la policía ha descubierto que Danny ha estado allí y que sigue vivo. —Harry titubeó antes de continuar—. Usted abandonó sus cosas allí y ahora sabrán quién es, y lo más probable es que también sepan que yo he estado allí porque encontrarán mis huellas.

»Comenzarán a registrar los túneles y, al no encontrarnos, rastrearán toda la zona.

»El camino para salir de aquí es intransitable, pero si nos marchamos antes de que lleguen, quizás alcancemos la carretera general. Tal vez cuando oscurezca logremos burlar los puestos de control como hicimos esta mañana.

—¿Adónde quiere ir, señor Addison?

—Con suerte, hasta la *autostrada* de Como y, después, al norte, hasta Chiasso, en la frontera suiza.

—¿Y después, adonde?

—No estoy seguro... —De pronto, Harry advirtió que Danny los observaba desde el interior de la cueva. Aunque estaba escuálido y demacrado, aún poseía la fuerza interior que lo había caracterizado de pequeño. Sin embargo, su estado era casi de invalidez.

Harry se volvió hacia Elena; había una serie de cosas que había que aclararle antes de seguir adelante.

—Ya sabe que me buscan por haber matado a un policía y que Danny es el principal sospechoso del asesinato del cardenal vicario de Roma.

—Sí.

—Es importante que comprenda que yo no maté a ese policía y que no sé lo que hizo o dejó de hacer mi hermano, ni lo sabré hasta que se recupere... Y aun entonces,

ignoro si me contará algo o no. Pero, con independencia de lo que haya hecho, hay alguien que lo quiere muerto por lo que sabe o pueda contar a la policía... Por eso nos persigue ese hombre rubio y quizás incluso la policía. Ahora saben que está vivo y no sólo lo perseguirán a él, sino también a las personas que lo acompañen, pues creerán que les habrá revelado lo que sabe.

—Es decir, a usted y a mí.

—Sí.

—Y aunque no nos haya explicado nada...

—No se pararán a preguntar —Harry acabó la frase por ella.

De pronto surgió de la nada el ruido de las palas de un helicóptero. Harry tomó a Elena del brazo y la condujo a la entrada de la gruta justo en el momento en que el helicóptero sobrevolaba los acantilados y, trazando una amplia curva, desaparecía después entre las copas de los árboles.

Elena miró a Harry.

—Comprendo la situación, señor Addison, y estoy preparada. Harry clavó los ojos en los de ella.

—De acuerdo —dijo y fue en busca de Danny.

NOVENTA Y SEIS

Roscani oteaba el lago y las copas de los árboles desde el helicóptero, sobre los acantilados. Había decidido echar un último vistazo por su cuenta, tal como habría hecho su padre, quien siempre pensaba que tendría éxito allí donde todo el mundo había fracasado. Pero no fue así; abajo no había más que rocas y árboles, y el agua a la izquierda.

—¡Mierda! —masculló Roscani. Estaban todos allí abajo: el padre Daniel, la monja, el hombre del punzón para el hielo y la cuchilla y Harry Addison. La intuición de Otello Roscani no había fallado: las huellas encontradas en el botiquín del padre Daniel confirmaban que Harry Addison había estado en la gruta.

Roscani no quería ni imaginar cómo el norteamericano había escapado de sus manos, cómo había dado con las grutas antes que ellos, ni cómo había logrado huir del hombre rubio. Lo único positivo era que habían restringido la búsqueda a un área de unos pocos kilómetros cuadrados. En cambio, se enfrentaba a dos grupos de fugitivos: el de Addison y el asesino rubio, todos muy hábiles en eludir a la policía. El deber de Roscani consistía en cerrar cualquier vía de escape y acabar con esa historia lo antes posible.

Más al norte, Roscani divisó el despliegue del Gruppo Cardinale: cientos de soldados, *carabinieri* y miembros de la policía local instalados en el campamento base de los acantilados, sobre la gruta.

De improviso, Roscani ordenó al piloto del helicóptero que regresara al cuartel general de Villa Lorenzi. El Gruppo Cardinale perseguía, por un lado, a los estadounidenses y la monja, a quienes ya conocía, y por el otro, al asesino rubio, cuya identidad debía descubrir como fuera.

NOVENTA Y SIETE

El volante temblaba en manos de Harry, y la camioneta daba tumbos por el camino escarpado de la colina, a veces avanzando con lentitud y otras derrapando peligrosamente hacia el borde del acantilado, sobre el lago. Por fin abandonaron el sendero pedregoso y llegaron a un camino asfaltado donde las ruedas del vehículo se adherían mejor al suelo.

—Por ahora, todo va bien.

Harry sonrió a Elena, que iba acurrucada contra la puerta, intentando ocultar el miedo que sentía, mientras a Danny, sentado entre los dos, se le veía exhausto, con la mirada perdida, ausente. Harry consultó el rudimentario salpicadero del vehículo. Sólo les quedaba un cuarto de depósito de gasolina y no sabía hasta dónde llegarían.

—Señor Addison, debemos dar de beber y comer cuanto antes a su hermano.

A esas horas reinaba una oscuridad total y a lo lejos brillaban las luces del tráfico en la carretera de Bellagio. La autopista del sur los llevaría a Como, pero ni él ni Elena sabían cuántas ciudades debían cruzar ni a qué distancia se encontraba.

—¿Existe la posibilidad de acogerse a sagrado en la Iglesia italiana? —preguntó Harry al recordar de pronto que durante siglos la Iglesia había ofrecido asilo a refugiados y fugitivos.

—No lo sé...

—¿Cree que al menos nos ayudarían, aunque sólo fuera por esta noche?

—En Bellagio, en lo alto de las escaleras, está la iglesia de Santa Chiara. La recuerdo porque es franciscana y yo pertenezco a esa orden... Son los únicos que tal vez nos ayuden.

—Bellagio. —A Harry no le entusiasmaba la idea; resultaba demasiado peligroso. Más valía continuar hacia el sur, adonde quizás aún no había llegado la policía.

—Señor Addison —Elena miró a Danny como si hubiera adivinado lo que estaba pensando Harry—, no tenemos tiempo.

Harry posó la vista en Danny, que dormía con la cabeza inclinada sobre el pecho. Elena tenía razón, no les quedaba tiempo.

NOVENTA Y OCHO

El helicóptero se posó sobre el camino de entrada de Villa Lorenzi, con las cegadoras luces de aterrizaje encendidas y levantando un remolino de polvo.

Roscani se agachó para esquivar las hélices todavía en marcha y cruzó los jardines en dirección al centro de operaciones, instalado en el enorme salón de baile. Éste, con sus decoraciones y candelabros, parecía la clase de sitio donde se establecería un ejército invasor y, en cierto modo, lo era.

Cruzó la sala en medio de ruidos y preguntas y echó un vistazo al mapa gigante colgado de la pared. Al ver las pequeñas banderas italianas que señalaban los puestos de control, temió, por enésima vez, que no estuviesen llevando a cabo la búsqueda con la suficiente discreción. Eran un ejército y, por tanto, pensaban y actuaban como tal, pero también estaban sujetos a las limitaciones de una fuerza de gran tamaño, mientras que las presas eran audaces e ingeniosas guerrillas.

Roscani entró en un pequeño despacho al otro lado del salón de baile y cerró la puerta tras de sí. Lo aguardaban varias llamadas: de Taglia, de Farel y de su mujer.

Primero hablaría con su mujer, después con Taglia y, por último, con Farel. A continuación se tomaría veinte minutos de *assoluta tranquillità*, para pensar en silencio, repasar la información enviada por la Interpol e intentar descubrir entre esas páginas la identidad del hombre rubio.

Bellagio, hotel Florence, 20.40 h

Thomas Kind contempló su reflejo en el espejo del tocador. Había desinfectado los arañazos que le había hecho Marta. Las heridas habían cicatrizado lo suficiente como para disimularlas bajo una capa de maquillaje.

Poco antes de las cinco había regresado al hotel con dos estudiantes ingleses que lo habían recogido en la carretera. Les había explicado que se había peleado con su novia, que le había arañado la cara y se había largado. Él regresaría a Holanda esa misma noche y, por lo que a él concernía, ella podía irse al infierno. Unos quinientos metros antes de llegar al control de policía, pidió a los chicos que lo dejaran bajar del coche porque necesitaba serenarse caminando. Cuando el coche se alejó, Kind abandonó la carretera, avanzó a campo traviesa y regresó a la vía, al otro lado del puesto de control. A partir de allí lo esperaba una caminata de veinte minutos hasta Bellagio.

Cuando llegó al Florence subió a la habitación por la escalera de atrás. Llamó a recepción para avisar que abandonaría el hotel antes de tiempo y que cualquier gasto adicional debía cargarse a su tarjeta de crédito. Después se miró en el espejo y decidió que lo que necesitaba era una ducha y un cambio de aspecto. Y vaya si cambió.

Kind se acercó al espejo y se aplicó rímel y sombra de ojos. Satisfecho, dio un paso atrás y se contempló de cuerpo entero. Llevaba zapatos de tacón alto, pantalones *beige* y una blusa blanca debajo de una americana azul. Los pendientes de oro y el collar de perlas le daban el toque final. Cerró la maleta, se miró de nuevo en el espejo y se puso una pamelita antes de echar sobre la cama las llaves de la habitación y marcharse.

Thomas José Álvarez-Ríos Kind, de Quito, Ecuador, alias Frederick Voor, de Amsterdam, se había transformado en Julia Louise Phelps, agente inmobiliaria de San Francisco, California.

NOVENTA Y NUEVE

Harry contuvo la respiración mientras los *carabinieri* dejaban pasar el Fiat blanco en dirección a Bellagio y se dirigían al siguiente coche de la cola, al que hicieron avanzar hasta las luces de control. Al otro lado, otros dos *carabinieri* se encargaban de los vehículos que abandonaban la ciudad mientras que otros cuatro permanecían junto a un coche blindado aparcado en el arcén.

Cuando Harry divisó las luces, adivinó lo que significaban antes de que se detuviera el tráfico. Era consciente de la suerte que habían tenido la primera vez, cuando Elena y él iban solos en dirección contraria; en esta ocasión eran tres, y contuvo la respiración, esperando lo peor.

—Señor Addison... —Elena miraba al frente.

Harry se percató de que el coche de delante había avanzado y de que ya se encontraban a la altura del puesto de control. Un *carabiniere* armado les indicó con la mano que se aproximaran. A Harry le dio un vuelco el corazón y sintió sudor en las palmas de las manos; el policía volvió a hacerles una seña para que se acercaran.

Respirando hondo, Harry soltó el pie del embrague y avanzó hasta que el agente le ordenó que se detuviera. Dos *carabinieri* se acercaron con potentes linternas.

—¡Joder! —Harry expulsó todo el aire de golpe.

—¿Qué sucede? —preguntó Elena.

—Es el mismo tipo.

El *carabiniere* también reconoció a Harry. ¿Cómo iba a olvidar la vieja camioneta y al cura que por poco lo había atropellado esa mañana?

—*Buona sera* —saludó el *carabiniere*.

—*Buona sera* —respondió Harry.

El *carabiniere* iluminó el interior del vehículo con la linterna. Danny seguía durmiendo, apoyado en Elena, todavía con la chaqueta negra de Harry.

El segundo *carabiniere* se encontraba al lado de Elena y le ordenó que bajara la ventanilla, pero ella no hizo caso y se dirigió al otro policía.

—Íbamos a un funeral, ¿se acuerda? —preguntó en italiano.

—Sí.

—Ahora vamos de regreso. El padre Dolgetta —dijo señalando a Danny, en voz baja para no despertarlo— vino de Milán para officiar la misa. No debería haberlo hecho, ya ve lo delgado que está. A pesar de estar enfermo, no quería desatender sus obligaciones. Pero ha sufrido una recaída y queremos meterle en cama lo más pronto posible, antes de que se ponga peor.

Por unos instantes, el *carabiniere* los miró en silencio, iluminando con la linterna primero a Harry y luego a Danny.

—¿Qué quiere que hagamos? ¿Bajar del coche? ¿Quiere que lo despierte y le obligue a salir? —inquirió Elena enfadada—. ¿Por qué les cuesta tanto dejarnos pasar si ya nos conocen?

Los coches de atrás empezaron a dar bocinazos. Los conductores estaban hartos de esperar y la cola era cada vez más larga. Al fin, el *carabiniere* apagó la linterna y los dejó pasar.

CIEN

Roscani arrancó un trozo de chocolate de la tableta y cerró el expediente de la Interpol.

Sección uno: cincuenta y nueve páginas, en las que se enumeraba a veintisiete hombres y nueve mujeres terroristas con actividades en Europa. Sección dos: veintiocho páginas con una lista de catorce asesinos presuntamente afincados en Europa, todos hombres.

Cualquiera de ellos podía haber puesto la bomba en el autocar de Asís, y a cualquiera de ellos podían pertenecer los restos carbonizados que se identificaron de modo erróneo como los del padre Daniel, la persona que llevaba la pistola Llama. Pero en opinión de Roscani, todos carecían del instinto ingenioso, erótico y sádico del rubio asesino del punzón y la cuchilla.

Frustrado y maldiciendo el día que se le ocurrió dejar de fumar, abrió la puerta de su pequeño santuario y entró en el gran salón de baile de Villa Lorenzi. Mientras observaba el tumulto alrededor de él, decidió que se había equivocado: aunque el Gruppo Cardinale era un ejército muy grande, llamaba demasiado la atención y cometía errores, Roscani se alegró de que, en vista de la situación, estuvieran allí. No le habría gustado jugar solo a ese juego ni realizar la investigación por su cuenta, como habría hecho su padre, como si ellos fueran los únicos capaces de encontrar la solución; se necesitaba a mucha gente, miles de ojos abiertos y alerta que rastrearan cada centímetro de la zona, pues ése era el único modo de estrechar el cerco e impedir que la presa huyera de nuevo.

Bellagio, iglesia de Santa Chiara, 22.15 h

Harry esperó a Elena en la camioneta con Danny; hacía más de media hora que se había ido, y él se sentía muy intranquilo.

Al otro lado de la calle un grupo de adolescentes pasó riendo y bromeando entre sí; uno de ellos tocaba la guitarra. Unos segundos antes, un hombre mayor había pasado por el mismo lugar con dos perros pequeños. El sonido de los adolescentes se apagó, y volvió a reinar el silencio.

Harry miró a Danny, que seguía durmiendo en el asiento contiguo con las piernas dobladas en posición fetal. Ofrecía un aspecto inocente, como el de un niño. Harry deseaba tocarlo y asegurarle que todo saldría bien.

Dirigió la vista a la iglesia situada sobre la colina. Tenía la esperanza de ver a Elena descender por el camino, pero no había más que una calle vacía con coches aparcados a ambos lados. De pronto le sobrevino una sensación procedente de lo más profundo de su ser; Harry acababa de descubrir qué hacía allí, era una deuda, un veredicto, un designio del karma.

Estaba cumpliendo la promesa que hizo a Danny años atrás, antes de entrar en la universidad. En esa época, su hermano atravesaba una etapa de rebeldía y tenía problemas constantes en casa, en el colegio y con la policía. Harry estaba a punto de empezar el curso en Harvard y, maleta en mano, buscaba a Danny para despedirse. En ese instante entró su hermano por la puerta con la cara sucia, el pelo alborotado y los nudillos despellejados por una pelea. Miró primero la maleta y luego a Harry, y pasó de largo sin decir nada. Harry lo sujetó del brazo con fuerza y le obligó a volverse.

—Tú acaba el instituto, ¿de acuerdo? Después vendré a buscarte y te sacaré de aquí, te lo prometo.

Más que una promesa, se trataba de una extensión del pacto que habían sellado años atrás.

Cuando murieron su hermana y su padre, y su madre se casó demasiado pronto con el hombre equivocado, habían jurado ayudarse mutuamente a abandonar esa vida, esa familia y esa ciudad para siempre. Era un juramento entre hermanos.

Pero por muchas razones no había cumplido su palabra. A pesar de que nunca habían hablado de ello —y pese a que las circunstancias habían cambiado y Danny se había alistado en los marines al finalizar el instituto—, Harry sabía que su distanciamiento se debía a que jamás había regresado a buscarlo. Sin embargo, por fin había regresado por él y estaba cumpliendo su promesa.

22.25 h

Miró de nuevo la colina.

La calle seguía oscura y vacía, al igual que las aceras que la bordeaban. Ni rastro de Elena.

De repente el timbre amortiguado de un teléfono desgarró el silencio. Harry se sobresaltó y miró a su alrededor, preguntándose de dónde procedía. Entonces recordó que había guardado el teléfono móvil en la guantera cuando había acudido a la gruta en busca de Elena y Danny.

El teléfono dejó de sonar y después comenzó de nuevo. Harry lo sacó y respondió.

—Sí —contestó con cautela, aunque sabía que sólo una persona conocía ese número.

—Harry...

—Adrianna.

—¿Dónde estás?

Notó cierta inflexión en su voz, pero no era de preocupación, amabilidad ni amistad, era obvio que estaba pensando en términos de trabajo. Lo único que le preocupaba era el trato: Eaton y ella serían los primeros en hablar con Danny.

—¿Harry?

—Sigo aquí.

—¿Estás con tu hermano?

—Sí.

—Dime dónde estás.

22.30 h

Elena seguía sin aparecer.

—¿Dónde estás tú, Adrianna?

—En Bellagio, en el hotel Du Lac, el mismo en el que continúas registrado.

—¿Está contigo Eaton?

—No, está en camino desde Roma.

De pronto unas luces aparecieron en la cima de la colina y comenzaron a descender. Policías en motocicleta, dos. Bajaban despacio, mirando el interior de los coches, observando la acera, buscándolos a él y a Danny.

—Harry, ¿estás ahí?

Danny se revolvió, y Harry rogó que no se despertara como había sucedido en la gruta.

—Dime dónde estás y me reuniré contigo.

Danny se movió de nuevo, la policía estaba allí, a pocos metros de distancia.

—Mierda, Harry, háblame, dime dónde estás.

¡Clic!

Harry apagó el teléfono y cubrió a Danny con su cuerpo, rezando por que guardara silencio; entonces, en algún lugar del vehículo, volvió a sonar el teléfono.

Era Adrianna otra vez.

—¡Dios mío! —Harry contuvo la respiración.

El timbre del teléfono sonaba muy fuerte, como amplificado a través de un altavoz. Intentó encontrar el aparato en la oscuridad, pero estaba atrapado entre el asiento, los pliegues de su camisa y Danny. Trató de taparlo con el cuerpo para que la policía no lo oyera en la quietud de aquella noche de verano.

El teléfono tardó una eternidad en dejar de sonar. Sumido en el silencio, Harry deseaba ver si la policía había pasado de largo, pero no se atrevía a levantar la cabeza. Oía latir su corazón con violencia.

De súbito alguien golpeó la ventana, y Harry se quedó paralizado. Oyó un segundo golpe, más fuerte.

Aterrorizado y resignado, levantó por fin la cabeza.
Elena lo miraba. Iba acompañada de un cura, y llevaban una silla de ruedas.

CIENTO UNO

Una mujer atractiva, con una americana azul y una pamea grande, estaba sentada cerca de la ventana de la fachada del bar del hotel Florence. Desde allí divisaba el muelle y el embarcadero del hidrodslizador. También veía a los policías del Gruppo Cardinale que, junto a la taquilla, vigilaban a las personas que esperaban el barco.

De espaldas a la multitud del café, extrajo un teléfono móvil del bolso y marcó un número de Milán. La llamada fue recibida por una centralita que la transfirió a un segundo número, a otra centralita de la ciudad costera de Civitavecchia y, desde allí, a un número de teléfono que no figuraba en la guía.

—Sí —respondió una voz masculina.

—Aquí F —dijo Thomas Kind.

—Un momento.

Silencio.

—Sí —contestó una segunda voz masculina distorsionada por medios electrónicos. El resto de la conversación discurrió en francés.

F: El objetivo está vivo, quizás herido..., y, siento comunicárselo, ha escapado.

VOZ MASCULINA: Lo sé.

F: ¿Qué quiere que haga? Si lo desea, dimitiré.

VOZ MASCULINA: No, valoro su capacidad de decisión y su eficacia... La policía sabe que usted está allí y lo buscan, pero ignoran quién es.

F: Lo suponía.

VOZ MASCULINA: ¿Puede abandonar la zona?

F: Tal vez, con suerte.

VOZ MASCULINA: Entonces quiero que venga aquí.

F: Todavía puedo cazar la presa aquí, a pesar de la policía.

VOZ MASCULINA: Lo sé, pero ¿para qué? La polilla ha despertado y es posible atraerla a la llama.

Palestrina pulsó el botón de una caja junto al teléfono y entregó el auricular a Farel, que lo colgó. Por un momento, el secretario de Estado del Vaticano permaneció sentado contemplando su despacho de mármol apenas iluminado, las pinturas, las

esculturas, las estanterías con libros antiguos, los siglos de historia que lo rodeaban en aquella residencia bajo los aposentos del Papa, en el palacio de Sixto V, donde en ese momento dormía el Santo Padre, agotado por las actividades del día y tras delegar en sus consejeros las cuestiones diarias de la Santa Sede.

—Si me lo permite, Eminencia... —apuntó Farel.

—Dígame qué piensa —lo exhortó Palestrina.

—El cura. Ni Thomas Kind ni Roscani son capaces de atraparlo, es como un gato de siete vidas. Y, aunque lo cacemos..., ¿qué ocurrirá si habla antes?

—¿Insinúa que un solo hombre es capaz de hacernos perder China?

—Sí, y no podríamos hacer nada al respecto, excepto negarlo todo; pero habríamos perdido China y la sospecha nos perseguiría durante siglos.

Palestrina giró despacio la silla y contempló la escultura que tenía ante sí, el busto de Alejandro Magno tallado en mármol griego en el siglo v.

—Soy hijo del rey de Macedonia. —Se dirigía a Farel, pero sin quitar los ojos de la escultura— Aristóteles fue mi tutor. A los veinte años, mi padre fue asesinado y me convertí en rey, rodeado por sus enemigos. Pronto descubrí quiénes eran y ordené su ejecución. Me rodeé de hombres leales y aplasté la rebelión que habían iniciado... En dos años me puse al frente de un ejército de treinta y cinco mil griegos y macedonios y crucé el Helesponto hasta Persia.

Con lentitud estudiada, Palestrina se volvió hacia Farel. El ángulo de su rostro y la luz que se reflejaba detrás de la escultura confundían el busto y su cabeza. Buscó los ojos de Farel y continuó. El policía sintió que un escalofrío le recorría la espalda. La mirada de Palestrina se volvía más fría y distante a medida que hablaba y encarnaba con más convicción al personaje que creía ser.

—Cerca de Troya vencí a un ejército de cuarenta mil hombres, y perdí sólo a ciento diez de los míos. Después continué hacia el sur, donde me enfrenté con el rey Darío y con los quinientos mil hombres del ejército principal de Persia.

»Darío huyó dejando atrás a su madre, a su mujer y a sus hijos. Tomé Tiro y Gaza y avancé hasta Egipto, con lo que toda la costa este del Mediterráneo cayó bajo mi control. Conquisté Babilonia y lo que quedaba del Imperio persa más allá de la costa sur del mar Caspio, hacia Afganistán. Luego volví mis ojos hacia el norte, hasta lo que ahora conocemos como el Turkestán occidental, y Asia central; esto ocurrió en el 327 antes de Cristo. En tres años lo conseguí casi todo.

De golpe, Palestrina miró a Farel, rompiendo el distanciamiento.

—No fallé en Persia, Jacov, y, con o sin cura, no fallaré en China. —Palestrina bajó la voz y miró fijamente a Farel—. Tráeme al padre Bardoni ahora mismo.

CIENTO DOS

Bellagio, 22.50 h

Elena permanecía inmóvil en la oscuridad, contemplando el cuadrado de luz que entraba por la pequeña ventana del muro.

Se hallaban detrás de la iglesia, en el monasterio donde se alojaban los curas. Con excepción del padre Renato, el sacerdote afable que la había acompañado a la furgoneta, y de dos o tres curas más, el resto se encontraba ausente, en retiro espiritual. Gracias a esta feliz circunstancia, habían podido ofrecerles dos pequeñas habitaciones contiguas a ella y al padre Daniel, y una a Harry, al otro lado del pasillo.

Lamentaba haber tardado tanto en regresar a la camioneta y haber causado tanta ansiedad a Harry, pero no había tenido más remedio. No había resultado fácil convencer al padre Renato, quien sólo cedió a sus deseos después de hablar con su madre superiora, en Siena. Luego la había acompañado hasta la camioneta y había esperado con la silla de ruedas en la oscuridad a que se alejasen los policías en motocicleta.

Ya en el monasterio, dieron de beber y comer al padre Daniel y lo metieron en la cama. A continuación, el padre Renato los guió a la pequeña cocina del edificio y les sirvió un arroz con pollo que había sobrado del mediodía. Después de la cena los condujo a sus aposentos y se retiró a dormir, no sin antes advertirles que los demás clérigos regresarían al día siguiente y que debían marcharse antes de su llegada.

«¿Marcharnos? ¿Adónde?», se preguntó Elena con la mirada fija en el cuadrado de luz.

Ello hizo que se planteara la cuestión de su propia libertad o, más bien, la de su falta de libertad. El punto de inflexión se había producido en la gruta, cuando se derrumbó emocionalmente y Harry, pese a su agotamiento, se acercó para consolarla. Luego estaba el momento en que regresó con la camioneta y la encontró medio desnuda; la manera en que se disculpó y dio media vuelta convirtieron ese instante en un momento erótico y no embarazoso. Elena se preguntó si, a pesar de la gravedad y la urgencia de la situación, Harry habría estudiado su cuerpo por más tiempo si ella no hubiese sido una monja. Después de todo, era joven y consideraba que tenía una bonita figura.

De pronto, y por primera vez desde que escuchó la respiración de Danny en el hospital, se notó excitada. La noche era calurosa, y yacía desnuda bajo las sábanas. Sintió que una ola de calor le recorría el cuerpo y se llevó las manos a los pechos.

Vio de nuevo a Harry salir de la cueva, fijando la vista en ella. Sólo en ese momento tomó consciencia de su deseo de sentirse mujer en el sentido más pleno, y ya no tuvo miedo de estos sentimientos. Si Dios la ponía a prueba, no era para comprobar su fuerza interior o sus votos de obediencia y castidad, sino para ayudarla a encontrarse a sí misma, a determinar quién era y quién deseaba ser. Quizá por esta razón había sucedido todo aquello, y Harry había entrado en su vida: para forzarla a tomar una decisión. Su presencia y su actitud la afectaban de un modo que jamás había sentido, la invadía una sensación de ternura que en cierto modo anulaba los sentimientos de culpabilidad y aislamiento que solían atarla. Era como abrir una puerta y descubrir que, al otro lado, la vida era alegre, que valía la pena experimentar las mismas pasiones y emociones que los demás, que valía la pena ser Elena Voso.

Harry oyó llamar a la puerta y luego vio que ésta se entreabría con suavidad.

—Señor Addison... —susurró Elena.

—¿Qué sucede? —Harry se incorporó de golpe, alerta.

—Nada malo... ¿Le importa si entro?

Harry titubeó, desconcertado.

—No, claro...

Ella abrió la puerta un poco más, y Harry contempló el contorno de su figura a contraluz, antes de que la cerrase tras de sí.

—Siento haberlo despertado.

—No importa...

Aunque había poca luz, Harry vio a Elena acercarse vestida con el hábito pero descalza. Parecía nerviosa.

—Siéntese —le pidió él, señalándole la cama.

Elena miró primero el lecho y luego a Harry.

—Prefiero estar de pie, señor Addison.

—Harry —la corrigió él.

—Harry... —Elena sonrió nerviosa.

—¿Qué sucede?

—He tomado una decisión que deseaba compartir con usted.

Harry asintió sin saber qué ocurría.

—Poco después de conocernos le dije que Dios me había encomendado la misión de cuidar de su hermano.

—Sí.

—Bien, pues una vez finalizada esta misión, solicitaré a mis superiores autorización para abandonar el convento.

Por un momento Harry no respondió.

—¿Me está pidiendo mi opinión?

—No, le comunico un hecho.

—Elena —le dijo Harry con suavidad—. Antes de tomar una decisión definitiva, tenga en cuenta que, después de lo ocurrido, ninguno de nosotros tiene la mente muy clara.

—Soy consciente de ello. También sé que lo que hemos pasado me ha ayudado a aclarar los sentimientos que me rondaban desde hacía tiempo... mucho antes de que nada de esto ocurriera... Sólo quiero estar con un hombre, amarlo en todos los sentidos y que él me ame de la misma manera.

Harry la estudió con detenimiento, reparando en el ritmo de su respiración. Incluso en la penumbra veía el brillo decidido de sus ojos.

—Eso es algo muy personal...

Elena guardó silencio y Harry sonrió.

—Lo que no acabo de comprender es por qué me lo cuenta a mí.

—Porque no sé qué ocurrirá mañana y necesitaba contárselo a alguien que me comprendiera; y porque quería que tú lo supieras, Harry —Elena sostuvo su mirada—. Buenas noches y que Dios te bendiga —susurró al fin antes de salir.

Harry la siguió con la vista mientras abandonaba la habitación. Le había expresado algo muy personal, y él todavía no entendía muy bien por qué. Sabía que jamás había conocido a alguien como Elena, pero también era consciente de que ése no era el momento apropiado para sentirse atraído por ella; lo último que necesitaba era una distracción tan perturbadora y, por tanto, peligrosa.

CIENTO TRES

>Una atractiva mujer con pámela esperaba la llegada del hidrodeslizador junto al resto de los pasajeros.

Arriba, en las escaleras, cuatro policías del Gruppo Cardinale vigilaban con chalecos antibalas y metralletas Uzi. Cuatro policías más recorrían el embarcadero, escrutando los rostros de todos los pasajeros en busca de los fugitivos. En el control de pasaportes confirmaron que la mayoría eran turistas extranjeros procedentes del Reino Unido, Alemania, Brasil, Australia y Estados Unidos.

—*Grazie* —dijo el policía al devolver el pasaporte a Julia Louise Phelps y se llevó la mano a la gorra a modo de saludo. No era un hombre rubio con arañazos en la cara, ni una monja italiana, ni un cura con su hermano. Era una mujer alta y atractiva, estadounidense —tal como se había imaginado—, con pámela y una hermosa sonrisa. Por eso se había acercado y le había pedido los papeles; no porque resultase sospechosa, sino porque él deseaba coquetear y ella se lo había permitido.

Entonces llegó el hidrodeslizador y la norteamericana guardó el pasaporte en el bolso, sonrió al agente y subió a bordo con los demás pasajeros.

Minutos más tarde se elevó la pasarela, se pusieron en marcha los motores y la embarcación se alejó.

Los policías contemplaron el barco mientras aceleraba, levantaba la proa del agua y se adentraba en las oscuras aguas del lago en dirección a Tremezzo y Lenno y, después, a Lezzeno y Argegno, para regresar más tarde a Como. El hidrodeslizador *Freccia delle Betulle* era el último de esa noche, y todos y cada uno de los policías se relajaron al verlo zarpar, conscientes de que habían hecho un buen trabajo, pues ninguno de los fugitivos había burlado sus controles.

El Vaticano, miércoles 15 de julio, 0.20 h

Farel abrió la puerta del despacho privado de Palestrina e hizo pasar a un padre Bardoni de rostro impasible con gafas, un subordinado que se limitaba a acudir a la llamada de un superior, sin importarle la hora.

Palestrina, sentado detrás de la mesa del despacho, indicó al padre Bardoni que tomara asiento.

—Lo he mandado llamar para comunicarle personalmente que el cardenal Marsciano está enfermo.

—¿Enfermo? —El padre Bardoni se inclinó hacia delante.

—Se desmayó aquí mismo, en mi despacho, esta tarde, al regresar de la reunión en la embajada de China; los médicos creen que se trata de un simple caso de agotamiento, pero no están seguros, así que lo tenemos en observación.

—¿Dónde está?

—Aquí, en el Vaticano, en los aposentos para invitados de la torre de San Giovanni —respondió Palestrina.

—¿Por qué no lo han ingresado en el hospital? —Por el raballo del ojo, el padre Bardoni vio acercarse a Farel.

—Porque he decidido mantenerlo aquí; creo que conozco el motivo de su «agotamiento»...

—¿Cuál es?

—El problema con el padre Daniel.

Palestrina observó atento al sacerdote, quien hasta entonces no había mostrado emoción alguna, ni siquiera al mencionar el nombre del cura norteamericano.

—No comprendo.

—El cardenal Marsciano juró que estaba muerto y quizá no crea, a diferencia de la policía, que sigue vivo. De hecho, según parece, no sólo no ha muerto sino que se encuentra lo bastante bien como para eludir el cerco policial, lo cual significa que es posible que se comunique con el cardenal en cualquier momento.

Palestrina se detuvo un segundo, para asegurarse de que sus siguientes palabras resultaran inequívocas.

—El cardenal Marsciano se alegraría mucho de ver vivo al padre Daniel, pero puesto que se encuentra en observación médica y no puede viajar, la única solución consiste en que el padre Daniel venga a verlo, o lo traigan, si es necesario, a la torre de San Giovanni.

Fue en ese momento cuando el padre Bardoni flaqueó y lanzó una mirada furtiva a Farel; una reacción instintiva para comprobar si el policía estaba de acuerdo con la reclusión del cardenal Marsciano ordenada por Palestrina. Tras observar su mirada fría e impasible, no le cupo la menor duda de que estaba de acuerdo. Recobrando la compostura, se dirigió furioso a Palestrina.

—¿Acaso insinúa que yo sé dónde está, que quiere que le transmita el mensaje y lo haga venir al Vaticano?

—Se abre una caja y sale una polilla... —respondió Palestrina con serenidad—. ¿Adónde irá? Muchos son quienes se hacen esta misma pregunta, pero jamás encuentran la respuesta porque en el último momento la polilla se mueve y, luego, se mueve de nuevo. Todavía es más difícil cuando está enferma o herida y recibe la ayuda de gente compasiva, de un escritor famoso quizás, o de alguien del clero..., y además la atiende una mano experta..., una enfermera, una monja..., o una monja enfermera de Siena... Elena Voso.

El padre Bardoni, sin inmutarse, se limitó a contemplar a Palestrina con la mirada

vacía en un intento de remediar su reacción anterior, pero sabía que se había delatado.

Palestrina se inclinó hacia delante.

—El padre Daniel debe ser acallado, no debe hablar con nadie... Si lo descubren de camino hacia aquí, ya sea la policía, los medios de comunicación, Taglia o Roscani, debe responder que no recuerda nada de lo ocurrido...

El padre Bardoni se dispuso a protestar, pero Palestrina lo interrumpió con un gesto de la mano y acabó la frase con un tono de voz apenas audible.

—Comprenda que por cada día que el padre Daniel permanezca ausente, la situación del cardenal Marsciano empeorará, y su salud física y mental se deteriorará hasta que llegue el día en que ya no cuente para nada.

—Eminencia, se equivoca de hombre. No dispongo de más información que usted sobre dónde o cómo contactar con el padre Daniel.

Palestrina clavó los ojos en el sacerdote e hizo la señal de la cruz.

—*Che Dio ti protegga* —le dijo.

Farel se dirigió a la puerta y la abrió. El padre Bardoni titubeó pero, al cabo, se puso en pie y pasó junto a Farel antes de perderse en la oscuridad.

Palestrina contempló la puerta mientras se cerraba. ¿Se había equivocado con el padre Bardoni? No. Bardoni era el mensajero de Marsciano, el responsable del traslado del padre Daniel al hospital de Pescara tras la explosión del autocar y quien coordinaba sus movimientos desde entonces. Puesto que sospechaban de él, lo habían hecho seguir y le habían intervenido el teléfono. Incluso sospechaban que él había alquilado el hidrodreslizador en Milán; pero no habían sido capaces de probar nada, excepto que había cometido un error al mirar a Farel. Palestrina sabía que Marsciano exigía una gran lealtad de sus colaboradores, y si confió lo suficiente en el padre Daniel para confesarse con él, habría confiado lo bastante en el padre Bardoni para pedirle que lo ayudara a salvar la vida del norteamericano.

Por tanto, no se trataba del hombre equivocado, sino del correcto, y por ello, Palestrina estaba convencido de que su mensaje llegaría a su destino.

3.00 h

Palestrina estaba sentado frente al escritorio de su dormitorio, con sandalias y una bata de seda de color rojo que, unidas a su enorme estatura y su mata de pelo blanco, le conferían el aspecto de un emperador romano. Sobre la mesa tenía ejemplares de media docena de periódicos del mundo cuyos titulares hacían referencia a la tragedia de China. En un televisor situado a su derecha, un canal emitía información en directo desde Hefei, y en ese momento mostraba la imagen de miles de soldados del Ejército de Liberación que se dirigían a la ciudad en vehículos militares. Iban vestidos con monos y llevaban guantes, las muñecas y los tobillos cubiertos y los rostros tapados con máscaras de color naranja y gafas protectoras, para evitar —

explicaba el corresponsal, ataviado de igual manera— la transmisión de fluidos corporales y la propagación de la epidemia al contacto con los muertos, cuyo número aumentaba sin cesar.

Palestrina dirigió la mirada a la hilera de teléfonos que tenía al lado. Sabía que en esos momentos Pierre Weggen mantenía en Pekín una conversación amistosa con Yan Yeh. De un modo solemne, y sin dejar traslucir que la idea no era sólo suya, Weggen estaría sembrando la semilla del plan de Palestrina para la reconstrucción del sistema de aguas de China. Confiaba en que la posición privilegiada del banquero y su larga relación con el presidente del Banco Popular Chino bastaran para que los economistas asiáticos adoptaran la idea y se la comunicaran en persona al secretario general del Partido Comunista.

Al margen del resultado de la reunión, Weggen lo llamaría para informarle sobre lo sucedido. Palestrina echó un vistazo a su cama: debía dormir, pero sabía que era imposible. Se puso en pie y se dirigió al vestidor, donde se cambió la bata de seda por el traje negro y el alzacuello blanco. A continuación abandonó sus aposentos.

Tomó a propósito un ascensor de servicio y, sin que lo viesen, descendió hasta la planta baja y salió por la puerta lateral a los jardines.

Caminó durante una hora, quizá más, pensando. Recorrió la avenida del Jardín Cuadrado hasta la avenida Central del Bosque y después desanduvo el camino, deteniéndose por un instante al pie de la escultura del siglo xvii de Giovanni Vasanzio, *Fontana dell'Aquilone*, la fuente del Águila. El ave, situada en lo alto de la estatua, el símbolo heráldico de los Borghese, la familia del papa Pablo V, poseía para Palestrina un significado muy especial; del todo personal y profundo. Lo transportaba a la antigua Persia, hasta el límite de su otra vida y ejercía sobre él más influencia que cualquier otra cosa. Le infundía fuerza, y de esta fuerza emanaba el poder, la convicción y la certeza de que hacía lo correcto. El águila lo retuvo durante un tiempo y al final lo liberó.

Se alejó del lugar despacio y pasó por delante de las dos estaciones de tierra de Intelsat de Radio Vaticano y de la torre propiamente dicha, continuó caminando a través del interminable paisaje verde mantenido por un ejército de jardineros, anduvo por antiguos caminos y senderos, entre magnolias y buganvillas, por debajo de pinos, palmeras, robles y olivos, junto a miles de arbustos podados con esmero. Sorprendido, aquí y allá, por la lluvia imprevista de los aspersores automáticos.

Un pensamiento aislado lo indujo a dar media vuelta. Bajo la incipiente luz de la mañana, Palestrina se encaminó a la entrada del edificio de ladrillos amarillos de Radio Vaticano. Abrió la puerta, ascendió por la escalera hasta la torre superior, y salió a la galería circular.

Apoyó las voluminosas manos en el borde de la almena y contempló el sol que se elevaba por encima de las colmas romanas. Desde allí dominaba la ciudad, el palacio del Vaticano, San Pedro y gran parte de los jardines. Era uno de sus lugares predilectos y constituiría un refugio ideal si algún día lo necesitaba. El edificio

mismo se alzaba sobre una colina, a cierta distancia del Vaticano, y por consiguiente resultaba fácil de defender. La galería exterior donde se encontraba, que rodeaba el edificio entero, le permitiría divisar con claridad a cualquier persona que se aproximara, y le serviría de atalaya estratégica desde donde dirigir a los defensores.

Aunque tal vez descabellada, la idea había calado en su mente, sobre todo a la luz del pensamiento singular que lo había llevado hasta allí: la observación de Farel de que el padre Daniel era como un gato que no había agotado todas sus vidas, el único hombre capaz de hacerle perder China. Antes, el padre Daniel había supuesto un percance inoportuno, una llaga purulenta que había que eliminar. El hecho de que hasta la fecha hubiese sido capaz de eludir tanto a Thomas Kind como a los hombres de Roscani tocaba una fibra sensible en su interior que lo aterrizzaba: su profunda y secreta creencia en un oscuro infierno pagano y en los espíritus depravados que lo poblaban. Estaba convencido de que dichos espíritus eran responsables del repentino ataque de fiebre paralizante y de la posterior muerte cruel que le sobrevino a la edad de treinta y tres años, cuando era Alejandro. Si eran ellos quienes guiaban al padre Daniel...

—¡No! —gritó Palestrina.

Se dio la vuelta y descendió por las escaleras hasta llegar a los jardines. No quería pensar en los espíritus, ni en ese momento ni nunca. No eran reales, sino fruto de su imaginación, y no permitiría que su propia imaginación lo destruyera.

CIENTO CUATRO

Hefei, China, miércoles 15 de julio, 11.40 h

La burocracia, el caos reinante y su propio cargo de inspector de aguas habían retrasado la salida de Li Wen de la planta depuradora. Sin embargo al fin lo había hecho, pasando por delante de la multitud furiosa de políticos y científicos. En ese momento, con el maletín en una mano y tapándose la nariz con un pañuelo con la otra en un intento inútil de protegerse del hedor de los cuerpos putrefactos, se dirigía a Changjiang Lu. Caminaba ora por la calle ora por la acera, esquivando las ambulancias y vehículos de urgencias y a las hordas de personas desesperadas que intentaban huir de la ciudad, buscaban a familiares o esperaban temerosas los primeros síntomas de escalofríos y náuseas que indicaban que el agua que habían bebido estaba envenenada. Y la mayoría hacía las tres cosas a la vez.

Recorrió una manzana y pasó por delante del hotel Chino de Ultramar, donde se había alojado y había dejado la maleta y la ropa. El hotel ya no era tal, sino el Centro de Toxicología de la Provincia de Anhui. Lo habían expropiado en cuestión de horas, los huéspedes se habían visto obligados a abandonar sus habitaciones y su equipaje se había amontonado en el vestíbulo. Pero aunque hubiese tenido tiempo, Li Wen no habría regresado al hotel: había demasiada gente; quizá lo reconocerían y le harían preguntas, retrasándolo todavía más..., y Li Wen no debía retrasarse un minuto más.

Con la cabeza gacha, haciendo todo lo posible por no ver la expresión de horror en los rostros de las personas que lo rodeaban, anduvo hasta la estación donde los vehículos del ejército esperaban a los cientos de soldados que llegaban en tren.

Empapado en sudor y arrastrando el maletín, se abrió paso a codazos entre los soldados y esquivó a la policía militar. Cada paso resultaba más difícil que el anterior. Su cuerpo de cuarenta y seis años luchaba contra la tensión de los últimos días, el calor incesante y el hedor insoportable de los cuerpos en descomposición. Finalmente llegó hasta el *jicun chu*, la consigna, y recogió la vieja maleta que había depositado el lunes al llegar. La valija contenía las sustancias químicas necesarias para fabricar más «bolas».

Cargado con el doble de peso, regresó a la estación, se abrió paso a través de la entrada al andén y caminó cincuenta metros hasta la zona de los pasajeros, atestada de refugiados que esperaban la salida del siguiente tren. El suyo llegaría en quince minutos. Descargaría un tropel de soldados y se llenaría con más gente. Por su calidad de funcionario del Gobierno, dispondría de un asiento, algo por lo que se

sentía agradecido en extremo. Una vez sentado procuraría relajarse. El viaje hasta Wuhu duraba casi dos horas; luego tomaría el tren a Nanjing, donde pernoctaría en el hotel Xuanwu de Zhongyang Lu, como estaba previsto. Allí podría descansar y dejar que lo embargara la sensación de venganza y de triunfo sobre el Gobierno dogmático que había matado a su padre y le había robado la niñez.

Disfrutaría de su tiempo y aguardaría a recibir la siguiente orden y a que le asignasen el siguiente objetivo.

CIENTO CINCO

*Bellagio, cuartel general del Gruppo Cardinale, Villa
Lorenzi,
miércoles 15 de julio, 6.50 h*

Con el cuello de la camisa abierto y sin chaqueta, Roscani echó un vistazo al enorme salón de baile. Sus hombres trabajaban sin cesar desde la medianoche, momento que había aprovechado para enviar a dormir al segundo piso a los que se veían más agotados. Algunos agentes seguían trabajando en el exterior, y Castelletti había despegado en el helicóptero al despuntar el alba, mientras Scala, convencido de que no habían rastreado toda la gruta, había regresado con dos perros y sus cuidadores.

A las dos de la mañana, antes de irse a dormir, Roscani había solicitado al ejército que le enviara ochocientos soldados adicionales. A las tres y cuarto volvía a estar en pie y duchado, vestido con la misma ropa que había llevado los dos últimos días. A las cuatro decidió que ya había tenido bastante.

A las seis de la mañana, las televisiones y radios locales emitieron un comunicado a la ciudadanía: en dos horas, a las ocho de la mañana, el ejército registraría todas las casas de la zona, puerta por puerta. El mensaje había sido sencillo y directo: los fugitivos estaban cerca, y los encontrarían; toda persona que los encubriera sería considerada cómplice y juzgada por ello.

La táctica de Roscani constituía algo más que una amenaza, era una estratagema para que los fugitivos creyeran que tenían la posibilidad de huir si lo intentaban antes de la hora fijada. Por ello, los efectivos del Gruppo Cardinale y las tropas del ejército se habían situado en sus puestos treinta minutos antes de que se lanzara el comunicado, con la esperanza de que alguno de los fugitivos saliese de su escondrijo.

6.57 h

Roscani echó un vistazo al recargado reloj rococó de Eros Barbu situado sobre la silenciosa tarima de la orquesta, y después miró a los hombres y mujeres, sentados ante las pantallas de ordenador y los teléfonos, que cribaban la información y coordinaban a los miembros del Gruppo Cardinale que trabajaban sobre el terreno. Por último, tomó un sorbo de café frío pero dulce y salió, no sin antes volver la vista

atrás.

En el exterior, el lago de Como estaba tranquilo, igual que el aire. Roscani se encaminó a la orilla y giró para contemplar la imponente villa. El estilo de vida de Eros Barbu no estaba al alcance de cualquiera, y menos de un policía.

Aun así se preguntó, como en otras ocasiones, cómo sentaría pertenecer a ese mundo, ser invitado a bailar allí al ritmo de piezas interpretadas por una orquesta en directo y, tal vez, pensó con una sonrisa, llevar una vida un poquito decadente.

La fantasía se desvaneció cuando echó a caminar por la orilla del lago y sus pensamientos se centraron de nuevo en el expediente de la Interpol, que no contenía información alguna sobre el asesino del punzón y la cuchilla. De pronto tomó conciencia del olor de las flores silvestres, un aroma más bien acre que lo transportó cuatro años atrás, cuando lo asignaron de modo temporal a una rama del departamento antimafia del Ministerio del Interior, donde tuvo que investigar una serie de asesinatos de la Mafia en Sicilia. Se encontraba en un prado de las afueras de Palermo examinando junto a otros detectives el cuerpo que un granjero había encontrado tumbado boca abajo en la cuneta. Eran las primeras horas de la mañana y el aire fresco y limpio, el olor acre de las flores dominaba los sentidos como ese día. Al darle la vuelta al cadáver y descubrir que le habían hecho un tajo de oreja a oreja, los detectives soltaron un grito al mismo tiempo. Todos sabían quién era el asesino.

—Thomas Kind —dijo Roscani en voz alta. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Thomas Kind. Ni siquiera había pensado en él. El terrorista llevaba más de tres años fuera de circulación, y se creía que lo habían asesinado o que se había retirado y vivía en la relativa seguridad de Sudán.

—¡Dios mío! —exclamó Roscani y corrió hacia la casa. Eran las ocho menos veinte de la mañana, faltaban justo veinte minutos para que comenzara la búsqueda puerta a puerta.

CIENTO SEIS

Bellagio, embarcadero del transbordador a la misma hora

Harry observó a los *carabinieri* armados que interrogaban al hombre y a la mujer del Lancia negro. La policía obligó al hombre a salir del coche y a abrir el maletero. Al no encontrar nada, los agentes dejaron marchar a la pareja. Cuando el Lancia cruzó la rampa del transbordador, la policía se volvió hacia ellos.

—Allá vamos —musitó Harry con el corazón acelerado.

Los cinco viajaban en una furgoneta Ford blanca con el nombre de la iglesia de Santa Chiara grabado en las puertas. El padre Renato iba al volante, y Elena estaba sentada a su lado. Detrás iban Harry, Danny y el padre Natalini, un sacerdote muy joven con rostro aniñado. Elena llevaba un traje sastre, gafas de carey y el cabello recogido en un moño. Los sacerdotes estaban vestidos con los trajes negros y los alzacuellos blancos de diario. Danny también llevaba gafas, y tanto él como su hermano iban de negro con abrigos largos abotonados hasta el cuello y solideos en la cabeza. Parecían rabinos, tal como pretendían.

—Los conozco —murmuró el padre Renato en italiano mientras los *carabinieri* se acercaban a las ventanillas.

—*Buon giorno*, Alfonso. Massimo.

—¡Padre Renato! *Buon giorno* —Alfonso, el primer *carabiniere*, cuya corpulencia intimidaba, sonrió de buena gana al reconocer la furgoneta y al padre Renato, primero, y después al padre Natalini—. *Buon giorno, padre*.

—*Buon giorno*. —El padre Natalini le devolvió la sonrisa desde su asiento junto a Danny.

Durante los noventa segundos siguientes, mientras el padre Renato y los policías conversaban en italiano, Harry pensó que le iba a estallar el corazón. De vez en cuando reconocía alguna palabra: *Rabbino, Israele, Conferenza Cristiano/Giudea*.

La idea de los rabinos había sido de Harry. Parecía sacada de una película. Resultaba absurda y descabellada. Y sentado allí, sin aliento, aterrorizado, esperando a que en cualquier momento los *carabinieri* dejaran de hablar y les ordenaran salir del vehículo como habían hecho con el conductor del Lancia, se preguntó cómo diablos había concebido un plan tan disparatado. En realidad, se habían visto obligados a tomar una decisión rápida después de que, poco antes del amanecer, Elena irrumpiera a toda prisa en su habitación para comunicarle que su madre superiora les había encontrado alojamiento al otro lado de la frontera, en Suiza.

Con la autorización de su superior, el padre Renato había aceptado ayudarles a llegar hasta allí, aunque no sabía cómo. La idea se le había ocurrido a Harry al vestirse, cuando contempló su larga barba en el espejo y recordó la de Danny. Era disparatada, pero quizá daría resultado, sobre todo si se tenía en cuenta que ya habían logrado burlar dos puestos de control de la policía y que, además, el padre Renato y el padre Natalini no sólo pertenecían al clero, sino que además conocían a todo el mundo, incluida la policía.

Y luego estaba lo de su vida profesional en Los Ángeles. Aunque Harry era católico, nadie llegaba muy lejos en el mundo del espectáculo sin clientes ni amigos judíos. Con frecuencia lo invitaban a celebrar la Pascua judía, había compartido innumerables desayunos en el restaurante Nate and Al, en Beverly Hills, oasis para escritores y cómicos judíos, y había visitado a familiares de clientes en los barrios judíos de Fairfax, Beverly, Pico y Robertson. Más de una vez le había sorprendido la similitud entre la kipá y el solideo, y entre los abrigos negros de los rabinos y los de los sacerdotes católicos. Y ahora, para bien o para mal, tanto Danny como él se habían transformado en rabinos israelíes de visita en Italia para asistir a una conferencia sobre las relaciones entre judíos y cristianos. Elena era su guía e intérprete italiana. Sólo esperaba que nadie los hiciera hablar en hebreo.

—Fuggitivo —dijo uno de los carabinieri.

—*Fuggitivo* —repitió el padre Renato añadiendo unas breves palabras en italiano. Era obvio que a ambos *carabinieri* les pareció bien lo que dijo, pues dieron un paso atrás y uno de ellos les indicó con un ademán que continuaran.

Harry miró a Elena, y luego vio al padre Renato meter la primera marcha. La furgoneta comenzó a ascender por la rampa del transbordador, mientras los policías se acercaban al siguiente coche y ordenaban a los ocupantes que salieran y les mostraran su documentación mientras registraban el vehículo.

En el interior de la furgoneta nadie se atrevió a mirar a los demás. Esperaron en silencio durante diez agonizantes minutos a que subiera a bordo el último coche, se cerrara la puerta de la rampa y zarpara la embarcación.

Harry sintió que el sudor le resbalaba por la nuca y los brazos. ¿Hasta cuándo les duraría la suerte?

El transbordador había constituido el primer paso: partió de Menaggio a las siete y cincuenta y seis, cuatro minutos antes de que el ejército batiera la península entera y quince minutos después de que se descubriera la camioneta de Salvatore Belsito aparcada en una calle a un kilómetro de Santa Chiara. El padre Natalini la había dejado allí poco antes de las seis, después de limpiar a conciencia el volante y la palanca del cambio de marchas.

El segundo paso, el cruce de la frontera de Italia a Suiza, habría resultado más difícil,

si no imposible, porque ni el padre Renato ni el padre Natalini conocían a los hombres del Gruppo Cardinale que vigilaban los puestos de control fronterizos. Los salvó el hecho de que el padre Natalini se había criado en Porlezza, pequeña ciudad del interior de Menaggio, y conocía los enrevesados caminos que conducían a los Alpes; caminos que les permitieron eludir el puesto de control de Oria y entrar en Suiza a las diez y veintidós sin percances.

CIENTO SIETE

El Vaticano, torre de San Giovanni, 11 h

Marsciano se hallaba de pie junto a la puerta de cristal, la única abertura en la habitación por donde entraba luz y, con excepción de la puerta del pasillo, cerrada y vigilada, la única salida. Ya no soportaba mirar la pantalla del televisor, que brillaba como un ojo omnisciente.

Podía apagarlo, desde luego, pero no lo había hecho ni pensaba hacerlo. Palestrina conocía bien el carácter de Marsciano y por esta razón había ordenado que se dejara el Nokia de veinte pulgadas en el cuarto que había sido despojado de toda clase de lujos y en el que sólo quedaban los elementos más esenciales: una cama, un escritorio y una silla. También había mandado incomunicar el piso del resto del edificio.

«El número de fallecidos en Hefei asciende a sesenta mil seiscientos, y continúa aumentando la cifra. No existen cálculos sobre la cifra definitiva.»

La voz del corresponsal sonaba con claridad a su espalda. Marsciano no necesitaba ver la pantalla para saber que mostraba el mismo gráfico de estadísticas que exhibían cada hora como si se tratara del recuento de votos de unas elecciones.

Al final, abrió la puerta y salió al pequeño balcón, donde le dio el aire fresco y se amortiguó el sonido del televisor.

Con las manos apoyadas en la barandilla, cerró los ojos, como si el hecho de no ver mitigase el horror de todo aquello. Evocó las miradas de conspiración del cardenal Matadi y de monseñor Capizzi, sentados en la limusina que los transportaba de la embajada china al Vaticano. Vio a Palestrina descolgar el teléfono y preguntar por Farel mientras mantenía la vista clavada en Marsciano. Cuando Farel se puso al aparato, Palestrina habló con suavidad.

«El cardenal Marsciano se ha indispuerto en el coche. Ordene que le preparen inmediatamente una habitación en la torre de San Giovanni.»

El recuerdo escalofriante de ese momento obligó a Marsciano a abrir los ojos. Desde abajo lo observaba un jardinero del Vaticano que, segundos después, reanudó su tarea.

¿Cuántos millones de veces, se preguntó Marsciano, había acudido a esa torre para saludar a dignatarios extranjeros que se alojaban en sus lujosos apartamentos? ¿Cuántas veces había contemplado desde el jardín, tal como acababa de hacer el jardinero, ese pequeño balcón en el que se hallaba en ese momento sin pensar una

sola vez en lo siniestro que resultaba?

Situado a unos doce metros del suelo, como una plataforma de saltos, constituía la única abertura en la pared cilíndrica, una salida que no llevaba a ninguna parte. Lo rodeaba una barandilla de seguridad de hierro, y, con poco más de medio metro de longitud, era apenas más ancha que la puerta. La pared que se alzaba unos diez metros desde ese punto llegaba hasta las ventanas de los apartamentos superiores, que sobresalían. Si miraba arriba, Marsciano no alcanzaba a ver más allá de dichas ventanas, pero sabía que en lo alto del edificio había una galería circular y, en la punta, la torreta.

En otras palabras, no había modo de subir ni bajar, y la plataforma no existía más que como un lugar desde donde contemplar los verdes jardines del Vaticano. El resto del edificio estaba rodeado por una muralla fortificada construida en el siglo IX para repeler los ataques de los bárbaros y, ahora, para mantener recluidas a las personas.

Despacio, Marsciano retiró las manos de la barandilla y regresó a su habitación y a la pantalla de televisión que ocupaba el centro. En ella vio lo que veía el mundo: Hefei, China, imágenes del lago Chao tomadas desde un helicóptero y, a continuación, una vista aérea de las enormes tiendas levantadas en parques de la ciudad, en espacios abiertos junto a fábricas o en las afueras, y oyó la voz de fondo del corresponsal que explicaba de qué se trataba: de depósitos de cadáveres improvisados.

Marsciano quitó el volumen. Seguiría mirando, pero ya no quería escuchar; aquella letanía de comentarios se había vuelto insoportable, era como un tablero en el que se llevaba la cuenta de cada uno de sus crímenes personales..., cometidos, se recordaba a sí mismo una y otra vez, en un intento desesperado de conservar la cordura, porque Palestrina lo había hecho rehén de su propio amor a Dios y a la Iglesia.

Sí, era culpable. Y también lo eran Matadi y Capizzi. Todos habían permitido que Palestrina cometiera semejante crimen. Lo peor —si había algo peor que lo que veía en la pantalla— era que sabía que Peter Weggen continuaba intentando convencer a Yan Yeh. Y el banquero chino, sensible y humano, se sentiría horrorizado de verdad ante este aparente capricho de la naturaleza no controlada por los humanos y presionaría a sus superiores en el Partido Comunista para que escucharan la propuesta de Weggen de reconstruir de inmediato la infraestructura de suministro y depuración de agua. No obstante, aunque los políticos accedieran a reunirse con Weggen, se tomarían su tiempo, que era precisamente de lo que no disponían, pues Palestrina ya estaba dirigiendo a los saboteadores al segundo lago.

CIENTO OCHO

Lugano, Suiza, todavía miércoles 15 de julio, por la tarde

Elena no había mirado de nuevo a Harry desde que éste la ayudó a vestir a Danny y a introducirlo en la furgoneta. Harry se preguntó si se sentía avergonzada por haber ido a verlo la noche anterior para decirle lo que le había dicho y si ya no sabía qué hacer. Lo que le sorprendía era lo mucho que aquello le había afectado y seguía afectándole a él.

Elena era una mujer inteligente, hermosa y cariñosa que de pronto se había encontrado a sí misma y deseaba tener la libertad para expresarlo. Y, por el modo en que se había presentado en su dormitorio, descalza y hablando en ese tono tan íntimo, Harry no abrigaba duda alguna de que Elena lo había elegido a él para que la ayudara a descubrirse a sí misma. El problema, tal como se había dicho entonces, residía en que aquél no era el momento apropiado, pues había cosas más urgentes en que pensar. Así que —mientras circulaban por los caminos del norte y bordeaban el lago de Lugano para adentrarse en la ciudad, hasta Viale Castagnola, al otro lado del río Cassarate, y subir por Via Serafino Balestra hacia una casa pequeña de dos pisos en el número 87 de Via Monte Ceneri— se concentró en lo que había que hacer después.

Estaba claro que no les convenía continuar viajando de un lado a otro como criminales, confiando en que alguien los ayudara. Danny necesitaba un lugar seguro para descansar y recuperarse lo suficiente para explicarle a Harry con tranquilidad y coherencia todo lo relacionado con el asesinato del cardenal vicario de Roma. Además, precisaban de una eficaz representación legal. Estas dos debían constituir sus únicas prioridades, pensó Harry.

—¿Hemos llegado? —preguntó Danny con voz débil al padre Renato cuando éste apagó el motor y tiró de la palanca del freno de mano.

—Sí, padre Daniel —respondió con una media sonrisa el padre Renato—. Gracias a Dios.

Al salir del vehículo, Elena se percató de la mirada fugaz de Harry mientras abría la puerta corredera de la furgoneta y esperaba a que el padre Natalini extrajese la silla de ruedas del maletero. El padre Daniel no había pronunciado una palabra en todo el viaje y se había dedicado a contemplar el paisaje por la ventana. Elena estaba segura de que los incidentes ocurridos en las últimas cuarenta y ocho horas habían hecho

mella en él, y que lo que necesitaba era comer y descansar lo más posible.

Elena observó a Harry y al padre Natalini sentar a Danny en la silla de ruedas y subirlo por las escaleras hasta el salón del segundo piso de la casa de Via Monte Ceneri. Se sentía más incómoda que avergonzada por lo acaecido la noche anterior. Llevada por sus emociones, había acudido a Harry y le había revelado más sobre sus sentimientos de lo que pretendía o, al menos, más de lo que convenía antes de que renunciase a sus votos. Pero ya no había marcha atrás. La pregunta era cómo debía actuar en adelante. Por esto había sido incapaz de mirarlo a los ojos en todo el día y de cruzar más palabras que las necesarias.

Se abrió la puerta de entrada y apareció su anfitriona.

—Entren rápido —les ordenó Veronique Vaccaro, franqueándoles el paso.

Una vez en el interior, cerró la puerta de inmediato y estudió los rostros de todos los presentes. Menuda y temperamental, Veronique era una artista y escultora de mediana edad que se vestía con colores ocres y que hablaba en un batiburrillo de francés, inglés e italiano. De pronto se dirigió al padre Renato.

—*Merci*, ahora tienen que marcharse. *Capisce?*

Ni siquiera les ofreció asiento ni un vaso de agua. Él y el padre Natalini debían esfumarse.

—¿Un vehículo de una iglesia de Bellagio aparcado delante de una casa en Lugano? Es como llamar a la policía y decirles dónde están.

El padre Renato sonrió y asintió. Veronique tenía razón. Cuando él y el padre Natalini dieron media vuelta para marcharse, Danny sorprendió a todos al acercarse en la silla de ruedas para estrecharles la mano.

—*Grazie. Grazie mille* —les agradeció; era consciente de cuánto se habían arriesgado para llevarlos hasta allí.

Los sacerdotes se marcharon de inmediato. Veronique dijo que les prepararía algo de comer y desapareció por una de las puertas de un salón en el que había media docena de grandes esculturas abstractas.

—El padre Daniel debe descansar —aseveró Elena en cuanto la artista salió—. Le preguntaré a Veronique dónde.

Harry la observó cruzar el mismo umbral por donde se había marchado Veronique. Miró la puerta cerrada por un momento más y se volvió hacia Danny. Con barba, vestidos de negro y con los solideos en la cabeza, parecían rabinos de verdad.

Hasta ese momento, Harry se había guardado de preguntar nada a su hermano, pues deseaba que primero se recuperara física y mentalmente. Pero al ver su reacción con los curas, comenzó a sospechar que Danny estaba más consciente de lo que evidenciaba. Y, allí, a solas con él, sintió un acceso de rabia. No le hacía gracia que Danny lo mantuviera en la inopia por sus propios motivos. Ya había hecho mucho por él. Fuera cual fuese la verdad, había llegado la hora de sacarla a la luz.

—Danny, ¿recuerdas que me llamaste y dejaste un mensaje en mi contestador? —preguntó Harry mientras se quitaba el solideo y lo guardaba en el bolsillo.

—Sí...

—Estabas muerto de miedo. Fue una manera de lo más extraña de ponerte en contacto después de tantos años..., sobre todo con un mensaje en el contestador... ¿De qué tenías miedo?

Danny se volvió despacio hacia Harry.

—Hazme un favor.

—¿Qué?

—Vete de aquí ahora mismo.

—¿Que me vaya?

—Sí.

—¿Yo solo?

—Si no lo haces te matarán...

Harry clavó los ojos en su hermano.

—¿Quiénes?

—Vete, por favor.

Harry recorrió la estancia con la vista y miró de nuevo a Danny.

—Quizá debería aclararte algunas cosas que no sabes o no recuerdas... A los dos nos buscan por asesinato, a ti por...

—Matar al cardenal vicario de Roma y a ti por disparar contra un policía de Roma. —Danny acabó la frase por él—. Lo sé, leí un periódico que se supone que no debí haber visto...

Harry titubeó, buscando un modo de plantear la pregunta. Al cabo, soltó sin más:

—¿Mataste al cardenal, Danny?

—¿Mataste tú al policía?

—No.

—Misma respuesta —contestó Danny sin titubear.

—La policía tiene muchas pruebas. Farel me llevó a tu aparta...

—¿Farel? —lo interrumpió Danny—. ¿Ésas son las pruebas de que hablas?

—¿A qué te refieres?

Danny guardó silencio por un instante y apartó la mirada. Era una retirada, un gesto que indicaba que ya había hablado demasiado y que no pensaba decir nada más.

Harry se metió las manos en los bolsillos y se entretuvo mirando las esculturas de Veronique hasta que se volvió hacia su hermano.

—Estuviste en el atentado del autocar, Danny, todos te creían muerto. ¿Cómo lograste escapar?

—No lo sé... —respondió sacudiendo la cabeza.

—No sólo lograste escapar, sino que lograste meter tu documento de identidad del Vaticano, el pasaporte y las gafas en la chaqueta de otra persona.

Danny guardó silencio.

—El autocar se dirigía a Asís, ¿recuerdas?

—Voy allí con frecuencia —respondió Danny furioso.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! Harry, lárgate ahora que estás a tiempo.

—Danny, hace años que no hablamos, no me obligues a marcharme. —Harry le dio vuelta a una silla y se sentó junto a Danny—. ¿De quién tenías miedo cuando me llamaste?

—No lo sé...

—¿De Farel?

—Te he dicho que no lo sé.

—Sí que lo sabes, Danny, por eso intentaron matarte en el autocar, y por eso el hombre rubio te siguió hasta Bellagio y después hasta la gruta.

Con la vista clavada en el suelo, Danny sacudió la cabeza.

—Alguien te sacó del hospital de Pescara e involucró a la madre superiora de Elena..., implicándola también a ella, que ahora se encuentra en peligro, como nosotros.

—¡Pues llévatela contigo! —estalló su hermano.

—¿Quién te ayudó, Danny?

No hubo respuesta.

—¿El cardenal Marsciano? —insistió Harry.

Danny levantó la cabeza.

—¿Qué sabes del cardenal Marsciano?

—Lo he visto más de una vez. Me advirtió que me mantuviera al margen y que no te buscara, pero antes de eso intentó convencerme de que estabas muerto. Es Marsciano, ¿verdad? Él lo ha organizado todo.

Danny miró fijamente a su hermano.

—No recuerdo nada, Harry. No recuerdo haberte llamado, ni por qué me dirigía a Asís, ni quién me ayudó, nada. No lo recuerdo. ¿Lo entiendes?

Harry vaciló pero no se dio por vencido.

—¿Qué está sucediendo en el Vaticano?

—Harry —Danny bajó la voz—, vete de aquí antes de que te maten.

CIENTO NUEVE

Roscani no prestaba atención al sordo silbido del motor del helicóptero inclinado sobre Milán con rumbo sureste, hacia Siena. Estaba concentrado en el fax que acababa de recibir de la Interpol y cuyo contenido conocía de memoria.

THOMAS JOSÉ ÁLVAREZ-RÍOS KIND

PERFIL: Uno de los terroristas más buscados del mundo. Asesino de un policía antiterrorista francés. Criminal violento. Fugitivo. Orden de búsqueda y captura. Muy peligroso.

DELITOS: Asesinato, colocación de bombas, secuestro de aviones.

NACIONALIDAD: Ecuatoriano.

Roscani se saltó unos párrafos:

CARACTERÍSTICAS: Maestro del disfraz. Domina varias lenguas, en especial italiano, francés, español, árabe, farsi, inglés británico e inglés americano. Individualista. Trabaja solo pero tiene contactos en todo el mundo.

OTROS: Supuesto revolucionario.

ÚLTIMA RESIDENCIA: Jartum, Sudán.

COMENTARIO FINAL: Psicópata. Asesino a sueldo. Se ofrece al mejor postor.

Eran las notas del perfil oficial. Al final de la página había un mensaje más personal, escrito a mano:

Se desconoce si el sujeto ha abandonado Sudán. A instancias suyas el Servicio de Inteligencia Francés está investigando el caso y le notificará de inmediato cualquier novedad.

«Yo puedo decírselo ahora mismo —murmuró Roscani para sí mientras doblaba el expediente y lo dejaba sobre el asiento contiguo—. No está en Sudán, sino en Italia.»

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un pedazo grande de *biscotto* envuelto en plástico y atado con una goma elástica. Lo abrió y mordió con la misma avidez inconsciente con que habría encendido un cigarrillo, pensando en el depósito de cadáveres de Milán donde había estado media hora antes.

El cuerpo de Aldo Cianetti, de veintiséis años, diseñador de moda, había sido encontrado en el armario del aseo de señoras de una estación de servicio en la *autostrada* A9 a medio camino entre Como y Milán. Le habían cortado el cuello e introducido toallitas de papel en la herida. Cuatro horas más tarde habían encontrado el BMW verde oscuro de Cianetti aparcado cerca del hotel Palace de Milán.

«Thomas Kind», había dicho Roscani a nadie en concreto. Quizá los investigadores demostrarían lo contrario, pero dudaba que el asesino fuera otro que su hombre del punzón para el hielo y la cuchilla. De algún modo había eludido el cerco policial del Gruppo Cardinale y había conseguido desplazarse de Bellagio a Milán. En el camino lo había recogido el joven Cianetti, a quien luego había matado. ¿Adónde se había dirigido desde Milán? ¿O continuaba allí, oculto en algún lugar?

Sin embargo, la pregunta principal era por qué había regresado al interior de una Italia plagada de policías cuando resultaba más fácil cruzar a la relativa seguridad de Suiza y seguir adelante desde allí. ¿Por qué? ¿Qué había en Italia que lo impulsase a correr semejantes riesgos?

Lugano, Suiza, 14.00 h

Harry arrimó una silla, y Elena se sentó en ella.

—Gracias —le dijo, todavía sin mirarlo a la cara.

La mesa estaba puesta para dos, con melón y jamón frescos y un pequeño porrón de vino tinto. Habían dado de comer a Danny y lo habían metido en la cama, en una habitación situada en el piso superior, luego Veronique los había invitado a pasar a una terraza rodeada de buganvillas. Les pidió que se sentaran y comieran y entró en la casa, dejándolos solos por primera vez desde la noche anterior, cuando Elena había acudido al dormitorio de Harry.

—¿Qué ha ocurrido entre tu hermano y tú? —preguntó Elena cuando tomó asiento—. Sé que habéis discutido, por el modo en que reaccionasteis cuando entré en la habitación.

—No es nada..., una conversación entre hermanos... Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Si yo estuviera en tu lugar le habría hablado de la policía y le habría preguntado por el asesinato del cardenal vicario...

—Pero no estás en mi lugar, ¿verdad? —la interrumpió Harry, cortante. No le apetecía comentar lo que había sucedido entre Danny y él.

Elena lo miró por un momento y a continuación, vacilando, tomó el tenedor y el cuchillo y comenzó a comer. Un soplo de brisa le alborotó el cabello, y se lo sujetó con una mano.

—Perdona, no era mi intención hablarte de esa manera... Es sólo que hay cosas que...

—Debería comer algo, señor Addison...

Elena no despegaba la vista del plato. Cortó un trozo pequeño de melón y luego uno de jamón; entonces, muy despacio, dejó los cubiertos en la mesa y lo miró.

—Quisiera disculparme por la confianza que me tomé anoche...

—Sólo dijiste lo que pensabas —repuso Harry con suavidad.

—Para mí fue un exceso de confianza, y lo siento.

—Mira... —Harry empezó a decir algo, luego se levantó de la mesa y se dirigió al otro lado de la terraza, desde donde se divisaban los tejados de color blanco y naranja de la ciudad y el lago de Lugano—. Me he dicho a mí mismo que, sea lo que sea que necesites o sientas..., o lo que yo sienta por ti, ahora no es el momento. Por eso he estado tan brusco hace un momento. Nos encontramos en una situación muy delicada y debemos buscar una solución. Veronique es una mujer extraordinaria, pero no estamos seguros aquí. Roscani ya se habrá dado cuenta de que hemos escapado de sus redes. Lugano se halla demasiado cerca de la frontera italiana, y la policía suiza no tardará en registrar el lugar. Si Danny pudiera andar sería distinto, pero... —Harry se detuvo de golpe.

—¿Qué sucede?

—Acabo... de pensar en... —Harry tenía la mirada perdida—. Hoy es miércoles. El lunes un amigo mío bajó de un coche en Como para venir andando hasta Lugano. No estaba demasiado lejos, pero no era un camino fácil porque iba con muletas, y la policía también lo buscaba. Pero se fue de todos modos. Sonrió y se fue, porque creía que podía conseguirlo y porque quería ser libre... Se llama Hércules, es un enano... Espero de verdad que lo haya conseguido.

—Espero que sí —sonrió Elena con dulzura.

Harry la miró por unos instantes y después se volvió para contemplar de nuevo la ciudad. Le dio la espalda a propósito, sobrecogido por un torrente de emociones. Por alguna razón, la suma de todas las cosas que le habían ocurrido —encontrar a Danny vivo, estar con Elena y ver a Hércules alejarse valientemente con las muletas bajo la luz del atardecer de Como— suscitaba en él un deseo enorme de vivir.

Hasta el momento jamás había sido consciente de lo extraordinarios que eran los seres humanos, ni de la hermosura de Elena. Para él, era más pura, magnética y real que nadie que fuese capaz de recordar. Quizá se trataba de la primera persona auténtica que había conocido, o que se había permitido conocer, desde su niñez. Si no tenía cuidado, de nada servirían sus protestas, porque se enamoraría sin remedio de

ella. Y si esto sucedía, estarían perdidos.

El sonido de una campanilla en el recibidor lo devolvió a la realidad. Harry y Elena se miraron de nuevo. Se produjo un silencio y, luego, oyeron el mismo sonido. Alguien llamaba abajo, a la puerta de entrada.

Medio segundo después, entró Veronique y se acercó al interfono. Pulsó un botón, escuchó y accionó el portero automático para dejar entrar al edificio a quien había llamado.

—¿Quién es? —Harry salió al recibidor seguido de Elena.

—Alguien que quiere ver a su hermano —musitó antes de abrir la puerta.

—¿Pero quién sabe que está aquí?

Harry escuchó los pasos que subían por la escalera. Era una persona, tal vez dos. Debía de ser un hombre, los pasos sonaban demasiado pesados para ser los de una mujer. ¿De quién se trataría? ¿Del hombre rubio? ¿Era una trampa tendida por los curas de Bellagio? Habían despejado el camino para el asesino lejos de los hombres de Roscani, o quizás habían cerrado un trato con la policía suiza y habían mandado a un agente para que investigara. ¿Por qué no? Los curas eran pobres y el precio por sus cabezas era considerable. Aunque los sacerdotes no cobrasen el dinero, Veronique sí podía hacerlo y enviarles una parte con facilidad.

Harry hizo un gesto a Elena señalando el piso de arriba. En un instante, la enfermera subió adonde se encontraba Danny.

Los pasos eran cada vez más fuertes; quienquiera que fuera, ya casi había llegado al rellano de la escalera. Harry pasó junto a Veronique con la intención de cerrar la puerta con llave.

—No se preocupe —lo detuvo la mujer.

Quienquiera que fuera ya estaba allí. Un hombre, solo, en la oscuridad. No era el hombre rubio, sino otra persona, más alta, con tejanos y un jersey ligero. Cuando cruzó el umbral, Harry reconoció el pelo rizado y los ojos oscuros tras las gafas de montura negra.

El padre Bardoni.

CIENTO DIEZ

La reverenda madre Carmela Fenti, de pequeña estatura, tenía sesenta y tres años de edad. Pese al centelleo de sus ojos y actitud jovial, mostraba, al mismo tiempo, una expresión de honda preocupación. Sentada en su minúsculo y austero despacho del segundo piso del hospital de Santa Bernardina, en Siena, transmitió esta inquietud a Roscani, como había hecho con la policía de Siena, contándoles que la tarde del lunes 6 de julio había recibido una llamada de la hermana María Cupini, administradora del hospital franciscano de Santa Cecilia de Pescara, quien le explicó que habían ingresado a un hombre irlandés sin familia que había resultado herido en un accidente de tráfico. Había sufrido una fuerte conmoción, quemaduras y otras heridas de gravedad. La hermana Cupini, que andaba falta de personal, pidió ayuda a la hermana Fenti, quien, desde luego, se la había prestado.

Esto es todo cuanto sabía la hermana Fenti hasta que recibió una visita de la policía. No tenía la costumbre de mantenerse en contacto con los miembros de su orden destinados a otros hospitales.

ROSCANI: ¿Conoce personalmente a la hermana Cupini?

HERMANA FENTI: No.

ROSCANI: Hermana Fenti (Roscani se detuvo por un segundo para estudiar a la administradora y continuó), la hermana Cupini explicó a la policía de Pescara que jamás había realizado dicha llamada. También afirmó que jamás ingresaron a un paciente de estas características en el hospital de Santa Cecilia, versión que corroboran los registros del hospital, pero sí admitió que un paciente masculino anónimo había sido hospitalizado sin su conocimiento y que permaneció unas setenta y dos horas en el centro bajo el cuidado de su propio equipo médico. Por lo que parece, nadie sabe quién lo ingresó ni cómo se hizo.

HERMANA FENTI: *Ispettore capo*, desconozco las normas de funcionamiento del hospital de Santa Cecilia. Lo único que sé es lo que me contaron y me hicieron creer.

ROSCANI: Permítame agregar que la policía de Pescara tampoco tiene constancia de que se produjera un accidente de tráfico en esos días.

HERMANA FENTI: Yo sólo sé lo que me explicó la hermana franciscana (la hermana abrió un cajón y extrajo un gastado libro de registro. Pasó

varias hojas y al fin encontró lo que buscaba). Aquí anoto mis llamadas telefónicas. Fíjese (dijo, señalando con el dedo a media página) que el día 6 de julio recibí una llamada a las siete y diez de la tarde que finalizó a las siete y dieciséis minutos. El nombre y cargo de la persona que efectuó la llamada figura a la derecha: hermana María Cupini, administradora, hospital de Santa Cecilia, Pescara. Como verá, está escrito con bolígrafo y no se ha cambiado nada.

Roscani asintió; ya había visto los registros de la compañía telefónica que confirmaban dicha información.

HERMANA FENTI: Si la persona con quien hablé no era la hermana Cupini, ¿por qué aseguró ser ella?

ROSCANI: Porque alguien que conocía el procedimiento necesitaba a una enfermera particular que cuidara del cura fugitivo, el padre Daniel Addison, y esa enfermera resultó ser la hermana Elena Voso.

HERMANA FENTI: Si esto es cierto, ¿dónde está? ¿Qué le ha sucedido?

ROSCANI: No lo sé. Esperaba que usted lo supiese.

HERMANA FENTI: Pues se equivocó.

Roscani la observó por un instante antes de ponerse en pie y dirigirse a la puerta.

ROSCANI: Si no le importa, reverenda madre, hay otra persona que debería escuchar lo que tengo que decir.

Roscani abrió la puerta e hizo una señal a alguien del exterior. A continuación, apareció un *carabiniere* acompañado de un hombre altivo de pelo cano que debía de tener la misma edad que la hermana Fenti. Llevaba un traje marrón, una camisa blanca y corbata. A pesar de esforzarse por conservar la serenidad, se le notaba nervioso e incluso, asustado.

ROSCANI: Hermana Fenti, éste es Domenico Voso, padre de la hermana Elena.

HERMANA FENTI: Ya nos conocemos. *Buon pomeriggio, signare.*

Domenico Voso asintió y se sentó en una silla que le acercó el *carabiniere*.

ROSCANI: Reverenda madre, le hemos explicado al *signare Voso* lo que creemos que ha sucedido con su hija: que está en algún lugar cuidando del padre Daniel, pero creemos que como víctima y no como cómplice. De todos modos, quiero que ambos sepan que corre peligro. Alguien intenta matar al cura y es probable que mate a toda persona que esté con él. El asesino de quien les hablo no sólo es muy eficiente, sino también muy sanguinario.

Roscani miró a Domenico Voso y de repente cambió de actitud, tornándose en el padre que era, sabiendo qué sentiría si uno de sus hijos se hallase en el punto de mira de Thomas Kind.

ROSCANI: No sabemos dónde se encuentra su hija, *signare Voso*, pero es posible que el asesino sí. Si usted lo sabe, le ruego que por el bien de ella me lo diga...

DOMENICO VOSO: No sé dónde está, ojalá lo supiera (dirigió una mirada suplicante a la hermana Fenti).

HERMANA FENTI: Yo tampoco lo sé, Domenico, ya se lo he dicho al *ispettore capo* (dijo, mirando a Roscani). Si nos enteramos de cualquier cosa, usted será el primero en saberlo (se puso en pie). Les agradezco que hayan venido.

La hermana Fenti sí sabía dónde se encontraba Elena Voso, pero su padre no, pensó veinte minutos más tarde Roscani al sentarse en un despacho del cuartel de los *carabinieri* en Siena; pero ella se negaba a reconocerlo a pesar del dolor que causaba al padre.

Bajo su apariencia amable y dicharachera, había una mujer dura y astuta, lo bastante como para permitir que Elena Voso muriera con tal de proteger a la persona de quien recibía órdenes; estaba claro que trabajaba para alguien, pues, a pesar de su considerable poder, de ninguna manera contaba con los medios para organizar todo ella sola. Una madre superiora de un convento en Siena no hacía ostentación de su autoridad ante la Iglesia católica ni ante todo un país.

Aunque estaba seguro de que el paciente anónimo del hospital de Pescara era el padre Daniel, la hermana Cupini seguiría afirmando que no sabía nada porque ésa era la historia que la hermana Fenti había inventado para ella. Resultaba evidente que

quien manejaba la situación era la hermana Fenti y que no estaba dispuesta a ceder, de modo que Roscani tendría que encontrar con rapidez la manera de pasar por encima de ella.

Reclinado en la silla, Roscani tomó un sorbo de café frío. Mientras bebía se le ocurrió una posible solución para el problema.

CIENTO ONCE

Tren Eurocity 16.20 h

Julia Louise Phelps sonrió al hombre sentado enfrente, en el vagón de primera clase, antes de contemplar por la ventana el paisaje rural que dejaban atrás a medida que se acercaban a la ciudad. Unos kilómetros más adelante, el campo abierto se transformaría en bloques de apartamentos, almacenes y fábricas y, en quince minutos, Julia Phelps, o más bien Thomas Kind, llegaría a Roma, donde tomaría un taxi en la estación hasta el hotel Majestic de Via Veneto y, unos minutos más tarde, se dirigiría al Amalia, la antigua pensión de Via Germanica situada al otro lado del Tíber; un lugar pequeño, acogedor y discreto convenientemente próximo al Vaticano.

En el viaje de Bellagio a Roma sólo había topado con un problema: el joven diseñador a quien conoció en el hidrodesslizador y a quien, al enterarse de que tenía coche y se dirigía a Como, convenció de que lo llevara hasta Milán. Lo que en principio debía haber sido un tranquilo viaje nocturno, de repente se convirtió en una situación insostenible cuando el joven comenzó a bromear sobre la ineptitud de la policía para atrapar a los fugitivos mientras estudiaba a Thomas Kind con demasiada seriedad, y fijándose en la pámela, la ropa y el abundante maquillaje que ocultaba los arañazos de la cara. A continuación el joven comentó burlón que uno de los fugitivos podría haberse disfrazado como él y hacerse pasar por mujer, a fin de escabullirse sin dificultades en las mismas narices de la policía.

Quizás en otra ocasión Thomas Kind habría hecho caso omiso de aquellas palabras, pero no en el estado mental en el que se encontraba en aquel momento. El hecho de que el diseñador fuese un testigo peligroso en potencia carecía de importancia. Lo que lo había impulsado a asesinarlo era el deseo incontenible de matar que lo asaltaba al pensar en el peligro y la satisfacción erótica que le proporcionaba.

Esta sensación que en el pasado resultaba vaga y apenas perceptible había aumentado de intensidad en las dos últimas semanas con el asesinato del cardenal vicario de Roma y los actos que llevó a cabo en Pescara, Bellagio y, por último, en la gruta. ¿A cuántos había matado, uno tras otro en cuestión de horas?

Sentado en el tren, lo apremiaba el ansia de continuar. De pronto se sintió atraído por el hombre sentado enfrente que, aunque le sonreía coqueto, no suponía amenaza alguna para él.

¡Dios santo, debía controlar sus impulsos!

Kind se volvió hacia la ventana. Estaba enfermo, muy enfermo, incluso demente. Pero él era Thomas José Álvarez-Ríos Kind, ¿con quién podía hablar de ello? ¿Dónde podía pedir ayuda sin que lo mandaran a prisión o, peor aún, descubrieran su debilidad y lo rehuyesen el resto de su vida?

«*Roma Termini*», anunció una voz metálica por el altavoz. El tren aminoró la marcha y los pasajeros se pusieron en pie para recoger el equipaje de la rejilla. Sin embargo, Julia Louise Phelps no bajó su maleta porque el hombre a quien había sonreído lo hizo por ella.

—Gracias —respondió Thomas Kind con acento americano y tono muy femenino.

—*Prego* —respondió el hombre.

En ese instante se detuvo el tren y, tras intercambiar una sonrisa, partieron en direcciones diferentes.

CIENTO DOCE

Lugano, Suiza a la misma hora

Harry llamó a la puerta de la habitación y entró seguido de Elena. Danny estaba solo, sentado en el borde de la cama con la vista fija en la pequeña pantalla del televisor situado encima de una mesita antigua.

—¿Dónde está el padre Bardoni? —preguntó Harry. Hacía más de dos horas que el sacerdote había subido a entrevistarse con Danny. Al final, Harry se había hartado de esperar y había decidido hablar él mismo con Bardoni.

—Se ha ido —respondió Danny sin dejar de mirar la televisión.

—¿Adónde?

—A Roma.

—¿Ha hecho todo el viaje desde Roma y se ha ido sin más?

Danny no respondió y continuó mirando las imágenes transmitidas en directo desde China. En Hefei había caído la noche y en la ciudad reinaba un silencio tenebroso. Los periodistas no decían nada, se limitaban a observar, al igual que los soldados —vestidos con gafas, máscaras y uniforme de protección— que les impedían cruzar las barricadas. A lo lejos se distinguían con claridad dos puntos luminosos bajo el cielo negro. Sobraban las palabras y los primeros planos resultaban impensables. Los equipos de rescate, agobiados de trabajo, habían recibido la orden de incinerar los cuerpos para evitar la propagación de la epidemia. En la esquina inferior derecha de la pantalla aparecía un gráfico estadístico.

«Últimas cifras oficiales: 77 606 muertos.»

—Dios mío... —Danny contuvo la respiración.

Era la primera noticia que tenía de lo sucedido en China. La había visto por casualidad, en realidad había encendido la televisión para averiguar cómo se desarrollaba la búsqueda policial de él y de su hermano.

—¿Danny? —insistió Harry.

Danny tomó el mando a distancia y apuntó al televisor. ¡Clic!

La pantalla se tornó negra.

Danny contempló primero a Harry y luego a Elena.

—¿Podría dejarnos solos, por favor, hermana? —le pidió en italiano.

—Claro, padre... —Elena miró por un segundo a Harry y salió del dormitorio.

Al cerrarse la puerta, Danny se volvió hacia su hermano.

—El cardenal Marsciano está enfermo... Debo regresar a Roma, necesito tu

ayuda.

—¿A Roma? —repitió Harry incrédulo.

—Sí.

—¿Por qué?

—Acabo de decírtelo.

—No, lo único que has dicho es que el cardenal Marsciano está enfermo, nada más.

Harry lanzó una mirada furiosa a su hermano. Se encontraban en el mismo punto en que habían dejado la última conversación.

—Ya te dije que no puedo hablar sobre el tema.

—Bien, no puedes, pues hablemos de otra cosa... ¿Cómo sabía el padre Bardoni que estabas aquí?

—La madre superiora de Elena...

—Bien, continúa.

—Continuar ¿con qué? —respondió Danny—. Debo ir a Roma, eso es todo... No puedo caminar... Incluso necesito ayuda para ir al cuarto de baño...

—¿Por qué no te has marchado con el padre Bardoni?

—Porque tenía que tomar un avión en Milán y no creo que convenga que me vean en el aeropuerto, ¿verdad?

Harry se pasó la mano por los labios. Danny no sólo estaba lúcido sino también decidido.

—Danny, nuestras fotos salen por la televisión, en los periódicos... ¿Hasta dónde crees que podrías llegar?

—Si hemos llegado hasta aquí, podemos ir hasta allí.

Harry escrutó a su hermano intentando encontrar la respuesta que éste no le daba.

—Hace un momento querías que me fuera para impedir que me mataran y ahora pretendes que salte directamente al fuego. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Hace un momento no sabía cuál era la situación.

—¿Cuál es la situación?

Danny guardó silencio.

—¿Qué está ocurriendo en el Vaticano? —insistió Harry.

Danny permanecía callado.

—Al principio, Marsciano, todos, querían hacerme creer que estabas muerto —presionó Harry—. Estaba protegiéndote... Aseguró que nos matarían a los dos, a ti por lo que sabes y a mí porque supondrían que me lo habrías contado. Ahora puedes añadir a Elena a la lista. Si quieres poner mi vida y la suya en peligro, tendrás que explicarme el resto.

—No puedo... —susurró Danny.

—Dame una razón. —Harry se mostraba duro, incluso cruel, pues estaba decidido a obtener una respuesta.

—Yo... —Danny titubeó.

—He dicho que me des una razón, mierda.

Danny permaneció en silencio durante largo rato hasta que por fin habló.

—En tu negocio, Harry, lo llaman secreto profesional, en el mío se llama confesión, ¿comprendes?

—¿Marsciano se confesó contigo? —inquirió Harry aturdido. Jamás se le había ocurrido pensar en la confesión.

—No he dicho ni quién ni qué, Harry, sencillamente te he explicado por qué no es posible hablar de ello.

Harry se acercó a la pequeña ventana al otro lado de la habitación. Por una vez en su vida de adulto deseaba estar en el mismo bando que Danny, quería que confiara en él y le contase la verdad, pero resultaba claro que no lo haría.

—Harry, tienen al cardenal Marsciano prisionero en el Vaticano y, si no voy, lo matarán.

—¿Quién? ¿Farel?

—El secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Palestrina.

—¿Por qué? —preguntó Harry sobresaltado.

Danny sacudió la cabeza con lentitud.

—No puedo decírtelo.

Harry se acercó a Danny.

—Te quieren a cambio de Marsciano, ¿verdad?

—Sí, pero esto no ocurrirá... El padre Bardoni y yo sacaremos al cardenal de allí; por eso se ha marchado solo, para empezar a organizarlo todo. Además, si viajábamos juntos corríamos el riesgo de que nos detuvieran a los dos.

—¿Vas a sacar a Marsciano del Vaticano? Dos hombres, uno de ellos incapacitado, ¿contra Farel y el secretario de Estado del Vaticano? —Harry lo miró incrédulo— Danny, no estás luchando contra dos hombres poderosos, sino contra un país.

—Lo sé... —asintió Danny.

—Estás loco.

—No... Soy metódico, pienso bien las cosas... Puede hacerse. Recuerda que fui marine... Conozco algunos trucos.

—No —contestó Harry con sequedad.

—No, ¿qué? —Danny se incorporó de golpe.

—No, punto final —Harry estaba resuelto—. Es cierto que no regresé en tu busca hace muchos años, pero estoy compensándolo ahora, de Nueva York a Roma, a Como, a Bellagio y al sitio donde estamos, como se llame. Bien, pues pienso sacarte de aquí, pero no te llevaré a Roma, sino a Ginebra... Allí negociaré nuestra rendición con la Cruz Roja Internacional y rogaré porque la publicidad que recibiremos nos proteja.

Harry se dirigió a la puerta y, con la mano en el pomo, se volvió hacia Danny.

—No me importa el resto del asunto, hermano, no quiero perderte, ni por

Marsciano ni por la Santa Sede, ni por Farel ni por Palestrina... No permitiré que acaben contigo como el hielo acabó con Madeline.

Harry clavó los ojos en Danny para asegurarse de que le había entendido, después abrió la puerta y se dispuso a salir.

—¡Soy quien soy! —gritó Danny. Harry quedó paralizado, como si le hubieran clavado un puñal en la espalda. Dio media vuelta para mirar a su hermano—. El día que cumpliste trece años viste las palabras escritas en una roca del bosque cuando regresabas a casa por el camino que siempre tomabas cuando no te apetecía ir a casa, y ese día en especial, no querías volver.

Harry sintió que le flojeaban las piernas.

—Fuiste tú...

—Fue mi regalo, Harry, el único que podía darte. Necesitabas confianza en ti mismo, era todo lo que teníamos. Y lo conseguiste, has construido tu vida alrededor de esas palabras y lo has hecho muy bien. —Danny no apartó la mirada de Harry—. Llegar a Roma lo significa todo para mí; ahora soy yo quien necesita un regalo, y tú eres el único capaz de dármelo.

Harry permaneció inmóvil. Danny acababa de sacarse un as de la manga. Entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—¿Cómo demonios llegaremos a Roma?

—Con esto...

Danny tomó un sobre amarillo de la mesita de noche y extrajo lo que contenía: unas matrículas largas, estrechas y blancas con las letras negras Scv 13 grabadas.

—Son matrículas del Vaticano, Harry, matrículas diplomáticas. Nadie detendrá un coche que lleve esto.

Harry alzó la vista.

—¿Qué coche? —inquirió.

CIENTO TRECE

17.25 h

Ya sin disfraz de rabino y transformado de nuevo en un cura, el padre Jonathan Arthur Roe de la Universidad de Georgetown recorría, en hora punta, las calles de Lugano en busca del Mercedes gris que el padre Bardoni había aparcado al otro lado de los raíles, arriba de la estación, en Via Tomaso.

Siguiendo las indicaciones de Veronique, Harry tomó el funicular hasta la Piazza della Stazione, cruzó la calle hasta la estación y entró en el edificio. Con la cabeza gacha, intentando por todos los medios rehuir la mirada de la gente, se abrió paso entre las personas que esperaban el tren, buscando un sitio por donde cruzar la vía y llegar a las escaleras que conducían a Via Tomaso.

No hacía más que pensar en el viaje a Roma y en lo que le convenía hacer con Elena. Debido a su agitado estado mental, no estaba preparado para lo que sucedió cuando dobló una esquina de la estación.

De pronto, de la multitud surgieron seis policías uniformados que caminaban decididos hacia el tren que acababa de llegar, pero no iban solos; los acompañaban tres prisioneros con cadenas y esposas. El segundo, que pasó por delante de Harry, era Hércules. Las cadenas apenas le permitían caminar con las muletas, pero aun así seguía adelante. En ese momento, sus miradas se cruzaron, pero Hércules desvió la vista de inmediato para proteger a Harry de los ojos inquisitivos de los policías, que podrían preguntarse de qué conocía al prisionero. A continuación, hicieron subir a los esposados al tren.

Harry vio de nuevo al enano un momento después, mientras un agente le sujetaba las muletas y lo ayudaba a sentarse junto a la ventana. Harry se abrió paso entre la multitud hasta la ventana. Hércules lo observó llegar, sacudió la cabeza y desvió la mirada.

Sonó la señal y el tren, con precisión suiza, abandonó la estación a la hora en punto en dirección al sur de Italia.

Harry, aturdido, dio media vuelta y siguió buscando las escaleras de Via Tomaso. En cuestión de segundos, Hércules, que había aparecido con el rostro pálido y expresión resignada, pareció revivir al divisar a Harry e intentar protegerlo. Por un breve instante, el enano había recuperado una razón para vivir.

Siena, Italia, comisaría central de policía, 18.40 h

Roscani había llegado al extremo de sostener un cigarrillo apagado entre los dedos y llevárselo a la boca de vez en cuando; pero se había prometido a sí mismo que no pasaría de allí. Por muy frustrado o ansioso que se sintiera, no lo encendería. Con un gesto ceremonioso y a fin de poner a prueba su voluntad, extrajo una caja de cerillas del bolsillo de la chaqueta, arrancó una y dejó el paquete en un cenicero. Encendió la cerilla y la acercó al resto y, en ese instante, sintió remordimientos. Dejó la cerilla y acto seguido tomó las hojas de la compañía telefónica para revisarlas una vez más. La lista de llamadas estaba ordenada por fecha y hora y figuraban tanto las recibidas como las realizadas desde el despacho de la hermana Fenti y su domicilio particular desde el día de la explosión del autocar hasta la fecha. En total, trece días.

Dos agentes que esperaban en el pasillo para prestar ayuda a Roscani vieron al *ispettore* descolgar el teléfono y marcar un número. Esperó un momento, dijo algo y colgó. De golpe se puso en pie y caminó por el despacho fumando un cigarrillo apagado. De repente, sonó el teléfono, Roscani lo levantó en el acto y, asintiendo con la cabeza, anotó algo en un papel, lo subrayó, respondió algo y colgó. Medio segundo después, tiró el cigarrillo a la papelera, tomó el papel y se dirigió a la puerta.

—Necesito que uno de vosotros me lleve al helipuerto —dijo al salir al pasillo.

—¿Adónde va? —preguntó el agente que seguía a Roscani por el pasillo.

—A Lugano, Suiza.

CIENTO CATORCE

Lugano a la misma hora

Al atardecer, con un cielo que amenazaba lluvia, un Mercedes gris oscuro con matrícula del Vaticano y dos sacerdotes en el asiento delantero abandonó la ciudad de Lugano. Pasaron por los hoteles situados frente al lago antes de torcer por Via Giuseppe Cattori y dirigirse a la carretera N2 que los conduciría al sur hasta Chiasso y después a Italia.

Sentada en el asiento posterior, Elena observaba a Danny indicar el camino a Harry con la vista fija en un mapa iluminado por la luz situada sobre el espejo retrovisor. La enfermera notaba la tensión que había entre ambos hermanos. No sabía qué sucedía con exactitud, pues Harry no le había explicado nada al respecto; sólo le había ofrecido la posibilidad de quedarse en Lugano, pero ella se había negado: iría adonde fueran ellos, y no había más que hablar. La enfermera recordó a Harry que tenía una obligación y que el padre Daniel seguía a su cargo; además, era italiana, factor que les había ayudado en más de una ocasión. Harry sonrió ante su determinación.

Al llegar a la autopista, Danny apagó la luz y quedó a oscuras. Elena sólo veía a Harry. Iluminado por la luz del salpicadero, él se convirtió en el objeto de su atención, con el movimiento tenso de los dedos sobre el volante y su concentración en la carretera. Harry se recostaba en el asiento para, acto seguido, inclinarse de nuevo hacia delante, haciendo patente su nerviosismo. Quedaba claro que ir a Roma no había sido idea suya.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Harry.

Elena vio que la observaba por el espejo retrovisor.

—Sí... —sus miradas se cruzaron, y se contemplaron en silencio.

—Harry —le advirtió Danny.

Los ojos de Harry abandonaron a Elena y se posaron en la carretera. El tráfico delante de ellos empezaba a aminorar la marcha, y ante ellos apareció de pronto el inconfundible brillo blanco rosado de las lámparas de vapor de mercurio en medio de la oscuridad de la noche.

—La frontera italiana —señaló Danny alerta.

Elena observó a Harry apretar el volante con las manos y sintió que el Mercedes frenaba. Harry la miró una vez más por el espejo antes de dirigir la vista a la carretera.

CIENTO QUINCE

Pekín, jueves, 16 de julio

Poco después de la una de la mañana, la limusina negra de Pierre Weggen entró en el complejo privado de Zhongnanhai, residencia de la mayoría de los gobernantes de China. Cinco minutos más tarde, el banquero suizo siguió al solemne presidente del Banco de la República Popular China, Yan Yeh, a un gran salón de la casa de Wu Xian, secretario general del Partido Comunista.

Éste se puso en pie al entrar el banquero y lo saludó con efusión antes de presentarle a la media docena de miembros del Politburó que se encontraban allí para conocer los detalles de su propuesta. Entre ellos figuraban el ministro de Obras Públicas, el de Comunicaciones y el de Asuntos Civiles. Querían conocer el plan completo, el modo de llevarlo a cabo, el coste y el tiempo necesarios para su aplicación.

—Les agradezco su hospitalidad, caballeros —comenzó diciendo Weggen en chino para expresar a continuación sus condolencias por la situación del país y en especial por la de la población de Hefei. Después pasó a explicar sus recomendaciones para la reconstrucción rápida y manifiesta del sistema de suministro de aguas del país.

Yan Yeh se llevó una silla a un lado y encendió un cigarrillo. Se sentía afligido por el horror de lo ocurrido y exhausto por los acontecimientos del día, pero albergaba la esperanza de que los hombres reunidos a esas horas de la noche se convencieran de que el plan de Weggen resultaba esencial para la seguridad y los intereses de la nación. Esperaba que fueran capaces de enterrar su orgullo y sus diferencias políticas junto con el recelo que despertaba en ellos todo cuanto procedía de Occidente y que, al final, autorizaran el proyecto y comenzaran a trabajar con la mayor prontitud posible, antes de que se produjera una nueva catástrofe.

Su esperanza también estaba ligada a una cuestión personal. En esos momentos, la población de China temía beber agua, sobre todo, la procedente de los lagos, y Yan Yeh, a pesar de su poder político, compartía ese miedo. Hacía tres días que su mujer y su hijo de diez años habían ido a visitar a la familia en la ciudad de Wuxi, situada junto a un lago. Yan Yeh había llamado a su mujer para asegurarle que la tragedia de Hefei constituía un incidente aislado, que la calidad del agua potable era objeto de rigurosos controles en todo el país y que el Gobierno estaba a punto de poner en marcha un plan de acción que, si seguían sus consejos, supondría la reconstrucción

inmediata del sistema de aguas chino. En realidad, Yan Yeh había llamado a su mujer para hablar con ella, aplacar su temor y decirle que la amaba. En el fondo de su corazón, el banquero esperaba no equivocarse y que la pesadilla de Hefei fuera de verdad un incidente aislado. Sin embargo, no sabía por qué, tenía el presentimiento de que no lo era.

Ciudad del Vaticano, miércoles 15 de julio, 19.40 h

Palestrina observó por la ventana de su despacho a la multitud congregada en la plaza de San Pedro que disfrutaba de las últimas horas de la tarde.

El secretario de Estado se apartó de la ventana y miró en torno a sí. El busto de Alejandro lo contemplaba desde detrás del escritorio y Palestrina le dedicó una mirada casi nostálgica.

De pronto, en un cambio de humor repentino, se acercó al escritorio, descolgó el teléfono y marcó un número. Esperó mientras la centralita de Venecia recibía la llamada y la transmitía de modo automático a otra centralita de Milán que, a su vez, la transfería a un número de Hong Kong conectado directamente con Pekín.

El timbre del teléfono arrancó a Chen Yin de un profundo sueño. A la tercera llamada saltó de la cama y, desnudo en medio de la habitación situada encima de su tienda de flores, tomó el auricular.

—¿Sí? —contestó.

—Tengo un pedido matutino para la tierra del arroz y el pescado —le dijo en chino una voz distorsionada por medios electrónicos.

—Comprendo —respondió Chen Yin antes de colgar.

Palestrina colgó el teléfono y giró despacio en la silla para admirar de nuevo la presencia marmórea de Alejandro. Palestrina había aprovechado la amistad entre Pierre Weggen y Yan Yeh, a quien había elegido después de estudiar a todos los amigos y familiares del banquero, para escoger el segundo lago, una zona fértil de clima templado y próspera industria denominada «la tierra del arroz y el pescado» situada al sur de Nanjing, a unas horas en tren del lugar donde se encontraba el envenenador Li Wen. El nombre del lago era Taihu y la ciudad, Wuxi.

CIENTO DIECISÉIS

Harry observó por el espejo retrovisor el puesto de control mientras pisaba el acelerador y se alejaba del lugar. A sus espaldas veía el brillo de las lámparas de vapor de mercurio, las luces de freno de los coches que se dirigían hacia el norte y el grupo de vehículos del ejército junto a los coches blindados de los *carabinieri*. Era uno de los puestos de control más importantes, situado a dos horas al sur de Milán. A diferencia del control policial de Chiasso, donde los habían dejado pasar sin detener el coche, allí se habían visto obligados a parar y esperar a que los soldados armados se aproximaran, pero un oficial señaló la matrícula, miró a los sacerdotes en su interior y les indicó que pasaran con un gesto de la mano.

—Tío listo —sonrió Danny mientras se alejaban de allí.

—¿Sólo porque le he dado las gracias?

—Sí, sólo por eso. —Danny se volvió a Elena y sonrió otra vez—. Imagínate que no le hubiera gustado y nos hubiera detenido, entonces ¿qué?

Harry miró a su hermano.

—Pues podrías haberle explicado la razón por la que nos dirigimos a Roma y quizá nos habría ofrecido un ejército de escolta.

—El ejército no puede entrar en el Vaticano, Harry... Al menos el ejército italiano.

—No, sólo tú y el padre Bardoni —replicó Harry con retintín.

—Sí, sólo el padre Bardoni y yo —asintió Danny.

*Iglesia de San Crisogno, barrio de Trastevere, Roma,
jueves 16 de julio, 5.30 h*

Palestrina se apeó del asiento posterior del Mercedes. Uno de los hombres de negro de Farel echó un vistazo a la calle desierta y, adelantándose al cardenal, cruzó la calle hasta la puerta abierta de la iglesia del siglo XVIII. A continuación se echó a un lado y cedió el paso al secretario de Estado.

Las pisadas de Palestrina resonaron en la iglesia mientras caminaba hacia el altar. Una vez allí, se santiguó y se arrodilló a rezar junto a la única persona que había en el lugar: una mujer vestida de negro con un rosario en la mano.

—Hace mucho que no me confieso, padre —murmuró sin mirarlo—. ¿Podría confesarme con usted?

—Claro. —Palestrina se santiguó de nuevo y se puso en pie. Acto seguido, él y Thomas Kind se dirigieron a la oscura intimidad del confesionario.

CIENTO DIECISIETE

Lugano, Suiza, casa de Via Monte Ceneri, 87, todavía jueves 16 de julio, a la misma hora, una mañana despejada después de la lluvia

Roscani bajó las escaleras hacia la calle. Llevaba un traje muy arrugado, barba de varios días y se sentía agotado, demasiado agotado para pensar con claridad. Pero, por encima de todo, estaba furioso y harto de que le mintieran, sobre todo mujeres que parecían respetables. Primero la hermana Fenti, y luego en Lugano, la escultora y pintora *signora* Veronique Vaccaro, iconoclasta de mediana edad que juraba no saber nada de los fugitivos.

El investigador jefe de Lugano, que interrogó por primera vez a Veronique Vaccaro, había recogido a Roscani en el helipuerto. El *ispettore* había revisado el informe del interrogatorio y de las pruebas encontradas durante el registro de la casa. No habían hallado indicios de que la casa hubiese estado ocupada durante la corta ausencia de la *signora* Vaccaro. Sin embargo, los vecinos aseguraban haber visto una furgoneta blanca con letras en las puertas aparcada delante de la entrada al mediodía de la víspera, y dos chicos que habían sacado a pasear el perro esa noche después de cenar habían visto un coche grande, un Mercedes —juró orgulloso el mayor de los dos— estacionado frente a la casa. Sin embargo, al volver del paseo ya no estaba allí. Por otro lado, la *signora* Vaccaro adujo una coartada imposible de corroborar: afirmaba que había regresado a casa de un viaje por los Alpes pocos minutos antes de llegar la policía.

Castelletti y Scala tampoco habían sacado nada en claro. Habían concluido la investigación en Bellagio con el interrogatorio a monseñor Jean-Bernard Dalbouse, sacerdote de origen francés de la iglesia de Santa Chiara y a sus empleados, tanto clérigos como seglares. El resultado del exhaustivo interrogatorio era que todos y cada uno de ellos negaban haber recibido la llamada de un teléfono móvil de Siena, registrado a nombre de la hermana Fenti, a las 4.20 h de la madrugada anterior.

Mentían, todos mentían.

¿Por qué?

Lo sacaban de sus casillas. Todos se arriesgaban a pasar una larga temporada en prisión pero, a pesar de ello, ninguno había cedido en su postura. ¿A quién o qué estaban protegiendo?

Roscani salió de la casa de Veronique y echó a andar solo por la calle. El barrio parecía tranquilo, y los vecinos dormían. A lo lejos, el lago Lugano también estaba en calma. Semejaba un espejo sin una sola ola. ¿Qué hacía allí? ¿Buscaba pistas que otros habían pasado por alto? ¿Intentaba emular a su padre? ¿Se movería en círculo hasta obtener alguna respuesta? ¿O acaso intuía que ése era el lugar donde debía estar? Se sentía como una especie de imán atraído hacia un montón de serrín en busca de un clavo perdido. Roscani se dijo que se encontraba allí para encontrar la *assoluta tranquillità*, sacó un paquete de cigarrillos arrugado de la chaqueta, se llevó uno a los labios y dio media vuelta para regresar a la casa.

No había avanzado ni cinco pasos cuando lo vio, en el borde de la acera, debajo de un matorral que impedía que la lluvia de la noche anterior lo empapara: un sobre amarillo con la huella de una rueda encima.

Tiró el cigarrillo y se agachó para recoger el sobre. Estaba más destrozado de lo que parecía a primera vista, como si se hubiera quedado adherido al neumático mojado y hubiera girado varias veces antes de desprenderse por la aceleración. En la superficie había algo grabado, como si hubiera contenido algo rígido y duro en su interior.

Roscani regresó a la casa y encontró a Veronique Vaccaro —todavía furiosa por el interrogatorio y la presencia prolongada de la policía—, sentada en la cocina con un albornoz y una taza de café en una mano, mientras con la otra tamborileaba sobre la mesa, impaciente, como si con este gesto fuera a lograr que la policía abandonara su casa de inmediato. Con cortesía, Roscani le pidió un secador.

—Está en el cuarto de baño —respondió ella en italiano—. ¿Por qué no se da un baño, de paso, y se echa una siesta en mi cama?

Roscani pasó junto a Castelletti y le dirigió una media sonrisa antes de entrar en el cuarto de baño de Veronique y tomar el secador.

Castelletti entró y permaneció de pie detrás de Roscani mientras éste alisaba el sobre contra el borde del lavamanos y pasaba un lápiz por encima. Poco a poco, apareció en el papel la imagen de lo que había contenido.

—¡Dios mío! —Roscani se detuvo de repente.

Al levantar el sobre distinguió las letras y números exclusivos de una matrícula diplomática.

Scv 13.

—Ciudad del Vaticano —señaló Castelletti.

—Sí, Ciudad del Vaticano.

CIENTO DIECIOCHO

Roma

Eran casi las cinco de la mañana, todavía de noche, cuando Danny ordenó a Harry que se detuviera frente al número 22 de Via Niccoló V, un bloque de apartamentos antiguo pero bien conservado en una calle flanqueada por árboles. Después de cerrar el coche, Harry y Elena empujaron la silla de Danny hasta el ascensor y subieron al último piso. Danny extrajo un juego de llaves de un sobre que le había entregado el padre Bardoni en Lugano, escogió una y abrió la puerta del *piano* 3a, un apartamento interior muy espacioso.

Una vez dentro, Danny, visiblemente cansado tras el largo viaje, se fue a la cama. A continuación Harry echó un vistazo a los alrededores y se dispuso a salir, no sin antes advertir a Elena que no abriese la puerta a nadie más que a él.

Siguiendo las instrucciones de Danny, condujo el coche a varias manzanas de distancia y sustituyó las matriculas del Vaticano por las originales. Después cerró el Mercedes, dejó las llaves en el interior y abandonó el lugar con las matrículas del Vaticano escondidas debajo de la chaqueta. Quince minutos más tarde se encontraba de nuevo en el ascensor del número 22 de la Via Niccoló V, subiendo hacia el apartamento. Eran las seis de la mañana. En menos de media hora recibirían la visita del padre Bardoni.

A Harry no le gustaba todo aquello. La idea de que Danny, en su estado, y el padre Bardoni rescataran al padre Marsciano le parecía demencial. No obstante, Danny estaba decidido y el padre Bardoni también, en cambio para Harry la operación sólo tenía una lectura: Danny moriría en el intento, como sin duda había planeado Palestrina.

Además, si Farel había tendido una trampa a Danny para acusarlo del asesinato del cardenal vicario y el policía del Vaticano trabajaba a las órdenes de Palestrina, esto significaba que el secretario de Estado había organizado el asesinato y que Marsciano estaba al corriente porque, de lo contrario, no lo habría hecho prisionero. Quedaba claro que era Marsciano quien se había confesado con su hermano. En consecuencia, si Palestrina mataba a Danny, eliminaría la única pista que lo señalaba a él.

¿Con quién podía hablar Harry? ¿Con Roscani? ¿Adrianna? ¿Eaton? ¿Qué iba a contarles? No tenía más que conjeturas. Aunque dispusiera de alguna prueba, el Vaticano era un Estado soberano donde no pesaban las leyes italianas, con lo cual,

fuera del Vaticano, nadie contaba con la autoridad legal para actuar. De todos modos, si decidían hacer algo al respecto, Marsciano moriría. Ésta era la gran preocupación de Danny, dispuesto a hacer cualquier cosa para evitarlo, incluso sacrificar su propia vida.

—¡Mierda! —exclamó Harry al entrar en el apartamento y cerrar la puerta tras de sí.

Estaba metido en buen un lío, como Danny, pero no sólo por ser su hermano, sino porque había prometido que no permitiría que nadie acabara con él como el hielo acabó con Madeline. ¿Por qué? ¿Por qué se dedicaba a hacer esta clase de promesas a su hermano?

—No he estado en Roma muchas veces, así que al principio no estaba segura de dónde nos encontrábamos...

Elena interrumpió los pensamientos de Harry.

—¿Qué quieres decir?

—Mira.

Elena guió a Harry hasta un ventanal a un lado del salón. La claridad del sol revelaba un paisaje que había permanecido oculto en la oscuridad de la noche: al otro lado de la calle se divisaba una muralla de ladrillo amarillo que se extendía a ambos lados hasta donde alcanzaba la vista. A la derecha de la pared había un grupo de edificios sin rasgos distintivos y, a la izquierda, se entreveían las copas de varios árboles, como si tras la muralla hubiese un parque.

—No comprendo... —respondió Harry desconcertado por el interés que mostraba Elena.

—Es el Vaticano, señor Addison...

—¿Estás segura?

—Sí, he paseado alguna vez por esos jardines situados al otro lado del muro.

Harry miró de nuevo e intentó encontrar un punto reconocible para orientarse respecto a la plaza de San Pedro, pero le resultó imposible. Se disponía a hacer otra pregunta a Elena cuando levantó la vista y sintió un escalofrío: lo que había tomado por el perfil urbano era en realidad un edificio enorme aún en penumbra, pero cuya cúpula brillaba bajo la luz del sol. Era la basílica de San Pedro.

—¡Dios mío! —murmuró. No sólo habían llegado a Roma sin problemas, sino que les habían entregado las llaves de un apartamento situado a tiro de piedra de la prisión de Marsciano.

Por un instante, Harry apoyó la cabeza en el cristal y cerró los ojos.

—Estás cansado, Harry... —susurró Elena con tono reconfortante, como una madre habla a su hijo.

—Sí —asintió Harry, y levantó la vista para mirarla.

Elena iba vestida con el mismo traje que le habían dado los sacerdotes de Bellagio y llevaba el pelo recogido. A Harry le sorprendió pensar que era la primera vez que la contemplaba como mujer y no como monja.

—Yo he dormido en el coche, tú no. Deberías... acostarte... en la otra habitación, al menos hasta que llegue el padre Bardoni.

—Sí... —respondió Harry pero, de repente, un pensamiento cruzó su mente. De pronto tomó conciencia de que tenía un problema muy grave: Elena. La idea de Danny y el padre Bardoni era muy peligrosa, y no permitiría que ella se involucrara.

—Tus padres viven —comentó con cautela.

—¿Qué tiene que ver eso con dormir? —respondió Elena con la misma cautela, ladeando la cabeza.

—¿Dónde viven?

—En la Toscana.

—¿A qué distancia se encuentra de aquí?

—¿Por qué?

—Es importante.

—A unas dos horas en coche. Pasamos por delante cuando circulábamos por la *autostrada*.

—¿Tu padre tiene coche? ¿Conduce? —preguntó Harry, esta vez con un tono más apremiante.

—Sí, claro.

—Quiero que lo llames y le digas que venga a Roma.

Elena sintió un acceso de rabia. Se reclinó sobre la pared y cruzó los brazos en gesto desafiante.

—No puedo.

—Si él saliese ahora, Elena, llegaría a Roma a las nueve, a las nueve y media como muy tarde. Dile que aparque delante del edificio y que no salga del coche. Bajarás cuando lo veas y os marcharéis de inmediato. Nadie sabrá que has estado aquí.

Elena notaba que la ira crecía en su interior. ¿Cómo se atrevía a decir una cosa así? Tenía sus sentimientos y su orgullo y ahora no iba a llamar a su padre para que fuese a buscarla como a una colegiala perdida en la ciudad.

—Lo siento, señor Addison, pero mi deber consiste en cuidar del padre Daniel, y permaneceré a su lado hasta que se me releve formalmente de esta obligación.

—Esto es muy fácil, hermana Elena: la relevo formalmente de su...

—¡No eres mi madre superiora! —replicó Elena, y las venas se le marcaron en el cuello.

Guardaron un silencio tenso mientras se miraban a los ojos sin reparar en que ésta era su primera discusión de amantes, aunque nunca sabrían quién habría ganado.

¡Pam!

La puerta de la cocina se abrió de súbito y golpeó la pared con fuerza.

—¡Harry!

Impulsándose en la silla con ambas manos, Danny irrumpió en el salón con el semblante aterrorizado y un teléfono móvil sobre las piernas.

—¡No he podido contactar con el padre Bardoni! Tengo tres números suyos, uno es el del móvil que siempre lleva consigo, los he probado todos y nada, ¡no hay respuesta!

—Danny, tranquilízate.

—Harry, tendría que haber llegado hace quince minutos. ¡Si estuviera de camino, contestaría las llamadas del móvil!

CIENTO DIECINUEVE

Harry dobló la esquina de Vía del Parione y echó a andar calle abajo. Según su reloj eran las siete y veinticinco de la mañana, y hacía casi una hora que el padre Bardoni debía haberse presentado en el apartamento. Mientras andaba marcó otra vez el número del móvil desde el teléfono de Adrianna.

Nada.

El sentido común le decía que el padre Bardoni se habría retrasado por un motivo sencillo.

Enfrente estaba el edificio del padre Bardoni, el número 17. Danny le había asegurado que detrás había un callejón que conducía a una valla de madera por la que se entraba a la parte posterior del edificio donde, a la izquierda, debajo de una maceta de geranios, encontraría la llave.

Harry avanzó unos veinte metros hasta encontrar la puerta de madera, la abrió, y entró en un pequeño patio de grava. La maceta estaba donde tenía que estar y la llave debajo.

El piso del padre Bardoni también se hallaba en la última planta. Harry subió las escaleras aprisa. Aunque prefería pensar que no ocurría nada extraño y que el padre Bardoni tendría una explicación muy simple por su demora, en el fondo sentía lo mismo que Danny Addison al irrumpir en el salón. Terror.

Una vez en el rellano, Harry caminó por el pasillo hasta llegar a la puerta del padre Bardoni. A continuación, respiró hondo, introdujo la llave en la cerradura y comenzó a hacerla girar. Sin embargo, no era necesario. La puerta estaba abierta.

—¿Padre?

No hubo respuesta.

—¿Padre Bardoni? —Harry entró en la oscuridad del recibidor; ante él había un salón pequeño, muy funcional, parecido al del apartamento de Danny.

—¿Padre?

Nada.

A la derecha, vio un pasillo estrecho con una puerta en medio y otra al fondo, ambas cerradas. Contuvo el aliento antes de dar vuelta al pomo de la primera puerta.

—¿Padre?

La puerta daba a una habitación pequeña con una ventana al fondo. La cama estaba hecha y encima de la mesita de noche había un teléfono. Eso era todo.

Harry se disponía a salir cuando descubrió un teléfono móvil en el suelo; se preguntó si sería el que el padre Bardoni «siempre llevaba consigo».

De pronto Harry tuvo la sensación de que algo iba mal y de que no debía estar allí. Salió de la habitación y caminó despacio hacia la otra puerta. ¿Qué habría allí? Tanto su mente como su corazón le indicaban que se marchara de inmediato, que no abriese esa puerta.

Pero no era capaz de obedecer.

—Padre Bardoni —repitió.

Silencio.

Harry sacó un pañuelo del bolsillo y cubrió con él el pomo.

—Padre Bardoni —llamó en voz alta para que lo oyera al otro lado.

Sin respuesta.

El sudor le cubría el labio superior y el corazón le latía con fuerza. Hizo girar el pomo poco a poco, oyó el clic de la cerradura, y la puerta se abrió. Harry contempló el suelo blanco del cuarto de baño, el lavabo y la esquina de la bañera; empujó la puerta con el codo y la abrió por completo.

El padre Bardoni estaba sentado en la bañera, desnudo, con los ojos abiertos, mirando al vacío.

—¿Padre?

Avanzó un paso y rozó algo con el pie. Las gafas de montura negra del sacerdote estaban en el suelo. Harry posó la vista de nuevo en la bañera.

No había agua.

—¿Padre? —susurró, esperando obtener alguna respuesta. Pensó que quizás el padre Bardoni había sufrido un paro cardíaco cuando estaba a punto de abrir el grifo.

Dio otro paso al frente.

—¡Dios mío!

Harry sintió que el corazón le daba un vuelco. Retrocedió con rapidez, boquiabierto de espanto. El sacerdote tenía la mano izquierda cercenada. Apenas había sangre, sólo un muñón donde antes se encontraba la extremidad.

CIENTO VEINTE

Milán, a la misma hora

Roscani oteó las pistas del aeropuerto mientras el helicóptero comenzaba el descenso. El detective había recibido al salir de Lugano un comunicado urgente y todavía le llegaba información. Castelletti y Scala hablaban por radio y tomaban notas en la parte posterior del helicóptero.

Roscani tenía en la mano los datos que había estado esperando, un fax breve pero revelador de la central de la Interpol en Lyon, Francia, que decía:

Los servicios de inteligencia franceses han determinado que Thomas Jose Álvarez-Ríos Kind ya no se encuentra en Jartum, Sudán, tal como se creía en un principio. Paradero actual: desconocido.

Roscani solicitó al cuartel central del Gruppo Cardinale que enviara una orden de busca y captura a todas las comisarías de Europa. También dispuso que se entregara a los medios de comunicación una fotografía reciente de Thomas Kind junto a un comunicado que lo declarara fugitivo de la justicia, buscado por el asesinato del cardenal vicario de Roma y por el atentado contra el autocar de Asís. En cuanto Roscani comenzó a sospechar de Kind, sus pensamientos se centraron en el autocar, pues la explosión llevaba el sello del terrorista que la policía y los servicios de inteligencia de todo el mundo tan bien conocían: cuando la ocasión era propicia, el terrorista utilizaba a hombres anzuelo en lugar de realizar el trabajo él mismo. La táctica consistía en matar al asesino, en dejar que llevara a cabo la tarea y deshacerse después de él de la manera más rápida posible; de este modo borraba todo indicio que apuntase a él o a quienes lo habían contratado.

Por esta razón encontraron la pistola Llama en el lugar de la explosión. Kind había mandado a un sicario a bordo del autocar para eliminar al padre Daniel y luego voló el vehículo para desembarazarse del asesino y hacer desaparecer las huellas. El problema había sido que el asesino no actuó a tiempo y la operación no salió bien. Tanto la pistola como la explosión señalaban directamente a Thomas Kind.

Con la información obtenida por Castelletti y Scala en Milán, las piezas comenzaban a encajar. Aldo Cianetti, el diseñador de moda encontrado muerto en la *autostrada* de Como a Milán había sido visto a bordo del último hidrodreslizador que

partía de Bellagio hablando con una mujer que lucía una pabela muy grande —uno de los policías de Bellagio recordaba que la mujer tenía acento y pasaporte estadounidenses— y habían desembarcado juntos en Como.

Los detectives de Milán habían rastreado las calles contiguas al hotel Palace donde se encontró el BMW verde de Cianetti; no muy lejos del lugar se hallaba Milano Centrale, la estación principal de Milán. Puesto que se calculaba que la muerte se había producido entre las dos y las tres de la mañana, la policía había interrogado a los vendedores de las taquillas de la estación que estaban de servicio entre las dos y las cinco de la mañana y por fin encontraron a una empleada de mediana edad que había vendido un billete a una mujer con una pabela grande antes de las cuatro de la mañana. La mujer se dirigía a Roma.

¿Mujer? No se trataba de una mujer, sino de Thomas Kind.

El helicóptero tocó el suelo con una ligera sacudida, se abrieron las puertas y los tres policías corrieron hacia el avión que los llevaría a Roma.

—Las matriculas SCV 13 son lo que pensábamos —gritó Castelletti mientras corrían—. Estos números bajos se asignan a los coches del Papa o de los cardenales de alto rango, pero no a una persona en concreto. Ahora mismo, SCV 13 está asignado a un Mercedes que no se encuentra en el Vaticano por estar en el taller.

La iglesia, el Vaticano, Roma. Las palabras taladraban la mente de Roscani. Los motores rugieron y el *ispettore* se sintió empujado hacia atrás en su asiento mientras el avión aceleraba por la pista. Despegaron veinte segundos más tarde, y el tren de aterrizaje se plegó en el interior del fuselaje. Lo que había comenzado como la investigación por el asesinato del cardenal vicario de Roma regresaba al punto inicial, completando un círculo.

Roscani se aflojó el cinturón, tomó el último cigarrillo del paquete arrugado, introdujo el envoltorio vacío en el bolsillo de la chaqueta y se volvió hacia la ventana. El sol se reflejaba aquí y allá en algún elemento del suelo, un lago o un edificio; al parecer el tiempo despejado dominaba en todo el país. Italia era un país antiguo, hermoso y sereno, aunque a menudo azotado por escándalos y maquinaciones en todos los ámbitos de la vida, pero ¿existía algún país en el mundo donde esto no ocurriese? Lo dudaba. Roscani era italiano, y el país que sobrevolaba era el suyo; también era policía, y su deber consistía en procurar que las leyes se cumpliesen y se hiciese justicia.

Apareció en su mente la imagen de Gianni Pio, su amigo, compañero y padrino de sus hijos, mientras lo sacaban del coche, empapado en su propia sangre, con el rostro destrozado por una bala. También vio el cuerpo acribillado del cardenal vicario de Roma y la masa incinerada del autocar de Asís. Recordó asimismo la carnicería de Thomas Kind en Pescara y Bellagio y se preguntó qué significaba la justicia.

Los crímenes se habían cometido en suelo italiano, donde tenía jurisdicción para actuar. Sin embargo, dentro de los muros del Vaticano carecía de autoridad, y una vez que los fugitivos se guarecieran tras ellos, nada podría hacer excepto entregar las

pruebas al fiscal del Gruppo Cardinale, Marcello Taglia. En ese momento la justicia ya no le pertenecería, pasaría a manos de los políticos, lo que a la larga significaría el fin del asunto. Tenía grabadas en la memoria las palabras de Taglia sobre la investigación del asesinato del cardenal Parma, cuando habló de la «naturaleza delicada del asunto y de las implicaciones diplomáticas que supondría para Italia y el Vaticano».

En otras palabras, el Vaticano podía cometer un asesinato con toda impunidad.

CIENTO VEINTIUNO

El primer impulso de Harry fue regresar al lugar donde había aparcado el Mercedes y romper la ventanilla para recuperar las llaves y sacar a Danny y Elena del apartamento de Via Niccoló V.

—Está muerto, lo han mutilado —explicó a su hermano por teléfono—. ¿Quién sabe qué les habrá revelado? ¡Podrían estar ya camino del apartamento! —Harry se alejaba de la casa intentando no llamar la atención.

—Harry, haz el favor de volver —le rogó Danny—. El padre Bardoni no les habrá contado nada.

—¿Cómo diablos lo sabes?

—Lo sé.

En menos de treinta minutos, Harry llegó al edificio, echó un vistazo al vestíbulo y después al ascensor y decidió subir por las escaleras, pensando que resultarían más seguras que la pequeña cabina del ascensor.

Cuando entró en el apartamento, Danny y Elena lo esperaban en el salón. El ambiente era tenso y por un momento, nadie habló, pero entonces Danny señaló la ventana.

—Quiero que eches un vistazo, Harry.

Harry miró a Elena antes de acercarse a la ventana.

—¿Qué queréis que vea?

—Mira a la izquierda, sigue la línea de la muralla. Al fondo distinguirás una torre de ladrillo; es la torre de San Giovanni, allí está el cardenal Marsciano. Lo mantienen cautivo en la habitación del centro, a media altura del edificio. La única abertura en la pared es una puerta de cristal que da a un balcón pequeño.

La torre se encontraba a unos cuatrocientos metros de distancia. La punta se distinguía con claridad, era una torre alta circular construida con el mismo ladrillo que la muralla.

—Ya sólo quedamos nosotros para hacerlo —murmuró Danny.

Harry se volvió con lentitud.

—Tú, yo y la hermana Elena.

—¿Para hacer qué?

—Para rescatar al cardenal Marsciano...

Danny había enterrado toda la emoción que había exteriorizado al no contactar

con el padre Bardoni. El sacerdote había muerto y debían continuar adelante.

—No, Elena no —Harry sacudió la cabeza.

—Quiero hacerlo, Harry. —Elena le clavó la vista y no cabía duda de que estaba decidida.

—Claro, ¿cómo no ibas a querer? —Harry miró primero a Elena y luego a Danny—. Está tan loca como tú.

—No hay nadie más, Harry... —le dijo Elena.

Harry se volvió hacia Danny.

—¿Por qué estás tan seguro de que el padre Bardoni no habrá dicho nada? Lo he visto con mis propios ojos, Danny. Si yo hubiera estado en su lugar, les habría contado todo lo que querían saber.

—Debes creerme, Harry.

—No se trata de ti, sino del padre Bardoni, y yo no estaría tan seguro.

Danny observó a su hermano en silencio durante un largo rato y, cuando por fin habló, lo hizo de manera que Harry comprendiera que sus palabras encerraban un significado más profundo.

—Este bloque pertenece al propietario de una de las mayores empresas farmacéuticas de Italia. Bastó que el cardenal Marsciano lo necesitara durante unos días para que se lo ofreciera sin hacer preguntas.

—¿Qué tiene que ver eso con el padre Bardoni?

—Harry, el cardenal es uno de los hombres más queridos de Italia... Fíjate en quiénes lo han ayudado y a qué riesgo... —Danny titubeó por un segundo—. Me ordené sacerdote porque al salir de los marines me sentía tan perdido y desorientado como al ingresar, pero cuando llegué a Roma, me sentía igual. Fue entonces cuando conocí al cardenal y me ayudó a descubrir una parte de mí mismo que desconocía. Durante todos estos años me ha guiado y animado a encontrar mi propio camino, mis propios principios y convicciones. La Iglesia, Harry, se convirtió en mi familia, el cardenal es como un padre para mí, y el padre Bardoni sentía lo mismo. Por eso sé que jamás habría dicho nada.

La imagen del padre Bardoni en la bañera no resultaba fácil de olvidar, era la de un hombre torturado que se negaba a hablar. Aturdido, Harry se pasó los dedos por el cabello, desvió la mirada y se encontró con los ojos de Elena fijos en él. Eran afables y cariñosos e intentaban decirle que ella comprendía al padre Danny y que sabía que tenía razón.

—Harry...

La voz de Danny lo devolvió a la realidad, y en ese momento reparó en el sonido de fondo de la televisión.

—Hay algo más... Al principio no me lo creía, pero el asesinato del padre Bardoni lo ha confirmado... ¿Sabes qué está ocurriendo en China?

—Sí, una tragedia, muchos muertos. No sé, tampoco he tenido demasiado tiempo para ver la televisión, ¿adonde diantres quieres llegar?

—En Bellagio, Harry, mientras esperábamos a la hermana Elena en la camioneta, hablaste por teléfono. Me despertaste y te oí mencionar dos nombres: Eaton y Adrianna.

—¿Y? —Harry seguía sin comprender.

—Adrianna Hall. James Eaton.

—Ellos me ayudaron a encontrarte, ¿cómo es que sabes de ellos? —Harry estaba sorprendido y confuso.

—Eso es irrelevante. Lo que importa es que debes ponerte en contacto con ellos lo antes posible. —Danny se acercó a su hermano—. Debemos detener lo que está ocurriendo en China.

—¿Detener qué?

—Están envenenando los lagos, Harry. Ya han envenenado uno, faltan dos.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién está envenenando los lagos? Por lo que sé, se trata de una catástrofe natural.

—No lo es —replicó Danny y miró a Elena antes de volverse a Harry—. Forma parte de los planes del Vaticano para controlar China.

—Así que ésa era la confesión, ¿verdad? —Harry sintió que se le ponían los pelos de punta.

—Es parte de la confesión...

Elena se santiguó.

—Madre Santa —musito.

—Hace un momento la WNN ha retransmitido un programa resumen sobre Hefei —Danny continuó—. A las ocho y dos minutos y veintitantos segundos han mostrado una imagen de la planta depuradora de agua de Hefei; sé la hora porque miré el reloj. En la toma aparecía un hombre que, si no es el propio encargado de envenenar el agua, sabe quién lo es.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Harry en un susurro.

—Lo vi el año pasado en una residencia privada de las afueras de Roma. Estaba allí con otro hombre, esperaban a Palestrina. Te aseguro que no suelen invitar a muchos chinos a residencias del Vaticano —Danny habló con una fuerza inusitada en él—. Adrianna Hall puede rebobinar la cinta hasta el segundo exacto y extraer la foto de ese hombre. Es de corta estatura, está a la izquierda del encuadre y lleva un maletín. Cuando la tenga, pídele que se la envíe directamente a Eaton.

—¿Qué tiene que ver Eaton con esto? No es más que un funcionario de la embajada.

—Harry, Eaton es el responsable de la CIA en Roma.

—¿Qué? —exclamó Harry, aturdido.

—Hace mucho que estoy en Roma, Harry... Donde trabajo hay determinados círculos diplomáticos en los que se saben ciertas cosas... El cardenal Marsciano me ha abierto puertas que la mayoría de las personas ni siquiera sabe que existen.

Harry y Elena advirtieron lo difícil que era para Danny la situación: maniatado

por el secreto de confesión, ponía en peligro su alma al quebrantarlo; pero había miles de vidas en juego y tenía que hacer algo al respecto. Por ello no debía confiar en la ley canónica, sino en Dios.

Danny se alejó de Harry sin apartar los ojos de él.

—Quiero que te marches ahora, que llames a Adrianna Hall desde una cabina y que después llames a Eaton desde otro teléfono, cuéntale todo lo que te he explicado y dile que Adrianna conseguirá la foto del chino. Debe ponerse en contacto con los servicios de inteligencia de China. Es esencial que encuentren enseguida al hombre del maletín, o de lo contrario el Gobierno de Pekín tendrá que responder de la muerte de varios miles de personas más.

Harry vaciló por un segundo y entonces señaló el teléfono.

—Ahí hay un teléfono, Danny, ¿por qué no lo llamas tú mismo?

—No debe saber dónde estoy, ni tampoco dónde estás tú.

—¿Por qué?

—Porque todavía soy ciudadano norteamericano y una amenaza para China constituye un asunto de seguridad nacional. Querrá que le dé más información y hará lo que sea para obtenerla, aunque esto implique detenernos de manera ilegal a los tres. Si eso ocurre, el cardenal Marsciano morirá. —Danny finalizó la frase con un hilo de voz.

Elena se fijó en los ojos de Harry, que no se despegaban de su hermano.

—Bien —asintió Harry.

La monja era consciente de que en el fondo él pensaba que no estaban actuando del modo correcto, pero había entendido la relación especial entre su hermano y el cardenal Marsciano y comprendía por qué estaba dispuesto a arriesgarlo todo por salvarlo.

Al aceptar la misión, Harry no sólo demostraba su amor por su hermano sino que además accedía, quizá por primera vez en su vida, a compartir un mismo objetivo: colarse en la ciudad venerable, liberar al prisionero de la torre y escapar con vida. Era una acción valiente, medieval e insensata, y aunque hubieran contado con la ayuda del padre Bardoni, de difícil consecución. Sin embargo, el padre Bardoni había muerto, y Harry tomaría su lugar. Elena percibía que él estaba evaluando la situación, decidiendo cuál sería el próximo paso. De pronto, sus ojos se clavaron en los de ella y, tras sostenerle la mirada, abrió la puerta y se marchó, todavía vestido con el mismo disfraz con el que lo había conocido Elena, el de sacerdote.

CIENTO VEINTIDÓS

*Pekín, China, complejo de Zhongnanhai, todavía jueves
16 de julio, 15.05 h*

Yan Yeh había pasado el día en un permanente estado de sobrecogimiento; las primeras noticias de Wuxi habían llegado poco antes de las diez de la mañana: en un lapso de quince minutos, el hospital popular número cuatro había registrado una docena de casos de náusea, diarrea y vómitos incontrolados. Aproximadamente a la misma hora, habían recibido informes similares de los hospitales populares número uno y dos. A las once treinta, el Hospital de Medicina China se enfrentaba a una epidemia: setecientos casos registrados, doscientos setenta y un fallecidos.

El suministro de agua se cortó al momento, y tanto los servicios de urgencia como la policía permanecían alerta. La ciudad se encontraba al borde del pánico.

A la una de la tarde, el número de casos ascendía a veinte mil, de los cuales once mil cuatrocientos cincuenta habían fallecido, entre los que se encontraban la suegra de Yan Yeh y dos de sus hermanos. Ésta era toda la información que había obtenido hasta el momento. Ignoraba dónde se hallaban su mujer e hijo y si seguían con vida. Ni siquiera valiéndose de la poderosa influencia de Wu Xian, secretario general del Partido Comunista, había logrado averiguarlo. Sin embargo, lo ocurrido había bastado para convocar de nuevo a Pierre Weggen al complejo de Zhongnanhai.

Poco después de las tres de la tarde y todavía sin noticias de su familia, un Yan Yeh solemne y aturdido se sentó a una mesa con Peter Weggen, Wu Xian, y diez miembros más del Politburó. La conversación fue breve y concisa: se acordó que el banquero suizo se ocuparía de organizar el consorcio de empresas que había propuesto en la reunión anterior con el fin de emprender de inmediato un plan titánico de diez años de duración para la reconstrucción total del sistema de aguas y suministro de energía de China. Había que actuar con rapidez y eficacia, pues tanto China como el mundo entero debían saber que Pekín conservaba el control y que haría todo lo posible por proteger la seguridad y el bienestar de su pueblo en el futuro.

—*Women shenme shihou neng nadao hetong?* —preguntó al fin Wu Xian a Weggen.

¿Cuándo tendremos el contrato?

CIENTO VEINTITRÉS

Harry había llamado a Adrianna y a Eaton desde dos cabinas diferentes situadas a dos manzanas de distancia entre sí. Las conversaciones fueron muy breves. Adrianna sabía a qué reportaje se refería, y se encargaría de encontrar la grabación para enviarla a Eaton, pero ¿por qué? ¿Qué había en la cinta que fuese tan importante? Harry eludió la pregunta y se limitó a señalarle que lo hiciera y que si Eaton deseaba que ella lo supiera, se lo explicaría él mismo. Harry le dio las gracias y colgó mientras Adrianna gritaba: «¿Dónde diablos estás?».

Eaton le había puesto las cosas más difíciles, intentó demorarlo preguntando por su paradero y el de su hermano. Harry adivinó que trataba de localizar la llamada.

—Escúcheme —lo interrumpió Harry. Comenzó a describirle la secuencia del reportaje que había visto Danny y que le entregaría Adrianna, le explicó que se envenenarían tres lagos de China, que el chino del maletín de la planta de Hefei era el hombre a quien debían encontrar y que había que informar de inmediato a los servicios de inteligencia chinos.

—¿Cómo sabe todo esto? ¿Quién es el responsable del envenenamiento de los lagos? ¿Por qué lo hace? —Las preguntas de Eaton al final habían sido rápidas y directas, pero Harry le respondió que él sólo transmitía un mensaje.

A continuación le colgó como había hecho con Adrianna y echó a andar por Via della Stazione Vaticana, como un sacerdote que paseara solo junto a los muros del Vaticano, una imagen habitual. Encima de su cabeza se encontraban los arcos de un acueducto antiguo que en el pasado suministraba agua al Vaticano pero sobre el cual discurrían en la actualidad unos raíles de ferrocarril, desde la vía principal hasta unos enormes portones tras los que se hallaba la estación de la Santa Sede.

—En tren —había respondido Danny cuando Harry le preguntó cómo él y el padre Bardoni planeaban sacar a Marsciano del Vaticano.

La estación y las vías apenas se utilizaban en la actualidad, sólo había un tren que circulaba de vez en cuando para transportar mercancías pesadas. Antaño el Papa empleaba esa vía para viajar del Vaticano a Italia, pero hacía mucho tiempo de esto. Lo único que se conservaba eran los portones, la estación, las vías y un vagón de carga oxidado abandonado junto al final de la línea, un pequeño túnel de hormigón que no conducía a ninguna parte. Sólo Dios y el túnel sabían cuánto tiempo llevaba el furgón allí.

Antes de viajar a Lugano, el padre Bardoni había llamado al jefe de estación y le había comunicado que el cardenal Marsciano estaba harto de ver el vagón allí y

deseaba que lo retirasen de inmediato. Poco después un subordinado lo llamó y le aseguró que a las once del viernes por la mañana una locomotora remolcaría el vagón.

En esto consistía el plan. Cuando se llevasen el furgón, el cardenal Marsciano se encontraría en su interior. Era así de sencillo, y puesto que lo había llamado un empleado, el padre Bardoni estaba convencido de que el asunto se había considerado un caso más dentro de la rutina diaria. Aunque avisarían al servicio de seguridad de la llegada de la locomotora, se trataría también de una conversación entre subordinados, algo demasiado mundano para que llegara a oídos de Farel.

Harry comenzó a subir por la colina hasta el nivel superior del acueducto. Avanzaba con la vista al frente.

Al llegar arriba, se volvió. Allí estaba, la vía principal trazaba una curva hacia la izquierda, los carriles brillaban debido a su uso continuado y, después, a la derecha, se hallaba la doble vía oxidada que conducía a los muros del Vaticano.

Harry miró atrás, siguió con la vista los carriles que descendían hasta la vía principal de la Stazione San Pietro. Tenía diez minutos para ir, echar un vistazo, y convencerse de que quería seguir adelante con el plan. Si cambiaba de opinión, tendría la posibilidad de marcharse antes de que llegaran, pero en el momento en que realizó la llamada supo que no se echaría atrás. A las diez cuarenta y cinco se encontraría con Roscani en el interior de la estación.

CIENTO VEINTICUATRO

El Vaticano, torre de San Giovanni, a la misma hora

—Deseaba verme, Eminencia. —La mole de Palestrina tapaba el vano de la celda de Marsciano.

—Sí.

Marsciano retrocedió un paso y Palestrina entró seguido de uno de los hombres de negro que cerró la puerta y se apostó a un lado, como un guardián. Era Anton Pilger, el joven con la sonrisa sempiterna y expresión despierta que hacía apenas unos días era el chófer de Marsciano.

—Quisiera hablar contigo en privado —dijo Marsciano.

—Como desees. —Palestrina alzó su enorme mano, y Pilger giró sobre sus talones y se marchó, reaccionando como un soldado, no como un policía.

Marsciano contempló a Palestrina durante largo rato, intentando leer sus ojos, antes de apuntar con un gesto lento de la mano a la pantalla silenciosa del televisor.

Las imágenes no hacían más que repetir el horror vivido en Hefei: un convoy de camiones con tropas del Ejército de Liberación circulaba por la ciudad, una multitud ocupaba las calles y, aunque no oyeran sus palabras, resultaba obvio que el corresponsal vestido de campaña intentaba describir la situación.

—Wuxi ha sido el segundo lago. —Marsciano estaba lívido—. Quiero que sea el último, que detengas la operación.

Palestrina esbozó una sonrisa:

—El Santo Padre se ha interesado por tu estado de salud y quería visitarte, pero le he explicado que te sentías muy débil y que necesitabas descansar.

—No más muertes, Umberto —susurró Marsciano—. Ya me tienes a mí, detén ese horror y te entregaré lo que estás buscando desde el principio.

—¿Al padre Daniel? —Palestrina sonrió de nuevo, esta vez con benevolencia—. Me aseguraste que estaba muerto, Nicola...

—No lo está y, si se lo pido, vendrá. Anula la orden para el último lago y podrás hacer con nosotros lo que quieras. Nos llevaremos el secreto del Protocolo Chino a la tumba.

—Noble iniciativa, Eminencia, pero por desgracia, llega demasiado tarde. —Palestrina posó por un momento la vista sobre el televisor y se volvió de nuevo a Marsciano.

»Los chinos han capitulado y ya han solicitado los contratos. Aun así, en una

guerra jamás debe darse marcha atrás y, por tanto, la campaña concluirá según lo previsto. —Palestrina se detuvo por un instante para que Marsciano comprendiese que cualquier protesta resultaría inútil—. En cuanto al padre Daniel, no es necesario que lo mandes llamar porque vendrá a verte. De hecho, es posible que en este momento él ya se encuentre en Roma.

—¡Imposible! ¿Cómo iba a enterarse de dónde estoy? —gritó Marsciano.

—Se lo dijo el padre Bardoni —sonrió Palestrina.

—¡No! ¡Jamás! —espetó Marsciano furioso— ¡Jamás delataría al padre Daniel!

—Pues lo ha hecho, Eminencia... Al final lo convencí de que yo tenía razón y de que tanto tú como el cardenal vicario estabais equivocados y que el futuro de la Iglesia es mucho más importante que la vida de una persona, sea quien sea, Eminencia. —La sonrisa se esfumó de sus labios— No lo dudes, el padre Daniel vendrá.

Marsciano nunca había sentido odio en su vida, pero en ese instante aborrecía a Palestrina con una intensidad que jamás había experimentado.

—No te creo.

—Como prefieras.

Palestrina introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una bolsita de terciopelo negro.

—El padre Bardoni te envía su anillo como prueba.

Palestrina depositó la bolsa sobre el escritorio, junto a Marsciano; fijó la vista en el cardenal antes de abandonar la estancia.

Marsciano no vio a Palestrina salir, ni oyó abrirse o cerrarse la puerta. Tenía los ojos clavados en la bolsita negra que había delante de él. Poco a poco, con manos temblorosas, la abrió. Sobresaltado, un jardinero levantó la cabeza al oír un grito desgarrador.

CIENTO VEINTICINCO

10.42 h

Roscani caminaba solo por Via Innocenzo III. Era una mañana bochornosa y el calor aumentaba a medida que el sol ascendía en el cielo. Enfrente se encontraba la Stazione San Pietro. Roscani se había apeado del coche a media manzana de allí, y Scala y Castelletti habían continuado hasta la estación, en la que entrarían por las puertas laterales, uno antes que Roscani y el otro después. Buscarían a Harry Addison, pero no debían intentar apresarlos, a menos que echase a correr. El plan consistía en permitir que Roscani mantuviese una tranquila conversación cara a cara con el fugitivo, y que la situación fuera lo más relajada y cómoda posible. Sin embargo, si éste emprendía la huida, uno u otro policía le cortarían el paso, pero no habría refuerzos. Roscani lo había prometido.

Harry Addison lo había hecho muy bien. Había llamado a la centralita de la Questura a las diez y veinte.

—Me llamo Harry Addison —había dicho—, y Roscani me busca.

A continuación dio el número de un móvil y colgó, sin dar tiempo de localizar la llamada.

Cinco minutos más tarde Roscani lo telefoneó desde el lugar adonde se había dirigido a toda prisa junto a Scala y Castelletti cuando su avión aterrizó en Roma: el apartamento del padre Bardoni.

ROSCANI: Aquí Roscani.

HARRY ADDISON: Tenemos que hablar.

ROSCANI: ¿Dónde está?

HARRY ADDISON: En la estación de San Pedro.

ROSCANI: No se mueva, voy ahora mismo.

HARRY ADDISON: Roscani, venga solo. No me reconocerá, he cambiado. Si veo a algún policía, me iré.

ROSCANI: ¿En qué lugar de la estación?

HARRY ADDISON: Ya lo encontraré.

Roscani cruzó la calle. Mientras se acercaba a la estación recordó cómo había previsto encontrarse con Harry Addison en un principio: solo y con una pistola. Su deseo había sido vengar el asesinato de Gianni Pio, pero desde entonces la situación había tomado un rumbo inimaginable.

Si Harry Addison se hallaba en la estación, como había prometido, seguía fuera del territorio del Vaticano y, con suerte, lo mismo ocurriría con el padre Daniel; si era así, quizá tenía la posibilidad de hacer algo antes de que el caso se desmoronase en manos de Taglia y los políticos.

Harry observó a Roscani entrar en el vestíbulo y caminar en dirección al andén. La Stazione San Pietro era pequeña, un apeadero en una ruta corta que cruzaba Roma. No había muchas personas alrededor. Harry había divisado a un hombre vestido con chaqueta deportiva y corbata que bien podía ser un agente de paisano pero, como había llegado antes que Roscani, no había modo de saberlo con certeza.

Harry abandonó la estación por otra salida y llegó al andén desde otro ángulo, con aire tranquilo y parsimonioso. Sólo era un sacerdote que esperaba el tren; un cura que había ocultado su documentación falsa debajo de la nevera del apartamento de Via Niccoló V.

En ese momento entró otro hombre en la estación. Llevaba el cuello de la camisa abierto y una chaqueta deportiva como la del otro hombre.

Roscani vio a Harry aproximarse y detenerse a unos cuatro metros de distancia.

—Se suponía que iba a venir solo.

—Y así es.

—No, ha traído consigo a dos de sus hombres. —Se trataba de una mera conjetura, pero Harry creía estar en lo cierto. Uno de los hombres permanecía en el interior de la estación, mientras que el otro había salido al andén y los observaba atento.

—Mantenga las manos donde yo pueda verlas. —Roscani miró a Harry con fijeza.

—No voy armado.

—Haga lo que le digo.

Harry despegó las manos del cuerpo. Se sentía extraño e incómodo.

—¿Dónde está su hermano? —La voz de Roscani sonaba seca, no demostraba emoción alguna.

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—En... otro sitio, en una silla de ruedas. Tiene las piernas rotas.

—Aparte de eso, ¿se encuentra bien?

—En general, sí.

—¿Sigue con él la enfermera? ¿La hermana Elena Voso?

—Sí.

Harry sintió una punzada en el corazón cuando Roscani mencionó el nombre de Elena. Tenía razón cuando dijo que la identificarían por las pertenencias que dejó en la gruta y que la considerarían una cómplice. Él no quería que ella se viera implicada, pero ya nada podía hacer al respecto.

Harry se volvió y vislumbró al segundo hombre en el andén, a cierta distancia de ellos, como el primero. Detrás de él, un grupo de adolescentes esperaba el tren hablando y riendo entre sí.

—No vale la pena que me arreste, Roscani. Por lo menos, ahora no.

—¿Por qué me ha llamado? —El policía no apartaba la mirada de él. Su actitud era dura y decidida, tal como la recordaba Harry.

—Ya se lo dije, tenemos que hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre la manera de sacar al cardenal Marsciano del Vaticano.

CIENTO VEINTISÉIS

El coche se adentró en el intenso tráfico del mediodía. Harry y Roscani iban sentados en el asiento posterior, y Scala y Castelletti delante, el segundo al volante. Recorrieron el margen del Tíber y atravesaron varias calles de la ciudad hasta llegar al Coliseo, enfilaron la Via di San Gregorio, pasaron por delante de las ruinas del Palatino y del antiguo Circus Maximus y descendieron por Via Ostiense hasta la Esposizione Universale Roma; era una completa excursión turística por la ciudad, una manera de hablar sin ser vistos.

Harry explicó todo de la manera más sencilla y sucinta posible.

La única persona capaz de revelarles la verdad sobre el asesinato del cardenal vicario de Roma y del compañero de Roscani, Gianni Pio, y, con toda probabilidad, sobre la explosión del autocar de Asís era el cardenal Marsciano, en aquellos momentos prisionero del cardenal Palestrina en el Vaticano, quien lo mantenía incomunicado y bajo amenaza de muerte. La información había llegado a Harry a través de su hermano, pero sólo constituía la punta del iceberg, Marsciano había explicado el resto de los detalles al padre Daniel durante una confesión que Palestrina grabó en secreto.

Debido a lo que sabía el padre Daniel, Palestrina lo mandó matar, pero antes, para controlar a Marsciano, Jacov Farel sembró pruebas falsas que inculpaban a Danny del asesinato del cardenal vicario. Más adelante, cuando Palestrina comenzó a sospechar que el sacerdote seguía con vida, lo más probable es que ordenara el asesinato de Pio por medio de Farel porque, justo después, se llevaron a Harry y lo torturaron para que revelara el paradero de su hermano.

—Fue entonces cuando grabaron el vídeo en el que usted pedía a su hermano que se entregara —comentó Roscani en voz baja.

—Estaba conmocionado por la tortura y me ordenaron que repitiera las palabras que oía a través de un auricular —asintió Harry.

Roscani permaneció en silencio durante largo rato, estudiando al norteamericano.

—¿Por qué? —preguntó al fin.

Harry titubeó.

—Hay algo más —dijo—, otra parte de la confesión de Marsciano.

—¿Qué otra parte? —Roscani se inclinó hacia delante.

—Está relacionado con la catástrofe de China.

—¿China? —Roscani ladeó la cabeza sin acabar de entender sus palabras—. ¿Se refiere a los envenenamientos?

—Sí.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que sucede aquí?

Éste era el momento que Harry había estado esperando. A pesar de lo mucho que Danny quería a Marsciano y se preocupaba por él, constituía una locura pensar que Danny, Elena y él serían capaces de liberarlo. En cambio, si contaban con la ayuda de Roscani quizá tuvieran alguna posibilidad. Además, dejando a un lado los sentimientos y las emociones, lo cierto era que el cardenal Marsciano era la única persona cuyo testimonio podía exculpar a Danny, Elena y él mismo. Por eso Harry se encontraba allí y había decidido arriesgarse llamando a Roscani.

—Cualquier cosa que yo diga, *ispettore capo*, carece de valor porque lo sé de oídas y mi hermano, como sacerdote, tampoco puede hablar; Marsciano es quien conoce toda la verdad.

Roscani se reclinó en el asiento y extrajo un cigarrillo aplastado de la chaqueta.

—Así que le pedimos al cardenal que declare formalmente lo que antes dijo en confesión y todo solucionado.

—Quizá... —respondió Harry— Su situación ha cambiado mucho desde entonces.

—¿Habla usted en su nombre? Afirma que hablará con nosotros, que nos dará nombres y pruebas.

—No, no hablo en su nombre, sólo digo que él sabe la verdad y nosotros no, y jamás la sabremos a no ser que lo saquemos de allí y le demos la oportunidad.

Roscani se recostó en el asiento. Tenía el traje arrugado y necesitaba afeitarse. Aunque todavía era joven, parecía cansado y mucho mayor que la primera vez que se encontraron.

—El Gruppo Cardinale vigila todo el país —murmuró—. Su fotografía aparece tanto en los periódicos como por televisión. ¿Cómo ha logrado viajar desde Roma al lago de Como y regresar después?

—Disfrazado como ahora, de sacerdote. En su país sienten un gran respeto por los miembros del clero, sobre todo si son católicos.

—Lo han ayudado.

—Algunas personas han sido muy amables, sí.

Roscani posó la vista sobre el paquete de cigarrillos que tenía en la mano y lo estrujó poco a poco.

—Deje que le cuente algo, señor Addison: todas las pruebas lo señalan a usted y a su hermano. Imaginemos que le creo, ¿quién más supone que lo haría? —señaló al frente—: ¿Scala? ¿Castelletti? ¿Un tribunal italiano? ¿El pueblo del Vaticano?

Harry no desvió la mirada del policía porque sabía que si lo hacía pensaría que mentía.

—Ahora deje que yo le cuente algo, Roscani, algo que sólo yo sé porque me hallaba allí... La tarde que mataron a Pio, Farel me llamó al hotel y uno de sus hombres me llevó al campo, cerca del lugar de la explosión. Cuando llegué, Pio

estaba allí. Unos chicos habían encontrado una pistola chamuscada. Farel quería que yo la viera e insinuó que había pertenecido a mi hermano; lo que intentaba era presionarme para que le revelara el paradero de Daniel, pero en ese momento yo ni siquiera sabía si seguía con vida.

—¿Dónde está la pistola? —inquirió Roscani.

—¿No la tiene usted? —preguntó Harry sorprendido.

—No.

—Estaba en una bolsa en el maletero del coche de Pio.

Roscani guardó silencio, mirándolo inexpresivo, pero su mente trabajaba a toda máquina. Harry Addison decía la verdad, ¿cómo habría conocido si no la existencia de la pistola? Además, su sorpresa al descubrir que el arma no obraba en poder de la policía había parecido genuina; todo cuanto había explicado coincidía con lo que había averiguado en el curso de la investigación, desde la pistola desaparecida hasta las intrigas del Vaticano.

Por fin comprendía por qué tantas personas habían protegido al padre Daniel y habían mentado por él: se lo había pedido el cardenal Marsciano.

La influencia de Marsciano era inaudita. Hijo de un granjero de la Toscana, muy arraigado a la tierra, era un hombre del pueblo querido y admirado como sacerdote mucho antes de alcanzar el puesto que en ese momento desempeñaba dentro de la Iglesia. A un hombre de su talla le bastaba con pedir ayuda para que se la prestaran sin exigir explicaciones a cambio.

Por otro lado Palestrina, el maquiavélico artífice de la operación —implicado de alguna manera en los envenenamientos de China—, era una figura de gran calibre en el mundo de la diplomacia y disponía de los contactos necesarios para contratar a un terrorista como Thomas Kind.

El cardenal Marsciano controlaba las finanzas de la Santa Sede, y ésta era la clase de respaldo financiero que necesitaría Palestrina para realizar cualquier proyecto ambicioso.

Harry observó a Roscani ponderar lo que le había contado y preguntarse si debía creerle o no; sabía que necesitaría ofrecerle más información para convencerlo y ganarse su apoyo.

—Un sacerdote que trabajaba para el cardenal Marsciano nos visitó en nuestra guarida de Lugano y pidió a mi hermano que regresara a Roma porque el cardenal Palestrina había amenazado con matar a Marsciano si no lo hacía. Nos consiguió un Mercedes con matrículas del Vaticano, además de alojamiento en Roma... Esta mañana fui a su apartamento. Estaba muerto, le habían cercenado la mano izquierda. Me asusté y salí corriendo... Le daré la dirección para que...

»¿Sabe que fue el padre Bardoni quien encontró a mi hermano todavía vivo en el caos del hospital después de la explosión? Lo sacó de allí en su propio coche y lo llevó a casa de un médico amigo suyo de las afueras de Roma. Allí cuidaron de él hasta que lo trasladaron al hospital de Pescara. ¿Lo sabía, *ispettore capo*? —Harry

clavó la mirada en Roscani, dándole tiempo para asimilar lo que acababa de decirle y después, con un tono de voz más suave, afirmó—: Todo lo que le he contado es cierto.

Castelletti acababa de doblar una esquina y se encaminaba de nuevo al Tíber por Víale dell'Oceano Pacifico.

—Señor Addison, ¿sabe quién ha matado al padre Bardoni? —preguntó Roscani.

—Me imagino que el mismo hombre rubio que intentó asesinarlos en la gruta de Bellagio.

—¿Sabe de quién se trata?

—No...

—¿Le dice algo el nombre de Thomas Kind?

—¿Thomas Kind? —Harry sintió un escalofrío.

—Sabe quién es...

—Sí —respondió.

Era como preguntar quién era Charles Manson; Thomas Kind, uno de los más conocidos, violentos y escurridizos fugitivos del mundo, para algunos también era uno de los personajes más románticos de la actualidad. Con «algunos» quería decir Hollywood. En los últimos meses se habían anunciado cuatro proyectos para cine y televisión en los que el personaje central era Thomas Kind. Harry lo sabía porque había negociado dos de ellos; el primero para uno de los protagonistas y el segundo para un director.

—Aunque su hermano no estuviera en una silla de ruedas, se hallaría en una situación muy peligrosa; Kind es un experto en encontrar a las personas a quienes persigue, tal como demostró en Pescara y Bellagio y ahora aquí, en Roma. Le aconsejaría que nos dijera dónde está.

Harry titubeó.

—Si detienen a Danny, será peor. Cuando Farel se entere, matará a Marsciano y ordenará a alguien que asesine a mi hermano, esté donde esté. Quizás a Kind, quizás a otra persona...

—Haremos lo posible para que esto no ocurra —aseveró Roscani.

—¿Qué significa eso? —Una luz de alarma se encendió en el cerebro de Harry, sentía las manos empapadas y el sudor le cubría el labio superior.

—Significa, señor Addison, que no hay pruebas que certifiquen que usted dice la verdad pero, por otro lado, sí que existen pruebas suficientes para procesarlo tanto a usted como a su hermano por sendos delitos de homicidio.

A Harry le dio un vuelco el corazón. Roscani iba a arrestarlo allí mismo. Debía evitarlo a toda costa.

—¿Está dispuesto a permitir que muera el testigo principal sin intentar impedirlo?

—Mis manos están atadas, señor Addison, no tengo autoridad para enviar a mis hombres al Vaticano ni para realizar detenciones... —Las palabras de Roscani, al menos, indicaban que creía la historia de Harry—. Nunca lograríamos extraditar a

Marsciano, al cardenal Palestrina o a Farel. En Italia el juez es quien debe demostrar la culpabilidad del sospechoso «fuera de toda duda razonable». La labor del detective, mi labor, la de Scala, Castelletti, y del resto de los miembros del Gruppo Cardinale consiste en reunir pruebas para el fiscal, Marcello Taglia... Pero no existen pruebas, señor Addison, y por tanto no hay fundamento y, sin fundamento, ¿cómo pretende acusar al Vaticano? Usted es abogado, seguro que lo entiende.

Roscani no había apartado los ojos de Harry durante todo el discurso, y éste percibió en ellos rabia, frustración y una sensación de fracaso personal. Resultaba claro que había un conflicto interior entre sus sentimientos y su deber como policía.

Harry se reclinó en el asiento y observó la misma expresión en el rostro de Scala y Castelletti. Habían llegado al límite de sus competencias; y la política y la ley anularían la justicia. Sólo les restaba cumplir con su deber, y esto significaba procesar a Danny y a él. Y también a Elena.

Harry supo en ese momento que debía salir de allí, o estarían todos perdidos, incluido Marsciano. Se volvió hacia Roscani.

—Los asesinatos de Pio y el cardenal vicario, los de Bellagio y otros lugares se cometieron en suelo italiano.

—Sí —asintió Roscani.

—Si el cardenal Marsciano hablara con usted y el fiscal y les proporcionara detalles de estos crímenes, ¿dispondría de información suficiente para proceder a la extradición?

—Sería difícil.

—Pero tal vez funcionaría.

—Sí, pero no lo tenemos y no podemos rescatarlo.

—¿Y si lo hago yo?

—¿Usted?

—Sí.

—¿Cómo?

Scala se volvió en el asiento, y Castelletti lo miró por el espejo retrovisor.

—Mañana por la mañana, a las once, una locomotora recogerá un vagón de mercancías antiguo en el Vaticano... Era el plan del padre Bardoni para liberar a Marsciano... Quizás encuentre el modo de llevarlo a cabo, pero necesitaría su ayuda al otro lado de los muros de la Santa Sede.

—¿Qué clase de ayuda?

—Protección para mí, para Danny y la hermana Elena, por parte de ustedes tres. Nadie más. No quiero que Farel se entere. Si me da su palabra de que nadie será detenido hasta que hayamos acabado el trabajo, lo conduciré adonde están.

—Está pidiéndome que quebrante la ley, señor Addison.

—Usted quiere la verdad, *ispettore capo*, y yo también.

Roscani miró primero a Scala y luego a Harry.

—Continúe, señor Addison.

—Mañana, cuando la locomotora remolque el vagón afuera del Vaticano, ustedes lo siguen hasta que se detenga. Si todo sale bien, el cardenal Marsciano se hallará en el interior. A continuación ustedes nos llevan hasta donde se encuentran Danny y Elena y permiten que mi hermano y el cardenal se reúnan a solas hasta que Marsciano esté preparado para hacer una declaración. Entonces llaman al fiscal.

—¿Qué ocurre si decide no hablar?

—Entonces se rompe el acuerdo y usted hará lo que tenga que hacer.

Roscani guardó silencio durante largo tiempo con expresión dura e impenetrable.

Harry no estaba seguro de si accedería o no. Al fin, habló.

—Mi parte es sencilla, señor Addison, pero abrigo serias dudas respecto a su papel. No sólo tiene que subir al cardenal al vagón, sino que debe sacarlo primero de la prisión y enfrentarse a Farel y su gente. Y en algún sitio está Thomas Kind.

—Mi hermano fue marine, él me ayudará.

Era una locura, Roscani lo sabía y estaba convencido de que Scala y Castelletti compartían esa opinión, pero a no ser que cruzaran ellos los muros del Vaticano, cosa imposible porque provocaría un incidente diplomático a gran escala, sólo les quedaba esperar y desearle suerte. Se lo jugarían todo a una carta. Era una carta mala, pero era la única que tenían.

—De acuerdo, señor Addison —cedió al final.

Una sensación de alivio se apoderó de Harry, pero intentó disimularla.

—Tres cosas más —dijo—; necesito una pistola.

—¿Sabe utilizarla?

—Uno de mis clientes me obligó a participar en un curso de defensa personal en el club de tiro de Beverly Hills.

—¿Qué más?

—Cuerda para escalar, lo bastante gruesa para resistir el peso de dos hombres.

—¿Cuál es la tercera?

—Tienen a un hombre en prisión. La policía lo trasladó de Lugano a Italia en tren, está acusado de asesinato, pero un juicio justo probaría que fue en defensa propia. Necesito su ayuda. Deben liberarlo.

—¿Quién es?

—Es un enano, se llama Hércules.

CIENTO VEINTISIETE

—*Piano 3a* —dijo Harry.

—Bien. —Roscani asintió, y Harry descendió del coche. Esperó a que el vehículo desapareciera de su vista antes de entrar en el edificio. Roscani conocía su guarida y debía explicárselo a Danny.

—Misión cumplida. He hablado con Adrianna Hall y con Eaton, tal como...

—Y con la policía. —Danny dio media vuelta furioso y se dirigió a la ventana al otro lado del salón.

Harry observó a su hermano inmóvil, sin saber con certeza qué hacer.

—Harry, por favor, déjalo correr hasta más tarde.

Elena le posó la mano en el brazo. Quería que se fuera a descansar, llevaba más de treinta horas sin dormir y percibía en su voz y en sus ojos su agotamiento. Harry les había explicado las conversaciones que mantuvo con Eaton y Adrianna además de la reunión con la policía, a la que había solicitado una ayuda que no podían prestarle; les había contado que Roscani lo había amenazado pero que al final habían llegado a un acuerdo, y les habló de Hércules y de Thomas Kind. Sin embargo, parecía que Danny sólo había oído la parte que le interesaba: tanto la policía como el fiscal estarían aguardándolos cuando regresara con Marsciano, como si el cardenal fuera un espía o prisionero de guerra de quien esperaban obtener la información recogida acerca del enemigo.

—Danny... —Harry se soltó de Elena y se acercó a su hermano—. Entiendo tu rabia y respeto tus sentimientos hacia el cardenal pero, por favor, comprende que sólo Marsciano puede exculparnos. Si no habla con la policía y el fiscal, pasaremos una larga temporada en la cárcel, incluida Elena.

Danny se volvió en la silla poco a poco para mirar a su hermano.

—El cardenal Marsciano no traicionará a la Iglesia, Harry, no lo hará por ti, ni por la hermana Elena, ni por mí; ni siquiera por sí mismo.

—¿Y por la verdad?

—No, tampoco por eso.

—Quizá te equivocas.

—No.

—Entonces, Danny, lo mejor que podemos hacer es intentar rescatarlo y dejar que decida por sí mismo. Si dice que no, es que no, ¿de acuerdo?

Se produjo un largo silencio.

—De acuerdo —respondió Danny al cabo.

—Bien —Harry se volvió a Elena, estaba exhausto—. ¿Dónde duermo yo?

CIENTO VEINTIOCHO

El Vaticano, torre de San Giovanni, a la misma hora

El cardenal Marsciano estaba sentado en una silla con la mirada clavada en la pantalla silenciosa del televisor. En esos momentos retransmitían un anuncio con dibujos animados pero, fuera cual fuere el producto que vendían, no captó su atención.

Al otro lado de la habitación se encontraba la bolsita de terciopelo que había dejado Palestrina. Su contenido no hacía más que confirmar el estado de enajenación en el que se había sumido Palestrina. Incapaz de mirarlo, menos aún de tocarlo, Marsciano había pedido que se lo llevaran de ahí, pero Anton Pilger se había negado diciendo que nada debía entrar ni salir del cuarto sin órdenes expresas de Palestrina y, tras asegurar que lo sentía, cerró la puerta con llave.

De pronto apareció en la pantalla un gráfico estadístico superpuesto a un mapa de China en el que resaltaban las ciudades de Wuxi y Hefei.

A las 22.20 hora de Pekín:

Wuxi, China - Número de fallecidos: 1700

Hefei, China - Número de fallecidos: 87 553

A continuación se mostraba una vista de la plaza de Tiananmen de Pekín.

Marsciano tomó el mando a distancia.

¡Clic!

La imagen cobró sonido. El corresponsal hablaba en italiano: en esos momentos se esperaba un comunicado oficial sobre las catástrofes de Hefei y Wuxi. Según los rumores, se anunciaría la reconstrucción inmediata de la infraestructura de suministro de agua y energía del país.

¡Clic!

El corresponsal continuó hablando en silencio. Marsciano dejó el mando a un lado. Palestrina había ganado, pero aun así continuaría con sus planes para el tercer lago. ¿Por qué?

Después de ver lo ocurrido hasta la fecha y consciente de lo que faltaba por ocurrir, cerró los ojos y deseó que el padre Daniel hubiera muerto en la explosión para que no hubiera conocido el horror causado por la debilidad de Marsciano y su

pasividad ante Palestrina; deseó que hubiera muerto en lugar de que lo mataran los esbirros de Farel cuando acudiera en su busca.

Marsciano desvió la mirada de las imágenes crueles de la televisión y miró en torno a sí. Los primeros rayos de sol de la tarde atravesaron la puerta de cristal. En los últimos días, aparte del sueño y la oración, la puerta había representado su único consuelo, pues desde ella gozaba de una vista privilegiada de los bucólicos y bellos jardines del Vaticano.

El cardenal se acercó al ventanal, descorrió las cortinas y contempló el claroscuro que proyectaba la luz al filtrarse entre las copas de los árboles. En un instante se apartaría de la ventana para arrodillarse al lado de la cama y rogar a Dios, tal como había hecho en los últimos días, que le perdonara por el terror que había ayudado a causar.

Pensando en sus oraciones, Marsciano se disponía a dar media vuelta cuando de repente la belleza del paisaje se desvaneció ante sus ojos al contemplar una imagen familiar que había visto cientos de veces pero que jamás le había inspirado la repulsión que sentía en ese instante.

Dos hombres paseaban por el sendero de grava en dirección a la torre; uno era enorme y vestía de negro, el de más edad y menor estatura iba de blanco. El primero era Palestrina, mientras que el otro, el hombre de blanco, era el Santo Padre, Giacomo Pecci, el papa León XIV.

Durante el paseo, Palestrina conversaba animado y gesticulaba con energía, como si el mundo fuera un lugar feliz. Mientras tanto, el Papa caminaba a su lado, embelesado por su carisma. Confiaba por completo en su subordinado y, por esto mismo, era incapaz de ver la verdad.

Cuando se acercaron a la torre, Marsciano sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Por primera vez, y con profundo espanto, descubrió quién era en realidad ese *scugnizzo* —término que empleaba Palestrina para referirse a sí mismo—, ese golfillo de las calles de Nápoles.

Más que el político respetado y estimado; más que el segundo hombre más poderoso de la Iglesia católica; más que un ser corrupto, loco y paranoico, artífice de una de las masacres más atroces de la historia de la humanidad, el gigante sonriente de mejillas sonrosadas que paseaba por los jardines del Edén en compañía del Santo Padre no era otro que la oscuridad absoluta, la viva encarnación del demonio.

CIENTO VEINTINUEVE

20.35 h

—¡Señor Harry! —exclamó Hércules cuando Harry abrió la puerta del *piano* 3a. Sorprendido, el enano entró en el apartamento con las muletas seguido de Roscani, Scala y Castelletti.

Este último cerró la puerta y permaneció allí mientras Scala inspeccionaba el apartamento.

—La cuerda que pidió está fuera, en el pasillo.

Harry asintió y miró a un Hércules boquiabierto y aturdido, apoyado en sus muletas junto a Castelletti.

—Siéntense, por favor... Éste es mi hermano, el padre Daniel, y ésta es la hermana Elena —les presentó al sacerdote en la silla de ruedas y a la atractiva mujer sentada a su lado como si fueran unos invitados que se hubiesen presentado a cenar.

Hércules siguió a Harry por la estancia, perplejo y sin la menor idea de qué estaba sucediendo. Lo único que sabía es que lo habían sacado de la prisión central diciéndole que lo trasladarían a otra cárcel y que, quince minutos más tarde, estaba sentado en el asiento posterior de un Alfa Romeo azul oscuro junto al jefe de policía del Gruppo Cardinale.

—No hay nadie —afirmó Scala al entrar en el salón— La puerta de la cocina da a unas escaleras y tiene cerradura, de modo que si alguien intentara entrar desde el tejado, tendría que romper el cristal y haría mucho ruido.

Roscani asintió con la cabeza y, tras mirar a Danny, se dirigió a Harry.

—Se supone que a Hércules se le ha asignado otra prisión, pero sus papeles se han perdido por el camino... Mañana a esta hora lo quiero de vuelta.

—Es posible que mañana a esta hora nos tenga a todos —respondió Harry—. ¿Qué hay de la pistola?

Roscani titubeó por un segundo, pero acto seguido miró a Scala y asintió. El policía se desabrochó la chaqueta y de la funda de la cintura extrajo una pistola semiautomática que entregó a Harry.

—Una Calico de nueve milímetros Parabellum, recámara de dieciséis balas —explicó en inglés con marcado acento italiano. A continuación sacó un segundo cargador del bolsillo que también entregó a Harry.

—Hemos limado los números de serie —comentó Roscani—. Si lo pillan, asegure no recordar dónde la consiguió. Si cuenta lo sucedido entre estas paredes, lo

negaremos todo y su juicio resultará más complicado de lo que jamás podría imaginar.

—Sólo nos hemos visto una vez, *ispettore capo* —respondió Harry—; el día que me recogió en el aeropuerto. Los demás nunca lo han visto.

Roscani posó la vista primero en Hércules, luego en Elena, en Danny y, por último, en Harry.

—Mañana, el vagón de carga será remolcado hasta una vía muerta entre la Stazione Trastevere y la Stazione Ostiense, donde lo recogerán más tarde. Lo seguiremos durante todo el camino y, cuando se marche la locomotora, entraremos.

»Por lo demás, les aconsejo que eviten a los hombres de Farel a toda costa, son demasiados y están bien comunicados entre sí.

Roscani extrajo una fotografía de trece por dieciocho del bolsillo interior de la chaqueta y se la entregó a Harry.

—Éste era Thomas Kind hace tres años. No sé si le servirá de algo porque suele cambiar de aspecto con la misma frecuencia con que nosotros cambiamos de ropa, pasa de moreno a rubio, de hombre a mujer... Habla media docena de idiomas. Si lo ve, no se pare a pensar, apriete el gatillo y no deje de disparar hasta que esté muerto, luego márchese y deje que Farel se lleve los laureles. —Roscani echó un vistazo alrededor—. Uno de nosotros se quedará esta noche vigilando fuera.

—Pensaba que confiaba en...

—Por si acaso aparece Thomas Kind.

—Gracias —dijo Harry con sinceridad.

Roscani miró de nuevo al resto de los presentes.

—*Buona fortuna* —les deseó y acto seguido se volvió hacia Scala y Castelletti.

Un segundo más tarde la puerta se cerró a sus espaldas y desaparecieron.

Buona fortuna. Buena suerte.

CIENTO TREINTA

Wuxi, China, viernes 17 de julio, 3.20 h

¡Flash!

Li Wen cerró los ojos ante la potente luz estroboscópica e intentó desviar la vista, pero una mano lo empujó hacia adelante.

¡Flash! ¡Flash! ¡Flash!

Ignoraba quiénes eran, dónde estaba o cómo lo habían encontrado en medio de la aterrorizada multitud de Chezhan Lu cuando se dirigía a la estación tras una acalorada discusión con los responsables de la planta depuradora número dos. El agua que había examinado esa mañana al amanecer mostraba una alarmante concentración de la toxina de las algas de color azul verdoso, la misma de Hefei. Pero con su advertencia sólo consiguió que se congregaran en la planta todos los políticos e inspectores de sanidad de la zona, quienes, tras autorizar el cierre de las plantas depuradoras de la ciudad y de los sistemas de suministro del lago Taihu, del Gran Canal y del río Liangxi, se enfrentaban a una situación de emergencia a gran escala.

—Confiese —le ordenó una voz en chino.

El oficial del ejército dio un tirón de la cabeza de Li Wen hacia atrás y, en ese momento, el hidrobiólogo supo que no se trataba de un simple oficial, sino que pertenecía al *Guojia Anquan Bu*, el Ministerio de Seguridad del Estado.

—Confiese —repitió la misma voz.

Li Wen recibió un empujón que lo proyectó hacia los papeles dispersos sobre una mesa. Los miró incrédulo; eran las páginas de fórmulas que el hidrobiólogo estadounidense James Hawley le había entregado en el hotel de Pekín y que tenía guardadas en el maletín que llevaba consigo cuando lo habían detenido.

—Las recetas para un asesinato en masa —atronó la voz.

Poco a poco, Li Wen levantó la cabeza.

—Yo no he hecho nada —dijo.

Roma, jueves 16 de julio, 21.30 h

Scala, sentado en una silla, contemplaba a su mujer y a su suegra jugar a cartas. Los niños, de edades comprendidas entre uno y ocho años, dormían. Era la primera vez que se hallaba en casa desde lo que a él le parecía una eternidad y no deseaba

moverse, sólo escuchar a las mujeres hablar, gozar del olor del apartamento y saber que sus hijos descansaban en la habitación contigua; pero no podía. A medianoche debía relevar a Castelletti en el apartamento de Via Niccoló V hasta las siete de la mañana, cuando su compañero regresaría acompañado de Roscani. Entonces dispondría de tres horas para dormir antes de encontrarse con ellos a las diez y media para esperar la locomotora que debía entrar y, luego, salir del Vaticano a través de ese enorme portón de hierro y esos muros ciclópeos.

Scala se disponía a levantarse para preparar más café cuando sonó el teléfono.

—Sí —respondió de inmediato.

—Harry Addison está en Roma... —Era Adrianna Hall.

—Lo sé...

—Su hermano se encuentra con él.

—Lo...

—¿Dónde están, Sandro?

—No lo sé...

—Sí lo sabes, no me mientas, Sandro, no después de tantos años.

«Tantos años.» Scala evocó la época en que Adrianna era una joven corresponsal recién destinada a Roma que pretendía destapar una historia que habría catapultado su carrera profesional pero que, por otro lado, habría perjudicado un caso de homicidio que él estaba a punto de cerrar. Scala le pidió que retrasara la publicación de su reportaje y, renuente, Adrianna accedió. Gracias a este incidente, Adrianna se había convertido en una *fidarsi di*, una persona de fiar. A lo largo de los años, Sandro le había filtrado información clasificada a la que ella correspondía con datos valiosos para la policía. Sin embargo, esta vez era diferente, se trataba de una situación muy peligrosa, y había demasiado en juego. Que Dios se apiadara de él si los medios de comunicación se enteraban de que la policía estaba ayudando a los hermanos Addison.

—Lo siento, no tengo ninguna información... Entenderás que es tarde... —replicó Scala con voz queda y colgó.

CIENTO TREINTA Y UNO

22.50 h

Sentados en torno a la mesa de la cocina, con el mapa del Vaticano dibujado por Danny desplegado ante ellos, todos escuchaban atentos las palabras del sacerdote rodeados de tazas de café, botellas de agua mineral y los restos de una *pizza* que Elena había salido a buscar.

—Éste es el objetivo, la misión —repitió Danny por vigésima vez mientras repasaba el plan de nuevo hablando, no como un sacerdote, sino como un marine experto.

—La torre está aquí, y la estación aquí.

Danny recorrió con el dedo el plano de la Ciudad del Vaticano al tiempo que miraba a Harry, Elena y Hércules para cerciorarse de que comprendían todos y cada uno de los pasos, como si no los hubiese explicado antes.

—Aquí hay un muro —continuó—; se extiende unos sesenta metros desde la torre hacia al sureste a lo largo de un camino estrecho adoquinado y luego se termina. A la derecha se encuentra la muralla principal —Danny hizo una pausa para señalar la ventana del salón—, la que vemos desde la ventana. Al final de la muralla hay un sendero a través de los árboles que conduce a la Vía del Collegio Etiopico. Si torcéis a la derecha, estaréis sobre un muro bajo y casi encima de la estación.

»La sincronización resulta esencial, no debemos liberar a Marsciano demasiado pronto o les daremos tiempo de desplegar sus fuerzas, pero deberá hallarse fuera de la torre y en el interior del vagón antes de que se abran las puertas a las once para dejar entrar la locomotora. Esto significa que hay que estar fuera de la torre a las diez cuarenta y cinco, y en el vagón a las diez cincuenta y cinco, como máximo, porque a esa hora el jefe de estación o alguno de sus empleados saldrá para asegurarse de que los portones se han abierto sin problemas.

»Imaginad —Danny señaló de nuevo el dibujo—, que salís de la torre y que, por alguna razón, quién sabe, por culpa de los hombres de Farel, Thomas Kind o a causa de un incidente fortuito, no podéis seguir por el muro. Entonces, tomad el camino de enfrente, a través de los jardines y, a unos cien metros, encontraréis otra torre, la de Radio Vaticano. Cuando la veáis, girad a la derecha y, después del cruce, encontraréis la Viale del Collegio Etiopico y el muro encima de la estación. Seguid por ese camino unos treinta metros y llegaréis al nivel de las vías. El vagón de carga estará allí, entre la estación y el túnel. Cruzad las vías hasta el lado opuesto del vagón, el más apartado

de la avenida. Veréis más carriles y el muro. Abrid las puertas del vagón (será difícil porque están viejas y oxidadas) y entrad. Cerrad las puertas y esperad a la locomotora. ¿Alguna pregunta?

Danny los miró a todos mientras Harry se maravillaba de su actitud y su concentración. Había dejado de lado toda emoción, como buen marine.

—Me voy a mear —les informó Hércules y salió de la cocina balanceándose sobre las muletas.

Aunque no era ése el momento más adecuado para sonreír, Harry no pudo evitarlo ante la manera de hablar de Hércules, brusca y directa. Antes, cuando la policía había abandonado el apartamento, Hércules se había vuelto hacia Harry perplejo y había preguntado: «¿Qué demonios pasa aquí?».

Harry le explicó, en presencia de Danny y Elena, que el cardenal Marsciano permanecía cautivo en el Vaticano y que lo matarían si no lo sacaban de allí. Necesitaban a un hombre que actuara desde dentro, capaz de subir a la torre sin ser visto.

Para esto quería la cuerda, y esperaban que ese hombre fuera Hércules. Harry añadió al final que, si aceptaba la misión, su vida correría peligro.

Hércules guardó silencio durante largo rato, absorto en sus pensamientos, con la mirada perdida. Después, recorrió el salón con la vista, pasando despacio de un objeto a otro hasta que, al fin, se dibujó en su rostro una amplia sonrisa.

—¿Qué vida? —preguntó en voz alta con los ojos brillantes y, en ese instante, se convirtió en un miembro más del grupo.

CIENTO TREINTA Y DOS

23.30 h

Scala salió de su casa, echó un vistazo rápido alrededor y se acercó a un Fiat blanco. Antes de subir al coche y arrancar miró de nuevo en torno a sí.

Poco después, un Ford verde oscuro dobló la esquina. Al volante se encontraba Eaton y, a su lado, Adrianna Hall. Giraron a la izquierda por Via Marmorata y siguieron a Scala a través del tráfico escaso hasta Piazza dell'Emporio, cruzando el Tíber por Ponte Sublicio. Después continuaron hacia el norte, por el margen del río. Unos minutos más tarde, Scala viró hacia el oeste, cruzó el barrio de Gianicolo para dirigirse de nuevo al norte por Vía delle Mura Aurelie.

—Está claro que no quiere correr el riesgo de que lo sigan...

Eaton se colocó detrás de un Opel plateado, siempre manteniendo cierta distancia respecto al Fiat de Scala.

El hecho de que el detective italiano se negara a facilitar información a Adrianna significaba que se estaba cocinando algo serio. No resultaba propio de Scala dejar a la periodista al margen. De hecho, hacía sólo unos días que le había participado las sospechas de la policía sobre la presencia del padre Daniel en Bellagio antes de que se anunciara de modo oficial. Sus evasivas no habían hecho más que confirmar lo que indicaba una precipitada cadena de acontecimientos: que lo que ocurría en el Vaticano, fuera lo que fuese, había alcanzado un punto crítico.

Eaton y Adrianna repasaron la información de que disponían: la repentina y misteriosa enfermedad del cardenal Marsciano, visto por última vez el jueves en la embajada de China, donde parecía gozar de buena salud. No obstante, a pesar de su esfuerzo conjunto, no habían logrado obtener más información que la ofrecida en la rueda de prensa oficial en la que se anunció su enfermedad y se afirmó que se encontraba al cuidado de los médicos del Vaticano.

El retorno inesperado a Roma de Roscani, Scala y Castelletti desde Milán.

El asesinato esa mañana del ayudante personal de Marsciano, el padre Bardoni, que ni siquiera había sido anunciado todavía por la policía.

Las llamadas que Harry Addison realizó esa mañana, según averiguaron, desde cabinas telefónicas cercanas a los muros del Vaticano. El norteamericano les había advertido sobre la situación en China y habían actuado de inmediato: en cuestión de horas se produjo la detención e interrogatorio ilegal de Li Wen, inspector de aguas del Gobierno.

También esa mañana, habían recibido con sorpresa el anuncio de la reaparición en Italia del famoso terrorista Thomas Kind y de la orden de captura cursada por el Gruppo Cardinale.

De golpe Scala torció a la izquierda, a la derecha, otra vez a la izquierda y aceleró. Adrianna vio a Eaton sonreír mientras seguía al policía, cambiando de marchas, acelerando y reduciendo la velocidad, poniendo en práctica sus dotes de espía profesional. Hasta entonces los dos habían esperado que Harry Addison los condujese hasta el padre Daniel, pero era la policía quien estaba haciéndolo. No sabían cómo ni por qué pero, en vista de que la tragedia de China guardaba relación con el Vaticano, estaban convencidos de que estaba a punto de suceder algo sonado.

—La policía no nos facilitará las cosas.

Eaton aminoró la marcha. Delante de ellos, Scala había girado a la derecha por una calle residencial.

Adrianna guardó silencio. En otros tiempos y en otra situación, sabía que Eaton habría ordenado a un par de sus hombres que secuestrasen al padre Daniel, pero no entonces, con la policía presente y en un momento en que la política de la CIA posterior a la guerra fría era objeto de la escrutadora mirada de Washington y el mundo entero.

Lo único que podían hacer era lo que habían hecho hasta entonces: aguardar y confiar en que ocurriera algo que les permitiera estar a solas con el padre Daniel.

CIENTO TREINTA Y TRES

Viernes, 17 de julio, 0.10 h

Palestrina se despertó con un grito. Estaba empapado en sudor, con los brazos extendidos en la oscuridad, intentando apartar la cosa. Era la segunda noche que los espíritus de las tinieblas se acercaban a él en sueños. Eran muchos y llevaban una manta pesada y sucia para tapanlo, pero él sabía que era portadora de una enfermedad, la misma que había causado las fiebres que lo mataron en el pasado, cuando era Alejandro.

Tardó unos segundos en percatarse de que no sólo lo había despertado la pesadilla, sino también el timbre del teléfono de la mesita de noche. De pronto dejó de sonar, pero acto seguido se iluminó de nuevo el botón correspondiente al número privado que sólo una persona conocía, Thomas Kind. Palestrina respondió de inmediato.

—Sí...

—Tenemos problemas en China —dijo Kind en francés con voz tranquila para no alarmarlo—. Han detenido a Li Wen, pero ya me he encargado de la situación. Usted sólo debe preocuparse del asunto de mañana.

—*Merci.*

Azorado, Palestrina colgó el teléfono. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Los espíritus no formaban parte de un sueño, eran de verdad, y cada vez se hallaban más cerca. ¿Qué sucedería si Thomas Kind fracasaba al «encargarse de la situación» y los chinos descubrían su plan? No era imposible; después de todo, había fracasado a la hora de matar al padre Daniel.

De pronto sintió pánico ante la idea de que el padre Daniel siguiera vivo no por una mera cuestión de suerte, sino porque lo habían enviado los espíritus, a él y a su hermano. Eran mensajeros de la muerte que tenían una cita con Palestrina, quien al intentar atraer la polilla a la luz, cada vez los tenía más cerca.

0.35 h

Harry abrió la puerta de la cocina y encendió la luz. Se acercó a la encimera para comprobar que estuvieran cargándose las baterías de los teléfonos móviles. Tenían dos, uno lo habían encontrado en el apartamento y el otro era el de Adrianna. Cuando

se dirigieran al Vaticano, Danny llevaría uno y Harry el otro. De este modo se comunicarían entre sí. Esperaban que, entre los turistas y el personal del Vaticano, Farel no fuese capaz de intervenir las llamadas aunque supiera que se encontraban allí.

Satisfecho, Harry apagó la luz y salió al pasillo.

—Deberías dormir. —Elena lo observaba desde el umbral de su habitación, situada enfrente de la que Harry compartía con su hermano. Tenía el cabello suelto, peinado hacia atrás, y llevaba un camisón fino de algodón. Al final del oscuro pasillo estaba el salón de donde procedían los sonoros ronquidos de Hércules.

Harry se acercó.

—No quiero que vengas con nosotros —musitó—. Hércules, Danny y yo podemos hacerlo solos.

—Hércules tiene un trabajo que realizar, alguien debe empujar la silla del padre Daniel y tú no puedes estar en dos sitios a la vez.

—Elena..., no sabemos qué ocurrirá; es demasiado peligroso.

A su lado, la luz de la mesita de noche atravesaba la fina tela del camisón. Elena no llevaba nada debajo. Se acercó, y Harry contempló sus redondos pechos, que subían y bajaban al ritmo de su respiración.

—Elena, no quiero que vayas —aseveró Harry decidido— Si te ocurriera algo...

Elena le rozó los labios con la punta de los dedos y, acto seguido, acercó su boca a la suya.

—Tenemos este momento, Harry —susurró—. Pase lo que pase, tenemos este momento... Aprovechalo para amarme.

CIENTO TREINTA Y CUATRO

1.40 h

Danny consultó la hora en el despertador por segunda vez en quince minutos y no sabía si había dormido o no durante ese lapso. Harry había entrado en la habitación momentos antes y se había metido en la cama. Hacía más de una hora que había ido a revisar los cargadores de las baterías y, aunque Danny no sabía de dónde venía su hermano ni qué había hecho, se imaginaba que había estado con Elena.

Desde que abandonaron Bellagio, Danny había observado la atracción creciente entre ellos y sabía que, tarde o temprano, saltaría la chispa. No importaba que Elena fuera monja, pues desde el momento en que llegó a Pescara para ocuparse de él, Danny se percató de que no era una mujer capaz de entregarse a una vida de contemplación y enclaustramiento, pero lo que jamás habría imaginado entonces, en ninguna circunstancia, es que acabaría por enamorarse de su hermano, y las circunstancias no podían ser más turbulentas y trágicas. Ante sus ojos apareció la imagen del hombre en el autocar con la pistola en la mano, oyó de nuevo la explosión, recordó el fuego, los gritos, la confusión, el autocar dando vueltas. Acto seguido evocó el rostro de Marsciano a través de la rejilla del confesionario y el tono afligido de su voz: «Bendígame, padre, porque he pecado...».

Danny hundió la cabeza en la almohada e intentó olvidar el resto, pero era imposible: sabía cada palabra de memoria.

Adrianna se despertó al oír un ruido y levantó la vista. Eaton había salido del coche y se alisaba las arrugas de la americana de verano *beige*. Después, se acercó por la acera al coche de Scala. Adrianna lo observó esquivar el haz de una farola sin apartar por un momento los ojos del bloque de apartamentos al final de la calle y, acto seguido, desaparecer envuelto por la oscuridad. La periodista miró la luz naranja del reloj del salpicadero y se preguntó cuánto tiempo había dormido.

2.17 h

Eaton regresó y se sentó a su lado.

—¿Sigue allí Scala? —le preguntó ella.

—Está sentado en el coche, fumando.

—¿No se ven luces en los apartamentos?

—No. —Eaton la miró—. Vuelve a dormirte, ya te avisaré cuando ocurra algo.

Adrianna sonrió.

—¿Sabes? Alguna vez creí que te quería, James Eaton...

—Amabas el trabajo, no al hombre... —respondió Eaton mientras mantenía los ojos clavados en el edificio.

—Al hombre también, durante un tiempo.

Adrianna se envolvió en la chaqueta lejana que llevaba y, por un rato, observó a Eaton vigilar el edificio. Luego sucumbió al sueño.

CIENTO TREINTA Y CINCO

Pekín, China, todavía viernes, 17 de julio, 9.40 h

—James Hawley, un hidrobiólogo de Estados Unidos —respondió Li Wen en chino. Tenía la boca seca y el cuerpo empapado en sudor—. Vive... en Walnut Creek, California, él me dio las fórmulas. Yo... no sabía qué eran, pensaba que... se trataba de un sistema nuevo para determinar la toxicidad del agua...

El hombre de uniforme militar, sentado al otro lado de la mesa de madera, era el mismo que le había ordenado que confesara seis horas antes en Wuxi; el mismo que lo había esposado y acompañado en el avión militar hasta Pekín y que lo había llevado a ese edificio de hormigón situado en algún lugar de la base aérea donde habían aterrizado.

—No existe ningún James Hawley en Walnut Creek, California —replicó el oficial.

—Sí que existe, tiene que existir. Las fórmulas no son mías, me las dio él.

—Le repito que no hay ningún James Hawley, lo hemos comprobado.

De pronto Li Wen cayó en la cuenta de que había actuado como un iluso; si algo salía mal, él sería el único que pagaría los platos rotos.

—Confiese.

Li Wen levantó la vista despacio y contempló la cámara de vídeo situada detrás del hombre, con la luz roja encendida, grabando todo el interrogatorio. Detrás de la cámara distinguió los rostros de media docena de soldados uniformados que pertenecían a la policía militar o, peor aún, al Ministerio de Seguridad del Estado, como su interrogador.

Al final, Li Wen asintió y habló directamente a la cámara. Comenzó por describir cómo introdujo en las vías de suministro de agua las «bolitas» compuestas de una sustancia letal imposible de detectar por los sistemas de control, el alcohol policíclico no saturado, y explicó en términos científicos la fórmula, su objetivo y el número de personas que podía matar.

Al finalizar, se secó con la mano el sudor que le cubría la frente mientras dos soldados daban un paso hacia delante. En cuestión de segundos, lo obligaron a ponerse en pie y lo condujeron a través de una puerta a un pasillo de hormigón mal iluminado. Apenas habían recorrido diez metros cuando un hombre salió de una puerta lateral. Los soldados quedaron paralizados por la sorpresa. El hombre, que llevaba una pistola con silenciador, se acercó. Li Wen abrió mucho los ojos,

incrédulo. Era Chen Yin. Éste apretó el gatillo y disparó a quemarropa.

Li Wen se vio proyectado hacia atrás, retorció el cuerpo y la sangre salpicó la pared detrás de él.

Chen Yin miró a los soldados, sonrió y comenzó a alejarse, pero su sonrisa se tornó en expresión de horror cuando el primer soldado le apuntó con una metralleta. Chen Yin retrocedió unos pasos.

—¡No! —gritó—. ¡Ustedes no lo entien...!

Dio media vuelta y corrió hacia la puerta. Oyó un sonido semejante al de una taladradora. Los primeros disparos lo hicieron girar, y el último le voló la parte superior del cráneo por encima del ojo derecho. Al igual que Li Wen, ya estaba muerto cuando cayó al suelo.

CIENTO TREINTA Y SEIS

Roma 4.15 h

Harry se afeitaba en el cuarto de baño. Era una decisión peligrosa, pues dejaría expuesto el rostro que conocía la población a través de los anuncios del Gruppo Cardinale en televisión y los periódicos, pero no tenía alternativa. Según Danny, ningún jardinero del Vaticano llevaba barba.

Hércules estaba sentado a la mesa de la cocina, pendiente del vapor que ascendía de la taza de café que sostenía entre las manos. Elena, sentada enfrente, guardaba silencio, como él, ante la taza de café intacta.

El enano había salido del cuarto de baño quince minutos antes. Suponía un lujo tan inusitado para él que había pasado media hora disfrutando de la bañera. También se había afeitado, como Harry, con lo que tendrían una cosa más en común. No sólo eran cruzados valientes y osados dispuestos a marchar sobre territorio extranjero, sino que además estaban recién afeitados. No era mucho, pero, a falta de uniforme, contribuía a la sensación de hermandad.

Scala vio salir a los dos hombres por la puerta principal. Lo único que diferenciaba a Harry Addison de cualquier sacerdote que se dirigiera a la misa del alba era el rollo de cuerda que llevaba al hombro y el enano que lo acompañaba balanceándose sobre las muletas con movimientos fuertes y ágiles, como los de un gimnasta.

Los siguió con la mirada mientras abandonaban Via Niccoló V, cruzaban hasta Víale Vaticano y torcían a la izquierda en medio de la oscuridad, en dirección al Oeste, a lo largo de la muralla del Vaticano hacia la torre de San Giovanni. Eran las cinco menos veinte de la mañana.

Sentado al volante del Ford con unos prismáticos de visión nocturna en la mano, Eaton los observó partir, desconcertado tanto por la cuerda como por la presencia del enano.

—Harry y un enano.

Adrianna estaba despierta y alerta. Había vislumbrado las dos figuras por un segundo cuando pasaron por debajo de una farola antes de desaparecer envueltas en sombras.

—Pero el padre Daniel no está, y Scala no se ha movido. —Eaton guardó los prismáticos.

—¿Para qué quieren la cuerda? No creerás que...

—¿Van a rescatar a Marsciano? —Eaton terminó la frase por Adrianna— Con el consentimiento de la policía...

—No lo entiendo.

—Yo tampoco.

CIENTO TREINTA Y SIETE

Una camioneta cargada de leña pasó por delante. Después, la calle se sumió de nuevo en la oscuridad, y Harry y Hércules salieron de su escondrijo junto al muro del Vaticano.

—¿Sabe para qué es esa leña, señor Addison? —susurró Hércules—. Para *pizza*, para los hornos de *pizza* de toda la ciudad. —El enano guiñó un ojo. Acto seguido, entregó las muletas a Harry y se volvió a la pared— Aúpeme.

Harry echó un vistazo a la calle antes de sujetar a Hércules por la cintura y levantarlo hacia la cornisa situada a media altura del muro. El enano extendió los brazos, se asió al saliente y subió en un instante.

—Primero las muletas, luego la cuerda.

Harry le pasó las muletas y le lanzó la cuerda. Hércules la agarró, soltó unos cuantos metros, se enrolló un trozo alrededor del hombro y lanzó el cabo libre a Harry.

Éste tiró de la cuerda hasta sentirla tensa. Hércules sonrió y le hizo una señal para que ascendiera. Diez segundos más tarde Harry había subido por la pared y se encontraba en la cornisa junto a él.

—Mis piernas no valen nada, señor Harry, pero el resto de mi cuerpo es como el granito, ¿eh?

—Tengo la impresión de que está disfrutando —respondió Harry con una media sonrisa.

—Vamos en busca de la verdad, y no existe propósito más honorable, ¿no le parece? —Hércules clavó los ojos en Harry; traslucían el dolor de toda una vida. Acto seguido alzó la vista.

—Tendrá que auparme de nuevo, señor Harry. Esta vez será más difícil. Apoye la espalda contra la pared y mantenga el equilibrio, si no, nos caeremos los dos.

Harry se reclinó sobre la pared y fijó los talones en la estrecha cornisa del muro.

—¡Ahora! —musitó.

Acto seguido, notó las manos de Hércules sobre los hombros, al impulsarse hacia arriba. Después la cuerda le rozó el torso, y los pies insensibles del enano le golpearon el rostro pero, un segundo más tarde, ya no sintió su peso. Harry miró arriba: Hércules estaba arrodillado en lo alto de la muralla.

—Muletas —pidió.

—¿Qué le parece? —Harry se las entregó.

Con las muletas colgadas del brazo, Hércules oteó los jardines del Vaticano. La

torre se encontraba a unos treinta metros de distancia. El enano dio media vuelta y le hizo una señal de aprobación.

—Buena suerte.

—Nos vemos dentro —Hércules guiñó un ojo.

Harry lo vio atar la cuerda en un saliente de la pared, sujetar las muletas con un brazo y desaparecer al otro lado.

Por un segundo, Harry titubeó pero, tras echar un vistazo a la calle, saltó. Al caer al suelo, rodó una vez y se puso en pie. Se limpió la chaqueta, inclinó la boina negra sobre el rostro y anduvo aprisa por Víale Vaticano, el mismo camino por donde había venido. Llevaba la Calico de Scala en el cinturón y el móvil de Adrianna en el bolsillo. Ante él, el contorno negro de los edificios se recortaba contra el cielo cada vez más claro.

CIENTO TREINTA Y OCHO

6.45 h

Vestido con el traje negro y la camisa blanca de la guardia de Farel, y con el cabello negro, muy corto, Thomas Kind se apoyó en la barandilla de la galería exterior de la cúpula de San Pedro y posó los ojos sobre la ciudad de Roma. Hacía dos horas que le habían comunicado que la situación en Pekín estaba bajo control y que los contratos que había suscrito respecto a Li Wen y Chen Yin se habían cumplido.

El primero había muerto en manos de un confiado Chen Yin quien, a su vez, había sido aniquilado de manera rápida pero costosa por un soldado contratado a través de un contacto de la policía secreta de Corea del Norte con enlaces en el Ministerio de Seguridad del Estado chino. Habían trasladado a Li Wen a una base área militar para interrogarlo. Después de pagar a un confidente para que dejara una puerta abierta, Chen Yin se introdujo en el edificio y cumplió su cometido, pero cuando dio media vuelta, creyendo que lo dejarían marcharse tranquilo, entró en escena el segundo sicario que completó el trabajo.

El único cabo suelto que quedaba era el padre Daniel y sus acompañantes. Por órdenes de Palestrina y con la bendición de Farel, Thomas Kind había pasado la mayor parte del día anterior con cinco miembros de la Vigilancia escogidos en persona por el policía del Vaticano. Aunque por fuera lucían las mismas insignias que los miembros de la Guardia Suiza y todos eran católicos y de nacionalidad helvética, cualquier parecido entre unos y otros acababa allí. Mientras que el resto de los guardias eran miembros ejemplares del Ejército suizo, los expedientes de los cinco escogidos incluían las palabras «experiencia militar». Todos habían sido reclutados por Farel, quien los empleaba como escolta personal o de Palestrina. Tres de ellos habían pertenecido a la Legión Extranjera francesa y habían sido expulsados con deshonor antes de cumplirse los cinco años de contrato. Los otros dos habían tenido una infancia conflictiva y habían ingresado varias veces en prisión antes de alistarse en el Ejército suizo, de donde los expulsaron por delito de agresión y, en el caso concreto de Anton Pilger, por intento de homicidio. Los cinco se habían incorporado al cuerpo de la Vigilancia en los últimos siete meses, lo que hacía pensar a Kind que Palestrina ya había previsto esta clase de problemas. Con independencia del motivo de Palestrina, Kind había aprobado a los seleccionados y, después de entregarles fotografías de los hermanos Addison, les explicó el plan.

El único objetivo de los hermanos era liberar al cardenal Marsciano. Por tanto,

debían vigilar la torre desde lejos y permitir que los hermanos se acercaran.

Una vez que se hallasen dentro, dispararían contra ellos en el acto, introducirían los cuerpos en el maletero de un coche y los llevarían a una granja de las afueras de Roma, donde los descubrirían uno o dos días después.

Desde su atalaya en la cúpula de la basílica de San Pedro, Thomas Kind oteó la plaza vacía. Una hora más tarde, multitudes de turistas de todo el mundo empezarían a afluir. A Kind le sorprendía lo tranquilo que se sentía desde que había llegado al Vaticano. Quizás esto significaba que su problema tenía un componente espiritual.

Por otro lado, quizás ayudaba la distancia, el hecho de ser el organizador y no el autor de los asesinatos.

Pensó que tal vez mejoraría su salud mental si dejaba de matar y se retiraba de la profesión por completo. La idea lo asustaba, pues significaba admitir que estaba enfermo, que lo seducía el acto de matar, que era un adicto. Sin embargo, como en cualquier enfermedad o adicción, el primer paso hacia la curación consistía en reconocer el problema; puesto que no se hallaba en condición de solicitar ayuda profesional, habría de convertirse en su propio médico y recetarse el tratamiento apropiado.

Thomas Kind recorrió con la vista la ribera del Tíber. El plan que había trazado para los cinco hombres de negro no era excepcional en absoluto, más bien funcional, pero tampoco se trataba de ganar una tercera guerra mundial y, dadas las circunstancias y los efectivos, daría resultado. Bastaba con permanecer alerta y esperar a los hermanos Addison.

Entonces, se habría completado la primera etapa de la curación: dejar que otros ejecutaran las muertes que él había proyectado.

CIENTO TREINTA Y NUEVE

La cocina olía a ron y cerveza, y en su interior se oía el tintineo de cristal. Elena vació en el fregadero el contenido de la última botella de cerveza Moretti. Enjuagó la botella, recogió los otros cuatro envases de Moretti vacíos y los depositó en la mesa donde trabajaba Danny.

En el cuenco grande de cerámica que había ante él, Danny había mezclado cantidades proporcionales de dos ingredientes sencillos: ron de setenta y cinco grados y aceite de oliva. A la derecha, tenía unas tijeras y una caja con bolsas de plástico de medio litro con cierre a presión y, más lejos, las unidades ya completas: diez servilletas de tela cortadas en cuatro piezas empapadas en la mezcla de ron y aceite y enrolladas después en forma de cilindro, colocadas en el interior de las bolsas de plástico y cerradas. En total, había cuarenta cilindros, cuatro en cada una de las diez bolsas.

Al acabar, Danny se secó las manos con una toalla de papel y vertió con cuidado el resto de la mezcla en las cinco botellas de cerveza.

—Corte otra servilleta —pidió a Elena mientras seguía trabajando—. Necesitamos cinco mechas de unos quince centímetros, bien enrolladas.

—De acuerdo. —Elena tomó las tijeras y echó un vistazo al reloj de la cocina.

Roscani se sacó el cigarrillo apagado de la boca y lo aplastó en el cenicero del Alfa. Un segundo más, y habría acabado por encenderlo. El *ispettore* observó a Castelletti de soslayo, miró por el espejo retrovisor y luego dirigió la vista al frente, hacia la amplia avenida que se extendía ante ellos. Se dirigían al sur por Vía di Trastevere. Roscani estaba intranquilo; no hacía más que pensar en Pio, en cuánto lo echaba de menos y en lo que daría por que se encontrase allí con ellos.

Por primera vez en su vida, Roscani se sentía perdido. Ni siquiera sabía si estaba haciendo lo correcto. Pio le habría hecho ver las cosas desde otra perspectiva, habrían hablado largo y tendido y al final habrían encontrado una solución beneficiosa para todos. Pero Pio no estaba, y debían arreglárselas sin él. Los neumáticos del coche chirriaron al tomar una curva cerrada a la derecha y después otra. A la izquierda se encontraban las vías del tren, y Roscani buscó en vano la locomotora. De pronto doblaron una esquina y ya avanzaban por Via Niccoló V, hacia el Fiat blanco de Scala, aparcado al final de la calle, frente al número 22.

CIENTO CUARENTA

—Roscani y Castelletti —comentó Adrianna cuando vio el Alfa Romeo azul que se detenía detrás del Fiat.

Scala salió del coche, se acercó al Alfa y los tres policías conversaron por unos instantes antes de que el primero regresara al coche y se marchara.

—Todo está sincronizado al minuto —comentó Eaton—. Harry Addison salió del edificio hace dos horas y todavía no ha regresado, y ahora, Roscani se presenta; debe de estar esperando a que el padre Daniel dé el siguiente paso, querrá asegurarse de que no suceda nada...

En ese momento sonó el buscapersonas; Eaton alargó la mano para tomar la radio del asiento contiguo.

—Sí.

Adrianna observó que la mandíbula de Eaton se tensaba mientras escuchaba por la radio.

—¿Cuándo? —Eaton apretó todavía más los dientes—. Que nuestro departamento no haga comentarios, no sabemos nada... Bien.

Eaton apagó la radio y miró al vacío.

—Li Wen había confesado ser el autor del envenenamiento de los lagos, pero unos minutos más tarde lo mató un agresor que, a su vez, fue acribillado por un guardia de seguridad. Todo muy conveniente, ¿no te parece? ¿Te suena el método empleado?

—Thomas Kind —respondió Adrianna al tiempo que un escalofrío le recorría la espalda.

Eaton se volvió hacia el bloque de apartamentos.

—No sé qué cojones está tramando Roscani, pero si les permite entrar en el Vaticano, lo más probable es que alguien resulte muerto, sobre todo si los aguarda Thomas Kind.

—James. —Un movimiento al final de la calle había captado la atención de Adrianna.

Roscani había descendido del coche y hablaba por un teléfono móvil, mirando en torno a sí. Castelletti caminaba por la acera con una pistola automática en la mano, mirando los edificios a uno y otro lado de la calle, como un miembro del servicio secreto.

Roscani continuaba hablando por teléfono y asentía con la cabeza mientras le hacía señas a Castelletti para que subiera al coche.

En ese momento se abrió la puerta del número 22 de Via Niccoló V, y una mujer joven con tejanos y gafas de sol salió empujando a un hombre barbudo en silla de ruedas que vestía una camisa hawaiana. El hombre tenía una funda de cámara sobre las piernas mientras que la mujer llevaba una colgada del hombro.

—Es él —exclamó Adrianna—. La mujer debe de ser Elena Voso.

Los neumáticos del Alfa Romeo chirriaron cuando Roscani hizo un giro de 180° para situarse junto a la silla de ruedas y acompañar a la pareja que se encaminaba al Vaticano como unos turistas cualesquiera que habían salido de paseo a primera hora de la mañana.

—Dios mío, van a escoltarlos hasta el Vaticano.

Eaton arrancó el coche, cambió de marcha y descendió, poco a poco, por Via Niccoló V. Se sentía furioso y frustrado, pero lo único que podía hacer si no quería causar un conflicto internacional, era no perder de vista el Alfa Romeo.

El coche doblaba la esquina de Largo di Porta Cavalleggeri con Piazza del Sant'Uffizio —situada a tiro de piedra de la columnata sur y de la entrada a la plaza de San Pedro— cuando Roscani miró de modo instintivo por el espejo retrovisor y divisó un Ford verde a unos veinte o treinta metros de distancia que avanzaba despacio, a la misma velocidad que ellos. En los asientos delanteros del coche iban dos personas pero, al percibir la mirada de Roscani, el acompañante bajó la vista. En ese instante Elena viró a la izquierda, en dirección a la columnata. Roscani echó otro vistazo al espejo. El Ford seguía detrás pero, de súbito, giró a la derecha, aceleró y se perdió de vista.

CIENTO CUARENTA Y UNO

>Eaton pisó a fondo el acelerador. Recorrió dos manzanas, torció a la izquierda dos veces seguidas hasta Via della Conciliazione, adelantó a un autobús turístico, se colocó en el carril derecho y frenó de golpe en una parada de taxis delante de la plaza de San Pedro.

Eaton y Adrianna saltaron del coche haciendo caso omiso de los gritos del taxista furioso que los increpaba por aparcar en medio de la parada de taxis. Corrieron hacia la plaza esquivando el tráfico mientras buscaban desesperados entre la multitud a una mujer que empujase una silla de ruedas. De repente, sonó un claxon a sus espaldas. Era un autobús que abandonaba la plaza. En la parte frontal del vehículo se leían las palabras MUSEI VATICANI, y, debajo, aparecía la señal internacional de los minusválidos: una silla de ruedas blanca sobre fondo azul. Eaton y Adrianna se apartaron de su camino pero, de repente, al pasar por su lado, la periodista divisó por un segundo al padre Daniel sentado en uno de los asientos delanteros junto a la ventana. Acto seguido, el autobús giró y cruzó la plaza donde habían dejado el coche.

A unos cincuenta metros de distancia, Harry atravesaba la plaza en medio de una multitud que se dirigía a la basílica. Llevaba la pistola de Scala en el cinturón, la boina inclinada sobre la frente y, en el bolsillo, los papeles de Eaton que lo identificaban como el padre Jonathan Roe de la Universidad de Georgetown. Debajo de la túnica llevaba pantalones y camisa de trabajo. Ambas prendas pertenecían a Danny.

Al llegar a una escalinata, ascendió los peldaños en medio de la muchedumbre y se detuvo. Delante de él, cientos de personas se habían congregado frente a la basílica a la espera de que abriera sus puertas. Eran las ocho cuarenta y cinco, y la basílica no abría hasta las nueve, dos horas antes de la llegada prevista de la locomotora. Con la cabeza gacha, rezando por que nadie lo reconociera, Harry respiró profundamente y aguardó.

CIENTO CUARENTA Y DOS

Hércules se agazapó en las almenas de la muralla fortificada que lindaba con la torre de San Giovanni. Se hallaba en el extremo del muro, a la misma altura que la torre y a unos seis metros del tejado circular de la misma.

Había tardado casi tres horas en escalar el muro, de asidero en asidero, ocultándose en las sombras del amanecer, pero lo había logrado. Aunque estaba sediento y agotado, había alcanzado el lugar previsto a la hora exacta.

En los jardines divisó a dos de los hombres de Farel ocultos tras unos matorrales próximos a la entrada de la torre y a dos más que aguardaban detrás de un seto alto al otro lado del camino. Sin embargo, a primera vista, la puerta principal no parecía vigilada. ¿Cuántos hombres de negro habría en el interior de la torre? ¿Uno, dos, veinte, ninguno? Danny estaba en lo cierto: los hombres de Farel los vigilarían de lejos, como arañas que esperan a que la presa caiga en sus redes.

«Danny.» Hércules sonrió. Le gustaba eso de llamar a un sacerdote por su nombre, como hacía el señor Harry, porque lo hacía sentirse como parte de esa familia a la que desearía pertenecer y a la que, al menos aquel día, sí que pertenecía. Esto constituía un factor trascendental para Hércules. Abandonado por su familia poco después de nacer y obligado a abrirse camino en la vida por sus propios medios, siempre se había negado a ser víctima del destino pero, de pronto, comenzó a sentir un anhelo de pertenencia. Al enano le sorprendió la intensidad de este sentimiento, lo que indicaba que era más humano de lo que pensaba, a pesar de su aspecto físico. Harry y Danny lo habían acogido porque lo necesitaban y le habían dado, por primera vez en su vida, un objetivo. Le habían confiado sus vidas, la de Elena y la de un cardenal de la iglesia y, pasara lo que pasase, jamás los decepcionaría, por muy alto que fuera el coste.

La luz del sol obligó a Hércules a entrecerrar los ojos mientras seguía con la vista el camino de la estación que debían tomar después. Enfrente, detrás de los arbustos donde se ocultaba el segundo grupo de hombres de negro, avistó el helipuerto y, al otro lado, a la derecha, tras los árboles, se hallaba la torre de Radio Vaticano. Miró el reloj.

9.07 h

Danny y Elena entraron en los museos del Vaticano por la puerta principal junto a las

otras tres personas en silla de ruedas y sus acompañantes que habían viajado en el mismo autobús: un matrimonio de jubilados estadounidenses —la mujer, regordeta y sonriente, empujaba la silla de su marido, quien llevaba una gorra de béisbol de los Dodgers de Los Ángeles y no quitaba ojo ni a Danny ni a su gorra de los Yankees de Nueva York, lo que significaba que, o había reconocido al sacerdote o bien estaba harto de museos y deseaba hablar de béisbol—; un padre y su hijo, al parecer franceses —el niño tenía unos doce años y llevaba aparatos ortopédicos en las piernas—; y, por último, dos mujeres, con seguridad inglesas, una de mediana edad y la otra de cabello blanco. La más joven empujaba la silla de la mayor, que debía de ser su madre, aunque, por el trato que ésta propinaba a la primera, resultaba difícil determinarlo a ciencia cierta.

Pasaron de uno en uno por la taquilla, donde les indicaron que esperasen el ascensor que los llevaría a la segunda planta.

—Ponte ahí, más cerca de la puerta —espetó la mujer de pelo blanco a su hija—. ¿Por qué te has puesto ese vestido si sabes que no me gusta nada?

Elena se acomodó sobre el hombro la correa de la bolsa al tiempo que miraba la de Danny. Eran unas bolsas negras de nailon muy comunes pero, en lugar de una cámara fotográfica y carretes, contenían cigarrillos, cerillas, las bolsas de plástico rellenas de cilindros empapados en ron y aceite de oliva y las cuatro botellas de cerveza, dos en cada bolsa, repletas del mismo líquido incendiario y con una mecha.

En ese momento se oyó un tintín, se encendió una luz y se abrieron las puertas del ascensor. Danny y los demás aguardaron a que se vaciara antes de apretujarse en su interior mientras la mujer de pelo blanco se ponía a la cabeza.

—Si no les importa, pasaremos primero.

Como resultado, Danny y Elena entraron los últimos y las puertas se cerraron a sus espaldas. Si se hubieran hallado más adelante y hubiesen mirado al frente como el resto, quizá Danny habría divisado a Eaton, acompañado de Adrianna, en el momento en que aquél se volvió desde la taquilla y los vislumbró en el ascensor segundos antes de que se cerraran las puertas.

CIENTO CUARENTA Y TRES

Con paso tranquilo, Harry avanzaba por el interior de la basílica detrás de un grupo de turistas canadienses que se detuvo ante la *Piedad* de Miguel Ángel, la expresiva escultura de la Virgen con el cuerpo de Cristo. Unos instantes después se alejó de los canadienses y se encaminó al centro de la nave, donde contempló con aire distraído el interior de la cúpula y el baldaquín de Bernini sobre el altar.

Después, siguiendo las instrucciones de Danny, continuó la visita solo. Cruzó hasta el lateral derecho de la iglesia, pasando por delante de los confesionarios de madera, y admiró por unos instantes las esculturas de santa Petronila y san Miguel arcángel antes de llegar al monumento del papa Clemente XIII junto al que encontró un saliente en la pared del que colgaba un tapiz decorativo.

Tras asegurarse de que nadie lo observaba, apartó el tapiz y entró en un pasillo estrecho con una puerta al fondo que se abría a una pequeña escalera que conducía a una segunda puerta que daba al exterior. Una vez fuera, Harry tuvo que entornar los ojos a causa de la intensa luz del sol que iluminaba los jardines del Vaticano.

9.25 h

9.32 h

Elena abrió la puerta de salida de emergencia y la sujetó con el pie mientras pegaba un trozo de cinta adhesiva en el picaporte para evitar que se cerrara por completo.

Satisfecha, salió y soltó la puerta. Después de echar un vistazo al segundo piso del edificio, donde había dejado a Danny junto al servicio de caballeros más próximo a la entrada de la capilla Sixtina, Elena se alejó del museo.

Se acomodó la correa de la bolsa sobre el hombro y atravesó con paso ligero un pequeño patio hasta llegar al punto donde convergían varios senderos, prados y setos decorativos. Se trataba de una de las entradas a los jardines del Vaticano. Ante ella, a la derecha, se hallaba la escalinata doble que conducía a la fuente del Sacramento.

Elena se acercó a los escalones con rapidez y cautela. Si alguien la detenía por el camino diría que se había equivocado de puerta al salir y que estaba perdida.

Ascendió por la escalinata y se acercó a la zona de la fuente, giró a la derecha y divisó varios tientos al pie de una conifera. Miró en torno a sí con expresión azorada, como si de verdad se hubiese perdido, y, al comprobar que no había nadie, extrajo una riñonera negra de nailon de la bolsa de la cámara y la escondió detrás de los

tiestos. Segundos después se puso en pie, miró de nuevo alrededor y volvió a entrar en el edificio por la salida de emergencia. Arrancó la cinta adhesiva del picaporte, cerró la puerta y subió por las escaleras al segundo piso.

CIENTO CUARENTA Y CUATRO

9.40 h

Danny abrió la puerta de la cabina del servicio de caballeros y echó un vistazo al exterior. Había dos hombres de pie, delante de los urinarios, mientras que un tercero se limpiaba los dientes con un palillo delante del espejo. Danny salió de la cabina, se acercó en la silla hasta la puerta del aseo e intentó abrirla. No pudo, había una persona al otro lado que intentaba entrar al mismo tiempo. Danny miró atrás, pero nadie se había percatado de la situación.

—¡Eh! —gritó una voz al otro lado de la puerta.

Danny se apartó pero, por si acaso, agarró la bolsa de la cámara, dispuesto a arrojarla en caso de necesidad.

La puerta se abrió de golpe y entró el estadounidense con la gorra de los Dodgers. El hombre se detuvo en medio del umbral. Se hallaban frente a frente, silla con silla.

—¿De verdad es usted hincha de los Yankees? —preguntó con la vista clavada en la gorra de Danny y una sonrisa maliciosa—. Si es así, está loco.

Danny observó la gente que iba y venía por el pasillo detrás del hombre. ¿Dónde estaba Elena? No disponían de mucho tiempo, Harry debía de encontrarse ya en los jardines buscando la riñonera.

—Me gusta el béisbol y colecciono gorras. —Danny reculó—. Entre, y después saldré yo.

—¿Qué equipos le gustan? —preguntó el hombre sin moverse—. ¡Venga! Dígamelo, ¿qué liga le gusta? ¿La americana o la nacional?

De pronto Elena apareció por detrás del fan de los Dodgers.

Danny lo miró y se encogió de hombros.

—Ya que estamos en el Vaticano, creo que debería escoger a los Padres... Perdome, tengo que irme.

El hombre le dirigió una amplia sonrisa.

—Claro, amigo, pase —dijo mientras entraba y permitía que Danny saliera.

Elena empezó a empujar la silla por el pasillo. De pronto, Danny frenó las ruedas con las manos.

—Pare —ordenó.

Eaton y Adrianna Hall estaban en el otro extremo del corredor y avanzaban con rapidez, alerta, como si buscaran a alguien.

Danny miró a Elena por encima del hombro.

—Dé la vuelta, vamos por el otro lado.

CIENTO CUARENTA Y CINCO

Si hubiera dispuesto de una cabina telefónica, Harry se habría sentido como Superman, pero lo único que había allí era un muro de escasa altura ante unos matorrales, situado al otro lado de la estrecha carretera por la que había venido. Se ocultó detrás de la maleza para desprenderse de la boina y la sotana negras y quedarse en pantalones y camisa de trabajo.

Escondió el disfraz entre los arbustos y tomó un puñado de tierra para frotárselo por la parte delantera de la camisa y los pantalones. Después se alejó del muro, aguardó a que un Fiat negro pasara por la carretera y cruzó con la esperanza de que si alguien lo veía pensara que era un jardinero.

Con paso decidido, cruzó por el césped y tomó el camino de la fuente del Sacramento. Una vez orientado, subió por la escalinata de la derecha y desde arriba observó los alrededores sin divisar a nadie. Enfrente se encontraba el árbol con los tiestos que había designado Danny. A medida que se acercaba a su objetivo, Harry comenzó a ponerse nervioso; cobró conciencia de su propia respiración, sintió la presión de la Calico automática en la pistolera, bajo la camisa, y se le aceleró el pulso.

Cuando llegó al árbol, miró de nuevo en torno a sí, se arrodilló en el suelo y extendió la mano. Al notar el tacto del nailon en los dedos, suspiró aliviado, pues esto significaba que Danny y Elena estaban allí y que el paquete voluminoso que, en el último minuto, había decidido no llevar consigo por miedo a despertar las sospechas de los vigilantes de la plaza de San Pedro, había llegado a su destino.

Harry se puso en pie y, tras recorrer los jardines con la vista, se ocultó detrás del árbol para sacarse los faldones de la camisa de los pantalones, colocarse el cinturón y acomodar la pistola en la correa. Luego, metió de nuevo la camisa en el pantalón, dejándola suelta en la cintura para disimular el bulto. Una vez completada la operación, Harry se alejó del árbol y descendió por las escaleras. No había tardado más de treinta segundos.

9.57 h

Torre de San Giovanni, a la misma hora

Marsciano oyó el cruel sonido de la llave al girar en la cerradura y, segundos después, Thomas Kind entró en la estancia mientras Anton Pilger lo observaba desde el pasillo

con los brazos cruzados.

—*Buon giorno*, Eminencia —saludó—. Si me lo permite.

Marsciano permaneció inmóvil mientras Kind revisaba la habitación y el cuarto de baño, abría la puerta del balcón y pasaba al exterior. Con las manos sobre la barandilla, oteó los jardines y alzó la vista hacia la pared de ladrillo que conducía al tejado.

Satisfecho, regresó al interior de la habitación, cerró las puertas de cristal y miró a Marsciano con fijeza por unos instantes.

—Gracias, Eminencia —dijo.

Acto seguido cruzó la estancia, salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí. Marsciano sintió un escalofrío al oír que la llave giraba en la cerradura.

El cardenal se alejó de la puerta y se preguntó por qué el asesino lo había visitado tres veces en menos de veinticuatro horas para seguir siempre el mismo procedimiento.

CIENTO CUARENTA Y SEIS

—Cuando llegue a la puerta, tuerza a la derecha —le indicó Danny a Elena mientras atravesaban el Salón de los Papas, la última estancia de los aposentos de los Borgia.

Elena jamás había visto al padre Daniel tan inquieto ni ansioso. Cuando la obligó a dar media vuelta en el pasillo percibió un tono apremiante en su voz que delataba algo más que el simple nerviosismo provocado por la situación; era miedo.

Entraron, torcieron a la derecha y avanzaron por un largo pasillo donde se encontraba un ascensor en el lado izquierdo.

—¡Párese aquí! —ordenó Danny.

Elena se detuvo y pulsó el botón del ascensor.

—¿Qué sucede, padre? Ha ocurrido algo, ¿verdad?

Por unos instantes Danny contempló a los visitantes que iban y venían de una galería a otra.

—Eaton y Adrianna Hall están en el museo, buscándonos. No debemos permitir que nos encuentren.

En ese momento se abrió la puerta del ascensor. Elena comenzó a empujar la silla de Danny cuando de pronto oyeron una voz familiar a sus espaldas.

—Pasaremos primero, si no les importa.

Al volverse, vieron a la mujer de pelo blanco con su hija. Era la segunda vez que se encontraban frente a frente con una de las personas del autobús. Danny se preguntó si no se trataría de una maldición.

—No, esta vez no, señora. Lo siento. —Danny la fulminó con la mirada mientras Elena introducía la silla en el ascensor.

—Esto es imperdonable —protestó la mujer—. No subiré en el mismo ascensor que usted, señor.

—Gracias.

Danny se inclinó hacia adelante, pulsó el botón y la puerta se cerró delante de las narices de la mujer. Mientras descendían, Danny sacó del bolsillo el juego de llaves que el padre Bardoni le había entregado en Lugano, introdujo una en el panel de botones del ascensor y la hizo girar.

Elena observó que, en lugar de parar en la planta baja, el ascensor proseguía su descenso. Cuando por fin se detuvo, la puerta se abrió a un pasillo de servicio mal iluminado. Danny extrajo la llave del panel y pulsó el botón de bloqueo.

—Bien, ahora a la izquierda y después a la derecha.

Quince segundos más tarde entraban en la sala de máquinas que contenía el

sistema de ventilación del museo.

10.10 h

CIENTO CUARENTA Y SIETE

El suelo de mármol, los pequeños bancos de madera revestidos, el altar semicircular con el crucifijo de bronce y el luminoso techo de vidrio de colores componían la capilla privada del Santo Padre.

¿Cuántas veces había estado Palestrina en esa capilla? Allí había orado a solas con el Papa o, en algunas ocasiones, con invitados selectos: reyes, presidentes o jefes de Estado.

No obstante, ésta era la primera vez que el Santo Padre lo convocaba sin previo aviso para rezar a solas con él. Cuando entró en la capilla, el Papa estaba sentado ante el altar en su silla de bronce, con la cabeza inclinada, concentrado en la oración.

—¿Qué sucede? —inquirió Palestrina.

—Hoy no es un buen día, Eminencia —respondió el Papa con voz apenas audible—. Me he levantado con un mal presentimiento que me oprime el corazón y me causa desasosiego y temor. Ignoro a qué se debe; sólo sé que usted forma parte de ello, Eminencia... —El Papa titubeó antes de continuar—. Cuénteme qué sucede...

—No lo sé, Su Santidad. Para mí hoy es un bonito y caluroso día de verano.

—Entonces rece conmigo por que me haya equivocado, por que no sea más que una sensación que acabará por desaparecer... Ruegue por la salvación de las almas...

El Papa se levantó de la silla y ambos hombres se arrodillaron frente al altar. Palestrina inclinó la cabeza mientras el papa León XIV dirigía sus oraciones, convencido de que, cualquiera que fuera el mal presagio que había tenido el Santo Padre, estaba equivocado.

A pesar de la sensación de terror con la que se despertó a primera hora de la madrugada cuando la llamada de Kind lo arrancó de su pesadilla sobre los espíritus malignos, en esos momentos la situación era inmejorable.

Hacía menos de una hora que Pierre Weggen le había comunicado que, a pesar de la revelación de que los lagos habían sido envenenados, según palabras oficiales, por un «ingeniero de tratamiento del agua trastornado», Pekín había autorizado el plan de reconstrucción del sistema de suministro de agua en un intento, por un lado, de reconfortar y reunificar un país conmocionado y todavía temeroso, y por el otro, de mostrar al mundo que el Gobierno central conservaba el mando. Por tanto, a pesar de las contrariedades, el Protocolo Chino de Palestrina seguiría adelante y, tal como le había prometido Thomas Kind, con las muertes de Li Wen y Chen Yin había eliminado el peligro de que la catástrofe de China se relacionara con Roma. Muy pronto, bajo la batuta de Kind, se borraría la última pista. En realidad, ni el padre

Daniel ni su hermano eran espíritus de la muerte, sino simples obstáculos que había que eliminar.

El Santo Padre se equivocaba; el presagio no representaba la sombra de la muerte de Palestrina, sino una dolencia física y espiritual propia de un hombre de avanzada edad.

CIENTO CUARENTA Y OCHO

10.15 h

Roscani se mordisqueaba los nudillos mientras observaba atento la locomotora que se aproximaba. La máquina era vieja y estaba cubierta de una capa de grasa que tapaba casi toda la pintura verde.

—Ha llegado pronto —comentó Scala desde el asiento posterior.

—Qué más da, lo importante es que ha llegado —respondió Castelletti incorporándose en el asiento delantero.

El Alfa Romeo azul de Roscani estaba aparcado al borde de la carretera entre el ramal que cruzaba las puertas del Vaticano y la Stazione San Pietro. Al pasar la locomotora por su lado, oyeron chirriar las ruedas cuando el conductor frenó y aminoró la marcha hasta detenerse. En ese momento un guardafrenos saltó a la vía y caminó hasta el ramal donde accionó el interruptor manual y tiró de una barra que lo conectaba con las agujas. Momentos más tarde hizo señas al conductor, y la máquina comenzó a avanzar, exhalando una nube de humo marrón por el escape. Al llegar al lugar indicado, el guardafrenos le indicó que se detuviera, colocó las agujas en la posición inicial y subió a la locomotora.

Scala se inclinó hacia delante.

—Si entran ahora, joderán el plan.

Castelletti sacudió la cabeza.

—No te preocupes. Esto es el Vaticano; esperarán hasta que sea la hora de abrir las puertas para entrar a las once en punto.

Ningún ferroviario italiano se arriesgará a cabrear al Papa por llegar demasiado tarde o demasiado temprano.

Roscani miró a Castelletti de soslayo y posó de nuevo la vista sobre la máquina. Cada vez se sentía más intranquilo por lo que había hecho; quizá su deseo de justicia había sido demasiado fuerte y lo había persuadido de que los Addison le ayudarían a hacerla, pero cuanto más pensaba en ello, más consciente era de que todos estaban locos, sobre todo él, por autorizar la operación. Por mucho que los Addison creyeran que estaban preparados, se equivocaban; no estaban listos para enfrentarse a los hombres de Farel ni mucho menos a Thomas Kind en persona. Pero ya era demasiado tarde para pensar en ello, pues la operación ya estaba en marcha.

10.17 h

Danny estaba en el suelo, con las piernas torcidas debajo del cuerpo. Ante sí tenía un papel de periódico sobre el que colocó el último de los ocho cilindros de tela empapados en ron y aceite, dispuestos en fila con una separación de veinte centímetros entre cada uno justo delante de la toma de aire del sistema de ventilación central de los museos del Vaticano.

«*Oorah!* —gritó Danny para sí— *Oorah!*» ¡Preparado para matar! Era el antiguo grito de batalla de los celtas adoptado por los marines, un grito estimulante y escalofriante a la vez que provenía del fondo del alma.

Hasta el momento sólo habían preparado el terreno, a partir de ese momento comenzaba la acción, y su mente funcionaba como la de un guerrero.

«*Oorah!*», repitió para sí al acabar. Se volvió a Elena, que permanecía de pie detrás de él con un cubo metálico en las manos lleno de una docena de trapos empapados en agua.

—¿Lista?

Elena asintió con la cabeza.

—Bien.

Danny echó un vistazo al reloj, encendió una cerilla y la acercó a los cilindros de tela. Éstos prendieron de inmediato despidiendo una nube de humo marrón e hicieron arder los periódicos. Danny echó más papel de diario arrugado al fuego y, en cuestión de segundos, había creado una impresionante hoguera.

—¡Ahora! —gritó.

Elena se acercó corriendo, y entre los dos sacaron los trapos mojados del cubo y los extendieron, uno a uno, encima de las llamas.

El fuego se extinguió casi de inmediato dejando una nube de humo marrón blanquecino que, en lugar de propagarse por la sala de máquinas, fue aspirada por el sistema de ventilación.

Satisfecho, Danny se inclinó hacia atrás y Elena lo ayudó a subir a la silla de ruedas.

Danny alzó la vista y miró a Elena.

—Sigamos —dijo.

CIENTO CUARENTA Y NUEVE

10.25 h

Harry, oculto a la sombra de unos pinos situados al noreste del museo Carriage, aguardaba a que pasara el coche eléctrico del jardinero. Una vez despejado el camino, salió de su escondite y empezó a maldecir y a pelearse con la cremallera atascada de la riñonera que llevaba debajo de la camisa. Cuando por fin logró sacar la bolsa de plástico, extrajo de ella uno de los cilindros aceitosos y la guardó de nuevo en la riñonera. A lo lejos, cerca de la basílica de San Pedro, divisó a dos guardias con camisa blanca que caminaban por un sendero en dirección al Ufficio Centrale di Vigilanza, la comisaría de policía del Vaticano. Harry cayó en la cuenta de que el edificio no se encontraba a más de cien metros de la estación de ferrocarril.

—Dios mío —dijo en voz alta.

Se arrodilló de golpe, reunió un montón de agujas de pino, colocó el cilindro de tela cerca de la parte inferior y acercó un encendedor. Ardió al instante, prendiendo fuego a las agujas secas cercanas. Harry contó hasta cinco y sofocó el fuego con más agujas de pino. Las llamas se convirtieron de inmediato en humo. Luego, cuando se reavivaron, hizo varios montones de hojas mojadas que recogió de debajo de un seto recién regado.

En ese instante oyó el primer aullido de las sirenas procedente de los museos del Vaticano. Harry echó más hojas al fuego hasta obtener una nube de humo espesa, echó un vistazo alrededor y ascendió deprisa por la colina hacia la avenida Central del Bosque.

Elena miraba absorta el ascensor, intentando no pensar en el pánico de los visitantes o en el daño que el humo podía causar a las obras de arte de valor incalculable. «Muy poco o ninguno», la había tranquilizado el padre Daniel. En ese momento las puertas se abrieron al olor del humo y al sonido estridente de las alarmas contra incendios.

—¡Vamos! —la apremió Danny. Elena comenzó a empujar la silla y pronto se vieron rodeados de un enjambre de turistas desesperados que corrían a las órdenes de unos guardias de camisa blanca.

—Hacia las puertas del fondo —indicó Danny.

—Bien.

Elena sentía la adrenalina correr por sus venas mientras atravesaba la cortina de humo. De pronto, y sin razón aparente, pensó en Harry y en la manera en que la había

mirado sin decir nada cuando él y Hércules abandonaban el apartamento en la oscuridad de la madrugada. No fue una mirada de preocupación ni de miedo, sino de amor, una mirada profunda. Elena no sabía describirla, pero había sido sólo para ella y permanecería grabada en su mente para siempre, pasara lo que pasase.

—¡Por aquí! —dijo Danny de repente.

El tono apremiante de su voz la devolvió a la realidad. Elena siguió sus instrucciones, empujando la silla a través del gentío hasta un patio exterior donde el ulular de las sirenas ahogaba los gritos de las personas que salían en tropel por las puertas. Danny abrió la bolsa de la cámara y sacó tres cilindros de tela y tres cajas de cerillas con unos cigarrillos sin filtro insertados que harían las veces de mecha.

—¡Allí! —Danny señaló el primero de los tres contenedores de basura, separados entre sí por unos veinte metros.

El humo emanaba de todas las ventanas y puertas abiertas, por todas partes había gente que corría y salía al patio gritando asustada.

Danny tomó las cajas de cerillas con los dedos aceitosos y las introdujo en los cilindros.

—Más despacio —dijo al aproximarse al primer contenedor. Prendió la mecha con una cerilla y, tras mirar en torno a sí, la echó en el contenedor.

—Bien.

A continuación repitieron el proceso con los otros dos contenedores.

A sus espaldas, la llama consumió el primer cigarrillo hasta llegar a la caja de cerillas y, entonces, en un suspiro, prendió fuego al cilindro de tela y al contenido del receptáculo.

—Entremos —gritó Danny por encima del estruendo de las sirenas y alarmas.

Elena empujó la silla a la puerta más próxima, por donde centenares de personas seguían huyendo del espeso humo.

En ese momento avistaron en el tejado a media docena de *vigili del fuoco* — bomberos del Vaticano— que corrían buscando las llamas, lo cual significaba que no habían encontrado todavía el origen del humo. De repente, uno de los bomberos se detuvo en medio del tejado y señaló un punto del patio mientras gritaba algo, el resto miró en la misma dirección, y Danny y Elena supieron que habían descubierto los contenedores en llamas.

Se hallaban en el umbral.

—*Scusi, scusi* —gritó Elena empujando la silla y, como por milagro, la gente se apartó para dejarla pasar. Una vez en el interior, avanzaron por un pasillo siguiendo a una miríada de personas que corrían hacia el mismo lugar. El padre Daniel extrajo el móvil del bolsillo de la camisa y marcó un número.

—Harry, ¿dónde estás?

—En la cima de la colina. El número dos está ardiendo.

Harry cruzaba con paso veloz una plantación de coníferas hacia el rincón nororiental de los jardines, intentando no pensar que el plan estaba funcionando y que

sólo eran tres. Danny había recalcado una y otra vez que el éxito de toda operación de guerrilla dependía de la organización, el factor sorpresa y la determinación individual y, hasta el momento, había acertado.

A sus espaldas, a unos cincuenta metros de distancia, distinguía las torres de Radio Vaticano. A unos cincuenta metros colina abajo divisó una columna de humo detrás del seto que acababa de dejar y, más lejos, las fumaradas del primer incendio que ascendían con lentitud.

—No hay viento, Danny —dijo Harry por el teléfono—. El humo no se dispersará.

—Ve hacia las válvulas de cierre.

—De acuerdo.

Harry atravesó uno de los setos de protección y encontró las tuberías que se ramificaban desde el suelo, donde se encontraban las válvulas de control de lo que parecía ser el cierre del suministro de agua. Sin embargo, según Danny, no lo era; sólo se trataba de una llave de cierre secundaria antigua que casi nunca se utilizaba y, a menos que los técnicos de mantenimiento llevaran mucho tiempo trabajando allí, lo más probable es que desconocieran su existencia. Aun así, si cerraba esa válvula, cortarían el suministro de agua al Vaticano a partir de ese punto, lo que afectaría a todas las construcciones inferiores, incluida la basílica de San Pedro, el palacio del Vaticano y los edificios administrativos.

—Ya estoy aquí. Son dos válvulas idénticas, una frente a la otra.

Elena inclinó la silla hacia atrás para bajar por las escaleras y adentrarse todavía más en el humo.

—¿Muy oxidadas? —Danny tosió.

—No lo sé. —La voz de Harry crepitaba al otro lado de la línea.

Elena se detuvo al pie de las escaleras, abrió su bolsa y extrajo dos pañuelos húmedos, cubrió con uno la nariz y la boca de Danny y se lo ató por detrás de la cabeza. A continuación, se colocó el otro y siguió empujando la silla hasta la galería de esculturas Chiaramonti, donde los bustos de Cicerón y de Heracles con su hijo, la estatua de Tiberio y la cabeza colosal de Augusto, desaparecieron envueltas por la cortina de humo y la multitud desesperada que corría en ambas direcciones de la estrecha galería en busca de la salida.

—Harry. —Danny se encorvó sobre el teléfono.

—La primera ya está, la segunda...

—¡Corta el agua ya!

—En cuanto pueda, Danny.

Harry hizo una mueca al aplicar todas sus fuerzas para cerrar la segunda llave oxidada, pero ésta cedió con tanta rapidez que le despellejó los nudillos, y el teléfono cayó al suelo a unos cuatro metros de distancia.

—¡Mierda!

Con los pañuelos en la cara parecían forajidos del Oeste. Elena apartó la silla de Danny para ceder el paso a media docena de turistas japoneses que corrían de la mano, asfixiándose y llorando a causa del humo.

En ese momento Elena vio por una ventana a un grupo de hombres armados con fusiles, vestidos con camisa azul y boina, que corrían por el patio.

—Padre —advirtió Elena alarmada.

—La Guardia Suiza —dijo Danny tras echar un vistazo y se volvió hacia el teléfono mientras Elena empujaba la silla.

—Harry.

—Harry...

—¿Qué?

Harry estaba agachado intentando recoger el teléfono que había caído al suelo y chupándose la sangre de los nudillos.

—¿Qué ocurre?

—Ya he cortado la puta agua, ¿de acuerdo?

Al llegar al final de la galería, Danny levantó la mano, y Elena detuvo la silla. Delante había una verja cerrada que conducía a la Galería Lapidaria, y, a primera vista, no había gente en su interior.

Era la primera vez que estaban solos, la multitud se movía en la dirección opuesta.

—Voy al número tres, ¿habéis salido ya? —preguntó Harry.

—Faltan dos paradas.

—Corred, por Dios.

—Fuera está la Guardia Suiza.

—Olvídate de las dos últimas paradas.

—Entonces tendrás a Farel y a los guardias encima.

—Pues deja de hablar y hazlo.

—Harry. —Danny miró atrás; por la ventana veía a los guardias con máscaras antigás y a los bomberos con bombonas de aire y hachas—. Eaton está aquí, con Adrianna Hall.

—¿Cómo demonios...?

—No lo sé.

—¡Mierda! ¡Danny, olvídate de Eaton y sal pitando de allí!

CIENTO CINCUENTA

—Es una maniobra de distracción.

Thomas Kind se encontraba en el camino situado al pie de la torre mientras observaba el humo que ascendía de los museos y hablaba por radio. Desde allí oía las sirenas de los vehículos de urgencias procedentes de diferentes puntos de la ciudad.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Farel por radio.

—Mis planes no han cambiado, y los suyos tampoco deben variar. —Kind apagó de golpe la radio y regresó a la torre.

Agazapado en el muro, Hércules ató el último nudo del lazo al tiempo que observaba a Thomas Kind regresar a la torre hablando por radio. Más abajo, los hombres de Farel continuaban apostados detrás del seto. Hércules esperó a que Thomas Kind desapareciera. Entonces, con las muletas atadas a un trozo de cuerda y colgadas del hombro, avanzó por el muro y, tras titubear por un segundo, lanzó la soga por encima del tejado.

El lazo se prendió de un saliente de hierro pero se soltó. Al verlo caer, Hércules miró en torno a sí: vio a lo lejos el humo de los edificios del Vaticano y, en la colina, detrás de los árboles, más humo.

De pie en el muro, lanzó de nuevo la cuerda y volvió a fallar. Soltó una maldición y lo intentó otra vez. Al quinto intento la cuerda quedó sujeta, y, tras comprobar que aguantaría su peso, el enano comenzó a ascender por el lateral de la torre con las muletas a la espalda. Momentos más tarde escaló el techo de tejas rojas y blancas y se perdió de vista.

CIENTO CINCUENTA Y UNO

—¡Mierda! —Eaton tosió tapándose la boca con un pañuelo y, con ojos llorosos, buscó desde la ventana superior de la galería de los Tapices una silla de ruedas en el patio en medio de la multitud. Ya había localizado y descartado a dos minusválidos, pero no tenía idea de dónde se encontraban el padre Daniel y la enfermera.

A pesar del humo, la tos, los ojos lacrimosos y el pánico, nada impedía a Adrianna seguir hablando por el teléfono móvil. Tenía dos unidades móviles fuera, una en la basílica de San Pedro y la otra a la entrada de los museos del Vaticano; había dos más en camino y pronto llegaría un helicóptero de la Costa Adriática que cubría unas maniobras navales del ejército.

Eaton le arrancó el teléfono de la mano.

—Diles que busquen a un hombre barbudo en silla de ruedas con una mujer joven —ordenó, tapando el auricular, con tono urgente y la mirada clavada en la periodista—. Diles que es el presunto autor del incendio, lo que sea, que si lo ven te avisen de inmediato. Si Thomas Kind lo encuentra antes que nosotros, se acabó todo.

Cuando Adrianna asintió, Eaton le devolvió el teléfono.

Con una mueca de dolor, Danny se incorporó en la silla y empujó el marco de la ventana con todo el cuerpo. Nada sucedió al principio, pero finalmente se oyó un crujido, el viejo marco cedió y la ventana se abrió lo suficiente como para permitir asomarse al patio Belvedere. El edificio del cuerpo de bomberos se hallaba justo enfrente, y el ángulo de lanzamiento desde la ventana parecía poco adecuado, pero...

Danny abrió la bolsa de la cámara y extrajo una botella de cerveza llena de ron y aceite con una mecha en el cuello. Levantó la vista hacia Elena, cuyo rostro apenas resultaba visible detrás del pañuelo.

—¿Está bien?

—Sí.

Danny echó una ojeada a sus espaldas, acercó una cerilla a la mecha e, inclinándose hacia atrás, contó hasta cinco.

—*Oorah!* —gritó mientras arrojaba la botella por la ventana abierta.

El cristal se hizo añicos contra el suelo del patio, y las llamas se extendieron por la calzada hasta prender en los setos situados debajo de la ventana.

—Al otro lado —indicó Danny cerrando la ventana y sentándose de nuevo.

Tres minutos más tarde una segunda botella explotó en el suelo cerca del patio del

Triángulo —el punto más cercano al palacio papal— y, al igual que la primera bomba incendiaria, hizo arder los matorrales de los alrededores.

CIENTO CINCUENTA Y DOS

En el despacho de Farel reinaba el caos absoluto; el jefe de bomberos, al teléfono, preguntaba a gritos cómo era posible que, cuando estalló la primera bomba incendiaria delante del edificio del cuerpo de bomberos, se hubiera cortado el suministro de agua. De pronto, su tono cambió cuando inquirió si se trataba de un ataque terrorista porque, si lo era, no pensaba enviar a sus hombres a luchar contra terroristas armados, eso era responsabilidad de Farel.

El policía del Vaticano sabía bien cuál era su deber y había enviado a sus hombres de negro a los museos para que ayudaran al contingente de la Guardia Suiza, dejando sólo a seis hombres en la torre, entre ellos Thomas Kind y Anton Pilger, para tender la trampa. Fue en ese momento cuando explotó la segunda bomba.

Farel no podía arriesgarse; quizá se tratase de los Addison, quizá no.

—El agua es su problema, *capo* —espetó Farel, pasándose la mano por la sudorosa cabeza afeitada, con una voz más ronca de lo habitual.

»La Vigilancia y la Guardia Suiza se encargarán de poner a salvo a la gente; mi única preocupación es la seguridad del Santo Padre. Lo demás me da igual —Farel colgó y se dirigió a la puerta.

Hércules avistó el humo del cuarto incendio de Harry y vio a éste alejarse del fuego, correr hacia la torre y agazaparse detrás de una hilera de olivos, momento en el que lo perdió de vista.

El enano dio dos vueltas a la cuerda alrededor del saliente de hierro y, deslizándose por ella, descendió por el empinado tejado hasta el borde del mismo, situado a unos seis metros del suelo, distancia fácil de salvar si nadie disparaba contra uno.

En ese instante Hércules vio estallar otro incendio y, segundos después, otro más. El humo filtraba la luz del sol y el paisaje se tornó rojizo, la mañana se oscureció y la combinación de los fuegos de Harry, del humo de los museos y de la falta de viento transformaron la colina del Vaticano en una ciudad fantasmagórica, un lugar en el que los objetos parecían flotar y donde resultaba imposible distinguir algo a más de unos metros de distancia.

Hércules oyó el ruido de toses a sus pies y, por un breve instante, vio a dos hombres de negro, los que vigilaban más cerca de la puerta, trasladarse al lugar donde se ocultaba el segundo grupo, desesperados por respirar una bocanada de aire fresco.

En ese momento una figura cruzó como una flecha el camino hacia la estación y se escondió tras unos setos altos. Hércules comenzó a agitar las muletas. Segundos

después, Harry asomó la cabeza y el enano señaló con las muletas el lugar donde se hallaban los cuatro hombres de negro. Harry le respondió con un gesto con la mano y, acto seguido, desapareció envuelto por el humo. Quince segundos más tarde, del lugar donde se encontraba surgió una llama resplandeciente.

10.38 h

Como el resto de los ciudadanos de Roma, Roscani, Scala y Castelletti estaban pendientes del humo y las sirenas; habían seguido atentos por las frecuencias de la policía las conversaciones entre el cuerpo de policía y los bomberos del Vaticano y los departamentos correspondientes de Roma; también habían oído a Farel pedir para el Sumo Pontífice un helicóptero que debía aterrizar en el tejado de la residencia papal en lugar de en el helipuerto situado junto a los jardines.

En ese instante, la locomotora exhaló una nube de humo negro y comenzó su marcha lenta hacia las puertas del Vaticano. El hecho de que fueran a evacuar al Papa y a la mayoría de las personas del Vaticano no invalidaba las instrucciones que habían recibido, la vía de ferrocarril se hallaba en perfecto estado y nadie les había ordenado que regresaran, así que siguieron su camino con el fin de retirar el vagón abandonado.

—¿Quién me da un cigarrillo? —preguntó Roscani a sus hombres.

—Vamos, Otello, lo has dejado, no empieces otra vez... —lo reprendió Scala.

—No he dicho que pensara encenderlo —espetó Roscani.

Scala titubeó. La ansiedad de Roscani resultaba evidente.

—Estás muy preocupado, sobre todo por lo que pueda ocurrirles a los americanos, ¿verdad?

Roscani miró a Scala.

—Sí —respondió y se alejó del coche. El *ispettore* echó a andar solo hasta la vía, donde se detuvo para observar a la locomotora avanzar hacia las murallas del Vaticano.

CIENTO CINCUENTA Y TRES

10.40 h

A la sombra de un seto cercano a la torre había un Lancia oscuro. Era el coche que debía transportar los cadáveres de los hermanos Addison fuera del Vaticano.

Thomas Kind aguardaba sentado en el interior del vehículo, a salvo del humo. Desde el estallido del primer incendio supo que los hermanos Addison aparecerían, pero cuando se multiplicó el número de fuegos y se formó la cortina de humo, se percató de que se enfrentaba a alguien con instrucción militar. Aunque sabía que el padre Daniel había pertenecido a una unidad de elite del Cuerpo de Marines de Estados Unidos, el humo y su efectividad evidenciaban que el cura había sido miembro de algún grupo especializado en insurrecciones como la fuerza de reconocimiento y, en ese caso, se habría entrenado con los SEALs de la Marina, expertos en realizar con pequeños grupos de hombres maniobras propias de fuerzas enteras basándose casi por completo en el trabajo individual.

Por tanto, los Addison contaban con más recursos y resultaban más peligrosos de lo que pensaba. Absorto en sus pensamientos, Kind vio a Harry Addison salir de un seto y echar a correr por delante del coche en dirección a la torre para luego desaparecer envuelto por el humo.

El primer impulso de Thomas Kind fue seguir a Harry y matarlo en el acto, pero se detuvo cuando se disponía a salir del coche. Además de no responder a una táctica adecuada, el arrebato formaba parte del sentimiento incontrolado que tanto lo aterrorizaba y que lo llevaba a pensar que estaba enfermo y que, por tanto, debía distanciarse del acto de matar.

Además, había que dejar el camino libre a los hombres a quienes se había pagado para llevar a cabo el trabajo y que aguardaban el momento oportuno. Si no participaba en la matanza, se sentiría bien.

Kind tomó la radio.

—F al habla. —Kind había adoptado formalmente este nombre en clave para la operación—. El objetivo B se acerca a la torre solo y vestido de paisano. Una vez que haya entrado, eliminadlo de inmediato.

Oculto tras la vegetación al pie de la torre, Harry alzó la vista y, tras la espesa cortina de humo, divisó a Hércules, que señalaba los arbustos donde se escondían los

hombres de negro. Harry hizo una señal de respuesta y, con la Calico en la mano, avanzó hasta la enorme puerta de cristal de la torre, la abrió y entró en el edificio. Cerró la puerta con llave tras de sí y echó un vistazo alrededor: se hallaba en un vestíbulo de pequeño tamaño con un ascensor minúsculo y unas escaleras que conducían a los pisos superiores.

Volvió la cabeza para mirar atrás, pulsó el botón del ascensor y esperó a que se abriera la puerta. Entonces, accionó el interruptor de bloqueo de puertas y, empleando la Calico a modo de martillo, lo golpeó con fuerza, inutilizando el ascensor.

Giró sobre sus talones, echó un vistazo a la entrada y comenzó a subir por la escalera.

A medio camino oyó a los hombres de traje negro, que intentaban abrir la puerta, y supo que sólo tardarían unos segundos en romper el cristal y entrar.

Harry levantó la vista: doce escalones más y la escalera giraba a la derecha. Ascendió aprisa hasta el siguiente recodo y, con la Calico preparada, se volvió poco a poco. No había nadie en su camino; las escaleras continuaban hasta el siguiente piso, unos veinte escalones más arriba.

De pronto oyó un ruido de cristales que se rompían, se abrió la puerta principal y vio a dos hombres de negro que subían las escaleras con las pistolas desfundadas. Harry dio media vuelta, guardó el arma en el cinturón y abrió la riñonera, de la que extrajo una botella de cerveza llena de ron y aceite mientras escuchaba atento los pasos de los hombres que subían con rapidez por las escaleras.

Encendió una cerilla, la acercó a la mecha, contó hasta tres y lanzó la botella a los pies del primer hombre. El estrépito del cristal al hacerse añicos y el rugido de las llamas fueron ahogados por la lluvia de balas que se incrustaron en la barandilla de madera junto a Harry, y desconcharon el techo y las paredes. De pronto, cesó el tiroteo y se oyeron los gritos de los hombres de negro.

—Esta vez se te acabó la suerte —aseveró una voz a sus espaldas.

Harry se volvió de golpe. Una figura familiar descendía la escalera hacia él; joven, trajeado, despierto, letal: era Anton Pilger, pistola en mano, con el dedo en el gatillo.

Harry comenzó a disparar sin dejar de apretar el gatillo. El cuerpo de Pilger se tambaleó, como si ejecutara pasos de baile en la escalera al tiempo que disparaba al suelo con expresión de sorpresa y perplejidad.

Al final sus piernas cedieron, cayó de espaldas sobre las escaleras y se oyó crepitar la radio en la chaqueta, pero eso fue todo. En el silencio sepulcral que se produjo a continuación, Harry recordó de repente que había oído esa voz antes y, entonces, comprendió las palabras de Pilger sobre la suerte: ya había intentado matarlo en una ocasión anterior, pero había fracasado. Había ocurrido en las alcantarillas, después de que lo torturasen y antes de que lo encontrara Hércules.

Harry se inclinó sobre el cuerpo de Pilger, tomó la radio y siguió subiendo las escaleras; se sentía aturdido, pero en ese momento supo por qué hacía lo que hacía:

por amor a su hermano y porque su hermano le necesitaba. No había otro motivo.

10.45 h

CIENTO CINCUENTA Y CUATRO

Marsciano estaba apoyado en la pared cuando oyó la llave girar en la cerradura.

El cardenal había escuchado el tiroteo en el pasillo, el estallido del cristal y los gritos. Y, aunque por un lado rogaba por que el padre Daniel acudiese a rescatarlo, por el otro rezaba por que no se tratase de él.

De repente se abrió la puerta, y Harry Addison apareció en el umbral.

—No tema... —dijo, mientras cerraba con llave.

—¿Dónde está el padre Daniel?

—Lo está esperando.

—Pero hay hombres fuera.

—Vamos a salir de todos modos.

Harry miró en torno a sí, entró en el cuarto de baño y salió con tres toallas de mano mojadas.

—Tápese la nariz y la boca con esto. —Harry entregó a Marsciano una toalla y se dirigió a las puertas de cristal, que abrió de par en par. El humo comenzó a entrar en la estancia mientras una aparición descendía del cielo.

Marsciano se sobresaltó: en el balcón había un hombrecillo con la cabeza enorme y el torso todavía mayor, con una cuerda atada alrededor del cuerpo.

—Eminencia. —Hércules sonrió e hizo una respetuosa reverencia.

Thomas Kind escuchó la información por radio al mismo tiempo que Adrianna la recibía por la línea abierta del teléfono, conectada a las radios de las unidades móviles.

—No sé si a alguien le interesa, pero las puertas de la vía de ferrocarril están abiertas y una locomotora se dirige hacia la muralla del Vaticano.

—¿Estás seguro, Skycam? —Adrianna hablaba con el piloto del helicóptero que se aproximaba al Vaticano desde el sur.

—Afirmativo.

Adrianna se dirigió a Eaton.

—Las puertas de la vía de ferrocarril están abiertas y una locomotora se dirige hacia allí.

—¡Dios mío! ¡Así es como piensan sacar a Marsciano!

—¡Skycam, no pierdas de vista la locomotora! —oyó Kind que gritaba Adrianna antes de cortar la comunicación.

El terrorista encendió el motor del Mercedes. No tenía noticias de los hombres de la torre desde hacía largo rato y no podía esperar más para averiguar qué había sucedido. Hizo retroceder el coche hasta el camino estrecho situado junto a la torre y aceleró tratando de ver a través del humo y la ceniza. De pronto, oyó un golpe al chocar de lado contra un árbol y derrapó hacia un seto. No sabía hacia dónde giraba la carretera; con un gesto violento puso marcha atrás y el motor rugió mientras las ruedas chirriaban. Sin embargo, el coche no se movió. Kind abrió la puerta: las ruedas derrapaban sobre las hojas verdes del seto como si se tratara de hielo.

El terrorista maldijo en su idioma materno, salió del coche y echó a correr en dirección a la estación. El humo le hacía toser.

CIENTO CINCUENTA Y CINCO

10.48 h

Danny y Elena abandonaron el edificio a través de una salida de emergencia situada en la planta baja de la Biblioteca Apostólica.

—A la izquierda —indicó Danny con la boca tapada con el pañuelo, y Elena torció hacia los jardines.

—Harry —dijo Danny por el teléfono con tono de apremio. Nada.

—Harry, ¿me oyes?

Oyó un susurro al otro lado de la línea y de repente se cortó la comunicación.

—¡Mierda! —soltó Danny.

—¿Qué sucede? —inquirió Elena, preocupada por Harry.

—No lo sé...

Harry, Hércules y Marsciano aguardaban silenciosos en el balcón.

—¿Seguro que están allí? —preguntó Harry a Hércules.

—Sí, al otro lado de la puerta.

Momentos antes, mientras descendía hasta el balcón, Hércules había avistado a dos hombres de negro que tomaban posiciones a ambos lados de la puerta.

—Encárgate de que se alejen. —Harry entregó a Hércules la radio de Pilger, que llevaba en el cinturón.

Hércules tomó el aparato y guiñó el ojo a Harry antes de hablar:

—¡Han saltado de la torre con una cuerda! —gritó en italiano en tono urgente—. ¡Se dirigen al helipuerto!

—*Va bene!* (De acuerdo) —respondió una voz.

—¡El helipuerto! ¡El helipuerto! —insistió Hércules para asegurarse, antes de apagar la radio.

Desde el balcón oyeron unas pisadas rápidas en la grava y vislumbraron a dos hombres que se alejaban de la torre.

—¡Ahora! —exclamó Harry.

—Eminencia. —Hércules hizo un lazo y lo pasó por encima de los hombros de Marsciano, mientras se ataba el otro extremo a la cintura. El enano se encaramó a la barandilla mientras Harry ayudaba a Marsciano a subir. A continuación, pasó el cabo por debajo de la barandilla, dio un paso atrás y comenzó a bajar a los dos hombres.

—¡Señor Harry! —gritó el enano.

Harry sintió que la cuerda se tensaba; Hércules la sujetaba desde el suelo pero cuando aquél inició el descenso, sonó un disparo que desgarró la cuerda. Harry cayó varios metros antes de que la cuerda se tensara de nuevo, pero, segundos después, se rompió por completo y él se precipitó de golpe. Rodó por el suelo y oyó un alarido. Hércules atenazaba con los poderosos brazos el cuello de un hombre de negro.

—¡Cuidado! —gritó Harry. El hombre acercaba un arma a la cabeza de Hércules, y éste no la había visto—. ¡Tiene una pistola! —chilló, corriendo hacia ellos.

En ese momento sonó un disparo, se oyó un grito desgarrador y ambos hombres cayeron al suelo.

Harry y Marsciano llegaron al mismo tiempo; el hombre de negro yacía en el suelo con la cabeza torcida en un extraño ángulo mientras que Hércules estaba tumbado boca arriba con el rostro ensangrentado.

—Hércules, ¡Dios mío! —Harry se arrodilló a su lado y le buscó el pulso en el cuello.

En ese instante, el enano abrió un ojo y se secó con la mano la sangre que cubría el otro, se incorporó y pestañeó. Se limpió de nuevo la sangre y, al hacerlo, reveló una quemadura blanca con forma de flecha en la mejilla, cubierta por partículas blancas de pólvora.

—Así no conseguirán matarme —dijo.

A lo lejos se oyó el pitido de un tren. Hércules buscó una de las muletas y se puso en pie.

—La locomotora, señor Harry, ¡la locomotora! —Con o sin sangre en la cara, Hércules tenía chispas en los ojos.

CIENTO CINCUENTA Y SEIS

>Adrianna salió del edificio y vio a Eaton correr por la carretera situada detrás de la basílica y desaparecer engullido por el humo.

—Skycam, ¿tienes la locomotora a la vista? —preguntó por teléfono mientras subía a la carrera por la colina en dirección al palacio del Gobierno, el ayuntamiento del Vaticano. En esos momentos se encontraba a sólo unos tres o cuatro minutos de la estación.

Elena llevó la silla de Danny detrás de un árbol próximo a la iglesia de Santo Stéfano y esperó a que el helicóptero pasara de largo pero, cuando lo hizo, viró de golpe hacia la estación. El teléfono de Danny sonó.

—Harry...

—Tenemos a Marsciano, ¿qué pasa con la locomotora?

Elena sintió que el corazón le daba un vuelco al oír la voz de Harry y comprobar que se hallaba a salvo por el momento.

—Harry..., hay vigilancia aérea, no sé quién es, pero ve por el otro camino, el de Radio Vaticano y el Colegio Etíope; para entonces estaremos más cerca de la estación y sabré cuál es la situación.

10.50 h

—¡No os mováis de aquí! —gritó Roscani a Scala y Castelletti al tiempo que se lanzaba como una flecha detrás de la locomotora verde, que franqueaba las puertas del Vaticano con un silbido y se esfumaba tras la cortina de humo.

Boquiabiertos, Scala y Castelletti lo siguieron con la mirada. Aunque Roscani llevaba un rato siguiendo la máquina a distancia, su reacción súbita los había pillado por sorpresa. Los detectives echaron a correr tras él, pero se detuvieron en seco al verlo cruzar la abertura de la muralla y desaparecer en medio del humo.

Desde el lugar donde se encontraban, parecía que el Vaticano estuviera en llamas o sitiado.

En ese momento divisaron un helicóptero del ejército que sobrevolaba sus cabezas y oyeron la voz de Farel por la radio: tras identificarse, ordenó al helicóptero de la WNN que abandonara de inmediato el espacio aéreo del Vaticano.

—¡Maldita sea! —espetó Adrianna al escuchar el aviso y observar que el helicóptero se retiraba—. ¡Permanece al sur del muro! —indicó por teléfono al piloto—. ¡Cuando salga la locomotora, no la pierdas de vista!

Por alguna razón, la locomotora se detuvo justo al pasar las puertas del Vaticano, momento que Roscani aprovechó para cruzar las vías por detrás, girar a la derecha y pasar junto a la estación. Sin dejar de toser y con los ojos llorosos, sacó la Beretta automática de nueve milímetros del cinturón. Esforzándose por vislumbrar el camino entre el humo, Roscani se dirigió a la torre. Lo que estaba haciendo era del todo ilegal, pero no le importaba; la ley era una farsa y por él podía irse al infierno. Había tomado la decisión en el acto, en el instante en que se abrieron las puertas; había sido una reacción espontánea que obedecía a la sensación interior de que no era capaz de quedarse cruzado de brazos.

Intentando respirar, tosiendo y con los ojos llorosos, rogó a Dios por que no se perdiera y por encontrar a los Addison antes que los pistoleros de Farel o Thomas Kind.

Thomas Kind corría, metralleta Walther en mano, secándose las lágrimas e intentando contener la tos. Con el humo resultaba muy difícil distinguir los objetos, y, cada vez que tosía, se desorientaba aún más.

Después de atravesar el césped y saltar por encima de un seto, cayó en la cuenta de que había perdido el rumbo y se detuvo; tenía la sensación de estar esquiando en medio de una tormenta, pues aunque subiese, bajase o se desplazara a los lados, todo parecía igual.

Oyó el aullido de las sirenas a su izquierda. Arriba, y también a su izquierda, percibió el ruido sordo de unos motores y supuso que era el helicóptero del ejército que intentaba aterrizar sobre el tejado del palacio papal. Kind tomó la radio y habló en italiano.

—Aquí F. ¿Me reciben?

Silencio.

—Aquí F. ¿Me reciben? —repitió.

Balanceándose sobre sus muletas, Hércules caminaba junto a Harry y Marsciano por el sendero que conducía a Radio Vaticano; todos llevaban el rostro cubierto con una toalla húmeda. De pronto, la voz de Thomas Kind resonó en la radio que llevaba colgada del cinturón.

—¿Quién es? —preguntó Marsciano.

—Creo que alguien de quien no deseamos saber nada —respondió Harry, intuyendo que se trataba de Thomas Kind aunque en realidad no lo sabía. Tosió y consultó la hora.

10.53 h

—Eminencia, nos quedan cinco minutos para llegar hasta el Colegio Etíope y dirigirnos a...

—Señor Harry —gritó Hércules de pronto.

Harry levantó la vista y vio, a menos de dos metros de distancia, a un individuo de negro que corría hacia ellos con un revólver en cada mano; era el último hombre de Thomas Kind, un chico alto con cabello ondulado que presentaba todo el aspecto de un joven Harry «el Sucio».

—Tire la pistola al suelo —ordenó a Harry con acento francés— La riñonera también.

Poco a poco, Harry sacó la Calico del cinturón, la depositó en el suelo y, a continuación, hizo lo mismo con la riñonera.

—Harry... —la voz de Danny crepitó por el teléfono—. ¡Harry!

En ese instante sucedió algo que dejó a todos atónitos: una suave brisa comenzó a soplar justo en el momento en que oyeron el silbido de la locomotora al cruzar las puertas. El hombre de negro sonrió: el tren ya había llegado y el trío que tenía delante jamás subiría a él.

No fue mucho, sólo una milésima de segundo, pero era lo que Hércules necesitaba para apoyar todo el peso sobre la muleta izquierda y golpear al hombre con la derecha.

El joven Harry «el Sucio» profirió un grito de sorpresa cuando la muleta chocó contra su mano derecha y la pistola salió volando, pero, un instante después, apuntó a Harry con la otra arma. Hércules se abalanzó sobre él, Harry vio que el hombre amartillaba el revólver y oyó un disparo cuando el enano lo embistió y ambos cayeron al suelo.

Los dedos de Harry alcanzaron la Calico. Lo que sucedió a continuación fueron destellos, milésimas de segundo, retazos, pasión, furia. Harry se abalanzó sobre el hombre para separarlo de Hércules y vio que la pistola se acercaba a su cabeza. El hombre se soltó de golpe.

En un instante éste tenía sujeto a Harry por los cabellos con ambas manos, y le golpeaba en la frente con la suya. Harry vio un destello y luego todo se volvió negro. Cuando recuperó la visión, tenía la Calico a unos centímetros de la cara.

—¡Que te jodan! —gritó el hombre, con el dedo en el gatillo.

De pronto sonó un disparo, y luego tres más; la cabeza del hombre estalló ante

sus ojos como en una secuencia en cámara lenta, luego arqueó el cuerpo y se desplomó dejando caer la Calico sobre la hierba, a su lado.

Harry dio media vuelta y alzó la vista. Roscani descendía por la colina en dirección a ellos, apuntando aún con la Beretta al hombre de negro, como si fuese posible que se incorporara de nuevo.

—¡Harry, la locomotora! —La voz de Danny surgió de la niebla.

Harry se puso en pie mientras Roscani se acercaba. Se disponía a decir algo, pero se detuvo, con la vista fija en la colina.

—¡Cuidado! —exclamó Harry.

Roscani se dio la vuelta. Los dos hombres de negro que Hércules había enviado al helipuerto corrían hacia ellos en medio del humo.

El policía miró a Hércules. Estaba pálido, con la mano sobre el estómago, que sangraba.

—¡Salgan de aquí! —gritó Roscani. Hincó una rodilla en el suelo y abrió fuego. Su primer disparo alcanzó el hombro del que iba en cabeza. El segundo hombre de negro continuó avanzando.

Harry oyó a sus espaldas una ráfaga de disparos. Sintió las balas que pasaban silbando a escasos centímetros de distancia mientras recogía a Hércules del suelo. En ese momento se acordó de Marsciano.

—Eminencia... —dijo, levantando la vista.

No había nadie. Marsciano había desaparecido.

CIENTO CINCUENTA Y SIETE

Roscani estaba tumbado en la hierba. El primer hombre de negro yacía de espaldas, gimiendo, a quince metros de distancia; el segundo estaba tendido boca abajo, a menos de diez metros de Roscani, con los ojos abiertos pero sin vida; un hilo de sangre manaba de un agujero entre ceja y ceja.

Roscani rodó por el césped y miró colina abajo, hacia donde Harry había levantado a Hércules en brazos. Sólo veía una humareda que en lugar de disiparse se tornaba cada vez más densa. Levantándose con cautela, echó un vistazo alrededor por si había más hombres de Farel y luego se acercó al cadáver que tenía delante. Tomó su pistola, la deslizó en su cinturón, y se dirigió hacia el que se lamentaba.

10.55 h

—¡Danny! ¿Dónde estáis? —La voz ansiosa de Harry sonó por la línea abierta del teléfono.

—Cerca de la estación.

—Subid a la locomotora. Estoy con Hércules, le han pegado un tiro.

Elena se detuvo junto a una hilera de árboles al otro lado del ayuntamiento del Vaticano. Enfrente se hallaba la estación y, a la derecha, se distinguía parte del vagón de mercancías. Se oyó un silbato y una locomotora verde, cubierta de grasa, apareció traqueteando ante su vista. Un hombre de cabello cano salió de la estación con un portapapeles en la mano. Se detuvo en la vía para anotar el número de la máquina y luego subió a bordo.

—No sé si Hércules saldrá de ésta.

Elena miró a Danny; el miedo y la desesperación se traslucían en la voz de Harry.

—Danny —habló de nuevo Harry— Marsciano ha desaparecido.

—¿Qué?

—No sé adonde ha ido, se ha marchado solo.

—¿Dónde estabas cuando se fue?

—Cerca de Radio Vaticano, junto al Colegio Etíope. Elena..., Hércules necesitará tu ayuda.

Elena se inclinó sobre el teléfono:

—Saldré a tu encuentro, Harry. Ten cuidado...

—Danny..., Roscani está aquí, y también Thomas Kind. Estoy convencido de que

sabe lo del tren. Mantén los ojos abiertos.

—¡Quieto! —ordenó Otello Roscani sujetando la Beretta con ambas manos.

El policía se acercó al hombre de negro tumbado en el suelo con la pierna torcida bajo el cuerpo y los ojos cerrados. Tenía una mano sobre el pecho y la otra debajo del cuerpo; estaba muerto. A lo lejos se oyó el pitido del tren, era el segundo que emitía en los últimos minutos. Roscani se volvió en esa dirección; Harry y Hércules debían de dirigirse hacia allí, quizá Marsciano también, al igual que el padre Daniel y Elena Voso, y lo más probable era que Thomas Kind también.

Roscani se volvió por instinto. El hombre de negro estaba apoyado en el codo y le apuntaba con una automática. Ambos dispararon al mismo tiempo. Roscani sintió un impacto en la pierna derecha, cayó rodando y siguió disparando desde el suelo. No hacía falta: el hombre estaba muerto; le había arrancado la parte superior del cráneo. Roscani hizo una mueca de dolor e intentó incorporarse, pero se desplomó en el suelo profiriendo un grito. Una mancha roja comenzó a extenderse por la parte superior de la pernera, la bala se le había alojado en el muslo.

Un rugido ensordecedor estremeció el edificio.

—*Va bene* —se oyó en la radio de Farel.

Farel asintió y dos guardias suizos con fusiles automáticos abrieron la puerta de la azotea. Primero salieron los guardias y a continuación Farel, que sujetaba al Santo Padre por el brazo, guiando los pasos del anciano.

En el tejado había otra docena de guardias suizos bien armados. El grupo se dirigió al helicóptero del ejército italiano que guardaba el equilibrio en el borde del tejado; dos oficiales del ejército, acompañados por dos hombres de Farel, les abrieron la puerta.

—¿Dónde está Palestrina? —preguntó el Papa mirando en torno a sí, como si esperara que el secretario de Estado le aguardara para subir al helicóptero.

—Me mandó decirle que se reuniría con usted más tarde, Su Santidad —mintió Farel. No tenía la menor idea de dónde se hallaba Palestrina, ni había hablado con él en la última media hora.

—No.

El Papa se detuvo de golpe frente a la puerta abierta del helicóptero, con los ojos clavados en el policía.

—No —repitió—. No se reunirá conmigo, lo sé, y él también lo sabe.

Giacomo Pecci, el papa León XIV, dio la espalda a Farel y dejó que los hombres de la Vigilancia lo ayudaran a subir al helicóptero. Lo siguieron éstos y los oficiales del ejército. La puerta se cerró y Farel se echó atrás haciendo señas al piloto para que despegara.

Farel y los guardias suizos se apartaron mientras la máquina se elevaba con un estruendoso rugido, produciendo una ráfaga de viento. Diez segundos después, había desaparecido.

CIENTO CINCUENTA Y OCHO

Marsciano había visto la enorme figura a través del humo en el preciso momento en que Hércules golpeaba con la muleta al hombre de negro. Lo había visto ascender la colina al otro lado de la torre de Radio Vaticano y, en ese instante, supo que no se encontraría en el tren cuando partiera. Tenía un asunto pendiente que debía arreglar solo.

Palestrina ya no llevaba la sencilla sotana negra con el alzacuello blanco, sino el atuendo completo de un cardenal: casaca negra con ribetes y botones rojos, una faja roja en la cintura, un solideo negro en la cabeza y una cruz de oro colgada del cuello.

Palestrina se había detenido unos instantes ante la fuente del Águila. No le había costado encontrarla a pesar del humo, pero, por primera vez, no sintió el aura del gran símbolo heráldico de los Borghese del que siempre había extraído su fuerza y su valor. Al contemplar la estatua no percibió la magia que alimentaba el espíritu del rey guerrero que moraba en su interior, sino la simple figura de un águila, una escultura, el adorno de una fuente, nada más.

Tapándose la nariz y la boca con la mano, se dirigió al único refugio que conocía.

Notó el enorme esfuerzo que le suponía ascender la colina. Y lo notó aún más cuando abrió la puerta de la torre y comenzó a subir por la estrecha escalera de mármol hasta el piso superior de Radio Vaticano. El corazón le latía con fuerza y sus pulmones estaban a punto de estallar cuando por fin penetró en la pequeña capilla, al lado de los estudios, y se arrodilló en el suelo de mármol negro frente al altar.

Vacío.

Como el águila.

Radio Vaticano era su refugio, el bastión desde donde dirigiría las fuerzas de defensa del reino, desde donde proclamaría al mundo la grandeza de la Santa Sede, más poderosa que nunca..., una Santa Sede que controlaba el nombramiento de obispos, las normas de comportamiento de los sacerdotes, los sacramentos, incluido el matrimonio, la fundación de nuevas iglesias, seminarios y universidades. Una Iglesia a la que en el siglo venidero se incorporaría, pueblo a pueblo, ciudad a ciudad, un nuevo rebaño que representaba una cuarta parte de la población mundial. Roma se convertiría de nuevo en el centro de la religión más poderosa de la historia y, además, se beneficiaría de las ganancias obtenidas gracias al control del suministro de agua y energía de ese enorme país. En poco tiempo, gracias a la visión de futuro de Palestrina, un antiguo concepto cobraría nueva fuerza: *Roma locuta est; causa finita est*, «Roma ha hablado, el asunto está zanjado».

Pero el asunto no estaba zanjado. El Vaticano se hallaba sitiado y las llamas consumían parte de la ciudad. El Santo Padre había visto la oscuridad, el águila de los Borghese no le había transmitido su poder. Palestrina había estado en lo cierto desde el principio sobre el padre Daniel y su hermano: eran mensajeros de los espíritus de las tinieblas, y el humo que habían traído consigo portaba la enfermedad que antes había matado a Alejandro. El Santo Padre no se había equivocado, el oscuro presentimiento que le oprimía el corazón no era un achaque, sino la sombra de la muerte. De pronto Palestrina alzó la cabeza; creía que se encontraba solo, pero no era así. De todos modos, no necesitaba volverse, sabía bien de quién se trataba.

—Rece conmigo, Eminencia —murmuró.

Marsciano estaba de pie, a sus espaldas.

—Rezar, ¿por qué?

Palestrina se incorporó despacio y, con la vista clavada en Marsciano, sonrió.

—Por la salvación —respondió.

Marsciano lo miró fijamente:

—Dios ha intervenido —dijo—, el envenenador ha sido capturado y asesinado, no habrá un tercer lago.

—Lo sé.

Palestrina sonrió de nuevo antes de dar media vuelta, santiguarse y arrodillarse ante el altar.

—Ahora que lo sabes, reza conmigo.

Palestrina sintió que Marsciano se acercaba. De pronto, el secretario gruñó. Algo destelló y notó la hoja que le atravesaba la base del cuello, entre los omóplatos, y la fuerza y la rabia con la que apretaba Marsciano.

—No hay tercer lago —gimió Palestrina, al tiempo que estiraba los brazos hacia atrás en un vano intento de sujetar a Marsciano.

—Si no es hoy, será mañana, pero siempre encontrarás la manera de crear otra pesadilla, y después otra, y otra... —En ese momento Marsciano visualizó la expresión de horror que reflejaba el rostro angustiado que apareció por televisión momentos antes que irrumpiese Harry Addison en la torre. Era el rostro de su amigo Yan Yeh, el banquero chino, a quien acompañaban a su coche en el complejo de Pekín después de notificarle el envenenamiento de su mujer e hijo por el agua de Wuxi.

Con la mirada fija en el altar, Marsciano sintió el abrecartas en la mano al empujarlo y retorcerlo con todas sus fuerzas, clavándolo en el cuello de aquel cuerpo que se convulsionaba como una serpiente monstruosa que intentaba huir, temeroso de que se le escurriera de las manos cubiertas de sangre.

Palestrina emitió un último alarido, su cuerpo se convulsionó y, de pronto, se quedó inmóvil. Marsciano exhaló un suspiro y dio un paso atrás. Con las manos ensangrentadas y el corazón acelerado, contempló con espanto lo que había hecho.

—Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora

de nuestra muerte... —susurró.

De pronto, Marsciano sintió la presencia de otra persona en la estancia.

Farel estaba de pie en el umbral.

—Tenía usted razón, Eminencia —dijo, cerrando la puerta tras de sí—. Mañana habría encontrado otro lago... —Farel contempló a Palestrina antes de dirigirse de nuevo a Marsciano.

—Lo que ha hecho, tenía que hacerse, pero a mí me faltaba el valor para ello... Como él bien decía, no era más que un golfillo de la calle, un *scugnizzo*.

—No, *dottor* Farel —replicó Marsciano—. Era un hombre y un cardenal de la Iglesia.

CIENTO CINCUENTA Y NUEVE

10.58 h

Jadeante y sudando a mares, Eaton aguardaba detrás de la estación intentando contener un ataque de tos. La pequeña brisa que acababa de levantarse había dispersado un poco el humo, lo suficiente para permitirle contemplar la escena que se producía ante sus ojos: Harry Addison descendía por la colina con el enano en brazos, el enano junto a quien había abandonado el apartamento de Via Niccoló V por la mañana. Caminaba deprisa, ocultándose tras una hilera de árboles al borde del camino de la estación.

A unos quince metros de distancia, Eaton divisó la locomotora verde que se aproximaba con lentitud a un vagón abandonado, en el que, con toda seguridad, pensaban huir. Miró atrás y contempló las puertas abiertas del Vaticano, después continuó buscando al padre Daniel, a quien se llevaría de allí aunque tuviera que cargar con él en brazos.

Eaton pasó por detrás de la estación y quedó de espaldas a las puertas abiertas. Ante sí vio al jefe de estación de pelo blanco que supervisaba la operación.

El hombre y los dos ocupantes de la locomotora constituían un inconveniente, pero el mayor problema apareció ante sus ojos encarnado en la figura de Adrianna Hall, que surgió de la nada y empezó a cruzar la colina en dirección a Harry y el enano.

Harry se detuvo al verla y le gritó unas palabras, como pidiéndole que se marchara, pero Adrianna no le hizo caso y continuó acercándose hasta caminar junto a Harry y observar al enano que llevaba en brazos. Ella le hablaba, pero Harry seguía caminando colina abajo hacia la estación.

—¡Mierda! —masculló Eaton, mientras buscaba con la mirada al padre Daniel.

—¡Adrianna, vete de aquí! ¡No sabes qué estás haciendo! —gritó Harry, a punto de tropezar.

—Me voy contigo, eso es lo que estoy haciendo.

Casi al pie de la colina, cerca de las vías, vieron a los dos técnicos ferroviarios que, de espaldas a ellos, enganchaban el vagón a la locomotora verde.

—Tu hermano está en el vagón de mercancías, ¿verdad? Los ferroviarios no lo saben, pero allí es donde está.

Harry no hizo caso de la periodista y continuó avanzando al tiempo que rezaba por que los técnicos no levantaran la vista en ese momento y los descubrieran. Hércules gimió y esbozó una sonrisa.

—Los gitanos vendrán a buscarme cuando pare el tren... No deje que la policía me lleve, señor Harry... Los gitanos me enterrarán.

—Nadie va a enterrarte.

De pronto los ferroviarios se alejaron del vagón y se dirigieron a la locomotora.

—¡Van a marcharse!

Harry comenzó a correr. Estaban muy cerca de las vías, y Adrianna le pisaba los talones.

Diez segundos más tarde cruzaron las vías por detrás del vagón y avanzaron junto a él sin que los vieran los ferroviarios.

Harry tenía los ojos llorosos, los pulmones a punto de estallar y se sentía exhausto de llevar a Hércules en brazos. ¿Dónde estaban Danny y Elena? ¿Qué había sucedido con Roscani? De pronto se encontraron frente a la puerta entreabierta.

—Danny. Elena...

No hubo respuesta.

De pronto sonó un silbato, la locomotora comenzó a calentar motores y exhaló una nube marrón por la chimenea.

—Danny... —repitió Harry.

Nada.

El tren pitó de nuevo. Harry consultó la hora.

11.00 h

No tenían tiempo, debían subir al vagón de inmediato.

—Sube —le indicó a Adrianna— y te lo pasaré.

—Bien.

Adrianna apoyó las manos en la puerta del vagón y se aupó.

Una vez arriba, dio media vuelta y tomó a Hércules en brazos.

El enano tosió e hizo una mueca de dolor mientras la periodista se esforzaba por levantarlo. Cuando Harry subía, Adrianna se quedó paralizada.

Thomas Kind se encontraba allí, de pie, apuntando a la cabeza de Elena con una pistola.

CIENTO SESENTA

11.04 h

Scala se apoyó en el capó del Alfa Romeo azul de Roscani mientras miraba a través de unos prismáticos, pero lo único que distinguió fue la curva que trazaban las vías al internarse en el Vaticano y una parte ínfima de la estación porque, más allá de ese punto, todo seguía cubierto por una espesa capa de humo. Castelletti también veía la abertura de la muralla. A pesar del fuerte aullido de las sirenas, habían oído disparos y, aunque ambos sabían que su deber era esperar hasta que el tren saliera y seguirlo hasta la parada final, tenían que contener el impulso de salir corriendo en busca de Roscani, pues no podían y lo sabían... Sólo les restaba mirar y esperar.

—Su pistola, señor Addison. Entréguemela, por favor.

Harry titubeó; Kind apretó el arma contra la nuca de Elena.

—Ya sabe quién soy, señor Addison..., y de qué soy capaz. —Kind hablaba con tono tranquilo y una leve sonrisa en los labios.

Poco a poco, Harry extrajo la Calico del cinturón.

—Déjela en el suelo.

Harry obedeció y dio un paso atrás.

—¿Dónde está su hermano?

—Ojalá lo supiera. —Harry miró a Elena.

—Ella tampoco lo sabe —dijo Kind con la misma voz serena.

Elena corría sola hacia el vagón cuando Kind la asaltó y la interrogó sobre el paradero del padre Daniel. Ella le respondió desafiante que no lo sabía. Habían tomado caminos distintos, ella era enfermera y debía atender a un herido en el vagón, por eso se dirigía allí.

En ese instante, cuando sujetaba a Elena por el brazo y vio el miedo y la furia reflejados en sus ojos, Thomas Kind sintió otro ataque de su adicción a matar. Lo saboreaba en la boca y experimentó el deseo sexual que despertaba en él. En ese instante supo que su abstinencia había terminado.

—Encontraremos a su hermano, señor Addison —añadió Kind con tono gélido.

Harry apenas escuchó sus palabras, pues permanecía atento a Elena, intentando consolarla con su mirada mientras pensaba en el modo de liberarla de Kind. De pronto, un hombre apareció en la puerta del vagón.

Era Eaton.

—*Vigili fuoco!* ¡Bomberos! —gritó con autoridad—. ¿Qué hacen aquí? —preguntó en italiano, sin mirar a Kind en particular, sino dirigiéndose al grupo, como si la pistola de aquél no existiera.

—Nos vamos de viaje —sonrió el terrorista.

De pronto la Colt automática de Eaton surgió de la nada; con un movimiento profesional y calculado, apuntó al terrorista entre los ojos.

Thomas Kind ni siquiera pestañeó. Eaton recibió el impacto de los disparos debajo de la nariz, salió impulsado del vagón hacia atrás y cayó en las vías en un charco de sangre mientras la Colt volaba por los aires.

Elena tensó el cuerpo horrorizada. Kind le cubrió la boca.

Adrianna permaneció inmóvil, con el rostro impasible. Hércules yacía en el suelo entre Harry y Adrianna, Kind y Elena. Kind contuvo el aliento; si apretaba de nuevo el gatillo cualquiera de ellos podía morir, o todos.

CIENTO SESENTA Y UNO

—Adrianna —de pronto la voz distante del piloto resonó a través del teléfono que Adrianna guardaba en el bolsillo de la chaqueta— Adrianna..., estamos al otro lado del muro del Vaticano, a unos quinientos metros de altura. El tren no se ha movido, ¿quieres que continuemos vigilando?

—Deje que las mujeres se marchen y se lleven a Hércules —pidió Harry.

De pronto, Elena se movió hacia Hércules. Kind le apuntó con la pistola.

—¡Elena! —gritó Harry.

—Morirá si no le ayudo —replicó ella, deteniéndose.

—Adrianna... —La voz del piloto volvió a sonar por el teléfono.

—Dígale que abandone la vigilancia del tren y que se concentre en la multitud que está delante de la basílica..., dígaselo —ordenó Kind en voz baja.

Adrianna miró a Kind por un largo instante antes de tomar el teléfono y obedecer sus instrucciones.

Kind se acercó a la puerta y siguió con la vista al helicóptero, que abandonaba su posición de vigilancia y viraba al este y después al norte, en dirección a la basílica de San Pedro. El terrorista miró hacia atrás.

—Saldremos de este vagón y nos dirigiremos a la estación.

—No hay que moverlo... —Elena se refería a Hércules. Miró a Kind con ojos suplicantes.

—Entonces, déjelo aquí.

—Morirá.

Harry observó el jugueteo nervioso del dedo de Kind sobre el gatillo.

—Elena, haz lo que dice.

Avanzaron por las vías con paso rápido. Kind mantenía a Elena cerca. De pronto se oyó un movimiento al frente de la locomotora y luego dos pares de pies que echaban a correr.

Thomas Kind avanzó un paso. Los dos ferroviarios se dirigían a toda prisa a las puertas del Vaticano. Kind clavó la vista en Harry, como avisándole que no se moviera. Acto seguido, ladeó la pistola y disparó dos veces. El guardafrenos y el maquinista se desplomaron en el suelo como sacos de harina.

—¡Virgen Santa! —exclamó Elena, santiguándose.

—¡Muévanse! —ordenó Kind, y pasaron por delante de la locomotora—

¡Adentro! —dijo, señalando la puerta pintada de la estación.

En ese momento, Harry se fijó en los portones abiertos de la muralla del Vaticano, al otro lado del ramal, donde los carriles viejos se unían a la vía nueva, y vio un coche aparcado con dos hombres en el exterior que seguían sus movimientos.

Scala y Castelletti.

Roscani continuaba en el interior de los muros del Vaticano, pero ¿dónde?

Experimentando un dolor insoportable, Roscani daba unos pasos y acto seguido se detenía para descansar, apretando con la mano la herida del muslo. Aunque creía que se dirigía a la estación, ya no estaba seguro. El humo y el dolor no le permitían orientarse. Aun así, con la Beretta en la mano libre, siguió avanzando a trompicones.

—¡Alto! ¡Manos arriba! —rugió de repente una voz en italiano. Roscani se detuvo. A continuación apareció ante él una docena de hombres armados, con camisas azules y boinas. Eran miembros de la Guardia Suiza.

—¡Soy policía! —gritó Roscani. No sabía si los guardias recibían órdenes directas de Farel, pero tenía que arriesgarse y confiar en que no pertenecieran al grupo de los hombres de negro—. ¡Soy policía! —repitió.

—¡Arriba las manos! ¡Arriba las manos!

Roscani levantó las manos despacio. Segundos después, alguien le arrebató la Beretta. Oyó una voz que hablaba por radio.

—*Ambulanza!* —pidió el hombre con tono urgente—. *Ambulanza!*

Thomas Kind cerró la puerta de la estación tras de sí y se encontraron en el interior de un edificio cavernoso que antaño había sido la puerta del Papa al mundo. El sol penetraba por las ventanas situadas en lo alto e iluminaba la sala como los focos de un teatro en el centro del escenario. Con excepción de esta luz y de la claridad que entraba por la ventana que daba a las vías, el sitio era oscuro y frío, aunque estaba libre del humo del exterior.

—Bueno. —Kind soltó a Elena y dio un paso atrás, con los ojos fijos en Harry—. Su hermano iba a tomar el tren, así que, como sigue aquí, hay que suponer que vendrá.

Harry contempló a Kind, intentando encontrar un punto vulnerable pero, en ese instante, detrás del terrorista y a través de la puerta abierta, distinguió el movimiento de una camisa blanca. Cometió el error de prestarle demasiada atención.

—Vaya, vaya —dijo Kind con aspereza—. Así que es posible que el padre Daniel ya esté aquí... ¡Usted! El de la oficina... ¡Salga! —gritó.

Nada ocurrió.

Mientras tanto, Adrianna cambió de posición y se acercó a Kind. Harry la contempló preguntándose qué pensaba hacer; ella lo miró y sacudió la cabeza.

—¡Salga! —ordenó Kind de nuevo—. ¡Salga o entraré a buscarlo!

El tiempo se detuvo por un instante, y de pronto una mata de pelo blanco apareció por la puerta seguido del resto del cuerpo del jefe de estación: camisa blanca, pantalones negros. Debía de tener casi setenta años. Kind le indicó que se acercara. El hombre salió despacio de su escondrijo, asustado y confuso.

—¿Hay alguien más ahí dentro?

—Nadie...

—¿Quién abrió las puertas?

El hombre se señaló a sí mismo con la mano.

Harry observó los ojos de Kind y adivinó que iba a disparar:

—¡No lo haga!

Kind lo miró:

—¿Dónde está su hermano?

—No lo sé... —musitó Harry.

Kind sonrió y apretó el gatillo.

Elena vio horrorizada que la camisa blanca del jefe de estación se cubría de rojo. El hombre se mantuvo en pie por unos segundos, retrocedió unos pasos, su cuerpo giró y cayó de lado en el umbral de su despacho.

Harry atrajo a Elena hacia sí para protegerla de la espantosa visión.

Adrianna se acercó otro paso a Thomas Kind.

—¿Quiere a mi hermano? Lo llevaré hasta él —dijo Harry de pronto. Resultaba obvio que Thomas Kind estaba enfermo, y si Danny aparecía de repente, los mataría a todos en un segundo.

—¿Dónde está? —preguntó el terrorista mientras acoplaba un cargador nuevo a la pistola.

—Fuera..., cerca de las puertas. El tren iba a detenerse para recogerlo.

—Está mintiendo.

—No.

—Sí. Las puertas se abren y se cierran directamente en el muro. No hay dónde esconderse allí.

En ese momento Kind se percató de que Adrianna se aproximaba a él.

—Cuidado... —advirtió Harry.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Kind.

—Nada... —Adrianna dio medio paso más hacia delante, con la vista clavada en Kind.

—Adrianna, no lo hagas... —la previno Harry de nuevo.

La periodista se detuvo. Se encontraba sólo a metro y medio de distancia del terrorista.

—Usted mató al cardenal vicario de Roma.

—Sí.

—En los últimos minutos ha matado a cuatro personas más...

—Sí.

—Cuando encuentre al padre Daniel hará lo mismo con él y, quizá, con nosotros.

—Quizá... —sonrió Kind, y Harry notó que estaba disfrutando de cada minuto.

—¿Por qué? —preguntó Adrianna—. ¿Qué tiene que ver todo esto con los lagos de China?

Harry la observó, preguntándose qué pretendía hacer al presionar a Kind, que sostenía una pistola, mientras que ella no tenía nada que ganar.

De pronto, cayó en la cuenta, y Kind también.

—Lo está grabando todo, ¿verdad? Lleva una cámara pintalabios y está rodando... —Kind sonrió divertido, sorprendido ante su propia revelación.

Adrianna le devolvió la sonrisa.

—¿Por qué no responde y luego hablamos...? —dijo.

A continuación, todo ocurrió en milésimas de segundo. Kind levantó la pistola y se oyó el sonido sordo de un taladro. Adrianna adoptó una expresión de total perplejidad antes de tambalearse y caer hacia atrás.

Elena, aterrorizada, se volvió hacia Harry. Thomas Kind no percibió el movimiento pues estaba absorto en sus propias acciones. Harry observó el palpar de las venas en la frente y el cuello del terrorista mientras se acercaba al cuerpo de Adrianna y disparaba no a ráfagas, sino un tiro tras otro, como si le estuviera haciendo el amor.

Todo había sucedido con demasiada rapidez y violencia. Harry no había tenido tiempo de reaccionar, y Elena y él se habían quedado solos con Kind en el centro de una habitación enorme sin muebles, sin un lugar donde parapetarse.

Entonces Harry tomó la decisión y se acercó a Kind, pero éste lo vio y se volvió, apuntándole con la pistola.

—¡Harry!

La voz de Danny resonó de repente en la estación vacía. Harry se detuvo en seco.

Kind recorrió el edificio con la mirada.

De pronto Harry se interpuso entre Kind y Elena y la puerta que había a sus espaldas.

—Elena, sal de aquí, ¡ahora! —le indicó con voz autoritaria.

Harry fijó los ojos en Kind.

Elena giró poco a poco, renuente.

—¡Sal de aquí!

De pronto echó a correr, alcanzó la puerta y pasó al otro lado.

—¡Thomas Kind! —gritó Danny de nuevo— ¡Suelta a mi hermano!

Kind apretó con fuerza la empuñadura de la pistola, mirando en torno a sí, escrutando la oscuridad, unos puntos de luz y de nuevo la oscuridad.

—Ella se ha ido, Kind. Ya está. No ganarás nada con matar a mi hermano. Es a mí a quien buscas.

—¡Salga a la luz!

—¡Déjalo marchar!

—Contaré hasta tres, padre y, entonces comenzaré a destrozar su cuerpo, pedazo a pedazo. ¡Uno!

A través de la ventana, Harry vio a Elena subir a la locomotora y se preguntó qué diablos hacía.

—Dos...

De pronto, los pitidos del tren inundaron la estación, pero Kind los pasó por alto y apuntó a las rodillas de Harry.

—¡Danny! —gritó éste—. ¿Cuál es la palabra? ¿Cuál es la palabra? —Miró a Thomas Kind—. Conozco a mi hermano mejor de lo que él cree —aseveró sin apartar los ojos del terrorista— ¿Cuál es, Danny? ¡La palabra! —gritó de nuevo, y su voz resonó contra las paredes de piedra de la estación.

—*Oorah!*

En ese instante Danny surgió de detrás de una columna, con la silla de ruedas en sombras. Harry advirtió que la empujaba con ambas manos y desaparecía en un círculo de luz brillante que entraba por la ventana.

—*Oorah!* —respondió Harry—. *Oorah!*

—*Oorah!*

—*Oorah!*

Kind no distinguía nada más que una luz cegadora. De pronto, Harry echó a andar hacia él.

—*Oorah! Oorah!* —entonaba con la vista fija en el terrorista— *Oorah! Oorah!*

Kind apuntó a Harry con el arma y, al mismo tiempo, Danny se lanzó adelante en la silla de ruedas.

—*Ooorahhhhhh!*

El grito de guerra celta retumbó en las paredes de piedra y de pronto Danny quedó a la vista.

—¡Ahora! —gritó Harry.

Kind giró de golpe en el momento en que Danny arrojaba las dos últimas botellas de cerveza a los pies del terrorista. Una después de la otra, las botellas estallaron en llamas.

Por un breve instante, Thomas Kind sintió el retroceso de la pistola en sus manos y ya no vio nada. Había fuego por todas partes. Comenzó a correr pero, al respirar, inhaló humo y éste encendió sus pulmones. Sintió un dolor punzante, el dolor más punzante que jamás había experimentado, le faltaba el aire, no podía gritar. Sólo sabía que su cuerpo se encontraba en llamas y que corría hacia la puerta, desde donde se veía el cielo y los portones de la muralla. A pesar del terrible dolor que afectaba a cada parte de su ser, se sentía en paz consigo mismo. Al margen de lo que hubiera hecho en vida, para Thomas José Álvarez-Ríos Kind la enfermedad que había usurpado su alma terminaba para siempre. No importaba que el coste resultara enorme; pues por fin sería libre.

El tren continuaba pitando cuando Scala y Castelletti aparecieron a toda prisa por las vías. Después de oír los disparos y el silbato sin ver aparecer el tren habían decidido entrar. Se detuvieron en seco al ver a un hombre en llamas que cruzaba las puertas del muro corriendo.

Los policías contuvieron el aliento al verlo avanzar tres metros, cuatro, hasta que al final se desplomó sobre los raíles. Se hallaba treinta metros dentro de territorio italiano.

CIENTO SESENTA Y DOS

Harry oyó el estruendo de las enormes puertas de hierro al cerrarse tras él. Enfrente, una ambulancia atravesó el mar de guardias suizos con camisas azules y se dirigió al edificio de la estación. A continuación los auxiliares y el médico corrieron al lugar donde se encontraba Elena arrodillada junto a Hércules. En cuestión de segundos le inyectaron el suero, lo colocaron en una camilla y lo introdujeron en una ambulancia que desapareció entre el ejército de soldados del Vaticano.

Al ver marchar la ambulancia, Harry sintió que se llevaban una parte de él y, cuando se dio la vuelta, encontró a Danny, que lo observaba desde la silla de ruedas. Por su mirada, supo que experimentaba lo mismo; una sensación de *déjà vu*, de contemplar impotentes que alguien a quien querían se alejaba en una ambulancia. Veinticinco años antes, el cuerpo de su hermana había sido rescatado del estanque helado y transportado en una ambulancia cubierto por una manta. La diferencia era que se encontraban en Roma, no en Maine, y que Hércules seguía vivo.

De pronto Harry se acordó de Elena y la vio de pie, sola, observándolos a distancia, ajena a los soldados que la rodeaban; era como si comprendiera que se trataba de un momento importante para los hermanos en el que deseaba participar, pero dudaba si debía entrometerse. En ese momento se transformó en la persona a quien más amaba.

Sin pensar, Harry se acercó a Elena y delante de Danny y la multitud de camisas azules, la besó con toda la ternura y el amor de que fue capaz.

CIENTO SESENTA Y TRES

Harry, Elena y Danny permanecieron sentados toda la tarde en una pequeña sala de espera privada del hospital de San Juan. Harry tomó la mano a Elena e intentó no pensar en los hombres que él había matado, ni en los que otros habían matado. No quería pensar en Eaton, ni en Thomas Kind. Lo peor era pensar en Adrianna; la primera noche que estuvieron juntos percibió el miedo que le inspiraba la muerte y, no obstante, todos sus reportajes guardaban relación con la muerte de una u otra manera, desde la guerra en Croacia hasta el asesinato del cardenal vicario de Roma, pasando por los refugiados que huían de sangrientas guerras civiles en África. ¿Qué es lo que le había dicho? Que si hubiera tenido hijos no habría sido libre de hacer lo que hacía, pero ¿quién sabe?, quizás era eso lo que de verdad quería pero no sabía cómo lograrlo: compaginar la casa, los niños y el trabajo. Como no podía tener las tres cosas, había optado por aquello que más parecía aportarle en la vida, y con seguridad el trabajo lo era, hasta que la mató.

Poco antes de la cena, el cardenal Marsciano se unió a ellos. Una hora más tarde llegó Roscani, pálido y en silla de ruedas, empujado por un enfermero.

A las diez menos cinco se abrió la puerta de la sala y entró un cirujano, todavía vestido con ropa de quirófano.

—Se pondrá bien —aseveró en italiano—. Hércules vivirá...

No fue necesaria una traducción, Harry le entendió a la perfección.

—*Grazie* —dijo poniéndose en pie—. *Grazie*.

—*Prego*. —El cirujano miró a todos los presentes y anunció que después regresaría con más información, y, tras inclinar la cabeza en un gesto de asentimiento, dio media vuelta y cerró la puerta tras de sí.

El silencio que siguió fue muy profundo y afectó a todos por igual. El hecho de que el enano de las alcantarillas se recuperara constituía una noticia feliz en una historia retorcida y dolorosa que habían compartido de maneras diferentes. Todavía les faltaba asimilar el hecho de que la pesadilla había acabado y de que era el momento de recoger los platos rotos.

Farel se había hecho cargo de la situación en un instante, tanto para protegerse a sí mismo como para resguardar a la Santa Sede. En cuestión de horas, el jefe de la policía del Vaticano había convocado una rueda de prensa que retransmitió la televisión nacional. Según el comunicado, a última hora de la mañana el terrorista

suramericano Thomas Jose Álvarez-Ríos Kind había provocado un ataque incendiario en un presunto intento por acabar con la vida del Papa. Durante el ataque había asesinado a la corresponsal de la World News Network, Adrianna Hall, y al jefe de la CIA en Roma, James Eaton, que había acudido en su auxilio. Por otro lado, el estimado secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Umberto Palestrina, había fallecido a causa de un paro cardíaco mientras intentaba proteger la vida del Santo Padre. Como punto final de la conferencia, Farel declaró que Thomas Kind se había convertido en el único sospechoso de los asesinatos del cardenal vicario de Roma y del detective italiano Gianni Pio, así como de la explosión del autocar de Asís. El terrorista había muerto al estallarle una bomba en las manos. Farel no hizo mención alguna de la presencia de Roscani en territorio del Vaticano.

Roscani había abandonado su habitación en el hospital para informar en persona a los Addison y a Elena Voso del comunicado de prensa, y para dejar claro que no se presentarían cargos en su contra. Le sorprendió ver a Marsciano, y por poco tiempo albergó la esperanza de que éste le concediese una entrevista a solas para aclarar las muertes tanto del cardenal vicario de Roma como de Palestrina, la contratación de Thomas Kind y la catástrofe de China, pero el cardenal se excusó diciendo que, dadas las circunstancias, cualquier pregunta relacionada con la Santa Sede habría de formularse a través de los canales oficiales del Vaticano, lo que en realidad significaba que Marsciano no revelaría lo que sabía a nadie, ni entonces ni nunca. Puesto que no tenía alternativa, Roscani aceptó la disculpa y habló con los demás.

Al *ispettore capo* le extrañó su propia actitud, pues, a pesar del cansancio, decidió esperar con el resto la noticia sobre el estado de Hércules; no se trataba de un compromiso, sino de algo que deseaba hacer, quizá porque se sentía tan partícipe de los hechos como ellos o porque el enano había tocado una fibra de su ser y se preocupaba tanto por él como los otros. En el estado de agotamiento y confusión en el que se encontraban todos, ¿cómo iban a tener las ideas claras? Por lo menos había dejado de fumar, algo positivo en toda esa historia.

El enfermero empujó la silla para que Roscani estrechara la mano de todos, invitándolos a ponerse en contacto con él si necesitaban cualquier cosa. Sin embargo, todavía quedaba un asunto pendiente: había dejado a Harry para el final y le pidió que lo acompañara a la puerta.

—¿Por qué? —preguntó Harry, tenso.

—Se lo ruego, se trata de algo personal...

Harry miró a Danny y a Elena antes de respirar profundamente y seguir al policía hacia la puerta.

—El vídeo que grabaron de usted después de asesinar a Pio... —empezó Roscani.

—¿Qué sucede con el vídeo?

—Quien editó el vídeo, cortó una frase o palabra del final; intenté dilucidar qué

decía, incluso pedí la ayuda de una experta en leer los labios, pero tampoco sacó nada en claro... ¿Recuerda usted qué dijo?

—Sí... —asintió Harry.

—¿Qué?

—Me habían torturado, tardé un rato en percatarme de lo que estaba sucediendo.

Necesitaba ayuda, así que pronuncié un nombre.

—¿Cuál? —Roscani seguía sin entender. Harry titubeó.

—El suyo.

—¿El mío?

—Usted era la única persona que podía ayudarme.

Roscani sonrió.

Harry también.

EPÍLOGO

Bath, Maine

Habían acordado que jamás regresarían, pero dos días después del funeral del cardenal Palestrina volvieron. Harry empujaba el carro del equipaje mientras Danny se balanceaba sobre las muletas; habían volado de Nueva York a Portland, Maine, desde donde viajaban al norte en coche una calurosa mañana de verano.

Elena se había ido a casa para comunicar a sus padres que planeaba abandonar el convento y solicitar la dispensa de sus votos en Siena para después reunirse con Harry en Los Ángeles.

Harry condujo el Chevrolet alquilado por las familiares ciudades de Freeport y Brunswick, hasta llegar a Bath. El vecindario apenas había cambiado, las casas de madera y los tejados de las cabañas brillaban bajo el sol de julio, los olmos y los robles resistían impasibles al transcurrir del tiempo. Pasaron por delante de Bath Iron Works, el astillero en el que había trabajado y fallecido su padre, circularon despacio hasta Boothbay Harbor, donde giraron en dirección a la carretera 209 y por último enfilaron la calle High, que conducía al cementerio.

La parcela familiar se hallaba sobre una colina con vistas a la bahía. Su padre había comprado el terreno poco después de nacer Madeline, pues sabía que no habría más niños. Allí descansaban ahora Madeline, su padre y su madre, quien había estipulado en su testamento que deseaba que la enterrasen junto a Madeline y el padre de sus hijos. Los dos lugares sobrantes eran para Harry y Danny, si así lo deseaban.

Antes habría sido impensable que los hermanos contemplaran la idea de ser inhumados allí, pero las cosas habían cambiado mucho y ellos también. ¿Quién sabía lo que la vida les depararía? Era un lugar precioso y tranquilo y, en parte, la idea resultaba reconfortante.

Dejaron las cosas tal como estaban, sin hablar en serio del asunto, como los hermanos hablan de estas cosas.

Al día siguiente, Danny tomó un vuelo en Boston hacia Roma y Harry otro a Los Ángeles. Sus vidas se habían trastocado por completo, y la experiencia los había entristecido y enriquecido a la vez. Juntos habían vivido una pesadilla y habían logrado salir de ella con vida y, en el proceso, habían formado parte de un variopinto grupo en el que figuraban una monja, un enano cojo y tres policías excepcionales. Habían trabajado en equipo por primera vez desde niños.

¿Héroes? Quizá... Habían salvado la vida de Marsciano y evitado que murieran

más inocentes en China..., pero también existía el horror que se habían visto incapaces de detener y que ya pertenecía a un pasado inalterable. Lo único que les quedaba era empezar en el punto en que lo habían dejado, cada uno con su familia: por un lado, Danny con el cardenal Marsciano y la Iglesia y, por el otro, Harry con el mundo loco de Hollywood y la presencia nueva y maravillosa de Elena, ambos conscientes de que habían recuperado a un hermano.

A las tres y media de la tarde del viernes 17 de julio, Giacomo Pecci, el papa León XIV, instalado en su residencia de verano de Castel Gandolfo, en las colinas Albanas, cerca de Roma, fue informado de los violentos hechos acaecidos en el Vaticano que culminaron con la muerte de Umberto Palestrina.

A las seis y media de esa misma tarde, casi ocho horas después de haber abandonado la Santa Sede en helicóptero, el Santo Padre regresó en coche al Vaticano y, a las siete de la tarde, congregó a sus consejeros más cercanos para celebrar una misa por los difuntos.

El domingo por la tarde, las campanas de Roma doblaron por el cardenal Palestrina y, el miércoles siguiente, se celebró un funeral en el interior de la basílica de San Pedro. Entre la multitud de asistentes se encontraba el nuevo secretario de Estado de la Santa Sede, el cardenal Nicola Marsciano.

A las seis de la tarde de ese mismo día, el cardenal Marsciano se reunió en privado con el cardenal Joseph Matadi y con monseñor Fabio Capizzi. Acto seguido, el secretario de Estado se dirigió a la capilla privada del Santo Padre para rezar con él y cenar después en la residencia papal. Jamás se supo cuál fue el contenido de sus conversaciones.

Diez días más tarde, el lunes 27 de julio, Hércules se había restablecido lo suficiente como para que le dieran el alta en el hospital de San Juan y lo enviaran a un centro de rehabilitación privado para que completase su recuperación.

Tres días después se retiraron los cargos de homicidio que pesaban sobre él. Cuando un mes más tarde lo dieron de alta en el centro de rehabilitación, le ofrecieron un trabajo y un pequeño apartamento en Montepulciano, la Toscana, donde vive en la actualidad como capataz de una plantación de olivos, propiedad de la familia Voso.

En septiembre, Marcello Taglia, fiscal del Gruppo Cardinale, anunció que el difunto terrorista Thomas José Álvarez-Ríos Kind había sido el autor de la muerte de Rosario Parma, cardenal vicario de Roma, y que había actuado solo, sin la ayuda de ningún grupo ni gobierno. Con este comunicado, el Gobierno italiano disolvió oficialmente

el Gruppo Cardinale y cerró el caso.

El Vaticano guardó un silencio absoluto.

El 1 de octubre, dos semanas después del anuncio oficial del fiscal Taglia, el jefe del Ufficio Centrale di Vigilanza, Jacov Farel, se tomó sus primeras vacaciones en cinco años, pero, al cruzar la frontera con Austria en su coche particular, fue detenido y acusado por complicidad en el asesinato del *ispettore capo* Gianni Pio y, en la actualidad, está a la espera de que se celebre el juicio por dicho asesinato.

El Vaticano no emitió comentario alguno.

PERO HUBO ALGO MÁS...

Los Ángeles, 5 de agosto

En medio de la tremenda cantidad de trabajo que lo esperaba a su regreso —incluido un contrato millonario por la segunda parte de *Dog on the Moon*— y las largas conversaciones telefónicas con Elena mientras ella se preparaba en cuerpo y alma para trasladarse a Los Ángeles, Harry daba cada vez más vueltas en la cabeza a la conversación que había mantenido con Danny durante su viaje de Maine a Boston.

Todo empezó cuando Harry pensó en algunas preguntas para las que todavía no tenía respuesta y, en vista de la nueva relación que había establecido con su hermano y lo que habían pasado juntos, además de los secretos que todavía compartían de su niñez, consideró natural pedirle a Danny que le ayudara a aclarar algunas cosas.

HARRY: Tú me llamaste el viernes por la mañana, hora italiana, y dejaste un mensaje en el contestador diciendo que estabas asustado y que no sabías qué hacer. «¡Que Dios me ayude!», dijiste.

DANNY: Eso es.

HARRY: Supongo que esto ocurrió cuando acababas de escuchar la confesión de Marsciano y estabas aterrorizado por las posibles repercusiones.

DANNY: Sí.

HARRY: Si yo hubiera estado en casa y hubiera contestado al teléfono, ¿me habrías explicado lo de la confesión?

DANNY: Estaba hecho un lío, no sé qué te habría dicho, quizá que había escuchado una confesión, pero no su contenido.

HARRY: Pero no lograste ponerte en contacto conmigo, así que dejaste un mensaje y a continuación tomaste un autocar a Asís. ¿Por qué Asís? Apenas quedaban iglesias habitables después de los terremotos.

(Harry recordaba que en ese instante las preguntas habían empezado a incomodar a Danny.)

DANNY: No importaba, era un momento terrible, había un autocar, y Asís siempre había sido mi refugio... ¿Por qué me preguntas esto?

HARRY: Quizá no buscaras sólo un refugio, sino que ibas allí por otra razón.

DANNY: ¿Como cuál?

HARRY: Para reunirte con alguien.

DANNY: ¿Con quién?

HARRY: Con Eaton.

DANNY: ¿Eaton? ¿Para qué iba a ir hasta Asís para ver a Eaton?

HARRY: Dímelo tú...

DANNY: (Con una amplia sonrisa.) Te equivocas, Harry, no hay nada más.

HARRY: Hizo todo lo posible por encontrarte, Danny. Se arriesgó mucho al procurarme documentación falsa; se habría metido en un buen lío si lo hubieran pillado.

DANNY: Era su trabajo...

HARRY: Murió intentando encontrarte, quizás incluso para protegerte.

DANNY: Era su trabajo...

HARRY: ¿Y si te dijera que en realidad no viajaste a Asís todos esos años en busca de paz sino para entregar información a Eaton?

DANNY: (Sonrisa incrédula.) ¿Insinúas que yo era el contacto de la CIA en el Vaticano?

HARRY: ¿Lo eras?

DANNY: ¿De verdad quieres saberlo?

HARRY: Sí.

DANNY: No... ¿Alguna cosa más?

HARRY: No...

Pero sí había una cosa más y Harry necesitaba averiguarlo. Tras cerrar la puerta del despacho, tomó el teléfono y llamó a Nueva York a un amigo de la revista *Time*. Diez minutos después, habló con el experto en la CIA de la publicación en la oficina de Washington.

¿Qué probabilidad había de que la CIA tuviera un topo en el interior del Vaticano? La respuesta fue una carcajada. No era muy probable, respondió el experto, pero sí posible.

—Sobre todo —explicó el corresponsal de *Time*— si a alguien encargado de vigilar Italia le preocupase la influencia del Vaticano en el país, en particular después de los escándalos financieros que estallaron a principios de los años ochenta.

—¿Finanzas y/o inversiones, supongo? —preguntó Harry.

—Exacto... Si decidieran que se trata de un asunto importante, colocarían a un hombre lo más cerca posible de la fuente.

Harry sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Cerca de la fuente, como el secretario privado del cardenal responsable de las inversiones de la Santa Sede.

—La persona encargada de vigilar Italia, ¿podría ser el jefe de la CIA en Roma?

—Sí.

—¿Quién estaría al corriente de la situación?

—Existe una categoría de agentes secretos denominados de inteligencia humana, pero existen otros que trabajan en situaciones más delicadas todavía, como podría ser el caso de las relaciones entre el Vaticano y Estados Unidos, que se denominan agentes de cobertura no oficiales. Estas personas están tan protegidas que es posible que ni el director de la CIA conozca su existencia. El jefe de zona reclutaría directamente a un agente de cobertura no oficial para asignarle una posición muy concreta, pero lo más probable es que lo hiciera con la suficiente antelación para que no levantara sospechas.

—Un agente de esta clase..., ¿podría ser un miembro del clero? —¿Por qué no?

Harry no recordaba haber colgado el teléfono, ni haber salido del despacho, ni haber caminado bajo el sol y la humedad de agosto por Rodeo Drive, ni siquiera haber cruzado Wiltshire Boulevard. Lo único que sabía era que se encontraba en los almacenes Neiman-Marcus y que una dependienta muy atractiva le mostraba corbatas.

—No, ésta no. —Harry sacudió la cabeza al ver la corbata Hermés que le ofrecía—. Daré una vuelta a ver si encuentro algo...

—Claro.

La mujer le dirigió una sonrisa coqueta que, tiempo atrás, quizás habría implicado algo más, pero no entonces. Era miércoles, y el sábado regresaría a Italia para conocer a la familia de Elena. Sólo pensaba en ella, la veía en sueños y sentía su presencia a cada paso, por lo menos hasta que mantuvo la conversación telefónica con el corresponsal de *Time* y recordó el momento en que, cara a cara con Thomas Kind en la estación de ferrocarril, le dijo: «Conozco a mi hermano mejor de lo que él cree».

Agente de cobertura no oficial, tan protegido que es posible que ni el director de la CIA conozca su existencia.

Danny. ¡Dios santo!, tal vez no lo conocía tan bien después de todo.

AGRADECIMIENTOS

Por la información técnica facilitada, así como por sus consejos, doy las gracias a Alessandro Pansa, jefe del Servicio Central de Operaciones de la Policía Nacional Italiana; al padre Gregory Coiro, director de relaciones públicas de la archidiócesis católica de Los Ángeles; al doctor Leon I. Bender; al doctor Gerald Svedlow; a Niles Bond; Marion Rosenberg; Imara; Gene Mancini, asesor en temas biológicos; al sargento del Estado Mayor Andy Brown y al sargento mayor de artillería Douglas Fraser, del Cuerpo de Marines de Estados Unidos, y al doctor Norton F. Kristy.

También quiero expresar mi gratitud a Alessandro D'Alfonso, Nicola Merchiori, Wilton Wynn y, sobre todo, a Luigi Bernabò, por la ayuda que me prestaron en Italia.

Estoy en deuda con Larry Kirshbaum y Sarah Crichton, y, como siempre, con la genialidad de Aaron Priest. Por último, dedico un agradecimiento especial a Frances Jalet Miller por sus excelentes sugerencias y su enorme paciencia al revisar el manuscrito.



ALLAN R. FOLSOM nace en Boston, Massachusetts el 9 de diciembre de 1941. Tras graduarse en la universidad, se traslada a California en 1963. Prueba suerte en varios negocios y trabaja como escritor para campañas publicitarias antes de dedicarse durante los años setenta a escribir guiones para la televisión (Hart to Hart).

Su primera novela *The Day After Tomorrow* (en español: *Cero absoluto*) debutó en el lugar número 3 de la lista de las mejores superventas del *The New York Times*, en 1994. Ha sido traducido a 25 idiomas.

Durante los últimos años de su vida, residió en Santa Bárbara, California, donde murió el 16 de mayo de 2014.